HISTORIA DE CHILE

POR EL

MAESTRE DE CAMPO DON PEDRO DE CORDOBA Y FIGUEROA.

(1492–1717)

BREVE NOTICIA DEL AUTOR.

Con Pedro de Valdivia llegó a Chile Juan de Negrete, uno de los projenitores de don *Pedro de Córdoba y Figueroa*, autor de la siguiente historia, que hasta hoi ha quedado manuscrita. Sus inmediatos ascendientes tuvieron una parte activa en las guerras que continuaron la conquista del pais, y ejercieron en él distinguidos cargos públicos. Su abuelo, el jeneral don Alonso de Córdoba y Figueroa, gobernó interinamente a Chile por muerte de don Martin de Mujica y Buitron, desde abril de 1649 hasta mayo del siguiente año; y su padre, que llevó el nombre del abuelo, figuró en varios hechos de armas con los Araucanos, ocupando el puesto de teniente jeneral de caballería, comandante de las plazas de Puren y Repocura, y Gobernador de Valparaiso bajo el gobierno de don Juan Henriquez, y fué maestre de campo de la frontera por nombramiento que le hizo en 1692 el presidente don Tomas Marin de Poveda, quien le distinguió con su aprecio y no olvidó al hijo "en la horfandad » de su puericia," como se expresa este mismo en su historia.

Acia el año citado de 1692 parece que nació el autor: vió la luz en la antigua ciudad de Concepcion, hoi, por la traslacion a su sitio actual a consecuencia de la inundacion y ruina que experimentó con el terremoto de 25 de mayo de 1751, reducida a la villa de Penco. Creado en el centro de la conquista y entre el ruido de las armas, siguió la carrera militar sin descuidar los estudios de aquel tiempo y el de los clásicos, en que se manifiesta mui versado. El presidente don Manuel de Salamanca le confirió en 1734 el grado de sarjento mayor. Sirvió en varias expediciones al interior de la Araucanía y asistió a tres parlamentos o juntas de aquellos indómitos indios, llevándole, el conocimiento que adquirió de su carácter y de sus hechos, a dejarnos una historia de Chile, la mas completa y detallada hasta su tiempo. Entretanto, desempeñó comisiones importantes en el órden civil. Entendió en la fundacion y repartimiento de sitios de la ciudad de los Anjeles, hoi capital de Arauco, por encargo de 27 de marzo de 1739, del presidente don José Antonio Manso de Velazco; fué alcalde de la ciudad de su nacimiento, etc.: todo lo cual le facilitó los medios de compulsar los antiguos acuerdos de aquel cabildo y de consultar documentos que han nutrido su narracion

histórica de hechos curiosos, que sin él no habrian podido preservarse del olvido. Gozó de una fortuna regular, y entre sus propiedades tenia la hacienda de Tomeco, cerca de la aldea de este nombre en el departamento de Rere, que habia sido de un don Diego de Trujillo. La fecha de su muerte no hemos tenido aun oportunidad de averiguarla.

El tiempo en que escribió es incierto; pero por algunos pasajes de su historia, se viene en cuenta de que lo hacia por los años de 1740 a 1745. Describiendo la segunda ciudad de los Confines o de los Infantes de Angol, destruida en el alzamiento de los araucanos de 1599, dice que allí se conservaban algunos signos de su existencia, como las viñas, etc., "no obstante el transcurso de 140 años há que sucedió su pérdida:" en otra parte afirma que escribia a los 86 años despues del terremoto del 15 de marzo de 1657, uno de los que arruinó a Concepcion; y por fin, hablando del gobierno de don Diego Gonzalez Montero, dice que entre la entrada de Valdivia a Chile (1540) y la fecha en que escribia, mediaba el espacio de 204 años.

Termina su historia con el gobierno de don Juan Andres de Ustariz (en 19 de marzo de 1717) y principio del corto interinato de don José Santiago Concha. Parece que no alcanzó a concluirla ni a darla la última mano, porque, ademas de notarse en el estilo cierto desaliño que una lijera correccion hubiera bastado a hacer desaparecer, los últimos capítulos demuestran que no son mas que el bosquejo de un cuadro mas completo.

Esta relacion merece, en nuestro concepto, mucho crédito por la naturalidad con que enuncia los hechos, por la precision de las fechas en que pasan y porque su posicion, antecedentes y documentos que tuvo a la vista, lo colocaban en situacion de ser un fiel historiador. Don Vicente Carvallo y Goyeneche, en su historia manuscrita, sigue de cerca al autor. Gay, en la suya, aunque en varios pasajes se refiere al mismo historiador, parece que lo hace por citas de Carvallo y que no ha visto el presente manuscrito; pues, para confirmar varios hechos y ocurrencias especiales, tomados evidentemente de aquel por Carvallo, cita a este y no a Córdoba y Figueroa, el primero en asentarlos o exponerlos. Carvallo es posterior a nuestro autor, como que escribió a fines del siglo pasado. Molina hace referencia de él solo en su prólogo.

Pondrémos término a esta lijera noticia, insinuando la duda de que la copia que existe en la biblioteca nacional de esta ciudad y de que se ha sacado la presente, no es la orijinal, sino que se ha hecho de otra, porque muchos de los nombres de lugares y personajes que debian ser familiares al autor, estan en ella evidentemente equivocados.—De todos modos, la copia de esta historia es una importante adquisicion para la biblioteca de Santiago, con que el gobierno de Chile, ordenando su ejecucion, se ha apresurado a enriquecerla.

Lima, abril 12 *de* 1861.

F. S. Asta-Buruaga.

HISTORIA DE CHILE,

POR EL

MAESTRE DE CAMPO

DON PEDRO DE CORDOBA Y FIGUEROA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Extension de la América, y lo que los antiguos discurrieron de ella.—Su descubrimiento por Cristóbal Colon, y el del mar del Sur por Vasco Nuñez.

A Dios se deben dejar las providencias de su querer incomprensibles a nuestra cortedad; y solo se admira que los habitadores de las tres partes del orbe ignorasen por tan dilatados siglos el conocimiento de la América, siendo el espacio de su extension mayor que el del orbe antiguo. De suerte que el mundo, mal conocido de sí mismo, ignoró que fuese mas, discurriéndose los antípodas por los pueblos fabulosos; habiéndola hallado sus primeros descubridores tan poblada, que parece fué escojida para la habitacion de la mayor parte del linaje humano. Portentosa maravilla del divino artífice; y así dice el Padre Vieira: que su descubrimiento fué una de las cosas que admiró mas a los hombres.

Pitágoras afirmó que la equinoccial y tórrida zona era habitable, no obstante lo excesivo de sus ardores: Aristóteles, Lactancio, Ciceron y otros muchos sabios de la primera distincion, lo negaron; mas término tiene la sabiduría humana, y mas allá de él todo es ignorancia, y la experiencia vindicó con tan evidentes demostraciones lo contrario de falible, manifestando el acierto de la opinion de Pitágoras, pues la experimentamos templada y propicia a la conservacion de la humana vida.

Cristóbal Colon fué el escojido del cielo entre todos los hombres para el descubrimiento del Nuevo Mundo, a los fines del décimo quinto siglo de la reparacion humana. Fr. Juan Perez de Marchena, franciscano,

le desaprobó la ida a Francia y coadyuvó a que se reiterase con los Católicos Reyes el proyecto formado del nuevo descubrimiento, quienes le oyeron benignos y concedieron liberales todo lo conducente a la expedicion y a sus particulares intereses, y para las impensas de él, se empeñaron las joyas de la Reina Católica.

Nunca la osadía está fuera de peligros, como dice Ovidio; mas estos no aterraron a Colon, porque ningunos halló su valor invencibles. Ya se ejecutó el mas feliz atrevimiento que jamas hombre emprendió, pareciendo delirio su designio y dejando reprehendida la vana confianza de Hércules y sus columnas en el estrecho gaditano. En sesenta y ocho dias de navegacion se puso desde San Lúcar en una de las islas de la América: fué un juéves venturoso, y a mejor asunto podrémos decir con Lucano: feliz aquel dia y digno de alabanza para el orbe. Interesóse el mundo en su buena dicha, porque la mayor parte de la plata y oro que por él circula, de la América ha ido, y en él causó su descubrimiento singular admiracion a los hombres. Su nombre debe colocarse entre los primeros héroes que celebra la fama, y su memoria quedará indeleble hasta la consumacion de los siglos, sin que lo impida la voracidad del tiempo. Los litijios y otras persecuciones que le suscitaron sus émulos, hicieron azarosa su brillante fortuna; mas a ninguno se le mostró tan risueña que no reservase algun ceño, y así no se vé felicidad constante.

Secuestráronle sus bienes, y puesto en arresto para remitirlo a España, hubo un ingrato que se ofreció a ponerle grillos; porque no hai beneficios que obliguen a los desagradecidos, ni inmunidades que contengan atrevidos, y así se ven con frecuencia profanadas las tiaras. Mas el almirante resignado se puso a vista de los Católicos Reyes, quienes desaprobaron el hecho del comendador Bobadilla; y allá murió disponiéndose para volver a la América.

Entre varios que prosiguieron el descubrimiento y conquista de las Indias, fué uno de ellos Vasco Nuñez de Balboa, esforzado capitan, amado y temido de los suyos, porque el amor ha de vivir a vista del temor: fué constante en los trabajos, sabio en las resoluciones y en todo de singular conducta. Ofrecióse en la prosecucion de su empresa hacer la distribucion de cuatro mil pesos en oro, y dos soldados contendieron sobre la mejora de la asignacion que se les hacia, y un indio de los circunstantes, habiendo observado el descompas de sus voces y lo airado de los semblantes (por lo cual dijo Aristóteles, que no habia moderacion en la codicia, siendo toda excesos), y puesta la mano el bárbaro en la balanza, les dijo: me admira que tanto aprecieis lo que en mi concepto vale tan poco, y que por su solicitud abandoneis vuestra patria, viviendo en contínuo desahogo. Yo os manifestaré donde le sacieis; y mostrándoles la sierra que a la vista tenian, prosiguió diciendo: pasados esos montes hai otro mar, y transitado, hallaréis mucho oro y plata que aquellas jentes tienen, y yo os acompañaré.

Con tan sabio consejo confundió a los españoles, como hicieron con Alejandro los embajadores de los Escitas, y con su expresada bizarría los

excitó obligándolos. Esta fué la primera noticia que los españoles tuvieron del Mar del Sur; esta la casualidad venturosa con que se vino en conocimiento de aquella maravilla sin término de la Divina Providencia; y como la esperanza representa las cosas mayores que la posesion, recreciéndolas el deseo, todos los españoles se juzgaron ricos, teniendo por dilatada demora la mas corta retardacion, y sin diferirlo se pusieron en camino para transitar por aquellos montes, haciéndose lijera su penosa fatiga.

CAPITULO II.

Descubrimiento del Mar del Sur por Vasco Nuñez y su trájico fin; y el del Perú por Francisco Pizarro y Diego de Almagro.—Prision de Atahualpa y su fin desgraciado.

Tiene puesta la eterna sabiduría sus delicias entre los hombres, alternando el gobierno de esta visible máquina con variedad de sucesos: fuélo admirable el de Vasco Nuñez, pues prosiguiendo su destino, poco ántes de llegar a lo mas elevado de la sierra mandó que se detuviesen todos, porque quiso tener la gloria de ser el primero que lo viese, y llegándolo a descubrir se arrodilló llenó de alegría y admiracion, viendo aquel piélago profundo v los espaciosos senos del Mar del Sur, y que él fuese el primer europeo que lo hubiese visto, lo que por tantos siglos se negó a todos los que le precedieron; y llamados sus compañeros, fueron presurosos a lo mesmo, a quienes preocupó igual asombro. Fué este feliz descubrimiento el dia veinte y nueve de noviembre de mil quinientos y trece años; y descendiendo a la orilla, entró en él Vasco Nuñez tomando posesion en nombre de los Católicos Reyes.

Dijo Dionisio, estando en Corinto decaido de su grandeza: que eran felices los que desde su puericia eran infelices. Vasco Nuñez era almirante de la Mar del Sur y gobernador de Panamá, y se hallaba con cuatro navíos y trescientos hombres para emprender el descubrimiento y conquista del Perú, cuando Pedro Arias lo prendió y mandó cortar la cabeza. Dice el Crisóstomo: que la justicia sin misericordia no es justicia sino crueldad, y la misericordia sin justicia, no es misericordia sino locura. Los mas hombres que pasaron al descubrimiento de la América, fueron de feroces circunstancias, de que estan llenas las historias, no sin admiracion de quien las lée.

Fué capitan tan valiente como juicioso: elevóle la fortuna a lo mas encumbrado para que el lapso fuese mayor, y el efecto no correspondió al auspicio esperado de Pedro Arias; y con su permision se prosiguió el descubrimiento a expensas del maestre escuela Hernando de Luque, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, cuyo excesivo dispendio devoró sus caudales enajenando sus bienes: accion digna de grandes príncipes. Ejecutóla Godofredo vendiendo el castillo de Bullon a Uberto Obispo de Lieja para la conquista sacra, como dice Forestio, y Roberto con el mismo fin empeñó el ducado de Normandía a Guillermo de Inglaterra; y

celebrada misa solemne por el maestre de escuela, se ofrecieron a Dios con uniforme voluntad para darle a conocer entre aquellas jentes, y el celebrante, dividiendo la hostia en tres partes, con las dos comulgó a ambos y consumió la tercera. Bien podrémos exclamar con el apóstol de las jentes y admirar lo incomprensible de los juicios de Dios, pues estos devotos principios tuvieron tan desastrados fines, que los causó la codicia y desunion.

Las penalidades que experimentaron en el progreso de la empresa, fueron muchas; de suerte que decaidos los españoles de aquel su valor constante, se volvieron a Panamá con el comisario Pedro de los Rios, sucesor de Pedro Arias, quedando los *trece de la fama* con Pizarro: heróica resolucion, y nunca bastantemente alabado valor tan a toda prueba, y accion digna de que se trasmita a la posteridad, pues como dice Ausonio: la vida perece, y el mérito y gloria permanece.

Socorrido Francisco Pizarro en aquel terreno ingrato, pasó a Tumbes, y con mas ámplias noticias de aquellas dilatadas provincias, se volvió a Panamá, y de allí a España. Recibióle el Emperador grato y premióle liberal; dióle la gobernacion y conquista de doscientas leguas de pais con título de adelantado, y otras gracias que le concedieron a favor de sus intereses y de Hernando de Luque: Diego de Almagro quedó mal satisfecho de don Francisco. Dice Séneca: que las fieras del campo y los peces del mar se engañan. Ofrecida una alegre esperanza, prometíasela Almagro con la ida de don Francisco; fundaba su queja en la mala fé que decia habia tenido, porque habiendo sido los riesgos iguales y aun mayores sus impensas, debiera serlo la recompensa, y que con reservada intencion no habia hecho mencion de él al César, atribuyéndose todo el mérito; y resolvió separarse de la compañía. Mas la persuasiva de muchos y las ofertas no pocas de don Francisco le retuvieron, mereciéndose a los tratados celebrados ciertas condiciones a su favor.

Embarcóse Pizarro para Túmbes, y precediendo embajadas con Atahualpa para verse, resultó de esto su prision, viérnes tres de mayo de mil quinientos treinta y tres años, que fué el principio de la catástrofe y el de la extincion del imperio de los Incas en la Meridional América, continuado por mas de cuatrocientos años en catorce soberanos, siendo Atahualpa el último de los reyes y el primero de los tiranos: tan afables fueron todos, piadosos y benignos, como él fué cruel, fratricida y temerario exterminador de su misma real familia. Mas el mundo apénas salió de su cáos, cuando vió el escandaloso ejemplo de los dos primeros hermanos: infalible pronóstico de que acabaria como empezó. Quitáronle la vida los españoles, lo que la posteridad tendrá trabajo en creer, derrocando del orbe una de las grandezas mas empinadas que hasta entónces se vió, en extension de dominios, muchedumbre de vasallos y en inmensas riquezas, que parecieron increibles aun al exámen de la vista. Y aunque algunos españoles protestaron de apelacion al César, todo se denegó; por lo cual dijo Solon: que el dia último es el juez de las felicidades. El de este soberano fué uno de los mas terribles que represen-

taron los siglos: raras veces se vé ejemplo igual al de Pompeyo, que con la jenerosa diestra que venció a Tigranes, con ella le levantó cortes al solio. A los pocos años de esta ejecucion, se vieron trájicas muertes en los que tuvieron parte en la del Inca, y la aniquilacion de sus familias.

CAPITULO III.

Hace merced el Emperador a don Diego de Almagro del descubrimiento del Nuevo Toledo, emprendiendo la conquista de Chile.—Extremosa libertad suya.—Trae a Pullu-Inca, y acaecimientos de su viaje.

Hizo merced el Emperador a Diego de Almagro de doscientas leguas de pais con título de adelantado de el nuevo Toledo, completadas primero las de don Francisco. Dióle a Diego de Agüero, que le llevó la noticia, siete mil castellanos de oro, y recibióla con reportada moderacion, permaneciendo siempre superior a su fortuna: y así le juzgaron digno de otra mayor, pues el soberbio y vanaglorioso para ninguno es buen amigo y nadie lo es para él, como dice Diójenes. Tenia dispuesto el adelantado hacer la conquista de los Chiriguanes, y dejóla por la de Chile, provincia dilatada al antártico, que era el rumbo de su gobernacion: movióle a esto las relevantes noticias que se tenian y que la fama las publica mayores, y para la ejecucion de su designio mandó hacer una poderosa fundicion de plata y oro y sacar lo perteneciente al quinto; y sin que sea digresion del asunto, dirémos una de las muchas liberalidades que en su vida hizo. Pidióle Juan de Lepe un anillo de los que estaban para fundirse, y le mandó sacar con entrambas manos cuantos pudiese, y a esta jenerosidad añadió la de cuatrocientos pesos en plata para su mujer. El obsequio que Silofonte hizo a Dario de la capa, se lo retribuyó cuando fué emperador de la Persia con darle la isla de Samos, su patria; mas el del adelantado no fué por lo recibido ni esperado.

Mandóse que todos los que no tenian ocupacion pública ni particular en el Cuzco, se previniesen para ir. El alborozo fué grande; y para que todos comprasen armas y caballos con el demas competente equipaje para tan árdua como dilatada empresa, mandó sacar de sus cofres ciento y ochenta tercios de plata acendrada de a 6 arrobas y veinte de oro, y mandó a sus tesoreros y mayordomos lo distribuyesen, dejando al arbitrio de ellos, que lo recibian, el hacer caucion o no del empréstito para reintegrárselo de lo que se adquiriese en la conquista. Dice Valerio Máximo: que la vanidad y clemencia es compañera de la liberalidad, y que esta es el iman de los corazones y el dulce atractivo de las voluntades; y así el adelantado con una apacible violencia se llevaba las de todos. A tan jenerosas expensas consiguieron para sus soberanos aquellos conquistadores, los reinos y provincias que sujetaron, y en esto excedió a todos el adelantado.

Manco Inca, monarca de aquel decadente imperio, ya en los últimos parasismos de su grandeza, le dió a su hermano Pullu-Inca y al sumo sacerdote Villalcamu para que los trajese en su compañía: quísole hacer este obsequio amistoso por la que con él profesaba, porque a vista de la autoridad y respeto se contuviesen sus vasallos en el deber y asistiesen al adelantado con las puntualidades que a su persona. Suplicó a estos dos personajes, que con anticipada marcha le precediesen en compañía de algunos españoles que les dió, y mandó a Juan de Saavedra que le esperase en Paria. El adelantado, teniendo ya hechas las provisiones de boca y guerra, y prevenido el competente equipaje, mandó saliesen las tropas del Cuzco a seguir su destino, que se componian de trescientos cincuenta infantes y doscientos cuarenta caballos, por octubre del año de mil quinientos treinta y cinco, y el de treinta y seis llegó a Chile.

Iba el adelantado obedecido y respetado con las puntualidades que pudiera apetecer el deseo, efectos del mandato de su príncipe, y sin novedad digna de notar llegó a Paria, donde tuvo reiterados avisos de como el Emperador mandaba se deslindasen los términos de la Nueva Castilla, que era la gobernacion de don Francisco Pizarro, y completado las doscientas leguas de su extension, se asignasen los de la Nueva Toledo, que era la suya. Suplicáronle sus amigos o los interesados en su regreso, que se volviese; mas la águila, si se dejara amaestrar del buho, no la llevara a rejistrar los rayos del sol; y les respondió, que sin indecoro no podia retroceder, y que no habia de ejecutar accion que fuese en menoscabo de su honor, y mandó con severidad se prosiguiese la marcha, cual otro Agrícola, como dice Tácito, que mostraba entereza en el tribunal como afabilidad fuera de él; ni era dable retroceder con tan considerable pérdida de su caudal: y así salió por enero del siguente año para la provincia de los Chichas y ordenó a Juan de Saavedra le siguiese para incorporarse con él en Topia (1); y al llegar a este pueblo el adelantado, le salió a recibir Pullu-Inca y Villalcamu, y le obsequió con cien mil pesos en oro o con doscientos, como dicen otros que llevaba de Chile.

Cinco españoles que vinieron con el Inca, intentaron internarse en Jujui, para cuyo efecto pidieron al príncipe del Perú algunas tropas, a cuyos reyes no estuvo bien sujeta esta belicosa nacion. Los españoles despreciaron su valor contra la buena máxima de prudencia, que no habiendo enemigo pequeño, el desprecio lo hace mayor; y así el suceso fué adverso; y el adelantado destacó al capitan Salcedo para castigarlos, a quien siguió el capitan Francisco de Chavez con mas tropas para sostener las primeras, y habiendo acometido a los indios que estaban acampados y bien fortalecidos, quedaron batidos, mas no sin alguna pérdida, y se retiraron a incorporarse con el adelantado.

---

(1) Tupisa, pueblo de Bolivia.

CAPITULO IV.

Prosigue el adelantado su empresa y líbrase de un grave peligro.—Llega a la cordillera y principia su tránsito en la rijida estacion: padece notables penalidades y considerable pérdida de tropa.

Viéronse en el caso presente los jiros de la humana inconstancia, que todos tienen por centro la infinita sabiduría. El Inca, de soberano nacimiento y poderoso príncipe, iba sujeto por albedrío a don Diego, porque pudiera traerlo por violencia. Mas ¿cuándo las glorias del mundo no se representaron en un mentiroso teatro? y si de la instabilidad no se han preservado las tiaras, ¿cómo se exceptuarán las coronas? Juan, depuesto, se vió adorando a Martino V, y Celestino preso por Bonifacio VIII, su sucesor. Venian con el Inca quince mil hombres, y otros dicen que veinte, de tropas arregladas y comandadas por oficiales de su nacion. El adelantado, para hacer su viaje mas cómodo, ordenó a Noguerol de Ulloa que le siguiese siempre a cierta distancia, y llegado a Chuquiga, halló a los habitadores en arma, resueltos a oponerse al tránsito de los españoles; y para hacerlo con mas vigor ofrecieron en solemne sacrificio al sol, su suprema deidad, el morir o vencer, con cuya superticion se opusieron intrépidos, y pudo ser fatal a los españoles la accion, porque habiéndole muerto el caballo al adelantado, estuvo en grave peligro su persona, y un accidente de tan irreparables consecuencias a todos los tuvo cuidadosos. Los enemigos se retiraron con pérdida.

Proseguian las tropas su destino por pais ménos poblado, por lo cual comenzaron a escasear los bastimentos, hasta que llegó a un terreno árido y salitroso: padecióse en su tránsito bastante penalidad, porque la Providencia no pudo ser bastante a tan crecido número de tropas y vivanderos como los que venian. Por fin se salió a una encañada fértil y amena, la cual se continuaba en medio de unos montes de moderada elevacion, que terminaban en la cordillera de Chile, preciso tránsito de su marcha. Los indios, espavoridos de aquel piélago y promontorio de nieve que a la vista tenian, temblaban estremecidos y lamentaban su fin. El adelantado con heroica firmeza y elocuencia insinuante habló a sus españoles y díjoles: que los trabajos y peligros se superaban con fortaleza y perseverancia; que a costa de una corta fatiga gozarian de grandes conveniencias, que llenarian el espacio de sus deseos, en un reino en cuya opulencia y amenidad se habia esmerado y desvelado la naturaleza; que los riesgos despreciados se anonadan, como temidos se aumentan; que al valor heredado añadiesen el adquirido, dejando a la posteridad una ilustre recordacion de su firmeza, y que esperasen en Dios les favoreciera para la grande obra de darle a conocer entre aquellas jentes; que vivia mui satisfecho de su valor, estimulando solo su osadía con el precepto de pasar a aquellas sierras, y que él seria el primero que expusiese su persona. Todos los españoles con igual voluntad se ofrecieron a seguirle, porque el ejemplo es poderoso atractivo, y eslo mas, cuanto es mayor

distinguida la persona que lo da, pues todos piensan adelantar mérito en la imitacion de quien manda. Dióle Aníbal en los Alpes, donde solo la llama pudo abrir senda en una formidable roca y estacion tan incómoda, como en la que don Diego transitaba, aunque los Alpes chilenos son con exceso mayores en elevacion y latitud.

El adelantado destacó su mejor caballería para que principiase la marcha, siendo el primero que ejecutó lo mismo que ordenó: terrible fué el empeño porque todo era nieve. Era espectáculo lastimoso ver a unos sepultarse en la nieve discurriendo era sólida, porque los valles se igualaban con los montes, y en estos hallaba firmeza la huella, mas no siempre en los otros, y si la voz del ajeno trabajo hallaba compasion para el remedio, era exponiéndose al mesmo peligro cayendo en la mesma fosa por lo deleznable. Terribles incidentes se vieron, singulares acasos se notaron, émulos de una filiana amistad: quedaban muchos muertos arrimados a las peñas, a otros se les caian los miembros del cuerpo, y no pocos, a quienes la fatiga los retenia para tomar alientos, el aire frijido y sutil los penetraba, y morian. Fué especial acaecimiento el de un negro que se paró al precepto de una voz, casualidad que le costó la vida a él y a un caballo que llevaba. ¡Nuevo peligro y cauteloso, que fuese mortal una corta intermision para alivio de tan penosa fatiga! Los indios, a quienes se les recrecian los inconvenientes por el desabrigo y poca ropa que tenian y la mayor escasez que ellos experimentaban de bastimentos, morian a millares; de suerte que escaseó todo alivio y solo creció el trabajo.

El adelantado, así como expuesto al naufrajio, pareció superior al peligro, que pudo ser cáos de lamentable ruina, a no amanecer los visos de serenidad en su semblante y la voz con que a todos animaba para el remedio o alivio, cual heroico Alcides de aquel peligroso estrecho, o sereno Neptuno de aquel turbulento mar, como dijo Virjilio. Por fin, se llegó a lo mas encumbrado de la cima, de donde se vió el valle de Copiapó, que es de los mas fértiles de Chile; y con presurosa noticia que se les dió a sus habitadores de parte de su príncipe, vino mucha jente al socorro con bastimento y ropa, llevando lo posible. A una solicitud dilijente y no diferida dióse todo alivio al desconsuelo, socorro a la necesidad y aliento a las desfallecidas tropas. Con una benignidad compasiva cargaban a los que no podian marchar, o a los que desfallecidos estaban dispersos en aquel terrible páramo; y así sucesivamente iban descendiendo al valle, donde hallaron todos los agrados que aquellos vasallos rendian a sus soberanos.

CAPITULO V.

Llega don Diego a Copiapó, y despues Rodrigo Ordoñez.—Singular acto de justicia del adelantado.—Real magnificencia del Inca y liberalidad extremosa de don Diego para con los españoles.

Tan osado atrevimiento pocas veces se ha visto. Murieron diez mil indios y negros, ciento cincuenta y seis españoles, y una mujer casada que

venia, y cuarenta caballos. Hizo mayor el hecho el no ser español ninguno práctico de tan peligrosa senda, ni en tal tiempo, ni ántes ni despues emprendida. Y así dice Bossio: que el descubrimiento y conquista de las Indias fué hazaña mayor que la de ninguna nacion del mundo, ni todas juntas emprendieron.

Dejó don Diego a Rodrigo Ordoñez en el Cuzco para que con las tropas que pudiese y algunas municiones de guerra le socorriese. Ejecutólo sin perder momento: en regulares marchas llegó a la cordillera, y no obstante que el tiempo aun no era cómodo para su tránsito, lo intentó siguiendo las huellas de don Diego, lo que sirvió de estímulo a su jenerosidad y no de terror en lo árduo de la empresa. Las penalidades que padeció fueron grandes. Acaeció que teniendo Ordoñez el sostenedor de una tienda, se le cayeron las uñas, y perdiera los dedos si no retirara su mano: otros cegaron. Cayó una tienda con la copia de nieve e impetuosidad del aire, y murieron doce que dentro estaban, y veinte y cinco caballos, que en aquellos tiempos valian algo mas o ménos de mil pesos. El socorro que les vino, les hizo pasar con presura y ménos fatiga.

El adelantado, con beneplácito de Pullu Inca, hizo un acto de justicia y de piedad, que fué restituir al lejítimo heredero de Copiapó el gobierno que le habia quitado su tutor y tio interesándose en la muerte de su hermano. El mundo apénas salió de su cáos, cuando vió el escandaloso ejemplo de los primeros hermanos: infalible pronóstico de que acabaria como principió. Accion de tanta equidad como la que ejecutó, captó la benevolencia de todos; y así dijo Aristóteles: que la justicia es la mas excelente de todas las virtudes; y despues se le mandó quitar la vida, porque la intentó quitar a su inocente sobrino y señor.

El príncipe del Perú obsequió al adelantado con un presente digno de su grandeza y liberalidad, para cuyo efecto en un dia o en mui pocos hizo juntar en el valle doscientos mil pesos en oro y se los dió. Quedaron los españoles admirados de ver la brevedad con que se habia recojido tan notable cantidad, y don Diego mui obligado a tan real magnificencia, y no omitió ninguna expresion para manifestar el suyo, pues como dice Ausonio: es ingrato el agradecimiento tardo, y gratitud grata el presente.

En pechos jenerosos, el contínuo recuerdo del beneficio recibido es estímulo para reiterarlos. La agradecida memoria que tan presente tenia el adelantado, obligó al Inca a repetir su real magnificencia, y así mandó se juntase todo el oro que se pudiese, que llegó a trescientos mil pesos, los que con sumisa obediencia le ofrecieron los habitadores de todo el pais, y se le dió al adelantado. Don Diego y sus españoles rindieron a Dios las gracias por verse en tan poderoso reino, y celebró su buena dicha por tener en que actuar su jenerosidad, a que propendia su jenio. Vióse esto en el caso presente, que estando para hacer la distribucion del oro hasta entónces adquirido, mandó juntar a todos sus soldados, y a vista de los deudores, rompió las obligaciones de paga que le hicieron en el Cuzco cuando el empréstito de plata y oro que queda dicho, y con semblante

alhagüeño les dijo: que ya quedaba satisfecho, y que deseara que fuesen mas cuantiosos sus créditos para que la gracia fuese mayor; y excediéndose a sí mismo, ordenó se distribuyese entre todos la cantidad de seiscientos mil pesos en oro. Con razon dijo Aristóteles: que quien inventó beneficios, inventó prisiones. Y despues, no contento con ser superior a todo humano poder, intentó aprisionar el mar y hacer esclavo aquel fugaz elemento; mas solo el liberal hace este milagro, pues no hai mar tan ajitado y borrascoso como el pueblo, y una mano jenerosa lo contiene y atrae.

Estando ya las tropas recuperadas de las pasadas fatigas, salió el adelantado de Copiapó para el Huasco, no obstante la venida de Juan de Herrada con el despacho de la merced concedida a don Diego y varias cartas del Perú en órden a su regreso; mas prosiguió su marcha hasta Coquimbo, donde hicieron mansion algunos dias, bien servidos y obsequiados de los naturales del pais por ser vasallos de los reyes del Perú, y Pullu Inca le volvió a obsequiar con algun oro. La antigüedad pagana rindió cultos al dios Pluto, porque le atribuian soberano poder en las riquezas, y parece que este númen le fué propicio a don Diego, segun la opulencia con que las tenia, no para avaro depositario, sino para benéfico dispensador de ellas. Las tropas llegaron a Mapocho, y siguiendo su destino, pasaron los rios de Maipo y Cachapoal, y segun algunos, de Maule, o como quieren otros, llegó solo a su ribera. Tuvo el adelantado noticia de que se juntaban considerables tropas para reunirse con los Promaucaes. Componíanse estas de los Isleños, Cauquenes, Pervines, Labquenes y Costinos, con ánimo de oponerse a los españoles, cuyo número era de veinte y cuatro mil hombres, audaces e insolentes con la repulsa que hicieron al formidable poder de los Incas, que dilatando los rayos de sus armas en distantes horizontes, allí las retuvo su valor. El adelantado pidió al Inca algunas tropas de la guarnicion de sus fronteras, y adjuntas a las nuestras, vino a buscar al enemigo, que ocupaba un ventajoso terreno en la inmediacion de Rio Claro, y con igual valor principió una accion dudosa; mas el fuego y los caballos causaron terrible estrago, manteniéndose aun mas allá de lo que pedia la novedad de los caballos y arcabuces; y aunque quedaron batidas sus tropas, no fué con mucha confusion su retiro, de que infirieron bien los españoles que no era despreciable su valor, y por alguna pérdida que experimentaron; y de allí se retiró el adelantado.

CAPITULO VI.

Retírase el adelantado de Chile.—Discordias que hubo con don Francisco Pizarro.—Batalla de las Salinas: quedan batidas sus tropas y él prisionero.—Quítanle la vida, a que le sentenció Hernando Pizarro.

La fortuna, a los que con exceso favorece, suele hacerlos mas desdichados. A Filipo, padre de Alejandro, la noticia de tres felicidades que

llegaron en un dia, hizo exclamar diciendo: oh fortuna, conténtate con poco mal. Hasta lo presente llegaron las felicidades de don Diego; de allí se siguieron sus desgracias; y así dijo Ciceron: que nada siempre florece, y a la edad sucede la edad. Vinieron algunos del Perú con varios despachos, de que se orijinaron diversos pareceres, los cuales tuvieron a don Diego algun tiempo irresoluto. Decian unos que no se abandonase a Chile, cuyo cielo y suelo hacia ventaja a todo lo descubierto hasta entónces; que su riqueza era mucha y no ménos la opulencia de jente que en él habia para esperar ventajosos repartimientos, y que su costa tenia acomodados puertos para las utilidades del comercio. Otros decian que era mas acertado volverse al Perú a gozar lo conquistado, sin exponerse a una suerte dudosa; pues dicta la prudencia el que ha de tener deseo la paz y precision la guerra, y mas cuando habia mostrado la nacion chilena un espíritu belicoso, a que se añadia que los socorros que podian venir del Perú, serian tardos o a destiempo por la distancia, y que si no tomaba la posesion del Cuzco se quedaria sin él y sin Chile, porque, segun regular cómputo, Chile no se comprendia en su gobernacion, y que era mas conveniente ir a gozar de la merced que el Emperador le habia hecho.

No puede prevenirlo todo la prudencia humana, ni le es fácil tomar el punto a la medicina, y así don Diego se inclinó al peor partido para el público y particular interes suyo. En su regreso fué tan obsequiado como en su ingreso, porque el príncipe Pullu mandó se tuviesen las mismas puntualidades, y llegó al Cuzco año de mil quinientos treinta y siete. En la mayor armonía introduce disonancias la discordia para confundirlo todo, como dice Séneca. Sobre la posesion del Cuzco se suscitaron varios disturbios entre don Diego y don Francisco Pizarro, y tuvieron estos el fatal éxito de una batalla, que llamaron de las Salinas: tenia el comando de las tropas Hernando Pizarro, como teniente jeneral de su hermano, y Pedro de Valdivia era su maestre de campo. El adelantado se hallaba indispuesto de calenturas, y para observar la accion que habia de decidir la querella, se puso en sitio superior al campo de batalla, de donde tuvo el displacer de ver el vencimiento de sus tropas, de que se orijinó su prision. Y pareciéndole a Hernando Pizarro que no habria paz miéntras viviese tan poderoso y bien amado concurrente y competidor de su fortuna y la de su hermano, dispuso que se le hiciese causa de perturbador del reposo público y usurpador de ajena gobernacion, de las muertes y escándalos sucedidos, y sentenciólo a muerte sin recurso. Hablóle el adelantado y díjole: que la elevada fortuna de don Francisco a él se le debia, porque habia hecho mas crecido dispendio de caudal que su hermano, y que habia solicitado gratificacion haciendo lucro de sus méritos y dinero; que por socorrerle se habia expuesto a inmensas fatigas, y que sin este sufrajio hubiera perecido, en cuya empresa habia perdido un ojo; y así le pedia no abreviase los pocos dias que le quedaban con una muerte ignominiosa, pues no podian ser muchos por su avanzada edad y contínuas dolencias, y que hiciese resmini-

cencia de la jenerosidad con que le habia puesto en libertad siendo su prisionero, contra el dictámen de muchos que se lo disuadian.

Hallábase Hernando Pizarro favorecido de las felicidades del mundo, y su súplica hizo poco eco en su atencion; y así dijo Lactancio; que jamas piensa tener necesidad de favor aquel que a otro niega el suyo: y así le respondió desapacible, que se resolviese jeneroso y resignase cristiano a tolerar una muerte, la cual no podia evitar, y que se admiraba le faltase el esfuerzo a una persona de su valor. A que replicó don Diego, que Jesucristo Dios y hombre habia temido la muerte, y mas él, siendo hombre puro y miserable pecador; y con católica resignacion recibió el golpe fatal que le quitó la vida en un cadalso, en el Cuzco, de setenta y seis años de edad, y dispuso le sepultasen en la iglesia de la Merced de aquella ciudad, y dejó por su heredero al Emperador. Dice San Gregorio: que los corazones de los hombres son ásperos e indomables: bien lo manifestó este hecho, que causó pasmo y admiracion a los indios y sensibilidad mui llena a los obligados y aun a los indiferentes, ménos a algunos que fundaron su interes en su muerte. Tuvo un hijo en una india noble de Panamá, a quien sentenció a muerte en su juvenil edad el licenciado Vaca de Castro, y reposan sus cenizas con las de su padre, como lo pidió cuando le quitaron la vida; y como las fortunas o desgracias de primera magnitud de nadie se dejan ignorar, en la representacion de esta trajedia pueden aprender los hombres a ser sabios con ajenos escarmientos, pues son tan costosos los propios.

La diversidad de flores hacen los cuadros agradables, y no será excedernos reflexionar sobre el hecho de Hernando Pizarro. Por causar a don Diego su desgracia puso en el extremo su fortuna y la de su hermano don Francisco; pues provocaba la indignacion del César y su justicia, denegando la apelacion interpuesta para su real persona, lo cual la tiranía de Festo no negó a San Pablo en el paganismo; y mas cuando fué interpuesta por un ministro de grado y carácter igual al de su hermano, sin advertir se conciliaba el odio de muchos interesados en tan útil vida como la que quitaba, porque las pérdidas mas se sienten cuando media interes; y el hecho se tuvo por injusto, por lo que dijo San Isidoro: que la pasion no guarda derechos a la razon. Estuvo preso Pizarro mas de veinte y tres años en la mota de Medina del Campo, abandonado de todos, en suma inopia, y murió en un abismo de pleitos hasta con sus consanguíneos, y en el horror de ellos expiró.

CAPITULO VII.

Elojios del adelantado don Diego de Almagro.—Su vária fortuna hasta su muerte.

Especificarémos algo de lo conducente al adelantado, porque todo es debido a su ilustre memoria y a las obligaciones en que Chile le está. No podrémos dar idea mas ventajosa que formar sus panejíricos con las voces de sus enemigos, adonde no cabe emulacion. Fué su patria Alma-

gro, de donde tomó apellido; padres no conocidos, por haber sido expósito a las puertas de la habitacion de un cura, o a las de la parroquia, como dicen otros. Ménos loadas fueran sus acciones, si en siglos distantes o en aquel presente hubiera heredado nacimiento y esplendor. Crióse en los rústicos ejercicios del campo sin ninguna enseñanza, y así no supo escribir. Preguntado Alejandro que a quien debia mas, si a su padre Filipo o a Aristóteles su maestro, respondió: que al uno le debia el ser y al otro una preclara enseñanza; y así no fué mucho tuviese tan ilustres acciones quien tuvo tan alto nacimiento y educacion, como lo es el que esto se hallase en quien no tuvo tal fortuna. Pasó a la América, y con su solicitud e industria buscó conveniencia; de suerte que fué la suya de las mas ventajosas de Panamá, donde se avecindó. En su persona siempre halló la necesidad socorro y el ajeno trabajo compasion, y su franqueza y bondad hacia desear su amistad, siendo su casa receptáculo de desvalidos. Marco-Aurelio decia: que una de las cosas de que era en cargo a los Dioses, era el haberle hecho compasivo, apreciando esto mas que el haberlo hecho señor del Romano Imperio. Ya en edad avanzada hizo la compañía para el descubrimiento del Mar del Sur que dicho queda, y concurrió con mas notables cantidades que los dos triunviros.

Fué de noble condicion, olvidando agravios y retornando beneficios. Bien manifestó la docilidad de su bella índole al regreso de don Francisco Pizarro de la corte, de donde vino colmado de mercedes con total olvido suyo; pues hasta Hernando de Luque, el tercero de la compañía, vino gratificado, teniendo los amigos de don Diego por soberbia insoportable el que olvidase el beneficio por negarse al agradecimiento; mas con ánimo jeneroso y notable predominio sobre sus pasiones, depuso su sentimiento, en cuyos elojios se extendió el amor viéndolos despues concordes. Sobre la posesion del Cuzco se ofrecieron dos desazones, queriendo cada uno que se comprendiese en los términos de su gobernacion, de que se orijinó la batalla de las Salinas y muerte de don Diego, como queda dicho, habiendo llegado a lo supremo del mando, autoridad y riquezas que pudiera apetecer el mas avaro deseo. ¡Oh! cuán misteriosa anduvo la antigüedad romana, cuando entre las majestades de los triunfos hacia que un esclavo recordase al que triunfaba la inconstancia de lo humano, para que a vista de lo que era meditase lo que podria ser y mejor triunfase de lo caduco!

Su liberalidad, para particular, fué extremosa, aunque no faltaron críticos que la impugnaron de ostentativa mas que benéfica, ejecutando siempre acciones de una eminente virtud. En remuneracion de una adarga de corto valor, dió mil y doscientos pesos; en retorno de una ave que le obsequiaron, dió una alhaja de plata y cuatrocientos pesos. Hizo a muchas personas poderosas, y ricos a cuantos le sirvieron, hallando siempre todos en él un natural agrado, leido en su semblante y en sus obras, y una admirable jenerosidad y franqueza. Fué constante en los trabajos, intrépido en los peligros, justo en las resoluciones y elocuente a lo militar para imprimir jenerosos sentimientos en los suyos; bien se vió esto. Su

comer y beber era templado, y nada profano en su persona, y el amor del sexo femenil le tocó lijeramente, y así no se casó, y en todo procuró dar ejemplo, porque a quien es mayor le compete ser mejor.

Disfrutó en compañía de don Francisco Pizarro las inmensas riquezas del Perú que por muchos siglos acumularon sus reyes, y él solo las de Chile, y parece que nació para haber sido el mas rico de todos los hombres particulares. ¡Oh inconstancia de lo humano, que en las mismas glorias que concedes os reservas las ruinas! Su muerte dejó igual recordacion a su memoria y deseo; y como la historia no es apolojía, sino relato verdadero y desinteresado, no omitimos decir lo que expresa en su historia Garcilaso que dijo Atahualpa a Hernando Pizarro, estando en su prision: de que en su ausencia le procurarian quitar la vida el adelantado y Alonso Riquelme: otros no lo dicen. Mas lo cierto es que don Diego fué mui amado de los indios, lo que parece no hubiera sido, si le tuvieran por causante de su muerte.

CAPITULO VIII.

Pedro de Valdivia pide a don Francisco Pizarro la conquista de Chile, a cuya empresa va.—Acaecimientos hasta su ingreso al reino.

El marques don Francisco Pizarro quedó con la muerte de don Diego único gobernador del Perú y Chile, pero no tan sin zozobras que no temiese algun siniestro accidente; pues la memoria del bien amado don Diego estaba mui reciente en los suyos, quienes despues ejecutaron una sangrienta venganza quitándole la vida, como que fuesen veneradores de la deidad Postriades, a quien la antigüedad pagana rindió cultos porque infundió el furor e ira, la que en ellos permaneció hasta la consecucion del hecho, pues, como dice Erasmo, la perseverancia todo o lo mas consigue.

Pedro de Valdivia era persona de las mas distinguidas del Perú, y le pareció que tenia bastantemente obligados a los Pizarros por haberles servido de maestre de campo de sus tropas como queda dicho; y así le pidió a don Francisco la conquista de Chile, quien, conociendo su militar experiencia y amables prendas que le constituian merecedor de aquel empleo, se lo concedió, mediando tambien la razon política de evacuar al Perú de muchas personas turbulentas que podian encrespar la tormenta de aquel mar ajitado de odios y disensiones. Fué jeneral la aceptacion que tuvo la empresa, y se resolvieron muchas personas a ir en su compañía, principalmente de los afectos y obligados a don Diego; y como la esperanza es sueño de despiertos, como dice San Agustin, todos discurrian mejoras de fortuna; y con doscientos españoles, y no falta quien diga que fueron algunos ménos, salió del Cuzco a principio del año de mil quinientos cuarenta. Traia en su compañía muchos indios y ganados mayores, menores y de cerda, semilla y otras cosas competentes para la acimentacion que venian a hacer al reino.

Proseguíase la marcha con lentitud, y en el progreso de ella, las mujeres, jente de servicio y de menor edad que venian, padecieron algunas enfermedades; de que se orijinaron dicterios sediciosos que hubieran provocado al castigo a Pedro de Valdivia, a no poseer en tan eminente grado la prudencia; y los corrijió perdonándolos mejor que castigándolos, como dice Séneca.

Al ingreso al reino experimentaron notables frios, mas todo ménos de lo que padeció el adelantado. Llegaron por fin al valle de Copiapó: recibióles su príncipe con agrado por la buena memoria de don Diego. Laudable accion, pues en los hombres es frájil la de los beneficios como tenaz la de las injurias. Retuviéronse allí los españoles algun tiempo para restablecerse de las penalidades de tan prolija fatiga.

No pretendo negar unas cortas noticias a la curiosidad, mencionando varias personas que vinieron en compañía del gobernador Pedro de Valdivia, siendo mas lo que ignoramos en órden a esto que lo que sabemos: Diego de Oro, Hernando Paez, Pedro Pantoja, Francisco de Aguirre, Pedro Gomez de las Montañas, Francisco Riveros Ontiveros, Gerónimo de Vergara, Fernando Ortiz, el licenciado Peñas, don Cristóbal de la Cueva, Juan Negrete, abuelo del autor, y Francisco Cabrera.

CAPITULO IX.

Situacion del reino de Chile.—Su extension y descripcion de su famosa cordillera.

Dejarémos a los españoles en las delicias de Copiapó, y pasarémos a hacer una jeneral descripcion de Chile, reino que vienen a conquistar. Dice Casidoro: que de grandes artífices es incluir el todo en la pequeñez; y así, como pareció ménos digno el cetro en las manos del quinto Cárlos, que un anillo en cuyo abreviado círculo se incluia la extension armoniosa de un reloj, no discurro sea feliz el éxito de nuestro intento, pues no tengo dictámen tan de mi agrado como el que hago de mi insuficencia para incluir en breves cláusulas las singularidades que en él produjo naturaleza; porque el querer reducir a puntuales individualidades sus materiales grandezas, fuera formar de este asunto un dilatado volúmen. Preguntado Séneca la regla que se observaria para escribir con elegancia, respondió: que la de decir lo que bien se supiese. Esta solo será la que observarémos; pues ademas de ser regnícolas, tenemos a la vista el objeto de que tratamos.

Háblase con variedad del oríjen del nombre de Chile. Dicen unos que en el idioma peruano alude a rejion fria; otros afirman que era nombre propio de un valle y que los españoles lo hicieron jenérico, y no falta quien discurra que derivó de un pequeño pájaro, *tili*, bien conocido en el reino. La situacion de este es en la meridional América, siendo su extension desde los veinte y.... grados de latitud al trópico de Capricornio, hasta los cuarenta.... al polo antártico, pudiendo tener quinien-

tas leguas del mediodía al setentrion, no por la graduacion numeradas, sino es por las curvidades del terreno que media entre sus extremos. Su latitud es sin igual, de cuarenta leguas, de treinta y de algo ménos de oriente a poniente. Esta irregularidad la ocasiona el alejarse la cordillera en algunas partes del mar o aproximarse en otras. Los ingresos de Chile son difíciles: el del mediodía es un despoblado arenoso y dilatado, escaso de agua y desapacible. Por el setentrion(1), el canal de Chiloé, que separa aquella isla del reino, tormentoso y de un violento flujo y reflujo, émulo de Euripo, que tan fatal fué a Aristóteles. Por el oriente está la famosa cordillera, solo transitable los seis meses del año, y los restantes innaccesible por la copia de sus nieves, que sirven de horror aun a la vista. Por el occidente, el Mar del Sur, que tiene algunos puertos y caletas cómodas, y lo restante de la costa es de difícil desembarque por su braveza y arrecifes.

Hace la naturaleza algunas raridades, con las que pone en admiracion a los hombres: una de ellas es la cordillera, cuya descripcion harémos, pues es tan principal parte del reino. Es admirable por su lonjitud y latitud, altura y fragosidad, riqueza y boscajes, y nada ménos por la impenetrable terquedad de su nieve, siendo su conjunto un horroroso o deleitoso objeto. No es comparable con ella el Pelion ni el Olimpo de Tesalia; no los Alpes, ni el Apenino de Italia; ni el Pirineo de España, ni Atlas africano, ni el Líbano Oreb, ni el grande Cáucaso que, como dice Arriano, atraviesa lo mas del Asia; y solo hallamos similitud en ella. Principia desde el nuevo reino de Granada y termina en el estrecho de Magallanes, que bien serán mil y seiscientas leguas; y solo hablarémos por lo que se comprende en los términos del reino. Hácela admirable su altura, pues es tan soberbiamente elevada por algunas partes, que impiden que las luces del sol se comuniquen al occidente, hasta que fogoso y elevado mas allá de su nacimiento, se dejan ver. Su latitud es de cincuenta, setenta y aun cien leguas por varias partes, principalmente para el polo, donde sus faldas son de mas ensanche y los montes con moderacion se van excediendo unos a otros hasta su mayor altura.

Esta famosa cordillera no se compone solo de una sierra, sino es de dos, tres y aun cuatro, unas a continuacion de otras; y hai en los intermedios muchos valles de grandísima extension, amenidad y herbaje: los que de plano no ven el cielo por los crasos vapores que se exhalan, desde sus cimas lo descubren terso y sereno, mas no la tierra, porque las nubes que para abajo se miran la ocultan, teniendo por escabel muchas veces el íris que la repercusion del sol forma. Y si célebre es el Olimpo porque las nubes excede, como ponderó el poeta, no deben ser ménos plausibles estos montes, que a ellas y a él se aventajan. Es imponderable la inmensidad de su nieve: cuando ha de haber tempestad las nubes la ocultan, mas despues que con la bonanza se disipa aquel volan-

(1) Quiso decir el *austro o sur.*

te que la cubria, parece toda blanca. Es objeto deleitoso o es embeleso admirable contemplarla, pues previno la naturaleza hermosura en el horror de sus nieves, las que hacen una continuada valla de eminencias disconformes que mas parece obra del arte que de la naturaleza. Los pájaros y animales de que su vasta extension está poblada, la desamparan durante su rijidez, de suerte que en sus inmediaciones se vé mucha volatería; y moderado el rigor con el verano, se vuelven a internar por ella, con el instinto que la naturaleza les dió, de ser precavientes en su conservacion. Solo es trajinable los seis meses del año, sirviendo de sendas el cauce de los rios; y no obstante, se suelen suscitar tempestades que a los viandantes les suele ser preciso abandonar sus efectos, o con precipitada fuga evadir el peligro; y está el camino con recuerdos de temerarios escarmientos.

Plinio contempló los incendios del Etna. ¡Qué atenciones no se ha llevado tras sí el Monjivelo y el admirable Masaya en la Nueva España! Hai variedad de Etnas o volcanes en esta cordillera chilena. El padre Alonso de Ovalle en su historia, dice que hai diez y seis: no es dudable que los haya, aunque se observa singular variedad en ellos; unos se extinguen y despues se reproducen; otros contínuamente humean y con mas vehemencia en la estacion inverniza, en que solia ser notable el de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, asemejándose a una nube mui opaca y tan sólida que prevalecia contra la impetuosidad del viento. El volcan de Allipen vomita fuego, y al de la Silla Velluda le vimos no há muchos años exhalarse con tal violencia, que descantillándose la roca por ser estrecha para tanta llama, corrió mucho espacio con un ímpetu espantoso, permaneciendo veinte dias en contínuo incendio, quedando por vestijio de su aborto un campo de escoria que el dia de hoi se vé.

No es ménos admirable por las minas de oro y plata que en ella hai, y manantiales bituminosos, minas de sal y baños de aguas.

CAPITULO X.

Apacibilidad del cielo de Chile y sus benévolos influjos.—Descripcion de sus rios y despeños de aguas.

La magnitud de los orbes celestes nos manifiestan el poder de su divino artífice; sus regulares movimientos, su sabiduría; y la redundancia de sus benévolos influjos, su bondad. Los sabios de Ejipto decian que el sol era hijo visible de Dios invisible, porque necesitando el mundo de varias estaciones para mantener su virtud, lo ejecutaba con mutuacion casi insensible, porque fuera nociva si fuera repentina.

El comun sentir de desinteresados, es que el cielo y suelo de Chile, si tiene igual, no superior en el orbe. Omito equipararle con otros reinos del uno y otro hemisferio, porque fuera prolongado asunto, y quizá odioso; mas en cuanto a su hermosura y brillantez de las estrellas, a lo terso y resplandeciente del cielo, es manifiesta la ventaja, que será la

causa el buen temperamento y pureza del aire. Y aunque es copiosa la abundancia de rios, corren con rapidez y sin rebalse, lo que pudiera causar gruesos vapores.

Creó el artífice soberano a la cordillera chilena para su fecunda amenidad: nace de ella especialmente y de otras serranías, tanta copia de manantiales, arroyos gruesos y rios de mayor y menor caudal, que fuera difícil reducir a número su imponderable muchedumbre. El padre Alonso de Ovalle dice en su historia, que hai doscientos de los mayores, moderados y menores: Don Jorje de Ilumbe, en el proyecto que presentó al rei el siglo pasado, no se aleja de este número, ni tampoco Pedro Ugarte de la Hermosa en su manuscrito histórico. De suerte que habrá dicho número aun con exceso, siendo muchos por la cordillera, ménos en el intermedio del reino, donde ya corren incorporados, y algo mas minorados al ingreso del mar, su ocaso; adonde ya llegan muchos que pueden pasar por navegables, como el rio Maipo, que tiene barco y puente para su manejo y beneficio; pues tienen fácil saque sus aguas para el riego del pais y son saludables por la zarza que marjena sus riberas. El rio de Rapel se compone del formidable Cachapoal, que es de los mas caudalosos y rápidos del reino, y del Tinguiririca; el de Mataquito, que se compone de Lontué y Teno. El rio de Maule, que fué lo último adonde llegaron con sus armas los monarcas del Perú, diez y seis leguas del mar mantiene embarcacion para su manejo, siendo su émulo Loncomilla, con que se incorpora, y solo transitable en balsas. El rio de Itata, que desde que se junta con el de Ñuble, solo es capaz de barco o balsa. El grande Biobio, que es el mayor de Chile; júntasele el de Vergara, que es de notable profundidad, y el de la Laja de mucha anchura. El rio del Lebo, bastante caudaloso, y el de Paicaví nada ménos, y Tirua, y el hermoso rio de la Imperial, Chilli y Tolten, tan rápido como caudaloso, y sin vado desde la cordillera al mar. El rio de Valdivia es capaz de embarcacion de cualquier porte, y algo ménos caudaloso es rio Bueno, y el de las Canoas, que corre inmediato a la arruinada ciudad de Osorno.

No pudiera ser perenne tanta muchedumbre de rios con ménos nieve que aquella que se deposita en lo profundo de los valles de las cordilleras y en lo elevado de sus cimas: esta hermosamente se vé y aquella cautelosamente se oculta; y próvida la naturaleza previno la una para la abundancia y la otra reservó para la escasez, y así siempre hai para el caudal de sus rios; y son mas los que corren para Chile que no para la provincia de Cuyo, porque en su opulencia y amenidad se quiso esmerar su fortuna; y así no se vé pais de igual elevacion al polo tan abundante de aguas. Y si el Tígris y Eufrates ocasionan la fertilidad de Mesopotamia, y el Nilo la de Ejipto, no es mucho que tantos con tanta copia de fuentes causen la de Chile. El ornato del mundo, en cuanto asímismo dice San Agustin que es hermoso, en Chile pasó a ser divertido con el despeño de algunos rios que se precipitan de sus elevados cáuces con pavor divertido a otros inferiores: tal es el de Aconcagua, Dañecalque, Itata, Güequen, Miginco y el del rio

de Laja, que corriendo por un plano que parece de pulida cantería, en él se forman varias pozas, con tal propiedad que pudieran pasar por advertencias del arte, mas que por descuidos de la naturaleza, y faltando la solidez de la roca, se despeña como de cincuenta varas de alto. La peña está tan lisa y derecha desde su cima al pavimento, que hace viso de artificial construccion en forma de semicírculo, y parece que la tierra se conmueve en aquella circunferencia, y es menester violentar la voz para entenderse. La niebla que levanta la repercusion de las aguas y el aire, se vé de ocho leguas y en la inmediacion equivale a una pequeña pluvia; y al ponerse y salir el sol se ven dos o tres arcos de alto en bajo con toda su perfeccion. Son dos los despeños que el rio hace, inmediato el uno del otro.

CAPITULO XI.

De los lagos que hai en Chile y de su templado clima.—De los frutos de cultivo que los indios tenian y frutas que producia el pais, y de los ganados y animales que en él habian.

Dice Senoras, que las obras de Dios se han de exaltar y alabar, y que los arcanos de los reyes se han de ocultar.

No son ménos los lagos en Chile que lo son los rios, guardada proporcion, pues solo entre la corta distancia de Biobio e Itata, se hallan mas de veinte. Lo laudable es que ni todos en jeneral, ni cada uno en particular, tengan malignas influencias o nocivas cualidades, como el Averno inmediato al golfo de Bayas, en Arcadia el Feneo, el Alfatite en Palestina, y la Estijia en Sicilia. Ante todo son abundantes de peces, como lo son los rios y arroyos gruesos de Chile. El de Villarica tiene de retorno diez leguas, y en el medio dos isletas peñascosas, cómodas y deleitables; su ribera en partes es despejada y en otras de arrecifes; su desagüe es Tolten, un caudaloso rio y solo trajinable en canoas. El lago de Butanlebu tiene veinte leguas en su circunferencia; hácelo o recrécelo el rio de Puren, como en Italia el Mincio el de Mántua: corre con curso contrapuesto, pues naciendo en las serranías de la costa, jira para la cordillera, como alejándose del mar, para pagar despues mas copioso su tributo. Entre las cordilleras hai dos copiosos lagos de enorme profundidad y extension: de el uno sale el caudaloso Biobio, y del otro el rio de la Laja. El lago de Ilicura está entre ásperas serranías: se asemeja al mar en la contínua ajitacion de sus olas, abundancia de pescado y volatería: bojea como veinte leguas, y su desagüe es el caudaloso Paicaví. El lago de Ragilgue es algo menor y sale del rio de Lleulleu, que se maneja por puente: no es tanto su caudal, como es tanta su rapidez. El lago de Tirua es salobre: hai en él varias isletas y en ellas agua dulce, y así parece que se contrapone la naturaleza a sí misma; mas, como dice Aristóteles, no hace cosa en vano, ni falta en las necesarias, ni es demasiada en las supérfluas: sale de él el rio del mismo nom-

bre. El lago de Tagua-tagua tendrá doce leguas de circunferencia. El de Cahuil tendrá veinte y seis: no solo hai en él pescado, sino marisco; comunícale el mar esta abundancia. El lago de Aculeo es de singular hermosura y extension: las márjenes son pastosas y mui amenas, sobre ser mui despejado; tiene un islon en medio de sus aguas, cuya inspeccion lo hace mui divertido. Los pejereyes que en él hai, son célebres. Hemos hecho solo recuerdo de los mas notables.

No hai placer que se ofrezca a los sentidos, que no se pueda gozar en este reino, pues en él compite la amenidad con la abundancia. El aire jeneralmente es sano como su temperamento, en que hai poca variacion no obstante su extension. El que cae al trópico es algo cálido, y el opuesto al polo, frio; mas ambos con moderada intension, pues a la sombra no fatiga lo cálido, ni a cubierto incomoda lo frio; pues no se experimentan las nieves que en el ártico en igual altura, y el intermedio es templado. Esta benignidad aun en la ríjida estacion, es propicia a los hombres, ganados y animales; pues nunca se cubren los campos de nieve.

Las plantas y frutos en que se afianzaba la mantencion de los indios, ántes del ingreso de los españoles al reino, eran las papas: háilas de varias especies y poca disimilitud. Los frejoles, el maiz, la quínua, la teca, el ají y el madi, de que se saca aceite no desagradable; estas eran de cultivo y de produccion natural. Los lagües, comida gustosa, a quienes la naturaleza les previno varias cubiertas, los gadus, los guanques, los coltos y el liùtu, que es deleitoso y delicado, los changedes y leures y otras especies de ménos cuenta. Es imponderable la abundancia de frutilla fresca que producen los campos desde los treinta y seis grados para el polo.

Desde el principio de la vida fué perenne desvelo para la Obnipotencia prevenir socorro a la necesidad, haciendo que produjese los frutos la tierra sucesivos; y así dice San Pablo, que nos amó Dios desamándole nosotros. Habia diversidad de frutas, que producian los árboles del campo y hoi las llaman los españoles silvestres, como la murtilla, que se asemeja a granada mediana, coronada como reina de las frutas; es fragante y gustosa y es especial hasta su flor; comienza su abundancia desde los treinta y seis grados, como asímesmo la avellana, que es semejante a la europea; su flor es de las mas singulares y delicadas que produjo naturaleza, y en los árboles se hallan a un mismo tiempo las tres gracias de pimpollo, fruta y flor. El peumo es fruta gustosa; el maque, el molle, el güigan y el luilo aplican para sus brebajes los indios. Los pinos son desemejantes de los europeos: la hoja es una aguda espina que del tronco sale; la piña es grande, y los piñones son gustosos y apetecibles y de mucha mantencion; principia su abundancia desde los treinta y siete grados, y críanse en las fragosidades y en lo mas pendiente de los riscos.

Dice el filósofo Difilo, que la naturaleza impuso a los animales ciertas leyes, que debieran servir de enseñanza a los hombres para vivir y políticamente gobernarse: sirva de confusion a la humana soberbia, de que

podemos aprender de los brutos, cuando nos desdeñamos de que nos corrijan los hombres.

De los animales cuadrúpedos que en Chile habian, uno de ellos es el leon, jeneroso y piadoso, como dice Solino, no como los de la Libia y Etiopia, sino de mui moderada grandeza. Habitan en los bosques en los tiempos nebulosos, hacen sus presas en ganados menores y bestias sillares, huyen de los hombres, y perseguidos, se suben a los árboles mas robustos. Los huanacos habitan en los lugares áridos y en las cordilleras; no hai caballo que en la carrera los iguale; con el esputo se defienden y ofenden; andan atropados; críanse en ellos las piedras bezares. El chilligüeque es un animal doméstico; tiene una lana lustrosa y suave. Hai en la cordillera algunos venados y vizcachas. El güillin es animal anfíbio; tiene lana corta y mui fina, y el coipu es de la misma suerte. Hai muchas raposas y un animal mediano llamado chingue, de un orin tan pestilencial que hasta a los perros los encalabrina y huyen de él: estas son las armas de su defensa.

CAPITULO XII.

Fertilidad de Chile y sus frutos que produce.—La abundancia de sus ganados y jenerosidad de sus caballos, y reflexion que hace en órden a su conquista.

El sol solo sabe caminar por la eclíptica con acierto, sin subir a las borealtas estrellas, ni descender a las australes: los demas planetas, como desavertidos faetones, no se afirman en el medio, y así se llaman errantes. Si esto sucede en los astros ¿cómo no errarán los hombres?

Parécenos que será acierto el tratar ya de la fertilidad del reino y desembarazarnos de este ramo de la historia; y para poderlo mejor hacer, suspenderémos la narracion de Chile jentil y tratarémos de Chile ya católico con el establecimiento de los españoles, pues entónces se manifestó mejor su abundancia. El trigo se da jeneralmente en todo el reino, y en muchas partes de él rinde ciento por uno, lo que ha sido exámen de nuestros ojos y no de los ajenos: esto es que con neglijencia se cultivan los campos, como bien lo notan y aun admiran los europeos. Las campañas de tan grato terreno, son las de Taiguen en Quechereguas, las del Larque, Ñuble y Perquilauquen, las de Chanco, la Navidad y en el fértil valle de Copiapó y en otras muchas partes de la cordillera y costas de los dos obispados del reino, de donde se extrae anualmente notable cantidad y se navega para la ciudad de los Reyes: de suerte que suele ser nociva su abundancia, pues muchos no lo siembran porque el bajo precio no suele dar los costos. Coséchanse muchos cáñamos, de donde se proveen los navios que navegan el Mar del Sur. Abundan mucho las legumbres, buenas por excelencia, como lentejas, garbanzos, cominos, anis, azafran y orégano, lo que se extrae del reino para el Perú.

Las almendras solo se dan en Chile, y no en otra parte de las dos Américas, de donde se provee toda la meridional. Abundan mucho las nue-

ces, limones y naranjas, y toda esta especie de fruta en toda su extension. Hai muchos olivos de singular robustez y excelente fruto, granados, higueras, que hasta los treinta y cinco grados dan con imponderable abundancia; y hasta la misma altura fructúan las palmas, que habiendo hallado el terreno mui propicio, han pasado a ser bosques; y con mas notable exceso los hai de manzanos desde los treinta y seis hasta los cuarenta grados, que se pueden numerar a leguas, sin que basten los hombres, animales ni aves a extinguir su fruto, alcanzándose en algunas partes de abrigo el fruto a la flor. De guindas, melocotones y duraznos de varias especies abunda mucho el pais hasta los treinta y ocho grados, de suerte que se ven algunos prados cubiertos de esta fruta, habiéndose criado estos sotos sin ninguna solicitud ni cultivo; y aun todavía es mas notable la abundancia de membrillos y lúcumas, y de esta especie hai unas singulares en Coquimbo, que solo las produce aquel pais; hai albarcoques, tunas, peras de varias especies, y mui delicadas ciruelas.

Dice Esculapio, que el vino iguala a la potencia de los dioses: háilos en el reino con abundancia, mas de igual jenerosidad. Son los mas electos, los que se dan en las inmediaciones de las riberas de Itata y jeneralmente en la jurisdiccion de su distrito, y en algunas partes del partido de Maule, como en Cauquenes, Pichinguileu, Villavicencio y otras; y hablando con sinceridad y sin empeño, en lo delicioso y delicado y conjunto de su bondad, si no exceden, pueden competir con los de mas celebridad del orbe, y así se aprecian para traficarlos fuera del reino. Nunca la naturaleza anduvo escasa en amonestarnos lo que nos sirve con el majisterio de sus obras: mucho se mejoró en Chile el elemento de la tierra con el ingreso de los españoles, pues trajeron los ganados mayores y menores, caballos para mas anualmente soportar la vida de la humana vida, en que no han sido ménos interesados los indios que los mesmos españoles; y el pais ha sido tan adecuado para su procreacion y aumento desde los treinta y un grados ascendiendo al polo, que es imponderable la abundancia de vacas, ovejas y cabras. Bien se puede inferir lo que se mata, por lo que anualmente se extrae de sebo para el Perú, pues, segun regular cómputo, son de treinta y cinco a cuarenta mil quintales, fuera de lo que se consume en el abasto del reino; y los cordobanes llegarán a doscientos mil, proveyéndose de Chile el Perú y las provincias de Cuyo, Tucuman, Paraguai y Buenos-Aires. Abunda el reino de muchos y jenerosos caballos. Cese la voz y hable la fama de su bondad: valen poco, y las yeguas a mui ínfimo precio. Los asnos y principalmente las hembras, hemos visto venderlas a tres reales. Abunda mucho el ganado de cerda, y no ménos las aves caseras. Es el reino por lo jeneral mui abundante de pastos, y mas y mejores miéntras a mayor altura, y tan crecidos que el ganado menor se oculta en ellos, y tan adecuados para la crianza que la carne es mui regalada.

Todo jénero de hortalizas se dan crecidas y con grande abundancia, no habiendo extrañado el pais; ántes sí, algunas se han mejorado que se dan mas crecidas que en la Europa, sobre que pudiéramos producir al-

gunos ejemplos, que omitimos por no hacer mas prolija narracion, sino es una breve pausa para alabar la divina Providencia de que hubiese amanecido en este reino su misericordia con espirituales y temporales mejoras, y se disipase el tenebroso cáos de brutalidad en que sus naturales vivian, por medio de maravillosos incidentes que procedieron al ingreso de los españoles; y siguiendo al político Cornelio Tácito, que hace profundas reflexiones aun sobre pequeños accidentes, harémos algunas, como lo fué la liberalidad del adelantado don Diego de Almagro en las excesivas impensas que para el descubrimiento y conquista de Chile hizo, y mucho mas el donarles a sus deudores lo que le satisfacian, siendo tan notable la cantidad con imitable ejemplo; no alterarle el tránsito de la cordillera en tan ríjida estacion, lo que ántes ni despues se hizo, digo se vió; el jeneroso impulso de Pedro de Valdivia, a quien no amilanó su escasez de medios para tan árdua empresa como la conquista de este reino; pues, como dice Séneca, ninguno vale mas en la plaza de lo que tiene en arca, bien que su capacidad sobresaliente y singulares talentos le hacian digno de tan osado empeño: de lo que carecia Pedro Sanchez de la Hoz, [que] en virtud de merced del Emperador se juzgaba acreedor de esta conquista y segun el dictámen de desinteresados, en la mayor parte del reino bien fundada causa; cuya exclusion fué venturosa a Chile y fatal al excluido, como despues dirémos.

CAPITULO XIII.

De las aves terrestres, marítimas y palustres.—Dase noticia de los árboles mas especiales que produce el pais, y de la abundancia de su costa, y de singulares simples que en él hai.

Proseguirémos la narracion de Chile en su bárbaro sistema. El elemento del aire no mejoró de fortuna en el ingreso de los españoles: siempre fueron unas mesmas las volátiles que poblaron la baja rejion, salvo las palomas. Principiemos por el águila, pues sin que le deslumbre el esplendor del sol ni la copia de sus luces, le mira una hora sin intermision, como dice Aristóteles: hai muchas y en poco disímiles de las europeas. El cóndor, ave voraz que se alijera con el vómito, y tan audaz que, haciendo círculo de sus alas, acomete a los vítulos; hai garzas y cigüeñas, cisnes y gran diversidad de patos, y entre estas palustres puede numerarse el piuquen, singular ave de caza. Abundan mucho las palomas, torcazas, tórtolas y zorzales: el pájaro carpintero es negro con un airon de plumas carmesíes en la cabeza, lo que notablemente le agracia; cavan contínuamente los troncos con la agudeza de su pico, y el golpe es violento y estrepitoso, pues se percibe de distancia; otros hai menores que aunque vistosos, no de la gallardía de los primeros. Los papagayos exceden a todas las aves en su muchedumbre: son nocivos, y mas lo fueran, a no ser tanta la apetencia de sus polluelos, que son de sin-

gular gusto, olor y sabor. Hai abundancia de perdices y finos alcones, y otras mas aves de rapiña. La pingüida o picaflor es pájaro pequeño; el color es entre verde y anteado, con un jénero de tornasol que le da visos de bruñido oro; el macho se distingue de la hembra en que tiene en la cabeza no sé qué fogoso carmesí que hace visos de animada llama: andan de flor en flor, en contínuo y presuroso movimiento, sosteniéndose en el aire; los inviernos se adormecen con accidentes de muerte, sin ejercer accion vital, y solo con la experiencia que hemos tenido, pudo haberse convencido nuestra incredulidad.

Y porque en la república de las aves no faltasen canoras que alabasen a su Creador o excitasen a los hombres a ello, pues nos dice por San Mateo que las miremos, hai varias en Chile. La calandria es pájaro desairado a la vista, mas de una melodiosa armonía, con quiebros de alto, bajo y tenor, que es embeleso oirla. El jilguero, el ruiseñor, la loica y el tordo, que es de tanto cariño a su dueño que, suelto, vuelve al amor de su prision. La diuca canta con grande armonía al primer albor del dia, con otras muchas en admirable concierto, lo que dura en su mayor fervor la estacion de primavera. El pidén y el zorzal cantan al ponerse el sol, porque no falte música a su ocaso. Tambien previno la naturaleza que hubiesen algunas nocturnas, como la del quillquill y el nuco, alternado de uno en otro, mas en melancólico metro: es pájaro abultado; sobresálenle unas plumas que parecen orejas. El guairabo y el chuid tambien son nocturnos. El tegle o el fraile, segun su vulgar voz y no sin alguna similitud, es pájaro que nunca pára en árbol, y de notable vijilancia, pues con rumor y sin él igualmente graznan de dia y de noche.

El pájaro que llaman flamenco, es ave de mar, entre blanco y rojo, de corto vuelo, alto y corpulento. El pájaro niño tiene la similitud de muchacho fajado; no vuela porque no tiene plumas; tienen sus horados en la orilla del mar, donde habitan; no son de huraña condicion; tiene un fuerte y natural tejido de pluma corta y felposa que con dificultad le cala la punta mas aguda. El pico de alcatraz es marítimo y el mayor de los costinos, y su gravedad es embarazo al vuelo; el pico es grande y mucho mayor su buche, de que se hace lanternas por lo que esclarece la luz; vense despues de las tempestades, y sin ellas rara vez.

Es el mar el hospedaje de los rios y la fuente de las aguas; es el socorro de las necesidades y liga con que se unen los pueblos separados, no obstante de ser la mas falsa e inconstante, como dice Pitaco. No nos apartarémos de sus playas sin decir algo de sus peces y mariscos; pues la naturaleza es poderosa y en sus producciones varia, el mundo grande, de suerte que con frecuencia llegan a nuestra noticia varias cosas que ignoramos. Es abundante de pescado de várias especies, como es el róbalo, que es peje mui delicado, gustoso y mejor miéntras a mas altura. El cauque, el roncador, el lenguado, la vieja, el tollo, pejegallo y cabrilla, el pejerei, la liza y el atun, y algunos que tal vez se cojen no conocidos; y no solo son abundantes las aguas, sino las playas, arrecifes y peñas.

Críase en ellas una yerba que llaman luche, de cuarta o tercia mas o ménos, crecida por primavera que es su tiempo, y entónces se arranca de ellas, y seca es vianda gustosa y aun apetecida para afuera del reino. La ostra y el pico de papagayo es marisco regalado, como el choro y la cata y piur, y mejores miéntras mas al polo. En las cholguas se crian perlas y algunas de buena oriente. Tambien son apreciables los locos, los erizos y otros muchos en toda la costa de Chile y principalmente en la de Arauco. Arroja el mar ámbar a sus orillas cuando está tempestuoso, mas la pajarería lo agota, y la omision pierde lo que podia aprovechar el cuidado. Es maravilla sin término, bien ponderada del P. Seneri, que albergándose en el aire, en el mar y en la tierra tantos animales diversos, a ninguno jamas le falta con que vivir.

Los árboles mas especiales que producen los bosques de este pais, los cuales principian a ser mas frecuentes desde los treinta y cinco grados, son los cipreses, que los hai de una enorme grandeza; los laureles, a quienes honró tanto la antigüedad pagana y, segun su sentir, los exceptuó de los fulminantes rayos, como dice Suetonio: es singular y notable la abundancia que hai, y de mucha corpulencia. El reuli es una especie de cedro bastardo; el choigue, que es mui robusto; el roble o pellin; la patagua, es árbol de mucha elevacion y frondosidad; el incorruptible alerce, que a todos excede en su grosor: su resina es un finísimo incienso; el canelo, no sin alguna similitud al del Oriente, aunque en esto se le aventaja la corteza del boldo, y aun casi puede equivocarse, lo que tenemos por experiencia; el guayo es madera fuerte y colorada, y el michai, amarillo y de flor mui fragante; la luma, el guayacan, algarrobo y el litre, puede alguno de ellos competir con la fortísima tiga de Filipinas; el maiten es hermosísimo y frondoso, tiénenle por el sen; el culen es árbol mediano y mui medicinal, repútanle por el té, y si no es, la hoja se le asemeja; la guillipatagua tiene la hoja que se equivoca con la yerba del Paraguai. Hai cuatro especies de arrayanes; el colcolen es árbol moderado, que produce una flor amarilla y mui delicada a copos, que abunda tanto que ofusca el verdor de su hoja, de un fragante tan suave y sin fastidio que es imponderable; percíbese de ordinario mas por el olor que por la vista, y esto no en la cercanía, sino en la distancia; es de lo singular y raro que la naturaleza produjo; no da fruto alguno, ni es de aprecio la madera, y solo parece que este fué su destino, y solo los hai desde los treinta y seis grados para el polo. Los espinos, que los hai muchos descendiendo para el trópico, es madera fuerte y tambien da su aroma de apacible olor. El notul es árbol vistoso que da una flor carmesí a racimos, que se hace mas agradable entre el verde oscuro de su hoja.

Abunda este reino de muchas plantas de singular virtud, siendo mas fecundas y vistosas en la inmediacion de la cordillera, principalmente lo que es herbaje. Hai muchísima violeta y orozuz; lo uno y otro se extrae del reino despues de su reciente conocimiento. Abunda la zarza y polipodio; el cachanlaguen, que es la centáurea, y el nanculaguen,

la viravira y doradillas, el quilenquilen y otras muchas plantas de singular virtud, cuya narracion la omitimos por prolija. Y no abunda ménos de tinturas, las que puso la naturaleza en diversas plantas y árboles, principalmente el relbun, que es para el carmesí, de que hai notable abundancia.

CAPITULO XIV.

De los primeros habitadores de Chile, del númen de su adoracion, y lo que creian de la inmortalidad del alma.—La dispersion en que vivian, sin leyes ni sujecion alguna.—De su apetencia a la embriaguez.—Disposiciones que precedian para la paz y la guerra, y de sus hechicerías, etc.

Mísero a todos visos era el estado en que se hallaban los indios habitadores de este hemisferio chileno, cuando el ingreso de los españoles a su conquista. Faltábales la razon, que, como dicen los jurisconsultos, es una virtud callada, fija y colocada en el entendimiento de los hombres. De primeros pobladores de este reino, por dónde o cómo a él viniesen, nada sabian, lo que denota el que fué en siglos mui remotos de su memoria: a esto induce lo poblado que el reino estaba, cuyos vestijios permanecen en el dia de hoi entre bosques y cordilleras, no sin admiracion de los que notan que en lo presente se tuvieron por inhabitables, lo que tenemos mui observado.

El númen a quien su barbaridad rendia lijero culto, porque no habia ningun exceso en su relijiosidad, llamaban Pillan, y decian que habitaba en la cordillera o volcanes, haciendo el trono de su deidad los horrores del fuego y humo, y decian que los truenos, rayos y relámpagos eran efectos de su poder o indicios de su indignacion; y cuando esto sucede, le invocan a voces, mas con placer que con temor. Solicitan tenerle propicio en los casos árduos, principalmente en la guerra al tiempo de acometer a los enemigos. Vibrando la lanza, le llaman a voces; ceremonia que acostumbran, no solo para implorar su favor, sí tambien para expulsar el pavor y que les dé espíritu de audacia y vigor, lo que no omiten aun en sus juegos de chueca.

La antigüedad pagana colocó a los héroes entre los hombres y dioses, haciéndolos mas que aquellos y ménos que estos; en cuya línea tenian los indios a la Anchimalgüen, que decian les noticiaba de lo adverso para precaverlo o de lo próspero para celebrarlo: reputábanla por su deidad tutelar. Creian la inmortalidad del alma, sin pena ni gloria, estando persuadidos que los que morian iban a la otra parte del mar, donde se alimentaban de cierta especie que llaman *peñis;* y en los sepulcros se les ponian vasijas de chicha y vianda para su viático, y algunas veces sus armas, que nunca las desestimó su jenio marcial, bien así como los romanos dominadores del orbe, que ponian monedas a sus muertos para pagar el portazgo de Aqueron en la Estijia. Tenian noticia del universal diluvio, bien que adulterada con ridículas circunstancias, como el que ciertos montes a quienes llaman *Thegtheg,* que el dia de hoi

aun los mencionan, crecian excediendo siempre a las aguas, y que en ellos se libraron algunos, de los cuales se habia multiplicado el linaje humano.

Usaban la pluralidad de mujeres, y las usan, teniendo tantas cuantas eran posibles a su caudal, para cuyas impensas ayudaban los parientes, quedando los padres y consanguíneos gratificados, y solo de esta suerte las hallaban: singulares desposorios que aun hasta el dia de hoi usan, pues en ellos no se pintan lienzos de dotes, ni se finjen hermosos y amables los novios, y ellas quedan en servil sujecion; bien que, como dice Eurípides, la mujer indotada tiene poca libertad de hablar. Por lo jeneral heredan los hijos las mujeres, exceptuando del lecho a sus madres. Mas la educacion de ellos en todo es bárbara, licenciosa y descomedida, desacatando a los padres, y la de las hijas no ménos neglijente, no reputando sus padres este cuidado por digno de su atencion, o porque quizá los maridos no reputan en que vayan incorruptas al tálamo, o porque ni aun con el pensamiento quieren gravar su flojedad o pereza, que, como dice el maestro Medina, es caimiento del corazon para el bien obrar, y tristeza y hastio de las cosas.

Es veloz el flujo de la vida, pues dice Job que el hombre huye como sombra y nunca permanece en un mismo estado. Los indios de este reino vivian dispersos por todo él, bien que pobladísimo, jeneralmente en Mapocho, que es el contorno y asiento de la ciudad de Santiago, y desde el Biobio hasta el extremo del reino al polo. No tenian leyes para políticamente gobernarse, ni gobierno democrático, aristocrático ni monárquico; aunque los que eran de alguna familia o parcialidad, miraban con algun jénero de atencion, no subordinacion, al mas anciano y de mas racionalidad, que con el transcurso quedaron de caciques sus descendientes; y los mas eran despreciados, y en sus contínuas embriagueces los ultrajaban, en donde todo era excesos y se cometian homicidios y enormes fratricidios, los que aun al presente se ejecutan, porque la apetencia que a beber tienen, es imponderable y lo mismo en lo presente, jeneralmente los de la otra parte del rio de Biobio. Para cultivar sus campos, sembrarlos y cojer su fruto, hacian sus chichas para sus convites, que todo terminaba en bebezones, que, como dice Caton, es locura voluntaria.

Lo mesmo ejecutaban para la construccion de sus casas y estreno de ellas, curacion de enfermos y sepultacion de muertos, recepcion y hospedaje de amigos, celebridad de sus desposorios, y en los juegos de sus divertimientos; y lo que mas es, [en] los importantes manejos de la paz o de la guerra, para cuyos efectos, la propension del jenio de esta nacion en su belicoso clima, tenian ciertas modales recibidas de comun consentimiento, que aun hasta el dia de hoi las observan.

Hai ciertas personas a quienes llaman toquis, los cuales en la paz no suponen nada, mas en la guerra hacen la primera personería, no solo para el consejo, sino para el comando de las tropas. El modo de convocarse para la guerra o sublevacion que ya se ha deliberado, es con una

flecha. Esta pasa de un correspondiente a otro con cierto número de nudos en un hilo, siendo el postrero el del último plazo para tomar las armas; y así con gran cuidado desatan uno por dia, quedando obligados a esto todos los que la han recibido; y lo que es admirable y digno de la mayor ponderacion, es el indispensable silencio que observaban, sobre lo que pudiéramos producir notables ejemplos. El padre no le hacia partícipe al hijo, ni este a su padre si recibia la flecha, ni el marido a la mujer. Túvose por caso notable que hubiese secreto entre doscientos hombres por un año, cuando la proclamacion del rei don Juan el Cuarto al trono de Lusitania: esto se vé con frecuencia en Chile, observado por esta nacion aun entre mayor número. Dice Quintiliano, que no hai virtud mas dificultosa que la del silencio; y así los ejipcios adoraban a Harpócrates como dios de él, como dice Catulo, y los romanos, entre la vanidad de sus dioses, rendian cultos a Agenora como diosa del secreto, segun Macrobio; de suerte que con una admirable metamórfosis se transformaban estos bárbaros en sabios, pues, como dice Pitágoras, es el traje y vestidura de ellos el sijilo.

En la formacion de estos proyectos matan un chilligüeque negro, porque aun en el color quieren que sea funesto; sácanle el corazon, de cuya sangre gustan todos los que se juntan a estos congresos, adonde siempre llevan su ramo de canelo, árbol de su veneracion y que de él usaban en las determinaciones de guerra y paz. Tambien usan de él sus hechiceros, cuando solicitan el patrocinio de su Pillan o del demonio, quien visiblemente les habla por medio de sus machis, quienes eran mui respetados y temidos, porque jeneralmente estaban imbuidos, y aun de presente no exemptos, de que los mas que mueren es por maleficio; y consultados, culpan por actores a los inocentes, de que se orijinan muchas disensiones unos con otros, pidiendo la satisfaccion de estos ocultos homicidios. Es cosa notable y digna de toda ponderacion, que para la guerra deponen sus domésticos intereses y particulares querellas, y teniendo tanta propension a la embriaguez cual es ponderable en ella, se vuelven sobrios y precavientes, como la nacion mas política lo pudiera ejecutar.

CAPITULO XV.

Dase noticia del jenio y costumbres de los indios y su singular valor.—Reflexion que [en] órden a esto se hace, y de sus juegos, que son belicosos ensayes.

Ciceron da la honra de la invencion de la guerra a su diosa Palas, y que por esto fué llamada Belona; Diódoro Síciulo dice que Marte, y por eso lo llaman dios de las batallas. Sin duda domina este belicoso clima, pues el jenio de los indios es marcial, lo que ha notado la experiencia de los treinta y seis grados para el polo y de estos para el trópico, y hace bien ver cuán vária es la condicion de los hombres, y que la voz comun suele hacer justicia en sus elojios, y que de su valor los tiene esta nacion bien

merecidos. Son de promediada estatura y robustos, ménos los cordilleranos, que en lo uno y otro los exceden. Toleran sin fatiga las inclemencias mayores, y para recrecer su furor ensangrientan las armas con sangre de sus enemigos, a quienes hacen guerra cruel, y contra el derecho de jentes sin cuartel, quitándoles la vida a los prisioneros de tiempo en tiempo, sin que el interes, el ruego ni servicios aplaque su fiereza, pues es lo mesmo que cantar a tigres de melodía.

La incredulidad es produccion de la ignorancia, y porque no parezca inmoderada alabanza la de su valor, hable la experiencia, que el fin de ella es la verdad, como dice Aristóteles; pues no será digresion del asunto, reflexionar sobre el carácter de esta nacion desde los siglos pasados hasta la presente centuria. Los monarcas del Perú sujetaron a su imperio muchas naciones de esta meridional América, mas al rápido curso de sus conquistas se opusieron los indómitos chilenos, sin que pudiesen penetrar sus armas del rio Maule adelante, no obstante que mantenian cincuenta mil hombres de tropas arregladas con el destino de esta conquista, la que ciento diez años ántes principió el Inca Yupangui. Sujetaron en breve tiempo los españoles los tres poderosos imperios de este americano hemisferio, el del Perú, Méjico y Bogotá, y no han sido suficientes ciento noventa años que há que principió esta conquista, para terminarla soyugándolos, ni el excesivo dispendio de cincuenta millones y mas de veinte y cinco mil hombres de reclutas, ni la mucha efusion de sangre que hubo, habiendo hecho el rei el siglo pasado el honor a esta guerra de que fuese de igual mérito a la de España, Flandes e Italia. Hoi poseen el espacioso jiro y noble porcion de Chile que hai del rio de Biobio hasta el canal de Chiloé, que serán ciento y cincuenta leguas de lonjitud y de latitud de mar a cordillera, donde solo tienen los españoles la plaza de Arauco y la de Valdivia, y viven en lo presente con realidades de independientes y en su apetecida libertad. Y lo que mas es, se hacen paces con ellos como con potencia extraña, y con indecoro de las armas. No me atreveria a decirlo si el rei así no lo expresara en su real cédula dirijida al Exmo. señor don Gabriel Cano, teniente jeneral de los reales ejércitos y presidente que fué de Chile, consultándole el modo que pueda haber para terminar esta guerra y conquista; sobre cuyo asunto remite un proyecto a S. M., el que podrá ser agreguemos a nuestra historia.

Hoi se ven las ruinas de ocho ciudades, que recuerdan tristes memorias de lo que fueron, como la historia mas latamente nos lo hará ver, sin que en la sufrida esperanza de ciento cuarenta años que há que se perdieron, haya habido el consuelo de su restablecimiento, y cuya pérdida de lo sacro y profano se puede remunerar a millones, la cual no han experimentado igual los españoles en Indias; cuyos hechos bien denotan si es despreciable su valor y singular conducta. Sus resoluciones son premeditadas y las resoluciones prontas; coadyuva a esto los muchos y jenerosos caballos que tienen y el no llevar equipajes en sus tropas, sino en el respaldo de sus sillas la precisa manutencion, mostrándose siempre

intrépidos, constantes y despreciadores atrevidos de la vida. Bien lo ha manifestado la obstinacion con que por casi dos siglos se han opuesto a la dominacion española con criminoso teson; y aunque muchos han tenido en desprecio a esta razon, han experimentado lo contrario, y fuera ofensa de la justicia el faltar a esta verdad que tan fatal ha sido al reino; y creo que no ha sido excederme el correr algo la pluma.

Dícese de Vespasiano que con el milagro de su magnificencia hizo dos obras que habiendo excedido las mas magníficas, solo entre sí competian, que fueron el Templo de la Paz y el Anfiteatro: este solo con el designio de que aquel pueblo dominador del orbe, en su mesma diversion, hallase ensayes de guerra, ya con lid entre los hombres o ellos mesmos con las fieras. A esta similitud, los bárbaros chilenos usaban el juego de chueca, que es un bélico ensaye, cuya invencion dice bien con el jenio. El campo de esta batalla es un plano de mas lonjitud que latitud, designado con ramos verdes en toda su circunferencia. Juéganle con igual número de quince o treinta por banda, segun lo arbitran los que hacen personería: cada uno elije o le dan contendor: entran desnudos y solo cubiertos las partes verendas: cada uno lleva un madero, corvo en su extremidad, de seis a siete palmos: ponen una bola en medio, y el empeño es echarla cada parte de las contendientes al extremo de la lonjitud; y cuando esto no lo pueden ejecutar, la echan fuera de la línea de la latitud, que llaman *falta*, y se principia otro juego. Cada uno manifiesta la fuerza y destreza en la lucha, su ajilidad y lijereza en la carrera: dotes especiales que apreció la antigüedad pagana para acabarlos en los juegos olímpicos. Procuran el reparo con el madero y el presto desembarazo para herir la bola, que a un tiempo todos o los mas corren presurosos con este empeño, pidiendo algo de osadía y de valor, que se exponen a ser heridos, pues raras veces el juego termina sin alguna efusion de sangre; mas no oculta como hacian los romanos, regando con ella sus anfiteatros, y de menuda arena para que no se viese. Tienen otra diversion que llaman de la pilma, que es otro menor ensaye, y el del quechu y lligues, que es de reposo y armonía.

CAPITULO XVI.

De las conquistas que hicieron los monarcas del Perú en Chile.—Los años de su duracion.—La abundancia de minas y riquezas que hai en dicho reino.

Todos los hombres miden la felicidad de su deseo, en cuya ejecucion parece tarda cualquiera demora. El Inca Yupangui, noveno monarca peruano, hallándose con nombre ilustre y florido imperio, haciéndole sus vasallos de la adoracion obsequio, le pareció la conquista de Chile digna empresa de su grandeza, para que su imperio en distantes y opuestos horizontes comprendiese las tres zonas, tórrida, templada y fríjida, no obstante que la poca consistencia es achaque temporal. Dígalo la ruina de tantos reinos, donde la Providencia ha esculpido memorias en sus

ruinas para desengaño de humanas seguridades. Disuadiéronle algunos de sus capitanes de la empresa, representándole la notable distancia en la antemural del despoblado y de la cordillera, únicos ingresos de Chile, la retardacion de socorros y el valor de sus naturales. Dióles las gracias por la injenuidad con que le decian su dictámen, no obstante que lo desaprobó, así como al grande Alejandro se las dió Alitípatro cuando le disuadió de la empresa de Persia, y el emperador Gordiano de los yerros que le arbitró Milesio. Y como la guerra que emprendia no era de precision sino de eleccion, mandó hacer un singular preparamiento de municiones de boca y guerra, de vestuario y hasta de medicinas, y el demas conveniente equipaje para cincuenta mil hombres que discurria internar en Chile, para ser formidable el primer escantillon de su poder: así como dice Quintiliano, que primero se ha de proveer para la guerra.

Nombró por jeneral a un inca de los de su real familia, política que siempre observaron, y los demas oficiales fueron los de mas crédito, y las tropas las mejores del imperio; y porque la marcha habia de ser por el despoblado, mandó que el camino se marcase con maderos y piedras, cuyos fragmentos el dia de hoi en algunas partes se ven, y mandó que las tropas se dividiesen en columnas de a diez mil hombres para que fuese mas cómodo su tránsito; y en la forma expresada siguieron su destino, año de mil cuatrocientos veinte y cinco, quedando anticipada prevencion de que frecuentemente se le ministrase las noticias que ocurriesen. Tan cabales medidas no pudiera tomar la mas consumada prudencia, ni mas pudiera prevenir la militar pericia. Llegaron sucesivas a Copiapó con tolerable pérdida y causaron notable admiracion a los habitadores del pais; mas no los preocupó de tal suerte que no intentasen oponerse, discurriendo que aquel aparato de tropas seria fatal a su libertad, y tomaron todos las armas poniéndose en defensa. El jeneral mandó que sus tropas se contuviesen en el deber, sin permitir se hiciese ningun agravio en el pais, y manteniéndose en la defensiva, procuraba traerlos con la benignidad de su trato, y darles una alta idea de su príncipe con su locucion acostumbrada de hijo del sol, y del amor filial que tenian a sus pueblos, y su justicia.

No era ponderada adulacion lo que afirmaban los peruanos de la bondad de sus reyes, salvo el desvario de finjirle hijo del sol su rudeza; pues Alejandro se discurrió hijo de Júpiter, haciendo adúltera a su madre, ridículo a su padre y a sí mismo espúrio y vergonzoso, y quitó la vida a Clito porque se opuso a la pública adulacion y con un dicho agudo procuró sanarla. El grande Antioco no aprendió esto de su señor, pues tratándole un panejirista de divino, respondió y dijo: que él y los criados de su cámara sabian mui bien lo contrario, y con este dicho agradable lo despidió vergonzoso.

Los capitanes del Inca prosiguieron la conquista practicando los medios de dulzura ántes que los del rigor, y no obstante la muerte de Yupangui, prosiguieron sus sucesores hasta que quedaron sus tropas derrotadas en el rio de Maule, bien que mal sujetos los Promaucaes que de la

otra parte habitan. Pero esto fué cerca de los ciento y diez años que principió la conquista, aunque no se les descontinuaron nunca las asistencias en este dilatado espacio, porque siempre mantuvieron cincuenta mil hombres, para cuyo efecto venian contínuas remesas. Lo que dominaron en Chile los peruanos quedó en estado de mejor política, y enseñaron a sus naturales con alguna mas perfeccion la agricultura y los términos de la equidad, tan necesaria a la justicia para el bien vivir de los hombres; y así esto se vió en Copiapó y Coquimbo, en donde se hablaba su idioma: iban estableciendo tambos y posadas, cuyos fragmentos el dia de hoi se ven entre las fragosidades de las cordilleras, para su cómodo tránsito, y aun fuera de ella; y es cosa notable que lo que su barbaridad ejecutó a favor del público interes, no lo haga nuestra política, pues no hai alguna hostelería en el reino siendo tan necesaria.

La antigüedad pagana finjió que los rodios fueron los primeros que ofrecieron sacrificios a Minerva, y que el soberano Júpiter, agradado de esta piedad, con una nube de oro regó toda aquella isla de este precioso metal. La pluvia de oro que con impropiedad dijo el poeta Píndaro de Rodas, con propiedad podrémos decir de Chile, porque todo el reino es de minas, o con mas adecuacion, es una mina. Lo que la naturaleza depositó de riquezas en la cordillera e inmensidad de sus montes, en lo plano y en la serranía de sus costas, es imponderable, porque o son vetas o lavaderos: estos jeneralmente abundan de los treinta y cinco grados al polo, y las otras de ellos al trópico. Esto se hizo ver con mas evidencia despues del ingreso de los españoles al reino, en cuyo sistema hablarémos. En Copiapó no há mucho que se descubrió una mina tan rica que no solo igualó, pero aun excedió a las mas poderosas del Perú, de donde se sacó notable cantidad de oro: otra reciente se está trabajando en el Huasco bastante rica. En Coquimbo está la de Andacollo y otras muchas, haciéndolas mas francas de oro la mayor abundancia de sus aguas que ofrece la estacion inverniza. Las minas de cobre de este pais son tan opulentas, que abastan a la meridional América: háilas tambien de azogue. En la jurisdiccion de Santiago se descubren tantas minas de oro, que se vé confusa la eleccion de los mineros. Petorca y Longotoma son minerales continuados, y la de los Bronces no eran mas que piedras tachonadas de oro: en Illapel, la Ligua, Tiltil y otras muchas partes. Háilas de plata en las punas ríjidas, como en San Pedro Nolasco y otras diversas partes de la cordillera. ¿Qué diremos de los antiguos fragmentos, cuyas catas manifiestan lo mucho que trabajaron los primeros españoles en la solicitud de este precioso metal? Vense soberbios fragmentos en el partido de Maule, como en Name, la Huerta, Talgua (1); pero donde esto se vé con mas exceso es en Quilacoya, cuyo dilatado espacio está trasegado y desentrañado, y bien se vé que aquella fué obra de diez y seis a veinte mil indios que allí tuvo Valdivia, quienes le pagaban el

(1) Debe ser Talca.

tributo en oro. Vense otros fragmentos de labores no tan soberbios en Calcaimo, Angol, Puren, Maquegua, y en las inmediaciones de la plaza de Valdivia, y pocos há que se vió un aborto de esta riqueza en la jurisdicion del partido de Rere, adonde el oro pareció superficial y hubo quien sacase de una cata o foso ocho libras. Y porque se admire el aborto de la naturaleza en sus producciones, no omitimos el narrar que el año de mil setecientos diez y siete se internaron algunos particulares por la cordillera, y en la parte oriental de ella hallaron un elevado monte de cinco a seis leguas de circunferencia, y superficialmente dispersos por todo él mucho cobre, cual estan las piedras en la superficie en el campo; y se halló un peñon como de cincuenta quintales, y trajeron una notable cantidad, la que vimos, y se pagó en la ciudad de los Reyes a mayor precio que el comun cobre por estar misto con oro; y lo que podemos asegurar es que en cualquiera parte que se lave, se ven muestras de oro: esto jeneralmente lo ha notado la experiencia. Hállanse tambien minas de cristales y ametistas, lo que da bien a saber de cuán felices influjos goza este reino; y si, como dice Séneca, que ninguno vale mas de lo que tiene, bien se vé lo que valdria Chile por lo que en él hai.

CAPITULO XVII.

El Gobernador Pedro de Valdivia funda la ciudad de Santiago en el valle de Mapuche, cuya descripcion se hace, y de dicha ciudad.—Dase noticia de sus edificios sacros.

Queda hecha abreviada descripcion de este hermoso reino, que, como dice Aristóteles, es prerogativa de la naturaleza ; y proseguirémos con Pedro de Valdivia, a quien dejamos en Copiapó. Los naturales del pais, preocupados del asombro de que los españoles hubiesen sujetado el imperio peruano, los recibieron pacíficos, bien advertidos, aunque bárbaros, de que honestamente sirve quien al tiempo obedece, como dice Séneca. Y viendo el gobernador Pedro Valdivia recuperada su jente de las fatigas pasadas, dejó aquel valle y prosiguió su marcha para el Huasco, y de allí a Coquimbo, en donde halló la novedad de que los mas de los naturales habian abandonado las poblaciones de aquel espacioso valle que su rio hace. Procuró el gobernador sosegar la inquietud de sus ánimos con elocuencia persuasiva adecuada a su jenio, bien como la de Pericles y Pisístrato, que privó la libertad pública; y los naturales, desengañados o advertidos, comenzaron a perder la suya rindiéndose, que en realidad con mas amplitud gozaban en el tiempo de los Incas, mas en las tinieblas de su jentilidad. Por fin llegaron las tropas españolas y de los indios peruanos al valle de Mapuche.

Y porque en este ameno pais se fundó la ciudad de Santiago, se hace preciso su descripcion. *Mapuche* en el idioma indiano quiere decir *tierra de jente*, pues segun los fragmentos de aquel tiempo consta que habian ochenta mil indios en él. Su extension considerada con restriccion, es de treinta leguas, y si con amplitud hasta San Francisco del Monte, de

mas de cincuenta. En su circunferencia circundan este espacioso plano los montes de Conchalí, Caren y otros, que en la estacion inverniza se nievan, y la cordillera, de donde sale el rio que lo fertiliza caudaloso, rápido y benéfico, que tienen fácil extraccion sus aguas; pues próvida la naturaleza le previno superficial cauce, para que con su derrame le fecundasen mas de sesenta acequias, y compitiese la amenidad con la abundancia, y del todo resultase su hermosura, que, como dice Clidero, tiene gran fuerza de atraer a sí los corazones de los que la miran aun en la insania de la ira, pues esta la refrenó Menelao para no matar a Helena a vista de su belleza. Y así no fué mucho que estuviese este pais tan poblado de los indios, pues el dia de hoi es rémora de españoles; porque pocos de los que le ven, dejan de acimentarse en él para gozar una felicidad deliciosa, cual finjió la antigüedad pagana en los campos Elíseos.

El gobernador se informó de la estacion del reino y naciones que le habitaban, de sus rios, costa y riquezas; y hallándolo todo mui conforme a su deseo, lo que habia ocasionado notable alegría a los españoles, que, como dice Quintiliano, enjendra esperanza como la tristeza afliccion, discurrieron con uniforme consentimiento fundar una ciudad, para que se perpetuase con lustre en los venideros siglos, y que fuese el centro de sus conquistas y el arsenal de sus armas: y se persuadieron de que aquel valle seria el mejor, por la eleccion que de él habia hecho tan numeroso jentio como le habitaba. Principióse la poblacion de la ciudad de Santiago, que así quiso el gobernador que se llamase, dia veinte y cuatro de febrero, año de mil quinientos y cuarenta, en treinta y tres grados de latitud al antártico, y como treinta y seis leguas del mar y tres de la cordillera por la enderechura de su mayor inmediacion, gobernando la militante Iglesia Paulo III, y siendo gobernador de Alemania y rei de España Cárlos V, reinando en Francia Francisco I, en Inglaterra Henrique VIII, en Hungría Fernando I, en Escocia María Eduarda, en Suecia Cristiano I, en Dinamarca Cristiano III, en Polonia Sejismundo I, en Portugal don Juan el III, en Moscovia Juan Basilio IV, en Constantinopla Soliman el II y en Persia Sacastamas.

El gobernador hizo delinear la plaza en perfecto cuadro, dando a cada lienzo una cuadra de extension y cuatro en su retorno, y con relijiosa piedad tomó la cuerda para trazar la iglesia, cuyo sitio asignó a la parte occidental, y con reverente culto puso en él una cruz, bien persuadido que accion de tanta cristiandad y ejemplo a él solo le competia: diólo al mundo el gran Constantino tarjando doce espuertadas en reverencia de los Apóstoles para la Iglesia de San Juan de Letran; y el lienzo setentrional lo asignó para casa de ayuntamiento, palacio y cárceles: y lo que entónces fué bosquejo, describirémos con sus coloridos como de presente está; y quedó con adecuada formacion que pocas la igualan en su belleza. Salen de la plaza ocho calles espaciosas, tan en línea que se ven sus extremos no obstante su prolongacion. Tres cuadras de ella principia el cauce de su rio, superficial y espacioso, y tanto que en derechura de la Recoleta Franciscana tiene un puente de diez y nueve arcos,

obra costosa, y por él se transita al barrio de la Chimba y Cañadilla, que son de considerable extension y poblacion.

Cuatro cuadras de la plaza mayor está el monte de Santa Lucía, que es de moderada altura, y por el un lado de fácil acceso y por lo demas de su circunferencia de algo difícil por lo pendiente. Su cima está cubierta de peñascos de enorme grandeza, que exceden su superficie con hermosa discordancia; de donde es deleitosa la vista, ya de jardines que dentro y fuera de la ciudad se ven, émulos de los Alcinoes de quienes habló Homero en términos tan magníficos, cuya fragancia por las calles se exhala; ya campañas de trigo, de hortalizas y legumbres, con muchas viñas que hai por aquella vasta extension. Vense florestas de almendros, olivos, higueras, limones y duraznos con otras frutas, cuyo recuento fuera prolijo, y tanta la abundancia de ellas que es admiracion a quien lo oye. Vense diversas acequias que con armonioso curso ya unen o se separan unas de otras, para con su derrame fertilizar los campos: y lo que es mas singular, que casi no hai casa que no goce de beneficio del agua, corriendo las acequias por el fondo de los solares, lo que causa la abundancia de jardines y huertas; y tan agradable conjunto no envidia delicias a los mas célebres pinceles del orbe; y si no es superior a Eden y Damasco, capital de la Fenicia, será igual, pues por ella dijo el profeta Amos, que era casa de placer y diversion.

Hai en la plaza su pila bien rentada para su curso perenne, y no ménos sirve a la comodidad que al deleite. Los edificios sacros son ostentosos. La Catedral es de tres naves, de pulido maderámen su techumbre, y sobre canes y corpulentas trabes costosamente encolleradas. Sostienen esta máquina dos órdenes de arquería de fina cantería de piedra, de admirable simetría y proporciones, que con razon las alaba el ilustrísimo Villarroel en sus *cuchillos:* la sacristía, bautisterio y juzgado, son obras mui competentes para su destino. Hai cinco dignidades y cinco canonjías con la supresa, mui bien rentadas, y la renta episcopal ha llegado a veinte y seis mil pesos algunos años.

La iglesia de Santo Domingo era de tres naves, con su arquería de ladrillo y un campanil costoso y curiosamente construido; mas todo lo fracasó un terrible terremoto que hubo el año de mil setecientos y treinta. Este convento es cabeza de la provincia chilena, y lo mesmo los otros de las demas relijiones. La iglesia de San Francisco, son de cantería sus paredes: ellas y su coro tiene unas trabes de enorme corpulencia, sostenida de varios canes que se avanzan de las paredes excediéndose unos a otros, y a proporcion su techumbre, y todo su maderámen es de cipres con pintura a lo mosaico. La sillería del coro es igualmente costosa; su primer claustro es de una hermosa arquería, y en sus flancos se vé una valiente pintura. Tiene el convento seis cuadras en su circunferencia, y a corta distancia está el convento de San Diego, y la Recoleta de la otra parte del rio, obra a todo costo construida, en que se admira la divina Providencia, a cuyas expensas viven los hijos del será-

fico Francisco, y en la inmediacion de la ciudad tienen el hospicio del Monte Alvernia.

La iglesia de San Agustin es de las mayores: los arcos que sostienen su techo son de mucha elevacion y corpulencia: su portada está entre dos torres de moderada altura: el respaldo del prebisterio padeció ruina en el dicho terremoto, y el altar mayor era obra de las singulares del reino.

La iglesia de la Merced era de cal y ladrillo su edificio, sostenidas sus bóvedas sobre dos órdenes de arquería; mas todo vino abajo en la calamidad referida con inestimable pérdida. El convento es de mucha extension, y su sitio mui ventajoso; y fuera de este tienen el de San Miguel, que está en la Cañada.

La iglesia de la Compañía de Jesus es edificio de los mas suntuosos de Indias; dígalo su excesivo costo de mas de seiscientos mil pesos: es de tres naves, sostenidas sus bóvedas sobre arquería de singular proporcion, y gran cúpula sobre cuatro pilastrones de enorme grandeza y elevacion: fracasóla el temblor. Por lo interior de la iglesia hai una airosa balconada que la circunda. Tiene tres portadas que caen a una hermosa plaza, quedando la iglesia mui superior a ella, y para su ingreso se sube por unas gradas costosamente labradas. El noviciado de la Compañía está en la Cañada, que es espaciosa calle o prolongada plaza de esta ciudad. Fuera de los dichos colejios, tienen tambien el de San Pablo en la inmediacion del rio.

El hospital de San Juan de Dios está en la Cañada y mui bien rentado, donde los padres actúan su caridad fervorosa con los pobres que en varias salas se curan, y el sitio es de amplitud.

CAPITULO XVIII.

De los conventos de monjas y parroquias que hai en dicha ciudad de Santiago; y de sus edificios profanos, tribunales de justicia y gobierno político, de su vecindario y comercio.

Hai en esta ciudad cinco conventos de monjas: dos de Santa Clara, uno de Capuchinas, otro de Agustinas, el de Teresas, y un beaterio de Rosas que espera su clausura; dos parroquias, la de San Isidro y Santa-Ana, y las capillas de San Saturnino y San Lázaro. Estos son los templos que hai en esta ciudad dedicados al verdadero Dios, que, como dice el padre Granada, todo lo creó sin necesidad y lo rije sin trabajo, siendo infinito en la grandeza, copioso en las misericordias, omnipotente en la virtud, altísimo en la bondad, pacientísimo con los pecadores y clementísimo con los penitentes. Hai varias capillas dispersas por la inmediacion de esta ciudad, como la del Santo Cristo de Renca, que se halló en la espesura de un bosque: obra de los cielos y nunca bastantemente admirada, ni alabada su perfeccion; mas la tibieza de nuestro culto nos hizo indignos de tal don, pues el año de mil setecientos treinta

y cinco, un casual incendio o advertido, como tambien presumen, lo consumió casi todo.

En el flanco setentrional de la plaza mayor está la real audiencia, que es edificio réjiamente construido, y en el respaldo del dosel de terciopelo estan las armas reales, de plata, de martillo cinceladas, y su capilla con una valiente pintura del Ticiano; y en el mismo patio estan las arcas reales con todo lo concerniente a esta oficina, que las administran un tesorero y contador, y lo son de la jurisdiccion del obispado. Síguese el palacio de los gobernadores y presidentes del reino, de mucha capacidad y extension para la mas numerosa familia que puedan tener, con suficientes caballerizas y cocheras; y uno y otro edificio tuvo de costo mas de cincuenta mil pesos. La casa del ayuntamiento está en el opuesto extremo de la acera: es de altos que hacen unos hermosos portales a la plaza, y las cárceles son mui espaciosas. En el contrapuesto lienzo de la plaza, está una arquería de ladrillo que coje toda su extension, obra no ménos cómoda que vistosa; y reciente ha venido la dotacion de cátedras para que haya universidad, lo que cede en su mayor lustre.

Vense frecuentemente portadas costosamente labradas, ministrando para semejantes obras una inmediata cantera, blanquísima y de fácil extraccion, que allí previno la naturaleza para que fuese mas armoniosa la hermosura de esta ciudad. No tienen ménos propiedad ni costo lo interior de los edificios, y los adornos y ricos muebles, con los muchos calesines y forlones que ruedan, porque a juicio de la mas desinteresada observacion, parece todo esto de excesivo costo para Chile, porque los caudales por lo jeneral no los reportan.

La Cañada es una calle de extension y latitud; corre por ella un arroyo grueso, suficiente para dos molinos, y por su márjen hai varios árboles que recrecen su hermosura; y bien tendrá tres leguas en su circunferencia todo lo que tiene traza y poblacion de ciudad de una y otra parte del rio, y su vecindario será de tres mil vecinos españoles, y hai familias de mui distinguida nobleza.

La real audiencia es el supremo tribunal del reino. Compónese de cuatro oidores y un fiscal con cinco mil pesos de renta, y un capellan real con cuatrocientos, y los demas ministros que componen esta soberana corte de justicia; la cual se estableció segunda vez en ocho de setiembre de mil seiscientos nueve, gobernando este reino Alonso García Ramon. Hai un correjidor, que es cabeza de un ilustre ayuntamiento, que se compone de dos alcaldes, rejidores y los demas oficios concejiles. Tiene de propios de ciudad algunas dehesas de arriendo, con el puente de Maipo y otros cortos ingresos; mas lo que es mucho y acendrado es el derecho de balanza, que usufruta de trece a catorce mil pesos de anual, efectiva satisfaccion, lo que pocas ciudades de la dominacion española tendrán.

Los frutos que el pais produce es el trigo, sebo y cordobanes, járcia, tralla y suelas, almendra, nueces y cocos, azafran, anis y orégano: todo esto se extrae del reino, y es tal la abundancia que para explicarla nin-

guna ponderacion fuera hipérbole; pues el diezmo de la ciudad y su inmediacion se ha llegado a rematar en veinte mil pesos, y la alcabala y almojarifazgo ha llegado a cuarenta y ocho mil pesos su anual arriendo. El comercio del mar del norte por Buenos-Aires, le da el ingreso de ropa y negros, y el del Paraguai la cera y yerba para el abasto de Chile y el Perú. Esta es la acrecion que ha tenido esta ciudad a los doscientos años de su poblacion, habiéndola principiado la pérdida de las ciudades del reino, porque el mundo es tan pobre, como dice el padre Estela, que para dar a unos ha de quitar a otros.

Productúan las minas que en los términos de su jurisdiccion se trabajan, mucho oro: pesos, por el derecho de ventavo, se vé que son de seiscientos mil para arriba anualmente.

CAPITULO XIX.

Sublévanse los indios contra los españoles y avánzanlos en su fortin.—Hecho de doña Ines Suarez, y quedan vencidos en campal batalla, y extremosa necesidad que padecieron.

Lo mejor que el hombre tiene en su vida es la libertad, aunque siempre a los pueblos aprovechó mas la templada que no la mucha, como dice Livio. Los indios, viendo que los españoles comenzaban a construir edificios para permanente acimentacion, discurrieron exonerarse de la lijera servidumbre en que estaban, ántes que el transcurso la hiciese insoportable, y con reservada intencion solicitaron la confianza de los españoles para lograr el descuido y quitarles la vida, lo que les pareció empresa de poco momento; y como el premio del silencio es la seguridad del peligro, como dice Estobeo, procuraron tenerle grande; mas no pudo ser tanto que no llegase a penetrarlo el gobernador, y cerciorado del caso, puso en arresto algunas personas en el fortin que tenia hecho en Santa Lucía; y dejándolo en estado de regular defensa y dádole el comando a Alonso Monroy, salió con sesenta hombres de caballería a explorar el pais, con designio de llegar hasta el rio Cachapual, empresa temeraria por la distancia; mas, como dice Demócrito, que como el atrevimiento es principio del hecho, así la fortuna es señora en el fin, la cual le fué favorable.

Los naturales de Mapocho tomaron las armas y se previnieron para acometer a los españoles, y Alonso Monroy envió a noticiárselo a Pedro de Valdivia, quien siguió su destino sin retroceder, previniéndole que seria breve su regreso, y que en el entretanto cumpliese con el deber de su obligacion; mas los indios sin perder instante inundaron aquellas campañas de numerosas tropas de infantería con militar ordenanza, y destacaron algunas para el avance, quedando las demas formadas para sostenerlas. Por fin acometieron a los españoles con ciego furor, despreciando el fuego. Desde por la mañana hasta la noche duró la accion, que por último terminó a favor de los españoles y con pérdida considerable de los

indios; y muchos de ellos quedaron muertos en las trincheras, pues con intrepidez sin igual despreciando el fuego, llegaban a aferrarse de ellas, y desfallecidos de las heridas, al pié caian, faltándoles el vital aliento ántes que soltarlas: émulos de Sinejiro, valeroso ateniense, que derrotadas las naves de Dario, asió una con la diestra, y cortada, prosiguió con la siniestra, y viéndose sin ella, con los dientes, hasta que exhausto de sangre murió.

Doña Ines Suarez, varonil heroina, durante lo mas fervoroso de la accion les quitó la vida a los prisioneros con una hacha de armas, sin órden del comandante, menospreciando el temor de ser los españoles vencidos o la esperanza de vencedores, siendo lo mas oscuro de saber lo porvenir, como dijo Pitaco; y lo mas cierto de lo que a este hecho la impulsó, seria el anillo nupcial, pues tiene en comun las personas, sucesion y fortuna, y veia a su caro esposo expuesto al mayor peligro. De la noche las tinieblas retiraron a los indios, habiendo durado el avance la mayor parte del dia. Los españoles quedaron todos heridos. El gobernador a los cuatro dias volvió, habiendo llegado a la inmediacion del rio Cachapual; y de comun acuerdo se resolvió el salir formados a campo raso, adonde pudiesen acometerlos sin las ventajas que tenian en la traza de la ciudad por la division de los solares, hechas de ramas y estacadas, y las que ellos habian recrecido para ponerse a cubierto, y la caballería no podia correr con desembarazo.

Ejecutaron los españoles su designio, y en el centro de su escuadron pusieron a las mujeres, criados y niños; y habiendo ocupado un terreno inmediato al rio, esperaron a los indios llenos de coraje y braveza; y sin duda debió ser caso inexcusable, pues el gobernador así lo ejecutó, o cual otro Alejandro al ver el bélico aparato del rei Poro, dijese que era igual a su ánimo el peligro. Las tropas de los indios, en confuso movimiento y embarazados con su muchedumbre, comenzaron a circundarlos y se asemejaban a las olas de un mar ajitado. Por fin los acometieron con imponderable ardor; mas el fuego violento y sin intermision hizo un sangriento estrago, y la caballería lo aumentó, porque corria sin embarazo por todas partes; mas no obstante, las tropas enemigas no cedian, hasta que murieron las personas mas distinguidas del comando y abandonaron el campo de batalla con gran confusion y desórden, dejándolo cubierto de muertos. Consternó a los indios una accion tan decisiva como la que acababan de perder, y sagazmente prevenidos, los mas inmediatos se sujetaron con violenta sumision, no para permanecer en ella, sino es para intentar pruebas de la fortuna en tiempos ménos borrascosos, bien prevenidos de que no la habia sin inconstancia; mas en esto solo terminó su deseo, pues han permanecido sujetos doscientos años, no siendo indóciles, como lo son los que habitan mas al polo.

La victoria siempre fué de sí soberbia y vanagloriosa, como dice Ciceron. No tuvo este vicio la que los españoles consiguieron, pues fué melancolía su celebridad; porque los indios incendiaron todas las casinas que los españoles tenian, y las vituallas que en ellas y fuera de ellas tenian

almacenadas; y se les prevenia una necesidad extremosa; y para subvenirla en lo presente y futuro vituallándose, era preciso alejarse mucho, porque los naturales habian destruido u ocultado todo lo comestible. Fueron imponderables las urjencias en que nuestros españoles se vieron: sirvióles de manjar lo inmundo y aun lo nocivo, y en la terquedad de tantas congojas, solo se veia un crepúsculo de remotas esperanzas; y como la necesidad es industriosa, uncieron los caballos por falta de bueyes para cultivar la tierra y sembrar algunas simientes, haciendo mui solícitos el oficio de labradores, y sin neglijencia de la militar obediencia: y como los trabajos toman alientos para ser mayores, se recreció la desnudez; y aunque tan pesadas fatigas rendirian los hombros del mayor héroe, mas el gobernador se mostró siempre superior a los trabajos con heróica firmeza.

CAPITULO XX.

Dase noticia de una sublevacion tramada contra la persona del gobernador.—Princípiase a trabajar las minas de Quillota.—Despacha el gobernador al capitan Monroy y a otros españoles al Perú, y notables acaecimientos de este viaje.

Los sediciosos en la paz, son cobardes en la guerra. Estos suscitaron algunas pláticas para volverse al Perú, diciendo que era imposible el subsistir en Chile, y por fin terminaron en conspiracion contra la persona del gobernador, como dice el cronista Herrera. Esta traicion, que, segun Livio, es determinacion injusta y acordada contra hombre descuidado, llegó a noticia del gobernador, y con singular precavencia procuró asegurarse con presta dilijencia, ántes que esperar que la malograse la detencion; y con el motivo de que le diesen el título de gobernador y conferir otras cosas de la comun utilidad, hizo que se juntasen el cabildo abierto, y mandó arrestar a los cómplices; y convictos, pagaron con la vida pocos y escarmentaron muchos. Viendo el gobernador Pedro de Valdivia que se trataba la conquista de uno de los mas ilustres reinos de la tierra, la prosiguió con inflexibilidad, porque la inconstancia alejó de muchos la dicha; pues, como dice Séneca, no hai cosa que no combata un caido dilijente y perseverante.

El gobernador se mostró tan valeroso en la guerra, como justo y prudente en la paz; y esto atrajo el respeto y voluntad de los naturales; y siendo ya su autoridad establecida y el pais al arbitrio de sus armas, dispuso se trabajasen las minas de Quillota, de donde se comenzó a sacar mucho oro, y para poner a cubierto de peligro a los españoles que corrian con esta intendencia, recelándose con maduro acuerdo de una dominacion reciente y violenta sujecion, mandó construir un fortin y fabricar en el rio que da nombre al valle, una embarcacion moderada para hacer viaje al Perú. Mas como las urjencias presentes no pedian retardacion, sí abreviados remedios, porque la desgracia que se temia hallase alivio y la pobreza socorro, despachó al capitan Monroy con seis

hombres al Perú por tierra; y para que se excitasen a venir a Chile con el deseo de la riqueza, que, como dice Aristóteles, pasa a infinito en los hombres, mandó el gobernador que las estriberas, hebillas de silla y pretales, y aun los frenos, segun dicen algunos, fuese todo de oro, y que treinta hombres fuesen en su escolta hasta el Huasco. Ejecutóse así, y de allí volvieron los unos y prosiguieron los otros su destino hasta Copiapó. Y estando para entrar en el despoblado, los acometieron cautelosamente los indios, y se escaparon solo con la vida el capitan Monroy y Pedro Miranda heridos, y huyeron por unos valles arenosos de los indios que sin intermision los seguian y por fin los aprisionaron, ya desfallecidos y los caballos fatigados. Este fué el fruto de su alevosía, que, como dice Marco Aurelio, los traidores saludan para engañar y ofrecen para no cumplir. Presentáronlos al cacique principal del valle, cuyo dominio gozaba por su mujer, y mandó que les quitasen la vida, en satisfaccion o venganza de los que ellos habian muerto en su defensa. Y viendo los españoles que era inevitable la muerte, resolvieron jenerosos y dispusieron como cristianos a esperar el golpe fatal.

Maravillosos son los caprichos de la fortuna, pues sabe sacar de el mal bien, contra la expectacion de la mas consumada prudencia. Vió el mundo a Matias Corvino esperando la muerte en una estrecha prision, y de ella salir para el trono de Hungría. La cacica se apiadó de los españoles al tiempo de la ejecucion, y pasó obsequiosa a desatarles las ligaduras de las manos. Pedro Miranda, que entendia el idioma del pais, postrado a sus piés le dió las gracias de que les hubiese otorgado la vida. La misericordia es necesaria a los hombres y hermosa a los príncipes, y será siempre laudable la que tuvo esta soberana; y el oficial que los aprisionó se congratuló con ellos en las mejoras de su fortuna.

Los españoles fueron curados y obsequiosamente atendidos de la cacica; mas como la inconstancia de la nacion los aseguraba poco en aquel estado, discurrió el capitan Monroy que les convenia asegurarse a cualquier precio que fuese, y ejecutaron su evasion con un homicidio en perjuicio de su bienfactora; y el agradecimiento debe ser tal cual fué la buena obra recibida, como dice San Agustin.

A los seis meses de la retencion de los españoles, estando un dia en el ejercicio, que solian enseñar al príncipe a manejarse a caballo como el cacique lo deseaba, acometió el capitan Monroy con él dejándole por muerto, quitándole el caballo, y lo mesmo ejecutó Pedro de Miranda con el que llevaba la lanza y espada. Esta audacia costernó notablemente a los de la guardia del príncipe y dió a los españoles mayor ánimo; y mandándole a Casco con fiereza (era un español que desde el ingreso del adelantado se habia quedado en el pais) que los precediese, siguieron el camino del despoblado, y atravesando un valle, tuvieron la casualidad venturosa de encontrarse con un indio que llevaba un carnero del pais y dos talegas de maiz tostado, y quitándoselo les sirvió de provision para su penoso viaje, en que se les ofrecieron dificultades solo superables a su valor heroico; y transitando tan penoso despoblado, se desviaron de Ata-

cama por estar de guerra, y llegando a Oporco, pasaron al Cuzco a verse con el licenciado Vaca de Castro, gobernador del Perú, de quien fueron bien recibidos; y viendo lo que el rei se interesaba en la conquista de Chile y conservacion de lo adquirido, dispuso el que en celeridad se socorriese a Pedro de Valdivia, y mandó al capitan Monroy dispusiese su regreso al reino, para cuyo efecto se libró del real haber lo suficiente para estas impensas; y entretanto que se previene, volverémos a Chile.

CAPITULO XXI.

Los indios sorprenden a los españoles del fuerte de Quillota.—Sale el gobernador a su castigo.—Da algunas encomiendas.—Envia a descubrir la costa del sur, y funda la ciudad de la Serena en el valle de Coquimbo.—Hácese su descubrimiento, y el estado presente en que dicha ciudad se halla.

Gonzalo de los Rios, comandante del fortin de Quillota, puso toda su atencion en la labor de las minas, y viendo que el trabajo era fructuoso, se aplicó con mayor desvelo, y esto hizo a los naturales resentir mas el pesado yugo de su servidumbre vaticinándola mayor en lo futuro, que es mui grave a los criados en libertad, como dice Ciceron; y equiparaban la independencia pasada con la sujecion presente, y sufocados con la pena de su desgracia, discurrieron en la venganza, ejecutándola con la mesma codicia que era la causante de su ruina: para cuyo efecto le llevaron a Gonzalo de los Rios una considerable porcion de oro en granos, noticiándole de que lo habian hallado en una nueva mina, donde habia mucho y de fácil extraccion. Los españoles, deslumbrados con la riqueza, pidieron que los llevasen, y fueron poco cautos y desavertidos siguiendo a los indios, que los llevaron a donde tenian en celada un destacamento de jente armada, y circundados de los enemigos, les quitaron a todos la vida, ménos al comandante y a Juan Valiente, negro, que mas venturosos pudieron montar a caballo y evadirse del peligro. De resulta de esto pasaron a incendiar la fragata, que estaba ya en su última perfeccion. Esta noticia el gobernador no la desestimó, y hubo menester su gran conducta para serenar tormenta tan repentina; y así con celeridad destacó cincuenta hombres para ir en persona al castigo, bien persuadido que a la locura y atrevimiento se ha de salir al encuentro, como dice Livio.

Su presencia consternó a los sublevados, reparó en mucha parte lo perdido, y con la pena capital de algunos, no de comun distincion, quedaron escarmentados todos, y con acertada política disimuló el que merecian los demas; porque en el mando no se puede vivir sin parte de ignorancia, pues en muchas cosas tiene accion el tiempo para correjirlas. Construyó una casa fuerte, y puesta en regular defensa, se prosiguió en la labor de las minas y el gobernador se volvió a la ciudad de Santiago. En los mas españoles vivia ya desfallecida la esperanza de poder subsistir en Chile, viendo la retardacion del socorro; y aunque el gobernador

entraba en los cuidados, por obligacion era superior a ellos; y su constancia tuvo un dichoso fin, pues a este tiempo llegó del Perú el capitan Monroy y Miranda con sesenta hombres, alguna ropa, municiones y ganados; y sin este alivio no pudiera haber subsistido el gobernador en Chile. Siguióse el que trajo Juan Bautista Pastene en un navio, lo que ocasionó jeneral alborozo, que nunca fué tan terrible la tormenta como es apacible la bonanza; y los españoles principiaron a poner mas atencion en la construccion de sus casas.

Dice Ciceron, que la servidumbre es pesado yugo a los criados en libertad, pues los que sirven involuntariamente, tienen por enemigos a sus señores. Bien sabido esto se tenia la elevada comprension del gobernador, y así principió a dar algunos moderados repartimientos de indios, pues como cosa inusitada pudiera ser entrepitoso. Pedro de Valdivia con deseos de informarse con mas exactitud de la costa chilena, mandó a Juan Bautista Pastene que aprestase su navio y fuese a reconocerla para el polo. Ejecutólo así, y a su regreso fueron las noticias conformes a la comun expectacion; y esto excitó mas al gobernador para proseguir la conquista del reino, y tuvo por conveniente el fundar una ciudad en el intermedio de Copiapó y la ciudad de Santiago; pues con este arbitrio quedarian los indios enteramente sojuzgados y se facilitaria el comercio y correspondencia con el Perú, y sin este beneficio quedaba lo uno y otro poco seguro; y así se puso en ejecucion este proyecto, que a todos pareció mui conveniente para facilitar la conquista de Chile.

Quiso Pedro de Valdivia eternizar con su ilustre memoria el recuerdo de su amada patria, porque es para sus hijos un gozoso y apetecido bien, por cuyo motivo a la nueva ciudad la llamó de la *Serena*, por la de la Extremadura, lugar de su natalicio. Situóla en el ameno valle de Coquimbo, a la márjen del rio Limari (1), en veinte y nueve grados de latitud y como dos leguas de un comodísimo puerto. Las lluvias son pocas, mas su terreno es tan grato que esta cortedad le fecundiza y causa una florida primavera. El rio es profícuo, pues desde su nacimiento (que es en la Cordillera) hasta su ocaso, tienen fácil saque sus aguas; y así se vé que en diversas acequias se fertiliza aquel dilatado valle, y en la inmediacion de la ciudad se vé una floresta de arrayanes de hermosa perspectiva, que mas parece esmeros del arte que descuidos de la naturaleza. Aquí, pues, en un plano superior a esta vega se delineó la nueva poblacion.

En lo presente está mas decaida que aumentada, contra la comun expectacion, pues en ella se acimentaron muchas personas de las mas distinguidas del reino; pero el efecto no correspondió al auspicio esperado. Han ocasionado su ruina las sorpresas que ha experimentado de los enemigos de Europa, y el recelo de que se repitan, porque no tienen ciuda-

(1) El rio llamado tambien Coquimbo, que el autor confunde con el Limari, que está mas al sur.

dela ni guarnicion para su defensa. Gobierna lo espiritual un cura y vicario bien rentado. Hai los conventos de Santo Domingo, San Francisco y la Merced, y un colejio de jesuitas. Gobierna el distrito de su jurisdiccion un correjidor, alcaldes y los demas oficios concejiles. Los vinos que el pais produce, son jenerosos. Hai abundancia de trigos y legumbres y de las demas frutas europeas, mas las aceitunas exceden en bondad a todas las del reino. Las lúcumas, que solo aquel terreno produce, son mui electas. Vense mucha abundancia de minas: las de cobre son tan copiosas, que fuera de abastecer al reino, son suficientes para proveer toda la meridional América: muchas de oro, y tambien de plata y azogue.

CAPITULO XXII.

Baja al Perú por socorro el jeneral Pastene y vuélvese sin él.—Determina el gobernador irse a ver con el Presidente Gasca y llega a tiempo de hallarse en batalla de Saquizagriana.—Hácele nueva merced, y viniéndose para Chile, envia al jeneral Hinojosa por él: ya satisfecho de su inocencia, vuelve al reino.

El jeneral Juan Bautista Pastene, de órden del gobernador, volvió al Perú en solicitud de nuevos socorros, no obstante las turbulencias de la guerra que ajitaban aquel poderoso reino, la que igualmente inquieta ánimos, armas y plumas, sin tejer tela de operaciones concordes. Aprisionaron su persona, y debió a la industria lo que peligraria en la fuerza; y a media noche salió de la bahía del Callao, y con próspera navegacion llegó a Chile sin él; mas no quedaron los españoles sin la esperanza, que, como dice San Agustin, ella sola basta para el consuelo de los trabajos, no obstante que los veian recrecidos; porque habiendo despachado el gobernador a Antonio de Ulloa al Perú por caballos, jentes y armas, fué infructuosa su solicitud, porque las discusiones civiles todo lo tenian invertido; y con jenerosa resolucion fué a servir al Emperador en las tropas del comando del jeneral Diego Centeno, y terminó sus dias, muriendo en la batalla de Guarina, a veinte de octubre de mil quinientos cuarenta y siete años: era persona de calidad, mérito y experiencia, por lo cual el gobernador habia fiado de su conducta tan importante comision, y es digna su memoria de gloriosa recordacion.

El gobernador Pedro de Valdivia propuso al cabildo de la ciudad de Santiago y a su vecindario, el que seria mui conveniente bajar al Perú para solicitar armas, municiones y jente, con cuyo subsidio proseguiria la conquista de Chile; y que las empresas grandes como era esta, no se habian de fiar de ajena solicitud cuando podia intervenir la propia, y que ademas de esto lograba servir al Emperador, yéndose a ofrecer al licenciado Pedro de la Gasca, reciente gobernador. Fué jeneral aceptacion que la propuesta tuvo, y su dimision en tomar consejo admiró a todos, pues los sublimados y prósperos presumen que para ellos no se hizo, como dice Plutarco; y luego puso en ejecucion su viaje.

Dejó por gobernador interino a su teniente jeneral Francisco de Villagra, ordenándole se mantuviese en la defensiva durante su ausencia, y que solo fuese el objeto de su desvelo la conservacion de lo que adquirió; pues siempre fué mejor lo poco que se conserva, que lo mucho que se arriesga.

Llegó con felicidad el gobernador al Perú, y en Andagailas se juntó con el presidente Gasca, que celebró mucho su vista y luego le nombró por uno de los cinco de su privado consejo; y bien se vió cuán fructuosa fué su venida, pues Francisco de Carvajal lo conoció en la formacion ventajosa del ejército en Saquizaguana, y así dijo que solo Valdivia o él lo pudieran haber hecho a la forma europea, porque Cristóbal de Hervas, que era el otro, habia muerto. Terminó esta accion ventajosa y decisiva a favor de los realistas, que no hubiera sido tanto a haberse aprovechado del consejo de Siluro en órden a la union, o del de Carvajal para impedir el tránsito del rio Apurimac, lo que él pedia se fiase a su conducta y no a la del capitan Acosta.

El presidente se retiró al Cuzco, adonde le confirmó o le hizo nueva merced a Pedro de Valdivia de gobernador de Chile, Nueva Extremadura, con facultad de descubrir, poblar y repartir indios; y sus despachos se publicaron en la plaza del Cuzco, precediendo el son y concierto de cajas y clarines, lo que nos manifiestan los fragmentos de aquel tiempo. Bien merecida recompensa de sus penosas fatigas, pues, como dice Séneca, el que al digno premia, a todos obliga; y es delirio el querer que los ocios sean gradas para los ascensos. El presidente ordenó a Pedro de Valdivia que apresurase su regreso al reino, y mandó se le providenciase todo lo necesario para su despacho, y siguió su destino para Chile con jente, armas, municiones y ropa, y le limitó el gobierno hasta los cuarenta y un grados norte sur, y diez este oeste; y porque el embarazo del grueso equipaje y ganados que llevaba, pudieran retardarle, adelantó un lijero socorro, y de Arequipa por tierra prosiguió su marcha. A este tiempo llegaron algunas personas de Chile y se presentaron ante el presidente Gasca, querellándose de que el gobernador les habia retenido algunas cantidades de oro, y que no les habia hecho el reintegro que les habia ofrecido; y acusáronle de homicidios ejecutados por su órden y del mal ejemplo de su persona, sindicándole de que habia tenido correspondencias con Pizarro, dándoles visos de criminosas, y que volvia a Chile con accidente de sublevado, y que aun iban en su compañía algunos delincuentes. Todo esto fomentaban o apoyaban sus émulos, y aun para concitar el ánimo indiferente del presidente, sujirió la malicia el que hacia poco aprecio de sus órdenes.

No viendo los hombres cosa que puedan envidiar, pasan sin ofender; y así dice Séneca, que es mui miserable la fortuna que de enemigos carece. Por fin se resolvió el presidente a enviar al jeneral Pedro de Hinojosa para que fuese en su alcance, y rejistrados sus cofres, le trajese, y en caso de inobediencia usase de la autoridad que le daba. Pedro de Hinojosa, habiéndole alcanzado, con comedimiento le ma-

nifestó al gobernador la comision que llevaba: obedecióla con sumisa resignacion, y despachando para Chile a Francisco de Ulloa con el socorro que llevaba, se embarcó en Atacama, adonde experimentó tan sensible displacer. Llegó a la ciudad de los Reyes; el presidente le oyó sus descargos y quedó enteramente satisfecho: y haciendo retener algunas personas de las que llevaba, le dió sesenta hombres mas y dos navíos suficientemente proveidos, para que volviese al reino. Los envidiosos y aduladores son inevitables consejeros de poderosos; y así el Emperador con sublimada prudencia, le previene en la instruccion que le dió: que no dé oido a los parleros de su familia. No se sabe si estos u otros que se valieron de ellos, aunque se presume, hicieron que el presidente trajese a Pedro de Valdivia como a criminal, para volverle despues como inocente. Bien ruda mortificacion para persona de su grado; y mas vale suspirar en la duda indiferencias, que falsedades en la determinacion. Buen ejemplo dejaron los dos mas poderosos príncipes de la tierra: César, quemando los pliegos que cojió en la batalla de Farsalia, y Alejandro los que halló de correspondencias en la chancillería de Dario; pues muchas [veces] conviene [mas] ignorar que saber para omitir el castigar; y así dijo Séneca, que la clemencia hace feliz a quien la posee.

Llegó el gobernador con felicidad a Chile, y puso toda su atencion en que se adelantase la nueva poblacion; para cuyo efecto, a los que estaban ya constituidos con formal vecindad les asignó o recreció opulentos repartimientos, para que se enardeciese su tibieza; y los indios ménos indóciles o mas sumisos obedecian puntuales.

CAPITULO XXIII.

Dase noticia de la sublevacion tramada por Pedro Sanchez y se termina su muerte.—Quitan la vida los mozos a los vecinos de Coquimbo: incendian la ciudad: quedan castigados y puéblase.

Es el mundo natural vianda del amor humano; y así no tenemos tan poderosos enemigos como nuestros mesmos deseos, como dice Marco-Aurelio.

Bien se vió esto en Chile durante la ausencia del gobernador. Pedro Sanchez de Hoz quedó ofendido de que Pedro de Valdivia hubiese dejado a Francisco de Villagra con el gobierno durante su ausencia, cuando no solo se discurria acreedor al interato, sino es con mejor derecho a la propiedad, fundado en la merced que el Emperador le habia hecho, como tenemos dicho, para que poblase en la costa del Mar del Sur, completada la gobernacion del marques, adelantado y Camarco, quien no vino al reino: y a juicio de indiferentes, comprendia el espacio, sino desde el rio de Maule, a lo ménos desde el Itata para el polo: otros decian que la merced estaba equívoca y confusa, y que era preciso el esclarecerla; y aunque se opuso a la que el marques hizo a Valdivia, cedió con pulso no voluntario como despues se vió, y concorde con Valdivia se

vino en su compañía, experimentando siempre la recomendacion del marques en las atenciones de su persona, pues siempre le antepuso en el repartimiento de indios y tierra, lo que no satisfizo a Pedro Sanchez; y el haberle pospuesto en el mando renovó el recuerdo de lo pasado, teniéndolo por repetida injuria, porque es tenaz su memoria como frájil de los beneficios, como dice Séneca; y a cualquier precio que fuese, le pareció entrar en el gobierno, pareciéndole bien fundada su accion en virtud del real despacho.

Estas práoticas llegaron a noticias de Francisco Villagra, quien le mandó prender, y sustanciada la causa, a él y a un Romero les hizo quitar la vida: fin tan trájico tuvo este caballero. Dos frutos se lograron de las desgracias: que son escarmientos y advertencias, y tal vez se debe la salud a la mesma enfermedad. Los naturales de Copiapó quitaron la vida a cuarenta españoles que venian del Perú, y duró la cautela hasta que pudieron actuar su deseo: imputóse esta pérdida a la mala conducta de Juan Bonson, comandante. Dice Josefo, que los romanos fueron invencibles porque aun en la paz tenian sus tropas tan arregladas, como que estuviesen a la frente de ellas sus enemigos. Y pudieran advertir los españoles, que el dominio violento apénas lo hace el transcurso voluntario. Las desgracias se aplazan y los males se encadenan para ser mayores. Los naturales de Coquimbo, deseosos de recuperar su libertad, que, como dice César, es naturalmente apetecida de todos, se sublevaron con tan simulada precaucion, que no pudieron los españoles penetrar sus designios ; y así les quitaron la vida, sin exceptuarse ninguno de tan funesta trajedia, y despues incendiaron la ciudad reduciéndola a cenizas: tal estrago y horror experimentó la Serena. Estos fueron los acaecimientos mas notables de Chile, habiendo llegado a él el gobernador a fines del año de mil quinientos cuarenta y ocho.

Francisco de Aguirre, de órden de Pedro de Valdivia, pasó al valle de Coquimbo con suficientes tropas de españoles e indios, para castigar la sublevacion de los naturales de aquel pais, y que nuevo poblasen la arruinada ciudad de la Serena. El dictámen mas arriesgado, la precision lo suele hacer el mas prudente. Cumplió este jeneral exactamente con el órden que se le dió, satisfaciendo en todo a la confianza que de él se hizo, y se mantuvo tan en el aprecio del gobernador, que a él dejó por digno sucesor suyo, como consta por el testamento que otorgó en la Concepcion poco ántes de su muerte, como despues dirémos: tuvo algunas acciones decisivas con los indios, que quedaron enteramente castigados, y se terminó la guerra con su entera sujecion, la que no se ha descontinuado por casi dos siglos: lo que manifiesta que es belicoso clima el que cae al polo, y pacífico el del trópico. La construccion de la ciudad se volvió a hacer con mas adecuada formacion que la que ántes tuvo.

El avariento llama pródigo a lo liberal y el cobarde temerario al valiente, porque cada uno reprueba lo que no tiene o aquello a que no propende. Algunos imputaban al gobernador, de que con tan pocas fuerzas quisiese proseguir el descubrimiento y conquista de tan dilatado reino como

el de Chile y poblado de bélicas naciones; mas estas razones las despreció, porque el reparo es pension de lo grande o porque su magnánimo corazon, resuelto en las arduidades, le pareció empresa digna de su valor y conducta; y así a rostro firme llevó la ejecucion de su proyecto. Decia el filósofo Quilo, que es menester entrar con premeditacion en los empeños, pero puestos ya en ellos, se debian seguir con inflexibilidad: esta máxima se la observó al gobernador.

CAPITULO XXIV

Sale el gobernador Pedro de Valdivia de la ciudad de Santiago, con sus tropas españolas y auxilios, en prosecucion de sus conquistas.—Pasa el rio de Maule y llega al valle de Penco: hácese su descripcion y la de su puerto.

El gobernador mandó hacer todo el preparamento que le fué posible para tan alta empresa, e implorando el favor divino con públicas preces, salió de la ciudad de Santiago, principiado el año de mil quinientos cuarenta y nueve, con ciento y cincuenta españoles: iban algunos con sus familias, y tropas auxiliares de peruanos y chilenos. Ejecutábase la marcha con exacta disciplina, sin permitir agraviasen a los indios que habitaban los paises de su tránsito, que los mas preocupados del terror habian desamparado sus cenizas, no obstante que el gobernador los solicitó para que volviesen a ellas ofreciéndoles buena amistad y correspondencia, previniendo el embarazo en que pudieran ponerlos si esta quedara cortada, y siempre siguiendo la táctica otomana de no dejar enemigos en retaguardia cuando intentan sus conquistas. Complació mucho a los españoles la amena fertilidad de los campos y la muchedumbre de sus habitadores, sobre cuyos fundamentos fabricaban ventajosas fortunas, no obstante que cualquier parte de la vida es un volúmen de penas; y así el espíritú divino se extiende mas difuso en las aflicciones de Job, que no en las prosperidades de Salomon.

Los españoles pasaron a Maule, último término y conquista de los monarcas del Perú, y siguiendo su destino en derechura del rio de Itata, llegaron al valle de Penco, situado a la márjen del Mar Pacífico. Allí se incorporó con el gobernador una nueva recluta que en pos de él vino, y viendo aumentada su tropa, les propuso cuán conveniente seria fundar allí una ciudad, en aquel terreno que estaba en igual distancia de la ciudad de Santiago a la Serena, en términos contrapuestos de polo y trópico, y que así quedaria sufocados los naturales que mediaban en tan espacioso pais; y que la conveniencia marítima facilitaria el comercio y socorro del Perú, con el cual podrian internar sus conquistas hasta el extremo del reino, de cuya fertilidad, riqueza y muchedumbre de habitadores estaban bien informados; y que la nueva poblacion seria nuevo arsenal para conseguir tan dichoso fin. Todos convinieron con el dictámen del gobernador, pues de la esperanza es el objeto el bien con la confianza de su ejecucion, como dice Santo Tomas.

Con la candidez que es necesaria a la legalidad de la historia, dejaré correr la pluma, aunque se mire como digresion, para especificar algunas individualidades, compulso con la obligacion de hijo; que, como dice Séneca, ninguno ama a su patria por grande, sino es por propia, siendo a todos dulce su memoria.

El valle donde se fundó la ciudad es de moderada extension, bañado del mar: por el mediodía, por el oriente y setentrion le circundan varios montes de mayor y menor elevacion y de mas y ménos volcanes, herbajes, arroyos y manantiales los mas perennes. Por el oriente se ven unas colinas despejadas y de plantacion de viñas, cuyos fragmentos de las que en la antigüedad hubieron, el dia de hoi permanecen, y el conjunto es de compacible amenidad e inspeccion por su armoniosa discordancia y predominio al valle. Desgájase de estas eminencias por la parte setentrional un collado prolongado, que termina tres cuadras de la playa, de fácil ascenso y descenso por toda su circunferencia, y de planicie espaciosa en su cima, y por él viene la agua de Landa, copiosa y de fácil extraccion para fecundizar aquel terreno, que no es ingrato sino fecundo. Por el valle corre un arroyo grueso, o moderado riacho, cuyas aguas son de sublime bondad; y otro perenne que dicen o llaman de la Tintorera, sale de la parte oriental de aquellas sierras y corre superficial. Vense de sus eminencias paises divertidos o jardines deliciosos que la naturaleza previno para que del todo resultase un deleitoso objeto. Divísase el rio Andalien, cuyo ingreso al mar es a corta distancia del valle y abundante de pescado, y a tres leguas el gran Bio-bio y los llanos de Gualpen y Talcahuano, entrecortados de lagos y brazos de mar, y algunos pasan a querer ser salinas sin artificial beneficio. Síguese el puerto entre la Herradura y Quiriquina, cuyo abertor será de legua y media y toda su circunferencia de diez y ocho entre caletas y ensenadas, incluyéndose la boca chica, que es de pocas cuadras, entre la isla de la Quiriquina y la tierra firme de Túmbes.

Vense varias florestas de árboles mui robustos, cuya muchedumbre entretejida de coligües, zarzas y varias especies de hiedra, hace que la noche se anticipe o que la aurora se retarde. No se nota menor verdor en los prados, entre cuyo herbaje es comunísima la violeta y el orozuz, por muchos años desconocido. Divísase la cordillera nevada, extremo de la latitud del reino; y entre este medio círculo de montes está el plano donde se fundó la ciudad, en algo mas de treinta y seis grados de latitud al antártico, que es lo mas templado de la zona. Si tanta amenidad y abundancia ofrece la tierra, no la hai ménos en el mar de pescado y marisco con singular variedad, y principalmente en algunas estaciones del año, que sirven de tedio a la vista, y aun las peñas producen la yerba luche, como tenemos dicho. El valle de Palomares, que está inmediato al de Penco, tiene ocho leguas por las curvidades con que le baña su rio, que corre serpentándole y superficial. En algunas partes los montes estrechan su vega y en otras le ensanchan; y por una y otras le sirven de vallado encumbradas selvas, algunas impenetrables por montuosas y

breñosas densidades, y tan pendientes que parece que donde terminan los copos de los árboles, de allí nacen otros.

La inmensidad de manzanos que hai dispersos por el valle y en el intermedio de los bosques, producidos sin ninguna plantacion, es imponderable y al exámen de la vista solo es persuasible su credulidad. Cruzan el valle muchos arroyos que terminan en el rio. Toda esta apacible vega está cultivada, y así se vé un verano delicioso y un otoño de opulencias; y porque nada le falte, es abundante de pescado, porque hasta el mar se lo comunica con su mucho flujo y reflujo por su adecuado cauce del rio, y un tal conjunto de amenidad hace persuasible el que la fortuna se esmeró o desveló para hacerlo amable.

CAPITULO XXV.

Dáse noticia de una batalla peligrosa en que estuvo el gobernador y sus españoles en manifiesto riesgo de perderse.—Funda la ciudad de la Concepcion: nombra las primeras justicias y oficios concejiles de ella: menciónanse sus primeros vecinos.—Asígnase el gobernador solar y campos en su distrito, y otras individualidades que se ofrecieron.

Los bienes raras veces se conocen sino a vista de los males, como dice Séneca. Estos los discurrieron mui próximos los indios, viendo a los españoles tan internados y con familias en su pais, y los reprehendió su misma neglijencia; y así se acordó entre los principales de su nacion que se juntasen las mas tropas que se pudieran, para poner diques al torrente de la felicidad española, y con este designio se acompañaron seis mil indios en la ribera de Andalien. El gobernador no resolvió el desalojarlos ántes que se recreciesen sus tropas, porque es parte de la victoria hacer que el enemigo tema ántes de la batalla, como dice Vejecio; y salió a ellos dejando sus equipajes, competente guarnicion en un fortin que tenia hecho donde hoi es el almacen real; y como era de la última importancia la accion que emprendia, habló a sus españoles, no para ardecerles el deber de su obligacion, sí es para estimularles con el recuerdo de su ambicion jenerosa de honra. Los indios le salieron al opósito y destacaron diversos pelotones de sus tropas con el designio de que estando ya en funcion, circundasen a los españoles para que fuera mas fácil su vencimiento.

Principióse la batalla dudosa y sangrienta, pues se vieron los españoles circundados por todas partes, y con ciego furor los indios despreciaban el fuego; de suerte que Pedro de Valdivia y lo suyos estuvieron en estado de perderse, como dice el coronista Herrera y nos lo manifiestan las memorias de aquel tiempo: a tal extremo llegaron los arrestos de su bárbara osadía. Mas, como la tierra era llana, la caballería corria sin embarazo y pudo romperlos, no obstante que se sostenian con nuevas tropas sin confusion. No pudiendo prevalecer, se retiraron con confusion y desórden, dejando el campo de batalla cubierto de muertos. Hicié-

ronse muchos prisioneros y entre ellos el cacique Aillabillú, una de las personas de mayor distincion entre los de su nacion, quien murió o le hicieron morir encarcelado. Nunca el gobernador desde su ingreso al reino se vió en tan grave peligro, pues estuvo en estado de muerte o prision, y los españoles en el de derrotados y desordenados. Mas como la paz se hace buscar con la guerra, como dice Livio, vinieron los indios pidiéndola, lo que complació mucho a Valdivia porque eso solicitaba por medio de algunos comisarios de su nacion.

Viéndose el gobernador desembarazado y en estado de ejecutar el proyecto de la fundacion, pasó a hacerla, domingo cinco de octubre del año de mil quinientos y cincuenta, a los diez de su ingreso al reino. Púsose por nombre a la nueva ciudad el de la Concepcion de María. Delineóse la plaza, mas no en el sitio que hoi está, y en ella levantó el árbol de la cruz: esta memoria se expresa en el libro de la fundacion y será bien el no omitirla. Asignó sitio a la iglesia y dióle por nombre y patron titular a San Pedro, y de ahí señaló el sitio de ayuntamiento y cárceles, y nombró dos alcaldes, que fueron Perestevan y el licenciado Pedro Antonio de las Peñas, y por rejidores perpétuos al capitan Diego de Oro, don Antonio Beltran y Diego Diaz, y por cadañeros a don Cristóbal de la Cueva y a Francisco de Rivera Ontiveros y Agustin de las Casas, y a Gerónimo de Vera alguacil mayor con voto y asiento, a Gaspar de Vergara por mayordomo y procurador, y todos los mencionados aceptaron y juraron, como consta en el libro de la fundacion, el cual el mismo gobernador se lo entregó al escribano, que lo fué Domingo Lozano.

A unas cosas las hace nuevas el olvido, a otras la oscuridad y a no pocas la neglijencia; y así dice Galucio que las estrellas de Géminis guardan tal órden para no ser ignoradas aun estando en el firmamento, que cuando la una se oculta la otra se manifiesta, lo que dió motivo a la fábula de que los hermanos Castores alternadamente nacian y morian; y así ofrezco a mis compatriotas de la Concepcion memorias muertas de nuestros projenitores, en el olvido sepultadas, para que al recuerdo renazcan.

Acimentáronse en la ciudad con formal vecindad de solares y campos, Diego Diaz, de quien permanece descendencia en los Ochoas, Alonso y Gonzalo Sanchez, Diego Mendez, Pedro de Leon, Perestevan, Antonio Lozano, García de Vergara, Francisco de Rivera, Hernando de Paez, de quien permanece sucesion mui arruinada, licenciado Antonio de las Peñas, Diego de Oro, de quien hai sucesion en la ciudad de Santiago, Lope de Landa, Juan de Medina, Vicente Camacho, Juan Negrete, mi quinto abuelo que habiéndose acimentado en la primera poblacion de Santiago, vino en compañía del gobernador, Mateo Beltran, Gines Gil, Gerónimo de Vera, Gerónimo de Alderete, de quien permanece descendencia en la provincia de Chiloé, Alonso Galeano, Juan Valiente, Alonso de Vera. I porque nunca los conquistadores perdieron de vista la piedad cristiana, asignaron seis cuadras para hermita, huerta y viña de nuestra Señora de Guadalupe y el Rosario *en la chapa* y *frontero a esta ciudad*,

formales palabras con que se explican, del cual sitio tomó posesion Lope de Landa: y asímesmo se dieron seis cuadras al padre vicario de la Merced para iglesia y convento de su relijion, y con lo jenérico de vicario, hallamos explicado su nombre y el de frai Miguel de Segura, en una merced de chácara que despues se hizo para dicho convento. De suerte que la relijion mercenaria fué la primera que hubo en la Concepcion y los únicos relijiosos que vinieron con Pedro de Valdivia y el cura y vicario Gonzalo Lopez, que fué el primero de la ciudad, y con esta diminucion se explican. A la devocion de Jeraldo Gil se concedieron cuatro cuadras para Iglesia y huerta del glorioso San Antonio. Asignóse solar y chácara para hospital.

Todo lo referido y otras obras de piedad que la historia nos hará ver, manifiestan las ideas raras de la imajinacion de algunos que discurren que los conquistadores fueron hombres olvidados del deber de católicos, o que profesaban un villano ateismo. Prosiguióse el repartimiento de solares y chácaras en otras personas, como Felipe Herrero, Mro. Tomas, doña Catalina Gonzalo Perez, etc.

El gobernador reservó para sí un sitio en la traza de la ciudad, y un espacioso campo como de veinte leguas en su retorno con todos los indios que en él habian de acimentacion, que era desde el ingreso de Andalien y Bio-bio al mar, hasta el camino que del uno a otro rio va, y es casi península con el mismo mar, en que se comprende Talcahuano, Hualpen, Diñagüe y otros paises, y es el mas fértil y ventajoso terreno de aquel contorno y principia como nueve cuadras de la ciudad. A Gonzalo Lopez le asignó una chácara o cortijo.

Mandó Pedro de Valdivia que los alcaldes y rejidores sin nueva eleccion prosiguiesen sus oficios todo el año de mil quinientos cincuenta y uno y nombró por correjidor a Diego de Oro; mostráronse tan ríjidos que habiéndose presentado al cabildo Vicencio del Monte con un despacho del presidente en que le hacia merced de rejidor perpétuo, veedor y factor, contradijeron el oficio concejil y le intimaron el que manifestase el despacho del César para ver si en él le concedia tal facultad al licenciado Pedro de la Gasca, y que entretanto que no les constase, no lo admitian. Recibióse Gerónimo de Alderete de tesorero y contador. Con tanta justicia se dispuso la nueva poblacion, que, como dice San Anselmo, da a cada uno lo que es suyo: al mayor reverencia, y al igual concordia, al menor disciplina, y al pobre misericordia.

Finjió la antigüedad pagana que asistia al sol como a su rei, Saturno, planeta lento y oríjen del buen consejo, seguíase Júpiter como ministro del rei, a éste Marte, jeneral de milicias, y luego Vénus, señora de riquezas y deleites, y de ahí Mercurio, intérprete de palabras y procurador de negocios. Benévolo fué el influjo de estos astros al tiempo y cuando el gobernador dispuso cuarenta y dos capítulos de ordenanzas, con tanto acuerdo y reflexion hechas, que en aquella positura no cabia mas en la humana prudencia, y bien manifiestan su profunda comprehension y singulares talentos, y porque obvian prolijidades omitimos el referirla; y con

público pregon se hicieron a todos notorias el dia treinta de setiembre de mil quinientos cincuenta y un años, y en ellas hai algunas que se ordenan al buen tratamiento de los indios; y así dice San Gregorio, que aquel hace bien las cosas piadosas que sabe guardar las justas. Ordenó el tiempo de los remates de diezmos y el modo de su exacta satisfaccion; asignó los montes que debian ser comunes; dió a la ciudad de Santiago la primera voz y voto en Córtes, por haber sido la primera fundacion del reino, lo que todo bien persuade su consumada prudencia que hace a su persona digna de veneracion y aplauso. No mereció ménos de todo por haber mandado que los alcaldes prosiguiesen siéndolo todo el año de cincuenta y uno con los rejidores cadañeros, sin que precediese nueva eleccion.

CAPITULO XXVI.

Dispone el gobernador se hagan posadas o tambos.—Envía a descubrir el estado de Arauco.—Pone toda solicitud en buscar minas y princípiase su labor.

La gobernacion y oficios descubren lo que es el hombre, como dice Aristóteles. La gran conducta del gobernador bien la manifestaron sus operaciones, y porque la memoria hace presente lo pasado, hacemos recordacion de como el dia veinte y cinco de diciembre de mil quinientos cincuenta y uno, hizo la ordenacion de tambos o posadas promediándolas a la distancia de siete leguas unas de otras: las cuales eran desde la Concepcion a Santiago y desde la Imperial a la Concepcion por los dos caminos de costa y llanos, arreglando las casas que en cada una de ellas habia de haber, la asistencia alternativa de indios y composicion de caminos; y en todo tuvo atencion a que fuese lijero el gravámen y que circulase, pues no se siente tanto la carga muchas veces como la desigualdad de su peso. Esta distribucion la hizo entre los vecinos encomenderos, y porque se sepa los que en aquel tiempo lo eran, los mencionarémos, segun consta en el primer libro de cabildo: don Cristóbal de la Cueva, Jerardo Gil, don Antonio Diego de Oro, Pedro Gomez de las Montañas, Francisco Riveros Ontiveros, y Hernan Paez Columbres, Gerónimo de Vergara, y Gaspar de Vergara, Fernando Ortes, Cristóbal Mella, Francisco Rivera de Almonacir, Pedro Columbes, licenciado Peñas, Juan Negrete, Gaspar Vergara Medina, Juan Fernandez Garces, el alguacil mayor Lope de Landa, Camacho, Alonso Sanchez, Pedro Bonal, Diego Diaz, Gaspar Casas, Pedro Jaen, Vicencio Monte, Juan de Vera, Francisco Cabrera, Mre. Francisco; y aunque esto fué despues de la poblacion de la Imperial, lo dejo dicho por no descontinuar la narracion de los estatutos y ordenanzas que el gobernador hizo promulgar.

Parecióle al gobernador que era tiempo competente para que se fuese a descubrir el estado de Arauco, pues la fama con sus clarines habia en aquel pais publicado su victoria con el retiro de las tropas vencidas en

la batalla de Andalien, y se hace indigno de las caricias de la fortuna quien no logra las ocasiones con que le brinda, pues estas son pocas o raras, como dice Ausonio; y destacó a Gerónimo de Alderete para la ejecucion de este proyecto con sesenta hombres valerosos y bien montados. La estacion mas árida del año tenia minoradas las aguas del gran Bio-bio: pasóle por donde el coronist aHerrera dice que tiene mil y quinientos pasos de latitud, los que en realidad habrá con exceso por la enderechura de San-Pedro, que por allí fué el tránsito, no obstante que en la opuesta ribera habia mucha jente en diversos pelotones bien formada, cual otro Alejandro en el Granico a vista del numeroso ejército de Dario, o como Luis el Grande lo ejecutó en el siglo pasado en el Reno a la frente las tropas holandesas, como dice Limies. Mas el jeneral Alderete así lo hizo en mucho mas caudaloso rio que los dos. Los indios, o precavientes o aterrados de tan arrojada accion, se retiraron a los montes abandonando sus casinas; y prosiguiendo los españoles su marcha, hallaron todo el pais despoblado, y bien observado todo aquel ameno y terreno fértil, se volvieron admirados de ver lo cultivado y poblado que estaba; mas no por el mismo camino, sino por el que de presente se llama Talcamavida y Santa-Juana, y llegaron a la Concepcion, donde el gobernador los esperaba cuidadoso, y con las noticias recientes y las que con anterioridad se tenian, resolvió proseguir la conquista, para cuyo efecto envió a Santiago por jentes y armas: estos asuntos excelsos eran en los que entendia, pues no es grande quien se versa en lo pequeño.

Dispúsose el que se solicitase el descubrimiento de minas, que mejorarian el reino, para cuyo efecto se despacharon várias personas intelijentes en busca de ellas, y despues de haber corrido mucho, volvieron los emisarios gozosos por la descubierta que habian hecho y que demostraban ser mui ricas, principalmente las de Quilacoya, cuya noticia la celebraron los españoles con demostraciones singulares de alegría: mas no así el gobernador, quien la recibió con ánimo indiferente sin que se le observase mutacion exterior. Bien como Alejandro, a quien le pidió un propio la mano y albricias, diciéndole que tenia que darle una noticia plausible, y respondió que solo tuviera por grande y regocijada la de la resurreccion de Homero, como dice Erasmo. Y aunque Pedro de Valdivia no abandonó sus intereses, no obstante, siempre se le oyó decir que la conquista espiritual y temporal del cristiano era su primera atencion. Principióse la labor de ellas, y en todos se recreció la esperanza del adelantamiento de fortuna por lo que daban.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Viene un poderoso ejército contra los españoles.—Sale el gobernador Pedro de Valdivia al opósito.—El apóstol Santiago visiblemente los favorece y quedan los indios vencidos.—Ofrecen hacer una hermita en recuerdo de este milagro.

Ha esforzado mi solicitud en esclarecer un milagro del glorioso apóstol Santiago, sepultado en las tinieblas del olvido; mas no es mucho que esto acaezca en Chile, cuando vemos poco acordado en España el que hizo en la batalla de Clavijo en tiempo del rei don Ramiro I, no obstante que para su recordacion se estableció la contribucion de las yugadas y asignacion de parte de los despojos enemigos; y a no ser tan autenticado este portento, no lo escribiéramos. Hallábase el gobernador fortaleciendo la reciente ciudad; y viendo los naturales que aquel establecimiento era fatal indicante para perder su libertad, les pareció conveniente hacer un poderoso esfuerzo para acabar con aquella extranjera jente o nacion, o a lo ménos expulsarlos de sus paises, tentando otra vez a la fortuna por ver si se les mostraba mas propicia, como que supiesen su informalidad; que cuantos simulacros finjieron de ella los antiguos con diferentes insignias y nombres, todos aluden a inconstancia, como dice Cansino; y fundados sus engaces, se juntaron muchas tropas de la otra parte del rio de Bio-bio e hicieron su campamento en la ribera que a la Concepcion mira; y así se revistaron mas de cuarenta mil hombres de armas con los caciques Lincoya, Queupolican, Rengo, Tucapel y otros, y de comun acuerdo se vinieron para la nueva ciudad despreciando el corto número de los españoles, y que éste era sin recurso para prevalecer contra su poder, como que la esperanza de los triunfos estuviese mui segura en los ejércitos mui numerosos, como dice Salustio.

El gobernador observó que los de la mayor confianza le ocultaban la verdad, que, como dice Anaxágoras, está rodeada de tinieblas, porque le anonadaban aquel espantoso aparato procediendo con reservada intencion; hasta que puestos a la vista, se enteró de su poder, viendo venir al enemigo bravo, tenaz y empeñado, en tres columnas, bien formados y militarmente adornados de vistosa plumería, y que su crecido número ocupaba valles y collados; veíanse por las eminencias de los montes muchas personas de uno y otro sexo que habian venido a ser inspectores de aquella grande accion que habia de ser decisiva de su libertad o sujecion. Hicieron la ceremonia de espulsar el miedo, lo cual acostumbraban ántes de entrar en funcion, cuya confusa vocería, recrecida con sus bélicos instrumentos, hacia su percusion por los montes

horrorosa disonancia en los españoles. No hubo susto avanzado, porque llegaba el caso de lo que ya se sabia; y así la presencia de espíritu fué en todos mui igual, y tambien porque el lance forzoso recrece el valor, el cual disminuye el empeño voluntario. Cumplieron todos con el deber de católicos, disponiendo las conciencias y los negocios domésticos, y salieron al opósito de sus enemigos con fiereza de leones, cuyo número se ignora, y a paso regular llegaron los indios a tiro de ballesta de los españoles, como consta del instrumento orijinal en la narracion de este caso.

Pedro de Valdivia y sus españoles con fervorosa devocion y confianza imploraron el patrocinio y favor del glorioso apóstol Santiago, y ordenó a su teniente jeneral Gerónimo de Alderete que con veinte y cuatro hombres de caballería acometiese la primera línea o columna, quedando las otras dos a competente distancia para sostenerse sin embarazo, y al mismo tiempo se hizo una justa descarga de la arcabucería. Los indios consternados se pusieron en precipitosa fuga; mas habiendo intentado rehacerse para proseguir la accion, los cargaron y casi sin llegar a las armas huyeron, y viendo esto la segunda línea, se vinieron para los españoles, feroces y vergonzosos por la consternacion de los suyos; mas habiéndolos acometido, huyeron aun con mas confusion y desórden que los primeros. Sucedió lo propio con la tercera, no obstante que procuraron ordenarla los del comando para renovar la batalla, mas los españoles sin darles tiempo se fueron para ellos con valor y confianza en el glorioso apóstol Santiago, cuyo patrocinio experimentaban y así a voces le imploraban, y sin la menor oposicion quedó aquel numeroso ejército vencido y el campo de batalla cubierto de muertos y heridos, pues su asombro fué tal que no ejecutaron lo que acostumbraban, que es el ocultarlos, y muchos se aprisionaron. No le pareció conveniente al jeneral seguir la victoria por la cortedad de su tropa, y se retiró a dar gracias a Dios y al apóstol por la consecucion de accion tan decisiva sin ninguna pérdida.

Fué cierto y patente a aquel numeroso jentio de que habian visto un hombre anciano y de venerable aspecto en un caballo blanco con sus armas resplandecientes, el cual precedia a los españoles, y que al tiempo que este divino númen los acometia se retiraban confusos y asombrados, y que habiéndose rehecho para renovar la batalla los volvió a disipar con tal pavor y espanto suyo, que a este divino personaje solo atribuian su vencimiento, cuya deposicion uniforme de esta irrefragable verdad, fué la de mas de cuarenta mil personas, testigos oculares de esta maravilla que a una voz publicaron; y los españoles, aunque no vieron al apóstol glorioso, le experimentaron en la ninguna oposicion que los indios les hicieron, terminando la osadía con que venian, en una vergonzosa fuga, no obstante los repetidos esfuerzos que hacian. El gobernador, su teniente jeneral y los demas caballeros y soldados que presentes se hallaron, en memoria de tan singular portento y que a la posteridad quedase su recuerdo, acordaron de construir

una hermita; mas los embarazos que se ofrecieron y en el corto tiempo que el gobernador sobrevivió, no les fué posible, y así dijo Ciceron que el agradecimiento, aunque sea tarde, no debe ser reprehendido.

Permaneció este recuerdo en los que componian el cabildo de la Concepcion cuando su primera despoblacion y que se retiraron a la Imperial, como consta y se vé en el auto que hicieron dia diez y siete de diciembre del año de mil quinientos cincuenta y cuatro, a los tres de este acaecimiento, el cual pasó ante Domingo Lozano, escribano de cabildo, en que se expresa que comparecieron y se presentaron al visitador y vicario jeneral de estas provincias Fernando Ortiz de Zúñiga, los que en aquel tiempo componian su ayuntamiento, que fueron los señores Francisco de Castañeda, alcalde, Hortucio Jimenez de Etenduar, Gaspar de Vergara, Lope de Landa, Pedro Gomez de las Montañas, y narran el milagro que en abreviado resúmen es como le expresamos, y ofrecen construir la hermita y que el cabildo habia de quedar con el patronato para siempre de ella, y dicho visitador concedió la licencia y permiso, interponiendo su autoridad, y se mencionan por testigos a mayor abundamiento en el referido instrumento a Juan de Villanueva y Francisco Sanchez, cuyo orijinal pára en el libro de la fundacion, el cual le hice trasuntar siendo alcalde de la Concepcion; y aunque el coronista Herrera no lo narra ni Arzila (1), que tan reciente al suceso vino, ni el padre Ovalle, regnícola, sin embargo, en el acaecimiento no hai la menor duda.

Comprueba esto mismo un manuscrito de aquel tiempo digno de toda fe; mas no lo extrañarán los eruditos, sabiendo que Josefo escribió con tantas puntualidades la vida de Herodes el grande y omite decir el caso de los inocentes tan estrepitoso por el orbe, pues el mismo César con un dicho agudo satirizó, y lo que mas es, predicho por el profeta Jeremías. Fué felicidad inaudita y desmedida dicha la de Pedro de Valdivia, pues mereció que a favorecer las tropas de su comando, bajase de la celestial esfera el glorioso apóstol Santiago. ¡Cuán pocos de los mortales han tenido tan alta dicha! Consúltese la historia antigua y moderna y véase si debe ser contada entre los héroes de la fama, pues mereció su persona que el cielo así lo distinguiese, manifestando Dios cuan de su agrado era la grande obra que emprendia para que con mas fervor la prosiguiese.

CAPITULO II.

Prosigue el gobernador sus conquistas: funda la ciudad de la Imperial.—Descripcion de su ameno valle.—Dase noticia de los muchos indios que le habitaban y de sus primeros pobladores y acimentacion que despues tuvo.

La feliz fortuna es anotomía de corazones: bien manifestó el gobernador la grandeza del suyo, pues aunque prosperado, nunca se demos-

(1) Don Alonso de Ercilla: Arcila tambien le llama Góngora Marmolejo.

tró desconocido y así se hizo digno de otra mayor. Agatocles fué hijo de alfarero y despues soberano, y hacia modesta ostentacion de su nacimiento, lo que recreció elojios a su grandeza y silencio a su humildad, como dice Polibio.

Pedro de Valdivia, viéndose ya con el socorro que de Santiago esperaba, resolvió proseguir la conquista de Chile, para cuyo efecto se previno de equipaje competente y lo demas necesario para tan árdua empresa. Dejó de correjidor de la Concepcion a Diego de Oro, persona de mérito y calidad, como lo manifiestan los encomios de sus despachos que tenemos visto, y salió de ella a principios del año de mil quinientos cincuenta y uno, a lo que nos persuadimos, con doscientos españoles y crecido número de tropas auxiliares, y dirijió su marcha para el rio de la Laja, y habiéndole transitado por Tarpellanca, y al gran Bio-bio por Negrete, llegaron al Capten, bien admirado de ver lo poblado de los paises de su tránsito y su amenidad.

Dios hizo al mundo de los abismos de la nada, creándolo espacioso para que en él resplandeciesen tantas maravillas de hermosura, sucesion y utilidad, órden, medida y duracion, dando a cada cosa mensura y lugar, inclinacion, límites y perfeccion. Y pues en este pais se fundó la ciudad de la Imperial, será bien que hagamos su descripcion y admiremos los atractivos de su hermosura. Está situada en algo mas de los treinta y ocho grados de latitud al antártico. Riega este dilatado valle el caudaloso Capten, tan profundo, que es capaz que por él naveguen los navíos de mayor porte, a que coadyuva el flujo y reflujo del mar que admite la lenidad de su curso y que excede mucho mas allá de la situacion de la arruinada ciudad, ocasionando esto lo útil y deleitoso de la pesca, pues es la mas abundante y segura del reino. Su fertilísima vega, que marjena el cauce de este caudaloso rio, es de las mas agradables que pudo apetecer el deseo o finjir la imajinacion, émula de los Campos Elíseos que tan ventajosos ideó la antigüedad pagana, y como la hermosura es don de la naturaleza, como dice Elidioro, parece que aquí se esmeró o desveló, y no es mucho que tantos agrados llevasen tras sí la atencion de los españoles para fundar una ciudad que fuese la tercera del reino.

Elijieron para el efecto un extremo de loma baja o de vega alta, distante de la Concepcion setenta leguas, que con esta similitud la hace el rio de las Damas moderado, que allí se junta para aumento de su grandeza. Mírase de alto en bajo su deleitosa vega, delicias de este hemisferio chileno: por unas partes se estrecha y por otras se ensancha segun las curvidades del rio o locacion de las colinas que sirven de bahía a su cauce hasta el mar, de donde dista seis leguas, adecuada promediacion para disfrutar sus conveniencias y estar a cubierto de invasiones, como lo previó Rómulo en la fundacion de Roma. Los despejados collados y sus boscajes a competente distancia, recrecen su belleza, y el gozar de tantas conveniencias fué rémora que atrajo a ochenta mil indios que allí hallaron acimentados.

Púsole por nombre el gobernador la *ciudad de la Imperial* y mandó delinear la plaza, y lo demas adecuado de su flanco asignó para iglesia y palacio episcopal, que desde aquel tiempo lo miró con este designio previendo lo que fué, mas no en lo que habia de terminar, porque el hombre con el tiempo reparte su ciencia o ignorancia: de lo presente sabe poco con vanidad de saber mucho, y de lo futuro nada. Señaló sitio para la casa de ayuntamiento y cárceles y otro para hospital, el cual denominó de San-Julian. Dedicóse solar para construir una hermita con él, de nuestra Señora de la Antigua, y otro mas extenso fuera de lo que se asignó de traza de ciudad, para hacer otra de Nuestra Señora de la Concepcion del Monte Calvario, cuyo culto despues fué en grande aumento; y de allí se prosiguió haciendo la distribucion de solares en las personas que fueron de la primera distincion, que los que entónces y despues se acimentaron fueron, Francisco de Villagra, a quien se le asignó sitio en la plaza y a Pedro Olmos de Aguilera, don Miguel de Velasco, Francisco Gutierrez, Andres Martinez, Diego Martin Ballesteros, Gabriel Sevilla, Antonio Saldaña, Juan Hidalgo, Antonio Cervera, Alonso Miranda, Baltazar Rodriguez, Juan de Ocampo, Hernando de San Martin, don Luis de Barba, abuelo del autor, Juan de Cevallos, Andres de Montesinos; y de su vecindario se elijieron por alcaldes a Francisco de Villagra y a Gaspar Horense, y por rejidores a Juan de Vera, Gaspar de Castañeda, Leonardo Cortes, Fernando de Losmore.

Persuadímosnos a que, si no entónces, poco despues, que es lo mas verosímil, se señaló sitio para convento de San Francisco y la Merced, segun lo tenemos visto en instrumentos de aquel tiempo, pues a pocos años de su fundacion hallamos a Frai Francisco Moncalvillo de comendador, y si no hubo convento de San Agustin, a lo ménos consta en papeles suficientemente legalizados, que el año de mil quinientos setenta y dos habia una iglesia dedicada a este Santo Doctor.

El gobernador hizo algunos repartimientos de indios, como fué a Francisco de Villagra, su teniente jeneral, a quien le dió treinta mil, y no falta quien lo aumente a treinta y seis, cosa portentosa pues parece que es soñada la verdad: esta asignacion le hizo en la provincia de Maquegua, que aun el dia de hoi permanece la mas poblada como la mas belicosa y pertinaz de este florido reino. Dióle a Pedro de Olmos de diez a doce mil, a Diego Martin mil, a Hernando de San Martin ochocientos, y a don Luis Barba mil y quinientos, y a otros muchos, cuya noticia quedó sepultada en las cenizas de su ruina, pues hasta el dia de hoi lloran los sitios por donde pasó el furor de estos bárbaros chilenos, bien que el tiempo hace los tiempos enajenar todas las cosas, como dice Menandro, con vicisitud admirable; así como el luminar mayor, que no fueran tan favorables sus influjos, si Dios le hubiera criado astro fijo y sedentario, como lo son con su contínuo movimiento.

Aumentóse mucho la devocion y decencia del culto divino; bien lo manifiesta la vista del señor San Miguel, su primer obispo, que hizo de la

hermita de la Concepcion, año de mil quinientos setenta y uno, la cual pára en el protocolo eclesiástico. El hospital estuvo mui bien rentado: dejaron fundaciones de capellanías y otras obras pias don Miguel de Velasco, Gabriel de Villagra, Baltazar Rodriguez, Rodrigo de Hoces, Andres Martinez de Santa-Ana, don Luis Barba; y Hernando de San Martin fundó dos iglesias en su repartimiento, como consta del instrumento otorgado por agosto de mil quinientos setenta y tres, y Pedro Olmos de Aguilera siete en el suyo y un hospital, como se vé por el instrumento que orijinal pára en el protocolo eclesiástico, su data por junio de mil quinientos setenta y tres años. No hemos querido negar estas cortas noticias a la curiosidad, en cuya investigacion se ha desvelado la solicitud.

CAPITULO III.

Prosigue de Valdivia sus conquistas.—Funda la ciudad de Valdivia: descríbese el terreno de su fundacion, vecindario y aumento.—Envía a Gerónimo de Alderete a que funde la ciudad de Rica: hácese la descripcion de su sitio y pais: dase noticia de su aumentacion y comercio.

No hai bien en la tierra que no cueste sumos desazones, tanto para conseguirlos, como para mantenerse en ellos, y así dijo Eurípides, que los grandes galardones con el trabajo se consiguen, pues es padre de fama: este hizo tan famoso a Hércules, César y Alejandro. Así el gobernador, estando el pais al arbitrio de sus armas, se engolfó en otros mayores con la esperanza de una competente recluta que le venia, y determinó proseguir sus conquistas, dejando facultades al cabildo para que prosiguiese haciendo el repartimiento de indios que habia principiado, y siguió su destino hasta la Mariquina, donde se le incorporó la jente que esperaba, y pasó a camparse a la ribera del rio Calle-calle en el sitio y lugar donde fundó la ciudad de Valdivia, cuya descripcion es preciso hacer. Está en algo mas de los treinta y nueve grados y cien leguas de la Concepcion. Fundóse la ciudad en un plano no mui superior al rio, que no le incomoda aun en la mayor aumentacion de sus aguas, recrecidas y ajitadas con el flujo y reflujo del mar, pues sube su represo hasta mas adelante del castillo de Cruces, que está distante catorce leguas del mar. La inspeccion que ofrece la extension de su oriente es sumamente deliciosa, porque todo es agrado, sin embargo de ser mas montuosa que despejada; mas no tanto como el dia de hoi está, pues se ven robustísimos árboles donde fueron campañas de cultivo. Vése aquel profundo rio, de tan retardado movimiento que parece que no es progresivo, y para navegarle se espera la creciente o la menguante. Es tan caudaloso que es capaz de navios del mayor porte. Hai florestas de manzanos producidos sin ningun cultivo ni plantacion, tanto grato les ha sido aquel terreno. Tiene el rio islas que cooperan a la hermosura y utilidad de sus habitadores. Previno la naturaleza una cantera de

piedra franca que llaman *cancagua*, que con facilidad se corta y labra con la medida y proporcion que se necesita.

El puerto es de los mas cómodos y seguros de la meridional América. Tiene una entrada estrecha, en donde se han construido los castillos de Niebla, Manzera, Amargos y Corral, como despues dirémos, y formó allí la naturaleza una despejada bahía o prolongado golfo, circundado de altísimos montes de deleitoso y útil boscaje, y en él entra el rio Calle-calle: hai una isla que tiene alguna extension, fértil y deliciosa y no ménos útil a todo el vecindario. El gobernador prosiguió la delineacion de la ciudad, que por eternizar su nombre, le dió el de su apellido nombrándola *Valdivia;* y persuadímosnos a que esto fué por la primavera del año de mil quinientos cincuenta y uno, que tambien esto ha quedado sepultado en el olvido, ménos algunas noticias que ha descubierto mi desvelo. Sábese que levantó árbol de la cruz en la plaza, que con este término se explican los que ponderan su piedad, y delineó él mesmo lo que asignó para iglesia y casa de ayuntamiento, y para sí se reservó un flanco de la plaza.

Fueron sus primeros vecinos Rodrigo Orosco, Cosme Gutierrez Altamirano, Pedro Gutierrez Altamirano, Andres Salinas, Pedro de Campo, Diego de Eslava, Martin de Quesada. Sábese que al tiempo de su ruina estaba mui aumentada, y que se veian acimentadas muchas familias de distincion, como eran las de los Valenzuelas, Ocampos, Montesinos, Cuevas, Santanderes, Moras, Navarretes, Benitez, y que habian conventos de San Francisco y la Merced y casas de altos, como lo manifiesta un instrumento mui auténtico en que Diego Nieto y doña Leonor Cervantes, su mujer, fundaron capellanías en unas tiendas de su casa, y la mesma obra pia instituyó en cuatro dichas Pedro y Cosme Gutierre de Altamirano; y para el servicio y decencia del culto divino dieron vinajeras y candeleros, cálices y hostiario de plata, una casulla de terciopelo y otra de damasco.

Aquel puerto fué de mayor comercio del reino. Las minas que en su jurisdiccion se trabajaron, fueron muchas y ricas, por cuyo motivo se estableció el cuño de doblones, el cual permanece el dia de hoi en la caja real de la ciudad de la Concepcion, que tenemos visto. Hubo oficiales de real hacienda, y uno de ellos fué don Pedro Mendez de Sotomayor, cuya descendencia subsiste; y al tiempo de su pérdida era alcalde mayor de minas y alguacil mayor de dicha ciudad Pedro Gutierrez de Mier, cuarto abuelo del autor.

Creció presurosa para menguar, porque la flor que se anticipa peligra. Viendo el gobernador que los indios [que] estaban en la opuesta ribera, no querian sujetarse al dominio español, y que si se omitia hacerlo serviria de pernicioso ejemplo a los sumisos, intentó separarlo con la mayor parte de sus tropas españolas y auxiliares; mas la mujer de un cacique de aquella confederacion le rogó suspendiese su tránsito, ofreciéndose por medianera para la paz, a que el gobernador condescendió con su deseo: pasó a nado aquel caudaloso rio, y habiéndoles hablado

con singular facundia, los trajo a su voluntad, y se consiguió la paz a favor de los españoles. La antigüedad pagana rindió cultos a la discordia para obviar los males que ocasiona; píntala Polibio; y no ménos los rindió César y Tiberio a la concordia para atraer los bienes de ella. De suerte que esta sábia heroina, con admiracion de los españoles, separó lo adverso y atrajo lo favorable a su patria, segun lo incidente del tiempo, accion digna de que se trasmita a la posteridad con el de su nombre que se ignora. El gobernador repartió algunos indios en el nuevo vecindario.

Pedro de Valdivia, con aquellos primeros españoles que han sido sin segundos, se mostró infalible en sus empresas, y cual otro Anníbal en la conquista de Italia y batalla del Tecino, animaba a los suyos diciéndoles, como escribe Polibio, que los romanos estaban en su propio pais y libre o franca la retirada, y que lo uno ni otro tenian sus tropas cartajinenses.

Esto mesmo debió recrecer el valor constante del gobernador, pues la retirada la tenia impedida, con haberse hecho odioso a esta belicosa nacion por la cadena de la servidumbre con que los tenia opresos, y el pais de su tránsito, ademas de ser mucha parte montuosa, estaba entrecortado de caudalosos rios y tan distante no sólo de su patria o suelo, sino es del de adonde podia esperar socorro para evadirse, y de los peligros que amenazaban a su corta tropa; mas todo lo despreció su valor constante, y destacó a Gerónimo de Alderete con ochenta hombres para que se internase hasta la cordillera. Ejecutólo así, y de su órden pobló la *ciudad de Villarica*, que así la denominaron; y la descripcion del terreno de su fundacion y aumento, nos es preciso hacer, y despues la de su ruina.

Poblóse en una espaciosa campiña donde la naturaleza previno un poderoso lago, tanto en su profundidad como en su extension, delicias de aquel pais, en cuyo desagüe se fundó la ciudad. Tiene una islilla fértil y amena que recrece la hermosura de aquel piélago, el cual ministra lo abundante y deleitoso de la pesca y volatería, componiéndose sus márjenes de espaciosos desplayes y de algunos intervalos de arrecifes, principalmente por la parte que mira a la cordillera, donde se estrellan las aguas ajitadas de los vientos, cuando hai alguna crespa borrascosa. En aquella enderechura la cordillera es baja y mas apacible o franca su impenetrable terquedad, y ofreció senda para su tránsito, el cual se puede hacer cómodamente en las estaciones del año, aun en las mas ríjidas, cuya conveniencia no desestimaron los españoles todo el tiempo que subsistió, teniendo frecuente comercio con Buenos Aires en carretas, de las cuales aun en el dia de hoi permanecen fragmentos, lo que recreció la conveniencia de las ciudades del obispado Imperial. El camino era mas abreviado y en todo mas cómodo que el que hoi se frecuenta. La extension de todos aquellos campos es mui dilatada; los mas son lomas bajas y despejadas, ni con escasez ni mucha abundancia de monte que pudiese incomodar a los habitadores del pais; el cual le hallaron los españoles

mui poblado, y en medio de la decadencia jeneral del reino, el dia de hoi permanece con bastante jente.

Fundóse la ciudad en algo mas de los treinta y nueve grados de elevacion al polo antártico y como treinta leguas de la de Valdivia, inmediata a la cordillera. Delineóse la plaza con la adecuacion acostumbrada, y asignóse lo mejor de su frente y fondo para su iglesia, que dedicaron a Santa María Magdalena, y casa de ayuntamiento y cárceles. Presúmese que esto fué por noviembre del año de mil quinientos cincuenta y dos. De los primeros alcaldes y oficios concejiles, de presente todo se ignora, y de las mas personas que construyeron su vecindario, fué uno de ellos Juan de Almonací, persona mui piadosa: fundó hermita a San Sebastian en una heredad suya inmediata a la ciudad, la cual constaba de treinta y seis solares; y Hernando de Belmonte instituyó un aniversario de misas por los indios de su repartimiento y las dejó competente dotadas. Pedro Aranda Valdivia fué persona de las mas distinguidas de aquella ciudad; fundó en uno de sus pueblos una iglesia y hospital de pedimento del cabildo. Declaró el señor San-Miguel por obra pia la fundacion de un hospital que denominó de Santa María de Gracia, y que le pertenecia el noveno y medio y en diezmos, y estableció una cofradía con ordenanzas mui santas.

Otra memoria piadosa dejó Juan Fernandez Portocarrero; y Antonio Rodriguez, cura que fué de aquella parroquial, dejó un aniversario de opulenta dotacion, y otra igual el padre Diego de Valdenebre, todo lo cual consta y parece en el protocolo eclesiástico y en otros instrumentos de aquel tiempo que han permanecido hasta el nuestro, los que tenemos vistos. Asímesmo fueron vecinos de dicha ciudad Juan de Ocampo, Martin de Avendaño, Diego de Corvera, Nicolas Sotelo.

El comercio de Buenos-Aires facilitó el ingreso de negros, y de los que quedaron entre los indios cuando su destruccion, ha procedido una jeneracion de zambos que el dia de hoi permanecen, mas juntos que dispersos, manifestando en el pelo y color su projenie.

CAPITULO IV.

Fabrica el gobernador tres fortines en Puren, Tucapel y Arauco: hácese la descripcion de esta provincia.—Va el gobernador a la ciudad de Santiago y de allí despacha a Gerónimo de Alderete a España, y con qué designio, y envía a hacer la conquista de Cuyo.

Gerónimo de Alderete dejó hecha la poblacion de la ciudad Rica y se retiró a Valdivia, y todos ponderaban las utilidades que en lo futuro ofrecia su ventajosa situacion; mas ninguno discurrió en la borrascosa fortuna que la redujo a cenizas, pues el dia de hoi escasamente se descubren sus fragmentos, llorando los sitios por donde pasó el furor de los bárbaros; y así dijo Mincio Publio: que hable la fortuna es fácil, que hacerla estar firme es lo difícil.

El gobernador se vino a la Imperial y de allí a Puren, donde le pareció conveniente construir una casa fuerte, que así la denominó, para mantener en sujecion aquel pobladísimo pais; y dejó disposicion para ello, pues ademas de terminar allí la montaña costeña, tenian el receptáculo de una poderosa laguna que hace el rio de Puren, con algunos islotes, y en lo ménos profundo de sus márjenes hai varios bosques, donde tan industriosos como discursivos hacen sus encatrados de madera y terraplen en competente promediacion que no los ofende el lago en su mayor crecimiento, lo que obligó al gobernador a construir el primer fortin, y habiendo dejado cuarenta hombres de guarnicion, ejecutó lo mesmo en Tucapel y despues en Arauco, frontera la mas pertinaz que por un siglo tuvo Chile, cuya fama ha volado en las plumas de los elojiadores, y así harémos su descripcion.

Tiene lo que comprende la jurisdiccion de Arauco treinta y seis leguas de lonjitud, computando veinte desde San Pedro, que está al márjen del rio de Biobio, hasta la plaza de San Ildefonso de Arauco, la cual está situada al pié del monte Colocolo de admirable simetría, y de allí a Lebo diez y seis, que es adonde principia la de Tucapel, fecundizándola ocho rios medianos que salen de la cordillera costeña. Entre la dicha y el mar tiene su prolongada situacion: su latitud es sin igual, pues por unas partes el mar se aleja de los montes y por otras los montes se acercan al mar. Mas las espaciosas vegas que marjenan los rios, se internan por sus sierras, de suerte que su mayor latitud será de seis leguas y la menor termina en cuadras; mas estos son cortos trechos, como se vé entre Colcura y Villagran.

El terreno es fertilísimo jeneralmente, de suerte que ninguna ponderacion fuera hipérbole para narrar lo grato y adecuado de este pais, pues la mesma playa salitrosa y de una arena al parecer infecunda, produce tal abundancia de frutilla o fresa, sin ninguna plantificacion, que es admirable el verla. El mar no es ménos abundante y pródigo de pescado y marisco y de el herbaje que llaman luche y cochayuyo, que parece que la naturaleza allí se esmeró y desveló. Cójese ámbar en sus playas, mas en todos sus habitadores está abandonado, que pudiera serles lucrativo. El maderámen que produce aquellos bosques, son de muchas especies, elevacion y frondosidad, y entre ellos el pino. Mas lo que es raro y singular es ver lo atenuado y despoblado que está este pais de indios, habiendo sido de los mas opulentos de Chile, pues de presente no hai ochocientos de armas, y lo que ha causado este estrago ha sido las pestes y la inmoderada apetencia del vino.

El gobernador dejó cuarenta hombres en la casa fuerte que se construyó en Arauco, la cual se situó rio arriba de Carampangue, pareciéndole que era menester vivir precaucionado con esta belicosa nacion, pues se les quitaba la libertad de vivir a su albedrio; y no hai quien ménos la conozca que el que mas usa de ella, como dice Curcio, pues es ingrato a su precio. Con total moderacion usaban de ella estos bárbaros chilenos, siendo mayor la impaciencia de sufrirla que el dolor de padecerlo. El

gobernador sosegaba poco o no sosegaba, pues estaba en contínuo movimiento, que aunque el descanso se asegura con el trabajo, quien sin intermision trabaja nunca descansa, como dice Séneca. De la ciudad de la Concepcion salió para la de Santiago, de donde despachó a Gerónimo de Alderete para España: era persona de su confianza, porque esta en todos obliga a la amistosa correspondencia, como dice Séneca, y de mérito conocido y consejo aprobado, acimentado en el reino y obligado con beneficios, que el que los recibe la libertad pierde. Entrególe para el emperador todo el oro perteneciente al real haber y de su quinta una considerable cantidad para que solicitase con S. M. cesárea por gratificaciones de sus servicios, la perpetuidad de el gobierno, la confirmacion del repartimiento de indios que se habia asignado, con título de marques o conde del estado de Arauco.

Envió una exacta descripcion del reino, de sus conquistas y poblaciones. Pedia misioneros y otras cosas concernientes a la pública utilidad. Recomendó el que se le trajese a Doña Marina Ortiz de Gaete, su mujer, y para las impensas de su transporte, destinó una considerable cantidad, y otra competente suma para que se distribuyese entre sus parientes y amigos, dando con esto ejemplo de singular moderacion, pues en la fortuna adversa el amigo es desconocido y en la próspera desconoce. Y miéntras Gerónimo de Alderete sigue su destino, volverémos a las cosas de Chile.

Todo el orbe no le bastó a Alejandro para términos de sus conquistas, como dice Juvenal. El gobernador con alguna similitud emprendió esta heroicidad, pues no pareciéndole suficiente el orbe chileno para empleo de su valor con tan limitadas fuerzas, siendo su extension mayor que la mitad de Europa, emprende el descubrimiento y conquista de la provincia de Cuyo, sin que obstase a su designio la fragosa cordillera, cuyo tránsito es impenetrable los seis meses del año, y mas difícil entónces por estar ménos versada la senda, lo que bien hace ver que el hombre suda por lo imposible y deja lo fácil, como dice Sidas. Al dictámen de muchos parece fué empresa mui arrojada, pues en Chile solo habrian mil españoles escasos, y estos en notable distancia dispersos, cuando solo los vasallos de su repartimiento eran cincuenta veces mas; pero hai felices atrevimientos, como el de César en pasar el Rubicon contra el poder romano, y el del Macedon transitando el Helesponto contra Dario, poderoso monarca del oriente. El gobernador tuvo a rostro firme su resolucion, viendo que aquella conquista facilitaba el comercio de Chile con las provincias de Tucuman, Rio de Plata y España, y destacó a Francisco de Aguirre con cien hombres para que la emprendiese, y aunque se le ofrecieron sus penalidades en el pasaje de la cordillera, superólas con su constancia, de cuyos progresos despues hablarémos.

CAPITULO V.

Socorro que trajo a Chile don Martin de Avendaño.—Fundó el Gobernador la ciudad de los Confines.—Hácese la descripcion del valle donde la situó.—Dase noticia de su vecindario y aumentacion.

Medido con la necesidad le llegó al gobernador el socorro que deseaba, porque la esperanza es bastante consuelo para el hombre, como dice Ciceron, y aunque es propio del desvalimento la confianza, no fué Chile desatendido como algunos melancólicamente juzgaron. Trájolo Don Martin de Avendaño por mar; vinieron algunas familias, y por tierra trescientos cincuenta caballos y yeguas con alguna jente; y con la mas que pudo sacar de la ciudad de Santiago, salió para la de la Concepcion, en donde supo que se habian descubierto poderosas minas en la inmediacion de Valdivia, Angol y en otras partes, cuya recomendacion dejó al tiempo de su partida, aunque este negociado nunca se omitió; mas en lo presente se cojió con fervoroso empeño, como ya mas bien establecidos y con mas conocimientos de sus repartimientos.

El gobernador determinó se fundase la ciudad de los Confines en el intermedio de la Imperial y Concepcion: opúsose esta representando las razones que parecieron convenientes, y por obviar prolijidades omitimos el referirlas; y aunque parecen convenientes, debió de tener otras hoi ocultas a nuestra edad, pues no se conformó con la propuesta, cuyo sentimiento se manifiesta en el auto que se halla en el libro de la fundacion, en que expresan que como persona poderosa no hizo caso de la representacion y ménos la apreció Francisco de Villagra, su sucesor, cuando despues de poblada como verémos, mandóla restablecer, lo que confirma nuestra presunta. Elijióse para el efecto un extremo de vega que hacen los dos rios de Güequen y Malleco; mas no harémos la descripcion de este ameno valle, porque en él no permaneció, sino en el de Colgüé, adonde se mudó, y está en los treinta y siete grados y medio de latitud al antártico y treinta y cinco leguas de la Concepcion.

Es este pais uno de los mas agradables, fértil y delicioso del reino, y de tan nobles cualidades que no tiene que envidiar el mas avaro deseo. Corre inmediato a la ciudad el rio de Tolpan, ni de notables aguas para grande, ni de escasas pequeño, y tan cristalino que se ve el centro de sus profundos raudales. Las rosas hallaron tan adecuado terreno en sus márjenes, que por ocho o diez leguas se ven no descontinuadas, por quienes dijo Anacreon que eran el honor y decoro de las flores; y es tan benéfico el rio que son de mui fácil extraccion sus aguas, pues para mas conveniencia del vecindario sacaron una copiosa acequia porque no hubiese campo ni casas que no gozasen de este beneficio, y permanece el dia de hoi árido su cauce porque los indios cerraron la toma. El terreno es llano y de una grande extension y crecido herbaje: por la parte del oriente hai un moderado lomaje que allí previno la naturaleza, propísimo para plantacion de viñas, de que abundó mucho,

y eran tan jenerosos los vinos, que de esta ciudad se proveian los que estaban en mayor elevacion al polo hasta el extremo del reino, y se traficaban para Buenos-Aires, de que se infiere bien su bondad y abundancia; y la adecuacion de su suelo es tal que hasta el dia de hoi permanecen las viñas abandonadas y sin cultivo, incendiándose con frecuencia, no obstante el transcurso de ciento cuarenta y dos años que há que sucedió su pérdida, sin que en tan sufrida espera haya habido el consuelo de su restablecimiento.

Dista del gran Biobio, que hoi es el término de nuestra barrera, cuatro leguas de vega contínua hasta la mesma ciudad, la cual está no en la promediacion de la latitud del reino, que es entre el mar y la cordillera, sino mas inmediata a esta; pero no tanto que no diste nueve leguas de ella. Si el gobernador se halló en su fundacion o si envió a hacerla, hoi se ignora; mas parece que fué el año de mil quinientos cincuenta y dos. La iglesia parroquial se llamó San Andres. Habia una hermita mui devota nombrada San Sebastian, la cual construyó Don Miguel de Velasco, persona de las mas distinguidas de este reino, y le donó viña y chacra y avecindóse en esta ciudad; y Lorenzo Bernal, cuya mujer Doña María de Rojas fundó una opulenta capellanía en casas, tiendas y oro, quien sobrevivió a su marido. Don Gaspar Vergara, Francisco Fernandez, Diego Medina, Nuño Hernandez de Salomon y Rasura, cuarto abuelo del autor, Pedro Cortes, el César de estas chilenas campañas, Fernando de Ulloa, Diego de Mora y Martin Sotelo, y a pocos años se vinieron algunas personas de la Concepcion a acimentarse en ella, como el licenciado Peñas, Diego Diaz, Juan Negrete y otros, siendo esta una de las razones que la dicha ciudad dedujo para oponerse a su fundacion. Habia convento de relijiosos mercenarios, pues consta de instrumentos auténticos de aquel tiempo que el año de mil quinientos setenta y cuatro, era comendador frai Antonio Rondon, varon apostólico y de singular celo en la predicacion evanjélica, en cuyo ministerio se ocupó muchos años doctrinando a los indios con mucho fruto y ejemplo. Habia tambien un hospital, aunque de reciente fundacion, cuando su pérdida; porque todo su brillante lo obscureció un fatal eclipse, como dice Ausonio, que tambien la muerte viene a los mármoles y peñascos: y se iba recreciendo mucho su vecindad, porque los atractivos de su fecundo terreno y benigno temperamento, hacian producir con perfecta madurez y abundancia las frutas y semillas europeas. El maderámen para construccion de casas lo tenian a competente distancia, de suerte que en su opulencia y amenidad se esmeró o desveló la fortuna. Con gran misterio adoraban los romanos a un mesmo tiempo la Boltipia y Aujerona, aquella diosa de los placeres y esta de los pesares. Lo uno y otro experimentaron los habitadores de esta infeliz ciudad.

CAPITULO VI.

Envía Pedro de Valdivia a reconocer el estrecho de Magallanes, y con qué disignio.— Aplican muchos indios a la labor de las minas y exaccion de tributos, de que procedió su primera sublevacion.

No hai estado en que halle quietud el deseo: lo que se posee se desestima y se anhela por lo que falta. Bien pudiera el gobernador vivir satisfecho con las caricias de su fortuna, porque sola aquella es durable que camina a paso lento, como dice Séneca, pues es estilo de ella quitar hoi lo que dió ayer; y parece que Pedro de Valdivia se desentendió de sus cuidados para entrar en otros mayores y resolvióse a enviar a reconocer el estrecho de Magallanes hasta el mar del Norte y todo lo que pudiese observar del Archipiélago y el último extremo de la costa de Chile, para cuyo efecto nombró a Francisco de Ulloa y mandó se previniese un navio para esta expedicion. Quiso cerciorarse con mas luces de las escasas que hasta entónces habian, con designio de ejecutar el proyecto que tenia formado. Dicen unos que era el de pasar a España, para cuyo efecto tenia en sus cofres trescientos mil castellanos de oro, y que con esta inspeccion se recreció mayor número de operarios en el trabajo de las minas: dícese que le llevaba el traer eclesiásticos al reino para la predicacion del Evanjelio y establecer manufacturas, trayendo operarios, jente, armas y fierro por senda mas abreviada, y tambien que le llevaba el interes de la recompensa propia, como queda dicho, y el traer a su mujer Doña Marina Ortiz de Gaete. Otros impugnan estos, porque el ir, habiendo acabado de enviar a Gerónimo de Alderete a España a esto mesmo, parece que se opone, y mas haciendo en el reino tan notable falta su persona, lo que no parecia arbitrio de su consumada prudencia.

Mas lo cierto es que en el primer libro de cabildo de la ciudad de Concepcion, consta y parece que el dia veinte y seis de octubre de mil quinientos cincuenta y tres años, esto es, treinta y nueve dias ántes de su muerte, las siguientes cláusulas: que por cuanto Su Señoría está para ir a la conquista del mar del Norte y de la pacificacion de la tierra adelante y repartimiento de la ciudad de Valdivia, quiere hacer ántes la eleccion de alcaldes. Hemos procurado observar las medidas del aplauso, porque encarecerlo todo es humilde necesidad y el nada alabar tiene visos de melancólica envidia. No podemos dispensarnos de repetir encomios cuando nos parecen debidos. ¿A quién no admirará el oir que Pedro de Valdivia estaba para ir a la conquista del mar del Nórte y pacificacion de la tierra adelante? ¿Quiso acaso ser émulo de Alejandro, a quien todo el mundo le pareció poco, como dice Juvenal, y por eso lloró al oirle al filósofo Anaxarco de que habian muchos, o como otro César, a quien no aterró el emprender ser dueño de Roma, no temiendo el caer al subir, como que supiese que habia de ser dichoso en el emprender? ¿A quién no admirará que con mil hombres escasos hubiese

sujetado y conquistado la provincia de Cuyo y la vasta extension de Chile, poblado ciudades y puesto en servidumbre a la mas belicosa nacion de las dos Américas, no sujeta de los monarcas peruanos en mas de un siglo de tenaz guerra, y por casi dos opuesta a la dominacion española con criminoso teson, y parece que de todo esto se desentendió para entrar en empresa tan árdua? Dijo Palas a Telémaco, hijo del alabado Ulíses: sed fuerte para que tú tambien halles un panejirista como tu padre; y habiéndolo sido tanto el gobernador, esto solo le faltó y esta felicidad fué digna de haberla envidiado Alejandro a Aquíles y César a Alejandro al ver tantas plumas empleadas en sus elojios.

De la resolucion del gobernador se infiere que volvió Francisco de Ulloa del descubrimiento a que le enviaron, con favorables noticias; pues se resolvió a tan árdua empresa, porque siempre le hallaron las dichas cuerdo, las dos fortunas igual, el castigo medido, la piedad jeneroso, las consultas prudente y la determinacion brioso. Estas prendas hicieron felices las fatigas en sus excelsos asuntos, pues siempre es preciso tantear las fuerzas y con ellas proporcionar las empresas; que el dejar a grande riesgo el suceso, es fiarse mucho del destino, como dijo Ovidio. Los españoles que gozaban de opulentos repartimientos, pues el menor era de mil indios, como dice Don Francisco de Bascuñan en su *Cautiverio Feliz*, manuscrito histórico, se aplicaron con mucho fervor a la labor de las minas, pues el amor de las riquezas, como dice Juvenal, va creciendo con las mismas riquezas, y así la sabiduría llama bienaventurado al hombre que no se fué tras el oro.

Muchos millares de indios estaban ocupados en las minas; bien lo manifiestan en el dia de hoi los soberbios fragmentos que se ven, los que hemos notado con singular atencion, principalmente en Quilacoya, adonde se dice que tenia el gobernador de catorce a diez y séis mil indios, o veinte, segun el cronista Herrera, que es el autor mas exacto en lo poco que de Chile habla. Dice Ciceron que la servidumbre es yugo mui pesado para los criados en libertad. Con dolorosa experiencia se verificó esto en Chile, porque experimentando los indios el presente trabajo en que estaban con el ocio pasado en que habian vivido, se les hacia mas acerba la condicion servil en que se hallaban, y así discurrieron en sublevarse. Hai asuntos intratables aun a la pluma mas discreta, porque su memoria puede ser borron a la posteridad; mas, como dice Plutarco, nos queda por ejemplo, consulta y escarmiento para lo presente y futuro. Esta sublevacion se imputó a la impiedad y rigor con que se hacia trabajar a los indios y a la exaccion de tributos; y aunque los supongo mas verdaderos que pretestados, no obstante los considero con exceso ponderados: y dejando jeneralidades individualizarémos algo de lo que en manuscritos de aquel tiempo tenemos visto.

Dice el maestre de campo Don Francisco Bascuñan en el citado *Cautiverio Feliz*, que dejaron morir a los indios en las cavadas de donde se sacaba el oro, ántes de retirar lo que mensualmente se les cobraba de tributo; que al que no lo enteraba, le despojaban de su ropa, y si estas

eran despreciables, los azotaban y tal vez les cortaban el pelo y les quitaban sus hijos de menor edad; y algunos lo ejecutaban furtivamente para venderlos, y que a muchos les llevaban sus hijos y mujeres para que sirviesen a los españoles; y en el discurso tercero, once capítulo, dice que omite referir muchas cosas porque no conviene al crédito de los conquistadores, y que algunas eran ejecutadas por los que debian dar ejemplo y edificacion.

Si fué cierto lo referido, deplorarémos con Salustio la corrupcion de costumbres de aquel siglo; mas con ser el autor regnícola y que pudo conversar con los de aquel tiempo, suspendemos el juicio para el asenso, pues su jeneral locucion a nadie exceptúa, y no es dable que no hubiesen muchos conquistadores temerosos de Dios, humanos y caritativos, pues jeneralmente hemos visto en instrumentos de bastante autenticacion, cláusulas mui edificantes, ya de fundaciones de hospitales para curacion de los indios, construccion de capillas, aniversarios de misas, ya condonaciones de tributos, solicitud de eclesiásticos para su educacion y repartimiento de ganados, como la historia nos lo hará ver. Las mercedes que el gobernador hizo de indios a los conquistadores, estan tan piadosas y justas, que es admiracion verlas y reflexionarlas, recomendando mucho en ellas la cristiana educacion de los indios y su humano tratamiento, y por obviar prolijidades omitimos el insertarlas, pues fuera su narracion importuna a quienes no son interesados en la sangre de los muertos.

En las ordenanzas que el gobernador hizo en la Concepcion, como dejamos dicho, ocho de ellas miran a favor de los indios, y podráse decir lo que San Ambrosio a Teodosio: que si algunos siguieron a David errante, tambien le siguieron penitente; y nos ha parecido de razon el vindicar su memoria de calumnia tan difundida como mal averiguada; y lo que don Francisco Bascuñan expresa, lo supo de los mesmos indios, quienes le tuvieron siete años prisionero, que con otros muchos lo hicieron en la infeliz batalla de las Cangrejeras, donde comandó la infantería con gran valor; y con el natural odio a los españoles, lo que los indios le narraron fué con mas pasion que verdad.

CAPITULO VII.

Disponen los indios sublevarse: ejecútanlo con acuerdo.—Acometen a la fortaleza de Arauco, mas sin suceso.—Ejecutan lo mesmo en Tucapel, y despues de varios avances, abandonan la plaza los españoles y se retiran a Puren.

Próvida la naturaleza con el majisterio de sus obras, concedió solo al hombre el privilejio de avergonzarse. Pareció a los indios que habia dejenerado su valor con villana servidumbre, y corridos de su tolerancia, dispusieron sublevarse, pareciéndoles mejor la peligrosa libertad, que no la segura servidumbre, como dice Salustio; y pasando de esforzados a discursivos, resolvieron que unos hiciesen la guerra y otros afectasen

la paz para esperar el fruto de sus cosechas, en que estriba su manutencion. Dieron principio a la ejecucion de su proyecto acometiendo dos mil hombres a la casa fuerte de Arauco al primer albor del dia; mas el comandante, que estaba cuidadoso y con indicios de esta sorpresa, los dejó acometer, digo, llegar al bordo del foso, e hicieron una justa descarga en que recibieron bastante daño; mas no los aterró y pretendieron llenarle con la fajina que traian prevenida: prosiguió el fuego sin intermision y ellos su intento, mas entre confusos y consternados se retiraron, procurando llevarse sus muertos y heridos; y puestos a la vista en varios pelotones, incendiaron algunas casinas y se retiraron protestando volver a la venganza del mal logro de su accion.

No hai cosa que no combata un pertinaz empeño y un cuidado dilijente, como dice Séneca. Hízolo así esta nacion valerosa; y discurrieron el ganar a Tucapel, para lo cual les pareció conveniente que los indios que estaban destinados para leñateros y forrajeros, llevasen armas ocultas, y acometer a los españoles procurando ganar la puerta, y que Caupolican, que estaba oculto con algunas tropas, llegase presuroso a introducirse por ella. Esta bien premeditada idea fué sin suceso, porque los españoles estaban mui sobre aviso, y habiendo observado sus movimientos y semblantes, compurgados indicantes de su malicia, a unos aprisionaron y a otros les quitaron la vida para que con el castigo quedase ejemplarizado el escarmiento.

Caupolican se avistó tarde a la plaza a ser solo inspector de su malograda sorpresa y contentóse con oprobiar a los españoles por desahogo del bochorno de su cólera, excitada con la vista de las cabezas aun palpitantes de los suyos; mas un soldado con temeraria imprudencia salió a provocarlos contra órden. Circundáronlo, y pareció al comandante Martin de Erízar el salir a defenderle, por lo cual se principió una accion sangrienta, mas esta terminó a nuestro favor despues de un dudoso Marte: porque el fuego que se hacia de la casa fuerte con seis tiros medianos, sin descontinuarlo, hicieron bastante estrago. Notaron los españoles el mucho tiempo que los indios permanecieron expuestos a los tiros del cañon de la plaza, no obstante el daño que experimentaban, y por fin se retiraron con bastante pérdida, habiendo experimentado lo que dice Livio, que a la locura y atrevimiento se ha de salir al encuentro; y la casualidad del soldado sacó a los españoles de su retiro.

Bien discurrieron los indios que no estaba su felicidad en el empezar, sino en el proseguir; pues ha conseguido mas laureles la perseverancia que el valor, como dijo Ausonio; y pusieron formal sitio a la plaza, procurando frecuentemente incomodarlos. El comandante se valió de algunos indios de fidelidad conocida y por medio de ellos pidió le socorriesen de Arauco o de Puren, ponderando el conflicto en que se hallaba, y la escasez de municiones de boca y guerra que tenia, y la jente sobre ser poca casi toda herida; mas viendo el comandante Martin de Erízar que las tropas enemigas cada dia se recrecian y que el sitio se estrechaba, repitiendo frecuentes asaltos sin casi hora de descan-

canso, y que el socorro retardaba, tomado su recuerdo, resolvió jeneroso a romper por las tropas enemigas, forzando sus líneas a todo trance. Ellos eran ocho mil y los españoles no llegaron a cuarenta.

Es poderoso influjo en últimas tribulaciones la audacia, pues promete esperanza de salud, como dice Livio; y con superior coraje se determinaron a salir de noche abandonando la plaza y la artillería. El consejo fué acertado, porque la oscuridad recreceria la confusion de sus numerosas tropas embarazándose a sí mesmas. Bien así como lo hizo Cortes en su nocturna retirada de Méjico; mas faltóle a aquella (por la inadvertencia de puentes, como dice Solis) la felicidad que tuvo esta. Por fin salieron los españoles con superior ardimiento, y habiendo roto algunos escuadrones que quisieron impedir su tránsito, prosiguieron su destino para Puren, poco seguidos porque no lo permitió Caupolican, quizá porque aquellos leones no volviesen el rostro. Ha sido esta máxima de grandes capitulaciones: practicólo Cárlos V cuando se retiró Soliman de Viena y el marques de Mántua con Cárlos VIII cuando la batalla del Taro. Los indios, despues de saqueado el fuerte, lo incendiaron.

CAPITULO VIII.

El gobernador, con la noticia de la sublevacion, sale de la Concepcion para Quilacoya.—Envía a socorrer la plaza de Tucapel.—Singular retirada de Diego de Maldonado.—Viene el gobernador a Arauco: sale al castigo de los indios, aunque se lo disuaden: llega a Tucapel con pérdida.

Así principió esta repentina tormenta que amenazaba peligro a la posesion, o esta pequeña centella menospreciada que causó tan grande incendio, como dice Curcio. Llególe al gobernador la noticia a la Concepcion: como versado jeneral no la desestimó. Pareció a algunos que lo acertado era ir luego al castigo de los rebeldes ántes que se creciesen sus tropas, porque la retardacion haria mas valido su partido; pues la voz y el deseo de la libertad atraeria a los que fluctuaban todavía indiferentes. Otros decian que seria mejor ir a Quilacoya primero, en donde habia catorce a diez y seis, o bien veinte mil indios, como dice el coronista Herrera, tributarios y del repartimiento del gobernador, cuyas provincias eran las alteradas, para contenerlos; pues prudentemente debia discurrirse que estando actualmente en el trabajo de las minas, serian comprendidos como en interes comun, y que para retenerlos era conveniente construir un fortin, dejando competente guarnicion para que los intendentes de minas y recaudadores de tributos estuvieran a cubierto de cualquier insulto. El gobernador, despues de haber fluctuado y resuelto de lijero el ir primero a Quilacoya, y no desentendiéndose de nada su cuidado, providenció el que de Arauco se pasase a socorrer a Tucapel.

Coje largo distrito un deseo; porque a las contingencias tan buen

derecho tienen las dichas como las desgracias. El gobernador elijiólo peor porque la fatalidad lo llevaba por inevitable senda, pues hasta allí solo llegaban sus dichas, y principiaban ya sus desgracias. El comandante de Arauco, Francisco Reinoso, cumpliendo con la órden del gobernador y la instancia de Martin de Erízar, envió a Diego de Maldonado con seis hombres bien montados para el socorro de la plaza de Tucapel; mas fué infructuoso porque no llegaron sabiendo de..... de la plaza; y los indios con reservada intencion los dejaron internarse por su pais para cortarles el paso a su regreso, valiéndose de los desfiladeros y rios que [hai] en la distancia de diez y ocho leguas que habian tenido que transitar.

Por fin fué esta accion la mas valerosa y bella retirada que se ha hecho, digna de compararla con las mas plausibles que celebra la historia antigua y moderna. Mucho alabó Alejandro la famosa de Jenofonte y Clearco desde Persia hasta Grecia. Hércules, idea de la fortaleza en la antigüedad pagana, quedó vencido en los Olímpicos, batallando contra dos, y así buscó asociado para combatir contra la hidra y cangrejo. Mas de diez mil indios habian dispersos por todo el camino para impedirles su marcha; y contínuamente peleando, todo lo superó su valor, y llegó a Arauco con tres hombres ménos y ya casi desfallecidos. No podria hallar ningun panejirista mas noble hazaña para escrita que esta; mas no hubo pluma que siquiera se emplease en mencionar a estos héroes. Bien lamenta esta desgracia el maestre de campo Santiago de Tesillo en la historia del gobierno de Don Francisco Laso de la Vega, gobernador de Chile, que dió a la estampa. Noticióse al gobernador el abandono de la plaza y el mal éxito del socorro, y sin perder instante dejó en algun modo en estado de defensa lo de Quilacoya y pasó presuroso a Arauco por Talcamávida.

Allí le informaron de lo acaecido, y principalmente Diego Maldonado, del cuerpo que habia tomado la rebelion y lo demas que en el viaje especuló su cuidado, y añadió que, hallándose con tan limitadas fuerzas para el castigo del enemigo tan poderoso e insolente por la expulsion y muerte de los españoles, le parecia conveniente que se contuviese en aquella plaza hasta que se juntasen las mas tropas que se pudiese para castigarlos y ponerlos en la sujecion en que estaban, y que lo demas le parecia accion arrojada e indigna de su gran prudencia y conducta, pues aventuraba con pérdida de su persona y vida la salud del reino, y que todo se aseguraba con una moderada retardacion. De este mesmo dictámen fué el comandante Reinoso y Diego de Oro, a quien trajo en su compañía, aun siendo correjidor de Concepcion.

Dice Plutarco que el consejo es cosa celestial, y si la yerra sin [él] el protervo o apresurado, no la enmienda el arrepentido. Es cosa de admiracion que un hombre de tan profunda capacidad y consumada experiencia como el gobernador, no siguiese tan sabio aviso y seguro consejo, y se resolvió a salir al castigo e ir a Tucapel, en donde estaban acampadas las tropas enemigas. Hai notable discordancia en órden al número

de españoles que llevó. El coronista Herrera dice fueron cincuenta y seis, Garcilaso ciento y cincuenta, otros que ochenta, y Don Francisco Bascuñan dice que doscientos; mas no impugnemos a nadie, pues cada uno escribe lo que por cierto tuvo. Consta a fojas cincuenta y siete en el libro de la fundacion de la ciudad de la Concepcion, el que tenemos visto y dice, que le mataron con mas de cuarenta hombres, sin que escapase persona que pudiera traer la noticia, y en una merced que el gobernador Francisco de Villagra hizo a Juan Negrete (mi quinto abuelo) de siete mil indios, fecha por noviembre de mil quinientos sesenta y un años, refrendada por Diego Luis de Olivera, y cerca de los ocho de este suceso, en la cual se expresan las palabras siguientes: "mataron al gobernador Pedro de Valdivia y a mas de cuarenta caballeros y soldados que con él entraron, sin que se escapase quien la nueva pudiese dar en ninguna parte." Cuyo instrumento orijinal pára en nuestro poder, de que se infiere que no llegaron a cincuenta españoles los que con él fueron.

Envió órden anticipada al comandante de la plaza de Puren para que destacase catorce hombres de los mas valerosos y bien montados de aquella guarnicion, y que se incorporasen con él el dia aplazado. Llevólos a su comando Juan Gomez de Almagro, y llegaron un dia despues a ser inspectores de la desgracia y a recrecer con la suya el triunfo de los indios.

Llevaba el gobernador como dos a tres mil indios, muchos de ellos del Perú, Santiago y Promacaes, de cuya fidelidad vivia satisfecho, y salió de Arauco a seguir su destino. Iba de vanguardia Diego de Oro con diez españoles y algunos indios y se adelantó tan notablemente, o se retardó de tal suerte la marcha de las tropas, que en un desfiladero algo prolongado y montuoso, los acometieron con despecho y furor, y circundándolos los mataron a todos, aunque los españoles se defendian y ofendian con desesperacion; pues, como dice Vejecio, donde no hai esperanzas tomó las armas el temor. La victoria les fué costosa por los muchos que de ellos perecieron. Llegó el gobernador a tiempo de ver solo el estrago y no el remedio, y halló las cabezas y miembros por los árboles en que las pusieron los enemigos por terror o trofeo.

Detúvose un poco a vista de este sangriento espectáculo que solo le informó del hecho, mas no la voz de ninguno. A este tiempo salió un indio de una montaña pequeña y le notició como venia de Tucapel, y que Caupolican estaba acampado con veinte mil hombres, tan resuelto como determinado. Mas el gobernador no se persuadió a tanto como despues vió, olvidando la buena máxima de que en el recelo está la seguridad y el peligro en la confianza. Con este motivo le aconsejaron algunas personas de las mas distinguidas de su séquito que se retirase a Arauco, donde podria esperar a Francisco de Villagra, su teniente jeneral, que venia de Valdivia a la Imperial para la Concepcion con algunas tropas, cuya noticia se tenia, y que con aquella aumentacion era suficiente para castigar los sublevados, y que no expusiese el reino

ni su persona con tan poca jente al peligro de perderse. Desatendió el gobernador tan sabio aviso y a rostro firme prosiguió la marcha. ¡Oh infeliz jenio de los mortales! pues los mas saludables consejos los oyen con desazon, cuando se oponen a sus dictámenes. La temeridad de Alejandro les pareció fortaleza y la crueldad de Sila justicia.

Llegó el gobernador a Tucapel y vió los indios que estaban en diversos y numerosos escuadrones formados, cuyo número ha quedado hasta el dia de hoi mal averiguado, pues lo crecen unos a veinte y los que ménos lo disminuyen a diez mil. Pusiéronse en movimiento procurando mejorarse en unas lomas rasas inmediatas al rio de Tucapel. Recreció la desgracia el que Juan Gomez de Almagro, a quien el gobernador nombró para que le trajese el socorro de los catorce hombres de Puren, como queda dicho, no pareció ni llegó a tiempo, porque accidentes inexcusables le retuvieron un dia para no llegar el aplazado. Viéndose los españoles en lance tan árduo, se recreció su valor al igual del peligro. Absolviólos el capellan, cumpliendo con el deber de católicos y despidiéndose unos de otros con ternura.

Quizá el gobernador conoció entónces tarde el remedio en que la presura de su fogoso espíritu le puso, el cual hubiera evadido con una prudente retardacion; mas entre lo caduco, todo lo perfecto es con defecto; pues Vespasiano infamó el prodijio de su magnificencia y bondad con el tributo de las cloacas, reprendido de su mesmo hijo. Pedro de Valdivia con singular presencia de espíritu habló a sus españoles, diciéndoles: que bien conocia no necesitaba de estímulos su valor para que cumpliesen con su deber; que aquel era el dia en que mas lo necesitaban, pues en su esfuerzo consistia la causa de Dios, del reino y la propia, y que no les pedia ejemplo, sino imitacion.

A este tiempo los indios se venian para los españoles oprobiándolos y con singular alegría, no dudando conseguir la victoria de tan corto número de españoles que despreciaba su muchedumbre, y con esto y los estímulos de su libertad perdida, los enardecia Caupolican, diciéndoles que aquel era el dia en que habian de recuperarla.

CAPITULO IX.

Batalla de Tucapel.—Queda vencido y muerto Pedro de Valdivia.—Famosa retirada de Juan Gomez de Almagro.—Abandónanse las plazas de Puren y Arauco.

Principióse la accion mandando el gobernador al capitan Bobadilla que con algunos españoles acometiese a los indios. Abrióse el escuadron para cojerlos en su centro; mas al fin de media hora de un tenaz empeño, se retiraron con precipitacion y desórden. El gobernador, acometido de varios escuadrones al mesmo tiempo, ejecutaba con los suyos acciones de un furioso despecho y que excedian a su corto número, lo que ocasionaba a que su mesma muchedumbre los embarazase. Por fin, se retiraron poco ménos que desordenados y se pusieron a la vista de los es-

pañoles entre irresolutos por haber perdido cerca de cien hombres: dícelo así D. Francisco Bascuñan. Permanecieron algun tiempo en esta suspension hasta que estimulados de la persuasiva de Queupolican, Tucapel, Colocolo y otros muchos, volvieron por segunda [vez] a la carga, oprobiándolos. El gobernador con sus españoles que, cual otro Anteo, se renovaba en las repetidas lides, los recibió con mayor esfuerzo, manteniéndose en buena continencia para que su crecido número no los pudiese oprimir. No fué dilatada la contienda, porque se volvieron a retirar con pérdida, y de los nuestros murieron algunos. Permanecieron los indios a vista de los españoles, y pasado un corto espacio, volvieron a proseguir la accion con mayor denuedo, aunque no fueron con menor recebidos; pues desea morir matando, quien sabe que ha de morir en la lid, como dice Vejecio. Ejecutaron los españoles acciones de increible valor, de suerte que los hicieron ceder y sin esperanza de prevalecer contra ellos, teniendo perdidos como trescientos hombres, segun dice el maestro de campo Bascuñan en el citado manuscrito.

Los indios ya consternados se hallaban en ánimo de retirarse, cuando Felipe Lautaro, indio de servicio del gobernador, criado en su casa desde su primera infancia, hijo de uno de sus caciques, quiso fabricar su fortuna con la ruina de su señor, notable saña de su tenaz venganza; pues, como dice Plutarco, con mas eficacia daña el malo que aprovecha el bueno. Este desertor se pasó a los indios y les dijo como los españoles y caballos estaban heridos y sumamente fatigados, a mas de algunos muertos, y que no omitiesen ocasion tan oportuna, como la que les ofrecia su buena dicha, de acabarlos, y que se acordasen de la odiosa condicion servil en que estaban, y que él seria el primero que ejecutase lo mesmo que les persuadia, pues el amor de la patria y el comun interes de la libertad eran los estímulos que le habian obligado a juntarse con ellos.

Con tan eficaz persuasiva se conmovieron y vinieron para los españoles; y reconociendo a Felipe Lautaro que venia comandándolos y animándolos con la voz y el ejemplo, se tuvieron por perdidos; mas, no decaidos de aquel su valor constante, los recibieron con desesperada fiereza e ira, la cual, como dice Aristóteles, es mui impetuosa para acometer y despreciar peligros. Peleóse con dudoso Marte y el gobernador mandó que se fuesen retirando para un estrecho paso, a tiempo que ya solo catorce quedaban con vida, y unido con las tropas auxiliares, que ya eran en corto número, se venian sosteniendo; mas los indios penetrando este designio le ocuparon, y circundados los españoles por todas partes, quedaron opresos de su muchedumbre, casi muertos de las heridas, sin poderse mover hombres y caballos. Al gobernador y capellan los aprisionaron entre unos pequeños arbústulos: a este mataron luego, y a Pedro de Valdivia, ligadas las manos, le pusieron dentro de un círculo de mucha jente: esto fué ya al ponerse el sol, habiendo durado la accion doce horas.

Fué tal la confusion de voces, que el eco que resonaba por los montes

hacia horrorosa armonía. Unos pedian que muriese luego; estos eran los interesados en la sangre de los recientes muertos y heridos. Otros se persuadian que se difiriese hasta tiempo y lugar, y que se le quitase la vida entre las celebridades que pedia victoria tan decisiva; mas Lautaro, a quien se le debia, dirimió la discordia, haciendo recuerdos de los agravios de todos e inhumanos tratamientos, a que añadió los propios con la insolencia de su personal servicio y contínuos oprobios que durante él experimentó. Dice San-Bernardo que tiene perverso corazon el que busca ocasion para ser ingrato. Persuádense a que el gobernador le ofrecia el que evacuaria de españoles sus paises; mas esto no lo hemos visto en ningunos fragmentos de aquel tiempo. En acaecimientos mas reposados, aun se ignoran o con gran variedad se relatan los hechos, cuanto mas en este tan confuso, en donde no hubo español que lo viese; mas sábese que uno de los circunstantes le dió un golpe en la cabeza con una arma que ellos llaman macana, con que le quitó la poca vida que le quedaba, y al cuerpo palpitante aun entre las angustias de la muerte, le sacaron el corazon y gustaron de su sangre muchos de los mas feroces e inhumanos, la que es accion consueta de esta nacion. Cortáronle la cabeza y con ella cantaron victoria, los brazos y piernas, y en el tronco de su cuerpo ensangrentaron sus armas, y quedó para alimento de las aves. Bien pocas letras en la pared escritas trastornaron en una noche la felicidad de Baltazar; así como esta en un dia. Los indios auxiliares que en su compañía iban, cumplieron con el deber de amigos y confederados muriendo todos, ménos tres que se exceptuaron de esta desgracia, la cual sucedió dia tres de diciembre de mil quinientos cincuenta y tres, segun Ugarte de la Hermosa.

Andres, uno de ellos, llegó con la noticia a la Concepcion: era natural de Copiapó, que en la esfera de criado del gobernador, la puntualidad de sus servicios le habian merecido agravios.

Juan Gomez de Almagro, con Pedro Gonzalez, Gonzalo Hernandez, Leonardo Manrique, Pedro Niño, Diego García, Pedro Moran, a estos menciona solo Arcila, llegó al dia siguiente de esta desgracia, que quizá no sucede a haberse incorporado con el gobernador: esto persuade el suceso venturoso de su retirada, pues habiéndole acometido los indios con la confianza que dan en la guerra los favorables sucesos y lo despreciable de su corto número, se sostuvo contra su poder con imitable valor, por cierto digno no de menor elojio que el que tenemos hecho de Diego Maldonado: casi veinte y cuatro horas peleó con los indios; y aunque el camino fué mas corto, pero mas fragoso, y llegó a Puren..... y así dice Vosio, por el descubrimiento de las Indias y su conquista, que la grandeza de esta hazaña fué mayor que la de ninguna nacion del mundo, ni las que todas juntas emprendieron.

El hecho del gobernador jeneralmente lo tuvieron por temerario, indigno de un jeneral tan prudente y experto como él; y por eso ponderó Homero que el prudente Ulises habia visto varios sucesos en

diferentes provincias y ciudades: no pudiéramos decir ménos de Pedro de Valdivia, pues sirvió en Italia, España e Indias.

La plaza o casa fuerte de Puren luego la abandonaron los españoles retirándose a la Imperial. Los de Arauco ejecutaron lo mesmo, aunque no tan breve. Los indios con festivos alborozos no se ocuparon algunos dias sino es en la celebridad de su triunfo, cantando canciones en alabanza de Lautaro.

CAPITULO X.

Elojio de Pedro de Valdivia.—Su vária fortuna y riquezas, y singulares talentos de su persona.

Mui venturosos serian los hombres si deseasen ménos y no anduviesen tan solícitos en buscar las que discurren mejoras de fortuna. Claudiano la llamó envidiosa, Ovidio dudosa y triste, Juvenal ímproba y amenazadora, y Dion dijo que sus bienes los da prestados, porque de los engaños mundanos ninguno es de ménos consistencia que la dicha. Llegó el gobernador a lo último que cupo en su esfera en Indias: diré algo de lo que se sabe, siendo mucho lo que se ignora. Con razon Alejandro exclamó a la vista del sepulcro de Aquiles diciendo, que habia sido dichoso porque en su vida habia tenido un fiel amigo como Patroclo, y en su muerte un tan alto pregonero de sus alabanzas como Homero, de quien se dijo que su lectura jamas atedió a los hombres. No se duda que el gobernador en el reino tendria muchos Patroclos, donde hizo mercedes de mucha extension de tierras y tan opulentos repartimientos de indios, como tenemos dicho; mas no hubo ningun Homero que trasmitiese a la posteridad las noticias de su nacimiento, educacion y crianza, ni los demas progresos de su vida, sino suscintamente. Fué de Villanueva de la Serena en la Extremadura, aunque no faltan quienes quieren quitarle la gloria de tal hijo; mas no se admira, pues por la patria de Homero contendieron siete ciudades. Lo cierto es que por su dulce recuerdo denominó a Chile del Nuevo Extremo y en Coquimbo fundó la ciudad de la Serena, pues aunque parezcan tibios los ardores, siempre ácia la amada patria son incendios.

Su nacimiento fué ilustre, a que añadió nuevo esplendor con sus heroicas acciones. Pasó a servir a Italia en su juvenil edad, y se halló en la batalla de Pavía, saco de Roma y sitio de Florencia y en el feroz reencuentro cuando murió el príncipe de Orange. Volvió a España, de donde pasó a Indias, y habiendo corrido vária fortuna, se acimentó en las Charcas, adonde gozaba un moderado repartimiento que le hacia subsistir ni con escasez ni superfluidad, bien así como decia César, ni poco ni mucho, riqueza sosegada. Mantúvose en los intereses de los Pizarros, mas por gratitud de beneficios recibidos que por caprichosa parcialidad; y así dijo Mimo Publio, que no produce ni cria la tierra cosa peor que el ingrato; y no se pudo dispensar de comandar

las tropas de Hernando de Pizarro, que lo hizo maestre de campo cuando la batalla de las Salinas. Pidióle al marques Don Francisco el descubrimiento y conquista de Chile, lo que le concedió, no obstante la oposicion de Pedro Sanchez de Hos en virtud de real despacho que manifestó del César; y a juicio de desinteresados, aunque no bien esclarecido, en considerable parte del reino bien fundado. Volvió de Chile al Perú en socorro del gobernador licenciado Pedro de la Gasca, y llegó tan a tiempo que sirvió de consternacion a los Pizarros y de aliento a los realistas; pues habiendo reconocido Francisco de Carvajal la formacion del campo, dijo que era imposible que en él no estuviese Pedro de Valdivia, pues los dos solos habian que pudiesen hacerlo, por haber muerto Cristóbal de Herbais. Elijióle el licenciado por uno de los de su consejo privativo, honrándole con nueva merced, y del camino lo hizo volver con escrutinio de sus papeles, como dicho queda, imputándole sus émulos de correspondencia con los Pizarros; mas, si fué cierta, no criminosa, sobre que recibió muchos displaceres. Quedó Gasca satisfecho y quizá corrido; pues, como dice Séneca, el arrepentimiento apresura el que presto juzga. Vuelto a Chile, prosiguió sus conquistas, y queriendo eternizar su nombre, dió el de su apellido a la ciudad de Valdivia que pobló.

Fué casado con Doña Marina Ortiz de Gaete, natural de Salamanca, quien vino de España a gozar de su opulenta fortuna, a no ser la esperanza sueño de despiertos, como dice San Agustin; pues cuando llegó a Chile le halló muerto, y lo mas verosímil nos parece que no dejó sucesion: vinieron con ella dos sobrinas que vivieron innuptas, haciendo una vida ejemplar, y tambien algunos parientes que se establecieron en el reino. Gobernóle cerca de catorce años que mediaron desde su ingreso a Chile hasta su muerte, en cuyo intervalo de tiempo fundó las ciudades de Santiago, la Serena, Concepcion, Confines, Imperial, Villarica, Valdivia y tambien se presume que Osorno, pues llegaron sus conquistas hasta el extremo del reino; y tres casas fuertes, la de Tucapel, Arauco y Puren, fuera de otro fortin en Quillota; y de su órden Francisco de Aguirre sujetó la provincia de Cuyo, en donde construyó una fortificacion que quedó con guarnicion de jente competente para mantener en obediencia aquella provincia. Su capacidad fué sobresaliente y de singular discernimiento y penetracion para elejir y precaver lo bueno, malo y mejor; esto a la primera vista e ingreso de cualquier negocio: y así se ha notado que lo que fué de su eleccion, todo fué adecuado y conveniente sin que la mas ríjida censura haya hallado enmienda o reprension, sino la accion última de su ruina.

Lo que providenció para el beneficio comun, tanto en lo espiritual como en lo temporal, es cosa de admiracion el reflexionarlo: bien lo manifiestan las ordenanzas que dejó, como tenemos dicho, las cuales arreglan la satisfaccion de diezmos y el tiempo de sus remates. Antes de salir de la Concepcion le hizo cabildo, en que ordenó se construyese la Catedral y expresa su lonjitud y latitud, arquería y naves, portada y sacristía,

y que ha de ser alta y baja, con chimenea, que aun esto no desacordó su providencia; y para tan crecida impensa asignó los fondos, y porque el maestro constructor se obligase a acabarla dentro de tres años, expresa el que se le den fuera de la convencion y trato diez mil pesos gratuitos. Haga aquí paréntesis la admiracion de magnificencia tan inaudita, que solo tuvo por objeto el que se celebrase el divino culto con toda decencia y no en una choza pajiza en que ántes se hacia, para que recreciese la admiracion y respeto a lo sagrado a vista de tan inumerable barbarismo; así, su piedad mereció que el apóstol Santiago viniese de la celestial esfera a favorecer las tropas de su comando. ¡Cuán pocos de los mortales han merecido tan alta dicha!

El inhumano tratamiento de los indios que, como primer móvil quieren imputar sin fundamento al gobernador, [es] todo lo mas supuesto; pues dice el castellano Don Jorje de Ilumbe en el memorial histórico que presentó al rei el siglo pasado, año de mil seiscientos sesenta y cuatro, que los venerables padres fr. Juan de Torralva y fr. Juan de la Torre, franciscanos, y el santo fr. Cristóbal de Ravaneda, mercenario, con un apostólico celo no dudaron reprender al mismo gobernador algunas cosas que no llevaban el gobierno cristiano, y que el gobernador, habiéndolos oido con agrado, les dió las gracias por la advertencia y procuró remediarlo sin diferirlo; pues tanto pierde la buena obra de su valor, cuanto tuvo de retardanza, como dice Séneca. El autor citado pondera la grande aplicacion que tuvo a la conversion de los indios del reino y en particular a los de su repartimiento, como dejamos dicho. Tuvo ánimo de ir para el estrecho de Magallanes; díganlo las palabras que debajo de su firma permanecen en el primer libro de Cabildo de la Concepcion: "por cuanto su señoría está para ir a la conquista del mar del Norte y pacificacion de la tierra adelante." Esta cláusula, aunque repetida, haga su elojio, o pluma de mejor corte que la mia; y su beneficencia pudiera quejarse ofendida de la ingratitud de nuestro olvido.

De Mahoma el grande, dice su historiador que mandó poner en su sepulcro que queria acometer a la fuerte Rodas y a la soberbia Italia, reputando por nada la conquista de los imperios de Constantinopla y Trebisonda, el de doce reinos y dos principados, y solo por algo lo que queria hacer. Así el gobernador reputó por nada la conquista de Cuyo y Chile, que es de mas extension que las tres partes de Europa, y ahora se engolfa en el gran piélago del sur para ir al océano del norte y conquista de aquellas tierras; cuya inscripcion nos dejó treinta y nueve dias ántes de su muerte para que supiésemos hasta donde llegó su valor.

Permite el Altísimo los contratiempos para que las felicidades no nos saquen del centro de la modestia; y solo faltó a su brillante fortuna el moderarla, como dijo Séneca a Neron por la suya; pues no finje la fantasía lo que la desgracia ejecuta. Fué magnánimo, liberal y afable, conjeniándose con todos sin abatimiento de su persona. Fué acordado en las empresas, pronto en las ejecuciones, infalible en los trabajos: no se vió corazon mas entero, ni elocuencia mas insinuante que la suya

para imprimir jenerosos sentimientos en sus tropas. Fué observador de la disciplina militar y mas exacto de la justicia distributiva, y siempre con el rostro festivo, templada la alegría con la veneracion, como lo recomendó Justiniano a sus ministros. No hubo quejosos en la distribucion que hizo de premios, porque el que al digno da, a todos obliga, como dice Séneca; no obstante, es cosa singular tal acaecimiento. Siempre desatendió la lisonja con prudente desestimacion: su bondad no fué simulada, ni de las que duran en la pretension para conseguir y acabar en la posesion; así fué amado como ninguno y sentido como él solo, llorando todos su muerte, pues se interesaban en tal útil vida. Fué su repartimiento el mas opulento que se vió en Indias, pues principiaba desde Talcahuano, Arauco, Tucapel y Puren, en que tenia cincuenta mil indios tributarios, y excedió en esto a Hernan Cortes y a Don Francisco Pizarro; y en el corto tiempo que vivió acumuló mucha riqueza, pues regulado en lo mas promediado el tributo que le daban, era de diez a doce marcos de oro al dia: lo que puede ser admiracion, pero nó duda. El emperador le confirmó el repartimiento, dióle el gobierno de por vida y merced de hábito, y suspendió el titularle hasta estar mejor informado del pais: condigno premio a su mucho mérito.

Asignóse en todas las ciudades que pobló grandísima extension de campos, a lo que no llegó ningun conquistador en Indias. Doña Marina le sobrevivió muchos años llorándole sin consuelo, con excesos a lo Artemisa por su querido Mausoleo: y por recordacion de entrambos instituyó un aniversario de misas en el convento de San Francisco de la Concepcion, del cual ni memorias hai; ni ménos en Chile hubo ocho piezas de tierra para el reposo de sus cenizas, pues, como dice el Crisóstomo, es nuestro natural sepulcro, en un reino que conquistó, adonde tanto dió y para sí reservó. Portentoso caso, y por fin, con la postrera señal de vida dió el último parasismo su riqueza y grandeza. ¡Quién hubiera dicho tan feliz pasaje! ¡Quién mutacion tan improvisa hubiera creido, sino es que tardes tan funestas acompañan las serenidades de nuestra alegría! y así dice Ovidio, que nadie es dichoso hasta el fin: que un dia juzga de otro, y el último de todos. Recreció al emperador un florido reino, digno de la corona que ciñó sus reales sienes. Sus memorias piden en Chile gratitudes eternas, pues se le debe todo lo que es y será; y como patricio, ha corrido obligado la pluma.

CAPITULO XI.

Llega a la Concepcion la noticia de la muerte del gobernador.—En el pliego de providencia es nombrado en tercer lugar Francisco de Villagra; no obstante, es electo por gobernador interino.—Sale al castigo de los rebeldes.—Notable batalla que tuvo, y retírase con considerable pérdida.

De una tempestuosa inundacion aun los collados no se libran, porque las aguas sin término todo lo inundan. Viendo los españoles principiada ya la guerra, la cual, como dice Livio, por sí se osa y encien-

de, discurrieron incorporarse para mas válidamente hacer la ofensiva y defensiva. Retiráronse, como dejamos dicho, los de Puren a la Imperial, y siguieron el mismo destino los de la ciudad de los Confines, unos y otros bien observados, porque solicitaban la ocasion de sorprenderlos; pues la victoria robada es la ménos costosa y mas aplaudida. Los de Arauco se vinieron a la Concepcion, haciendo algunos que sentian lo mesmo que deseaban. Las desgracias siempre vuelan a herir los oidos de quienes deben sentirlas, y así con brevedad se difundió por el reino la noticia de la muerte del gobernador, la cual llegó a la Concepcion dia veinte y seis de diciembre, que la trajo Andres, como tenemos dicho, asociado con otro, a quienes exceptuó su fortuna de la desgracia de todos. La confusion y llanto fué sin igual, pues murieron con el gobernador Diego de Oro, Agustin Gudiel, Juan de Bobadilla, Andres Villarroel, Juan de Mesa, Juan Peñas, todos vecinos de la Concepcion, y otros dignos de que sus nombres no hubiesen quedado sepultados en el olvido.

El dia veinte y ocho del mes se juntó el ayuntamiento, y arreglándose a la disposicion que el gobernador dejó a su partida, le dieron el comando a Gaspar de Vergara, miéntras llegaba Francisco de Villagra, teniente jeneral del reino, de quien se sabia que habia salido de la ciudad de Valdivia con treinta hombres y que venia para la de la Concepcion, agregando a su tropa alguna jente de las demas ciudades. Por fin llegó el dia primero de enero, y el siguiente se abrió su testamento, que con estas palabras se explican en el libro de la fundacion, y bien que fuese pliego de providencia que el gobernador entregó al ayuntamiento, y en él se halló que nombraba por sucesor a Gerónimo de Alderete, que, como tenemos dicho, estaba en España, y en segundo lugar a Francisco de Aguirre, que se hallaba en la provincia de Cuyo, y en tercero a Francisco de Villagra; mas el cabildo y todo el pueblo de la Concepcion le elijieron y aclamaron el dia seis por gobernador interino, haciendo por exordio a su nombramiento un brillante elojio de sus méritos y persona. En él expresan que es caballero hidalgo notorio y que viviendo el gobernador siempre fué su segunda persona por sus grandes talentos y militar experiencia. En estas expresiones prorrumpió uniforme la voluntad de todos; pues, como dice Marco-Aurelio, que para que sea cierta la alabanza, ha de intervenir el amor.

En asuntos delicados debe correr la pluma lijera: tal es el que se ofrece a la vista digno de reflexion. Durante la vida del gobernador antepuso a todos a Francisco de Villagra, haciéndole su segunda persona, y cuando se ausentó del reino lo dejó de gobernador y en su muerte lo pospuso. Arcano es este mas para venerado que para impugnado, y por fin, razon oculta al transcurso de dos siglos, y mas cuando él solo se la supo y nunca la profirió. Admiróse en Alejandro el que a Pérdicas nombrase por su sucesor, entregándole su real sello, cuando no habia tan brillante fortuna en su corte que pareciese el mas aventajado en su gracia; mas porque no fuese disonante o calumnioso

de Francisco de Villagra, expresan en el libro de ayuntamiento la ausencia del primer nominado fuera del reino y hallarse el segundo en los confines de él, y por el motivo de la jeneral sublevacion, impedida toda correspondencia y en estado de perderse por falta de un jeneral comandante, y que la utilidad pública es la suprema lei; y expresa que le han pedido y con reiteracion requerido que acepte el cargo por convenir así al servicio de Dios y del Rei, con cuya insinuacion o precepto aceptó el cargo Francisco de Villagra, nombrando luego por correjidor de la Concepcion y lugar a Gabriel de Villagra.

Pareció al gobernador y a todos los del concejo, que para esto juntó, que era conveniente el contener la audacia de los indios y salir con honra a buscarlos, ántes que con indecoro y poca reputacion de las armas esperarlos en la Concepcion, adonde se sabia que venian; y porque habiéndose recrecido las tropas de Caupolican con el mucho número de mitayos que estaban dispersos por las minas, le pareció conveniente no perder la ocasion, pues en la guerra aprovecha mas que la fuerza, como dice Vejecio. Mas ántes de proseguir con las operaciones de su feliz campaña, dispuso público regocijo, para lo cual se hizo un retranchamento en un espacioso campo donde todo fué excesos y el mayor el de la embriaguez; y aun en esto halló medra su política, porque con el incentivo vinieron muchos que con él se quedaron.

El gobernador, viéndose reconocido y jeneralmente aplaudida su gobernacion, digo, eleccion, dispuso salir para Arauco a disipar aquella tempestuosa nube que amenazaba bloqueo o sitio formal a las recientes ciudades; y dejando ochenta hombres en la Concepcion, salió de ella con ciento y sesenta de los mas valerosos y bien montados, dia veinte de febrero de mil quinientos cincuenta y cuatro años.

Iba con los españoles una corta partida de indios amigos, y habiendo llegado el maestre de campo Reinoso a Laraquete con la gran guardia, se les opuso un escuadron numeroso y apiñado de piqueros a impedirles el tránsito. Es esta una punta de moderada elevacion, aunque algo pendiente, que termina en el mar: a la parte de Arauco la baña un arroyo grueso que con el reflujo pierde vado. Ibanse dejando ver otros escuadrones, cuando llegó al pié de aquel monte el gobernador con las tropas españolas y auxiliares: tenazmente resueltos y empeñados los indios a impedir el que los españoles se internasen en su pais, y estos revestidos de ira, que, como dice Aristóteles, es tristeza y perturbacion, con vehemente apetito de venganza, no hallaban obstáculo que fuese capaz de su retencion, y así se principió una accion sangrienta y dudosa.

El terreno ventajoso militaba a favor de los indios, mas no obstante a las tres horas de un dudoso Marte superáronle el recuesto; gánanle pié a pié. Esto no acobardó a los indios, pues alternándose otras tropas de refresco, con furor incapaz de retencion volvieron a la carga, despreciando el fuego, las picas y espadas, ocupando a porfía los vivos el lugar de los muertos, sin que les sirviese de horror sino de estímulo. El gobernador con heroica firmeza pareció superior al peligro y anima-

ba a los españoles con la accion, voz y semblante; mas para que esto terminase a favor de los indios, le mataron el caballo, y caido, levantaron los enemigos un tan horroroso y disonante clamor, que todo era confusion y desórden, procurando aprisionarlo o matarlo; mas tuvo la buena dicha de montar en otro, y no pudiendo prevalecer, cedieron los españoles poco ménos que vencidos, quedando los indios dueños del campo de batalla con noventa y seis españoles muertos, y Francisco de Villagra se retiró con sesenta y cuatro todos heridos, y los mas de los auxiliares perdieron la vida.

Duró esta batalla mas de medio dia: dícelo así el mesmo gobernador Francisco de Villagra en un título o merced orijinal de indios que en nuestro poder pára, hecho a Juan Negrete, quien se halló con él, fecha en veinte y dos de noviembre de mil quinientos sesenta y un años, a los seis de este suceso. Los indios siempre ocultan los muertos, mas no obstante, se puso o se supo que murieron mas de setecientos. El número de sus tropas se reputó por el de siete a ocho mil hombres; y a no haber experimentado tan grave pérdida, mas que por la calidad que por el número, y los mas heridos, hubieran enteramente batido a los españoles y acabado con ellos en su retirada. Bien pueden reflexionar sobre este hecho los que desestiman el valor de estos bárbaros chilenos. Y si la gloria del vencedor se mide con la resistencia y honor del vencido, como dice Plutarco, bien se vé la distancia de nacion y de arma a armas.

CAPITULO XII.

El gobernador despues de su retiro resuelve despoblar la Concepcion: opónense a esto sus vecinos; no obstante, se ejecuta: vanse a la Imperial y el gobernador a Santiago.—Diferencia que se ofrece con Francisco de Aguirre.—Vuelve al socorro de la Imperial y Valdivia sitiadas: ejecutólo con felicidad.—Sujeta a los indios de la Imperial.

Llegó el gobernador a la Concepcion, y en su marcha no dejó de venir observado para que no le faltase la zozobra y recelo de ser acometido. Es verdaderamente magnánimo quien no apetece el peligro, como temerario quien no le teme. Como tímido fluctuaba el gobernador irresoluto sobre si seria inconveniente el despoblar o no la Concepcion y que sus vecinos se retirasen a Santiago o a la Imperial, en donde estaban ya los de los Confines, y los de la Ciudad Rica en Valdivia; mas todos los habitadores se opusieron al dictámen de abandonarla, representándole que seria darles ganancia de causa a los indios con indecoro de las armas, y que en lugar de causarles temor les recreceria la audacia, y que si se mantenia la Imperial y Valdivia, estando mas avanzadas y mas distantes del socorro, mas bien lo podia hacer la Concepcion por estar inmediata al de tierra y mar, y que cómodamente les podia venir. El gobernador se negó a las representaciones que le

hicieron los alcaldes Juan Cabrera y Diego Diaz y los demas que componian su ayuntamiento, y resolvió su despoblacion con jeneral sentimiento del vecindario, que todos se ofrecian a morir en su defensa. Embarcáronse en dos navios los ancianos, mujeres, muchachos y criados, y el menaje que pudo ser de transporte, quedándose la jente apta para el manejo de las armas.

Esto se ejecutó con tal celeridad, que cuando llegó a noticia de los enemigos fué tarde; y así dice Vejecio, que el mejor consejo es el ignorado de los que lo son. Debió de ser conveniente, pues el gobernador así lo ejecutó y quiso no se creyese en algun tiempo el dolor, lo que se negó al aviso, pues en donde no vive el recelo acude el peligro, como dice Veleyo. Siguióse el abandono de la ciudad, luego el incendio a vista de los mesmos vecinos. Embarazado se halló Eneas al referir a la reina Dido el de Troya, su patria. No me hallara yo ménos si hubiera de especificar esto de la mia, y no será la primera vez que experimente fortuna tan borrascosa, que solo pudo tener el consuelo de suspiros en tan acerbo dolor, como dice Eurípides; recreciéndolo el ver que iban a mendigar hospedaje, el que ántes podian dar, y a suplicar necesitados con lo que habian podido obsequiar liberales. Extremosa desventura para pechos jenerosos. Este acaecimiento sucedió por marzo de mil quinientos cincuenta y cuatro años. Desamparada la Concepcion, el cabildo con los vecinos que quedaron, se fueron a la Imperial y el gobernador para la ciudad de Santiago. Esto inferimos de los fragmentos de aquel tiempo.

La discordia todo lo invierte: hubo de ocasionarla Francisco de Aguirre con la noticia de su nombramiento y vino de la provincia de Cuyo con sesenta hombres a la ciudad de la Serena; y aunque entabló su presentacion, fué sin ansia para no perder con dolor, y resolvióse de que la audiencia de los Reyes determinase el caso y que entretanto el gobernador Villagra quedase en el gobierno, así por su grado como por la urjente y fatal positura en que el reino estaba. El ceder no solo es accion de jenerosos, sino es dilijencia de acomodados, y así Aguirre despreció los fantásticos anhelos en que le querian imponer algunos aduladores, no obstante que la adulacion es mas agradable que el consejo, como dijo Demóstenes.

Francisco de Villagra, viendo el notable peligro en que se hallaban las dos ciudades de la Imperial y Valdivia, sin esperar la resulta de Lima, apresuró su regreso; y para aprontar el socorro de ciento y cincuenta hombres que llevaba y el competente equipaje, se sacaron del real erario setenta mil pesos en oro. Mas de cien leguas de pais sublevado tenia que penetrar hasta la Imperial, y los naturales habian alzado los bastimentos por los paises de su tránsito y cortado los caminos, cuya noticia tuvo de antemano el gobernador y de como le esperaban diversas tropas en los desfiladeros y tránsito de los rios; mas todo lo despreció su valor y lo superó su constancia, sabiendo que los honores y grandeza de los vencidos los recupera para sí el vencedor,

como dijo Platon; y con diez y nueve compañeros terminó su marcha llegando con felicidad a la Imperial.

Los indios, que son prontos y ejecutivos en sus victorias, le tenian puesto formal sitio con mas de veinte mil hombres y de antemano prevenidas reclutas para que sucediesen a las demas tropas fatigadas, y por sus operaciones bien se veia el empeño con que pretendian expulsar a los españoles de su pais, pues estaba todo al arbitrio de sus armas. Tenia el comando de la ciudad Martin Ruiz de Gamboa, persona de las mas distinguidas del reino, y sostuvo el ímpetu de los bárbaros chilenos con porfiado teson, y llegaron casi a lo último de una necesidad extremosa, tanto de víveres como de municiones de guerra; mas en la divina Providencia halló la voz lastimosa, su dolor el remedio para socorro de tantos males; y habiendo llegado a la inmediacion de la ciudad el gobernador Villagra con sus tropas, se retiraron los indios consternados, y reforzados los españoles, destacó el gobernador ciento y veinte hombres para que fuesen a socorrer la ciudad de Valdivia: remitió armas y municiones, de que habia escasez. Tuviéronla los indios bloqueada, y el jeneral Julian Gutierrez de Altamirano, que era el gobernador político y militar de ella, manifestó en su defensa su gran conducta y valor.

No hai mas que saber en la guerra que el no perder la ocasion; pues, como dice Vejecio, aprovecha mas que la fuerza. Perdióla Aníbal en no destruir a Roma despues de la victoria de Canas, sabiendo que los romanos solo eran invencibles en pais extraño, y así se le aconsejó a Antioco, que no los esperase en Siria, sino que viniese a buscarlos a Italia; y la ocasion perdida que lamentó siempre arrepentido, fué la ruina de Cartago y la propia suya. No así lo ejecutaron los indios, que aprovechando la menor ocasion, quisieron ganar las ciudades de la Imperial y Valdivia para acabar con la dominacion española en su patria que tan nociva era a su libertad, lo que hubiera conseguido su valor si se retarda mas el socorro de Francisco de Villagra.

El gobernador comenzó una cruda guerra contra los indios que habitaban en la jurisdiccion que Pedro de Valdivia asignó a la ciudad de la Imperial: todo era un horror de sangre y fuego: solo se exceptuó de la voracidad del incendio las vituallas que se pudieron transportar a la ciudad; y aquel pobladísimo pais quedó poco ménos que desierto, huyendo los habitadores a lo mas oculto de los bosques. Mas como las desdichas no se remedian con el despecho, ántes se reagravan, resolvieron los indios el dar la paz, no todos, volviendo a la sujecion en que ántes estaban. Así el gobernador fué el aquilon que disipó la borrascosa tormenta, siendo infalible su desvelo en el cumplimiento de su obligacion. Bien así como Pirrocho que mostró desdeñarse de saber y hablar cosa ajena de arte de gobernar; y así se discurrió su persona por la mas adecuada que pudo haber para librar a Chile del naufrajio que le sumerjia.

CAPITULO XIII.

Dase noticia de una notable peste que hubo en Chile.—Retírase Francisco de Villagra para Santiago.—Anula la audiencia de los Reyes su nombramiento y confiérelo a los alcaldes de las ciudades.—Puéblase la Concepcion.—Lautaro con tropas araucanas viene a desalojarlos: hubo un avance pertinaz: por fin retíranse los españoles a Santiago vencidos.

Pidió David a Dios el castigo de la peste, porque juzgó que inmediatamente procedia de la divina diestra. Con esta plaga castigó Dios a la mayor parte de las provincias de este reino, causando terrible estrago en sus habitadores. Principióse a resentir el año de mil quinientos cincuenta y cuatro y duró todo el siguiente. Fué el contajio de viruelas, y tal la infeccion del aire que ninguna ponderacion será hipérbole para narrar el sinnúmero de jente que murió. Bien manifestó esto Pedro Olmos de Aguilera, que era vecino de la Imperial, en el escrito que presentó al Sr. D. fr. José Antonio de San Miguel, primer obispo de aquella ciudad, dia veinte y dos de junio de mil quinientos setenta y tres años, el cual pára en protocolo eclesiástico, donde expresa las palabras siguientes: "de que el gobernador Pedro de Valdivia le encomendó por marzo de mil quinientos cincuenta y dos hasta diez o doce mil indios, y que pasados tres años, hubo tal mortandad que de todo el número dicho no le quedaron en el repartimiento sino hasta cien indios." J. Hernando de San Martin, vecino de la mesma ciudad, en otro tal escrito y obligacion que hace de cierta obra pia, por agosto de mil quinientos setenta y tres, cuyo orijinal pára en el citado protocolo, y en él dice, que el gobernador Pedro de Valdivia el año de mil quinientos cincuenta y tres, por mayo, le asignó ochocientos indios de repartimiento, y que el año de mil quinientos cincuenta y cinco hubo tal peste que solo le quedaron ochenta, de suerte que este fué uno de los atroces contajios que se han visto en el mundo. Consúltese la historia antigua y moderna y se verá si hai cosa que le exceda, ni aun que le iguale. Huyendo de su furor se internaban los indios con sus familias en los bosques mas distantes del comercio humano: los cuerpos quedaban insepultos, muriendo todos los habitadores de las casas sucesivos; mas fué cosa de notar, que en todos los vivos y en los pocos que recuperaron la salud, en unos y otros quedó tenaz el empeño de proseguir la guerra, sin que tan terrible castigo amortiguase este ardor.

Parecióle a Francisco de Villagra que era conveniente volver a poblar la ciudad de los Confines. Opúsose el cabildo de la Concepcion con el mesmo empeño que lo hicieron con el gobernador Valdivia; mas fué infructuosamente con Villagra; y resolviendo su regreso a Santiago, se vino en su compañía el corto vecindario de la Concepcion; y habiendo llegado a Panqueco, hicieron eleccion de alcaldes dia veinte y seis de noviembre de mil quinientos cincuenta y cuatro, y siguieron su destino hasta Santiago. Los oidores de la real audiencia de Lima,

que lo eran el Dr. Don Melchor Bravo de Saravia y los licenciados Santillana, Altamirano y Fernandez de Peñalosa, por real provision, su fecha trece de febrero de mil quinientos cincuenta y cinco, anularon el nombramiento de Francisco de Villagra, y [ordenaron] que los alcaldes de las ciudades gobernasen los distritos de sus jurisdicciones: providencia desacordada y extravagante. Impruébala el coronista Herrera diciendo, que esta provision fué hecha de léjos y con poca informacion de lo que el reino necesitaba, y con razon la lamentó Chile. Es priesa noche de mucha sombra, y la madura reflexion dia de mucha luz: pedíala Cadras para conocer las cosas que todos los dias estaban sucediendo, y para esto es menester toda la atencion de la prudencia, y solo Dios admite los deseos cuando no nos son posibles las ejecuciones. Francisco de Villagra se retiró del comando y halló muchos fieles Acates que le siguieron en la declinacion de su fortuna: singular acaecimiento, porque siendo todo pareceres y envidias el mundo, los hombres se hacen diversos semblantes, siendo contradictorios de sí mismos, mudando mas formas que Proteo.

Nombróse de procurador a Gaspar de Vergara para que pasase a la ciudad de los Reyes e informase a los oidores del sistema lastimoso en que de presente se hallaba el reino, en virtud de la providencia dada por los oidores y de haber improbado el abandono de la ciudad de la Concepcion, y órden expresa que enviaron para poblarla. Se resolvieron los vecinos a ejecutarla porque la tenian por propia patria, adonde la infelicidad se hace leve, como en la ajena grave. Distribuyéronse entre ellos diez mil pesos de la real hacienda para sus avios y algunos mas suplementos que les hicieron; y hecha eleccion de alcaldes para su gobierno político y militar, que lo fueron Francisco de Castañeda, Juan de Alvarado, y los rejidores Ortuño Jimenez, Lopez de Landa, Pedro Gomez y Pedro Bonal, nombraron a Luis de Toledo, conquistador, por alférez mayor para que llevase el real estandarte. Fletaron un navio, nombrado San Cristóval, para que transportase a la Concepcion armas, municiones y otros efectos necesarios para su subsistencia y algunas personas de ambos sexos que pudieran servir de embarazo, y el dia primero de noviembre del año de mil quinientos cincuenta y cinco salieron de Santiago, siendo todos entre vecinos y soldados sesenta y ocho personas; y el dia trece de dicho mes, pasado a Maule, tomó posesion el cabildo de los términos y jurisdiccion de la ciudad, segun y como los estableció el gobernador Valdivia, y nombraron por alguacil del campo a Pedro Fernandez, y habiendo llegado a tres leguas de distancia de la Concepcion, enviaron treinta y dos hombres con el escribano Domingo Lozano para que reconociese y diese fe si habia enemigos en su esfera, y no habiéndolos, entraron a dicha ciudad despoblada el dia veinte y cuatro de noviembre.

Hízose auto de reedificacion, y en él consta hubieron treinta y una personas de su antiguo vecindario y dos clérigos, el padre Martin de Abreu y el licenciado Ortiz y un relijioso que solo le hallamos con el

nombre del P.e ministro; y se distribuyeron entre todos los que quisieron acimentarse, ochenta y cinco solares, huertos y viñas. El primero que con antelacion a todos se presentó, fué Francisco Gudiel en nombre de Doña Marina Ortiz de Gaete, mujer que fué de Pedro de Valdivia, pidiendo tierras y solar, que sin duda seria lo mesmo que el gobernador, y no hemos podido investigar en cual de las ciudades se hallaba. Los vecinos elevaban ya a grandes deseos la imajinacion, mas la esperanza de atribulados es siempre movible, como dice Eurípides; así lo experimentaron en la poca consistencia de la suya, de que quizá se avergonzaron, pues próvida la naturaleza con el majisterio de sus obras solo concedió al hombre este privilejio. Observóse que los indios del contorno acudian repugnantes al trabajo y súpose que solicitaban a los de Arauco para desalojar a los españoles ántes de su mayor arraigo, y mas querian peligrosa libertad que no segura servidumbre, como dice Salustio. Hicieron armonía los ecos de estas voces proferidas por los de su nacion, y resolvieron aventurarlo todo sin respirar indiferencias, volviendo al trance dudoso de las armas. Destacáronse algunas de las mejores tropas al comando de Lautaro, que, como dice el coronista Herrera, era hombre feroz y constante en sus empresas, y con cuatro mil hombres transitó el rio de Biobio siguiendo su destino para la Concepcion con cruel coraje; pues siempre el vencimiento aumenta la osadía, como dice Salustio.

Los vecinos de la Concepcion, sabiendo que se acercaba, se previnieron para el opósito, redoblando el valor la cortedad de su número. Noticias escasas son las que ha podido descubrir nuestro desvelo, porque en los manuscritos de aquel tiempo suscintamente se narra el hecho y en el libro de cabildo se halla anotado, que por mar fué remitido a Santiago para que quizá no se extrañase en lo futuro este silencio, o la interrupcion de siete meses segun la serie que llevaba. Juan de Alvarado salió con nueve hombres a reconocer el campamento de los indios, para informarse mejor de sus tropas y designios, y a corta distancia los descubrieron y acometió su gran guardia. Trabóse una accion dudosa, y viendo los españoles que por instantes la reforzaban, se retiraron sin pérdida y con alguna de los enemigos, quienes sin retardacion se vinieron para la Concepcion. Observaron los españoles que traia Lautaro dos clarineros y sus tambores y pífanos, y algunos de los mas distinguidos venian con espadas, celadas, *cotas* y otras armas españolas.

Francisco de Castañeda animó a los españoles con fervor y presencia de espíritu y no desacordó decirles lo que Aníbal a sus cartajineses en la batalla del Tecino, como escribe Polibio: que los romanos tenian franca y segura su retirada, la que ellos nó, sino distante y llena de inmensos peligros. Los vecinos tenian hecho un fortin o retranchamiento donde el dia de hoi es el almacen real y el convento de Santo Domingo. Con variedad se narra esta accion: unos dicen que salieron fuera al opósito de los enemigos, y que habiendo peleado con tenaz empeño, cedió el corto número de los españoles a la muchedumbre de

los indios, y retirándose a su campamento, que los cargaron de tal suerte que unos y otros entraron con confusion y desórden; mas el coronista Herrera y un manuscrito de bastante autenticacion, afirman que los indios acometieron las trincheras españolas con tanto empeño y ardor, que aunque repetidas veces los hicieron ceder con pérdida considerable, no obstante, volvieron a la carga y fué tan porfiado el avance que a las cuatro horas lo ganaron y entraron dentro con pérdida de veinte y cuatro españoles: los que restaron vivos se hicieron fuertes en un ángulo donde por fin todos hubieran perecido, si los indios no se hubiesen desordenado por la codicia del saco.

Lautaro, viendo por las exterioridades que querian abandonar el pais, discurrió su política el vencer a ménos costa y no aventurar sus tropas contra la impetuosa y sanguinaria desesperacion de los españoles; pues, como dice Vejecio, es una cierta muerte. Unos se embarcaron en el navio que los condujo, en cuyo número entraron ancianos, heridos, mujeres, niños y criados; y la demas jente apta para el manejo de las armas se volvió por tierra a Santiago. Las heroicas acciones que ejecutaron, quedaron sepultadas en el olvido como el nombre de los muertos, los que son dignos de contarse en el número de los vencedores, como dice Demóstenes.

CAPITULO XIV.

La audiencia de los Reyes nombra por correjidor y justicia del reino a Francisco de Villagra.—Lautaro sale de la Concepcion con algunas tropas con ánimo de invadir la ciudad de Santiago. —Sale al opósito Juan Godinez, mas sin suceso.—Hostiliza Lautaro los paises de los que permanecian en la obediencia española, y mejoras del alojamiento.

Los oidores de la ciudad de los Reyes, mas bien informados o mejor advertidos, revocaron la providencia que habian dado, pues con diferentes ojos se mira el mal que acontece, que no el error que se busca, y nombraron por correjidor y justicia mayor del reino a Francisco Villagra; pues la eleccion hecha sin que preceda solicitud propia, como esta fué, acredita la justicia de quien por su motu propio la hace, como dice Plinio, pues no era dable que los alcaldes ejecutasen el urjente socorro que necesitaban las ciudades de la Imperial y Valdivia para su subsistencia; y así como sabios mudaron consejos, y el reino esperó la bonanza en su acertada conducta; y sin perder instante empezó a juntar tropas para el socorro de las ciudades.

Hasta aquí se le recrecieron a Lautaro, cual otro Polícrates, rei de los Samios, las dichas, que el preciado anillo que al mar arrojó lo halló en un pez, o del Macedon vencimientos: exoneró a la mayor parte de su nacion de la servidumbre española con el abandono de seis ciudades y casas fuertes que la oprimian. Venció y mató al gobernador Valdivia, jeneral el mas experto y acreditado de Indias, y enteramente quedó batido Francisco Villagra y sus tropas, y él miraculosamente libró con

la vida; y a los recientes pobladores de la Concepcion los venció y con precipitada fuga se retiraron a Santiago, unos por mar y otros por tierra; y así ponderó Veleyo, que no sin causa pintaban sin ojos a la fortuna, que entre los hombres no hace eleccion, pues favorece a los perversos, de quienes si viera debiera huir: y aun no satisfecho con sus caricias, que le habian conseguido eterna fama y nombre ilustre, emprendió lo que ninguno ántes ni despues discurrió, que fué invadir la ciudad de Santiago y expulsar a los españoles del reino, y aunque el arrojo era terrible y la empresa temeraria, no obstante la discurrió factible su valor, digno en realidad de todo encomio.

Salió Lautaro de la Concepcion con seiscientos hombres de las mas veteranas tropas de Arauco, porque en las provincias de su tránsito podia recrecerlas hasta la cantidad que le pareciese competente por ser jente belicosa. Así lo ejecutó, y llegó al rio de Maule con mas de tres mil hombres: pasólo y acampóse en Rio Claro en un ventajoso terreno y lo fortificó con la regularidad que observó cuando estaba de doméstico de Pedro de Valdivia, su señor: practicaba la militar disciplina de montar guardias, distribucion de nombre y rondas, y todo sin discrepancia: allí se le incorporaron otros reclutas. Comenzó a hostilizar a los indios que se mantenian en la obediencia de los españoles, procurando no solo con las armas, sino es con la persuasiva, sustraerlos de ella y atraerlos a su partido, con la buena máxima de no dejar enemigos a las espaldas por lo que pudieran obstar a sus designios: le retuvieron para fortificarlos y despues proseguir su marcha.

Caupolican, capitan de los mas acreditados de la nacion, con crecido número de tropas se vino para la Imperial con ánimo de sitiarla y de ejecutar lo mesmo en Valdivia, discurriendo que en aquella campaña podria concluir las dos empresas, para cuyo efecto se prevenian reclutas en todas las provincias sublevadas; y esto lo dan por tan hecho, que en derechas celebraban ya por conseguido el triunfo. Este fué efecto de su política bastantemente advertida para dar a sus soldados mas audacia y vigor. Ejecutólo así el Gran Capitan cuando la batalla de Cerinola al ver el incendio de las municiones de guerra, diciendo que eran anticipadas luminarias o fuegos de regocijo por su futura victoria.

Don Miguel de Velasco, comandante de la Imperial, y Julian Gutierrez de Valdivia estaban mui sobre aviso para oponerse a los designios de Caupolican, quien llegó a las cercanías de la Imperial con diez mil hombres y envió sus órdenes para que pasasen otros tantos para la ciudad de Valdivia, y todo se ejecutó sin retardacion, porque la dilijencia es acto corporal y pronto que vale mucho en todas las cosas, como dice Ciceron; y queria Caupolican que llegase a destiempo el socorro que intentaba traerles el gobernador Villagra, quien se hallaba cerciorado de este designio; mas este Alcides (1) moderno, émulo del

(1) Desde la palabra Alcides hasta Busiris está en blanco en el manuscrito orijinal.

que venció a Busiris, Anteo y Gerion, salió de la ciudad de Santiago con cien españoles valerosos y bien armados, con suficiente remonta y quinientos amigos.

Parecióle al gobernador y a los que componian su consejo el no detenerse al opósito de Lautaro, sino ir en derechura al socorro de las ciudades y dejar lo otro para su regreso, porque su tiempo quieren las cosas, pues no pocas veces el apresurarlas es perderlas. Llegaron los españoles al Maule y desde allí a la Imperial, que hai mas de cien leguas: hallaron el pais enteramente sublevado. Nunca pudieron los indios sorprender a nuestras tropas en sus campamentos ni marcha, porque el gobernador siempre procedia cauteloso y sumamente vijilante, así como alaba Josefo a los romanos teniéndolos por invencibles. Por fin, llegaron a tiempo que se hallaba la ciudad en sumo conflicto, y las tropas enemigas se retiraron abandonando sus trincheras y alojamientos. Francisco de Villagra dispuso luego el que pasase socorro a Valdivia, con cuya noticia, que divulgó la fama aun ántes de la ejecucion, levantaron los indios el bloqueo que le tenian puesto. En la una y otra ciudad dejó el gobernador cincuenta hombres y las vitualló lo mejor que pudo. Los indios del contorno disculparon su desercion con la violencia que decian les habian hecho los rebeldes; mas a los malos se tolera porque no sean peores, y tal vez conviene afectar ignorancia de lo que se sabe, como dice Séneca: e instándole urjentes negocios procuró cuanto ántes su regreso para la ciudad de Santiago. Bien como sabio piloto que gobierna excelsa nave a traves de la tormenta, así brilló su prudencia en los mayores embates de la desgracia. Dejó dispuesto se hiciesen copiosas siembras, ejecutando su retiro con cincuenta hombres y cuatrocientos auxiliares.

Las noticias de los progresos de Lautaro, a quien dejamos acampado en Rio Claro, tenian al gobernador cuidadoso, porque este valeroso bárbaro no respiraba sino ira y amenazas, y para estimular a los de su nacion les acordaba la libertad pasada y la presente servidumbre en que estaban, ponderando esto con la eficacia de su elocuencia, la cual no fué ménos costosa a Chile, como sucedió en la muerte de Valdivia, que la de Plutarco a los Macedonios; pues les hizo tantos enemigos como empleó razonamientos, y a los que no agradaba esta melodía enviaba frecuentes destacamentos con partidarios de su satisfaccion para sujetarlos, lo que hubiera conseguido hasta Santiago; y justamente recelosos los vecinos de aquella ciudad despacharon a Juan Godinez con veinte y cinco hombres, los que le habian de reclutar para impedir el torrente de sus progresos; y habiendo peleado con parte de las tropas de Lautaro, se retiraron los españoles con alguna pérdida y mayor de las tropas auxiliares que llevaban, y mas advertidos o quizá costernados, se acamparon en un sitio ventajoso, fortificándole contra un enemigo bravo, tenaz y empeñoso, y allí esperó el comandante español las remesas o la incorporacion de Francisco de Villagra con su tropa. Fué bien fundada esperanza, y aunque se aventuraba en su retencion en caso de

extremos, el menor mal tiene razon de bien, como dice Séneca. Lautaro no omitió dilijencia para incomodar el campo español, y así hizo romper algunas acequias para inundar los campos que circundaban su alojamiento, porque su plano era bajo.

Dice Séneca que no se omita ocasion de precaverse. Ejecutólo así Lautaro; pues teniendo noticia del regreso del gobernador, le pareció conveniente mejorarse, y así vino a camparse en la inmediacion del rio de Mataquito, en una eminencia de moderada altura, mas con predominio a las vegas de aquella circunferencia. Francisco de Villagran anticipó noticia a Juan Godinez que le esperase en el rio Teno, y de intento cojió la marcha desviado incorporándose con él, quien tenia treinta españoles y seiscientos auxiliares.

CAPITULO XV.

El gobernador acomete las trincheras de Lautaro: fuérzalas y pierde la vida con otros muchos.—Vuelve el gobernador al socorro de las ciudades y retírase.—Llega al rei la noticia de la muerte de Valdivia.—Nombra por gobernador a Gerónimo de Alderete.—Accidente fatal que le acaeció y muerte en Taboga.

El gobernador no perdió instante y así apresuró la ejecucion de forzar las trincheras de Lautaro, pues siempre fué mejor asegurar presto la dilijencia que esperar a que la malogre la detencion, como dice Casiodoro: y con un desertor de espía se puso en marcha, y al primer albor del dia llegó al retranchamiento de Lautaro, quien actualmente andaba de ronda en la circunvalacion, sabiendo mui bien que en aquella hora es la mas expuesta a sorpresas: precedíale un clarin español. El gobernador mandó desmontasen cuatro españoles, y con otros tantos o algo mas de caballería y cuatrocientos auxiliares, asaltaron su campamento. Lautaro, sin consternarle lo inopinado, dispuso la jente distribuyendo sus órdenes con grande presencia de espíritu, y animaba a todos con la voz y con el ejemplo. Púsose de los primeros al opósito con fiereza y singular desprecio de la vida: perdióla a los principios de la accion: mas no el valor ni la constancia, pues entre los deliquios de la muerte, ocasionada de una mortal herida, manejaba las armas con remiso impulso, sirviéndole de apoyo para sostenerse en pié su mesma trinchera, y así exhortaba a los suyos que no desmayasen: por fin le faltó el vital aliento. A los indios no acobardó su muerte, ántes con desesperacion (que es extremo de todo mal) acometieron a los españoles, entrándose por las armas como que no querian sobrevivir a su desgracia, de suerte que los hicieron ceder. Por fin volvieron a recuperar su terreno, y esta alternativa de ganar y perder duró mas de una hora, en justa balanza el valor, comun en esta accion, hasta que por fin cedieron con confusion y desórden. Murieron seiscientos indios, quedando todos los españoles heridos, y perecieron algunos y de los auxiliares muchos mas, cuyo número ignoramos.

Así terminó la vida Felipe Lautaro en el empeño de exonerar a su patria del dominio español, que le tenia por opresor de su libertad. Halló en el morir medio para volver a vivir en la fama su valor. Llegó a los extremos de temerario, siendo igual a su ánimo el peligro, sin advertir que era negado a su poder. Quiso fabricar su fortuna con la desercion de nuestra católica relijion y con la desgracia de su señor, de la que fué causante, faltando a la obligacion y a un oficioso deber; mas nunca es agradecido el que se muestra quejoso, como dice Séneca, y él siempre lo debió estar. No falta quien le disculpe con decir, que aunque la sujecion sea justa, es odiosa no habiéndola ántes tenido, o que digan con Fulgocio: que por la patria y en la patria el morir es preclaro; y no porque hubiese sido el mas acérrimo enemigo de nuestra nacion, faltarémos al deber de la alabanza que merece su valor y conducta.

Retiróse Francisco de Villagra a Santiago, adonde fué recibido con públicas aclamaciones, pues tenia esta victoria especialidades para su celebridad, porque con su muerte quedó castigada la que causó a Valdivia, su señor, y de la que se libró Villagra en el Laraquete, como queda dicho, las dos despoblaciones de la Concepcion y por fin toda la gran ruina espiritual y temporal que ocasionó la pérdida de Valdivia y el armonioso establecimiento con que los españoles iban poblando el reino, pues todo quedó invertido, sin que haya habido igual prudencia y posibilidad para que se restablezca; y solo nos resta el venerar las providencias de Dios, pues escoje a los invencibles del mundo para confundir a los fuertes.

Por la tristeza se aprende lo que es consuelo y por el dolor lo que es el descanso, y siempre exasperó mas en el mal la impaciencia de sufrirlo que no el dolor de padecerlo. Ajitado estaba Chile con terribles convulsiones, pues lo que con la presencia del gobernador mejoraba, con su ausencia adolecia, porque siendo las fuerzas pocas, los socorros eran ténues y no podian subsistir contra enemigos tan poderosos, insolentados con la próspera fortuna, como pondera Cleóbulo; y segun algunos fragmentos de aquel tiempo, aunque confusos, parece que el gobernador Francisco de Villagra volvió con tercer socorro, trayéndose al corto vecindario de la Concepcion que subsistia en Santiago, quienes habiendo llegado a pocas leguas de distancia de su despoblada ciudad, volvieron a hacer protestas para que se les permitiese ir a reedificarla; estando en tal pobreza que hicieron cabildo para sacar ocho fojas blancas del libro de la fundacion para poder escribir y hacer algunos despachos concernientes a la pública utilidad, porque no se halló quien lo tuviese entre todos los que habian sido y discurrian ser vecinos de la Concepcion. Rara inopia de bienes temporales y qué abundancia de los del valor, pues se rozaba en un temerario despecho. Operaciones de espíritus ardientes que arrebatados de sus deseos, apresuran esperanzas y por no aguardar lo seguro en la demora, padecen en lo pronto el peligro, como pondera Tácito; y así el gobernador se negó a esta propuesta, y

habiendo socorrido las ciudades de la Imperial y Valdivia y tambien la de los Confines, que dejó poblada, se retiró presuroso a Santiago.

Hallábase en la corte de Felipe II Gerónimo Alderete, solicitando la justa recompensa de los singulares servicios de Pedro de Valdivia. Oyóle el Rei benigno y prometióle liberal, lo que hace mas plausible el don: concedióle el gobierno de por vida y el que se cruzase, haciéndole nueva merced de repartimiento de indios que se le habia asignado, y suspendió el titularle hasta estar mejor informado del pais, como tenemos dicho, y mandó dar providencia de jente y armas para que cuanto ántes fuese el regreso de Gerónimo de Alderete para Chile; y estando ya para salir de Lóndres, donde el Rei estaba, llegó la noticia de la muerte de Valdivia. Su majestad mandó entónces a Alderete que le informase de las personas que en Chile le servian y que eran dignas del comando, pues la fama propia depende de la justa alabanza ajena, como dice Marco Aurelio. Quedó el Rei satisfecho de su integridad y modestia, pues no cojió en boca méritos propios, cuando se solicitaba el saberlos para premiarlos y que en justicia pudiera decir de sí tanto como dijo de otros. Mas el Rei, haciendo un alto juicio de su prudencia y gran concepto de su persona, por lo que le informaba Pedro de Valdivia, lo hizo adelantado nombrándolo por gobernador de Chile y mandó que luego se viniese con seiscientos hombres, y salió de España en prosecucion de su destino, y en la navegacion le sucedió el caso fatal del incendio de su navio, como cuenta Garcilaso, por la inadvertencia de una hermana que consigo traia. El gobernador y solo tres libraron en un esquife, pereciendo todos los demas.

El pesar de este trájico suceso, con un accidente malicioso, le incomodaron de tal suerte que salió de Panamá para Taboga: discurrieron convalecer en aquel ameno sitio, mas el accidente se recreció de tal suerte que hizo baldios los remedios, terminando allí su carrera con gran sentimiento de todos por sus amables prendas y singulares talentos, dignos de toda alabanza sin apariencias de lisonja. Dígalo el que mejor lo conoció y trató, que fué el gobernador Valdivia, quien le prefirió a todos para los dos casos de la mayor arduidad que pudieran ofrecérsele: de enviarle a España, durante su vida, a que le informase al gobernador, digo, emperador del nuevo reino que le habia conquistado, y le solicitase la gratificacion de sus méritos, y en su muerte nombrarle por digno sucesor suyo. Permanece en Chile y en la provincia de Chiloé su descendencia, no con las conveniencias de que eran acreedores los muchos méritos de tan ilustre ascendiente.

CAPITULO XVI.

El virei del Perú despacha a don García de Mendoza, su hijo, con poderosas tropas por mar, y por tierra la caballería.—Llega con felicidad a la Concepcion.—Construye una fortificacion.—Procuran los indios ganarla, sobre cuya invasion hubo una accion sangrienta.—Notable hecho de Tucapel.—Retíranse los indios con pérdida y mayor esfuerzo se oponen a los españoles.

El marques de Cañete, virei del Perú, sabiendo que estaba Chile ajitado con terribles convulsiones y que el gobernador Gerónimo de Alderete era muerto, y si retardaba el socorro seria infructuoso el remedio, pues los enemigos eran agresores, y que haciendo el gobernador vigorosos esfuerzos apénas terminaban en la defensa, y viendo que la guerra por sí sola se atiza y enciende, como dice Livio, resolvió válidamente socorrer a Chile, dándole el comando a su primojénito Don García de Mendoza, para que con el estímulo de tan alto ejemplo, se resolviesen muchas personas de distincion a venir en su compañía, y nombró por auditor jeneral al licenciado Hernando de Santillana, oidor de Lima.

Equipáronse varios navios, cuyo número cierto se ignora; vinieron bien vituallados y con muchas municiones y como setecientos soldados de desembarco fuera de los voluntarios y de la caballería, que conducia por tierra el maestre de campo Juan Ramon con penosa fatiga, pues tenia que transitar como setecientas leguas desde la ciudad de los Reyes a la Concepcion.

Habiendo llegado la escuadra a la costa de Chile, tuvieron una terrible tempestad que los puso en mucho conflicto, y pasada, llegaron al puerto de la Concepcion por abril de mil quinientos cincuenta y siete años, y se desembarcaron en la isla de la Quiriquina, cómoda invernada para la seguridad de los navios y tropas, y allí la puso Don García siguiendo en esto el mejor consejo y no el temerario de algunos de que se acampasen en Talcahuano; pues los dictámenes atrevidos al principio son alegres, tratados duros y efectuados tristes, como dice Erasmo: y viniendo el tiempo bonancible determinó construir un fortin al oriente de la arruinada ciudad de la Concepcion, en una moderada eminencia con predominio a la ciudad y sin que a ella haya otra que en aquella inmediacion le exceda, y el flanco que mira al mar es un despeño que termina en su orilla y hoi le llaman el alto de Pinto.

Don García habló a los españoles que habia destinado para la guarnicion y trabajo de las trincheras y foso que pretendia hacer, pues no hai mayor riesgo que exponerse a una ocasion ardiente con el corazon helado: todos quedaron enardecidos con su elocuencia insinuante, obligándolos mas con las palabras que aun con las obras. Noble y laudable política es el atraerse voluntades, pues como dice Séneca: el que verdaderamente ama, no mira provecho ni peligro. Ciento y treinta hombres fueron los que se desembarcaron con este designio, con ocho

cañones y la jente competente para su manejo. Don García llegó luego y procuró noticiar a los españoles de las tres ciudades que subsistian, de su arribo, advirtiéndoles a los del comando el tiempo en que debian venirse a incorporar con él para principiar las operaciones de la futura campaña, para cuyo efecto se valió de los mismos indios, comprando su fidelidad a tan crecido interes, cuya dilijencia fué fructuosa, y así dice Plutarco: "yo gusto de una traicion venal por su industria y órden, mas no alabo al que la ejecuta."

Los indios con la noticia de la venida de los españoles tuvieron en Arauco un congreso, a que concurrieron las personas mas distinguidas de su nacion, y en él se determinó que se enviasen dos embajadores con el pretestado motivo de solicitar la paz; mas con realidad el ánimo era investigar las fuerzas españolas y ver si podian penetrar sus designios para proseguir la guerra. Recibiólos el gobernador con agrado, ofreciendo oirles en tiempo y lugar mas cómodo en su pais; y habiendo cumplido con el ceremonial de su carácter, pasaron a observar todo lo que fué posible a su solicitud y simulacion, y despidiólos gratificados con algunos regalos dignos de su aprecio.

Proseguíase en la fortificacion del fortin, siendo el jeneral y las personas a quienes el mérito distinguia del comun, los que primero trabajaban en la obra, de suerte que en breve quedó en estado de regular defensa; y los indios, observando estos movimientos como preludios de la prision de su libertad, se acamparon nueve mil hombres en Talcahuano a distancia de tres leguas de la arruinada ciudad, con designio de sorprenderlos, para cuyo efecto se vinieron en tres escuadrones, procurando cuanto les fué posible ocultar su marcha y designio.

El dia que destinaron para este efecto, acometieron al alba la fortificacion española en tres escuadrones para sostenerse: venian prevenidos de fajina para llenar y poder transitar el foso. Los españoles, viéndolos acercarse a competente distancia de sus trincheras, hicieron una justa descarga de su artillería y fusilería, lo que no los retuvo ni aterró, ántes pasaron al foso, llegando al retranchamiento, donde se peleó con empeñado teson. De los navios se aprontó luego jente para venir a socorrerlos, y esto mismo hizo a los indios redoblar su esfuerzo ántes que llegase. Tucapel, uno de los principales caciques del comando, entró solo dentro del recinto y atropelló a Mejia, Bustamante, Diego Perez y Saldaña, y gravemente herido se precipitó de alto en bajo, cuyo despeño es de veinte brazas, como dice Alonso de Ercilla, y que en realidad las hai aun con exceso, quien se halló en esta accion; y habiéndose felizmente librado del mucho fuego que sobre él se hizo, y el coronista Herrera, (*sic*) se vino a incorporar con sus tropas mal herido; y por no interrumpir el hilo de la historia haga un breve paréntesis la admiracion.

Dice San Agustin que los Romanos deseaban vivir con la honra y vanagloria, y que por ella no temian y aun solicitaban el morir. Ninguna de las acciones que estos dominadores del orbe hicieron, excedió a la

de Tucapel, y la podemos equiparar a la que ejecutó el grande Alejandro en la India, cuando con igual intrepidez se entró solo dentro de los muros de la ciudad de Oxidraca y con igual dicha libró con la vida, o al hecho de Mucio exponiendo el brazo al fuego. Maravilloso accidente, cruel coraje y digno de que se transmita a la posteridad, no con el buril somero de mi pluma.

Peleábase con tenaz empeño, a cuyo tiempo llegó a tierra la jente de los navios: comandábala Julian de Valdivia, y formados en escuadron cerrado, tomaron su marcha para incorporarse con los españoles; mas los indios los acometieron con designio de impedirlo, y siempre peleando proseguian superándolo todo su esfuerzo, hasta el impedimento del terreno, que era un recuesto desigual. Por fin los indios cedieron retirándose con despecho, mas voluntario que forzoso, como arco que se inclina a mayor influjo. Recibiólos Don García, que en el recinto estaba, con aplauso, elojiando su valor y buena conducta del comandante. La accion duró mas de tres horas y fué mui costosa a los indios, cuya pérdida se ignora por la precaucion que tienen de ocultar los muertos, y aun la de los españoles no se sabe. Ellos se retiraron a Arauco, y Caupolican hizo un jeneral congreso diciéndoles: que con las armas habian de alcanzar lo que la razon de su libertad hasta allí no habia podido conseguir; que no los desmayase la accion sin suceso de la Concepcion; que a la tempestad deshecha se sigue la tranquilidad gozosa; que la vicisitud humana hace que hoi sean venturas las que ayer fueron desgracias, y que pues el destino nunca los habia expuesto a tan manifiesto peligro como el en que se hallaban, era menester mostrar constancia y el valor tan connatural a su nacion, y que no habia contratiempo sin evasion, ni mal adonde no se pudiese hallar algun bien. Así los enardeció, viéndose lo mui bien ponderado por Valerio, que es mui poderosa la elocuencia; y resolvieron que diez mil hombres se opusiesen a los españoles en el tránsito de Biobio, y que otras tropas quedasen prevenidas para sostenerlas, porque sabian que Don García principiaba las operaciones de la futura campaña por Arauco.

CAPITULO XVII.

Dase noticia de la entrada de don García a Arauco, habiendo transitado con felicidad el rio de Bio-bio, y de las batallas que tuvo consecutivas con los indios, en las que quedaron vencidos.

La guerra inquieta ánimos, armas y plumas porque todo lo invierte, y así no ha de ser de eleccion sino de precision, siendo el juez de ella un dudoso fin, como dice Livio. Viéndose Don García en estado de que no podia mantenerse mas en la inaccion, despreciadas las propuestas de paz que habia hecho, resolvió el seguir su destino para Arauco, hallándose con la caballería que trajo a su comando el maestre de campo Juan Ramon del Perú, y alguna mas que se le agregó en la

ciudad de Santiago, y otra recluta que esperaba de la ciudad de la Imperial, y a principios de octubre del año de mil quinientos cincuenta y siete salió de la arruinada Concepcion para las provincias de Arauco y Tucapel, por entónces las mas pertinaces de las sublevadas. Acampóse en la ribera del rio de Bio-bio, para cuyo tránsito habian prevenidos barcos. Allí se incorporó con ellos Martin Ruiz de Gamboa con las que trajo de la ciudad de Valdivia y la Imperial: traia en su compañía a Lorenzo Bernal, Pedro Cortes, Gabriel de Villagra, Lorenzo Reinoso, Don Miguel de Velasco, el licenciado Peñas, Juan Negrete y otras personas cuyos nombres hoi se ignoran, y de Santiago habian venido con el maestre de campo Juan Ramon Francisco Gutierrez de Valdivia, Juan Gomez, Hernando de Alvarado y Francisco de Castañeda. El campo español se componia de cerca de setecientos hombres.

Pasaron el rio sin oposicion, lo que tuvieron por especial providencia, que les desacordó las ventajas que hubieran logrado en el tránsito de tan caudaloso rio, que por San Pedro, que fué por donde se ejecutó, es su latitud de mas de media legua, hallándose con mas de catorce mil hombres de tropas arregladas, a cuyo desacuerdo pudieron contribuir su ruina; mas no es mui notable, cuando Don Ramon de Cardona, aquel mismo siglo, no quiso atacar el ejército frances al pasar el rio Ronco, a cuya omision se atribuyó la pérdida de la batalla de Ravena ganada el 11 de abril de 1512 por Gaston de Foix, duque de Nemours; y así castiga la fortuna, haciendo que cuando se quiera no se pueda, porque cuando se pudo no se quiso.

Caupolican, Tucapel y otras personas distinguidas de la nacion, advertidos del yerro que habian cometido, no difirieron el acometer a los españoles cuando principiaron la marcha, y en tres líneas bien formadas para sostenerse unas a otras, se vinieron para ellos con un furor incapaz de retencion. Traian muchas armas españolas defensivas y ofensivas, que bien indicaron los trofeos de sus victorias. Caupolican con singular presencia de espíritu exhortaba a los suyos a que cumpliesen con el deber de tan honroso empeño como el en que se hallaban. El maestre de campo Juan Ramon manifestó su experiencia en la buena formacion de las tropas: colocó la caballería a la derechura izquierda de la infantería con ocho tiros medianos que llevaban. Principióse la batalla con igual ardor. Los indios toleraron el fuego violento y no descontinuado, llegando a estrecharse con los españoles, y aunque su derecha se puso en alguna confusion, por tres veces fueron sostenidos de sus tropas, hasta que cargados con mas vigor de los nuestros, se retiraron en desórden. Murieron muchos indios y algunos españoles, y quedaron mas heridos. Esta batalla se dió inmediata al rio de Biobio.

Prosiguió Don García su marcha y se notó que los indios incendiaron sus casinas y retiraron sus familias a lo mas fragoso de aquellos montes o bosques. Llegó el gobernador a Arauco sin mas novedad que la de haber sido bien observado; y porque los españoles no prosiguiesen en el empeño de internarse por sus paises, redujeron a cenizas todo lo

combustible, sin que exceptuase nada su furor, ejecutando en esto los dos consejos que Memnon dió a Dario, de que si con las talas y aniquilacion de los paises no atajaba a Alejandro, saliese a combatirle: mas Caupolican antepuso esto como mas honroso y propuso el otro como solo útil, y nunca decaido de su valor; porque las desgracias militares tanto constituyen a los héroes como las victorias, cuando se saca documento de la adversidad, como dice Salustio.

Siguieron los españoles su marcha para Tucapel y ellos su observacion con designio de sorprenderlos en tiempo o lugar oportuno. Parecióles que esto lo podrian conseguir en Millarapu, adonde estaban acampados: ejecutáronlo así aun estando con escasa luz el dia, y para que la confusion favoreciese al designio, los acometieron por toda la circunferencia con estrépito de voces para que esto coadyuvase a la sorpresa y mal se percibiesen las órdenes que el jeneral diese, que hasta precavencia tuvieron para lograr sus ventajas. Los españoles estaban mui sobre aviso y así los recibieron sin confusion y con esfuerzo: no obstante, tolerando o despreciando el fuego llegaron a romper el retranchamiento; pero el maestre de campo Juan Ramon los acometió con la caballería por su flanco, de suerte que los rompió: mas venian várias tropas a sostenerlos y su misma muchedumbre les causaba confusion porque el terreno era estrecho y el alojamiento por el fondo estaba naturalmente defendido; y al fin de un dudoso Marte, se retiraron con notable pérdida, quedando algunos prisioneros, y a catorce de ellos se les quitó la vida, o se la quitaron, ministrándoles Galbarino una soga para ello, como dice Arcila. Bien pudo haber sido lo uno y lo otro, que vió cumplida Don García la palabra del desafio que el dicho autor dice le envió a hacer Caupolican.

CAPITULO XVIII.

Funda don García la ciudad de Cañete en Tucapel: descríbese el pais de su situacion.—Acometen los indios a los españoles en su recinto, mas sin suceso, y pretenden impedir el socorro que llevan a la ciudad.—Batalla dudosa que se tuvo.

Tres batallas perdió esta belicosa nacion en setenta y cinco dias y no se da por vencida su constancia, lo que la posteridad tendrá trabajo de creer. Dice Lucano que tocando la mano de César la cabaña de Amiclas, no tembló estremecida, y pondera que a templos o muros pudo acontecer esto. Juzgó Don García que pavorosos o estremecidos temblasen los araucanos, viéndole tocar sus chozas pajizas con tan poderosas fuerzas, cuales nunca habian hollado aquel indómito pais; mas no se muestran ni aun pavorosos, sino es que pretenden su exterminio o expulsion, hallándolos bravos, tenaces y empeñados. El heroico valor de Hércules no fuera conocido sin los monstruos, ni el de Caupolican sin estas pérdidas, que le hará su teson mas glorioso en ellas que en las victorias.

Agradáronse los españoles de la amena fertilidad de Tucapel, y viendo aquellos paises tan poblados, resolvió Don García construir un fortin y ciudad para tener en brida esta nacion y dejar un monumento ilustre a la posteridad para recordacion de su memoria, y así le puso por nombre la ciudad de Cañete, título ilustre que condecora su ínclita casa. Situóla en una loma baja, fértil y deliciosa: aumenta su amenidad el rio de Tucapel, que es moderado y su cauce de laja o piedra y abundante de pejes y anguilas; y para que a la poblacion no le faltasen las conveniencias que el mar ofrece, la colocó a distancia de siete leguas, cómoda promediacion para disfrutarlas sin el riesgo de invasion. Los campos que la circundan por toda su inmediacion, son de un grato y fértil terreno, y no tiene que apetecer el mas avaro deseo: tanto los privilejió la naturaleza. Abunda mucho de fresa o frutilla y tan crecida como la del mas prolijo cultivo. Avecindáronse en dicha ciudad cerca de cien personas, a quienes Don García dió y ofreció despues repartimientos de indios y campos para su subsistencia; y el recuerdo de fomentarla nunca lo perdió de vista su cuidado, pues desde España solicitó el que se remitiesen veinte mil ducados de los represados a la nacion hebrea, para que se distribuyesen en su vecindario. De los principios y progresos de su adelantamiento todo se ignora, porque estas memorias se sepultaron en su ruina, como despues dirémos.

Don García dejó de comandante a Alonso Reinoso, a Don Miguel de Velasco y a Don Pedro de Avendaño para que con sus tropas apresurasen la construccion, haciendo escolta a los operarios, hasta que quedasen en estado de una regular defensa. Don García siguió su destino para la Imperial, donde fué recibido con aclamaciones de sin igual celebridad. Caupolican y los demas caciques hicieron fatal anuncio del establecimiento de los españoles y que la subsistencia de la nueva colonia seria el pesado yugo de su servidumbre; y viéndose con crecido número de tropas para fundar esperanzas, discurrieron el proseguir o principiar la guerra con mas empeño, pues, como dice Aristóteles, que el principio es mejor y vale mas que el medio; y se resolvieron a impedir los progresos, y en breve se juntaron diez mil hombres para este efecto, en que excedieron demostraciones a deseos, y con superior coraje vinieron a acometer el fuerte de los españoles, a cuya noticia habia llegado este designio: por este motivo despachó Don García a Don Miguel de Velasco, que ya se habia retirado, y a Martin Ruiz de Gamboa para que los socorriese y recreciese la guarnicion; mas no por estar reforzados, mudaron de designio, sino con ciego furor por verse prevenidos, acometieron al fuerte dejando tropas de reserva para sostenerse. Transitaron el foso habiéndole llenado con haces de fajina y llegaron a la misma puerta del fortin, no obstante el fuego violento de la arcabucería y pedreros que sin intermision se hacia, formando empeño en su misma ruina y en el de las picas y espadas que por las oquedades de la estacada manejaban los españoles en su defensa y ofensa: procuraban con fuego, flechas y cuerdas superar el obstáculo

de la empalizada, no obstante que era de robusto maderámen; mas por fin, no pudiendo prevalecer, se dió por vencida su constancia y se retiraron con pérdida y confusion, mas no decaido Caupolican de su valor en fortuna tan borrascosa como la que experimentaba; porque las esperanzas de triunfos no estan seguras en ejércitos numerosos, como dice Plinio.

La memoria hace presente lo pasado y parece da existencia a lo que ya no es. No comprendemos el motivo que Ercilla tuvo para no hacer resminicencia de esta accion que parece precedió o se pospuso a la que narra en el canto veinte y ocho, con poca intermision; y porque no parezca voluntariedad lo que escribimos, satisfarémos con decir que lo expresado consta en informacion hecha ante el Dr. Peralta, oidor de la real audiencia del reino, año de mil quinientos sesenta y ocho y a los nueve del suceso, de pedimento de Nuño Hernandez, abolengo del autor, que en ella se halló con Francisco de Zelada, Alonso de Miranda, Juan de Cabrera, Francisco Gutierrez y Pascual Urdaneta.

Hallábase menesterosa la plaza y para vituallarla era necesario proveerla de la Imperial, y el camino era fragoso y los indios vivian desvelados para no malograr las oportunidades, teniendo bien entendido que la perseverancia ha conseguido mas triunfos que el valor. El comandante Reinoso salió a recibir y escoltar el convoi, para lo cual llevó la jente mas valerosa que a su comando tenia, pues la felicidad de su transporte era de la última importancia porque se componia de ganados, víveres, semillas y municiones de guerra, y entre los españoles venia Don Alonso de Ercilla. En la quebrada de Puren, su preciso tránsito, los esperaban cuatro mil indios en diversos pelotones y en terreno ventajoso, y viendo se acercaban, los acometieron.

El conflicto fué grande, porque los desfiladeros eran frecuentes o prolongados, el embarazo de cargas y ganados, embarazoso. Desde las eminencias que predominaban el camino, eran ofendidos hasta con el despeño de galgas y maderos: fué extremosa la confusion; recrecíala el inmoderado clamor de los indios, que resonando por las quiebras de aquellos montes, hacian horrorosa disonancia. Contra tantas dificultades parece que no podia bastantemente providenciar el consejo, como dice Salustio; mas túvole mui acertado el maestre de campo Reinoso y ordenó a Nuño Hernandez que con un corto destacamento ganase una eminencia, desde donde comenzó a ofender a los indios y poner a cubierto a los españoles: recrecióse el número y fué mayor el daño que a los indios se hacia, y a las tres horas de un tenaz empeño cedieron, debiéndose a esta accion la victoria. Dícelo así Alonso de Miranda, uno de los declarantes de la dicha informacion. Murieron algunos españoles, y con moderada pérdida llegó el convoi a la ciudad de Cañete.

CAPITULO XIX.

Procura don García remediar algunos desórdenes.—Manda poblar la Concepcion, de que se da sucinta noticia.—Fortifican los indios un sitio ventajoso: va don García a desalojarlos y, no obstante su muchedumbre y defensa, quedan vencidos.

Vense en la guerra invertidas las leyes, embarazada la justicia y tolerada la impiedad, como dice César. Remedió Don García lo que pudo con loable zelo y singular cuidado, y pareciéndole conveniente poblar la ciudad de la Concepcion, nombró para ello a Gerónimo de Villegas, persona digna para la ejecucion de tan importante proyecto. Dice Pedro Ugarte de la Hermosa, en su manuscrito histórico, que el ilustrísimo D. Rodrigo Gonzalez Marmolejo, primer obispo de Santiago, asistió a los vecinos con cuanto pudo, accion digna de su pastoral zelo el apiadarse de las desgracias socorriendo a la indijencia: de suerte que luego se habilitaron y llegaron a la arruinada ciudad dia diez y seis de enero de mil quinientos cincuenta y ocho años; y estando en la que fué plaza, en nombre de S. M. y de Don García, cuyo poder manifestó, levantó árbol de cruz, rollo y picota y nombró por alcaldes a Francisco de Ulloa y a Don Cristóbal de la Cueva, y por rejidores a Don Luis de Toledo, Don Miguel de Velasco, Pedro de Aguayo, Juan Gomez, Gaspar de Vergara, Juan Gallegos, y por procurador a Pedro de Pantoja, y alguacil mayor a Juan Perez. Nombró por alarife a Francisco Medina con trescientos pesos; otros tantos se asignaron a Domingo Lozano, escribano. Luego predicó bando que dentro de un año se cercasen los solares para quitar la deformidad que causaban a la traza de la ciudad, y por consiguiente las chácaras, y no ejecutado, se diesen por perdidos para que otros los ocupasen.

A Don Luis de Toledo nombró por mayordomo de la iglesia y a Cristóbal Nicon hicieron portero de cabildo, asignándole doscientos: providencióse el que se midiesen las heredades para que cada uno se mantuviese en los límites de su pertenencia sin perjuicio de la ciudad.

Estas providencias tan arregladas a la equidad se dieron, para que se vea con la justicia que principió a renacer de sus repetidas ruinas, no obstante que su vecindario estaba atenuado por haberse avecindado mucho en los Confines, porque en el mar alterado de su infortunio no faltase a la Concepcion esta desgracia.

Caupolican, habiendo hecho un congreso de las personas mas distinguidas de su nacion, propuso en él se incendiasen todos sus bienes sin reserva alguna, pues si habian de morir vencidos todo sobraba, y si vivir vencedores todo se recuperaba: feroz acuerdo; y así dice San Agustin, que la desesperacion es un cruel homicida del alma, pues nunca se curan los males con el despecho. No fué de todos aprobado su dictámen; pero es digna de admiracion su firmeza, pues tan repetidas adversidades no abatian su fiereza, que eran capaces de rendir los espacios de la

mayor tolerancia; y formó otro proyecto que discurrió seria de mayor aceptacion, el cual fué de fortificarse en Quiapo, haciendo un foso y retranchamiento de fuerte palizada para que quedase cortada la correspondencia y socorro de la ciudad de Cañete con la nueva ciudad de la Concepcion, porque aquel es preciso tránsito para el socorro, y en breve juntó su liberalidad de diez a doce mil hombres, y fortificado un sitio ventajoso, se acamparon en él.

Viendo el gobernador que era accion precisa desalojarlos y que la dilacion podia ser mui nociva siendo aquel el único tránsito, se resolvió a ejecutarlo en persona, fundado en la buena máxima de hacer pasar ántes por sí que por otro, no obstante el quebranto de su salud pudiera dispensarle, y con doscientos hombres y algunos auxiliares se puso en marcha para Quiapo a desalojarlos. El cacique Colocolo, a quien su ancianidad y respeto daba la primera veneracion, les dijo, estando ya a la vista Don García, lo que Catilina a sus soldados: que cuando en la accion estuviesen, se acordasen de que en sus manos llevaban la patria, vida y libertad, y que todo aquello ganarian de vencedores y lo mismo perderian de vencidos, y que los españoles habian venido voluntarios a ofenderlos y ellos entraban precisados en su defensa, y que su soberbia o felicidad despreciaba su crecido número y valor, pues presumian con tan corta tropa subyugarlos, y que tuviesen en recuerdo que a quienes habian vencido, eran de igual esfera que la de aquellos que a la vista tenian, y que cuando mal les sucediese, les esperaba una jenerosa muerte que debian preferirla a todo. Enardecidos con esta persuasiva, salieron algunas tropas y se formaron en la izquierda y derecha de su retranchamiento, y en esta positura esperaron a los españoles.

Don García con singular valor y presencia de espíritu ordenó a su maestre de campo Juan Ramon dispusiese las tropas para el avance de las trincheras. Formóse toda en infantería, quedando solo una corta partida de caballería. El jeneral corria los escuadrones y animábalos con la voz y la serenidad de aspecto sin ninguna conturbacion. Ponderóles el extremoso lance en que se hallaban de morir o vencer, y que su muchedumbre estaba opresa en la cortedad de su recinto, y que aquellas tropas eran de condicion vagamunda y desestimable: esto les dijo, y no pudiendo ya reprimir la audacia, que, como dice Salustio, por muralla se reputa, ordenó se acometiese. Hízose la descarga de la artillería que llevaba y de la arcabucería con suceso; mas la toleraron sin confusion ni desórden, viniéndose con denuedo y fiereza. Las tropas que estaban fuera del retranchamiento formadas, se adelantaron a estrecharse con los españoles para que se inutilizasen las armas de fuego. Por fin todo era impensado horror y confusion, y como en flujo y reflujo, ya cediendo, ya ganando terreno, se mantuvieron dos horas con dudoso Marte.

Los españoles se vieron en terrible conflicto, circundados por todas partes; mas no obstante, todo lo superó su valor. Su mesma muchedumbre y el deseo de ofenderlos los embarazaba. Transitóse el foso supe-

rando todos los obstáculos y forzaron sus trincheras, no obstante que en los ángulos procuraron rehacerse, defenderse y aun recuperar lo perdido; mas no les dieron tiempo nuestras tropas, pues sin intermision prosiguieron la victoria con horroroso estrago, dejando el campo de batalla cubierto de muertos y heridos. Faltaron algunos de los españoles. Mostróse Don García como jeneral valiente y juicioso aun mas allá de su edad: afable, cortes sin abatimiento de su dignidad y estado, dejando correjidas las grandezas novísimas que se empinan para parecer mayores. Esta ilustre victoria la tenemos vista en varios fragmentos de aquel tiempo, que por obviar prolijidades omitimos el referirlos, dignos de toda fé.

CAPITULO XX.

Dase noticia de la sorpresa que Caupolican intentó hacer de la ciudad de Cañete, mas sin suceso, y retiróse con notable pérdida a una aspereza donde le prendieron, y sentenciado a muerte, pidió el ser cristiano y le quitaron la vida: elójiase su persona.

Como las dichas hallaron cuerdo a Caupolican y la ocasion valiente, así toleró las dos fortunas igual, y por eso dice Plauto, que al mal que se sufre con fortaleza, le convierte la paciencia en bien; y aunque esta batalla quebrantó la fiereza de esta nacion, mas no la de Caupolican, quien puso en práctica para restablecerse los mas finos resortes de su militar política y experiencia. Muchos improbaban su conducta, estos eran los emuladores de su fortuna; mas fué invencible a la calumnia despreciándola, como habia sido a la lisonja desatendiéndola con prudente desestimacion, excediendo a la barbaridad de su crianza; y en ejecucion de su proyecto dispuso el sorprender a los españoles, pues la victoria nunca es mejor que cuando es robada, por ser ménos costosa.

Comandaba en Cañete Alonso Reinoso, adonde envió a Peruan, como dice Ercilla, que tripulado con la jente de su nacion, que con frecuencia entraba a servir, observase a los españoles, lo que ejecutó con toda atencion y se manifestó a Andres, indio del servicio de los españoles a quien tomó por amigo: vióle con reservada intencion, y así, dice Séneca, que todas las cosas se han de consultar con el amigo; pero primero, si lo es.

Andres notició el caso a Reinoso, quien le mandó prosiguiese en la simulacion, para que cerciorado de lo que pretendian ejecutar, se aplicase con ventajas el remedio: y habiéndose comunicado el caso con Caupolican, se deliberó el que la sorpresa fuese a las horas mas descuidadas, que parece fueron de su eleccion las de entre medio dia y siesta; mas ántes de la ejecucion envió a la plaza a Peruan y vió a los españoles con cuidadoso descuido tan bien afectado que le juzgó verdadero, y presuroso fué a noticiárselo a Caupolican, quien se vino para la plaza, arrastrando las picas y ocultándose entre los arbústulos y el crecido herbaje. Los soldados bien advertidos tomaron las armas y la caballería

se ocultó entre las casas para por otra puerta acometerles por la retaguardia y flanco, y estando a distancia de cincuenta pasos, se hizo una cumplida descarga de la artillería y arcabucería, y sin embargo del estrago de tan violento fuego, no los contuvo, ni ménos la confusion que pudo causarles caso tan impensado como era el hallar tanta prevencion donde discurrian descuido, y acometieron a las puertas que estaban abiertas. Prosiguióse la accion, y al fin de un corto intervalo los acometió la caballería, y aunque todo era terrible y de formidable aspecto, no cedieron. Peruan, que antecedia a todos, murió de los primeros; mas viendo que su empeño era infrutuoso, se retiraron con notable pérdida, aire de fiereza y venganza. La caballería los siguió corto espacio: aprisionáronse muchos indios y entre ellos mas de treinta caciques o personas distinguidas, y dice Ercilla, que presente se halló, que a trece caciques, ligados a la boca de un cañon, les quitaron la vida para que castigo tan inusitado les sirviese de escarmiento.

A los desdichados el fin de una desgracia es principio de otra, como dice Bias. Caupolican despues de este infortunio experimentó otros. Retiróse a una serranía costeña que miraba a las tierras del cacique Angolican. Pusieron los españoles gran cuidado en su solicitud, ofreciendo crecidas recompensas a quien le trajese vivo o muerto, o diese noticia de su persona, para cuyo efecto enviaron várias personas, ofreciéndose otras voluntarias, movidas del interes, pues comunmente va sobre la justicia y razon; por cuyo medio se supo el paradero de su persona, y por senda desusada vinieron a solicitar su captura; y habiendo llegado a la inmediacion de su retiro, el conductor rehusó proseguir, ni fué posible el conseguirlo con ruego ni amenazas. Dejáronle ligado a un tronco, y bien instruidos del corto espacio que faltaba y de la estrecha y montuosa senda que habian de llevar, llegaron a la casina al primer albor del dia; mas la centinela los reconoció, y con presura Caupolican ganó la puerta para defender su ingreso, y habiéndolo herido en un brazo, salió con intrepidez sin igual y le aprisionaron peleando y a nueve que con él estaban. Los españoles quisieron cerciorarse de su persona, mas negaron todos quién él fuese, tal respeto o temor le tenian, hasta que la guia los sacó de este cuidado.

Lleváronle y sentenciáronle a muerte, y persuadido de la falsa credulidad en que habia vivido, tuvo la dicha de hacerse cristiano; y empalado, seis flecheros le quitaron la vida. Este fué el fin de tan heroico capitan.

Murió en el empeño de libertar su patria de la servidumbre española, y la experiencia de este imposible no dió leyes a su conocimiento, pues con proterva o temeraria osadía quiso terminar su carrera muriendo libre por eleccion, ántes que vivir por necesidad en servidumbre, en la que sus pasados no habian estado. Notable recordacion será esta para lo futuro, el inimitable empeño de su ánimo jeneroso, de que se ven raros ejemplos en las historias; y así es digna su memoria de toda alabanza, sin que ninguna parezca encomio. Y si, como dice Aristóteles, que

es la muerte lo mas espantoso de lo terrible, admiraron mucho los españoles la entereza y ánimo reposado con que la recibió, lo que recrece su elojio.

CAPITULO XXI.

Dan algunas provincias la paz, sujetándose al dominio español.—Reedifica el gobernador la plaza de Arauco.—Construye un fortin en los Confines, de donde se hostilizan los rebeldes, que por fin se rinden.—Conquista la provincia de Cuyo y funda la ciudad de Mendoza.—Puéblase la de Osorno: descripcion de su terreno y de lo que fué.

A los golpes de repetidas desgracias no hai diamante que no desfallezca. Experimentóse esto, pues se vió algo abatido el invencible orgullo de esta nacion, y así dijo Séneca, que la felicidad tenemos prestada y la adversidad por propio patrimonio. El solicitar la paz teníanla por árdua empresa para su altivez; no obstante, compulsos de la extremidad en que se hallaban, la pidieron a Don García confiados en su benigno carácter y temerosos de su poder y fortuna; y así se principiaron a sujetar al dominio español, no con ánimo de permanecer en ella, pues lo que por necesidad se ejecuta, pasada se disuelve; y para tenerlos en brida dispuso Don García se poblase Arauco en el mismo sitio donde lo habia construido Pedro de Valdivia: ejecutó esto viniendo en persona despues de la victoria de Quiapo. Mandó como jeneral y dando ejemplo como soldado, pues era el primero que ponia la mano en la obra, y allí vinieron varios lebos o parcialidades a dar la paz, no obstante que muchas personas con sus familias ejecutaron vivir en voluntario destierro de su patria y se retiraron a la fragosidad de los montes.

Estando ya adelantada la plaza de Arauco, destacó el gobernador a Don Miguel de Velasco para que fuese a la ciudad de los Confines y que en las tierras del cacique Angolican levantase una fortaleza para hostilizar algunas provincias que se mostraban distantes de sujetarse al dominio español: estos eran los lebos de Boquilemu, Minchilemu, Quilacura y otros. Apresuróse la obra de suerte que en breve quedó en estado de una regular defensa, y se principió a talar el pais con el rigor de la guerra para que resintiesen los efectos del desprecio que habian hecho de la paz; mas mucho tiempo no se dió por vencida su constancia, y pues la lei de nuestra naturaleza nos sujeta a mil mudanzas, es razon nos conformemos en tolerar lo que evitar no se puede.

Así lo ejecutaron despues de un doloroso escarmiento; mas no con ánimo de permanecer en ella, sino por seguir los vestijios de sus mayores, pues la independencia en que habian vivido por inmemoriales siglos, les tenia en contínua ajitacion. El gobernador, que trataba la conquista de un tan ilustre reino como el de Chile, no omitió nada de lo que pudo conducir a tan glorioso fin, y así envió a la provincia de los Coyunchos o Cuyo a que se finalizase su conquista, que con el regreso de Francisco de Aguirre estaba abandonada, y para tan importante empresa nombró a Pedro del Castillo, dándole potentes tropas, con las que ente-

ramente sujetó a los indios habitadores de aquel pais y fundó la ciudad de Mendoza y San Juan de la Frontera, que hoi subsisten, cuyo asunto excelso es digno de toda alabanza, pues es el tránsito preciso para el comercio y correspondencia del Tucuman, Rio de la Plata y Paraguai, de que resultan ventajosas utilidades a Chile, habiéndolas provisto como buen gobernador, pues, como dice Ciceron, no solo ha de advertir lo que hace, sino es lo que de adverso o próspero puede sobrevenir.

Hallábanse los vecinos de la ciudad de los Confines incomodados en el sitio de su fundacion, y providenció Don García el que pasasen a fundarla en otro, mejorándola en el valle de Colhue, donde hallaron las utilidades que podia apetecer el deseo, y quiso que se llamase la ciudad de los Infantes, cuyo nombre no subsistió, pues no convino su vecindario en que se le mudase el que el gobernador Valdivia le habia puesto.

Don García enteramente sujetó a Chile segun y conforme estuvo en tiempo de Pedro de Valdivia, habiendo durado la guerra cerca de seis años sin intermision; principiando la catástrofe por la muerte del primer hombre que veneró la meridional América en aquel tiempo; y vióse su fiereza subyugada, ménos algunos que elijieron un voluntario destierro, y trasmontando la cordillera, se establecieron fuera del reino.

Resolvió Don García el gratificar a los que lo merecian por sus servicios, pues los galardones por el trabajo se merecen, dando mayor placer los que con él se alcanzan, como dice Eurípides; y para el acierto se informó con una exactitud del mérito de cada uno y procedió con tal equidad en materia tan escabrosa, que no tuvo la crítica que impugnarle. Qué mucho cuando procedió sin amor, odio ni interes, (laudable e inimitable ejemplo,) y sin dilatarlo, porque los pretendientes, fatigados de la duracion, juzgan que la justicia o que la gracia es venal. Nombró oficiales de la plana mayor de la guerra, que ántes solo habia caudillos; y porque el alivio de unos caudales fuese el pesar a otros, como lo ponderó Plinio de Trajano, corrijió muchos abusos, procurando se administrase con exactitud la justicia y que los encomenderos tuviesen a los indios en vida política y católica educacion, con moderados tributos: todas acciones dignas de tan singular comandante.

Y para que mejor quedase subyugado el reino, dispuso el que se fundase la ciudad de Osorno en el extremo del reino, al antártico. Unos afirman que el gobernador Pedro de Valdivia la fundó el año de mil quinientos cincuenta y dos, y otros aseguran que Don García; y aunque irresolutos, nos inclinamos a lo primero: el corto tiempo de su existencia se ofuscó con el de su reedificacion. Situóse en cuarenta y nueve grados de elevacion al polo, segun dice Pedro Ugarte de la Hermosa, en un espacioso y delicioso pais, de terreno fértil y de pan sembrar, y tan grato que se cojian copiosas cosechas. Fecundiza aquel valle el rio que llaman de las Canoas, y a corta distancia de él, por la parte que mira a Valdivia, otro que le nombran Rio-Bueno. En las

cenizas de su ruina quedaron sepultadas las noticias de sus primeros pobladores; no obstante, entre tantas sombras se descubren algunos crepúsculos de su pasado esplendor. Habia convento de relijiosos de Santo Domingo y San Francisco y monjas de Santa Isabel, viuda, de la órden tercera, que fué el primero del reino, como consta por un instrumento otorgado año de mil quinientos sesenta y tres en fundacion de capellanía que hace Juan Donoso, clérigo, para cuyo [efecto] dió dos barretones de oro, los que cojió a censo Juan Lopez de Porres, siendo abadesa Isabel de Placencia. Habia un hospital de San Cosme y San Damian mui bien rentado. Rodrigo de los Rios, vecino acomodado, construyó una capilla de Nuestra Señora del Socorro, cuya festividad fuese el dia de la Expectacion.

Esta segunda fundacion de Osorno la hizo por mayo de mil quinientos cincuenta y ocho el licenciado Alonso Ortiz, teniente del gobernador Don García, nombrado para este efecto; y se acimentaron con formal vecindad Don Luis García, Diego de Rojas y Gaspar Verdugo y Pedro Muñoz de Alderete, quien instituyó un aniversario de legos mui opulento y dió el servicio de plata a una capilla para ornato y decencia de ella, Juan Reinoso, Baltazar Verdugo, Juan de Hinostroso, Alonso Ortiz de Zúñiga, Juan Godoi, Mateo Castañeda, Francisco Cortes, Francisco Tapia y Rodrigo de los Reyes. Sus vecinos fueron mui ricos: bien lo manifiesta la piadosa memoria de Nieto Gaete, que fué uno de ellos; pues se halla que por disposicion suya sus testamentarios, que lo fueron frai Juan de Torralva, provincial de San Francisco, y Hernando de Caravantes, cura y vicario de aquella ciudad, frai Pedro de Vergara y frai Luis Quintero, dominicano, satisfacieron y pagaron veinte y siete mil pesos de buen oro a tres mil indios que tenia de encomienda, lo cual consta y parece por el instrumento que pára en el protocolo eclesiástico, su fecha por febrero de mil quinientos setenta y ocho años; y tan piadoso legado es digno que se eternice su memoria.

Haga aquí paréntesis la admiracion para celebrar la piedad de este ilustre conquistador, pues excluyó a Francisco Ortiz de Gaete, su hijo, de esta intervencion, dejándola al arbitrio de eclesiásticos de la mayor virtud y desinteres que el reino en aquel tiempo conoció; y tambien se note su riqueza, pues se exhibieron de sus bienes cincuenta y cuatro mil pesos, quedando un opulento residuo para su familia. Habíanse establecido en dicha ciudad manufacturas de paños y lienzos, y tenemos notado que se reservó solar en la traza de la ciudad para la dignidad episcopal, fuera de la que [se] asignó al vicario, lo que da bien a entender que la discurrieron de que podia ser en lo futuro digna del solio episcopal. No hai infelicidad mas trájica que la que sorprende a una vida dichosa: no ofenderian poco a los indios las felicidades españolas, aunque no los irritasen sus soberbias, pues pusieron tanto empeño en acabar con ellos o expulsarlos de su pais, porque la inconstancia de la vida está sujeta a toda mutacion, como dice Heliodoro: y aquel pais

quedó tan impenetrable, que de presente no habrán diez españoles en Chile que lo hayan visto, tal es la fuerza o terquedad.

CAPITULO XXII.

Llega la noticia que viene de gobernador Francisco de Villagra.—Retírase don García: hácese un digno elojio de su gobierno.—Queda de interino Rodrigo de Quiroga.—Llega al reino Villagra.—Sublévanse algunas provincias: notable propuesta que le hacen, y sobre ella se reflexiona.

Túvose noticia de que venia Francisco de Villagra por el Rei provisto gobernador y mariscal del reino, y Don García, no teniendo qué hacer en Chile, apresuró su retiro para el Perú, dejando de gobernador interino a Rodrigo de Quiroga, y se fué para Valparaiso y en una fragata pequeña que tenia prevenida, se embarcó para Lima, como lo dice Pedro Cortes en sus memorias, que actualmente estaba en el reino. Fué Don García el restaurador de Chile, haciendo revivir los ya difuntos anhelos a mejor vida: fué en discursos pronto y en consejos abundante y superior a toda fortuna: vióse esto en Quiapo, en donde su valor solo fué superior al peligro; émulo de Alejandro, quien le discurrió igual a la vista del espantoso aparato del rei Poro. Reedificó la Concepcion y pobló a Osorno, Cañete, Mendoza y San Juan de la Frontera, y mejoró a los Confines, nombrándola ciudad de los Infantes. Corren con extension los hechos de Don García en historia particular suya, impresa y escrita por un Suarez, cuyo nombre se hallará de cierto en el "Sol del Nuevo Mundo," vida de Santo Toribio, arzobispo de Lima, que titula así su autor. Construyó los fuertes de Arauco, Puren y Colhué en dicha ciudad; y si alguno le ha igualado, ninguno le ha excedido en acuerdo: hazañas dignas de la grandeza de quien las hizo, y que pueden recrecer blasones a su ínclita casa. Como ignoramos el motivo, repetimos la admiracion de que Ercilla en su Araucana omitió referir algunas de sus ilustres acciones, habiendo sido ocular testigo de ellas; quizá lo ocasionó el hallarse quejoso de su persona, como lo manifiesta en la octava siguiente:

"Ni digo como al fin por accidente
Del mozo capitan acelerado
Fuí sacado a la plaza injustamente
A ser públicamente degollado:
Ni la larga prision impertinente
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte,
De comportar mas graves que la muerte."

Sin duda tanto efecto procedió de una gran causa, la que Ercilla no dice; mas sábese que fué el desacato cometido en la catedral de la Imperial durante se celebraba una misa solemne, como lo expresa el padre Torres en Crónica Agustiniana. Y antiguo es en el mundo con un rasgo

de pluma dar tal jiro a la mas asentada conducta, y que la haga parecer injusta, y no es dudable de que la sentencia la consultaria Don García con el licenciado Santillana, su auditor y oidor de Lima, o bien para la ejecucion o amenaza, y mas contra un caballero cruzado y que habia obtenido oficio en el real palacio.

Plausible fué el ingreso del gobernador Villagra al reino, donde tenian en recuerdo su mérito, apacibilidad y agrado con que a cada uno guardaba la proporcion de su jerarquía, sin elacion en lo próspero ni fastidio en lo adverso: moderacion bien laudable, como dice Séneca. En la ciudad de la Serena, en donde se desembarcó, le participó Rodrigo de Quiroga la sublevacion de algunas provincias del reino. Principióla Puren con la muerte que los indios dieron a su Señor Don Pedro de Avendaño y a otros cuatro asociados, que habiendo ido a divertirse y entender en la construccion de una casa, veinte indios que venian con unas tablas para este efecto, y para sostener mejor su peso afectaron el traer unos cortos maderos, y con ellos les quitaron la vida. Cuéntalo así Pedro Cortes en su manuscrito histórico, a quien seguirémos, como que lo vió y se halló presente. Discurrieron los Purenes que para principiar la guerra era la ocasion oportuna, pues ella ayuda mas que la fortaleza, como dice Vejecio.

El gobernador, viendo que la demora en el socorro o castigo podria recrecer el daño, destacó a Pedro de Villagra, su hijo, con veinte y cinco hombres y suficiente remonta para marcha acelerada, y que con ellos pasase a Arauco y Cañete, donde se habian juntado considerables tropas; y habiendo llegado con felicidad a esta ciudad, los indios, confusos o aterrados, se disiparon, pues la dilijencia no retardada, como dice Ciceron, vale mucho y por eso debe ser amada de todos. El gobernador, habiendo dejado el mejor órden en lo militar y político de la ciudad de Santiago, se vino para la Concepcion con ochenta hombres, armas y municiones de guerra, de que habia escasez; y llegado a la Concepcion, vino de Puren Rodrigo de Quiroga con las tropas de su comando, adonde habia ido al castigo de los sublevados, y se retiró a su casa o desfavorecido o desgraciado, y el motivo es oculto a nuestra edad. Don García le juzgó digno sucesor suyo entre todos los del reino, y este breve rasgo puede ser su grande elojio. Salió el gobernador para las provincias de Arauco y Tucapel, donde vinieron a cumplimentarle algunos caciques de distincion, quienes le ofrecieron mantener paz y buena correspondencia con los españoles y que les darian campos para su habitacion, crianza y cultivo, el que deberian hacer con el sudor de su rostro, sin que les sirviesen de mitayos como ántes. Dícelo así Pedro Cortes.

No hicieron tan noble propuesta de vencedores, como lo ejecutan de vencidos en diez batallas y notables reencuentros en que salió siempre victorioso Don García de Mendoza; ni semejante propuesta en igual positura ha hecho a los españoles nacion alguna de la setentrional ni meridional América. Hácela mas notable el que hubiese sido a Francisco de Villagra, quien puso dique al torrente de su fortu-

na despues de la muerte del gobernador Valdivia, dándosela a Lautaro, causante de ella y digno por su insolencia de la fatalidad de su destino; aunque no hai cosa tan santa ni fuerte que no la corrompa y acometa alguna vez la osadía, como dice Ciceron. Noto una diferencia: de que los españoles han ido a mas, y los indios mas invariables en su dictámen; y aunque pareció delirio la ejecucion, lo contrario ha acreditado la experiencia, hallándose el dia de hoi exemptos de toda servidumbre; y así dice Erasmo, que con ánimo y perseverancia todo se alcanza; por donde se puede inferir si a buen título merecen el renombre de esforzados.

CAPITULO XXIII.

Hostilízanse las provincias rebeldes.—Bloquean los indios la ciudad de Cañete.—Va a su socorro el maestre de campo Altamirano, de donde pasó a desalojarlos a Lincoya.—Batalla que con ellos se tuvo, en que quedaron vencidos.—Procuran sorprender a Pedro Fernandez de Córdoba.—Hecho de Pedro Cortes.—Notable valor de un cacique.—Afectan la paz y vuelven a la guerra.—Batalla que con ellos tuvo Arias Pardo, en que quedaron vencidos.

En los ánimos jenerosos reluce un alto deseo de esplendor. Ciro, echado a las fieras para que no reinase, entre las bajezas pastoriles se mostró imperioso en las cabañas como despues en el trono de Persia. Los caciques chilenos, viéndose sujetos, quisieron eximirse de aquella que reputaban por villana servidumbre, y el gobernador, resentido del temor que no les causaba su poder, o del terror que no les procuraba su nombre, elijió a Pedro de Villagra, su hijo, para que con ochenta hombres hostilizase con frecuentes irrupciones sus provincias, para cuyo efecto le dejó en Cañete, viniéndose por Cayucupil a la ciudad de los Confines, de donde pasó a la Imperial, en que fué recibido con singulares demostraciones de aprecio, pues allí habia constituido su vecindad, recreciéndolas al verle en el supremo mando del reino, en el que habia estado várias veces de interino.

El gobernador dispuso que de las ciudades de Valdivia, Osorno y Rica viniesen algunas tropas del comando del licenciado Don Julian Gutierrez de Altamirano, prudente y experto jeneral y sabio jurista, y mandóle el gobernador que fuese a castigar a los rebeldes Purenes; y para que con mas válidas fuerzas lo hiciese, ordenó se le agregasen las que dejó en Tucapel, donde habian talado e incendiado los paises de las provincias rebeldes, habiéndolas abandonado sus habitadores.

Mas apénas se principiaron las operaciones de la campaña contra la provincia de Puren, frontera pertinaz de este hemisferio chileno, cuando los Tucapeles salieron de los bosques y con crecido número de tropas bloquearon la ciudad de Cañete, aprovechándose bien a propósito del retiro de los españoles para poder ejecutarlo a su satisfaccion; y en el arte de la guerra no hai mas que saber, que no perder la ocasion, como dice Salustio; todo lo que aprovechaba y desaprovechaba su saña,

provocándolos a esto las cenizas por donde pasó el furor español. El maestre de campo licenciado Altamirano, sabiendo la urjencia en que Cañete estaba, resolvió irla a socorrer con ciento sesenta españoles, y ganados mayores y menores, y municiones y otras cosas que el aprieto hacia precisas. Ejecutóse esto con suceso; aunque los indios obstasen el designio, omitieron el hacerlo hasta el regreso de los españoles, el cual sin duda seria con ménos tropas y mas fatiga de la caballería por las irrupciones que ejecutarian en sus paises, a que ayudaria la estacion avanzada, que haria los caminos de mas difícil tránsito.

Todas estas providencias fueron bien advertidas, aunque no correspondieron al auspicio esperado: mas bien manifiestan estas acordadas reflexiones que son tan valerosos como discursivos; y así dice Livio, que ninguna cosa despierta tanto a los hombres, como el contínuo ejercicio de la guerra. Los indios se retiraron a los montes quedando el pais al arbitrio de las armas españolas, el cual hostilizaron con todo el rigor de la guerra. Este fácil abandono que en casos urjentes se ejecuta, y el seguro receptáculo que hallan en lo montes, hace penosa y dilatada su conquista, a que coadyuva su valor.

El maestre de campo licenciado Altamirano tuvo la noticia que en la quebrada de Lincoya, en un sitio ventajoso, se habian fortificado haciendo su retranchamiento, y que allí se juntaban várias tropas, y resolvióse el ir a desalojarlos; y puestos los españoles a la vista, hallaron su fortificacion en mas regular defensa, y habiéndola avanzado, se defendieron en ella por espacio de una hora, que se mantuvo la accion dudosa. Por fin, cedieron con pérdida de cuatrocientos hombres, retirándose a las inmediatas espesuras; y volvieron [los españoles] a Cañete cargados de despojos y prisioneros: no obstante, no accedió a esta desgracia su constancia, pues en vano procura las cosas el que restriba en ellas con el valor de la perseverancia, como dice Séneca; y volvieron a juntarse en la sierra de Rucapillan, segun lo dice en sus memorias Pedro Cortes: con cuya noticia fueron los españoles en su busca, lo que no aterró a los indios, pues tres mil los esperaron bien formados en un quebrado terreno, teniendo su izquierda y derecha naturalmente defendida de una montañeta y barranco. Principióse la batalla, mas los indios se mantuvieron con mui buena continjencia, digo, continencia, animados de las contínuas tropas que los venian a sostener. Nuño Hernandez de Salamon y Razura, que comandaba un peloton de caballería, se desmontó con otros españoles agregándose a la infantería, de suerte que rompieron su unido escuadron de picas, y la caballería, aprovechándose de este favorable movimiento, los puso en gran confusion y desórden: unos se precipitaron por un accesible despeño, otros murieron sin abandonar su terreno aun viéndose vencidos. Por fin, fué cumplida la victoria: aprisionáronse muchos: cuatro españoles perdieron la vida, quedando los mas heridos. Esta accion tan decisiva abatió algo su fiereza y retuvo su osadía.

Hacíanse contínuas sorpresas en sus provincias, con horroroso es-

trago de talas, muertes e incendios. El maestre de campo ordenó a Pedro Fernandez de Córdoba que con un destacamento de veinte y cinco hombres fuese a la provincia de Angol y le esperase. Acampóse en Rucapillan y vino un cacique a cumplimentarle y tratar de paces, y trájole veinte hombres para el servicio del campo, como por prendas de su fe: recibióle con agrado y distribuyólos entre los españoles. Andres Fuensalida se segregó con el suyo y le amenazó de muerte si no le confesaba el designio con que habian venido, y aterrado, le confesó que seiscientos hombres estaban en celada destacados de mayor tropa para sorprenderlos aquella o la subsecuente noche, juzgandolos ménos precaucionados con la locucion de paz que habia habido, y que ellos venian a coadyuvar a este designio. Y habiendo hecho todos unánime confesion, los mandó degollar el comandante, reteniendo al cacique, que aun no se habia despedido; y a puestas de sol en la opuesta sierra se dejaron ver cuatro que esforzando la voz llamaban al cacique, y compeliéndole a que les dijese que viniesen, no lo hicieron; y dijo que uno era el comandante con tres capitanes.

Pedro Cortes con tres españoles y tres criados se internó por una montañeta hasta ponerse a su respaldo, sin ser visto ni sentido de ellos, ni aun de los mismos españoles, de quienes ocultó su designio; y con increible celeridad aprisionó a los cuatro, y descendiendo con ellos se los entregó a Pedro Fernandez. Heroica resolucion, a quien favoreció el atrevimiento, como dice Valerio. Narra este hecho Cortes con la moderacion que acostumbra en sus memorias. Y confesaron todos los caciques, ménos el jeneral, a quien ni la persuasiva ni los terribles tormentos que le dieron fueron capaces de quebrantar su silencio, y murió en su constante empeño con los demas. Mudóse el campo español a sitio mas ventajoso, haciendo aprecio del daño que amenazaba, porque despreciado, pudiera pasar a peligro irremediable. Pedro Fernandez participó al maestre de campo de lo acaecido, quien vino con las tropas de su comando a incorporarse.

Recojiéronse las vituallas que se pudieron, y todo se llevó a sangre y fuego, y compulsos del rigor, resolvieron dar la paz algunas provincias sujetándose al dominio español; y como la causa comun con todos se debe consultar, como dice Ciceron, elijieron a una persona de las distinguidas de su nacion para que con cincuenta hombres fuese a la Caramávida, adonde se habian juntado várias tropas, para que de comun acuerdo se tratase el proyecto formado; y habiendo llegado a Cañete en lo mas silencioso de la noche, observaron que el de la ronda se habia desmontado y entrado en una casina. Le cojieron el caballo y se llevaron unos cerdos. Juan de Lazarte, comandante, los siguió el dia siguiente por la huella con doce hombres: avistóse con ellos mediando la estrechura de una senda: principióse la lid con desgracia, pues murió Lazarte y tres españoles despues. Murieron veinte indios y se retiraron los otros dejando el ganado.

El prevenido vale por muchos, y solo lo es el prudente, y por no serlo

perdió la vida este comandante. Es cosa notable que así provocase esta nacion a la guerra, cuando pareció que consternados solicitaban la paz a impulsos de sus desgracias, mas con apariencias que con realidades de quererla, ejecutando lo que dice Vejecio, que quien desea la paz, ha de preparar la guerra para hacerla mas ventajosa: y parece que así fué, pues no desaprobaron el hecho los unos ni los otros, y así se noticiaron los españoles que mil indios se acampaban en Millapoa en la cima de un monte naturalmente defendido. Fuélos a desalojar el capitan Arias Pardo ántes que la retardacion recreciese mas sus tropas: no los aterró el ver las de los españoles y auxiliares, y los esperaron con resolucion de bien defenderse.

Avanzáronlos haciendo poderoso esfuerzo para ganarles su retranchamiento, no hallando menor oposicion en su defensa, militando a su favor lo ventajoso del terreno. Terminó la noche esta accion indecisa, y no dándose por vencida la constancia de los indios y españoles: habiéndose retirado los nuestros con ánimo de asaltarlos al primer albor del dia, reconocieron que habian abandonado su campamento por la notable pérdida que habian tenido. Murieron algunos españoles y crecido número de auxiliares, y el jeneral Pardo salió gravemente herido. Los indios se partieron gozosos, porque les pareció que era triunfo de su valor el retiro voluntario y no forzoso, y ardiendo en saña vomitaron humo y ceniza, como los caballos de Diomedes y los toros de Jason.

CAPITULO XXIV.

El gobernador visita las ciudades del reino y embárcase en Valdivia, y hácenle los vientos arribar a Chiloé.—Nota las particularidades de la isla y viene a Arauco.—Hace jeneral a su hijo Pedro de Villagra, quien prosigue las operaciones de la guerra en algunas provincias.—Notable accion que al maestre de campo Altamirano acaece con un indio.—Descripcion del monte de Mariguenu.—Acometen a los indios en su campamento.—Muere el jeneral y retíranse los españoles con grave pérdida.

Uno de los preceptos que Ciceron da para bien gobernar, es el que miren por todo el cuerpo de la república, sin desamparar jamas parte de ella. El gobernador con esta inspeccion quiso circular el jiro espacioso del reino, visitando sus ciudades desde Coquimbo hasta Valdivia, adonde nunca ha llegado otro en ciento y ochenta años que han corrido desde aquel tiempo hasta el presente; y en todas partes dejaba singulares efectos procedidos de su gran conducta, no obstante que su habitual mal de gota le tenia bastantemente incomodado; por cuyo motivo de Valdivia se embarcó para Arauco; mas los vientos contrarios estorbaron su designio, haciéndole arribar a Chiloé.

Desembarcóse en la isla de Quinchao, que es de las mayores de aquel archipiélago; y como poco prácticos del flujo y reflujo, en la baja marea quedó el navio en seco, de cuyo inopinado accidente se consternaron los españoles y se mantuvieron aquella noche en tierra; y al reir el alba los atacaron los isleños, y habiendo muerto algunos, se retiraron con-

fusos y desordenados. El gobernador se procuró informar de las calidades, extension y poblacion de aquel pais, siendo ellos los primeros españoles que habian visto; y siguiendo el destino de su viaje, llegaron con felicidad a Arauco.

Destacó el gobernador cien hombres al comando de Pedro de Villagra, su hijo, a quien hizo jeneral, y ordenóle que en Talcamávida, Marigueno y Millapoa principiase las operaciones de aquella campaña, prometiéndole el reclutar sus tropas, para cuyo efecto se le incorporó Arias con la jente que trajo de la Concepcion. Ejecutáronse las hostilidades de la guerra en estas provincias, sin que el estrago descontinuase el teson de los indios; y aunque se tuvo noticia de que se juntaban várias tropas, el jeneral no fué en su busca, porque se le habia hecho saber que obviase toda accion decisiva hasta nueva órden.

El maestre de campo licenciado Altamirano con veinte y cinco hombres vino de la ciudad de Cañete a incorporarse con el jeneral Villagra, y con tan válidas fuerzas mandó el gobernador que se pelease con los indios.

Prosiguióse con este designio en la tala de sus provincias con horroroso estrago; mas las incomodidades de la guerra causaron en el campo español algunos accidentes; y para la curacion de los enfermos, los llevaron a la Concepcion con competente guarnicion, quedando solo ochenta y cinco [españoles] y cien auxiliares: no obstante, se prosiguieron las operaciones ofensivas, mas no abatieron la constancia de los enemigos, ántes renació otra mas venenosa hidra que la de Alcides contra los españoles.

El maestre de campo, viendo un prisionero de venerable aspecto, jentil presencia y compuesta gravedad aun en fortuna tan abatida, le amenazó de muerte con sus lebreles si le faltaba a la verdad de lo que preguntarle queria; mas, como dice Ciceron, que la violencia del dolor da resolucion y fortaleza para hablar, le respondió: que la diria, no por temor de la muerte, sino porque siempre la habia tratado, pues siendo de ilustre nacimiento se veia destituido, herido y en condicion servil, habiendo perdido sus bienes, hijos y mujer, y que quien tal fortuna experimentaba, no tenia para qué vivir. El maestre de campo le mandó dar ropa para cubrir su desnudez, curarle y le ofreció su libertad y la de su familia, que el hacer beneficios, como dice Séneca, es imitar a los dioses; y dióle por noticia que cinco mil hombres se hallaban juntos y resueltos a pelear, y si los vencian, darian la paz, y si salian vencedores, a proseguir en la guerra; que aquellas provincias se habian ofrecido a mantener las tropas y que dentro de quince dias espiraba el término de su obligacion, y discurrian que el campo de batalla fuese donde la accion de Arias Pardo, y que esto lo sabia por ser uno de los del consejo y comando.

Con esta noticia se pusieron los españoles en marcha y se vinieron a campar en las vertientes de la quebrada de Catirai, como dice Pedro Cortes, quien allí venia, y a lo que parece, fué en la inmediacion de lo

que hoi es Colcura, teniendo a la vista el espacioso monte de Marigue-nu, que desde entónces hasta hoi ha quedado con el nombre de la cuesta de Villagra; y pues que ha sido várias veces campo de batalla o palestra de combates, no será desagradable el que hagamos su descripcion.

Está situado este elevado monte en el estado de Arauco, preciso tránsito: es entre despejado y montuoso, cuya entretejida discordancia de prados y selvas causa a la vista un armonioso deleite. Baña el mar mucha parte de su falda, estrellándose con impetuoso furor en las enormes rocas y peñas que la circundan, siendo innaccesible su descenso a la playa, sino es por unas penosas sendas; y próvida la naturaleza hizo que aquellos despeños fuesen pingües y divertidos, pues la abundancia de mariscos que en ellos hai, es atractivo de muchos. Todo este monte es de una vasta extension, pues en él se ven muchas cimas mas y ménos pendientes y varios manantiales perennes, y todo su terreno de un crecido herbaje: lo inmediato al mar es despejado y su mayor elevacion de impenetrable bosquecidad. En un plano de su cumbre, hicieron un trincheron de trescientos pasos que cojia todo el frente, y por su derechura, izquierda y respaldo los cubria la montaña; y en campamento tan ventajoso esperaron a los españoles.

El maestre de campo habia sido de dictámen que se ocultasen cuarenta españoles en una montaña pequeña, inmediata a una espaciosa y bien cultivada sementera, y que con algunos auxiliares la talasen, pues era mui factible que habiéndola conservado tanto tiempo indemne, descendiesen a defenderla, para que no se admire que solo el ejército de Belisario no tocó a un árbol cargado de fruta, ni ménos el (1)..... en Persia. Parece que el arbitrio pudiera producir favorable efecto, pues los de la tala afectarian temeroso retiro para mas empeñarlos, a cuyo tiempo podrian salir los de la celada para por frente y fondo atacarlos con ventaja, la que no tendrian haciéndolo en su retranchamiento.

Asintieron algunos españoles a este dictámen, mas otros mozos inexpertos lo reprobaron diciendo, que aquellas eran operaciones de mucha tibieza y que convenia a cualquier precio ir a forzar sus trincheras. El jeneral fué de este dictámen, no obstante que se opuso el maestre de campo, y públicamente protestó que la accion se terminaria con su total pérdida. Cotite, dios de la imprudencia, predominó en este inexperto jeneral y en los que imperaban en su voluntad.

A la primera luz del dia siguiente se ascendió el prolongado repecho: iba de vanguardia Gomez de Lagos y llegó a una hoya que el monte hace a corta distancia de su trinchera, y mandó desmontar su jente. A este tiempo los indios salieron a hacer una descarga de flechas y piedras. Atacaron los españoles, haciéndolos retroceder con confusion, unos y otros tripulados, y aun ya entraban por los intervalos o puertas de su campamento, llevándolos a cuchilladas y picazos. A este tiempo

(1) No se entiende la palabra escrita *descauro*.

llegó el jeneral y los contuvo e hizo montar, y bien formados, prosiguió la marcha a vista del frente de su campamento, y a la promediacion de él se desmontaron y formaron para asaltarlo; y un soldado nombrado Cabrera que estaba en sitio mas elevado, inmediato a los enemigos, esforzó la voz diciendo: *a ellos que huyen*, porque vió que entraban algunos enemigos de los que se habian ocultado cuando los españoles los hicieron retirarse. Entónces avanzaron desordenados y quedó un capitan con quince hombres defendiendo el puesto por donde entraron. Los enemigos, como peleaban defendidos de su fortificacion y de algunos árboles que se incluian en su centro, era poco su daño; y al contrario el de los españoles, que estaban descubiertos y desordenados. Desampararon el terreno que defendian los quince hombres, habiendo hecho corta defensa, y se retiraron dejándolos en tan grave peligro; y por la derecha cayó muerto el jeneral Villagra, por cuyo motivo los indios levantaron un notable alarido: procuraron reunirse los que estaban dispersos y se renovó la accion con braveza mas que de hombres, pues los enemigos eran cinco mil y quinientos, y se les quitó el cuerpo del jeneral, que habian cojido. A este tiempo habian mas de veinte españoles muertos, cuando Gomez de Lagos, esforzando la voz decia, que se rehiciesen y unidos se retirasen al cuerpo de reserva y lugar de su desmonte. Así lo hicieron llevando el cuerpo del jeneral, y la batalla hasta entónces habia durado mas de dos horas, y montaron a caballo y se retiraron descendiendo de la cumbre con alguna precipitacion y desórden, y de los auxiliares libraron mui pocos con la vida.

CAPITULO XXV.

Prosigue la batalla de la cuesta de Villagra.—Hecho memorable de Pedro Cortes y de catorce españoles, de los cuales libra don Gonzalo Salazar con la vida.—Prosigue la guerra en Puren y manda el gobernador despoblar la ciudad de Cañete.

Digna recompensa es la alabanza de las heroicas acciones o bien intentadas o conseguidas, las que no se dignaron (1) de escribirlas los primeros personajes del orbe como de Jugurta, los romanos, Amatiniza y Mitridates de Antiprato a César, y en la presente centuria el gran Leopoldo elojió y manifestó su gratitud escribiéndole de puño propio al duque de Marlborough cuando la de Hochstett, como dice Limiers. No es ménos laudable la accion de Pedro Cortes, el cual quedó cortado con catorce hombres por los enemigos y no pudo incorporarse con los que se retiraron.

Viéronse hombro con hombro, y a paso lento marchaban circundados de enemigos; mas este Aquiles chileno con singular presencia de espíritu le dijo a Agustin Hernandez: "buenos nos han dejado estos bellacos retirándose sin ayudarnos;" a que respondió: "pues no hai otro

(1) Parece que debiera leerse *desdeñaron*.

remedio, estrellémosnos con ellos;" mas Cortes dijo: "ese es caso desesperado, podrá ser que alguno libre; peleemos hasta morir, sin que a nadie el valor falte y ninguno se deje cojer vivo, mil veces ántes perder la vida." Refiérelo en sus memorias con la injenuidad de aquel siglo. Así terminó la primera escena de esta batalla y principió esta segunda.

Iban muriendo algunos españoles sin decaerles la constancia de ofender y defenderse hasta exhalar el último aliento de la vida, teniendo todos presente el empeño de no dejarse aprisionar vivos. Doce eran ya los muertos cuando llegaron al lugar donde estuvo el equipaje, y restaban solo con vida Pedro Cortes y otros dos, cuando vieron a Gonzalo Rodriguez y Pedro Castillo que rompieron a caballo con la multitud de indios que por delante tenian, hasta que los perdieron de vista y murieron en este empeño. El un caballo, discurriendo el cojerle sin herirle, se evadió de quienes lo intentaban y terminó su carrera donde estaban los tres españoles con mas que natural instinto, y le asió de la rienda y montó Gonzalo Salazar, de la Extremadura.

Los indios con el despojo de los muertos y repartimiento de equipajes, aflojaron algo en el empeño de seguirlos. Pedro Cortes a este tiempo procuró con la lanza el desapartar a los que le circundaban, y arrojándola de presto, con espada en mano corrió por el desfiladero abajo, porque aunque robusto era de notable ajilidad, y esgrimiendo el acero con esfuerzo mas que de hombre, llegó al plano ménos perseguido aunque venian muchos en su alcance. A este tiempo previno su buena dicha que hubiese quien le socorriese en tan terrible conflicto e inevitable peligro, pues habia cinco horas que duraba la lid y el calor era excesivo, lo que aumentaba la fatiga.

Francisco Perez, su amigo y costerráneo, soldado de caballería quien se habia retirado de los postreros, le vino a socorrer, oponiéndose a los indios que marchaban presurosos en su alcance, y en este intervalo puesto en una peña, montó a su respaldo. Ya parece que hasta aquí terminaba su fortuna, mas volvióse a repetir, porque muchas veces los males toman alientos para ser mayores, y así dice Livio, que los contínuos trabajos o repetidas desgracias suelen turbar el juicio; mas no sucedió así a este Hércules invicto, actuando su valor heroico en otro lance extremoso. Atascóse el caballo en un tremedal y fué preciso su desmonte para que alijerado del peso pudiese evadir el peligro, pues los indios gozosos venian con presura a lograr la ocasion que se les ofrecia. Cortes corrió adelante miéntras el compañero salia del ciénego, y esforzando su ajilidad alcanzó a un indio yanacona que a caballo se retiraba. Consiguió esto su buena dicha, y junto con su favorecedor puso en salvo al indio a quien quitó el caballo y a un muchacho español a quien un auxiliar habia dejado a pié, y se juntó con el maestre de campo, que se retiraba con veinte hombres.

Salió con nueve heridas, y es mas ponderable que viéndose insultado y perseguido de los indios, se puso en la retaguardia, adonde era el mayor peligro del ataque, y habiendo muerto a uno de los mas audaces, se

abstuvieron los mas de seguirlos. Solo Pedro Cortes y Gonzalo Salazar libraron con la vida, y dignos son de contarse en el número de los vencedores los que gloriosamente en la guerra mueren, como dice Demóstenes: una sola contendió Cortes con inimitable valor o con esfuerzo mas que de hombre, y es cosa notable que estas y otras hazañas se ignoren en Chile en donde fueron hechas. Con razon esclama Séneca diciendo, que muchas acciones egrejias permanecen en lo oculto; y por este motivo ha corrido mas difusa la pluma.

Murieron cuarenta y siete españoles, y lastimoso olvido ha sido el que no se sepan los nombres de los compañeros de Pedro Cortes, y solo se sabe que fué uno de ellos Agustin Hernandez y Gonzalo Salazar, que libró con la vida. Pudo competir esta accion con la de Leonidas y sus compañeros en la Termópilas contra el poder de los Persas, o con la de Ricardo, monarca ingles, cuando la sacra conquista en el sitio de Joppe.

Esta desgracia la causó la imprudencia del jeneral inexperto, que aunque su padre le elevó a aquel cargo, no le pudo infundir su experiencia, y así la gloria terminó en afrenta y la eleccion en su deshonor. Bien advertida la República Veneciana, procuró obviar iguales inconvenientes desde que el jeneral Canales por el amor tierno e inconsiderado de su hijo, omitió el socorrer a Negroponto atacando el puente de Leuripo, como dice Guillete, y por lei que el dia de hoi subsiste, ordenó que ningun almirante llevase consigo a sus hijos. El maestre de campo prosiguó su marcha y habiendo llegado a los Confines, despachó a Juan Moran con quince españoles a reclutar las tropas de Lorenzo Bernal, que se hallaba en Puren haciendo resentir a aquella provincia las hostilidades de la guerra que ella principió, y los auxiliares que tenia a su comando lo ejecutaban con saña y furor.

El gobernador recibió la noticia de la muerte de su hijo y desgracia del campo español con resignacion cristiana y prudencia estoica, sin que le viesen ni oyesen extravagancia de sentimiento que desdijese del carácter de su persona. El maestre de campo se fué para la Concepcion a esperarle, quien se hallaba en Arauco, de donde despachó a Juan Gomez para que despoblase la ciudad de Cañete y que sus habitadores se retirasen a Arauco, porque quien al tiempo obedece honestamente sirve, como dice Séneca, y la suficiente medicina, la hizo la experiencia y no la conjetura.

CAPITULO XXVI.

Accion acaecida a los españoles en la Mocha con deshonor de las armas.—Retírase el gobernador a la Concepcion, donde murió.—Elójiase su persona.—Por su nombramiento sucédele Pedro de Villagra.—Los sitian en Arauco.—Fortifícanse en Leuquetal y quedan batidos.—Vienen a sitiar a la Concepcion, mas sin suceso, y sorpresa por ellos intentada.

Adonde no vive el recelo, allí acude el peligro, y siempre fué mejor adolecer de prevenido. En la isla de la Mocha, que está inmediata a la

costa de Arauco, experimentó esta perfidia un español, de aquellos insulares, pues habiéndose quedado entre ellos para su espiritual y temporal beneficio, atraido de sus ofertas y finjidas súplicas, porque es de los aleves y traidores tener buenas palabras, como dice Marco Aurelio. Por fin, quitáronle la vida atrozmente cuando discurrió mas segura su confianza: no nos individualizan mas las memorias de aquel tiempo. El gobernador, viendo que aquella omision del castigo traeria consecuencias perjudiciales al público interes, destacó a Pedro de Villagra, su primo, con sesenta hombres para que castigase aquellos isleños; mas hallólos resueltos y bien prevenidos a una vigorosa defensa y vinieron a atacar a los españoles. La accion fué dudosa y en ella perdió Villagra dos hombres, y habiéndose retirado, procuraron siempre alejarse, viendo que no podian subsistir mucho tiempo en su pais, lo que acaeció volviéndose a Arauco en la misma embarcacion que fueron.

Esto exasperó al gobernador, viendo terminada la operacion con poco decoro de las armas, y resolvió retirarse a la Concepcion por mar con las mujeres y niños de la ciudad de Cañete y la jente poco apta, dejando en Arauco de comandante a Bernal con noventa hombres. El gobernador tenia un corazon digno de su carácter; no le ensoberbecian felicidades, ni le abatian infortunios: en todas fortunas se hizo recomendable; solo sentia el que su habitual mal de gota le privase hallarse presente en las operaciones de las campañas, y esta era la rémora que aprisionaba su belicoso jenio, llevando con impaciencia tan violenta retencion, pareciéndole que se desacertaba todo lo que no veia, y para el caso que el mal hiciese baldios los remedios, dispuso una silla portátil en que, como a otro Antonio de Leiva, le llevasen a la frente de sus tropas.

Púsose en cura, y unas unciones que le dió su médico, le quitaron la vida por julio de mil quinientos sesenta y tres años. Nombró por gobernador interino a Pedro de Villagra en virtud de real despacho que para ello tuvo, cuyos ejemplares de igual facilidad han sido raros. Dícelo así Pedro Cortes, que se halló presente, lo que bien manifiesta la gran satisfaccion que el Rei tuvo de su conducta. Gobernó a Chile cuatro veces y vino al reino de la provincia del Tucuman con válido socorro para subsistir y conquistarle, y sin duda fué confundador del reino. Hízole Pedro de Valdivia su teniente jeneral durante su vida. Acimentóse en la Imperial y dióle treinta y cinco mil indios de repartimiento en la provincia de Maquegua, que aun el dia de hoi en medio de la jeneral atenuacion permanece la mas poblada.

Despues de la muerte de Valdivia mantuvo el reino entre las terribles convulsiones de una fatal ruina. Fué de todos bien amado y al igual sentido, pues en él perdieron afable compañero, fiel amigo, compasivo padre y gobernador justo. Ignoramos su patria, y bien pudieran contender por tenerle por hijo las ciudades mas ilustres, como lo hicieron siete de Grecia procurando serlo cada una de Homero. Y porque no lo extrañe el deseo, no decimos nada de su familia porque ignoramos si

dejó o no sucesion en el reino, y esto nos parece lo mas verosímil. Año de mil quinientos sesenta y uno hizo merced a la ciudad de la Concepcion, para propios de ella, de una grande extension de campo que se comprenden desde la Dormida del gobernador Valdivia hasta el rio de Itata, de una y otra parte del camino real de Santiago, en que se ha entendido várias veces para dar a la ciudad la propiedad de tan extenso pais. Recibióse Pedro de Villagra en virtud del real despacho y nombramiento que ya tenemos dicho, dia cuatro de junio de mil quinientos sesenta y tres años.

Los araucanos, luego que supieron que se recrecia el accidente del gobernador, pusieron sitio a la plaza de Arauco, y con mayor teson lo prosiguieron despues de la noticia de su muerte, sin que descontinuase este su ardor la erizada estacion del invierno, que es bastante ríjida en aquel pais. Antigüenu, que era jeneral, con dos mil hombres que allí tenia, estaba con firme resolucion de que las trincheras habian de ser su sepulcro y el de sus familias, ántes de ceder del empeño en que su valor los habia puesto, esperando un dichoso fin de su constancia o una gloriosa muerte. Si esta accion hubiera sido despues de la del duque de Alba, cuando el sitio de Arlen, en Flandes, dijéramos que este jeneral habia querido imitar a tan ilustre capitan, quien consultado de Don García sobre levantar el sitio, le respondió que en él muriese y que él iria a proseguirle y por su muerte vendria de España la duquesa: a esto le impulsó su gran conducta y valor a la inspeccion de la Europa, con la espera de inmortal gloria; mas acá en Chile solo una heroica aunque inculta braveza y ménos brillante, pues se ejecutaba en el ángulo mas retirado del orbe y sin la apetencia de que se transmitiese a la posteridad su memoria.

Cualquiera leve esperanza la hace abultar el deseo. Parecióles a los indios bien fundada la que se les ofrecia con la muerte del gobernador para salir de la odiosa y servil condicion en que estaban. Los habitadores de Lebquetal se sublevaron y fortificaron en un terreno ventajoso y esperaban las reclutas que les venian. Al gobernador no le pareció conveniente el mantenerse en la innaccion, y mas estando tres leguas solo de la Concepcion: se resolvió a desalojarlos, para cuyo efecto fué con sesenta hombres y llegó al sitio de su retranchamiento, que está en un plano de una eminencia despejada; y como la voz de la ocasion no es otra cosa que una consideracion o advertencia del tiempo que en vida [*sic*], como dice Demóstenes, los avanzó sin pérdida, aprovechándose de la confusion en que parece los habia puesto la improvisa vista del campo español; mas no dejaron de formar algunos escuadrones fuera de su recinto, quedando los demas dentro para sostenerse mejor.

Principióse la accion y la terminó la noche, indecisa, con considerable pérdida de los indios, y al dia siguiente se prosiguió con el mismo ardor y con poca ventaja suya, mas no se forzaron sus líneas; y viendo que no podian permanecer mas tiempo en su defensa, las abandonaron de noche con pérdida de mas de cien hombres. No se dió por este sinies-

tro accidente por vencida su constancia, y así formaron el proyecto de acometer el centro dejándose de la circunferencia, y juntado válidas fuerzas para fundar esperanzas al comando de Antenecul, se vinieron a sitiar a la Concepcion, atrincherándose en seis distintos puestos en figura de medio círculo a promediadas distancias unos de otros, para mejor sostenerse, de suerte que quedaron cortados los caminos de su ingreso.

Incendiaron todas las casas de las huertas y viñas, esclareciendo la llama las tinieblas de la noche, haciendo horrorosa y dolorosa la inspeccion en los dueños. Dos meses duró este sitio o bloqueo, y casi no hubo dia en que no viniesen a provocar a los españoles, o estos no saliesen a incomodarlos, lo que fué siempre con suceso. Un dia avanzaron de tal suerte las tropas enemigas, que estuvieron para entrar en la ciudad por la casa de Pedro Perez de Valdivia, la que ganaron y estaba a corta distancia de la Catedral en el plano de la loma de la hermita; y Nuño Hernandez de Salamon Irrazura fué el primero que se les opuso y contuvo; mas volteáronle del caballo mal herido, y haciendo esfuerzo de un desesperado valor, fué socorrido y cobró el caballo, y se retiraron con confusion.

Declarólo así el maestre de campo licenciado Altamirano en un instrumento auténtico de aquel tiempo, y que Francisco de Zelada fué uno de los que le favorecieron. Por fin, se retiraron los indios viendo infructuosos sus deseos, y pasados cinco meses, a la primera luz del dia llegaron a la ciudad sin ser sentidos e incendiaron el molino de Hernan Paez y algunas casas en la inmediacion del convento de la Merced. Esta accion promulgó la noticia de su sorpresa y salieron veinte de a caballo, a que se agregaban otros en pequeñas partidas; mas el haberse separado unos de otros por el despojo, fué el motivo para que quedasen batidos. Murieron algunos y otros se aprisionaron.

CAPITULO XXVII.

Prosigue el sitio de Arauco.—Accion inhumana del comandante ejecutada con los auxiliares, y abandona la plaza.—Accion poco ventajosa que tuvo con los indios Diego Perez de Zurita.—Juan Moran sorprende en su campamento a los indios con suceso.—Fortifícanse entre los rios de Vergara y Bio-bio.—Hecho notable de Pedro Cortes.—Mudan de alojamiento.—Forza sus líneas Lorenzo Bernal.—Hecho singular suyo, y consigue una cumplida victoria.

Prosiguieron los indios en el sitio de Arauco, sin que los hiciese desistir la rijidez de la estacion inverniza, porque la perseverancia en el mal, no es constancia si no es pertinaz dureza, como dice Lactancio, o que discurriese el jeneral Antiguenu que era accion reprensible a su conducta el haber entrado fervoroso en aquella empresa para descaecer helado; mas tenia una capacidad sobresaliente que excedia a la rudeza de su bárbara crianza; bien esto lo manifiesta el hecho siguiente. Comenzaron a vociferar los indios las urjencias que pasaban los sitiados, dando por autores a algunos de los confederados que tenian en su recin-

to, que con laudable lealtad habian negado su patria y parientes para servir a los españoles. El comandante, con imprudente acuerdo, discurriéndolos cómplices en traidora correspondencia, les ordenó se fuesen de la plaza. Los auxiliares respetuosamente le propusieron que los echaba a morir; que era supuesto lo que decian y solo a fin de que llegase a aquel extremo con ellos, y que se acordase de los que habian muerto a su vista en el empeño de su defensa, y que aquel no era el premio debido a su mérito.

El comandante mandó con reiteracion se ejecutase su órden; mas entónces con jeneroso despecho a una voz le dijeron: "Capitan, quitadnos la vida, que será honor nuestro el perderla a vuestras manos y no a las de aquellos que siendo nuestros parientes, amigos y compatriotas, la perdieron a las nuestras, sin mas interes que el de vuestro servicio, y tan ingrata correspondencia no cabe en la jenerosidad de vuestra nacion, cuando se avergonzara de ejecutarla la barbaridad de la nuestra."

Pedro Cortes menciona a los mas principales y no es razon negar al público la noticia de su memoria, que son los siguientes: Lincalebu, Malloquital, Tegualemu, Colbanti y Pillaleb. Por fin los echaron y a vista de los españoles los despojaron y atrozmente les quitaron la vida, principiando esta sangrienta ejecucion por Pillaleb, diestrísimo flechero. No se puede negar que aquel siglo produjo hombres de feroces jenios: no poco denigró la fama y conducta de Lorenzo Bernal esta accion tan inhumana, ejecutada contra la piedad cristiana y toda máxima de buena política; y consiguió Antigüenu el privar a los españoles de tan válido socorro que tanto cooperaba a su subsistencia, haciendo terrible y odiosa la nacion.

Con razon esclama Eliodoro diciendo, que es miserable la fortuna de la humana vida, pues está llena de inscontancia y sujeta a toda mutacion. Recrecia la penalidad de los sitiados el haber venido dos veces un barco en su socorro infructuosamente, porque estando la fortaleza mas de una legua de la playa, no llevaban competente jente para forzar sus líneas. En el campo de los indios se experimentaban várias enfermedades, lo que desmayó algo su empeño, mas no que llegase a descontinuar su teson; y en el intervalo del retiro de unos para su curacion y espera de reclutas de otros, resolvió el comandante desamparar una noche la plaza, porque llegaba ya el extremo de no poder subsistir en ella; mas el famoso Antigüenu desafió al comandante a campal lid. Aceptóla contra el dictámen de los españoles: ejecutóse en el intermedio del campo y de la plaza, quedando igual número a competente distancia para seguridad de los campeones. Acometieron con fiereza; mas estando el terreno resbaladizo, un golpe de pica hizo rodillar a Bernal: acudieron los españoles y lo retiraron. Esta arrojada accion manifiesta el valor de Antigüenu.

Ejecutóse el retiro con suceso, a que no ayudó poco la enfermedad del jeneral Antigüenu: atravesaron la sierra costeña por el camino de Nonconagüel y llegaron a la ciudad de los Confines. Los indios, vien-

do abandonada la plaza, que era el padron umbrajoso de su libertad, los dejaron ir. Lorenzo Bernal bajó a la Concepcion a verse con el gobernador, de donde volvió mal satisfecho, porque no le habian hecho maestre de campo, como dice Cortes, y se retiró a los Confines, adonde tenia su acimentacion.

Un cuidadoso desvelo, una fatiga sin intermision manifestó Pedro de Villagra desde el ingreso a su gobierno, la cual no se vió descontinuada hasta el fin, y aun sus émulos confesaron que excedian demostraciones a esperanzas, pues, como dice Séneca, es miserable la fortuna que de enemigos carece. Mandó el gobernador que de las ciudades de arriba viniesen cuarenta hombres al comando de Diego Perez de Zurita, y Diego de Carranza se le agregó, quien habia sucedido a Don Miguel de Velasco en el gobierno de los Confines y venia a conferir con Pedro de Villagra varios negocios de la utilidad pública; y en el sitio de Lebquetal, que es montañoso, les acometieron cuatrocientos indios, cuya improvisa vista no consternó a los españoles, aunque habia diez enemigos para cada uno, y principióse la accion dudosa que duró hora y media y se terminó con pérdida de ocho españoles y entre ellos Don Pedro Godoi, persona de distincion. Extraviaron el camino y llegaron a la Concepcion.

Ni vencedora ni vencida sosiega esta belicosa nacion: el fin de un combate es principio de otro, y la fatalidad de un suceso les ministra luces para las operaciones de otro. Súpose en este tiempo que en Molchen y en la isla de la Laja se juntaban várias tropas con designio de invadir la ciudad de los Confines, y el cabildo nombró a Juan Moran con veinte y ocho hombres para que fuese a cerciorarse del caso; y a la primera luz del dia los sorprendió, favoreciendo su designio lo nebuloso de la montaña, que no pudieron distinguir su corto número. Murieron cien indios y les quitaron las cabezas y armas de los que perecieron en Lebquetal, y se halló en esta accion Pedro Cortes.

El cabildo de los Confines, por ausencia de Diego Carranza, nombró por jeneral a Lorenzo Bernal, persona de las mas distinguidas del comando, lo que siempre debe ser atendido por ser la guerra el mas árduo e importante manejo que pueda haber, como dice Livio; y no obstante la reciente pérdida que experimentaron, se juntaron várias tropas, cuyo total número fué el de dos mil quinientos indios, con designio de apoderarse de la ciudad o compeler a los españoles a su abandono, y se vinieron a campar en las juntas de los rios de Vergara y Biobio, y para su mayor seguridad hicieron a su frente un trincheron. El jeneral Bernal salió con cincuenta hombres al opósito y destacó a Pedro Cortes con cinco hombres para que fuese a reconocerlos, y dejándolos a competente distancia, él solo se vino escaramuceando para su retranchamiento hasta la distancia de diez varas, y reconocido bien, se volvió con notable peligro de su vida, pues con nueve arcabuces que tenian corrientes, hicieron contínuo fuego: estos fueron tristes despojos de la infeliz jornada de Villagra, con muchas cotas, celadas y espadas

que allí tenian. Retiróse el jeneral, difiriendo su avance con mayor acuerdo.

En la ciudad congregó Bernal a los caciques que permanecian sujetos al dominio español, y habiéndolos exhortado a la comun defensa, Mincheleb, de mui avanzada edad, persuadió a los suyos y respondió por todos ofreciendo cuatrocientos buenos soldados y pidió por compensacion media braza de chaquiras a cada uno, chicha y a cada veinte un perro para comer. Dícelo así Pedro Cortes, que presente se halló; y este nuevo reglamento de paga se extrañará en el tiempo presente en Chile, pues tienen tanta abundancia de ganado mayor y menor, que es imponderable su crecido número, y no creerán los indios que hoi subsisten, que sus projenitores apetecian los perros por manjar delicioso, y que abundando tanto esta especie, solo crian para su diversion y placer; mas el tiempo se burla del mesmo tiempo, haciendo que en unos sea apetecible lo que en otros fué despreciable. Túvose por grandeza y honor el quemar los cuerpos de los emperadores, y hoi esto se reputa por vituperio y castigo de los delitos de la mayor enormidad. Ofrecióles el comandante aun mas de lo que pidieron. Súpose que los enemigos se habian venido a campar en la inmediacion de la ciudad, y de noventa y seis españoles que en ella habian, segregó cincuenta, y con ellos y los auxiliares se vino a alojar como a dos tiros de fusil de ellos, y de allí envió por un cañon y municiones.

Hai casualidades que consternan como otras que animan, y así los Romanos dieron por nombre de relijion a los augurios, y el grande Alejandro entre las aclamaciones de divino hizo grande aprecio de ellos. Una raposa pasó por el intervalo de los dos campos y una galga de Pedro Cortes la alcanzó en la inmediacion de las trincheras, y en celebridad del que tenian por feliz vaticinio, nuestros auxiliares levantaron confusa vociferacion que terminó en fiera amenaza. Salió a este tiempo de las trincheras un capitan valeroso y blandiendo una pica, esforzando la voz dijo: "que aquellas eran acciones casuales, sin influjo próspero ni adverso, y que el valor era el que decidia la fortuna de la guerra;" y hallándose el jeneral con quince hombres mas y la pieza que esperaba, acometió a los indios, que eran dos mil seiscientos, habiendo formado de los suyos dos trozos y quedando otro de reserva; mas ordenó que no se aproximasen hasta hacerles gastar las municiones que tenian, porque hacian fuego sin descontinuarlo; y así se difirió el avance hasta el dia siguiente, y habiéndolos formado como el dia antecedente, les dijo Bernal la exhortativa siguiente.

Díjoles: que nunca el destino los habia puesto en tan manifiesto peligro como el que de presente se hallaban, de morir o vencer, y que seria vergonzoso el que la osadía de los indios causase su ruina; que en aquella accion consistia la conservacion de la ciudad, la de sus vidas y las de sus mujeres e hijos; y volviéndose a ocho españoles que solo dejó montados, les ordenó con ardiente enerjía que si algun español se retiraba, cuya pusilanimidad de nadie creia, lo matasen luego, aunque estu-

viese mortalmente herido, sin eceptuar personas, y que les pedia él imitacion y no ejemplo. Heroica accion que apénas tendria igual en la historia antigua y moderna, y digna de que a la posteridad se trasmita en honor de quien la hizo. Por fin, atacaron sus líneas y a las dos horas de un dudoso Marte habian veinte españoles heridos; mas advirtiendo el jeneral que en un ángulo de su retranchamiento no cabian mas que los que estaban en su defensa y que por fuera podian avanzar muchos, cargaron por allí los nuestros con los auxiliares, y al opósito concurrió tal muchedumbre que no solo les fué embarazo, sino opresion, y haciendo diversion mui a propósito, los atacaron los españoles con fiereza. Defendia el ingreso un capitan esforzado que con cinco balazos no desistió del empeño, hasta el sesto que le dieron por los pechos y cayó muerto. Algo consternados los indios se retiraron para el rio, adonde se arrojaron muchos; mas el comandante, esforzando la voz, los persuadió a que muriesen peleando como valerosos, y no en las ondas como cobardes. Fué tan eficaz esta exhortacion, que unos mojados y otros casi desnudos volvieron a renovar la accion, en cuyo empeño perecieron todos, sin querer ninguno evadir el peligro aunque pudieron: fué su pérdida de setecientos hombres. Veinte y cuatro españoles quedaron heridos y mucho mayor número de auxiliares, y algunos muertos. Dejaron cuarenta y un arcabuces, veinte y seis cotas, quince celadas y algunas picas: hiciéronse quinientos prisioneros. Esta batalla tan decisiva fué de gran consecuencia para la conservacion de la ciudad y sosiego del reino. Debióse a la conducta de Lorenzo Bernal, cuya militar experiencia bien la manifiesta hecho como este; y la ciudad y vecinos solo experimentaron el recelo y temor del peligro, siendo el puerto mas dulce que no amarga la tormenta. La historia debe ser apetecida, no solo para el deleite, sino es por ser utilísima para las consultas, como dice Aristóteles.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Los indios de la ribera de Itata y Coyunchos se sublevan.—Mal éxito de las armas en su castigo.—Sujeta el gobernador a los que habian tumultuado el reino.—Viénele por sucesor Rodrigo de Quiroga y llevan preso a Lima a Pedro Villagra.—Puéblase a Quiapo.—Dos batallas que el gobernador con los indios tuvo, y sujétanse algunos.

Los escarmientos no aterraban a esta belicosa nacion, no queriendo ser de los felices a quienes los ajenos peligros hacen cautos, como dice Séneca, pareciéndoles que toda dificultad no era superior a su valor. Los Coyunchos, que hoi se ignora quienes fuesen, y los de la ribera de

Itata se sublevaron, y envió el gobernador a Pedro Balza con cuarenta hombres a su castigo: y corriendo hostilmente su pais, esperaron a los españoles en un sitio ventajoso por naturaleza y arte, adonde los atacaron; mas el combate terminó a favor de ellos; y se retiraron los nuestros batidos con pérdida de siete hombres. Parecióle al gobernador que el castigo no debia ser diferido, porque la retardacion les daria confianza, haciendo juicio deleitable, como dice Aristóteles; y hacia el caso mas preciso el que quedaba cortada la correspondencia con la ciudad de Santiago, porque estaban en el intermedio; y con ciento y cincuenta hombres salió de la Concepcion para Reino Belen, que hoi es Perquilauquen; y esperáronlos formados entre unos arbústulos para que sirviesen de estorbo a la caballería y pelear mas a cubierto, o diferirlo, porque siendo ellos dos mil, esperaban otros tantos para mas válidamente oponerse a los españoles. El gobernador no omitió la accion, la cual terminó despues de una hora mui a su favor, quedando enteramente batidos. Cuando al mesmo tiempo se dejaron ver por una espaciosa campiña varios escuadrones bien formados, y habiendo sabido la adversa fortuna de los suyos, apresuraron la marcha para internarse en la espesura de un bosque; mas el gobernador lo previno y atacó su retaguardia. Liglemu, su comandante, se puso de los primeros exhortándolos con el ejemplo y la voz: aprisionáronlo peleando con valor, y consternados se internaron en la montaña. Murieron trescientos indios, aprisionándose doscientos. Todas estas tropas se refujiaron en la cordillera, teniéndola por receptáculo de su infortunio; mas no quedaron escarmentados, ni ménos incómodos en su rijidez; y pues que las leyes de nuestra humanidad la sujetan a mil mudanzas, es razon nos conformemos con ellas; así lo hicieron, tolerándolas por la apetecida libertad, que, como dice Ciceron, es facultad de vivir cada uno a su arbitrio.

Proseguíase la guerra con operaciones de tibio calor de parte de los indios, porque su fortuna adversa habia retardado los progresos. Gozábase de paz en las ciudades de Osorno, Valdivia y la Rica, en cuyas jurisdicciones habia hecho ver la experiencia que sus habitadores eran ménos belicosos que algunos otros de las provincias del reino. Gozábase tambien de sosiego en la Imperial; pero no tan sin recelos que no temiesen su quebranto. Volvióse a la labor de las minas, y en Osorno se precipitaron las manufacturas de lienzos y paños. A este tiempo llegó noticia al gobernador de como Don Gerónimo de Castilla se habia desembarcado en Valparaiso con trescientos hombres, y que venia nombrado por gobernador del reino Rodrigo de Quiroga por Lope García de Castro, presidente de la real audiencia de la ciudad de los Reyes. Hallábase el provisto avecindado en la de Santiago de Chile, como tenemos dicho, y su distinguido mérito le hacia digno de toda atencion. Ordenóle a Don Gerónimo que se viniese a incorporar con él a la dicha ciudad.

Pedro de Villagra, con la noticia que tuvo de novedad tan extraña, se retiró de la ciudad de la Concepcion para la de Santiago, adonde

llegó con acelerada marcha. Juntóse alguna jente en la casa de su posada: imputáronle sus émulos que habia sido con designio de avanzar la de Rodrigo de Quiroga, adonde habia un mayor número con ánimo de prenderle. El gobernador Villagra, indignado del desacato que discurrió hacian a su dignidad, no habiéndole todavía intimado despacho de su deposicion, se vino con alguna jente armada para la casa de Rodrigo de Quiroga, y habiendo enviado a Juan Alvarez de Luna para que le hablase, ejecutólo y de las vistas resultó su arresto, a cuyo tiempo llegó la jente de Castilla, que se habia demorado por venir enferma en infantería; y quedó de pacífico gobernador. No individualiza mas circunstancias Pedro Cortes en su manuscrito histórico; y Pedro Ugarte en el suyo dice, que llevaron preso a Lima a Pedro de Villagra de órden de dicho presidente Lope García de Castro. Hoi se ignora el motivo, mas no es mucho, que en aquel tiempo mal se supo. No le hizo tan digno la pretension como despues la posesion del gobierno, y su acertada conducta merecia premio y no castigo. Y así dice Quintiliano, que el ofender y dañar en el mundo es cosa comun; que se tiene por difícil el ayudar y favorecer. Ignoramos el fin que tuvo: gobernó a Chile hasta el año de mil quinientos sesenta y cuatro, y en él quedó un apasionado recuerdo de su persona, ménos algunos ingratos, porque en todos los siglos hai Popilios que quiten la vida a quienes les libraron de la muerte, como lo hizo con Ciceron.

El nuevo gobernador Rodrigo de Quiroga con tan ventajosa recluta vino para la Concepcion, donde nombró por jeneral a Don Miguel Velasco y por su maestre de campo a D. Lorenzo Bernal, quienes expresaron lo indispensable que era la sujecion de las provincias de Arauco y Tucapel para la quietud del reino, cuya melodía de razones no fué menester para que se resolviese a la guerra, como la música de Jenofonte que procuraba a Alejandro a las batallas. Pasó a Arauco a la ejecucion de su proyecto y en Quiapo construyó una ciudadela para que igualmente incomodase a entrambas provincias e inmediata al mar, que franquease sus conveniencias y facilitase socorros, y se quedó para mayor adelantamiento de la fábrica y reglar las operaciones de la futura campaña, y bien enterado del valor y conducta de Pedro Cortes, le nombró por capitan partidario para hostilizar las provincias rebeldes con golpes de sorpresas o furtivas correrías. Practicóse con los rebeldes todo el rigor de la guerra, siendo sus paises un teatro lastimoso de sangre y fuego, adonde todo se actuó. Esto abatió su fiereza, si no para perpetuarse en la paz que ofrecian, a lo ménos para evadir la guerra que temian, porque a repetidas desdichas o a contínuos infortunios, no hai diamante que no desfallezca; y este partido tomaron las provincias mas expuestas, pero no las distantes, pues se acamparon en Rucapillan tres mil hombres a quienes no abatió el infortunio de los suyos; quizá considerando que en la frajilidad de la fortuna, no vive la desgracia distante de la dicha, pues ni aun las aras raras veces humean felices.

El sitio era ventajoso, pues por su izquierda y derecha tenia precipi-

cios innaccesibles: no obstante, se resolvieron a atacarlos sin diferirlo, porque en el próximo peligro no es menester largo consejo: hiciéronlo, separados los españoles de los auxiliares que llevaban. Fué tenaz el empeño de una y otra parte, y al fin de una hora de obstinada resistencia, cedieron los indios con pérdida de doscientos hombres. El gobernador procuró abastecer la plaza; pero fué con escasez, porque los incendios y contínuas talas tenian el pais en suma inopia. Por lo cual destacó al maestre de campo Lorenzo Bernal con las tropas españolas y auxiliares para que tuviesen sus cuarteles de invierno en la ciudad de los Confines, y envió sus emisarios a los indios solicitándolos con la paz, pues es de tanta excelencia que está acompañada con la gloria que a Dios se da en las alturas, como dice San Lucas, y en la tierra a los hombres de buena voluntad: cuya proposicion no desestimaron, pues las desdichas no se remedian con el despecho, ántes sí se agravan.

CAPITULO II.

Envía el gobernador Rodrigo de Quiroga de la Concepcion a la isla de Chiloé al mariscal Martin Ruiz de Gamboa.—Ejecútalo con suceso y funda la ciudad de Castro.—El gobernador reedifica a Arauco.—Establece el tribunal de la audiencia en Chile y termina su gobierno.

Rara fué la produccion de los hombres del décimo quinto y sesto siglo de la reparacion del linaje humano. Increibles fueron las acciones que emprendió su temeridad o valor: bien será el repetir sus elojios al narrar sus empresas. Hallábase el gobernador en guerra de precision, y solicita otra [de] eleccion fuera del reino en la conquista de Chiloé y su archipiélago, haciéndola mas difícil la separacion del continente de Chile, con un mar proceloso, cuyo rápido e irregular flujo y reflujo es émulo o superior al Euripo, que divide a Negroponto de Eubea, y digno de que con prolija atencion le contemplase Aristóteles. No le bastaba a Rodrigo de Quiroga el orbe chileno para actuar su valor y conducta en tan crespas borrascas que por instantes se levantaban. El cabildo de la Concepcion le hizo su representacion para que desistiese de esta empresa; mas inflexible llevó a rostro firme su ejecucion, no obstante las poderosas y aun convincentes razones que le propuso. Obras de locura ofrece el hombre al peligro, como dice Séneca, mas no pareció esto así a Quiroga, y vése en este caso lo impenetrable de lo futuro o, por mejor [decir], los decretos de la divina providencia, pues la conquista de la mejor parte de Chile no subsistió con ocho ciudades, y la de Chiloé permanece solo con una en la mejor cristiandad de la meridional América. Nombróse al mariscal Martin Ruiz de Gamboa por jeneral de esta empresa, y por maestre de campo a Alonso Benitez, vecino de Valdivia, y salió de Osorno siguiendo su destino con sesenta hombres año de mil quinientos sesenta y seis.

Pasó el canal que media entre Chile y la isla grande, sin ninguna

contradiccion: hallóla mui poblada en las demas de aquel archipiélago, reputando, o bien la realidad o la fantasía, por setenta mil los indios. Bien esto lo persuade el que las tierras se median (*sic*) a cordel, haciéndolas apreciables su muchedumbre. El mariscal corrióla toda y fundó la ciudad de Castro en honor y memoria del licenciado Lope García de Castro, oidor mas antiguo de los Reyes y gobernador del Perú, situada en los cuarenta y cuatro grados de latitud al antártico, en un bellísimo y despejado plano con predominio al mar, y el mariscal dió al rio que inmediato corre el nombre de su apellido, que hasta el dia de hoi permanece con el de Gamboa. Confirió opulentos repartimientos de indios a los que se quisieron acimentar. Procuró establecer contínua correspondencia entre Osorno y Chiloé, pues de aquella suerte se facilitaba la subsistencia de la nueva colonia, y dejando de comandante a su maestre de campo, con la celeridad que ejecutó la conquista, con ella misma se vino a incorporar con el gobernador a Arauco, habiendo ido, visto y vencido, cuya agradable melodía fué el mas plausible elojio del primer César en la victoria de Farsalia.

Los aplausos no siempre los tiene el digno: lógralos el afortunado. Por lo uno y otro lo fueron y son mui debidos a la memoria del mariscal. Rodrigo de Quiroga entendia en la fortificacion de Arauco y en el adelantamiento de la ciudad de Cañete, tan reiteradas veces despoblada, e iba tomando tan cabales medidas, que parece hubieran sido fructuosas para la entera sujecion del reino; mas habiendo habido otras disposiciones, terminó año de mil quinientos sesenta y siete, a los dos años y medio de su gobierno, como dice Pedro Ugarte en su manuscrito histórico.

El rei Felipe II, bien informado de la extension del reino, determinó que se estableciese el tribunal de la real audiencia y que el presidente fuese capitan jeneral para que esta soberana corte de justicia la actuase con celo e integridad, pues el espíritu de la guerra, que todo lo invierte, habia introducido abusos en lo militar y político que por perniciosos, eran dignos de la mayor atencion para el reparo. Y así dijo Aristóteles que la mas excelente de todas las virtudes es la justicia, que da un maravilloso brillante al gobierno; cuya real cédula se expidió en el bosque de Segovia en veinte y siete de agosto de mil quinientos sesenta y cinco años, y así comenzó a ilustrarse en el reino.

CAPITULO III.

Fúndase la real audiencia de Chile.—Entra el real sello en la Concepcion.—Notable dicho y hecho de un indio.—Asaltan los españoles unas trincheras de unas tropas acampadas.—Tálase el pais de los sublevados.—Trabájanse las minas en los paises pacíficos, y procurán reducir los encomenderos a pueblos sus indios.

Los rebeldes chilenos celebraron gozosos el que finalizase el gobierno de Rodrigo de Quiroga, pues veian que el destino o su conducta los exponia al peligro de su entera sujecion; y como la esperanza es

manjar de atribulados, colocada entre el temor y la seguridad, como dice San Agustin, tuviéronla bien fundada. Entró el real sello a la ciudad de la Concepcion dia mártes trece de agosto de mil quinientos sesenta y siete años, en donde habia de quedar sedentario este tribunal; y para mayor condecoracion de su ingreso, se compró un caballo blanco enjaezado a Francisco Gudiel en trescientos cuarenta pesos, como consta en el segundo libro de cabildo, y vinieron por oidores el Dr. Diego Nuñez de Peralta, y los licenciados Hegas Venegas y Juan Torres de Vega, a quien se habia nombrado por oidor de Santa Fe y despues de la ciudad de los Reyes, y por secretario de cámara Antonio de Quevedo; y despues vino al reino, como dirémos, el presidente Don Melchor Bravo. Principió la audiencia el gobierno y dieron el comando de las armas a Martin Ruiz y a Lorenzo Bernal: tan acertado nombramiento fué de comun celebridad, porque quien a los dignos premia a todos obliga. Dice Lipcio que la constancia es una inmutable fortaleza del ánimo: esta mostraron los indómitos chilenos, ministrándoles las adversidades luces y los peligros firmeza, como admira Meseray del almirante Coligny; y tenemos que notar mas que esta virtud heroica se hallase en muchos en Chile. No es capaz de mas empeño el humano valor, y para dar a entender a los españoles la saña de su obstinacion, se vinieron a campar considerables tropas a distancia de dos leguas de la ciudad de Cañete, en sitio ventajoso por naturaleza y arte y a vista del mariscal, que en la ciudad estaba (1), el que viniese a incorporarse con él, trayendo las tropas españolas y auxiliares de su comando para reforzar las suyas. Martin Ruiz dijo a Nagüelguala, comandante de los nuestros agregados, que le parecia iba involuntario pues solo llevaba una flecha por armas, cuando a impulsos de su ejecucion y ejemplo, debiera enardecer el valor a sus tropas viéndole otras mas ofensivas: a que respondió, uniendo la jenerosidad con el despejo, que cuando peleaba, las armas se las ministraban los enemigos, quitándoselas en los combates, lo que veria ejecutaba en la primera ocasion: dícelo Pedro Cortes en su manuscrito histórico, y que así lo ejecutó con admiracion de los españoles. En una línea tirada conoció Protójenes la valentía del pincel de Apéles, y bien conocieron con tal demostracion la de Nagüelgala los españoles. Atacaron las líneas cien españoles por su derecha y doscientos indios por la izquierda: principióse la accion dudosa; mas habiéndose incendiado las casinas pajizas que tenian, con las alcancías que echaron, no obstante la solicitud que habian puesto en extinguir el fuego, los puso en grave consternacion, y aprovechándose de ella, forzaron su retranchamiento, retirándose con precipitacion, desórden y pérdida de doscientos hombres.

Quedaron aquellas sus provincias al arbitrio de nuestras armas, porque las abandonaron sus habitadores, retirándose a las mas impenetra-

(1) Aquí parece haber una laguna, aunque no está indicada en el MS.

bles fragosidades, y se ejecutó en ellas todo el rigor de la guerra, que se practicó por el término de un año sin intermision. Quién no pensará que tan repetidos infortunios no eran capaces de abatir su fiereza, pues apénas se vé el que a golpes de desgracias no haya diamante que no se molifique; pero la experiencia de su teson acreditó lo contrario, despreciando las paces con que várias veces los solicitó el gobernador Martin Ruiz de Gamboa: y así dice San Agustin, que la desesperacion es una cierta muerte o un cruel homicida del alma. Finalizó la campaña el año de mil quinientos sesenta y ocho, en el cual llegó al reino el presidente Melchor Bravo de Saravia y luego nombró por maestre de campo a Don Miguel de Velasco; y a Lorenzo Bernal, que lo era, le confirió el empleo de correjidor de la ciudad de la Concepcion.

Toda la costa o la mayor parte estaba sublevaba, con los paises de Catiraigüen, que es lo que el dia de hoi se llama Santa Juana y Tabolevo; mas en los términos de las ciudades de la Imperial, Confines, Villarica, Osorno y la Concepcion, se gozaba de sosiego y al mesmo tiempo se recrecia el comercio y vecindario. Trabajábanse las minas, que como todas eran de lavaderos, se hacia mas fácil la extraccion del oro, y por lo jeneral las vetas eran mas someras que profundas, y adelantábanse las manufacturas. Todo lo cual nos lo manifiestan los fragmentos de aquel tiempo. No ménos se mostraron desvelados los mas de los conquistadores en reducir los indios de sus repartimientos a pueblos para que estuviesen en vida cristiana y política educacion, construyendo iglesias en ellos. Estas y otras obras pias, dignas de laudable recuerdo, principiaron a ejecutarse, y despues con mas ardor se prosiguieron cuando llegó D. fr. Antonio de San Miguel, primer obispo de la Imperial, como dirémos.

CAPITULO IV.

Los indios se acampan en un ventajoso terreno.—Va el presidente Melchor Bravo a desalojarlos, lo que se ejecuta sin suceso.—Notable accion de un soldado español.—Despuéblase Arauco, y quedan vencidos los indios en Cayucupil, y siguen las tropas españolas su destino hasta la ciudad de Cañete.

Poca es la fortaleza sin constancia, y con la perseverancia es poderosa; y así dice San Gerónimo, que el comenzar es oficio de muchos y el perseverar de pocos, y es laudable en justo y honroso empeño. Por tal tuvieron los bárbaros chilenos el suyo, y así vinieron a camparse seis mil hombres en la cima del monte de Marigüenu, que hoi se nombra cuesta de Villagra, quizá por anuncio de feliz auspicio, pues allí lograron la victoria y muerte de Pedro de Villagra. El presidente, viendo esta provocacion indecorosa al honor de las armas, y como oprobiosa a su pundonor, mandó que se juntasen las tropas del mariscal y maestre de campo, que se componian de doscientos sesenta españoles y quinientos auxiliares, para desalojarlos. Dícelo así Pedro Cortes en su manuscrito histórico, quien presente se halló. Y viendo el gobernador que

la accion era de la última importancia, vino a gobernar las operaciones de esta campaña. Acampóse el ejército en un valle delicioso que está entre el monte de Marigüenu y el de Colcura; y habiendo el presidente llamado a consejo, en él se determinó que Don Miguel de Velasco con sesenta hombres fuese a reconocer su campamento, el cual estaba en lo mas superior del monte, con una fuerte trinchera por su frente y por su izquierda y derecha unas montañas que su espesura las hacia impenetrables.

Don Miguel de Velasco le persuadió al presidente oyese el dictámen de Pedro Cortes, pues su experiencia y valor le hacian de acertado consejo. Es cosa notable que ántes no hubiesen llamado a persona tan distinguida, mas hai arcanos que solo se pueden admirar y no investigar. Igual caso sucedió con Fernando Cortes cuando Cárlos V fué sobre Arjel, no apreciando la persona de quien recreció los dominios del César con una nueva España de mas de triplicada extension que la antigua: y aunque respetuosamente se excusó Pedro Cortes, sabiendo lo que ya se habia dispuesto, no obstante, cedió a la instancia del gobernador y dijo, que se habia de ir a reconocer con tan suficiente jente cuanta era necesaria para pelear, pues estaba al arbitrio de los indios el hacerlo y no al de los españoles el excusarlo, si ellos principiaban la accion: y que su dictámen era que el reconocerlos y avanzarlos fuese ejecutivo, y añadió el arbitrio de ciertos bastidores portátiles y atronerados para ofenderles a cubierto de sus flechas y piedras. Mas el presidente airado y aun con palabras punzantes desaprobó su dictámen, aunque deben ser apreciables las personas que con injenuidad y franqueza nos desengañan. Diciendo Tiberio al senado romano que daria su voto para la decision de una grave consulta, le replicó Pison, que si hablaba primero no tenia mas que hacer, sino seguirle: cuya desazon manifestó el presidente porque la propuesta no se arregló a su dictámen; y con la atencion debida a su carácter le dijo [Cortes], que en la accion donde se interesaban las vidas y conservacion del reino, estaba en el deber de decir su sentir sin excepcion de personas.

Al siguiente dia los dos jenerales con ciento y cuarenta hombres comenzaron a subir el monte, y habiendo llegado a competente distancia de poder reconocer su campamento, salieron várias tropas acometiendo a los españoles por su frente, izquierda y derecha. Favorecíalos mucho la superioridad del terreno para ofender de alto en bajo: los españoles estaban opresos por la estrechura de las sendas, que eran unos desfiladeros emparedados, sin poder pasarlos del fondo al frente. Viendo que estas ventajas podian terminar la accion a su favor y que el número de sus tropas se recrecia, resolvieron los españoles el retirarse, el mariscal en la vanguardia y el maestre de campo Don Miguel Velasco en la retaguardia, de donde habiéndose llevado un español, Francisco Hernandez Redondo, con espada en mano, rompió solo por mas de doscientos indios que al frente estaban, y a cuchilladas se los quitó y trajo a incorporar con la tropa española. ¡Increible hazaña, heróica fiereza que

igualmente asombró a indios y españoles, y digna que de siglo en siglo a posteridad se trasmita! Cuéntala Pedro Cortes, quien la vió y añade que el soldado con indecorado furor se salió de la ordenanza y murió de un golpe de pica en los pechos.

Al maestre de campo Velasco se le cortó el rendaje y el caballo fogoso le llevó a los enemigos: socorrióle un soldado valeroso y dichosamente lo libró entre unos precipicios, donde le hubieran muerto. Mas viendo los indios que en la retaguardia quedaban sin comandante, se estrecharon de tal suerte con los españoles que, despreciando el fuego, se entraban por las picas y espadas; mas Pedro Cortes tomó el mando y exhortaba a los españoles, mencionándolos para mas estimularlos; y habiéndose reunido para sostenerse mejor, los cargaron con tal desesperado furor, que mataron veinte indios, y los hizo retirarse mas de sesenta pasos, dejando algunas armas de las que habian quitado: hizo desmontar a un yanacona para que llevase asido a Juan Ruiz de Leon, que estaba mortalmente herido, y ya a mas distancia seguidos, descendieron al plano: y aquella noche llegaron algunos españoles de los que tuvieron la dicha de ocultarse en los bosques o quedaron por muertos: no obstante, fué la pérdida de cuarenta y cuatro hombres y cien auxiliares, fuera de otros que de las heridas murieron. Padecióse el daño a vista del remedio, y esta no es dicha, sino inconsideracion. No sabemos si el presidente hizo mas aprecio de Cortes despues de esta accion que la predijo, que el que habia hecho ántes que le pidiese el consejo.

Isócrates llamó a los infortunios eficaces maestros, porque enseñan a conocer los yerros y a moderar la presuncion que los causó. El presidente, no abatido con esta desgracia, aunque acaecida a su primer ingreso, se retiró el dia siguiente para la ciudad de los Confines y vino a camparse al rio de Vergara, de donde envió al mariscal y maestre de campo a despoblar a Arauco, donde habia quedado de comandante Gaspar de la Barrera con cuarenta hombres, y que los retirasen a Cañete, pues la mala fe de la nacion no dejaba duda en que se sublevase aquel su contorno que habia quedado pacífico; y si es trabajo sufrir un reves de fortuna, eslo mayor no remediar el mal que a resentir se comienza, como dice Milecio. Los jenerales siguieron su destino y al bajar a Cayucupil, preciso tránsito para Cañete, les salieron seiscientos indios en dos tropas, y al fin de un dudoso Marte, quedaron batidos con pérdida considerable, y con la de ocho españoles llegaron a la ciudad.

CAPITULO V.

Dase noticia de dos batallas que tuvo el mariscal Martin Ruiz de Gamboa con los indios, lo que abatió su valor.—Resuelven algunos a dar la paz, otros por no sujetarse se destierran de su patria con sus familias.

Ni vencedores ni vencidos descansan los belicosos araucanos y tucapeles: no les incomodaban las fatigas de la guerra, no la ríjida estacion

inverniza, ni la desnudez de sus personas para tolerar las inclemencias. ¿Dónde se ha visto milicia de valor tan marcial, cuyo coraje y braveza nunca será bastantemente alabado? Con interposicion de dos dias de descanso se vieron compulsos los jenerales a salir a su opósito, llevando ciento y veinte españoles y cien auxiliares, porque sabian que diversas tropas se juntaban para poner formal sitio a la ciudad de Cañete; y con designio de estorbarlo se vino el mariscal a campar a Quiapo, y porque la solicitud de los indios nada omitia, persuadian a voces a nuestros auxiliares desde las eminencias el que desertasen, con várias razones de estímulo para su ejecucion; y habiendo proseguido el dia siguiente la marcha, se avistaron como cuatro mil hombres que marchaban a ganar unas despejadas colinas, cuya vista contuvo a los españoles; y como dice Salustio, que a un improviso negocio debe haber nuevo consejo, tuviéronlo sobre si convendria la prosecucion de su marcha o el retiro. Todos fueron de este dictámen, ménos Juan Ruiz y Pedro Cortes, quienes dijeron: que si el regreso era por obviar accion con ellos, buscarian sitio ventajoso adonde no podrian omitirla, y que su retiro les infundiria audacia y valor con fundada esperanza de ganancia de causa, y que aquel terreno era despejado para el manejo de la caballería y propio para entrar en funcion con ventaja, la que no lograria en el que fuese de su eleccion. No se siguió este dictámen, y en cuatro pelotones, uno en pos de otros, ejecutaron la marcha.

Los indios vinieron a atacar a los españoles, a quienes juzgaban aterrados, sobre el desprecio de su corto número y que sus tropas por momentos se aumentaban. Mas los españoles, viéndose en el estado de vencer o morir sin miedo, no les pesaba de perder la vida que les podian quitar, y así los recibieron con temerario despecho, el que bien resintieron en el espacio de hora y media que duró la batalla indecisa, y por fin terminó a favor de los españoles, quedando trescientos indios muertos en el campo de batalla y con alguna pérdida de nuestra parte. Siguió el campo su destino, y en los desfiladeros se avistaban, procurando impedir su tránsito, mas sin suceso, pues separados todos los peligros, llegaron a la ciudad de Cañete. Y queriéndola el mariscal vituallar, en medio de la inopia del pais, salió con ánimo de hacerlo con unos cien españoles y algunos auxiliares, y habiendo llegado con este designio al valle de Pailataru, donde estaban cerca de seis mil indios, con tal recato y precaucion que ignoraron el que tan crecido número de tropas estuviesen allí acampadas. No sorprendió a los españoles tan inopinado accidente, aunque se vieron acometidos por su frente y fondo. El mariscal con admirable presencia de espíritu animó a los suyos y distribuyó órdenes: principióse la accion con denuedo y confianza de parte de los indios, solicitando el triunfo del vencimiento sin reparar en el costo, teniendo por ganancia propia todo lo que era ajena pérdida. De la una y otra parte todo se daba a la ferocidad y venganza, y vióse lo que dice Plinio, que a los valerosos en el peligro les recreciese el ánimo. Contuvo a los bárbaros su estrago, y los españoles se fueron

retirando, y aunque seguidos, les acometieron con tibieza, y de esta suerte llegaron a la ciudad de Cañete con pérdida de siete hombres, y la de los enemigos fué de seiscientos.

Fué esta batalla una de las mas notables de este reino: tal la hemos visto ponderada en una informacion hecha ante el Dr. Peralta de pedimento de Nuño Hernandez, que en ella se halló, como asímesmo los declarantes, que lo fueron Diego Cabral, Julian Carrillo, Agustin Romero, Juan Negrete y Juan Gomez. Dice Plutarco, que la paciencia es un sufrimiento de males con ánimo de tolerarlos hasta el fin; y usando de ella y de la fortaleza, se resolvieron muchos a sujetarse al dominio español, no con ánimo de permanecer, pues nunca lo violento fué perpétuo, sino solo por evitar su ruina: algunos hubieron que quisieron remediar el mal con el despecho, el que solo le agrava, viviendo en voluntario destierro, abandonando de por vida su nativo suelo; y no faltó quienes quisiesen decorar sus cicatrices con la ruina, incendiando sus casas ellos y sus familias reputando este hecho por la última de sus hazañas. No hicieron mas los de Sagunto por no sujetarse a Aníbal; no los de Numancia por no rendirse al romano imperio, señores de lo mas y mejor del antiguo orbe.

CAPITULO VI.

El presidente envía a solicitar socorra el virei del Perú a Chile.—Nombra el rei por primer obispo de la Imperial a don frai Antonio de San Miguel y Avendaño.—Notable terremoto e inundacion en que se arruina la Concepcion.—Va por visitador a las ciudades de ácia el polo el licenciado Hegas Venegas.—Singular reglamento que hizo.

El presidente Don Melchor Bravo, no solo se mostró desvelado para las providencias de la toga, sino es tambien para las de la guerra; pues atormentado, cual otro Prometeo, de la pérdida que tuvo en la cuesta de Villagra, como queda dicho, la que causó su impericia o imprudencia, quiso pundonoroso resarcirla con solicitar la entera conquista del reino, para cuyo efecto despachó el jeneral D. Miguel de Velasco al virei del Perú, que lo era D. Francisco de Toledo, a quien propuso lo importante que seria la ejecucion del proyecto, pues la extension de Chile, con lo belicoso de la nacion, pedia aumentacion de tropas, armas y municiones para mantener en obediencia a los sumisos y sujetar a los rebeldes, pues a vista de la tolerancia y a instigacion de estos se sublevaron los otros. Fué la negociacion fructuosa, y volvió al reino año de mil quinientos y setenta con doscientos hombres. Dícelo así Pedro Ugarte de la Hermosa en su manuscrito histórico.

Es la felicidad lo sumo de los deseos; y en el rigoroso combate de fuertes infortunios amaneció la divina Providencia en tan funesta noche de atribulaciones, para que todos viesen cumplidos sus anhelos, llegando a Chile este mesmo año D. fr. Antonio de San Miguel y Avendaño, franciscano a quien Felipe II presentó al Papa por primer obispo de la

Imperial, persona de las mas distinguidas en virtud, letras y otros singulares talentos, de cuantos veneró en aquel tiempo la meridional América, y su mérito será mayor que la alabanza, y como dice Séneca, es sombra de la verdad, lo que hizo plausible su ingreso, y operaciones brillantes su pastoral gobierno; y así permanece su memoria laureada de bendiciones y por norma de prelados, como nos lo hará ver la historia en los diez y nueve años de su gobierno. Estableció las prebendas y canónigos de su catedral: nombró por su provisor y vicario jeneral a Don Agustin de Cisneros; y la ruina de esta ciudad sepultó en el olvido muchas cosas dignas de que se trasmitiesen a la posteridad.

Dice San Gregorio, que la adversidad es prueba de la virtud y puerta del reino de los cielos. Fatal fué este año de mil quinientos y setenta para el obispado Imperial y principalmente para la ciudad de la Concepcion por el terrible terremoto con la inundacion de mar que allí se experimentó, dia miércoles de ceniza a cuatro de febrero como a las nueve de la mañana. Fué tan espantoso que no quedó casa ni templo que no se arruinase: de esta suerte lo narra el voto solemne que entónces se hizo, y prosigue diciendo, que aquel mesmo dia salió el mar muchas veces y que totalmente destruyó esta ciudad; pero que ninguna persona pereció, y perseveraron por espacio de cinco meses contínuamente la repeticion de temblores. Y congregados todos en público cabildo para el efecto de que saliese a la suerte el abogado y patron para invocarle, cayó en la Natividad de la Vírjen nuestra Señora, y ofrecieron construir una hermita dedicada a su gloriosa Natividad, en cuyo sitio y lugar levantaron una cruz y ofrecieron ir todos los años a vísperas solemnes las tardes de los miércoles de ceniza, y al dia siguiente tenerle por festivo e ir procesionalmente de la catedral los eclesiásticos de la ciudad, el cabildo secular y todos los vecinos y moradores, descalzos, a celebrar una misa cantada. Hicieron este voto solemne el licenciado Juan Torres de Vera y el Dr. Diego Nuñez de Peralta, oidores de la real audiencia, y prosigue el instrumento narrando los siguientes: el padre Martin de Caz, cura y vicario, el comendador fr. Fernando Romero, vicario provincial de la Merced, Alonso Alvarado, correjidor, y Gomez de Lagos y Diego Diaz, alcaldes, Pedro Pantoja y Pedro Gutierrez, rejidores, y Antonio Lozano, escribano, Fernando de Guelva, Diego de Aranda y otros muchos, cuyo instrumento se otorgó dia ocho de junio del referido año, lo que se ejecuta el dia de hoi con tibieza.

Fué laudable en el presidente el celo con que se aplicó este mesmo año a correjir los desórdenes en razon del tratamiento de indios, y queriendo que todo fuese arreglado en lo presente y quedase de norma para lo futuro, nombró al licenciado Hegas Venegas, oidor de la real audiencia, persona de literatura, de capacidad sobresaliente y superior actividad, para que visitase las ciudades desde la Concepcion para el polo hasta Osorno; quien bien satisfizo a la confianza que de él se hizo y dejó ordenanzas archivadas donde se expresaban las satisfacciones de quintos del rei y de los sesmos, que era cierto derecho que se pagaba

del oro de las minas, para que sirviese en comun beneficio de los indios de cada repartimiento, los tiempos en que debian servir a sus encomenderos y lo que debian tributarles, y en todo se portó con singular moderacion y desinteres, pues no hizo peligroso el poder porque estaba en manos de quien no abusó de él. Nombró protectores para la defensa de los indios; y así dice San Anselmo, que el vigor de la justicia ha de ser fervoroso pero no precipitado; y quedó su nombre laureado de bendiciones, convirtiéndose en amor todo el temor que le tuvieron.

CAPITULO VII.

Laudable aplicacion de los oidores en la administracion de justicia.—Comiénzanse los indios a reducir a pueblos.—Enardece el obispo con su celo a los conquistadores en la visita que hace.—Para esta ejecucion administra el sacramento de la confirmacion a innumerable jentio.—Sublévanse los indios de Lebuquetal y se castigan.—Pondérase su audacia.—Acaece lo mesmo en la Villa-Rica.

Dice San Crisóstomo que la justicia es la raiz de la vida: tan alto elojio le da este gran doctor por ser tan necesaria para el bien vivir de los hombres. Administrábase en la real audiencia de la Concepcion con aceptacion comun: quizá fué en aquel reciente tribunal sin el laberinto o circulacion de infinitas formalidades, donde el mejor derecho perderse suele con excesivo dispendio. Esto nos lo hacen comprender las memorias de aquel tiempo; y tan singular beneficio no sabemos si lo causó los pocos abogados o los ménos ministros de que se componia. Principiaba el reino a prosperar, siendo el conato de los encomenderos el reducir a pueblos sus repartimientos para que viviesen en vida política y católica educacion. Enardeció estos sus deseos el ilustrísimo obispo Don frai Antonio de San Miguel en la visita que hizo de su obispado, procurando anticiparla; y segun la tradicion que de aquel tiempo se ha trasmitido al nuestro, se dice que confirmó mas de cien mil. Bien tenemos adelantadas estas noticias, de la construccion de iglesias, capellanías, hospitales y otras obras pias que aquí tocamos con lijera pluma.

Arreglóse en este tiempo lo que los indios debian dar a los curas por la doctrina y administracion de sacramentos, con advertencia de que si los encomenderos no mantenian eclesiásticos en sus repartimientos por la inopia de ellos, no debian hacerles este escalfe, lo que se ejecutaba inviolablemente; y aun hemos visto en los fragmentos de aquel tiempo que para subvenir a esta falta, se destinaron algunos españoles de vida inculpable, habiendo sido el primero que esto ejecutó el gobernador Pedro de Valdivia, como tenemos dicho.

No obstante esta cenid (*sic*) en algunas partes reverdecian los brotes del indómito natural de los indios, porque hai paises que tienen no sé qué actividad en su terreno o benévolo influjo en su zenit, para producir hombres valerosos, como en otros tiempos Esparta, y la experiencia manifiesta esto en Chile mas para el polo que al trópico. Entre los indios del repartimiento de Hernan Perez, se comprendian los de Le-

buquetal a distancia de cuatro leguas de la Concepcion; en donde ejecutó varios actos de piedad, construyéndoles iglesias, fundándoles capellanía, que subsiste aunque atenuada, con obligacion de que allí se les fuese a decir misa, cuyas cláusulas dictadas de su gran piedad, el dia de hoi edifican. Estos indios, que de presente no hai ninguno, se sublevaron año de mil quinientos setenta y dos.

Haga aquí breve pausa la admiracion, e ignoramos si este fué valor, despecho o temeridad, estando el tribunal de la audiencia a tan corta distancia de ellos; y siendo en la Concepcion la ordinaria asistencia del presidente, y que aquel su pais situaba entre esta ciudad y la de los Confines y ser el preciso tránsito para la correspondencia de las otras, de cuyas razones bien podian inferir que a cualquier precio los sujetarian los españoles, como lo habian hecho en dos anteriores rebeliones sin diferirlo, hallándose con ménos poder para hacerlo, y las provincias que podian fomentarlos, como en otras ocasiones lo hacian, estaban en lo presente sujetas. ¿A quién no hará extrañada novedad este hecho? y sea el mismo su elojio, pues valor tan marcial no se puede bastantemente alabar. Y lo que mas es, las mujeres tomaron las armas para que despues pagasen, como Zenobia, la pena de su temeridad, o como Cleopatra, con la fama de fuerte, la afrenta de su imprudencia, pues muchas se quitaron la vida.

Fué el maestre de campo Lorenzo Bernal con ciento y cincuenta españoles y doscientos auxiliares a su castigo. Hallólos fortalecidos en un elevado monte, cuya cima era mas montañosa que despejada, con un fuerte trincheron por su frente. Resolvióse a atacarlos: fué la accion dudosa y se mantuvo indecisa por mas de una hora, hasta que habiendo muerto los principales del comando, forzaron su alojamiento; y retirados a un ángulo de él, se mantuvieron peleando media hora a cuerpo descubierto; y abandonando el terreno se internaron en los bosques, de que abunda aquel pais. Murieron trescientos indios y se aprisionaron ciento y cincuenta personas de uno y otro sexo, a quienes cojieron peleando al lado de sus maridos; y fué tal su despecho que aquella noche se ahorcaron algunas. Perdieron la vida cinco españoles y doce auxiliares.

En las montañas de la Villarica se habian refujiado muchos indios, huyendo el sujetarse al dominio español. Estos ejecutaban sus golpes de sorpresa en los que lo estaban, haciéndoles tan cruda guerra como a los mesmos españoles, lo que turbaba el sosiego de aquella ciudad. Y de órden del presidente, salió Gregorio Bastidas a castigarlos: ejecutóse esta accion con suceso, pues habiéndoles cojido algo descuidados y en las horas mas silenciosas, mataron a algunos y ahorcaron a otros, cuyo temor los hizo desalojar, y se retiraron a mas fragosas montañas. La ciudad de Cañete, cuya guarnicion y vecindario se aumentó con la jente que trajo Don Miguel Velasco, tenia en brida esta frontera pertinaz, y la fortaleza de Arauco, que se habia vuelto a poblar, servia de lo mesmo; y de una y otra provincia muchos habian dado la paz, y de

ella se gozaba jeneralmente en el reino: la cual concedió Dios a un pueblo por premio temporal de la observancia de su lei.

CAPITULO VIII.

El licenciado Calderon viene de visitador a Chile y suprime la real audiencia.—Viene de gobernador Rodrigo de Quiroga.—Ejecuta una fructuosa campaña en las provincias rebeldes.—Auméntase mucho el reino.—Singular aplicacion de los vecinos para la cristiandad y vida política de los indios.—Propónese un arbitrio para que se extraiga el oro del reino.

Dice Séneca que tanta necesidad tenia la república romana de Caton Censorino para gobernarla con sus consejos, como de Escipion Africano para defenderla con las armas. Vino por este tiempo a Chile de visitador el licenciado Calderon, quien reformó la audiencia por órden del Rei en el mes de julio de mil quinientos setenta y cinco años: dícelo así Ugarte de la Hermosa; y se fueron a Lima el presidente y ministros de que se componia este tribunal, y en el reino quedó laureada de bendicion su memoria. Y a los veinte y cuatro años de esta supresion, que fué cuando acaeció la muerte del gobernador Loyola, se conoció la lamentable falta que hizo; pues su autoridad, poder y alto respeto, hubiera sido suficiente para providenciar de por luego lo conveniente al reparo de tanta ruina; pues su teniente jeneral Pedro de Vizcarra, que estaba en Santiago, llegó solo a tiempo de ser inspector de la desgracia, y este es el comun sentir de desinteresados; cuya pérdida no ha sido reparada en el transcurso y sufrida esperanza de ciento y cuarenta años que acaeció esta desgracia.

Nombró el rei por gobernador de Chile a Rodrigo Quiroga, de la órden de Santiago, premiando su distinguido mérito y empeñándole a mayores servicios: pues, como dice Ausonio, que a vista de la palma se esfuerzan los alientos, y mas cuando el transcurso de veinte y dos años en que Gerónimo de Alderete le habia hecho el retrato de sus relevantes méritos, no le habian borrado de su real memoria, ántes sí supo que los habia recrecido. Feliz imperio, pues llegaba el premio al extremo de sus vastos dominios, sin el sudor congojoso de la socilitud, y digno recuerdo para que de siglo en siglo se transmita a la posteridad mas remota.

Envió el gobernador poder a Gomez de Lagos para que en su nombre se recibiese en el cabildo de la Concepcion, con el cual se presentó dia quince de febrero de mil quinientos setenta y cinco años. Consternó a los indios esta noticia, cuyo valor tenian experimentado desde el ingreso de D. Pedro de Valdivia y en su gobierno interino; y así en los sumisos se hizo necesaria su equidad, y en los alterados reposados sus deseos: moderacion que no tuvieron con su sucesor. Vínose el gobernador de Santiago con la mas jente que pudo y pasó para Arauco y Tucapel, provincias sublevadas: abandonaron sus paises, retirándose a los montes, y quedaron al arbitrio de nuestras armas, donde se ejecu-

taron tòdas las hostilidades de la guerra para ablandar su dureza; mas las toleraban con invencible firmeza. Esta dió a Poro su fortuna, y la pusilanimidad indecente de Perseo para con Paulo Emilio fué la última de sus ruinas, como dice Plutarco. El gobernador prosiguió visitando las ciudades del reino, logrando tan cabales aciertos en su gobierno propietario, cuanto costó de suspiros en su interinato su retiro.

La buena correspondencia que mantuvo con el obispo, cooperó mucho al espiritual y temporal adelantamiento del reino, pues los encomenderos hacian en sus repartimientos iglesias y hospitales, procurando reducir a pueblos sus indios. Solicitó se adelantasen las manufacturas, y sobre todo se aplicó al fomento de las minas, mas sin transgresion del estatuto que dejó la audiencia aprobado y establecido. Descubrieron en este tiempo unas mui ricas de oro en la jurisdiccion de Osorno, que llamaron de Ponzuelo, y el pago de su situacion hoi se ignora. Concurrian muchos solicitadores de oro al reino por su bondad y subidos quilates, de suerte que casi todo se extraia, por cuyo motivo Francisco de Castañeda, vecino de la Concepcion, propuso, como consta en el segundo libro de cabildo, de que se le echase liga para que bajase a seis quilates ménos, por cierto tiempo, y que de esta suerte se haria ménos apreciable y quedaria mucho para que dentro del reino circulase.

En la provincia de Chiloé, digna conquista de su valor, refrenó las injusticias que supo se hacian, castigando a los transgresores: y así dice Séneca, que ninguno peca involuntario, ni recibe sino es queriendo. Ordenó se tratasen los indios con la equidad y justicia arreglada en el reino. Los que no estaban sujetos se mantenian en la indijencia, padeciendo sus fatigas con voluntario destierro entre los montes: y a desgracias no rendirse es partida heroica, y con la paciencia lograron sacar frutos de contratiempos, que es lo mas laudable de una acendrada política. Esto se admiró el siglo pasado en las Provincias Unidas de Holanda, etc.; y esto mesmo en aquel y en el presente siglo tenemos que notar de estos indios chilenos, a quienes desestimamos por bárbaros; mas Dios escoje a los imbéciles del mundo para confundir a los fuertes, como dice el apóstol de las jentes. No solo mereció el reino al gobernador esta atencion por lo que mira al polo, sino es tambien por lo contrapuesto al trópico. Ibase aumentando la ciudad de Santiago y su comercio. Principióse la labor de la jarcia, tralla y de las minas de oro y plata, procediendo así su desvelada atencion.

CAPITULO IX.

Funda el gobernador la ciudad de San Bartolomé de Gamboa.—Hácese su descripcion, y muerte en su gobierno.—Elójiase su conducta y persona.

Toda era desvelos la atencion del gobernador, todo solicitudes su cuidado, y deseando obviar accidentes de altas consecuencias en lo futuro y poner el reino en estado de mayor seguridad, dispuso el fundar una

ciudad (asunto excelso). Estas (*sic*) no es grande quien se versa en lo pequeño, como dice Demóstenes, y estos sus elevados pensamientos los manifestó en la conquista de Chiloé, como tenemos dicho, emprendida en tiempo calamitoso e indijente.

Dispuso fuese su construccion veinte leguas de la Concepcion, mas para el trópico y en algo ménos de los treinta y seis grados de elevacion, cuasi en la promediacion de la latitud del reino, en un jénero de península que hace el caudaloso Ñuble y el rio de Chillan, en cuya enderechura, que habrá dos leguas de el uno al otro, hai un plano de notable lonjitud, tan fértil y ameno que parece se esmeró o desveló la naturaleza, pues representa un abreviado paraiso con cuantos agrados puede apetecer el deseo. En este, pues, delicioso valle, a orillas del rio de Chillan, que es de moderado caudal, fundó la ciudad de San Bartolomé de Gamboa Martin Ruiz de Gamboa de órden del gobernador, año de mil quinientos setenta y nueve. De las primeras justicias que tuvo y de su vecindario, el dia de hoi se ignoran, porque la despoblacion y abandono que de ella se hizo, consecutivo a la sublevacion de los indios, año de mil seiscientos cincuenta y cinco, lo sumerjió todo en el olvido; haciendo mas sensible este trabajo el que estaba la ciudad acontajiada, y tal fué la confusion o la imposibilidad al tiempo de su retiro, que dejaron oculta una imájen de San Sebastian (que hoi se venera en la plaza de Yumbel) en un tremedal pajizo. Restablecióse a los ocho años, gobernando este reino D. Anjelo de Pereda. Todo el distrito de su jurisdiccion estaba bien poblado, y es mui abundante de granos (1) mayores y menores. La ciudad se aumenta con lentitud por la escasez de medios que tiene su vecindario. Hai un cura y los conventos de Santo Domingo, San Francisco, la Merced y Colejio de la Compañía de Jesus, que se mantienen mas con escaseces que abundancia por lo poco rentados que estan.

Habítanla nobles familias; gobiérnala un correjidor y dos alcaldes, con los demas oficios concejiles. Es su rio tan benévolo que tienen fácil extraccion sus aguas casi sin dispendio; y al arbitrio de sus habitadores se puede regar la vasta extension de sus campos, que por sí son tan fértiles que rinden a ciento por uno con neglijente cultivo; no solo esto, sino en los mas de sus términos y jurisdiccion se experimenta esta abundancia. Hai muchos jardines y molinos dentro y fuera de la ciudad: el rio viene tan somero que suele inundar parte de ella: la agua es mui electa y de una singular claridad, que casi sin estorbo de ella se rejistra el plan de sus profundos raudales y los peces que los surcan, de que hai notable abundancia en entrambos rios. Opúsose el cabildo de la Concepcion al establecimiento de esta nueva colonia; mas el gobernador la tuvo por necesaria, como lo es y ha sido; y en la calamidad que arruinó las ocho ciudades, se escapó, y esto siendo mas reciente y mé-

(1) Quizá deba leerse *ganados*.

nos poblada, y con imprudente acuerdo y ménos peligro la desampararon sus vecinos, yéndose a la otra parte del rio de Maule.

Así proseguia el gobernador, cuando le asaltó una enfermedad prolija y pagó con su muerte el tributo de humano vasallaje, a fines de febrero del año de mil quinientos y ochenta. Gobernó a Chile tres veces: nombróle D. García de Mendoza por digno sucesor suyo, anteponiéndole a otros que pudieran serlo en el reino; despues la audiencia de los Reyes y últimamente el rei con título de adelantado y facultad de elejir sucesor, lo que bien manifiesta la gran satisfaccion que tuvo de su conducta, y en virtud de ella designó para el gobierno a Martin Ruiz de Gamboa, su yerno. Fué uno de los mas amados gobernadores que han habido, y sobre su gran desinteres resplandeció su prudencia y justicia, haciéndola pronta al miserable y al poderoso, y en que se veia con admiracion la igualdad que ella pide, cuya ilustre recordacion dejó vinculada a su memoria y deseo; y aunque halló a Chile entre turbulencias de guerra, su tiempo fué el de la paz, como dice el Eclesiastes, apreciable don. Acimentóse en Santiago, donde gozó un opulento repartimiento, e ignoramos si dejó sucesion de varonía. Sábese que casó una hija con Martin Ruiz de Gamboa, cuya ilustre projenie hoi en el reino existe. Para fundacion del convento e iglesia de la Merced hizo liberales limosnas, para cuyo reconocimiento quedó un aniversario perpétuo que permanece con la misa de los sábados y sálve, cuya fundacion fué el año de mil quinientos sesenta y cuatro: que bien manifiesta la piedad de tan ilustre conquistador, que esta con otras muchas podrán borrar la calumniosa memoria que contra su honor ha suscitado la malicia, como tenemos dicho.

CAPITULO X.

Sucede en el gobierno Martin Ruiz de Gamboa: visita las ciudades del reino.—Refrena a los rebeldes de Tucapel.—Viene de España por gobernador don Alonso de Soto, de la órden de Santiago: extraña providencia que envía para el gobierno.—Remite a socorrer las ciudades de Valdivia y Rica: accion ventajosa que se tuvo con los enemigos.

Revivió en Martin Ruiz de Gamboa la memoria de tan bien amado antecesor y suegro: y pues que las leyes de nuestra naturaleza nos sujetan a mil mudanzas, como dice Séneca, razon es el que nos conformemos con ellas. Por marzo de mil quinientos y ochenta se presentó al cabildo de la Concepcion Alonso de Alvarado con su poder para que le recibiesen de gobernador, y su reconocido mérito y bondad hizo plausible su ingreso, para que los presentes imiten a los bien amados y se aparten de la conducta de los odiosos. No se desentendió su cuidado de la obligacion en que le ponia el comando del reino, y cual vijilante Argos, como dice Ovidio, extendió la vista para que nadie quedase sin el beneficio de sus atentas luces, y no adormeciéndose sobre cenizas que tan repetidas veces exhalaron llamas. Pasó de visitador a las ciudades

y plazas de las fronteras del reino y en ellas con la severidad o clemencia corrijió abusos y deslices en la justicia, haciendo de esta suerte felices los deseos que tenian de verle; y habiéndole experimentado los españoles afable y justiciero, le vieron los indios esforzado y terrible en la campaña.

De la ciudad de Cañete envió algunos destacamentos para que ejecutasen golpes de sorpresas en los rebeldes, los cuales se hallaban en sus paises mui dispersos de intento para que de esta suerte fuesen ménos ofendidos: precavencia que les pareció adecuada, como en realidad lo fué; y para noticiarse de cualquier acontecimiento, hacian fuegos de noche y ahumadas de dia. Hiciéronse doscientos prisioneros de ambos sexos, y algunos murieron en el tenaz empeño de defender su libertad, poniéndose en la puerta de sus casinas con armas a defender el ingreso con cruel desesperacion, por la que dijo San Agustin, que es homicida del alma o una cierta muerte. Y como la paz se ha de buscar con la guerra, envió el gobernador a solicitar con ella por medio de algunos prisioneros, cuya propuesta fué jeneralmente mal recibida, pareciéndoles que no habia trabajo insoportable al precio de una apetecida libertad. Prosiguióse una guerra flemática en aquella frontera, donde las fragosidades que ofrece aquella prolongada montaña, los ponian ménos expuestos al peligro, aunque vivian mas necesitados de lo preciso para su subsistencia.

Felipe II, con la inspeccion de terminar la guerra y conquista de Chile, nombró por gobernador a D. Alonso de Sotomayor, de la órden de Santiago, que con quinientos hombres vino de España a Buenos-Aires, habiendo arribado al rio de Janeiro tan considerable recluta, la que nunca habia venido mayor a Chile: bien hacia ver que este proyecto no se trataba con operaciones de tibio calor. Por fin, llegó el gobernador a Mendoza por junio del año de mil quinientos ochenta y tres, como dice Ugarte de la Hermosa en su manuscrito histórico, y prosigue que envió facultad a Lorenzo Bernal, a Alonso Reinoso, a Gaspar de la Barrera, a Pedro Lisperguer, Pedro Alvarez y a Diego García para que gobernasen el reino, en cuya conformidad lo ejecutaron el tiempo de tres meses, y la pluralidad no causó confusion ni desconformidad: ¡bien rara moderacion que califica la prudencia de los electos! Tan extraña providencia causaria sensibilidad mui llena a Martin Ruiz; mas la felicidad tenémosla prestada y la adversidad por natural patrimonio, como dice San Agustin. Fueron dichosas sus fatigas en la conquista que hizo en la provincia de Chiloé y la fundacion de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, que ambas subsisten con aumentacion y harán que permanezca su memoria a la posteridad mas remota o hasta la consumacion de los siglos: gloria a que anhelaron los primeros monarcas del orbe y con mayor connato los romanos Césares. No hai duda que fueron desgraciados sus méritos: mas pocas veces la fortuna está de parte de ellos, y aunque es escala del sosiego, si no se premian son teatro de la inquietud. El tener el gobierno en propiedad D. Alonso de Soto

le hizo dichoso, no mas digno que Martin Ruiz, lo que dió mérito al cotejo desaprobándole el hecho: y el dia de hoi permanece su ilustre descendencia en el reino.

Llegó el gobernador a Santiago por octubre de mil quinientos ochenta y tres, donde fué recibido con festivos aplausos, recreciéndolos mayores la aumentacion de fuerza con que venia, suficiente para fundar la esperanza de finalizar la conquista. Tuvo noticia de como desasosegaban los indios los términos de las ciudades de Valdivia y Rica, lo que incomodaba notablemente a aquel vecindario; y determinó que D. Luis de Sotomayor, su hermano (a quien nombró por coronel jeneral, o segun otros, parece que vino de España con ese grado), con ciento y ochenta hombres fuese al socorro, y que ejecutase en los rebeldes el castigo. Venia de maestre de campo Alonso del Campo; y habiendo llegado a la quebrada Honda, cuya situacion era prolongada y montuosa con desfiladeros, los acometieron dos mil indios que estaban en celada, por su derecha, izquierda y frente, aprovechándose mui bien de las ventajas del terreno en que actuaban mui a propósito su valor y pericia. Los españoles, viéndose en tan arduo empeño, hicieron notables esfuerzos de valor. Duró la accion indecisa media hora, hasta que el fuego violento y no descontinuado los hizo ceder con considerable pérdida, no obstante los esfuerzos que hacia Alonso Diaz, rebelde, que era el del comando. Así terminó esta accion mui a satisfaccion de los españoles, quienes prosiguieron su destino; y con la noticia de su aproximacion, se retiraron a los montes.

CAPITULO XI.

Atacan los españoles a los indios en un ventajoso campamento.—Tiburcio de Heredia y Don Antonio Galleguillos tienen dos reencuentros con ellos.—Principia el gobernador las operaciones de la campaña.—Favorable suceso de Alonso García Ramon.—Acometen los indios al gobernador: quedan batidos y aprisiónase al rebelde Alonso Diaz y quítasele la vida.

Este ni otros embates de desgracias no abatieron la fiereza de los indios o su constancia, la cual estimulaba Alonso Diaz, mestizo desertor; y de comun acuerdo se retiraron a un sitio ventajaso e innaccesible en su circunferencia, y solo con una senda estrecha y prolongada que terminaba en un espacioso plano, sin predominio de ninguna ni aun igual cima: émula de la que Arimazes defendió contra el grande Alejandro, como dice Curcio, aunque con igual infortunio. El coronel D. Luis de Soto fué con un destacamento y algunas tropas auxiliares a desalojarlos, y puestos al pié de aquella inaccesible roca, la cual la hacia ménos tratable un moderado rio que corria por su falda, los exhortó a que cumpliesen con el deber de su obligacion. Principiaron los españoles el asalto; rodeleros y arcabuceros iban al frente. Los indios se defendieron con el rodado de galgas y de maderos; no obstante, los españoles ganaban terreno con fatiga y peligro. El jeneral iba de los

primeros y procuraron con la presura abreviar el peligro, y por fin llegaron al ingreso del recinto que tenian hecho, adonde se esforzó el valor: y a la hora de un dudoso Marte, hollando los cuerpos muertos, lo forzaron; y se retiraron a un ángulo con confusion y desórden: muchos se precipitaron por evadir el peligro y otros con increible desesperacion se quitaron la vida. ¡Notable saña de su obstinacion! Incendiaron unas casinas donde tenian lo comestible: lo demas que pudiera complacer al deseo, hoi se ignora.

Tiburcio de Heredia, partidario de valor y conducta, fué a ejecutar una sorpresa en el pais mas rebelde, y los indios discursivos en la ofensiva, tomaron bien cabales medidas para hacer con sus tropas lo que iba a ejecutar con ellos: ofrecíase un plano de estrecha senda, montuosa y prolongada, en cuyo tránsito acometieron a los españoles. La accion fué dudosa y estuvieron cortados, lo que hubiera causado su total ruina a no haberse reunido con esfuerzo que hicieron mas que de hombres. Esta su defensa consternó a los indios, y se retiraron con alguna pérdida. Prosiguieron su destino, mas con poco fruto, porque hallaron las provincias deshabitadas y en una melancólica lobreguez, habiendo ellos mismos incendiado sus casinas. Don Antonio Galleguillos ejecutó otra tal en sus paises, mas con el mismo efecto, y a su regreso tuvo uu fiero reencuentro con los indios, el cual terminó a favor de los españoles. ¡Quién no admirará el que con tan repetidos infortunios no se dé por vencida su constancia! Preveníalos mayores la fama para la futura campaña, pues era notorio por el reino que el gobernador preparaba considerables tropas para reglar en persona las operaciones de ella. Mas todos estos bélicos aparatos les ministraban luces y les recrecian firmezas, habiendo tomado el partido de los rebeldes algunos de los sumisos. Esto puso al gobernador en alto concepto de esta nacion, para que nuestra experiencia aprenda cuan poco se puede fiar del dictámen de nuestra vanidad, en que las mas veces estriba la confianza. Con ella llegó Aníbal a sitiar a Roma; mas, haciendo ridícula su soberbia, no le cerraron las puertas y pasaron a vender en pública subastacion el terreno de su campamento; y por fin se retiró con indecoro.

El gobernador por octubre de mil quinientos ochenta y cuatro vino a la ciudad de San Bartolomé, adonde le esperaban las tropas de españoles y auxiliares para castigar a los cordilleranos de su distrito que se habian sublevado, y juntos con los pehuenches, tenian en contínuo desasosiego a todo el vecindario. Castigáronse algunos y los demas dieron la paz, asombrados o recelosos de que el gobernador principiase por ellos el estreno de su valor, el cual tenia divulgado la fama. Y superado felizmente este obstáculo, siguió su destino para Yumbel hasta Angol, adonde se le juntó su hermano el coronel D. Luis con las tropas de su comando, que unas y otras hicieron el número de setecientos hombres. Llegó a noticia del gobernador, que en Marigueno (el que comunmente se menciona la cuesta de Villagra) se habian acampado algunos rebeldes, y ántes que recreciese el número de sus tropas, marchó por camino

extraviado el ejército. Destacó al maestre de campo Alonso García Ramon para que con ciento y cincuenta hombres bien montados fuese a desalojarlos. Sorprendiéronlos con tan buena dicha que mataron algunos, aprisionaron otros y cojieron porcion de caballos y ganado mayor, volviéndose con la misma celeridad que fueron: tan cabales medidas tomó el comandante para el logro de tan feliz suceso. Esta accion consternó a los indios.

El rebelde Alonso Diaz, viendo que era de su interes el que se prosiguiese la guerra, procuró enardecer su tibieza diciéndoles: que a la adversa fortuna se seguiria la próspera, siendo esto mui propio de la vicisitud humana, y que la constancia habia de muchos apartado la dicha, de la cual hubieran gozado con ella, y que hiciesen resminicencia que su teson los habia exceptuado de la dominacion española, no obstante las ventajas que en ellos reconocian. Esta elocuente exhortacion los resolvió a la guerra. Fué costosa a los macedonios la de Plutarco, pues les hizo tantos enemigos como empleó razonamientos; y la de este desertor no lo fué ménos a los españoles, pues era facundo e insinuante y conjeniado con ellos. El gobernador pasó a Puren y Tucapel, y a su regreso se volvió por Arauco. Taló aquellas fértiles provincias, reduciendo a cenizas lo que fué capaz de combustion. Hízose considerable presa de ganados: quitaron la vida a tres de los mas obstinados, dejándolos hechos cuartos en los caminos mas frecuentados para que acordase esta pena el mérito de sus culpas.

El mestizo Diaz observaba siempre el campo español y acometiólo en un desfiladero que le pareció a propósito, con un destacamento de mil hombres. Principióse la accion dudosa y confusa con igual coraje. Los españoles, que iban sobre aviso, hicieron un fuego violento, lo que no los contuvo, hasta que Juan Zapata mató de un arcabuzazo al capitan mas intrépido y esforzado, lo que los aterró; y penetrando los españoles por el centro de su escuadron, se retiraron con desórden, no obstante que Alonso Diaz los procuraba reunir para volver a la carga. La pérdida de parte de los enemigos fué considerable; hízola mayor la captura de Diaz, a quien halló oculto en un coligual Juan Martin, y queriéndolo matar, se le arrodilló pidiéndole lo suspendiese hasta confesarse y morir como católico: concedióselo usando de misericordia, que, como dice San Agustin, es efecto de ánimo piadoso para compadecerse del prójimo. Quitáronle despues la vida; y si su perversion fué escandalosa, su conversion fué ejemplar, con signos de verdadera predestinacion. Pagó la pena de su delito a los once años de su desercion. ¡Oh lisonjera fortuna! Defirieron siempre los indios a su dictámen, y entre ellos tuvo un absoluto comando: tanta confianza les mereció o fué digna recompensa, porque le solicitaron várias veces los españoles, ofreciéndole el indulto de sus delitos y el gratificarle; mas nunca quiso abandonar sus intereses. Prometió ántes de su muerte el ser conductor de una sorpresa para aprisionar dos mulatos que fueron sus asociados: intentóse, mas sin suceso.

CAPITULO XII.

Reedifícase la plaza de Arauco, la que redujo a cenizas un incendio.—Procuran sorprender los indios la plaza.—Singular disimulacion de un tránsfuga: avánzanla.—Tenaz combate y dudoso en que estuvieron los españoles perdidos: por fin terminó a su favor.

La esperanza es peligro de la seguridad, pues las mas veces no lo que se piensa o presume sucede, sino al contrario, lo que no se presumió ni pensó: este es accidente de que han adolecido los primeros héroes del orbe. Discurrió Gustavo el siglo pasado apoderarse de Alemania, y aun mas allá pasaban sus vastos designios; mas una mano atrevida le cortó el estambre de la vida y el verdor de sus esperanzas. Así el gobernador, habiendo experimentado que no era tan corta expedicion como se habia figurado, la de sujetar a los rebeldes chilenos, dispuso el que se reedificase la plaza de Arauco con mas regularidad y amplitud, la cual la habia reducido a cenizas un voraz incendio, pues era en aquel tiempo la de Arauco y Tucapel frontera la mas pertinaz de este belicoso clima, cuya indocilidad con admirable metamórfosis la experimentamos el dia de hoi mudada a otras provincias, como Quechereguas y Maguegua, etc. Esparta en siglos distantes tuvo no sé qué actividad en su terreno para producir hombres valerosos, la que se extraña en su abatida servidumbre y limitada capacidad de los patricios.

Dejó por comandante de dicha plaza a Alonso García Ramon, quien con todo desvelo se aplicó a su construccion; y entretanto el gobernador resolvió el talar el pais de Marigüenu y sus dependencias, tan poblado entónces como deshabitado hoi. Era señor de aquellos deliciosos valles el cacique Cayancura, quien, habiendo penetrado este designio, juntó las tropas que pudo y solicitó otras por medio de ciento y cincuenta emisarios que a diversas partes envió, cuya solicitud fué fructuosa, pues en breve se halló con cinco mil hombres, suficiente número, segun su dictámen, para fundar esperanzas de prevalecer contra los españoles. Mas como las victorias son mas plausibles cuanto ménos costosas, como dice Salustio, deliberó sorprenderlos en su campamento en las horas mas silenciosas, por tres partes, para recrecer la confusion, con distraccion de las fuerzas españolas, cerrando los ojos a dificultades, porque la distancia de ordinario las recrece, queriendo este valeroso cacique con la constancia desacreditar la adversa fortuna, o como dice Silio Itálico, que raras veces humean siempre felices las aras. Andres, indio jóven del servicio de Fernando Alvarez de Toledo, quejoso de su servidumbre, pues es condicion odiosa, o deseoso de su libertad, habia hecho fuga y se hallaba entre los que militaban al comando del gran Cayancura, y se ofreció el ir a observar el campo español para que la intentada sorpresa fuese mas fructuosa. Y para obviar toda sospecha discurrió su malicia el finjir evadirse de las manos de diez soldados que le trajesen hasta la márjen del rio de Carampangue, en cuya opuesta ribera estaban acampados los españoles, quienes a sus vo-

ces vendrian a favorecerlo, y que la protesta de su arrepentimiento la manifestaria a su antiguo señor, quien allí estaba, con el regreso a su servicio, y que breve volveria con noticia individual de todo. El hecho se ejecutó al igual del deseo, sin que nadie penetrase tan reservada intencion; y al segundo dia hizo fuga llevándose un caballo de su antiguo dueño, a quien engañó su artificiosa simulacion contra la buena máxima de que el traidor no debe ser creido, como dice Livio.

Enterado Cayancura y los demas jenerales del campamento, el cual estaba entre calles compartido y con débil trinchera, se fué para él en tres columnas de a mil y setecientos hombres, siendo Andres el conductor. Esperando la noche en una montañeta para llegar a las horas mas silenciosas, que fué a la media noche (como lo especifica Alonso García Ramon en una certificacion, quien de maestre de campo allí se halló), y estando ya los indios en la inmediacion, advirtió la gran guardia en el polvo que se dejaba ver al traves de la claridad de la noche, y tocando alarma, se apresuraron los invasores, y atropellándolo todo con ciego furor, se apoderó de la primera calle Lonconaguel con las tropas de su comando, desbaratando las pequeñas partidas que salian al opósito, y proseguian por las calles alanceando las tiendas, mas sin distraerlos la codicia de su militar ordenanza (bien rara moderacion). Opúsose el gobernador a esta impetuosa corriente, exhortando a los españoles y exponiéndose sin reserva de su persona al mayor peligro, y como de un comun acuerdo, quisieron mas ántes morir que ceder a los indios, de suerte que reprimidos proseguian la accion indecisa. A este tiempo el jeneral Antelebu se apoderó de otra calle, mas el capitan Francisco Hernandez se le opuso y retuvo con un fuego violento de mosquetería y arcabucería, y en breve rato cedieron con mucha pérdida y el jeneral mortalmente herido. El tercer escuadron se apoderó de la otra calle y opúsosele el sarjento mayor, y con ménos dudoso Marte, duró media hora la accion en igual balanza, no obstante haber muerto en ella uno de los dos mulatos que tenemos dicho y el hermano del comandante, hasta que el maestre de campo jeneral Alonso García Ramon acometió a esta tropa por la retaguardia, y se retiraron con desórden.

Ejecutó lo mesmo en la que contendia con el gobernador, donde fué mayor el teson; y viéndose oprimidos por su frente y retaguardia, se retiraron sin confusion. Viendo el jeneral Cayancura, quien por todas partes habia andado animando a los suyos, frustrado ya su designio, los reunió a una competente distancia del campo español, y con eficaces razones les renovó el espíritu de audacia y fiereza de que estaban ya decaidos, con que primero vinieron a forzar las trincheras, y por segunda volvieron a la carga, exhortándose unos a otros a hacer bien su deber o a morir en tan jeneroso empeño. Haga aquí paréntesis la atencion. ¡Quién no admira que ya con la luz del dia quieran volver a exponerse a un fuego tan bien prevenido, unos hombres medio desnudos, sin caballería, ni mas armas que sus picas y flechas! Laudable empeño y digno de todo encomio.

Mas el maestre de campo jeneral, advirtiendo su designio, les salió al opósito con toda la caballería, que era la flor de la nobleza del reino. La campaña era despejada; y dividida en dos pelotones, los acometieron; mas no pudieron romper su bien arreglada falanje, en cuya formacion estaban, émula de la que usaban los macedonios, guarnecida de espesa piquería de cuarenta palmos, que esa es su mensura, sobre bien unidos. Hasta que enardecido el valor español con la resistencia, hicieron los últimos esfuerzos y los rompieron, ejecutando en ellos un grande estrago. Los españoles estuvieron en notable peligro de perderse, no obstante que sus tropas habian sido las mas numerosas que hasta entónces se habian visto. En los fragmentos de aquel tiempo hallamos bien ponderado el peligro, mas no especificada la pérdida, pues que el hablar en jeneral no satisface al deseo: omite esto el mesmo gobernador en una merced de indios que hizo a Nuño Hernandez, en que narra difusamente la accion, quien se halló en esta batalla, y lo mesmo su sucesor Martin Ruiz de Loyola, y en otra igual a Francisco Buiza, quien se portó en ella con gran valor, cuya descendencia permanece en los Leones de la ciudad de Santiago y Concepcion. Fué esta batalla el dia diez y seis de enero de mil quinientos ochenta y cinco años.

CAPITULO XIII.

Construyense dos fuertes en las opuestas riberas de Biobio.—Tala el gobernador el pais de los sublevados.—Acometen los indios a una partida de españoles: terminóse la accion a su ventaja.—Sitian seis mil indios con tenaz empeño a Arauco y estréchanlo.—El maestre de campo Alonso García Ramon con resolucion y despecho ataca sus líneas.—Batalla cruel y sangrienta, y quedan enteramente batidos con gran gloria y reputacion de las armas.

Muchas cosas que cree ser imposibles la flojedad o el temor, las halla fácil la experiencia, como dice Tácito. Habíanse opuesto muchos al dictámen del gobernador, el cual era de construir dos fortines, el uno al ingreso del rio Tavolevo con el gran Biobio, a quien nombró del Espíritu Santo, y el otro de la Trinidad en la opuesta ribera: mas llevando a rostro firme su resolucion, superó todos los obstáculos y quedaron en estado de una regular defensa. El cacique Taruquilla, que habitaba en aquella inmediacion y aun dominaba en parte del territorio de Yumbel, quedó en breve tiempo con su numeroso jentio enteramente subyugado; y es cosa digna de reparo que tan extenso pais, el dia de hoi le habitan mui pocos o casi ningunos indios. Y para que se pudiesen sostener con mútuo socorro y frecuente correspondencia, mandó el gobernador construir dos pequeñas embarcaciones, y llevándolas rio arriba, las asaltaron los indios por una y otra parte de la ribera del Biobio, cuyos raudales corrian minorados. Hicieron tan vigoroso esfuerzo, que se apoderaron de ellas con pérdida de cuatro españoles, sin que la escolta que por tierra seguia, lo pudiese remediar. No faltaron despues impúdicos que llamaron a estos fuertes los de *los amantes*, por-

que hubo un Leandro que en las horas mas deliciosas de la noche transitaba nadando el Biobio por ver a otra Hero y al alba se volvia, no obstante que la latitud del rio es poco ménos que el Bósforo de Tracia: pero no experimentó igual desgracia a la de Leandro.

Así proseguia la guerra, unas veces ardiente y otras remisa en Arauco i Tucapel; mas lo restante del reino gozaba de paz y se aumentaba la cristiandad, las ciudades y el comercio. El gobernador con fervoroso deseo queria enteramente subyugar a los rebeldes para que todo fuese pacífico; y este ardiente y laudable celo tuvo desde su ingreso hasta que finalizó su gobierno; por cuyo motivo ejecutó otra campaña el año de mil quinientos ochenta y ocho y se internó por Arauco a las provincias de Tucapel.

Acampóse en Mollgüilla, donde los indios intentaron sorprenderle, mas sin suceso y retirándose con alguna pérdida. Prosiguió el gobernador su destino y halló las provincias de Tucapel abandonadas por el retiro de sus habitadores, y viendo que la estacion inverniza se aproximaba, se retiró dejándolas taladas. Acometieron los indios a una corta partida de españoles que salió del fuerte del Espíritu Santo: murieron cuatro y los demas se retiraron a la plaza. Con este suceso insolentados, intentaron atacarla; mas Tomas de Olavarria disparó con tan acertada mira que a Longonagüel, jeneral, le quebró un brazo por dos partes, y aterrados se retiraron. El cómputo preciso de los tiempos en que acaecieron algunos hechos, el dia de hoi se ignoran, y así no se extrañe el que unos vayan en ordenada serie y otros invertidos y quizá callados; pues los conquistadores se ocuparon solo en el manejo de la espada y no en el de la pluma: aunque tiempo tuvo César para lo uno y otro, pudo ser que el corto premio desacordase este cuidado.

Envió el gobernador a la ciudad de Santiago a solicitar remonta para la caballería, de donde le trajeron doscientos caballos y alguna jente de recluta, porque el fervor de finalizar la guerra, como tenemos dicho, nunca decayó de su ánimo, aunque las emerjencias del tiempo privaron a Chile de este beneficio. La obra de Arauco que fervorosa proseguia, consternó a los indios, discurriendo que esta terminaba en reducirlos a servidumbre; y siendo la ocasion transitoria, como dice Ausonio, y que estar en un lugar no puede, trataron de aprovecharla juntándose con celeridad y sijilo, no obstante que lo advirtió el comandante Alonso García Ramon.

Avistáronse a la plaza seis mil indios con tal denuedo y resolucion que a la credulidad excede. El maestre de campo juntó toda la guarnicion y los exhortó a que cada uno cumpliese con su deber y sostuviese con honor la gloria de la nacion. Vinieron los enemigos a acamparse donde no les pudiese ofender el cañon de la plaza, y principiaron a trabajar en una línea de circunvalacion con actividad increible. Y viendo el maestre de campo que no podria sostener un dilatado sitio y que el socorro no podria ser medido con la necesidad; que la demora aumentaria sus tropas con las reclutas que esperaban, fortificando mas sus

líneas de contravalacion y lo que haria difícil el forzarlas, a que se añadia que en breve faltaria el forraje para la caballería: compulso de estas razones, resolvió el salir a presentarles campal batalla; pues entre dos extremos, tiene lugar de bien el menor mal. Dió tiempo competente a los españoles para la disposicion de sus conciencias y ordenacion de negocios domésticos, y despidiéndose mutuamente, salió de la plaza con cuarenta y cuatro hombres de caballería a pelear con ellos, que ya los enemigos eran mas de siete mil: y porque siendo esto verdad no se repute entre las demasías de la fábula, citarémos ántes de narrar el hecho los instrumentos orijinales de aquel tiempo que paran en nuestro poder, y los que en el de otros hemos visto. Certifica el maestre de campo Pedro Cortes el número expresado de los indios y españoles, y que se halló en la batalla Francisco de Buiza. Don Alonso de Sotomayor en otra tal, a favor de Francisco Ortiz, expresa lo mismo y dice que la batalla duró mas de tres horas. El gobernador Martin García de Loyola en merced que hace a Pedro Gutierrez de Mier, de alguacil mayor de Valdivia, narra lo mesmo y añade que por su consejo se dió la batalla.

Los indios estaban en diversos escuadrones bien formados y muchos con armas españolas defensivas y ofensivas, que bien acordaban los trofeos de sus victorias. El maestre de campo mandó que se procurasen mantener unidos y que no se dejasen aprisionar vivos, pues habia mas de ciento y sesenta enemigos para cada uno. ¡Portentoso caso! Principiaron los españoles la accion acometiendo a los indios, mas como leones que hombres, pues donde no hai esperanzas toma armas el temor con desesperacion. Circundáronlos por todas partes los enemigos para oprimirlos con su mesma muchedumbre y embarazarles el regreso a la plaza. No habia golpe que no fuese mortal, mas con eleccion, procurando fuesen en las personas que se les ofrecian distinguidas. La vociferacion era grande y coadyuvaba a sus militares instrumentos, y hacian pavorosa disonancia. Al acometimiento de los españoles, cedian el terreno que ocupaban y le recuperaban con su retiro: así estaban en el centro de este gran círculo, asemejándose su muchedumbre a las olas de un mar ajitado que retroceden para impulsarse. Duró la accion mas de tres horas indecisa, hasta que quiso Dios por su misericordia que comenzasen a retirarse con algun desórden, dejando el campo cubierto de muertos. Es deplorable el que ignoremos el número de estos, como el olvido de sus nombres; pues lo sabemos de Francisco de Buiza, Pedro Cortes y Pedro Gutierrez de Mier, quien habia militado en Flandes con el señor Don Juan de Austria y Requesens y en Malta, defraudando a la posteridad memorias que pedian heroica recordacion; y adelanto esta protesta, porque no se fabrique ofensa que no pensó hacer la pluma. Al maestre de campo premió el Rei haciéndole gobernador de Chile, como verémos despues. Celebraron con devotas demostraciones los españoles tan feliz victoria, que parece excedió a las humanas fuerzas. Los enemigos consternados se retiraron a los montes sin saber a qué atribuir

su vencimiento por tan corto número. Vínole al maestre de campo una corta recluta y se ejecutaron algunas sorpresas con suceso; mas por entónces no doblegó su constancia. Singular teson y digno del aplauso de su valor, pues Hércules no hubiera sido conocido sin los mónstruos, ni Sanson sin los Filisteos.

CAPITULO XIV.

Envía el virei del Perú dos socorros a Chile.—Dan algunas provincias la paz.—Construye el gobernador varios fuertes y el de Puren.—Incomoda bastante aquella provincia Cadeguala.—Sorprende a la ciudad de los Confines, la que estuvo en estado de perderse: lo que sucede si el gobernador no se halla en ella.—Retíranse los indios consternados.—Cadeguala los exhorta y prosigue la guerra.

No sé qué atractivos tiene la planta que se crió para merecer de su dueño los agrados y el recuerdo de su fomento: este se le observó siempre a D. García de Mendoza desde que gobernó a Chile, y hallándose de virei del Perú, tuvo por recomendados los intereses del reino; y en un navio envió de socorro doscientos hombres con armas, municiones y ropa: condújolo D. Pedro Paez Castillejo, persona de calidad y mérito, cuya ilustre projenie permanece hoi en la familia de los Arias en la Concepcion. Estas y otras remesas aterraron a los indios, pues a golpes de repetidas desgracias no hai constancia que no desmaye. Hallábanse en fatal positura, viviendo como fieras en los bosques y en las últimas extremidades; y pareciéndoles que el ceder por entónces, no solo era largueza de jenerosos, sino dilijencia de acomodados, resolvieron algunas provincias el dar la paz; mas con reservada intencion, pareciéndoles que estos engaños eran lícitas permisiones de la guerra para evadir sus peligros o recrecer utilidades. Con los mesmos se apoderó Soliman de Buda, de que tuvo algun escrúpulo; mas sus jenerales le dijeron, que ¿quién seria el que le formase proceso de esta adquisicion, teniendo por lícito lo útil? cuyo consejo aprobó.

Enviaron los indios sus comisarios al gobernador, que los recibió benigno, experimentándolo tan humano con los rendidos como le vieron terrible con los rebeldes. La antigüedad pagana rindió cultos a la clemencia, como dice Plutarco, por ser virtud apreciable o como guardian del mundo, segun pondera Claudiano. Dos mil y quinientos fueron los que sujetaron al dominio español. El gobernador hizo construir un fortin en la provincia de Guadava y otro en Marigüenu y Puren, provincia pertinaz adonde pasó a comandar las armas el maestre de campo Alonso García Ramon, habiendo dejado sujeta la mayor parte de la costa de Arauco y Tucapel, pais de sesenta leguas de extension. Improbaron al gobernador sus altos oficiales el que se fortaleciesen tantos puestos, porque componiéndose el ejército de tan limitadas tropas, quedaria con las guarniciones mui atenuado. Mas llevó a rostro firme su resolucion. Semejante a este dictámen fué el del príncipe de Condé cuando Luis XIV invadió la Holanda, que le dijo demoliese

las plazas, y no lo siguió sino el de cierto ministro, manifestándole el tiempo, que es maestro de lo futuro, el yerro que cometió.

Este año fué el de mil quinientos ochenta y nueve: volvió de la ciudad de los Reyes el coronel D. Luis de Soto, con dinero y tropas, porque en el marques de Cañete, que gobernaba el Perú, hallaron las urjencias de Chile grato y pronto despacho.

El rio Puren, que de las montañas costeñas sale, se alaguna, y los muchos arroyos que rápidos corren por aquel agradable valle, la recrecen. Circúndanla varios montes y es trajinable solo en canoas sus islotes, como tenemos dicho, y luego prosigue su curso como el Mincio en Mantua: este fué en aquel tiempo y aun en el presente lo ha sido el asilo de estos bárbaros. El gobernador procuraba incomodarlos; mas Cadeguala con otros caciques formaba el proyecto de una poderosa diversiva, para obviar tan nociva vecindad como les era la guarnicion de Puren, la cual fué de sorprender la ciudad de los Confines, que con la paz que en su territorio se gozaba, se habia adormecido el cuidado de la guerra: para cuyo efecto destacó cien hombres de la caballería (que ya entónces la usaban) y se acampó en un bosque a competente distancia de la ciudad, habiendo atraido a su dictámen al cacique Cheuquetaro y a otros de los que con mas frecuencia comerciaban con los españoles, y discurrieron el incendiar algunas casas en las horas mas silenciosas, porque eran las mas pajizas, y entre la confusion y espanto que esto causaria, que los acometiese Cadeguala con la caballería, a quien seguirian mil hombres para sostenerlos. El dia aplazado se ejecutó el incendio, y ajitada la llama, hacia un voraz efecto. Cadeguala penetró hasta la plaza y se apoderó de ella: los vecinos conturbados salian medio desnudos o mal vestidos a buscar el remedio.

Cadęguala, mudando formas como Proteo, ya jantaccioso (*sic*) y festivo para con sus soldados por el buen éxito, como de terrible para con los españoles, en diversos pelotones los acometia por las calles, llevándolo a sangre y fuego: todo era impensado horror, que solo puede explicar la reflexion y el silencio, mas no la voz ni la pluma. Hubieran perecido si no hubiera acaecido la casualidad venturosa de la llegada dal gobernador aquella mesma noche, que con la jente que trajo, su presencia y valor animó a todos, exponiéndose a los peligros de los primeros, y para pelear con mas desembarazo y ménos confusion, hizo recojer de pronto a las mujeres y niños: y al fin de mas de dos horas de indecisa accion, cedieron los indios, llevándose algunos prisioneros y con notable pérdida: tuviéronla tambien los españoles, que una y otra ignoramos el dia de hoi para especificarla. Salió en su alcance el capitan Luis del Monte, y avistándose con ellos, les acometió con suceso, quitóles parte de la presa y aprisionó cuarenta: coadyuvó a esta favorable accion el haberlos hallado con los caballos fatigados.

Fué el suceso de Binidas a quien los romanos rindieron cultos: Praxíteles hizo una bella estátua, como dice Plinio, representábanla en varon con una copa y espiga. El adverso que habia experimentado Ca-

deguala, no le aterró, y con la política no de bárbaro, quiso sacar bien del mal, lo que admiró al conde Gualdo, historiador de Mazarino, por arbitrio de la mas fina política: y lo que notarémos en este Alcides chileno, pues con su natural facundia introdujo nuevo valor a sus tropas, de que estaban decaidas, diciéndoles: que lo adverso y desacomodado, servia al deleite y a lo próspero; que habiendo experimentado fortuna contraria, debian esperar la favorable, pues en nada era consistente sino en lo mudable; que no eran mas valerosos los presentes españoles que los pasados, a quienes tantas veces habian vencido cuando ellos estaban en positura ménos ventajosa que la presente, pues se hallaban con muchos y jenerosos caballos y bien armados, de todo lo cual habian carecido sus pasados; que la inconstancia habia apartado de muchos la dicha que con ella hubieran conseguido. Los indios, enardecidos con esta exhortacion, le dieron palabra de morir en el empeño de su libertad.

CAPITULO XV.

Sitia Cadeguala a Puren: intenta el gobernador socorrerla y no lo consigue.—Prosiguen con mas empeño.—Desafía al comandante Alonso García Ramon a campal batalla de persona a persona: muere en el combate Cadeguala: abandonan el sitio.—Vienen algunos navios extranjeros a hostilizar el mar del Sur: mal éxito de Tomas Candish.—Los indios pretenden sorprender a los españoles.—Notable hazaña que ejecutan en su defensa.

Cadeguala con infatigable solicitud de eximir su nacion del dominio español, émulo de Viriato, que intentó lo mesmo contra el poder romano, manifestó el designio a sus tropas, que constaban de cinco mil hombres, el cual era de sitiar la plaza de Puren y compeler al comandante, que era Alonso García Ramon, a su entrega y abandono, para cuyo efecto se acampó a tiro de fusil de ella, sin que obstase este su designio lo ríjido de una estacion inverniza. Atrincheróse para su mayor seguridad. Montábase la guardia con toda formalidad, y siempre prevenidos y bien formados, provocaban a los españoles con obras y palabras a campal batalla y no omitian cosa de las que podian incomodarlos que no la ejecutasen. El maestre de campo notició al gobernador por medio de un indio de toda su confianza del estado en que se hallaba, que era con poca jente y algo escaso de municiones de boca y guerra, y recrecia su recelo el tener por muralla una endeble palizada y ver al enemigo tenazmente empeñado. El gobernador no desestimó el aviso que se le dió, y sin perder instante vino al socorro de su maestre de campo. Cerciorado de esto Cadeguala, le salió al opósito con quinientos hombres y ganó un puesto ventajoso, que era un desfiladero lodoso, lo que hacia mas difícil su tránsito; y habiendo acometido los indios, se retiraron los españoles con alguna confusion y desórden. No obstante, intentó el gobernador por segunda [vez] seguir su destino, mas disuadiéronselo sus capitanes, pues siempre mas aprisa viene el peligro que se desprecia, como

dice Séneca, y a los sucesos se debe el quedar con la opinion de prudente: con ella quedó el gobernador, conformándose con el dictámen de sus jefes.

Siempre el vencimiento aumenta la osadía, como dice Salustio. Cadeguala presuntuoso y mas esforzado, que habia embarazado el socorro, prosiguió el sitio de Puren con tenaz empeño, y queriendo sus soldados avanzar la plaza, los contuvo diciéndoles, que queria primero desafiar al jeneral a campal batalla, para cuyo efecto pidió suspension de armas, y montando en su jeneroso caballo, se llegó a competente distancia de la plaza y retó al maestre de campo para el tercero dia, en que quedaron entrambos convenidos; y entretanto los enemigos solicitaban a voces a los españoles e indios el que desertasen, ofreciéndoles grata acojida, y hubo un Juan de Tapia tan desleal que se pasó y no indio alguno. ¡Vergonzoso ejemplo! y así dice Ciceron, que no hai castigo que iguale al que merece el traidor. El dia aplazado llegó primero al puesto Cadeguala con un moderado cortejo, el cual quedó algo distante de la palestra, y el maestre de campo llegó despues con cuarenta españoles, los que quedaron en igual paralelo que los otros, y puestos los contendores a promediada distancia uno de otro en jenerosos caballos, bien armados y con sus picas, se acometieron con fiereza, y al primer bote cayó en tierra Cadeguala mortalmente herido. Mas levantándose con sus armas, sin confesarse rendido queria proseguir el combate; y dando traspiés cayó desfallecido para no mas levantarse; a cuyo tiempo llegaron los suyos, a cuya vista expiró. No hubiera hecho mas Diego García de Paredes en el combate que tuvo con franceses en la guerra de Nápoles; Marales ni Mariban en el que tuvieron consecutivo a la muerte de Enrico III en el sitio de Paris, como dice Mezeray. Accion por cierto digna de un alto elojio y que el nombre de Cadeguala se transmita a la posteridad mas remota.

Trabóse una accion dudosa entre indios y españoles, y como de comun acuerdo se separaron llevándose el cuerpo de su jeneral. Su pérdida los consternó y se retiraron con alguna confusion, mas no desórden. Lo mesmo ejecutó el ejército de los Filisteos cuando la muerte de Goliat, y el de Holofernes despues del triunfo de Judit. Dieron la paz muchos de los rebeldes, la que se debió al singular valor de Alonso García Ramon, y así le reconoció Chile por la persona mas distinguida de su tiempo, y en dos certificaciones suyas tenemos notado el que narra el hecho. El gobernador, ya desembarazado de este cuidado, pasó a la plaza de Arauco con el motivo de haberse incendiado, y se aplicó con todo desvelo a su reedificacion, y con loable ejemplo ejecutaba lo mesmo que mandaba, y dejándola en estado de una regular defensa, pasó para Tucapel con considerables tropas a talar los paises de algunas provincias rebeldes, lo que se ejecutó con todo el rigor de la guerra, no obstante que las hallaron desiertas; y a los cincuenta dias de su ingreso, se retiró a la Concepcion.

La reina Isabel de Inglaterra procuraba desasosegar el dominio es-

pañol por todas partes, en Flandes, Portugal y Cádiz; y hasta en la meridional América quiso se resintiesen los rayos de su indignacion, para cuyo efecto envió escuadras al mar del Sur el año de mil quinientos ochenta y cinco, ochenta y siete y noventa y uno, y de comandante las dos veces a Tomas Candi, y la última vino a resforzarse a la isla de Santa María, de donde pasó a la Herradura, que es una punta que hace el puerto de la Concepcion; y viendo que allí no podia efectuar sus designios, se fué a Valparaiso y a Quintero, adonde se proveyeron de leña y agua; y solicitando bastimentarse por la inopia en que estaban, enviaron con este designio a un español prisionero, porque en males desesperados todo se aprueba y reprueba, como dice Salustio. La jente española que con novedad tan extraña estaba sobre las armas, (*sic*) vinieron de la ciudad de Santiago algunas tropas con su comandante Alonso de Molina Parragues, que habiéndolas ocultado en una inmediata selva al lugar del desembarque, solicitó la ocasion para acometerlos: hallóla y ejecutóla con suceso: murieron algunos y aprisionaron catorce, y entre ellos al jeneral Candi, y la escuadra desamparó la costa de Chile. Lo expresado tenemos visto en instrumentos de aquel tiempo, los que paran en la ilustre descendencia que de este caballero está acimentada en la Concepcion, quien ejecutó la prision de un navio holandes, hallándose de correjidor en la ciudad de Santiago, habiendo llegado con notable penuria de bastimento a la costa de Chile; y las circunstancias que echare ménos la curiosidad, las ha sepultado el olvido.

Es la esperanza el mas gustoso engaño de la vida, y así lo esperado no es defectuoso, como ni lo poseido perfecto. Los indios, viendo la atencion de los españoles preocupada o distraida con los enemigos de Europa, discurrieron exonerarse de la servidumbre en que estaban, para lo cual tomaron sus medidas los caciques Catipingue y Peruan, solicitando el vencer con la simulacion, ya que no pudieron ejecutarlo con la fuerza: y así dice Séneca que las suaves palabras suelen tener su veneno; y para recrecer estímulos a su fiereza quitaron la vida a un español, de cuya sangre gustaron. El maestre de campo Alonso García Ramon, noticiado de la muerte, solicitó el castigo, y Catipingue y Peruan dieron tales coloridos al engaño, que le persuadieron que habia un congreso festivo, segun el uso de la nacion, y que entre los placeres del convite podia con seguro ejecutar la venganza; de donde se puede inferir cuan bien unen la astucia de la raposa con la fiereza del leon. El maestre de campo, estimulado de la venganza, dió asenso a la noticia y salió con cuarenta españoles y otros tantos auxiliares, y habiendo llegado a una eminencia precipitosa, fué menester se desmontase con veinte hombres para descenderla, quedando los demas en la cima; persuadido que este número seria suficiente para acometer a personas que estaban en los regocijos de una profunda embriaguez. Mas reconocida la traicion, formó su pequeño escuadron con dos frentes para mejor defenderse en su forzoso retiro, el cual procuraron los indios estorbarlo, circundándolos por todas partes su crecido número, que era

de seiscientos; mas no descaecido de su valor exhortaba a sus españoles, y todos con coraje mas que de hombres ejecutaron acciones increibles. A este mesmo tiempo se principió otra accion dudosa con la corta tropa que quedó de reserva. ¿Quién vió jamas tempestad tan unida o tan crespa borrasca, y mas cuando a su regreso se ofrecia un precipicio? Bien como Ulíses, a su corazon el maestre de campo diria, que a mayores riesgos se habia expuesto; aunque ninguno pudo ser mayor: hiriéronle a este tiempo en el lagrimal y cayó medio muerto o enajenado: ayudáronle a levantar, y con espada en mano se entró entre los enemigos, quienes asombrados o espavoridos comenzaron a ceder, y a la hora de un tenaz combate se incorporó con los españoles. Los indios desmayaron viendo que si separados no habian vencido, ménos lo ejecutarian unidos, y se retiran con pérdida: fué de cinco la de los españoles, y todos quedaron notablemente heridos y el maestre de campo estuvo a la muerte. Considerado el número de los indios y el corto de los españoles y estos separados unos de otros, lo que atenuaba su defensa, el terreno precipituoso y montuoso: todas estas circunstancias hacen la accion una de las mas heroicas que han acaecido en las dos Américas; y no habiendo fuerzas para tanto en lo humano, solo la divina Providencia que los protejió, pudo darles la victoria; y Alonso García, cual sereno Neptuno, superó el peligroso estrecho o turbulento mar que pondera Virjilio.

CAPITULO XVI.

Construyese una ciudadela.—Muere con imprudencia el comandante.—Notable hecho de los españoles.—Consigue una victoria D. Luis de Soto con prision del jeneral, que hace una oferta jenerosa en cuyo empeño pierde la vida.—Sale el gobernador a desalojar a los enemigos: batalla decisiva y cumplida victoria que obtuvo quitando la vida a su jeneral.—Despacha a los Reyes a Alonso García Ramon, y mal éxito de una correría.

Fué diosa adorada de la antigüedad pagana la tranquilidad con el nombre de Quies: hasta los romanos, nacion la mas belicosa del orbe, le dedicó templo junto a la puerta Colina, como dice San Agustin. Mas el apetecido sosiego lo despreciaron los indios, habiéndose ofrecido un español que tenian prisionero a solicitar la paz con el gobernador; cuya propuesta les hizo porque habia tenido la fortuna en medio de su desgracia de que les fuese grata su persona. El gobernador principió las operaciones de la campaña por Tucapel, aunque halló desiertas las provincias sublevadas: ejecutó con ellas el rigor de la guerra de que se hicieron reos, quitó la vida a algunos que se aprisionaron, dejando los cuerpos en los árboles para su escarmiento, y despobló los dos fortines del Espíritu Santo y Trinidad, y construyó otro en la inmediacion de los Confines, donde dejó de comandante a Cristóbal de Arana con competente guarnicion: y viendo los indios lo que los incomodaba, determinaron sorprenderlo: tuvo esta noticia, y con imprudencia salió

con veinte y dos hombres al opósito, dejando la seguridad que le daba su recinto: avistóse con los enemigos, mas con desgracia, pues al primer reencuentro perdió la vida y su cuerpo lo hicieron piezas: la tropa española, estimulada de la venganza, peleó con ardor, mas no pudieron romper su unido escuadron, hasta que Pedro Calderon y Juan Rubio penetraron por los enemigos: reuniéronse y quedaron los dos españoles en el centro y allí murieron sin ser socorridos, y no daban herida que mortal no fuese: fuéronse retirando los demas a la plaza y los indios siguiéndolos, mas sin estrecharse. Así terminó esta accion tan a su ventaja, viéndose por experiencia que lo que yerra el apresurado, no lo enmienda el arrepentido.

Tiene mas atractivo la promesa rogada que no la oferta forzosa, como dice Plutarco. Los caciques sublevados solicitaron a los de la Villa Rica para evadirse del dominio español: ménos insuativo los hubiera atraido a su dictámen, cuánto mas el de su apetecida libertad; y con esta esperanza que, como dice Séneca, es el mas dulce engaño de la vida, se juntaron cuatro mil y se acamparon en un terreno ventajoso. El gobernador sin diferirlo envió al coronel D. Luis de Soto con tropas competentes, no obstante la ríjida estacion, que les hizo padecer penalidades excesivas: por fin atacaron sus líneas por dos partes, y aunque una lluvia inutilizó las armas de fuego, superaron los obstáculos y la vigorosa defensa que los indios hacian, consiguiendo una cumplida victoria que terminó con la prision de Guechutureo, a quien hallaron oculto en un monte; y este, puesto en presencia de D. Luis, sin abatimiento de su persona, ántes sí con aire ardiente y resuelto le dijo: que le ofrecia, porque le otorgase la vida, el reducir las provincias sublevadas, y pues que habia sido el causante de la guerra, seria el promotor de la paz, no obstante el inhumano tratamiento que experimentaban de los españoles. Admitió D. Luis este ventajoso partido, y el sabio cacique se hizo recomendable logrando sacar frutos de contratiempos, que es lo acendrado de la política, porque a las desdichas no las remedia el despecho, ántes las reagrava; y lo que es mas laudable fué la buena fe con que procedió, cumpliendo lo que ofreció, pues unos en pos de otros se rendian, lo que bien da a entender el predominio que entre los de su nacion tenia. A esto se opuso el cacique Catipingue, y sobre asunto tan excelso tuvieron campal desafío y Quechutureo quedó muerto en la palestra. Sintieron su falta los españoles, pues terminó la vida en el honroso empeño de cumplir su palabra, y su memoria es digna de que se transmita a la posteridad.

El marques de Cañete envió a Chile una recluta con D. Pedro Perez Castillejo y D. Cárlos de Peñalosa; y resolvió el gobernador salir con seiscientos españoles a desalojar a cuatro mil indios que se habian acampado en Marigüenu al comando de Quintegüenu; y estando las tropas españolas al pié del monte, cuya subida es prolongada, quiso el gobernador ser de los primeros, y estando en la medianía, salieron algunas tropas al opósito y principióse una accion dudosa; y no obstante que los indios

tenian algunas tropas para sostenerse, cedieron y se retiraron sin confusion a su campamento, adonde se renovó la batalla, haciendo unos y otros el último esfuerzo, hasta que por un ángulo lo forzaron veinte españoles, como dice Hernando Alvarez de Toledo, quien se halló presente: no obstante, no desmayó Quintegüenu, ántes sí esforzaba a los suyos haciéndoles reminiscencia de las victorias antecedentes que allí se habian conseguido; hasta que el gobernador le dió una tal herida que cayó muerto, habiéndose resistido a otras. Su falta consternó a los indios, y se retiraron con pérdida de seiscientos hombres. De los españoles murieron veinte, y entre ellos un caballero portugues del hábito de Cristo: y para que esta victoria fuese mas plausible, se dejó ver a este tiempo por Chivilingo la escuadra del Perú que corria la costa de Chile, y con alternadas salvas se saludaron con festivos aplausos; y como los extremos de la alegría los ocupa el pesar, tuviéronlo los españoles con el intempestivo incendio de la plaza de Arauco, desgracia várias veces repetida.

Los indios consternados solicitaron la paz, para cuyo efecto despacharon sus embajadores al gobernador, quien solo podia aliviarlos en la pesadez de sus trabajos: recibiólos entre agradable y severo, porque siendo esta asidua, pierde la autoridad, como dice Séneca: hízoles comprender las frecuentes infracciones de su palabra y cuan dignos eran del último rigor, el cual podia actuar con tan válidas fuerzas como eran las que tenia, porque es bien que la reminiscencia del delito haga apreciable el perdon. Ofrecióles el moderarles el tributo, mas que habian de venir todos los caciques de la jurisdiccion de Arauco, que eran los de la solicitud. Ejecutóse todo con igual satisfaccion y quedaron pacíficos, ménos los tucapeles y purenes. Envió el gobernador al maestre de campo Alonso García Ramon a Lima en la escuadra que de la costa de Chile se retiraba, para que propusiese al virei el ánimo en que se hallaba de terminar breve la total conquista del reino, para lo cual necesitaba que se continuasen reclutas y remesas para su subsistencia y armas. Prosiguieron nuestras tropas en talar las provincias de Tucapel, mas los indios se previnieron al opósito: para ejecutarlo con ventajas pusieron a la vista una corta partida, y habiéndolos acometido, hicieron una corta defensa, retirándose con aspecto de temor, en lo que no advirtieron los españoles hasta que salieron los que en la celada estaban: fué menester que hiciesen todos notable esfuerzo para salir con aire del empeño. Desanimólos la muerte de su comandante, y se retiraron con desórden y alguna pérdida.

CAPITULO XVII.

Aflije al reino el contajio de viruelas.—Vuelve con corto socorro Alonso García Ramon.—Resuelve el gobernador pasar a la ciudad de los Reyes, preparando con prontitud su regreso con toda providencia.—Viene provisto Martin García de Loyola, de la órden de Calatrava: llega a Chile con los primeros padres de la compañía.—Funda la ciudad de Santa Cruz de Loyola.—Intentan sorprender el fuerte de Jesus: vigorosa defensa que hace el comandante y notable hecho de Loncotegua: retíranse.

Escojió David la peste por castigo, por serlo de la mano de Dios, y no otro por de los hombres; pues nos enseña su divina piedad, cuando el incendio de las ciudades de Pentápolis, que sabe perdonar a muchos por el mérito de pocos. La peste de viruelas se difundió en este tiempo por el reino, haciendo lamentable estrago en unas partes mas que en otras; y como de comun acuerdo quedó toda en la indignacion (*sic*), no duró mucho la divina indignacion, porque son estos advertimientos para mejoras de nuestras distracciones. El maestre de campo llegó de Lima con un corto socorro y pasó a Santiago, adonde el gobernador se hallaba, quien juntó cabildo abierto y en él propuso el ánimo en que se hallaba, que era de bajar a Lima para solicitar válidas fuerzas y medios para la total conquista del reino, pues solo restaban las provincias que comprendian la jurisdiccion de Tucapel y Puren, y que si quedaban estos rebeldes, sublevarian a los pacíficos, y que quitado este obstáculo, se finalizaria gloriosamente su entera sujecion. El dictámen fué de todos jeneralmente aprobado, y en su ejecucion dejó al maestre de campo Alonso García Ramon el comando de la frontera, y el político gobierno al licenciado Pedro de Vizcarra, y se embarcó para el Perú, adonde le llevó su ardiente celo en comun beneficio. Llegado al Callao, le ordenó el virei se volviese a Chile, donde juzgaba era mui necesaria su persona, y que propusiese por escrito lo que tenia que representarle: ejecutólo así, manifestando el sistema presente en que quedaba y los motivos que compulsaron su venida. Quedó el virei satisfecho y mandó se le hiciese un suntuoso recibimiento, saliendo el cabildo y la mas florida nobleza, y aun el mismo virei no se desdignó de bajar al patio ántes que se desmontase.

Tan grata acojida prometia un feliz despacho. Principiaron los preparamientos de armas, jente y dinero, todo con presura para que cuanto ántes el gobernador ejecutase su regreso, cuando a este tiempo llegó la noticia de que habia otro provisto al gobierno de Chile, que fué Martin García Oñez de Loyola, de la órden de Calatrava, quien se hallaba en el Perú: este acaecimiento fué a los fines del año de mil quinientos noventa y dos, y así se desvanecieron tan bien fundadas esperanzas, y a pocos años siguió un funesto ejemplo de desdichas, como verémos. D. Alonso de Soto nueve años tuvo el comando del reino, y fué prueba de su conducta en la guerra la celebridad que causó a los indios el ingreso de otro, pues la ida a la ciudad de los Reyes los habia puesto en

la última consternacion, porque sabian el fin de su solicitud y tenian experimentado su valor; y es comun sentir, que si permanece, enteramente sojuzga a esta belicosa nacion, y nadie los tuvo en el estado en que él los dejó, excepto el gobernador Pedro de Valdivia, y no era obra en aquel tiempo negada a su poder, valor y experiencia. Por gratificacion de sus méritos le concedió el Rei cinco mil pesos de renta en Indias y asignóselos en la jurisdiccion de Santiago, principalmente en el valle de la Aconcagua, de los que gozaban sus herederos el año de catorce del siglo pasado. Su desinteres y justicia dió un singular brillante a su gobierno. Fué infatigable en la guerra, la que siguió desde su primera edad, sirviendo en Flandes, Alemania e Italia. El destino que tuvo su persona y familia, de presente lo ignoramos.

Martin García Loyola llegó a Valparaiso con su esposa Doña Beatriz Clara Coya, y con él vinieron los primeros relijiosos de la compañía de Jesus, que tanto fruto han hecho en el reino. Pasó a la ciudad de Santiago, de donde vino a la Concepcion con alguna jente. El maestre de campo Alonso García Ramon y el licenciado Pedro de Vizcarra le dieron exacta razon de todo: vinieron varios caciques a cumplimentarle, no solo de los amigos, sino es tambien de los sublevados: en todo se mostró mui circunspecto, porque quien con facilidad cree, con facilidad se engaña, como dice Séneca. Resolvióse un congreso, y para el dia emplazado se hallaron los mas principales y aun algunos de los rebeldes: el gobernador les habló con entereza e injenuidad, diciéndoles: que una larga experiencia habia enseñado que sus promesas eran artificiosas y engañosas, y que era fábula de lo público el admitirlas por verdaderas, para lo cual observan mas silencio que los areopajitas, mudando mas formas que el fabuloso Proteo, y que hallándose superior en todo, no tenia porque contemplarlos; mas que ostentaria su poder en beneficios, como ellos protestasen la enmienda con sincera intencion.

Antipillan, principal cacique, habló por todos, esforzándose para desimpresionar el concepto en que estaban, y la experiencia hizo ver que no fueron finjidas sus palabras, no obstante que su principal mujer le insistia a lo contrario; mas en él no tuvo igual predominio que la infame Tais con Alejandro, a quien le persuadió que incendiase a Persépolis, como dice Curcio; y los caciques por indicante mayor de su fe le propusieron el que hiciese una poblacion de españoles en Millapoa y se ofrecieron a dar el fomento para su construccion. No le pareció al gobernador despreciar oferta tan ventajosa, y para mas facilitarla se hicieron dos fortines en las dos opuestas riberas de Biobio, en cuya construccion dió un singular ejemplo, no dispensando su persona de ninguna faena para su adelantamiento, y dejó por comandante a Juan Riba de Neira con cincuenta hombres.

Al gobernador no le pareció diferir mas tiempo la fundacion de la nueva ciudad, a la cual, por eternizar su nombre, quiso darla el de su apellido, nombrándola Santa Cruz de Loyola, cuyos jenerosos deseos parece han sido en todos los siglos connaturales a los hombres. Bien

esto se vé en la mas santa hoi y soberbia corte de la tierra que hubo, Roma y Constantinopla; y aun ha pasado a los hijos, pues Clearco fundó a Antioquía en honor de su padre. I aunque el sitio parece que pudo ser mejor, debió de ser allí conveniente, el cual está en una loma despejada algo distante del agua, cuya penalidad la suplirian con los pozos que el dia de hoi permanecen, y como tres leguas del rio de Biobio, casi en el conmedio de la latitud del reino. Acimentáronse en la nueva poblacion ochenta vecinos, cuyo número fué copioso para aquel tiempo, y señalóse sitio a los relijiosos de San Francisco, la Merced y San Agustin. Fué su correjidor D. Antonio de Avendaño y su cabildo se compuso de dos alcaldes, cuatro rejidores y un escribano, cuyos nombres hoi se ignoran. El gobernador dió mucho fomento al vecindario para su fomento: bien lo manifiestan el dia de hoi los fragmentos, que son muchos para lo poco que subsistió esta nueva colonia; facilitó el que se trabajasen las minas de oro de Quilacoya y puso a cubierto la extension de Guilquilemu y en brida a los indios de Catirai, Puren y Guadava.

Ninguno se adormezca sobre las cenizas del fuego que acabó de extinguirse, pues es cierto que de padres infieles se ven hijos desleales, como dice el Libro de los Reyes. Esto se vió en la reciente sublevacion de los indios de Catirai, que en el término de veinte y cinco años habian dado ocho veces la paz y con alternacion de tiempos vuelto a la guerra: ejecutáronlo en lo presente con otros atraidos de los purenes, que viendo los progresos de Santa Cruz de Loyola, discurrieron el sorprender el fuerte de Jesus y retardar con esta accion la felicidad con que iba la acimentacion de los españoles, pues la tenian por fatal indicio de su ruina; y habiendo juntado quinientos hombres, se vinieron ocultos y sin estrépito hasta el mismo fuerte, y en tres escuadrones lo avanzaron en las horas mas silenciosas, y como los techos eran pajizos, al mismo tiempo procuraron incendiarlos. Los españoles se opusieron a tan impensado avance: el comandante, que lo era Francisco Guajardo, ganó la puerta para defender la entrada: a este tiempo prendió el fuego en un baluarte y dos casas; mas las mujeres y jente lo extinguieron, y los enemigos, redoblando su esfuerzo, abatieron algunos troncos de la robusta palizada de que se componia su recinto; mas el capitan se opuso a su ingreso con intrepidez sin igual: estorbólo por allí; mas Loncotegua, partidario de fama, abrió otro portillo y entró con cuatro de igual ánimo al suyo, y con la voz y su ejemplo persuadia a sus soldados que le siguiesen. La confusion era grande y el peligro no pudo ser mayor; mas el comandante, viendo esta diversiva, con otro español se fué para Loncotegua y le dió tan fuerte cuchillada que le llevó un brazo; mas cual otro Sinejiro, que se valió del siniestro para entrar en la nave, tomó la lanza con él; pero otra mortal herida le quitó la vida. Consternó esto tanto a los indios que se retiraron. Así terminó esta accion tan a nuestra ventaja, debida al valor y conducta de Francisco Guajardo, a quien honró mucho el gobernador como asímesmo a los soldados.

CAPITULO XVIII.

El gobernador funda una ciudad en Arauco: hácese la descripcion de aquel pais.—Principia las operaciones de la campaña por Puren y Catirai y termínalas en Tucapel.—Las ciudades y su comercio se recrecen.—Funda el gobernador la ciudad de San Luis de Loyola.—Viene el socorro del Perú.—Intenta el gobernador subyugar a Puren.—Jeneroso empeño de Paillamacu y no lo consigue; y construye en aquella provincia una ciudadela.

El gobernador con maduro acuerdo resolvió hacer ciudad la poblacion de Arauco, poblándola con formal vecindario, en quienes distribuyó solares y campos para su perpetuidad: dícelo así Pedro Ugarte de la Hermosa en el Epítome del gobierno de Martin García Loyola, el cual escribió a los veinte y tres años de su muerte; y se hace preciso el especificar, aunque con suscinta narracion, la descripcion de este pais. Su benigna situacion está en algo mas de los treinta y siete grados de elevacion al polo, que es lo benigno de la zona. Fué la fundacion en un ameno y extenso valle que el mar baña por el mediodía, para que igual gozase de las delicias y conveniencias de la tierra y mar, y por el oriente el rio de Carampangue de moderado caudal, profícuo por la abundancia de su pesca y la fácil extraccion de sus aguas; y por el poniente y setentrion le circundan unas moderadas colinas que terminan en el célebre y elevado Colocolo, que aquellos montes predomina, en cuya gallarda simetría se esmeró o desveló naturaleza. Al pié de él se construyó o amplificó la poblacion a competente distancia del mar, teniendo por respaldo o muralla el tajo natural que hace desde su cima al plano; y en el intermedio de su elevacion hace una grada algo esférica, de extension y capacidad para cultivarla, de cuyo bordo brotan diversos manantiales de agua perenne, y tan copiosos que distribuidos con órden pudieran mantener un pueblo de mas de veinte mil vecinos. Su vega es fertilísima, adonde mejor que en la isla de Corfú pudieran colocarse los jardines de Alcinoo, de quienes habló tanto Homero, pues no solo los campos, sino es hasta la arena de sus playas produce tanta abundancia de fresas o frutillas, que solo es persuasible al exámen de la vista y no al de la narracion. Y ceso con la descripcion de tan amable pais, por ser atributo de una dulce y fecunda retórica, de la que carece nuestra pluma.

Las acciones del gobernador, arregladas en equidad, miraban al político y militar gobierno: bien lo comprueban las elecciones que hizo de sujetos, a quienes llegaba el premio sin el sudor congojoso de la solicitud, lo que hizo laudable su memoria; pues quien al digno da a todos obliga, como dice Séneca. Las mercedes de encomiendas que dió, cuyos orijinales tenemos vistos, pueden servir de desengaños de muchos y enseñanza de todos; tan circunstanciadas y conminatorias son las palabras que en ellas se expresan, las cuales en los antecedentes despachos no se veian, que influian en los encomenderos al mejor trato de los

indios, como se vió. El gobernador con la inspeccion de ejecutar en persona la futura campaña, salió para Puren con cuatrocientos españoles y dos mil auxiliares, los cuales se componian de cierto número que quedaba exento de tributo en los repartimientos y de tal cual provincia asignada para este efecto. Dióse la tala al pais, porque sus habitadores ganaron las montañas con sus bienes y familias: no obstante, cojieron algun ganado: de donde pasaron nuestras tropas a Catirai y Coyuncos, cuya situacion y nombre el dia de hoi se ignora; y en lo mas fervoroso de la hostilidad, se encontró con cierta huella que se internaba por la fragosidad de un bosque. El gobernador mandó a Pedro Gutierrez de Mier, que iba de capitan de una compañía de caballos, que con ella y algunos auxiliares la siguiese: ejecutólo así y salió a un prado, donde se hallaba una partida de enemigos que se discurrian a cubierto de sorpresa y se habian juntado con ánimo de insultar a los indios sumisos. Aprisionáronlos, y entre ellos a dos mulatos que habiendo desertado, hacian notable daño en la ciudad Imperial y en los Confines con furtivas correrías: hízose en ellos ejemplar castigo. Consta esto por certificacion dada por dicho gobernador a Pedro Gutierrez, abuelo del autor, y a Francisco de Buesa, que fué en su compañía.

El gobernador pasó con el campo a Tucapel, habiendo tomado precaucionadas medidas para los tránsitos fragosos que se ofrecian, como para la subsistencia de sus tropas, porque siempre la prudencia de precaucionar lo futuro fué feliz, como dice Tucídides. Hostilizóse el pais enemigo con saña, de donde el gobernador se retiró a Arauco. Estas ni otras acciones militares no interrumpian el sosiego ni aumento de las demas ciudades del obispado Imperial, ántes con la labor de las minas se recrecian. Los indios pacíficos se reducian a pueblos, siendo mui empeñosa la solicitud de sus encomenderos, no solo para esto, sino es para hacerles enseñar oficios mecánicos, en que iban entrando con medras. Estaba corriente el comercio por los puertos de Valdivia, la Concepcion y Valparaiso, navegándose mutuamente los frutos de entrambos reinos, del Perú y Chile. Como las poblaciones de las ciudades era su mayor desvelo, pues mejoraba el reino aumentando el comercio, mandó fundar la ciudad de San Luis de Loyola en la provincia de Cuyo, en el pago de la junta de Venados, como hoi vulgarmente la llaman, la cual está en el extremo de la jurisdicion de Chile y facilita el comercio con el Tucuman, Paraguai y Buenos Aires, lo que fué en comun beneficio, pues está al ingreso de las pampas. Saliendo de Chile y viniendo a él, es benéfica escala para repararse de la penosa marcha de carretas. Subsiste el dia de hoi y siempre se ha mirado como necesaria. Aunque con corta poblacion, hai convento de relijiosos de Santo Domingo y reciente establecimiento de jesuitas: tiene correjidor, que es cabeza de las demas justicias y oficios concejiles. Su territorio es fértil, principalmente en herbaje.

El gobernador pensó terminar con el belicoso teson de los purenes y de otras algunas provincias, para cuyo efecto puso en práctica las facul-

tades de su política y poder. Inflamábale la gloria de conseguir lo que infructuosamente emprendieron sus predecesores; y porque en empresas ardientes es gran riesgo el ponerse con el corazon helado, como dice Salustio, acaloró sus deseos la recluta de jente armada y ropa que le trajo de la ciudad de los Reyes D. Gabriel de Castilla, y comenzó a prepararse para la futura campaña. Paillamacu, cacique principal de Puren, exhortó a sus tropas para mas estimularlas diciéndolas: que se hallaban en estado de una inculpable defensa, a que los compelia la violencia con que los españoles querian quitarles su libertad heredada de sus mayores, y que esto lo tenian por delito capital; que adonde obraba el valor eran ridículas las amenazas, y que despreciasen las que los españoles proferian, y que sus fantásticos anhelos de mas de treinta años los habia desvanecido su constancia, y que en tan jeneroso empeño seria él el primero que perdiese la vida. A la deidad Promiades veneró la antigüedad pagana, como dice Pausanias, porque infundia la ira y furor: de ella se infundió a estos bárbaros, como que venerasen su númen. Juntóse el campo español en Quinel en diez de enero de mil quinientos noventa y siete años, que constaba de quinientos españoles y mil y quinientos auxiliares, y en cinco dias llegaron a Puren. El gobernador solicitó los medios de paz; mas ellos no la admitieron si no quedaban independientes. Presto muere la fama cuando no se mantiene en la pluma de los escritores, y al juicio del lector dejamos si es digno de que en ellas viva esta accion y otras que se verán en el teatro de nuestra historia. Paillamachu y Quelontaro los exhortaron a proseguir en su empeño, y la melodía de las palabras fué tan de su agrado, que la retardacion la miraban impacientes, como la música de Jenofonte, que provocaba a Alejandro a la guerra, de quien dijo Diójenes que mas músico fuera si le sosegara.

El gobernador, irritado con la repulsa de la propuesta, ordenó se hiciese la guerra a sangre y fuego: ejecutóse así incendiándolo todo y pasando a cuchillo a los que se aprisionaron. Los indios unos se retiraron a su ciénega y otros a lo mas breñoso de los bosques, donde les sirvió de defensa lo inaccesible. El gobernador atrincheró su campamento para estar a cubierto de sorpresa, porque se dejaban ver algunas tropas entre desfiladeros. No dejó en el campo cosa que pudiese servir a la subsistencia, y para mas incomodarlos se construyó un fuerte en Puren y otro en Lumaco, adonde dejó suficiente guarnicion, y se retiró a los Confines. ¿Quién no admirará el valor marcial de esta nacion y el no reducirse a tanto diluvio de males, capaces de llenar los espacios del mas dilatado sufrimiento, y que Paillamachu sostuviese los intereses de su nacion? No hizo mas Escipion cuando consternada Roma por la pérdida de la batalla de Cannas, reanimó en aquel belicoso pueblo el valor de que decaido estaba, como dice Livio: y renaciendo este valeroso bárbaro, cual otro fénix, de las cenizas de su incendiada patria, con dos mil y quinientos hombres se puso en marcha para el fuerte de Puren, atrincherándose cuasi a tiro de fusil, sin que caballos ni ganados pudie-

sen salir a pastoreo; y porque la estacion era inverniza, hicieron sus cabañas de pieles y pajizas. Asaltaron dos veces a la plaza entre las tinieblas de la noche para hacer inciertos los tiros y recrecer a los sitiados la confusion.

El gobernador despachó luego el socorro al comando de Pedro Cortes, que se componia de ciento cincuenta hombres y seiscientos indios, que llegó a los catorce dias del sitio; que a retardarse, logra Paillamachu el triunfo: y se retiró con sus tropas, practicando la buena máxima de guerra, de no exponerse a una grande accion en propio pais; mas logró el que abandonasen los dos fuertes.

CAPITULO XIX.

El gobernador despuebla la fortaleza de Lumaco: hace una irrupcion en Puren y los indios ganan los bosques.—Retírase a la Imperial, y viniendo para la ciudad de los Confines, le quita la vida Quelantaru.—Elójiase su conducta y dáse noticia del destino de su familia.

La experiencia de cada uno confirma que las providencias humanas no pueden evitar lo que la divina sabiduría ordena, y así se confunde el humano saber. Bruto, particular amigo de Artemidoro, le dió parte de la conspiracion contra César, quien al instante se la hizo saber; mas su destino fué tal que no leyó el papel dirijiéndolo, el cual se le halló despues de su muerte, y pereció teniendo a la vista y en su mano el remedio, como dice Estrabon. Acercábasele al gobernador su trájico fin y todas sus providencias fueron desaciertos: túvose por tal el que hubiese despoblado el fuerte de Lumaco, pues con él aseguraba el camino y correspondiencia de los Confines a la Imperial, y podia servir de venta o de un cómodo alojamiento para los viandantes, para cuyo efecto se habia construido; y su permanencia hubiera obviado su muerte y la total ruina del reino, pues en este tránsito le quitaron la vida: opusiéronse algunos a su abandono, mas el gobernador llevó a rostro firme su resolucion. Las operaciones de la campaña por primavera se actuaron en la provincia de Puren, y los indios ejecutaron la mesma ocultacion y abandono, de suerte que fué ténue el daño que se les hizo; y el gobernador pasó a correr las plazas, fronteras y ciudades y vino a terminar por marzo de mil quinientos noventa y ocho a Santa Cruz, su amada colonia; y desde su fundacion, mandó se poblasen los campos hasta la Concepcion, porque no habia ya motivos de recelos; y el considerable oro que productuaban las minas, hasta florecer mas el reino, y el sosiego y abundancia, ocasionaba vida licenciosa y litijiosa por los pleitos y desazones que se ofrecian entre los vecinos, como dice el padre Ovalle.

Cuéntase con variedad su muerte y los acaecimientos ántes y despues de ella; y esta desconformidad hace la verdad dudosa. Nosotros elejirémos lo mas verídico y lo que consta de los cortos fragmentos que han permanecido de aquel tiempo. Hallábase el gobernador en la Im-

perial y resolvió el venir a la ciudad de los Confines: dicen que venia a determinar varios pleitos entre el cabildo, correjidor y algunos de sus vecinos, sobre que habia tenido alternadas representaciones. Otros dicen que el ánimo era pasar de los Confines a la Concepcion. Tiénese por cierto que al querer montar a caballo se cortaron los rendajes y cayó el freno; otros aseguran que un lebrel de su aprecio los cortó: o bien que fuese lo uno o fuese lo otro, todos los circunstantes lo tuvieron por fatal indicante y solicitaron el que se quedase. Alejandro, al desembarcarse en Asia, cayó en tierra, y consternados los presentes de tan melancólico anuncio, les dijo regocijado: "buen ánimo que la tierra es a mí." Estos y otros accidentes pueden ser casuales y tambien divinos advertimientos: mas el gobernador siguió su destino, no obstante que el cabildo y otras personas le representaron que sesenta hombres, que era con los que salia, no era competente escolta para la seguridad de su persona. Todo lo despreció y se puso en marcha llevando en su compañía a frai Juan de Tovar, provincial franciscano, a fr. Miguel Rosillo y a fr. Melchor Arteaga, con muchos vecinos que voluntariamente quisieron obsequiarle, los cuales se volvieron del primer alojamiento: prosiguió el segundo hasta los confines de Quechereguas y acampóse en un prado a la márjen de un arroyo nombrado Curalava.

Quelentaru, que se hallaba solicitando reducir unas vacas montaraces en Guadava, como dicen, o que tuviese el aviso y se viniese en pos del gobernador para sorprenderle, lo que nos parece mas verósimil, pues traia doscientos hombres bien armados y montados, al romper el alba de una mañana nebulosa, que hasta esto previno la desgracia para no ser vistos, encontráronse con un criado que salió del alojamiento en solicitud y recojida de unas bestias, y habiéndole aprisionado, les dió el aviso de su letargo y descuido y de que estaban acampados sin órden; y viniéndose con toda celeridad, los acometieron con tan fatal desgracia que ningun español libró con la vida; cuyo acaecimiento fué el dia veinte y cinco de noviembre de mil quinientos noventa y ocho años.

Los cuerpos quedaron desnudos e insepultados, y volvióse Quelentaru cargado de despojos, con tanta celeridad como fué el hecho, cuya noticia dió a Paillamachu, de donde se divulgó por todo el reino con tan rápido curso, que asegura Pedro Ugarte de la Hermosa que en cuarenta y ocho horas tomaron las armas mas de treinta mil hombres, sublevándose con tan uniforme consentimiento doscientas leguas de pais, que se comprenden desde el rio de Itata hasta el canal de Maullin, que divide a Chile de la provincia de Chiloé; y se apoderaron de todo el ganado mayor y menor, caballos, yeguas y bestias de albarda que tenian los españoles en sus haciendas de campo, las cuales todas incendiaron con cuantas iglesias, pueblos y hospitales habian construido los españoles en beneficio suyo, y quitaron la vida a cuantos en aquel rebato aprisionaron, sin exceptuar sexo, edad ni condicion; que todas fueron mas de doscientas y cuarenta personas. Incendiaron las mieses, que algunas estaban en estado de madurez, y talaron todos los demas frutos de ver-

dor, sin exceptuar ni aun los propios que estaban inmediatos a las ciudades, porque no pudiesen servir de alimentos a los españoles; y porque en tanto diluvio de males no quedase consuelo, cortaron con gran cuidado la correspondencia de unas ciudades a otras, la cual solo se podia tener por medio de los indios, que unos habian nacido y otros criádose en casas de españoles; mas en uno y otro sexo se comenzó a experimentar jeneral desercion, lo que no fué ménos sensible a quienes los miraban con afectos de padres y educándolos como a hijos, y así dice San Bernardo, que perverso corazon tiene el que busca ocasion para ser ingrato: pues no solo se experimentó en estos la perversidad de una depravada índole, sino en muchos de los que teniendo oficios públicos estaban acimentados en las ciudades, a cuyas expensas vivian honradamente y con aprecio competente a su esfera. ¿Quién vió jamas tan crespa borrasca, ni tan unida tempestad, quién dolor tan acerbo, igualmente experimentado de clérigos, regulares y monjas, de ancianos y mozos, y del fuerte y delicado sexo de alta y baja esfera?

Y por desembarazarnos de este ramo de la historia, darémos alguna noticia de la conducta de Martin García y de su familia. Mostróse en su gobierno mui desinteresado y amante de la justicia, y no ménos propenso al servicio del Rei y utilidad pública: bien lo manifestó en las tres ciudades que fundó en seis años que tuvo el jeneral comando. Solicitó con fervor el buen tratamiento y educacion de los indios, fué mui devoto y de una vida mui ejemplar. Habiendo descaecido en la Concepcion el fervor con que anualmente se hacia conmemoracion del temblor e inundacion que la arruinó, mandó se cumpliese segun y como se obligó a ello el cabildo y vecindario, cuyo auto narrado con gran piedad tenemos visto. Casóse con Doña Beatriz Clara Coya, hija de D. Diego Lairitupaca, a quien sacó de los Andes y le cortó la cabeza D. Francisco de Toledo en el Cuzco, lejítimo descendiente del gran Guainacapac, el último y mas poderoso monarca del Perú, y el hecho servirá de horror a la posteridad mas remota; de cuyo matrimonio tuvo una hija. De la ciudad de la Concepcion se fué con ella a España y casóla el Rei con D. Juan Henriquez de Borja, caballero de la casa de Gandia y la tituló marquesa de Oropesa de Indias. Véase en la doctrina del padre Calatayud o su dedicatoria el grande ascenso a que hoi ascendió esta casa.

CAPITULO XX.

Queda de gobernador Pedro de Vizcarra.—Notable sublevacion de los indios: vienen aproximándose a la campaña y quedan batidos.—Sale el gobernador a campaña.—Despuéblase la ciudad de los Confines y la de Santa Cruz despues de un bloqueo.—Viene provisto por el virei Don Francisco de Quiñones.—Consigue una notable victoria: se ejecuta espantoso castigo en los prisioneros.—Envía al socorro de Arauco.—Forzan las trincheras de los indios.—Despuéblase la ciudad.

El licenciado Pedro de Vizcarra, teniente jeneral del reino, se hallaba en Santiago, y por su grado y nombramiento que de él hizo el cabildo

de aquella ciudad, quedó de gobernador interino entretanto que el virei, que lo era D. Luis de Velasco, providenciaba lo mas conveniente, a quien se le participó lo acaecido en Chile. Notáronle al gobernador algunos su demora en caso que pedia tanta urjencia la asistencia de su persona en la Concepcion, y llegó a tiempo que todo era un impensado horror y a notable calamidad expuesto; y aunque como Jano, de quien finjió la antigüedad pagana que tenia mas de dos ojos, procuró mirarlo y precaverlo todo, no le fué posible en tan enorme desgreño. Mas sabiendo que algunas tropas de los sublevados principiaban a hostilizar el partido de Puchacai, en cuyo centro está situada la Concepcion, despachó a D. Pedro Paez Castillejo con algunas de las que habian venido de Santiago; y habiéndose avistado las acometió con suceso, retirándose con pérdida y confusion los indios a su pais, lo que contuvo la insolencia de otros que venian a sostenerlos o a interesarse en los despojos que tenian por seguros. A este tiempo fueron viniendo noticias mas específicas de los acaecimientos y presente estado en que se hallaban las ocho ciudades de Osorno, Valdivia, la Villa-Rica, Imperial, Confines, Santa Cruz de Loyola, Arauco y Cañete, adonde se habian venido los de esta provincia, y se hallaban formalmente sitiadas; y como que estaban mas inmediatas al socorro, hacian poderoso esfuerzo para ganarlas: las otras, que lo tenian distante por estar internadas en el pais sublevado, las tenian bloqueadas con estrechez, sin aventurarse a experimentar alguna notable pérdida, porque estaban con la esperanza bien fundada de que la suma inopia de bastimentos las haria rendirse.

El gobernador salió con algunas tropas para la ciudad de Santa Cruz y se acampó a la márjen del rio de Biobio, en el territorio de los Confines y sitio de la empalizada, cómodo para cubrir a entrambas ciudades, fortalecido por naturaleza; y por la cortedad de sus tropas no pasó a la Imperial. Los indios con la noticia de su marcha y aproximacion desampararon el sitio de las dos ciudades; y viendo que no se podia mantener en ellas, las desampararon y se retiraron para la Concepcion, siendo cada uno incendiario de su misma casa y de los demas de sus bienes que no podian transportarlos. Acerbo dolor como el dejar para siempre su amada patria con las heredades que habian sido el esmero de sus trabajos para mantenerse unos cómodamente y otros con esplendor sus familias; y con inaudita mutacion se veian orfanos y compulsos a mendigar hospedaje y manutencion, lo que prueba la inconstancia de lo humano, pues que no hai nada sólido ni durable en la tierra; y así dijo San Agustin, que el mundo tiene por donde ser amado y aborrecido. A este tiempo llegó a la Concepcion D. Francisco de Quiñones, dia diez y ocho de mayo de mil quinientos noventa y nueve, alcalde que era de la ciudad de los Reyes, provisto por el virei al gobierno de Chile, y finalizó el del licenciado Vizcarra, que duró seis meses.

El gobernador se procuró informar con exactitud de todo lo acaecido en el reino y del reparo que pudiera ponerse a tan rápido torrente

de infortunios, para lo que se aconsejó con personas de ancianidad y experiencia, que es lo primero, y lo segundo poner en ejecucion lo resuelto y lo tercero esperar el fin, como dice Ciceron; y sin perder instante salió a campaña con las tropas que pudo, porque el bloqueo de las ciudades habia pasado a sitio formal. Mas ántes de proseguir, quede advertido que como la guerra inquieta ánimos, armas y plumas, no hubo ningunas que escribiesen estos notables sucesos, tan sabidos en aquel tiempo como ignorados en este; y nos será disculpable si no guardamos la serie de ellos en su narracion, o si omitiéremos algunos ocultos a nuestra edad o solicitud.

Y habiendo llegado al territorio de Yumbel, donde se avistó con el campo enemigo, que se componia de seis mil indios, que fiero, tenaz y empeñado venia a solicitar a los españoles para con una accion decisiva lograr la rendicion de las ciudades, porque quitada la esperanza del socorro ellas solas se rendirian, pareciéndoles mui flemática la operacion de que se entregasen por necesidad: estas bien arregladas conjeturas hizo Paillamacu, y mas cuando le seguian prontos refuerzos para sostenerle. Luis II de Borbon, príncipe de Condé, cuyo ánimo feroz y resuelto fué la admiracion en Europa, decia: que el ponerse a los peligros sin diferirlo, el mejor modo era de evadirlos: máxima mui opuesta a la que observa el mariscal de Turena. Este belicoso y político bárbaro siguió las del primero. Los indios se formaron en dos escuadrones de caballería y alguna de infantería, o bien fuese primera y segunda línea

Don Francisco manifestó una singular conducta. Distribuyó órdenes a los altos y bajos oficiales con aspecto sereno y nada conturbado y exhortó a los suyos, ejecutando otras acciones dignas de un jeneral prudente; y ordenó a los sarjentos y tenientes que al pusilánime que abandonase su puesto le quitasen la vida. Principióse la funcion con igual coraje. La infantería de los indios se vino presurosa a estrechar con la nuestra, despreciando el fuego que no descontinuado de la arcabucería y de seis tiros de campaña, hizo un estrago terrible, hasta que se mezclaron con los españoles: lo ventajoso de nuestras armas igualaba a su crecido número. Por fin cedieron a la hora de un dudoso Marte y se siguió el alcance a corta distancia porque no se rehiciesen o encontrasen con algunas tropas de reserva. De los indios murieron muchos y algunos de los españoles, cuyo número hoi se ignora con el de los prisioneros. Mandó el gobernador que se ejecutase en ellos ejemplar castigo, el que no habian visto ni experimentado hasta entónces, como fué hacer pedazos en el campo de batalla a muchos y colgar sus cuerpos a trozos por los árboles y caminos: bien lo da a entender Don Jorje de Ilumbe en el memorial histórico que presentó a su majestad, cuyas palabras son las siguientes: "Don Francisco de Quiñones puso algun remedio en los grandes trabajos y cercos que halló, poniendo gran freno en los indios rebeldes con cruelísimos castigos;" y terminó con tan corto período dejándonos con los deseos de que pudo individualizar algo mas, y sin duda convino el llegar a los extremos del rigor, pues estaban

insolentes con su fortuna y los españoles sofocados con su desgracia, y como dice Lactancio, que el que castiga a los malos, mira por la salud de los buenos.

Los indios habian estrechado notablemente el sitio de Arauco y estaban resueltos a no levantarlo hasta ganarlo. Hallábanse en extrema necesidad y escasos de municiones de guerra, y en tan terrible conflicto les pareció al comandante y a todos los que componian su guarnicion y vecindario, el seguir una esperanza vana que no una desdicha cierta. Fructuosa su constancia fué, porque, sabiendo el gobernador la estrechez en que estaban, despachó a D. Pedro Paez Castillejo con trescientos veinte hombres para que la socorriese. Mas de cuatro mil indios eran los que se hallaban acampados a vista de ella, y aunque pudieron en los desfiladeros que se ofrecen, embarazar el socorro, jactanciosos o temerariamente confiados los esperaron en sus trincheras. Forzólas D. Pedro con gran valor, y los indios las abandonaron con alguna pérdida. Despoblóse Arauco, porque en la positura presente no era posible su subsistencia, y se retiraron todos bien observados de los indios. Esta accion consta en certificaciones de aquel tiempo, que hemos visto, dadas a este ilustre caballero.

CAPITULO XXI.

Dase noticia del número de cristianos que habia en las ciudades, y el estrago que hicieron en lo sacro, y su desercion que hicieron de la relijion, y reflexion que de esto se hace.—Va el gobernador a socorrer la Imperial: ejecútalo con suceso, mas no pudo penetrar mas adelante.—Notable batalla que tuvo en que quedan vencidos.—Ejecuta singulares castigos en los prisioneros de mayor distincion.—Prosigue el sitio de la Imperial y favorece Santa María de Nieves con un milagro a los sitiados.

Se le atribuye a la guerra la suversion de la justicia, desobediencia de leyes, el dominio de la impiedad, devoracion de caudales y la incertidumbre de acaecimientos. Mas D. Francisco de Quiñones se portaba como sabio piloto que gobierna la nave al traves de las desgracias, procurando cuidadoso evadir los escollos. Digna fué por cierto de altos elojios su conducta; y así dijo Aristóteles, que el arte de gobernar tiene la primacía entre todas: y entretanto haga un breve paréntesis la admiracion, que habiendo en la jurisdiccion de las ciudades mas de setenta mil cristianos, o bien que sean seis mil, como dice Ugarte de la Hermosa, y que doscientos eclesiásticos les administraban el pasto espiritual, como tenemos dicho, con extraña trasformacion, de improviso desertaron de nuestra católica relijion y creencia, profanando y quemando mas de cincuenta iglesias y hospitales que habian dispersos en el campo y sus pueblos; pues, aunque tuviesen motivos verdaderos o pretestados para el odio que manifestaron contra los españoles, no podian ni cabia el que lo tuviesen contra los altares e iglesias; y se volvieron tan repentinamente a la barbaridad de sus costumbres a los

cuarenta y ocho años que se habia principiado en ellos la educacion y política cristiana, lo que hace ver lo bien que dice el árbitro, que la contumacia de los indios y la fiereza de su condicion los hacia ciegamente obstinados, y que el introducirse la cristiana doctrina al lado de las armas, no solo era conveniente sino forzoso, porque la novedad pide poder para la introduccion y conservacion, como enseña Santo Tomas, lo que es digno de reparo.

El gobernador con los repetidos avisos que tuvo del tenaz empeño con que los indios proseguian el sitio de las ciudades, con cuantas tropas pudo juntar su actividad fué a ejecutar su socorro con marchas prontas y rápidas. Quieren unos de que en esta ocasion despoblase las ciudades de los Confines y Santa Cruz; otros juzgan que esto fué en tiempo de su antecesor el licenciado Vizcarra, como tenemos dicho; y sin contender el caso resolvemos en que corto fué el espacio que medió entre el un tiempo u el otro. Proseguia el gobernador su destino para la Imperial, y de paso sin distraerse se talaban los campos de su tránsito: hiciéronse algunos prisioneros, y los dejaban ahorcados en sus casinas, si no para el terror, para el escarmiento. Los indios con la noticia de su aproximacion levantaron el sitio. Fué increible la alegría que los de la ciudad tuvieron, y procurando el gobernador sus alivios, ejecutó cuanto pudo conducir a este fin, y para el efecto destacó algunas tropas que por tres partes a un mesmo tiempo corriesen el pais y trajesen cuantas vituallas y ganados se pudiesen: ejecutóse así, aunque con poco fruto, pues todo lo habian retirado adonde no pudo ser habido.

Procuró el gobernador valerse de algunos indios, a quienes obligó el interes mas que la fidelidad, para que fuesen a Valdivia, la Villarica y Osorno, noticiándoles de que a esta iria el socorro por Chiloé y la otra por Valdivia, adonde llegaria por horas un navio con municiones de boca, guerra y jente, y que el no (*sic*) penetrar hasta aquella ciudad no era dable por la cortedad de sus tropas y las muchas enemigas que en los desfiladeros y pasajes de los rios estaban acampadas para estorbar su tránsito. A este tiempo tuvo el gobernador noticia de que la Villarica se hallaba con notable estrechez; mas la divina Providencia dispuso se mantuviesen con la pesca de aquel su profundo lago. Hallábase a este tiempo la ciudad de la Imperial sin obispo por la muerte del señor D. Agustin de Cisneros, que, de dean de aquella iglesia, le hizo el Rei esta merced y murió sin consagrarse. Hallábase de provisor y vicario jeneral del obispado el maestre de escuela D. Alonso de Olmos y Aguilera, hijo del insigne Pedro Olmos de Aguilera, de quien tenemos hecha mencion en el teatro de nuestra historia. Viendo el gobernador que se aproximaba la inverniza estacion, procuró ejecutar su regreso: a este tiempo le llegó la noticia de que dos mil indios de sus mejores tropas y con suficiente remonta pasaban el rio de Biobio con designio de hostilizar la jurisdiccion de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa; y dejando el mejor órden y providencia que pudo, se retiró presuroso para obstar sus designios, que en realidad eran bien fundados; porque las tropas espa-

ñolas estaban en la Imperial y no habian otras que válidamente se pudiesen oponer a las suyas, y que entretanto que venian podrian conseguir felices progresos, y así aprovechaban la oportunidad que el tiempo les ofrecia, pues en la guerra no hai mas que saber que el no perderlas. Estas y otras muchas resoluciones de la nacion, con tanto acuerdo premeditadas y con celeridad concluidas, nos confirman en el dictámen que de ellos se hace, de que son tan valientes como discursivos.

El gobernador ejecutaba con aceleracion su regreso, y en lo que hoi se denomina las islas de Tavon, que dista seis leguas de Yumbel, se avistó con los enemigos, que se retiraron con alguna presa de ganado mayor y caballos, procurando evadir el encuentro con las tropas españolas. Mas viéndolo inexcusable, Paillamacu, su jeneral, exhortó a los indios enérjica y suscintamente diciéndoles, que el vencer al gobernador, que presente tenian, los pondria en el goce de una cumplida libertad, y que su captura o muerte habian de solicitar, de cuyo jeneroso hecho solo pendia la posesion de inestimables bienes, la entrega de las ciudades, quedando al arbitrio de sus armas cerca de trescientas leguas de pais que se comprendian desde el rio de Maule hasta el canal de Chiloé; que todo se aseguraba con el trabajo de una hora que podria durar la accion, y que las tropas españolas venian fatigadas de una presurosa marcha. Con razones tan incitativas quedaron fieramente empeñados en morir o vencer.

Enrique IV, siendo príncipe de Bearne, aseguraba a Enrique III que con dos meses de trabajo viviria en reposo toda su vida, y de esta suerte inflamaba su tibieza, dice Mezeray: y como nos lo manifiesta la historia, no hai máxima practicada por los mas expertos jenerales que no la veamos ejecutada por estos bárbaros chilenos. Principióse la batalla con furor incapaz de retencion: el fuego de la arcabucería y el de cuatro pedreros de campaña, bien a propósito manejados, aumentaban el estrago. El gobernador sin reserva de su persona, con su guardia de veinte y cinco hombres, era de los primeros que se exponia al peligro. Su infantería se llegó a mezclar con la nuestra, y hubo indios que a brazo partido contendieron con los españoles. Duró dos horas la accion indecisa, hasta que al ponerse el sol, Paillamacu y sus tropas abandonaron el campo de batalla dejándole cubierto de muertos, con alguna pérdida de los españoles. Cojióseles algo de la presa, y el alcance no se siguió por el recelo de la noche. El gobernador, siguiendo el método de su justicia, mandó quitar la vida a los mas prisioneros que se hicieron, y hechos cuartos, los mandó dejar por los árboles que ofrecia aquella campiña, que es bastante prolongada. Esta victoria y la de Yumbel las refiere el maestre de campo Pedro Cortes suscintamente en un manuscrito de aquel tiempo que tenemos visto.

Los yerros de los que mandan son perjudiciales al público, y si no infames, vergonzosos al autor, y el no discurrir es disculpa de necios; y lo cierto de este aforismo nos lo persuade el consejo de Séneca de que el peligro que no se teme, se apresura: y la experiencia en la teme-

raria confianza del gobernador Loyola fué fatal al reino. En prosecucion de estas desgracias volvieron diez mil indios a proseguir el sitio de la Imperial. Un moderado rio o arroyo grueso que inmediato a la ciudad corria y de donde se proveia, discurrieron el estraviar las aguas de su cauce, para que en la sedienta estacion quedase árido, y esta falta los compulsase a su entrega. Ejecutáronlo con suceso, y el pueblo sumamente congojado imploró el patrocinio de Nuestra Señora de Nieves, llevando procesionalmente su devota imájen al brocal de un árido foso porque la ciudad estaba en un elevado terreno, y al instante brotó el agua a vista de tan numeroso concurso como el que presente estaba, y hubo la suficiente para la subsistencia de todos, el cual permanece hasta el tiempo presente.

CAPITULO XXII.

Prosiguen los milagros de María Santísima de las Nieves en la ciudad de la Imperial.—Estrechan los indios su asedio: mueren muchos españoles y aprisionan otros.—Varonil hecho de Doña Ines de Córdoba y Aguilera.—Va socorro a la ciudad: abandónanla y retíranse los pocos que quedaban y traen la imájen a la Concepcion.

Los indios continuaban el sitio sin que la estacion inverniza atenuase el ardor de su empeño, porque discurrian que la permanencia de esta ciudad seria el escollo donde naufragase su libertad; y aunque ya la tenian absoluta, no la querian recelosa ni ménos templada, que, como dice Livio, es la que mas aprovecha a los pueblos, que no la mucha. Y entretanto crecia la inopia de bastimentos, y aquel desamparado pueblo se encomendó fervoroso a María Santísima de las Nieves, y voluntarias se venian muchas volátiles a la ciudad diariamente deponiendo su natural esquivez y se dejaban cojer sin afan, sirviendo para su manutencion hasta que les fué el socorro. Persuadímonos a que este acaecimiento fué en el primer asedio. El maná mantuvo a los israelitas en el desierto solo, y cesó este portentoso rocio cuando llegaron a pais que les pudo ministrar para su subsistencia: hizo mas brillante esta maravilla el verla practicada en igual conformidad. Viendo los españoles que el socorro se retardaba, aunque no decaidos de la esperanza, que, como dice Séneca, es manjar de atribulados, solicitaron noticiar al gobernador del estado y situacion en que se hallaban, para cuyo efecto dispusieron construir una pequeña chalupa y despacharla por el rio al mar, porque les era impracticable el ejecutarlo por tierra; y como la necesidad es industriosa, el maderámen y tablas se ministró del que en la ciudad habia y de odres se sacó la brea para el reparo; mas no fué tan suficiente como se discurrió porque llegó a faltar mucha: encomendáronse a esta divina Señora, quien convirtió dos odres que de vino eran, en brea, los cuales tenia en un sótano un particular vecino, quien con pasmo y admiracion suya los halló llenos de este betúmen, y con él hubo aun mas de lo suficiente; y perfectamente acabado, prosiguieron sus fervorosas preces pi-

diendo el buen éxito del viaje. Túvolo con felicidad aun mas allá del deseo, porque siendo el primer destino para Valdivia, los vientos contrarios la llevaron a la Concepcion, adonde no iba, porque hubiera llegado a tiempo de hallarla perdida, en que se manifestó la especial proteccion de esta altísima Señora.

Al principio del bloqueo de la ciudad destacó el correjidor cincuenta hombres al comando de Francisco Galdámes para inquirir sus designios y solicitar algun bastimento del que almacenaban en su inmediacion; y yendo en prosecucion de su designio, cayeron sobre ellos dos mil hombres, y a breve rato que se principió la accion, se hallaron todos heridos y circundados de un crecido número. El comandante los exhortó a que implorasen el auxilio de Nuestra Señora de las Nieves, ofreciendo todos irle a rendir gracias descalzos por que los sacase con bien de peligro tan inevitable como era en el que se hallaban. A este tiempo los indios se formaban en dos escuadrones para proseguir la pelea, porque su mesma muchedumbre los habia desordenado. Los españoles resolvieron retirarse; mas era preciso hacerlo por su frente y fondo: así lo ejecutaron. Los indios sin hacer ningun movimiento se mantuvieron en la formacion en que estaban, lo que los españoles absortos o embelesados notaban con admiracion, y esta innaccion duró hasta que llegaron a la ciudad. El capitan, que era persona piadosa y de vida arreglada, cumplió con sus soldados la promesa, dándole las gracias a María Santísima de tan singular portento, como fué enajenarlos privándoles de toda accion y movimiento, en que consistió su salud. Fué uno de los que salieron Diego Venegas, y por consiguiente ocular testigo de esta maravilla, cuya declaracion auténtica hizo despues de algunos años en la Concepcion en tiempo que administraba la hermandad de esta santa imájen Juan Palomino, la que está confirmada con bula pontificia y goza de muchas gracias, como tenemos visto.

No fué ménos admirable el caso de no dar fuego un pedrero, cuyo disparo intentó repetidas veces un artillero, el cual por inadvertencia quedó cargado con bala y hubiera sido la ruina fatal, por ser en la plaza a tiempo que en ella se hacia una solemne procesion, llevando a esta divina imájen concurrencia del pueblo. Trájola a la ciudad D. Frai Antonio de San Miguel y Avendaño, su primer obispo, lustre y honra de la familia seráfica; y al tiempo de su partida, que fué el año de mil quinientos ochenta y nueve, para el obispado de Quito, adonde fué promovido no obstante la demision que habia hecho del de la Imperial, el cabildo y pueblo de esta ciudad le pidieron la dejase para su consuelo, en que convino; y aunque nuestra solicitud ha investigado los acaecimientos ántes y despues sucedidos, no permanece nada archivado, culpable pérdida y omision perezosa de nuestro reconocimiento; pues ha quedado en el olvido lo que debiera permanecer en la memoria, de la que hizo aprecio Dios nuestro Señor, pues nos mandó que en su memoria le recibiésemos. En nuestra primera edad vimos un extracto de los estatutos u ordenanzas de esta santa hermandad, el que de pre-

sente no subsiste, y en él se previene que se haga libro, como se acostumbra, en que se asienten los milagros que hiciere esta soberana reina; de que se infiere serian contínuos y que habrá hecho que cesen nuestra tibieza, y que siempre tuviese tres velos y no se descubriese sin cierto número de luces, y esto se prevenia al hermano mayor.

Para averiguar el cómo o cuándo la trajeron a la Concepcion, en cuya catedral el dia de hoi permanece, terminarémos el lamentable fin que tuvo la Imperial, aunque con oscuras noticias, como tenemos dicho. Los indios, impacientes de tanta resistencia, se empeñaron tenazmente a finalizar el sitio, recreciéndose por instantes su campo con nuevas tropas. Hai variedad de opiniones en órden a su pérdida; si fué ganada por asalto, si se entregó, o la abandonaron, y lo último nos parece mas verosímil, como dice Ugarte de la Hermosa, quien escribió en Chile inmediato a aquellos tiempos, cuyas palabras son las siguientes hablando de la Imperial: "Doña Ines de Aguilera Villavicencio, habiendo muerto su marido el noble caballero Pedro Fernandez de Córdoba y otros hermanos y deudos suyos, cuando asolaron la ciudad de la Imperial, y habiéndose recojido a un fuerte los vecinos y soldados que habian quedado vivos, y teniéndolos cercados, queriendo rendirse y entregarse por hambre por ser pocos y desfallecidos, la dicha Doña Ines los animó y divertió, y en los asaltos que les daban los enemigos los proveyó de cuerda y municiones y los gobernó, armándose como un esforzado y valiente capitan, varonilmente, hasta que fueron socorridos y librados." De que inferimos que en lugar cómodo hicieron los vecinos un fortin para mejor defenderse y adonde pusieron sus bienes de mayor aprecio; que ganaron o abandonaron parte de la ciudad, y que allí se recojieron y fué donde hizo o persuadió la defensa Doña Ines, la cual fué tan singular que el Rei le asignó una pension que de por vida gozó; y a este tiempo fué el socorro que el citado autor refiere, y abandonando la ciudad y reducto, se retiraron a la Concepcion, y sin alguna duda, fué entónces cuando trajeron consigo a esta milagrosa imájen, con el protocolo eclesiástico en que se ven recopiladas las capellanías y obras pias de las ciudades del obispado Imperial, cuya laudable solicitud fué de su primer obispo, y un ornamento de terciopelo carmesí, dádiva del Emperador, todo lo cual hoi permanece en la catedral de la Concepcion; y no es presumible que aquella ciudad y devoto pueblo adelantasen aquella divina imájen en el regreso del primer socorro y que quedasen sin el consuelo de su vista, y mas cuando se tiene por cierto que el milagro de los odres y chalupa, adonde solo venian cinco personas, fueron en el segundo sitio.

La minoracion de su vecindario y guarnicion fué notablemente grande, porque cuasi todos murieron peleando con ardiente despecho, teniendo por insoportable el sobrevivir a la deshonra y captura de sus caras prendas de mujer e hijos, lo que con acerbas voces lo proferian los indios. Sábese que aprisionaron a algunas mujeres de alta y baja esfera: sin duda fué cuando se recojieron al fortin y al primer rebato de su subleva-

cion, de cuya bastarda projenie, tanto de esta como de las demas ciudades, hoi se ven muchos que acuerdan esta desgracia apellidándose con los que fueron de sus madres. Y si los de Creta o Candia contaban las felicidades o adversidades diarias con piedras blancas y negras y al fin del año las numeraban, como dice Querai, no hallará este infeliz sexo una blanca que contar en los años que sobrevivieron a su desgracia.

CAPITULO XXIII.

Estrechan los indios el sitio de la ciudad Rica y apodéranse de ella.—Enormes sacrilejios y crueldades que ejecutan con españoles, y destrúyenla.—Ponen asedio a la ciudad de Osorno.—Sorpréndenla una noche, distráense al saqueo y expúlsanlos de ella los españoles.—Resuélvense a abandonarla y ejecútanlo con suceso, y retíranse a la isla de Chiloé.

Solo Dios es fortuna sin inconstancia. Bien pondera Curcio la de Alejandro, diciendo de que solo entre los mortales en su potestad la tuvo, y luego nos narra su fatal fin en su florida y rozagante edad: ¿si esto acaece en las de primera magnitud, cuyas dichas fueron la envidia y ofensa de los hombres, qué se espera en las de moderada esfera? De Babilonia, la grande por excelencia, como la llamó el profeta Daniel y lo manifiesta la soberbia descripcion que Curcio de ella hace, hoi apénas se distinguen sus ruinas; y así igualmente en lo animado e insensible se admiran mudanzas a que está expuesto lo caduco. Por lo que no extrañarian las suyas ni la de las ciudades estos infelices vecinos. Seis mil indios se hallaban en el sitio de la Villarica y esperaban breve su rendicion, porque sabian de la inopia de bastimentos, aunque tenian las suficientes municiones y alguna artillería mediana como en todas las demas ciudades, segun dice Pedro Ugarte en su histórico manuscrito.

Un caballero esforzado nombrado Juan de Bastidas, era correjidor y gobernador político y militar de ella. Con su ejemplo y constancia esforzaba a todos: no hubo cosa inmunda que no les sirviese de alimento, sin reserva de gatos, perros ni ratas: la esperanza de socorro era ninguna. ¿Quién vió jamas situacion mas triste, ni desventura mayor de pueblo, en tan fatal positura como en la que se hallaban? Ignórase si ellos se entregaron, o la ganaron. Igualmente se portaron de la una o de la otra suerte; porque la guerra que ellos hacen es cruel, sin cuartel, contra el derecho de las jentes. Sábese que muchos vecinos de honor, dejando a sus caras prendas, se despeñaban entre los precipicios de su lago y rio, buscando sin esperanza su evasion o mas ciertamente la muerte que seria, por no ser inspectores de su afrenta y deshonra, la que les vociferaban contínuamente los indios. ¡Qué tierna despedida seria la que ántes de esta ejecucion tendrian con sus caras consortes! y si como dice Ovidio con atrevida o verdadera ponderacion, con lágrimas moverán a las piedras, queda al dictámen de cada uno el efecto que causarian las recíprocas.

Los indios resentidos del mal trato de sus señores, satisfacian el ardor

de su venganza quitándoles la vida atrozmente entre baldones e improperios. De esta implacable saña no se exceptuaron los sacerdotes que habian, ni ménos algunas mujeres de ancianidad que no provocaban su lascivia. Quitaban las criaturas de pecho a sus madres y a su vista las hacian pedazos, porque mirándolas como a esclavas, querian exonerarlas de aquel inútil cuidado, para que sin distraccion se empleasen en su servicio. Reservaron la vida a pocos españoles con el designio de quitárselas despues entre los placeres de sus embriagueces, cuya costumbre el dia de hoi permanece. Sacaron las imájenes y cuanto en las iglesias habia para escarnecerlas. Incendiaron la ciudad y despues la demolieron con tan cruel saña, que en lo presente mal se distinguen sus ruinas. A vista de este acaecimiento notable, no ponderaria tanto Cornelio Tácito el de Cremona ejecutado por las tropas de Vespasiano al comando de Antonio Primo, despues de haber vencido a las del emperador Othon.

La ciudad de Osorno no se hallaba ménos angustiada, pues aunque a los principios la avanzaron, los hizo retirarse con pérdida la vigorosa defensa que en ella hallaron. Mas habiéndose juntado como ocho mil indios, se vinieron a campar a dos tiros de fusil de ella, con resolucion de no dejar el sitio hasta rendirla, y para tenerlos en contínuo desasosiego, todas las noches repetian armas, unas verdaderas y las mas falsas. Los españoles dentro del recinto, en lo mas cómodo hicieron segunda retirada. Una tenebrosa noche algo tempestuosa lograron hallar a los centinelas en un profundo letargo: quitáronles la vida y ganaron una puerta y por ella entraron a la ciudad los enemigos: solo proferian la voz de que muriesen. Así lo ejecutaban; y para terminar la accion mas a su ventaja, incendiaron algunas casas, a cuya luz ejecutaban mejor la sorpresa. En tan triste situacion se hallaba todo cuando con el incentivo del saqueo, comenzaron a desbandarse por las casas y aun a contender sobre los prisioneros de ambos sexos que habian hecho. Los españoles, que se habian retirado a la corta ciudadela que habian construido, viendo el desórden en que estaban, salieron a acometerlos con furor incapaz de retencion, pues muchos veian en su poder a sus amadas esposas, porque, como dice Quintiliano, siempre el afecto se muestra en peligros. Y a tanto rayo de indignacion no pudieron resistir y se retiraron con mucho desórden y pérdida. Quitáronles algunas personas de las que habian aprisionado, y otras quedaron en su poder con suma desgracia. Fué una de ellas Sóror Francisca o Doña Francisca Ramirez, monja profesa del monasterio de dicha ciudad de Santa Isabel, viuda, de la órden tercera de San Francisco. No se extrañe la locucion, porque en instrumento otorgado a favor de dicho convento, veinte y seis años ántes de su pérdida, el que tenemos visto, se hace este relato: es tradicion asentada que al indio que la aprisionó, se le apareció el glorioso San Francisco, queriéndola violentar, con aspecto terrible, de que se orijinó su conversion, y en su compañía se vino a la ciudad de Santiago con su familia y se mantuvo en su servicio durante ella vivió en un convento.

Siempre fué mejor seguir una esperanza dudosa que no esperar una calamidad cierta: esta la veian inevitable los de Osorno si allí permaneciesen, y aventurándose en ir a Chiloé pudieron evadirla, pues el tránsito que se ofrecia no era de notable distancia, sino una pampa desembarazada por la mayor parte; y así tomaron este consejo, que, como dice Estobeo, en la guerra es el que del enemigo triunfa. Por fin abandonaron la ciudad, y los indios se embelesaron de tal suerte en el saqueo de ella, unos por otros, que los dejaron, no queriendo ningunos abandonar esta utilidad, la que les figuraba mayor su codicia; y cuando fueron en su alcance, ya los hallaron inmediatos al canal de Chiloé, de donde pasaron en piraguas a la isla. Habia en Osorno fábrica de paños y linos, y en la Villarica e Imperial se hacian lienzos. Los indios incendiaron la ciudad y totalmente la arruinaron; y de presente estan ocultas sus ruinas, que son mui raros los que han llegado a verlas y me persuado no llegarán a diez personas en el reino. Tan caniveros se muestran los de esa benévola extraccion (*sic*), abstrayéndose de todo comercio y reteniendo los presentes en su memoria el odio implacable que heredaron de sus mayores contra los españoles: todo esto hace mas acreedoras nuestras lágrimas, viéndolo opreso de amargura, como Jeremías dijo de Jerusalen.

CAPITULO XXIV.

Ejecutan los españoles en Valdivia dos sorpresas con suceso, lo que los hizo omisos en su custodia, con cuya noticia ganaron la ciudad.—Notable estrago que los indios hicieron en ella.—Vienen dos navios de socorro y hállanla perdida.—Rescátanse algunos prisioneros de ambos sexos.—Abandonan la ciudad con notable displacer de los que se iban y quedaban con los bárbaros.

Debió Roma a los ánsares la custodia de su capitolio miéntras sus guardias dormian, y estorbaron la sorpresa de los Galos, recordándolas con su graznido, y puestos en defensa, les quitaron el triunfo de su posesion, como dice Livio. Mas en la infeliz Valdivia no hubo quien velase miéntras su guarnicion estaba en un profundo letargo, y pagaron inocentes el castigo que merecian los culpados. De todas las ciudades del gran pais sublevado ninguna pareció que habia de subsistir sino ella, porque habia recibido socorro por mar y el bloqueo ya los indios le habian abandonado; y se esperaba otro mas válido en dos navios, el cual se tenia por competente para ir al cerco de la Villarica y Osorno, pues el desvelo del gobernador no omitió solicitud para su breve despacho, porque no se hallaba con tropas competentes para penetrar por el pais enemigo e ir a socorrerlas; y entretanto le pareció al comandante ejecutar alguna sorpresa, para cuyo efecto destacó una corta tropa, y esta dió tan de improviso en los enemigos que aprisionó algunos y se retiraron con vituallas: este buen suceso excitó el deseo de repetir otra irrupcion. Túvose a este tiempo noticia que en un prado espacioso, situado entre aquellos montes, se hallaban algunos indios con sus familias,

atrincherados para su mayor seguro, y que se podia ir por una senda poco versada: por fin, resuelto el viaje, lo ejecutaron con un fiel práctico, y llegando sin ser sentidos, sin diferirlo los atacaron; mas hallaron una vigorosa defensa, estimulados de la de sus bienes y familias que allí tenian. No obstante, forzaron los españoles sus trincheras, quienes se expusieron con grande esfuerzo al peligro, pues nunca uno se vence sin otro, como dice Publio. La pérdida de los indios fué considerable: volviéronse las tropas a Valdivia persuadidas, no sin temeridad, a que con el acaecimiento pasado y el presente quedaba refrenado su orgullo: a esto se anhelaba, y así el deseo fué ceguera del entendimiento, como la esperanza lo es de la voluntad: confirmólos el saber que en las inmediaciones de la ciudad no se veian indios como ántes de las dos acciones; y siempre será laudable el consejo de Séneca: "que al enemigo aunque humilde, de sabios es el temerle."

A este tiempo vinieron algunas tropas de las que se hallaron en la expedicion de Villarica y en la sorpresa y abandono de Osorno. Maherbal, que comandó la caballería cuando Aníbal venció a los Romanos en Cannas, le dijo: "Sabes vencer, mas no aprovechar de la ocasion," porque vió que la perdia. Paillamacu y Quilantaru supieron vencer y aprovecharse de las ocasiones, no ejecutando el desacierto en que incurrió el mayor jeneral que veneró la antigüedad pagana. Supieron estos dos campeones por algunos desertores y fieles espías que en la ciudad tenian, el descuido con que estaba la guarnicion, no solo de dia sino de noche, principalmente en el cuerpo de guardia: esta oportunidad estimuló a todos para no diferirla, y con marcha lijera se vinieron con cinco mil hombres bien montados para la plaza y armados con lo que habian cojido a los españoles, que bien indicaban los trofeos de sus victorias; y tomaron tan cabales ideas para la sorpresa, que no pudieron ser mas justas: llegaron a la ciudad entre una y dos de la mañana, dia mártes veinte y seis de noviembre de mil quinientos noventa y nueve. Apoderáronse de la principal guardia, cuya custodia estaba entregada al sueño como todos sus habitadores, lo que ocasionó el que diversas partidas ocupasen las principales calles sin ser sentidos, y al mismo tiempo tocaron a arma e incendiaron diversas casas. Siguióse tras esto una extraña confusion: a las voces de incendio y enemigos, salian los vecinos medio desnudos o mal vestidos y a sus umbrales encontraban con la muerte. Los indios estaban tan bien distribuidos y todos tan al arbitrio de sus armas, que no podian los españoles juntarse, y cuando lo intentaban perdian la vida unos en pos de otros, y ménos pudieron servirse de la artillería que tenian en dos reductos, porque tambien la ganaron.

El caso no pudo llegar a mas estrecho punto deplorable de la calamidad. Todo era horror y desventura: aumentábanla los llantos y lamentos, pues sin distincion de edad, sexo ni condicion a todos quitaban la vida. La voraz llama sin estorbo se embravecia de unas casas en otras, y aun esta alumbraba para mayor desdicha; pues a su luz se

hacia mas difícil la ocultacion, siguiendo a los que huian. En la iglesia de la Merced se hallaba el comendador frai Luis de la Peña con diez y seis relijiosos, a quienes esforzaba para morir con fervoroso celo; y despues de haber consumido al Señor, como perros rabiosos, así se explica el bulario de su órden narrando este caso, los hicieron pedazos, y esta su saña pasó a actuarse en algunas personas de su nacion, puestas en sus intereses. Y con inaudita felicidad en dos horas ejecutaron este hecho que será admiracion y ejemplo a lo futuro, como dice en su historia el Padre Ovalle, regnícola: "que se salieron con el mas bravo caso que jamas bárbaros hicieron," y a tan expresiva frase no tenemos que acrecer. Los muertos fueron cuatrocientos y cuasi otros tantos de uno y otro sexo (*sic*). Salváronse muchos en las lanchas de dos navios que estaban en su rio, que iban y venian para fomentar el embarco. A la márjen llegaban la inmediacion de las huertas y bosques del contorno, lo que favoreció la evasion de otros. Los indios robaron todo el oro y plata y demas apreciables muebles que libraron del incendio. Incendiaron el resto de casas que quedaban reduciendo la ciudad a cenizas, cuya pérdida fué de cuasi dos millones: y de presente permanecen en poder de los indios muchas alhajas de plata de las robadas en esta y en otras de las ciudades perdidas, lo que podemos testificar por haber visto y tenido en nuestras manos algunas de ellas.

Hizo mas sensible esta pérdida el haber llegado a los diez dias el coronel Juan del Campo con dos navios, jente, municiones y armas de la ciudad de los Reyes, y solo se anticipó el infortunio porque despues no pudiera suceder. El coronel solicitó el rescate de dos hijos párvulos que le aprisionaron los indios, y se consiguió lo mismo con tal cual persona de las que tuvieron este destino, a esfuerzo y solicitud de parientes. Mas cuasi todos los prisioneros de uno y otro sexo quedaron con ellos: a algunos les quitaron la vida en sus públicas celebridades; muchos, estimulados de los crecidos rescates que se les ofrecia, se los reservaron, deteniendo su fiereza los deseos del interes.

Mas lo que a todos visos fué mas deplorable es la separacion que hubo: el hijo e hija del padre, el marido de la mujer o al contrario, segun la desgracia de la prision; lo que fué de sensibilidad tan llena que abrevió a muchos la vida, y no dejó de haber quienes perdiesen el juicio y la vida. En esta ajitacion de infortunios no faltaron heroinas que escojieron una voluntaria muerte ántes que condescender con su lascivia, y por omision de los de aquel tiempo hoi ignoramos sus nombres. Iguales acaecimientos se vieron en las demas ciudades, no ménos dignos de eterna recordacion que el de Ana Erizzo, noble veneciana, que quiso ántes morir que rendirse a la voluntad de Mahometo II, quien le ofrecia mil agrados en el serrallo, como dice su historiador Guillel, narrando la pérdida de Negro Ponto.

CAPITULO XXV.

Hácese una prudente reflexion de las crecidas impensas que el rei ha hecho en Chile y de la notable pérdida que hubo.—Calamidades que pasaron los prisioneros de ambos sexos y la culpable omision que hubo en su rescate.—Notable celo que manifestó en esto el marques de Baides.—Termina el gobierno de don Francisco Quiñones y el de su sucesor Alonso García Ramon.—Viene socorro de jente.

Participó al senado veneciano el embajador del César la noticia de la victoria de Pavia y prision del rei Francisco. Respondió Andres Gritti, su Dogo: que en lo presente debia seguir el consejo de San Pablo, de llorar con los que lloran y alegrarse con los que se alegran. Y así seguiré en su llanto a los que experimentaron tanta fatalidad en su destino, y en que fueron comprendidos algunos ramos de mi familia, lo que hace el consejo preciso. La pérdida de lo sacro y profano pudo numerarse a millones, y asegura Pedro Cortes llegaron a diez y ocho. No parezca hipérbole su número, que con prudente y reflexionado avalúo, aun nos parece mayor, sin que la crítica tenga que impugnarlo: e igual pérdida en las dos Américas no han experimentado los españoles, ni el real erario ha entrado en mas crecidas impensas por la anual remesa de doscientos noventa y dos mil pesos peruanos: se perpetuaron para la paga del ejército de Chile ciento setenta y dos mil y despues se rebajaron a cien mil, los que hoi subsisten, fuera de veinte y cinco mil hombres de recluta que han venido a Chile, como individualmente consta en informe que tengo hecho al Rei.

Redujéronse a la mendicidad ilustres familias: muchas salieron del reino, otras se esparcieron por él y no pocas quedaron prisioneras en la mas villana y dura servidumbre que se ha visto, pues hasta de la ropa de su preciso vestuario las despojaron, dejándolas, contra el pudor de su sexo, medio desnudas y solo con una manta, como ellos llaman, de burda manufactura.

Dificultoso es el silencio donde hai dolor, como dice Ciceron: los interesados y compasivos se quejaron de algunos gobernadores mas que de otros, de que postergaron unos, y otros trataron con tibieza causa tan piadosa como era la redencion de las prisioneras españolas, o bien por rescate o por canje, pues la misma guerra ofrecia prisioneros y la compasion cristiana efectos del aprecio de los indios para hacerlo, y que en la terquedad de tan acerbas congojas no veian crepúsculo de consuelo, ni hallaba la voz lastimosa de su dolor el remedio. Y siendo la historia de los tiempos testigo de lo pasado, estamos en el deber de hacer una relacion verdadera y desinteresada, porque no es el tiempo de Tiberio, en que dice Tácito que escribieron unos con odio y otros con temor. Y ciertamente hubo omision culpable, bien que seria en unos mas que en otros, pero indigna de pechos jenerosos y cristianos, pues en la ciega jentilidad conoció Ciceron que la piedad siempre es gratísima a los dioses.

La conducta del marques de Baides en órden a este caritativo cuidado, fué mui laudable, no obstante que vino a gobernar el reino a los cuarenta años de este arresto. Extrajo muchas personas españolas de uno y otro sexo y mucha parte de ellas nacidas en el barbarismo, y algunas personas principales, como fué la familia de Don Pedro Mendez de Sotomayor, a quienes honró mucho y dió para que pudiesen subsistir con decencia, y no faltó tal cual mujer que avergonzada de su numerosa y bastarda projenie, se quisiese quedar en el barbarismo, con detrimento de su salvacion y en vida tan oscura. Ejemplar de esto tenemos en la antigüedad pagana. Coreo, hermoso mancebo, fué convertido en cuervo y desterrado a las selvas por haber descubierto cierto defecto de una hermosa. Descendiendo a particularidades: fué a pedir limosna un marido infeliz al Perú para el rescate de su mujer, trajo lo necesario y en treinta años de su solicitud nunca supo de su persona. Por fin se entró relijioso de la Merced, y el importe de siete mil quinientos pesos que recojió, lo aplicó a la obra pia de una capellanía por la alma de ambos, la cual hoi subsiste, sino en el todo en la mayor parte en dicho convento, cuya institucion tenemos vista. Otra tal memoria pia hai en el convento de Santo Domingo de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, donde se estableció un infeliz vecino de las ciudades perdidas y adquirió decente pasadía, y se lamenta de que en veinte y seis años de solicitud ignore el paradero de su mujer y dos hijos.

Terminó su gobierno D. Francisco Quiñones, el que fué de dos años y tres meses, como dice Pedro Ugarte de la Hermosa, y su acertada conducta le hizo digno de mayor duracion, como se dijo del duque de Alva en Flandes, no haber sido o no haberlo quitado. Don Luis de Velasco, que fué el que lo promovió, le envió por sucesor a Alonso de la Rivera. Las dos acciones que tuvo y otras victorias de ménos monta, detuvieron el torrente de felicidades de esta belicosa nacion que iba a inundar a Chile, y los castigos que ejecutó mui a propósito, los contuvo con espanto y horror de la otra parte del rio Biobio, en que consistió la salud del reino; pues, como dice Terencio, los grandes castigos sirven de ejemplo para los demas; y por fin, llenó con el acierto de su gobierno toda la expectacion, y habiendo tenido competentes tropas para penetrar por tan extenso pais como el sublevado, hubieran permanecido las ciudades. Su sucesor, como tan experto en la guerra de este reino, hallándose atenuado le pareció conveniente mantenerse en la defensiva, para cuyo efecto se acampó en la ribera de Biobio a tiempo que llegó a su noticia que Quelantaru con seis mil hombres queria hacer oposicion e irrupcion en el territorio de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, y para mas cómodamente obstar la sorpresa destacó algunas tropas, que vinieron a alojar a Yumbel y se atrincheraron en un ventajoso terreno; y habiendo este valeroso bárbaro prevenido la idea de su designio, que era en caso de que la fortuna se le mostrase favorable, internarse por el reino y procurar sublevar a los indios encomenderos que se mantenian pacíficos, que era mui factible el que lo

consiguiese con el dulce atractivo de la libertad que les ofrecia, la que naturalmente es de todos apetecida. En este tiempo o un poco ántes llegó al reino D. Francisco Rodriguez de Ovalle con una recluta de jente que de órden del Rei levantó en Lisboa, y trájola por Buenos Aires, cuya ilustre descendencia permanece de presente en la ciudad de Santiago, adonde se estableció este caballero. Sin duda llegó el socorro a tiempo de la mayor urjencia, y por consiguiente terminó el gobierno de Alonso García Ramon, que duró seis meses.

CAPITULO XXVI.

Llega al reino de gobernador Alonso de la Rivera.—Procura adelantar las armas y construye dos ciudadelas.—Principia la campaña hostilizando las provincias de Arauco y Tucapel.—Hace una poblacion en Levo y ofrece al Rei finalizar la guerra y conquista del reino con la aumentacion de tropas y dinero para su pagamento, y providencióse todo.

En Chile todo era mutaciones de gobernadores: en poco tiempo habian habido cuatro. Alonso de Rivera llegó al reino por febrero de mil seiscientos uno con el intento de castigar tan rebeldes vasallos, cuyo furor desmesurado habia excedido los términos de la crueldad, pues de su tolerancia se siguieron perjudiciales consecuencias. Y el gran crédito con que habia servido en Flandes e Italia le hacian digno de tan gran confianza, y así le prefirió a otros muchos; y sin duda tenia los talentos que requeria manejo de tanta gravedad, y siempre será laudable el que las elecciones se hagan sin que precedan solicitudes propias; pues, como dice Plinio, acreditan la confianza o justicia de quien *motu propio* las hizo.

Halló el gobernador a los indios insolentes y obstinados, como que habian disfrutado contínuas felicidades, mas no neglijentes en sus intereses; y se resolvió a adelantar las armas y ordenó se construyese una ciudadela en Buena Esperanza con el alto fin de que despues dirémos, y en el territorio de Yumbel la de Santa Lucía; y viendo cuan necesario era el tránsito del rio Biobio para las provincias de Arauco y Tucapel, reedificó el fortin de la Candelaria, abandonado despues de la muerte del gobernador Loyola, con el nombre de San Pedro, el que hoi subsiste; y mirando estas fábricas como indispensables disposiciones para la futura campaña, procuró su adelantamiento. Dejábanse ver algunas tropas enemigas con designio de sorprender a los españoles; mas se mantenian con tan exacta disciplina y vijilancia, que no pudieron actuar con suceso sus deseos. Hallábase el gobernador con mil hombres, para cuya efectiva paga se habian consignado ciento diez mil pesos peruanos, habiendo sido ántes ochenta mil por ser ménos la tropa.

Principió el gobernador las operaciones de la campaña por las provincias de Arauco y Tucapel: llevaba seiscientos hombres españoles y algun tren de artillería de campaña. Los enemigos no se opusieron a su ingreso, sino que desamparando el pais, se retiraron a las fragosidades,

para ponerse a su cubierto con sus familias, habiendo incendiado ellos mismos sus casinas y lo que no les fué posible trasportar, siguiendo en esto el consejo de Paillamacu, igual al que dió Memnon a Dario, quien le dijo: que si con las talas e incendios de los paises no podia atajar a Alejandro, saliese a combatir con sus tropas; observando los indios las españolas para lograr las oportunidades que pudieran ofrecérseles en los desfiladeros y tránsitos de rios, pues, como dice Séneca, lo porvenir en lo incierto permanece. Mas la marcha se ejecutó con tan exacta disciplina y regular órden que no les fué posible practicar su designio; y habiendo pasado por la arruinada ciudad de Arauco, se vino a acampar a Levo; y pareciéndole al gobernador aquel pais cómodo para construir una ciudadela, lo puso en ejecucion, no obstante que muchos juzgaron que quedaba mui internada, y que de primer ingreso no debian adelantarse tanto las armas sin exponerlas a un siniestro accidente. Mas el gobernador llevó a rostro firme lo resuelto, fundado en la máxima de que quien hace la ofensiva tiene por recurso el pais propio, como dice el marques de Santa Cruz, y porque es bueno o lo mejor, segun el proverbio aleman, atar los caballos en los árboles de los enemigos.

Prosiguióse la construccion de la nueva poblacion con ardor, de suerte que en breve quedó finalizada. Algunos de los mas expuestos a las hostilidades de la guarnicion, enviaron personas de distincion para proponer algunas proposiciones de paz, ejecutando con apariencias voluntarias lo que en realidad era violento, porque no es perpétuo, como dice Séneca, y así fueron todos con desconfianza. El gobernador se retiró dejando una competente guarnicion.

La prudencia es virtud universal o parte de ella, como dice Platon; y enterado del sistema presente del reino, le hizo al Rei un exacto y prolijo informe, y ofreciéndole finalizar la conquista con la entera sujecion de los indios en tres años, como se recreciese la tropa al número de dos mil hombres, y que los un mil habian de ser de Europa. Concedióselo con la asignacion de doscientos doce mil ducados, que montan a doscientos noventa y dos mil pesos peruanos, para su paga efectiva por el término de cinco años, todo lo que se expresa en la real cédula fecha por diciembre de mil seiscientos seis, que pára en el oficio de la veeduría jeneral. Diéronse las órdenes al virei del Perú para que no descontinuase las asistencias. Nombróse a Antonio de Mosquera para que trajese a su comando los un mil hombres, que se embarcaron en Lisboa para Buenos-Aires y de allí siguieron su destino a Chile con armas.

Tanto aparato bien manifiesta que se deseaba con empeño el castigo de los indios y sujetarlos al deber de vasallos, la recuperacion de lo perdido y exonerar en lo futuro al erario de tan crecidas impensas: acciones todas dignas de un gran Rei.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

El gobernador pone en práctica algunas providencias de ropa, ganados y caballos para el abasto de las tropas: procura estorbar la evasion de los enemigos: de las ciudades perdidas hace algunas poblaciones: cásase sin licencia en el reino y depónele el virei del gobierno y pasa al Tucuman.

El gobernador Rivera se manifestó mui económico de la real hacienda, porque la parsimonia es grande entrada y la superfluidad grave dispendio, y su prudencia política ahorró mucho de lo supérfluo; tal era en consejos abundante como en las ejecuciones pronto. Viendo que las tropas necesitaban de ganado vacuno para su manutencion, dispuso se pusiese un abasto de ocho mil vacas en el pago de Catentoa para que con el aumento de su procreacion se mantuviesen, quedando no solo indemne sino aun recrecido el principal: puso en Buena Esperanza una cabaña de ovejas para el apero que allí estableció de trigos y cebada; y habiendo experimentado lo costosa y penosa que era la remonta para la caballería del ejército, providenció una cria de dos mil yeguas, y dispuso fábrica de paños en Quillota, jurisdiccion de la ciudad de Santiago, para el vestuario de los soldados; y aunque todo eso no tuvo la entera perfeccion que se deseaba en su primer gobierno por abreviado, mas sí en el segundo, lo que dejamos dicho como hecho referente: ponderosa discrecion, con el recelo de la penuria excusar los desperdicios; y en todo manifestó una capacidad sobresaliente y singular don de consejo, de que deben hacer gran aprecio los príncipes, pues se oyó decir a Dario, padre de Jerjes, que se alegraria tener tantos Séfiros (que era singular en consejos) como granos la granada que en la ocasion partia.

Viendo el gobernador a los vecinos de las ciudades perdidas en sumo descarrio y vacilantes sobre su destino de quedarse o salir del reino, que era a lo mas que se inclinaban, porque veian distante la esperanza de poder establecerse, los contuvo ofreciéndoles tierras para su manutencion y subsistencia, y así se comenzó a poblar el gran pais que mediaba entre la ciudad de la Concepcion y Santiago; y el maestre de campo Fernando de Utier, mi primer abuelo, fué uno de aquellos a quienes se concedieron este singular beneficio: le debió Chile y él que no se hubiesen ido todos como se habia principiado a hacerlo: con tal pavor y espanto quedaron. El gobernador se preparaba para la futura campaña, y con setecientos españoles pasó el gran Biobio por Negrete y principió a talar la provincia de Quechereguas, Malleco, Angol y otras mas con poco fruto, pues recelosos de tal irrupcion con anticipa-

cion ganaron los montes como seguro receptáculo. Ejecutó lo mismo la guarnicion de Levo por la costa, mas sin suceso; y de esta y otras hostilidades se sacó solo el fruto de que algunas familias de indios se sometieron al dominio español y se acimentaron en Talcamávida, Marituco y Colcura, y se les dió plaza de soldados asignándoles una corta paga, cuya inalterable lealtad que ellos y sus descendientes han guardado a los españoles por ciento cuarenta años, puede ser émula de los tlascaltecas, pues han sacrificado sus vidas por la fidelidad a los españoles, y muchos de los que de presente subsisten en San-Cristóbal, Colcura, Nacimiento y Santa Juana, son ramas de tan jenerosos troncos y se mantienen con plazas de soldados.

Sabiendo el gobernador cuan bien recibida habia sido la propuesta que al Rei hizo, dispuso el adelantar las armas para la ejecucion de sus designios, y ordenó se construyese una ciudadela a las orillas del rio Vergara, sitio ventajoso y de predominio a una deleitosa campaña, y tan abundante de albérchigos y melocotones, que sin alguna plantacion o cultivo los produce aquel grato terreno para cuantos quieren aprovecharse de su fruto. Dice Marco Aurelio, que el amor caduca como viejo, desvaría como niño y yerra como ciego, siendo enemigo del descanso, caida de dichosos y extremo de desventuras.—Una amorosa llama alteró el sosiego del gobernador, causada al ver una hermosura. A vista de la de Elena abstuvo de matarla Menelao, como dice Virjilio, mas no el gobernador de casarse con doña Ines de Córdoba y Aguilera, nieta del ilustre Pedro de Olmos y Aguilera, vecino de la Imperial, cuya familia se veia en descarrio, habiendo perdido los muchos bienes que allí gozaban, y a su singular belleza, digna de que Tele la numerase entre las que solicitó para el mundo de órden de Marco Antonio, se añadian las dotes del alma. Procuraron várias personas disuadir al gobernador de su empeño, proponiéndole que ejecutar el matrimonio que intentaba sin licencia del Rei, en el tiempo de su gobierno, le traia por lei la privacion de oficio, y que decaeria del gran concepto y reputacion en que se hallaba y en estado de quedar en la esfera de una vida privada y con cortos medios para subsistir con esplendor segun su calidad y estado, y que con alguna dilacion lo podria hacer pidiéndole permiso al Rei; mas el amar y saber apénas a los dioses se concede, como dice Séneca, y sin ninguna retardacion se casó. El Rei, luego que lo supo, lo privó del gobierno de Chile, sin que esto se le dispensase por el singular servicio que habia ofrecido, y segun el sentir de Pedro Ugarte, le parece lo hubiera conseguido, y Felipe III atendiendo a sus méritos lo promovió al gobierno del Tucuman año de 1605.

CAPITULO II.

Viene provisto por gobernador Alonso García Ramon: prosigue la economía de su antecesor y la guerra: hace dos poblaciones.—Sujétanse algunos indios con sus familias, y recíbelos con capitulaciones de poco decoro.—Fúndase la real audiencia de la ciudad Santiago.—Batalla en que enteramente quedan vencidos los españoles.—Sitian la plaza de Boroa.—Defiéndela con gran valor el comandante hasta que es socorrida.

A juicio de desinteresados ejecutó Alonso de Rivera una accion arrojada, y mas haciéndola sin embozo como gloriándose en el crímen y en edad avanzada, mas esta no exceptuó de los juveniles ardores a los jueces de Susana. Al transitar la cordillera de Chile en prosecucion de su destino encontró con 1,000 hombres que habia pedido: bien lamentó el reino su ausencia porque con su presencia se discurrian las mejoras de sus desgracias, y por eso se alejó el alivio; y así dice Quintiliano, que la tristeza mas sensible es la que a la esperanza sucede. Sus economías las aprobaron sus sucesores, y aun algunas hoi se extrañan por no practicadas, despues del transcurso de mas de un siglo, habiendo superado lo mas difícil, que, como dice Aristóteles, es el principio. Informado el Rei de lo mucho que habia servido Alonso García Ramon en Flandes y Chile, hizo eleccion de su persona y le nombró por gobernador, siguiendo en esto la máxima de Felipe II, su padre, que nombró a tres de los que en el reino hicieron condigno mérito para tal premio, lo que fué plausible admirando la equidad: fomentó los económicos establecimientos de Alonso de Rivera, aplaudiendo sus importantes máximas, bien rara moderacion; pues frecuentemente se ve que el sucesor desaprueba las operaciones del antecesor, y esta es verdadera alabanza por ser en ausencia, porque en presencia fuera adulacion, como dice Aristóteles.

Llegaron a Chile los 1,000 hombres que desde Lisboa trajo a su comando Antonio de Mosquera, de suerte que los que ántes habian llegado y estos componian el número 3,000 españoles efectivamente pagados, los que ántes ni despues ha habido en Chile, como dice Ugarte de la Hermosa (1), que fué desgraciado en sus empresas militares, y ofreció finalizar la conquista de Chile bien así como lo hizo su antecesor, de lo que el Rei se da por entendido en real cédula expedida el año de 1606, y así se resolvió a internar las armas por sus paises mas allá de donde las halló Juan Sanchez, mestizo que entre los indios habia tenido bastante aceptacion y se volvió a los 7 años de su escandalosa desercion, ofreciendo al gobernador ejecutar a su favor lo mismo que ántes a los otros en nuestra contra; mas el gobernador Alonso García procedia en la precavencia, que dice Livio, de que a tales personas no

(1) Aquí pudiera haber una laguna, aunque no está indicado en el MS.

se les debe dar toda fe, y por real despacho se ve el que se le manda al gobernador no se fíe de él, verificándose lo que dice Erasmo, que príncipes nunca aman a los traidores. El gobernador hizo dos campañas en la provincia de Arauco y Tucapel y asímismo en la de Quechereguas, Cholloha y Puren, de que resultó el que se sometiesen cinco mil seiscientas personas en la costa, mas no quedaron en la esfera de encomenderos como ántes estaban, ni ménos en la de tributarios al Rei, y la razon que el gobernador tuvo, hoi permanece oculta a nuestra edad, que fué radicarlos en cierto modo en la independencia en que estaban; mas lo que nos puede admirar es que Alonso García le pidió al Rei un mil hombres, los seiscientos de pronto, y ciento cincuenta caballos que vinieron de Tucuman a Chile: dícelo así el Rei en real despacho dirijido al marques de Montes Claros, virei del Perú; cuando, como queda dicho, a su ingreso se halló con crecido número de tropas pagadas, cuales ántes ni despues ningun gobernador tuvo. Los indios de los llanos se mostraron mas indóciles, y así puso en ejecucion el proyecto de adelantar las armas en lo interior de su pais con sólidos fundamentos para su estabilidad, para cuyo efecto pasó a Boroa con válidas fuerzas y allí construyó una ciudadela, cuya situacion está adelante de la arruinada ciudad de la Imperial. Puesta en estado de regular defensa y bien proveida [de] municiones de boca y guerra, dejó trescientos hombres de guarnicion al comando de don Juan Rodulfo, y pobló a Monte-Rei, inmediato a Biobio.

Mui sensible fué a los indios estos establecimientos, y el precaver lo futuro es discursiva operacion de los mas entendidos. Bastantes recelos causó a la Helvecia el fuerte de Fuentes en el confin del Milanés, y no menores en la presente centuria la fuerte plaza de Dunquerque a la Gran-Bretaña, cuya demolicion solicitó en el Congreso de Utrecht no obstante que Cárlos II, su rei, se la vendió a Luis el Grande. La real audiencia se estableció en el reino a los treinta y cuatro años de su supresion, y el real sello entró a la ciudad de Santiago el dia ocho de setiembre de mil seiscientos nueve, y allí ha quedado sedentaria. Dice Santiago de Tesillos en su historia que el despacho vino equívoco, porque dice que permanezca en la ciudad de Santiago donde ántes habia estado, lo que no fué sino en la Concepcion, mas en aquel sistema era esta ciudad el extremo de las poblaciones españolas y la otra estaba en el comedio y a poca distancia de la provincia de Cuyo, que es de su jurisdiccion. Vino a fundarla el doctor Luis Merlo de la Fuente, oidor decano, y fué el primer presidente el gobernador Alonso García Ramon, quien con sus sucesores quedaron mas exonerados, porque siendo jueces de apelaciones tenian el embarazo de resolver, y el estrépito de las armas con la asistencia de sus personas en la frontera hacian retardar las providencias y se incomodaban los litigantes.

De una continuada felicidad resulta arrogancia, impiedad y neglijencia; mas esta no la tuvieron los indios, pues solo entendian en incomodar la guarnicion. Salió de la plaza un comandante con el motivo de un

convoi con dos capitanes y ciento noventa hombres: tuvieron de esto noticia los indios, como que observaban todos los movimientos de los españoles con ojos de lince, y destacaron un mil trescientos hombres de las mejores tropas, y solícitos vinieron a su encuentro formados en caballería e infantería. El jeneral don Juan Rodulfo exhortó a los suyos a cumplir con el deber de tan fuerte lance, cuyos extremos eran el de morir o vencer: los indios los atacaron por su frente y derecha, que por el fondo estaban fortalecidos y en terreno ventajoso: principióse la accion con igual valor, y aunque el fuego de la infantería era violento, no los retuvo, ántes, despreciándolo, trataron de mezclarse sin que fuese posible a nuestra caballería el romperlos: por fin terminó a su favor la accion, quedando los españoles enteramente batidos, sin que se exceptuasen de prisioneros o muertos. No especifica mas circunstancias, de las que hoi extraña el deseo, Pedro Ugarte de la Hermosa en su histórico manuscrito. Con razon los indios celebraron la victoria, siendo asunto de los cantos en sus funciones.

En prosecucion de ella pasaron a poner sitio formal a la plaza, aprovechándose de la fortuna, la que es un repentino y no pensado acaecimiento. Era comandante Francisco Gil Negrete y pocos los españoles de su guarnicion, que a los demas se los habia llevado el jeneral Rodulfo; mas luego que supo su desgracia, abandonó la mayor parte del terreno que ocupaba la fortaleza y la redujo a mas estrecho recinto para mas cómodamente defenderse: atacáronla tres mil hombres, y no habiéndolos contenido los tiros de artillería y arcabucería, llegaron con intrepidez sin igual al foso, y viéndose expuestos a todo el fuego y sin poder transitarle aunque lo intentaron, se retiraron con pérdida considerable, mas con designio de ponerle sitio formal y ganarla ántes que llegase socorro, para cuyo efecto se atrincheraron y le dieron tres avances sin suceso; pero su obstinacion no los desapartó del empeño; y ya que con las armas no los pudieron vencer, procuraron hacerlo con la negociacion, para cuyo efecto solicitaron algunos de su nacion que servian a los españoles, unidos con los vínculos de amistad o parentesco, pues la humana inconstancia hace que en el infortunio no sean conocidos los amigos que le padecen, y en la prosperidad desconocen los amigos que la gozan, siendo muchos en esta y solos en la otra, como dice Virjilio. Halláronlos constantes, y con finjidas demostraciones de piedad pasaron a condolerse de los trabajos que padecian, y les ofrecian honroso partido por que se entregasen, a que se negarian si despues lo ejecutaban, para cuyo efecto los desesperanzaban del futuro socorro. Estas y otras cavilosas acciones que en solicitud de atraer a los españoles hacian los indios, fué el motivo mas animoso que empeñó a los sitiados a una desesperada defensa, sin que les aterrase la inopia que de todo tenian, habiendo sostenido con valor mas que de hombres tres jenerales avances, de los cuales se retiraron con notable pérdida y confusion vergonzosa. Así prevalecieron contra el poder de esta belicosa nacion, queriendo ser émulos de los numantinos que desvanecieron la sober-

bia de seis consulares ejércitos que envió la república romana contra ellos.

Al fin de tan penosa fatiga llegó el deseado socorro, y a su aproximacion abandonaron los indios el sitio, y los españoles la plaza a los siete meses de su construccion y a los treinta y cinco dias de su asedio. Los enemigos vinieron observando a los españoles, por ver si en sus campamentos o marcha se ofrecia alguna oportunidad para sorprenderlos, y así llegaron hasta la ribera del Biobio. En la narracion de este hecho hemos seguido a Pedro Ugarte, que cuando vino a Chile estaba reciente la memoria de este suceso. No es lo mas el emprender, como lo es el proseguir: quedaron con poco decoro las armas y con la nota de empresas mal permitidas y premeditadas, pues con desaire se cedia. Al contrario los indios, como jactanciosos, hacian irrision o desprecio del tonante Júpiter, y ejecutaron algunas sorpresas en el pais español con suceso, las cuales en grueso no las cuentan las memorias de aquel tiempo; y con doloroso escarmiento la experiencia nos hace ver lo que conviene vivir receloso de Marte y de la fortuna, pues, como dice Ciceron, no hai cosa mas inconstante que ella misma. El gobernador vivia notablemente incómodo de la salud y en estado de no poder salir a campaña, y esta privacion recrecia su indisposicion.

CAPITULO III.

El rei declara por esclavos a los indios sublevados de Chile.—Muere el gobernador Alonso García Ramon.—Elójiase su persona.—Sucédele el doctor Luis Merlo de la Fuente.

Consecuentes, segun la supersticion romana, como dice Pausanias, eran ciertos dioses de primer órden que componian el consejo de estado del cielo, para darnos a entender que si esto ejecutaban los dioses, cuanto mas lo deberán hacer los hombres para el acierto; y solo así Felipe III, y con maduro acuerdo, declaró por esclavos a los indios sublevados del reino con la restriccion de que los varones habian de ser de diez años y medio para arriba y las hembras de nueve y medio, y que esto fuese en caso de mantenerse protervos en su rebelion a los dos meses de publicarse el bando por la frontera, el que fué expedido por mayo de 1608. Así lo previno su justicia y piedad, que, como dice Ciceron, aun en la ceguedad de su idolatría, que es gratísima a los dioses: esto requeria la protervidad de tan rebeldes vasallos, gloriados en los crímenes de la guerra atroz que hacian sin cuartel contra el derecho de las jentes, y que siendo cristianos habian ejecutado enormes sacrilejios en todo lo sacro; mas tiene la admiracion que notar, pues tan terrible estruendo no abatió su constancia. Al gobernador se le recrecia el accidente sobre la pesadumbre de no poder ir a la frente de sus tropas, hasta que llegó el momento fatal de su muerte, año de 1610, y a los cinco años de su gobierno.

Bien nos ha manifestado la historia su gran valor y conducta, ope-

rando de subalterno: dígalo la brillante accion de Arauco y Puren, en cuya alabanza no hubiera inmoderado elojio; mas de comandante jeneral del reino experimentó en la guerra la fortuna adversa, quizá porque fué en el último período de su ancianidad, a cuyo asunto dijo Cárlos V, cuando abandonó el sitio de Metz con indecoro de sus armas, que la fortuna era como las mujeres, que siempre preferian los jóvenes a los ancianos, aludiendo a la edad florida de Enrique II, rei de Francia; y en nuestro caso de Chile Ayllavilú, ardiente e intrépido en su juvenil edad, que como a jeneral obedecian las tropas de su nacion. Fué el gobernador no solo experto en la guerra de la América, sino es tambien en la de Europa, habiendo servido en Flandes con crédito; y no extrañaria el gobernador su fortuna borrascosa, que, como dijo Betocino, es mas benigna cuando airada, declarando en esta paradoja que con la prosperidad se fabrica la ruina para perecer, y con la adversidad se aprende a vivir. Persuadímonos a que este ilustre caballero no dejó sucesion en el reino: fué infatigable en soportar las penalidades de la guerra, exacto en la disciplina militar, y afable con los soldados, sin abatimiento de su persona. Siempre en ella halló la afliccion consuelo y la necesidad remedio; y aunque pudo atesorar mucho, no dejó nada con laudable moderacion y desinteres.

CAPITULO IV.

Queda de gobernador de Chile el Dr. Luis Merlo de la Fuente.—Dase noticia de los sucesos de su abreviado gobierno.—Sucédele Juan Jara Quemada, provisto por el virei del Perú.

Por muerte de Alonso García entró de gobernador Luis Merlo, como presidente de la sala, quien habia venido a fundar la real audiencia, como dejamos dicho, apto igualmente para los ejemplos de la toga y de la guerra, tan versado pareció en ella los seis meses de su gobierno; y sin perder instante se vino a la frontera, no obstante su avanzada edad, trayéndose de la ciudad de Santiago la mas jente que pudo con designio de ejecutar la próxima campaña por su persona, no con las intrepideces del cónsul Varron, que causó a los romanos la ruina de Cánas, sino con la circunspeccion de Fabio Máximo, que supo reprimir el torrente de las felicidades de Aníbal, como en Chile el gobernador la de esos bárbaros; y habiendo llegado a la Concepcion, con actividad singular dispuso todo lo necesario para la subsistencia de tropas, como que hubiese sido el arte de la guerra el de su profesion, y de allí pasó a las provincias de Arauco y Tucapel, como que en ellas se habia radicado mas la obstinacion, y le pareció conveniente principiar por ellas el castigo, que es corporal pena fundada en justicia para reprimir los malos efectos de la voluntad, como dice Lactancio. Llegó el gobernador a la plaza de Levo, de donde salieron varios destacamentos para hostilizar el pais enemigo, todos con suceso; pues trajeron muchos y jenerosos caballos

y prisioneros de ambos sexos, y hasta veinte caciques y personas de excepcion. Por la frontera de San Felipe se ejecutaron las mismas sorpresas con igual fortuna, lo que causó singular celebridad en el reino.

Pareciéndole que era conveniente ejecutar un ejemplar castigo en los prisioneros que se habian distinguido con enormes delitos, les hizo quitar la vida a algunos, y separados sus miembros, los mandó poner en los precisos tránsitos y lugares mas expuestos a la inspeccion pública, para que al hòrror del castigo se consiguiese el escarmiento; pues mira para los buenos el que castiga a los malos, como dice Séneca. Los oficios militares y políticos que proveyó, los dió a personas de mérito, de suerte que la emulacion ni envidia halló cosa digna de reparo; y por última narracion de su acertada política y conducta trasuntarémos las cláusulas siguientes, que expresa en su historia Pedro Ugarte de la Hermosa, que lo pudo ver en tan abreviado tiempo. Castigó al enemigo con muerte de indios belicosos; tuvo buena suerte milagrosamente; procedió con amor y caridad con los soldados y gastó con ellos de su hacienda no pequeña parte, y cuanto era de pio, era severo en el castigo, etc. Estas y otras acciones terminaron con el ingreso de su sucesor Juan Jara Quemada, mayordomo del virei marques de Montes Claros, quien lo envió a Chile de gobernador y llegó en 17 de enero de 1611 y a los seis meses del gobierno de Luis Merlo, en cuyo tiempo manifestó una capacidad sobresaliente y consumada prudencia, que le hacen digno de la propiedad en el comando. Mantuvo en reputacion las armas y contuvo a los indios, dejándolos entre tímidos y horrorizados.

El gobernador luego salió a ver las plazas fronteras y ordenó que a su vista se hiciese el pagamento de las guarniciones para evitar algunos fraudes que supo se hacian. Fué digno del grande Alejandro este cuidado, y así a Butiles, su veedor y pagador, le hizo volver 3000 talentos que habia usurpado. Los indios no se mantenian tan en inaccion que no ejecutasen algunos golpes de sorpresa, aunque con poco suceso; y porque era conveniente el que se estableciese la labranza y crianza en el obispado de la Concepcion, que hasta lo presente se mantenia con suma inopia, fomentó a los vecinos para que poblasen los campos y procuró tambien tener asegurada la barrera que los pusiese a cubierto de irrupciones. Así prosiguió en su gobierno sin notables acontecimientos el tiempo de dos años y dos meses, hasta que por la senda que ménos discurrió la prudencia humana, volvió segunda vez a Chile Alonso de la Rivera, como dirémos en el capítulo siguiente.

CAPITULO V.

Propónesele al Rei el proyecto de que se corte la guerra de Chile por algunos años.—Manda el que se la haga solo a la defensiva.—Impugnan en el reino los mas cuerdos la inaccion.—Viene de visitador el padre Luis de Valdivia y como asociado a Alonso de la Rivera, nombrado por gobernador.—Hacen los indios un jeneral congreso.—Hállase en él el padre Luis, en cuya buena fe no ponian duda, sino en la de los jefes militares, y procura satisfacer su desconfianza.

La astucia busca con medios aparentes el mismo fin que la prudencia; aquella solicita el interes, esta la justicia, porque, como dice Polibio, hace Dios los ánimos en sí semejantes como los cuerpos. Propúsosele al Rei por este tiempo el que se cortase la guerra de Chile por algunos años, y que solo se hiciese defensiva, limitando la barrera hasta el rio de Biobio, por ver si con el dulce atractivo de la paz se abria senda para la espiritual y temporal conquista; pues se habia observado que la guerra los hacia mas arreglados y tenaces en el empeño de su libertad, a que propendia su jenio marcial, habiendo hallado en su constancia las mejoras de su fortuna, y que no podia dejar de vivir en ellos la propension natural de volver a gozar su patrio suelo y de sus árboles de herencia o plantacion, y de donde los tenia expulsados a la mayor parte de ellos el rigor de la guerra, ademas de que no eran ya, con el trato de los españoles, tan abandonados al ocio como solian, pues apetecian la labranza y crianza principalmente. Y no faltaban eruditos que dijesen que los godos habian sido notablemente propensos a la guerra, y por motivo de inclinarse su rei Ataulfo a la paz, le quitaron la vida, mas que con el ocio habian dejado de ser aguerridos, y que despues dejenerando de su braveza, sin dificultad los habian sojuzgado los árabes, cuyo igual acaecimiento se habia observado en los longobardos y normandos; a que se agregaba la razon piadosa de que, por medio de la paz, se facilitaria la extraccion de la jente española de uno y otro sexo que jemian en la mas inhumana servidumbre que se habia visto, la que solo la admiracion mas que la pluma pudiera expresar, siendo mucha de ella de distincion.

Dispuso el Rei se ejecutase este proyecto, como se ve por la real cédula fecha por diciembre de [1610] dirijida al marques de Montes Claros, virei del Perú, ademas de que en la ciudad de los Reyes se tuvo otra consulta y se resolvió lo mismo. Algunos críticos del reino, a quienes la experiencia despues acreditó de juiciosos, no aprobaron la ejecucion de este proyecto, y se fundaban en que siendo los indios amantes de la independencia, no era presumible dejasen voluntarios el goce de esta su apetecida condicion en que se hallaban, por volver a la odiosa y servil en que ántes habian estado, a que solo la violencia los podria compeler, pero no la lenitud que se intentaba; que protervos se habian negado a sujetarse a los monarcas peruanos, siendo así que los meridionales americanos los tenian por señores del orbe, haciéndoles de la

adoracion obsequio y teniéndolos como a semidioses por hijos del sol; y parecia indecoroso de las armas cederles las armas y el pais conquistado demoliendo la plaza de Levo y otras por limitar la barrera, y que en esto, como en abandonar la conquista de las ciudades perdidas, se les daba ganancia de causa, y que si el erario quedaba gravado con la misma impensa y se mantenia la misma tropa en la guerra que en la inaccion, era infructuoso el cortarla, ántes sí se recrecian nuevos gastos en la construccion de otras plazas por la ribera de Biobio, como el Rei mandaba, y que era no sé qué desaire a la nacion española el esperar a que los indios fuesen agresores para manejar las armas en solo la defensa propia, cuando por ella y segun derecho es permitida la ofensa ajena; por fin, debieron tambien haber otras razones ocultas a nuestra edad, pues prevaleció la defensiva.

Hallábase el padre Luis de Valdivia de la compañía de Jesus en la corte, adonde habia ido de Chile. Este apostólico varon fué uno de los doce que vinieron al reino con el gobernador Martin García de Loyola, y con loable celo se habia empleado en el ministerio de misionero. Tuvo grande aceptacion con el Rei; pues, como dice el padre Alonso de Ovalle en su Historia de Chile, rehusó la dignidad de obispo a que el Rei lo quiso promover para la mejor ejecucion del proyecto, y que solo aceptó la de visitador, y que dejó a su disposicion la eleccion de gobernador, lo que comprueba sus grandes talentos, pues de él se hizo tal confianza, a la que correspondió el padre Luis proponiendo a Alonso de la Rivera, quien se hallaba en el Tucuman, como queda dicho. Aceptóse la propuesta, y volvió segunda vez de gobernador: hízole el Rei merced del hábito de San Juan y dió facultad a un capitan de infantería para que se lo pusiese, por no haber ningun cruzado en el reino. Dícelo así en sus memorias Pedro Ugarte. De suerte que con providencia nunca vista, vino el padre Valdivia de su asociado, cuya buena correspondencia se ordena por real cédula. Invocaban los romanos a Portuoste, deidad del paganismo, para evadirse de los peligros que les amenazaban, como dice Solio Rodijino. Propicia la tuvieron los indios, pues cuando esperaban la guerra, un Rei tan poderoso como Felipe III los envía a solicitar con la paz. Las banderas de las pretorianas tropas que servian de custodia a los emperadores romanos, tenian por divisa pintado un cielo de donde descendian rayos con una letra que decia: "adonde quiere el airado Júpiter," denotando a lo que se exponian los que provocaban la indignacion. Fueron bien enormes sus delitos, y cuando podian esperar las centellas de su ira, experimentaron tan benévolos influjos que pasaron a ser solicitudes, dignándose el católico monarca de escribir a algunos principales caciques, cuyas letras dió al padre Luis para darlas a quienes se dirijieron. Por mayor satisfaccion de la buena dicha de estos rebeldes chilenos, trajo el padre Valdivia unos caciques de la ciudad de los Reyes que por justos motivos los habian extraido del reino, donde puestos en su libertad, los hizo volver a su pais.

Los arcanos de los reyes no se deben notar sino admirar, y la reflexion de estos hechos queda a la posteridad el hacerla, o que quizá los soberanos, a la imitacion de Dios, que se compadece de todo porque todo lo puede, como dice la Sabiduría, presuman el imitarle. El gobernador que ejecutó la defensiva, fué el primero que la improbó. Volvió por fin Alonso de la Rivera al reino a los siete años de haber experimentado en su destierro una fortuna borrascosa, aunque se mostró superior a ella. Restablecióse con honor por la senda que ménos pensó la humana prudencia, lo que fué laudable al padre Valdivia y grato al Rei por recuerdo de persona que tanto le habia servido. Hallándose el gobernador sin los cuidados de la ofensiva, aplicó mucha parte de ellos al temporal beneficio de Chile, como despues dirémos, y de comun acuerdo con el padre Luis, se trató de poner en práctica el proyecto que ya el visitador habia principiado, por haber sido primero su ingreso al reino, y acaloróse esto con mas ardor proponiéndoles a los caciques la nueva disposicion del Rei, el perdon que de sus delitos les ofrecia, empeñándoles su real palabra de que no los encomendaria. No les desagradó la propuesta, y para mas cerciorarse enviaron cinco caciques de Paycaví donde estaba el padre Luis; de cuya locucion resultó el que los indios resolvieron hacer un congreso de los mas principales de su nacion y le suplicaron el que asistiese a él; y aunque el riesgo de su persona era grande por su mala fe, no obstante se resolvió jeneroso a ir a él, sacrificándose por el público interes. Huayquimilla envió algunas personas distinguidas para que con obsequioso cortejo lo llevasen.

Principióse la locucion dando las gracias por las penosas fatigas a que se habia expuesto en beneficio de ellos, sin reporte de propia utilidad, y que ellos dudaban la paz aun deseándola, por el temor de que los españoles la tomasen con suma [*sic*] intencion: a que les respondió, que las órdenes e instrucciones que traia del Rei la harian estable y segura, y para su mayor satisfaccion les manifestó los reales despachos, el indulto de sus delitos, su incorporacion a la corona y deseo de la predicacion evanjélica, para cuyo efecto venian diez misioneros, y para insinuarles su real ánimo la vuelta del dicho padre Luis, persona que conocian y que entendia su idioma, quien se los explicó con otros adecuados intérpretes en esta asamblea y en otra mas numerosa que despues se tuvo. Bien manifiestan estos hechos el ardor con que se deseaban, porque en realidad se prometian fruto espiritual y temporal; mas, como dice Séneca, que en las ocasiones sucedidas se aprendan las amenazadas, estas permanecen de presente en Chile, y nos persuadimos a que no son preceptos las otras.

CAPITULO VI.

Piden los indios se despueblen las plazas de Levo y San Gerónimo.—Niéganse a entregar las mujeres.—Establécense misiones.—Quita la vida el cacique Ancanamun a tres jesuitas.—Varios dicterios que de esto resultan.—Retírase el padre Luis de Valdivia a España.—Queda el Rei satisfecho de su conducta.

Los indios, persuadidos de las ventajas que podian sacar de la solicitud que notaban en los españoles, pidieron que se despoblasen y totalmente abandonasen las plazas de San Gerónimo y Levo, donde actualmente se hallaba el gobernador y el padre Luis. No pudiera apetecer mas un avaro deseo que, fuera de lo que se les daba, concederles lo que pedian: tal acaeció entónces, que se les ofreció el retirar los españoles y demoler las plazas, y díjose que esto se hacia por mas facilitar la predicacion evanjélica; para cuyo efecto se fundaron dos misiones, la una en la plaza de Arauco, la que subsiste hasta lo presente, no obstante los intervalos de sus despoblaciones, y otra en Monte-Rei; y fué mui laudable el ardiente celo que siempre manifestó el padre Luis en la conversion de los indios; y para que se apresurase el establecimiento de la paz y se hiciese mas notoria la comision y reales órdenes dadas al gobernador, se despachó al alférez Melendez, persona bien amada de los indios e intelijente en su idioma y práctico en su pais, y por su asociado a Jerorolipi, que habia sido prisionero: habiendo cumplido con el ceremonial de su carácter y mui cumplidamente con la comision que se les dió, se volvieron dejando aplazado otro tercer congreso, que fué mas numeroso que los pasados.

Vino Ancanamun, cacique de Puren, y en expresion del buen deseo que manifestó, se ofreció a ir a Villarica, Valdivia y Osorno, para que en todos fuese uniforme la convencion. Mas en estas numerosas cortes, adonde partidos tan ventajosos se les ofrecian o ratificaban los ofrecidos, se negaron a entregar todo el sexo femenino, tanto prisionero como procreado en su servidumbre, y solo prometieron la de los varones de toda edad y condicion. Esta negacion hizo notable eco en los interesados y compasivos y aun en los indiferentes, y causó una jeneral vociferacion. Difícil empresa es el desentrañar la naturaleza de los negocios para que no se exceda de lo que pide su curacion, que la medicina, como dice Hipócrates, es buscar lo que falta y quitar lo que sobra. No faltaron algunos imitadores de Fabio Máximo, que con inimitable ejemplo vendió una heredad para recrecer el rescate de los prisioneros de la batalla de Canas, que protestaban enajenar lo que tenian para facilitar su extraccion.

En el ínterim que el cacique Ancanamun entendia en la comision que se le dió, hicieron fuga dos mujeres suyas, la una española con dos hijos, que llegaron a la plaza de Levo, cuya noticia le irritó con extremo, y ejecutó luego su regreso y pasó a solicitar con los españoles el que se le volviesen. La una se hizo cristiana, y no era dable el condescen-

der con él en su entrega: mas se le ofreció competente compensacion de paga por ella, segun su costumbre y otras ventajas, sin perjuicio de la relijion; mas nada le satisfizo sino el quitar la vida a inocentes, porque no pudo hacerlo con los que le pareció culpados; y así dijo Aristóteles, que la ira era impetuosa para acometer peligros y es rayo con poder. Los indios, idólatras de su libertad, estaban recelosos de la estabilidad de lo estipulado: no dudaban de la buena fe del padre Valdivia, ni de su sincera intencion, mas no vivian satisfechos de la de los españoles que tenian el comando presente y futuro. No trató igual materia con mas precaucion la Holanda despues de la sustraccion del dominio español al tiempo de las paces, que lo ejecutaron estos bárbaros; mas el padre Luis con santa intencion no quiso diferir la predicacion evanjélica, y aunque esto se atrasó por el retiro de Leuvullican, quien sujirió dicterios contrarios a la verdad; mas vinieron muchos caciques a dar la paz al gobernador en Levo, lo que ocasionó el que siguiesen su destino los padres misioneros.

Llegaron a Ilicura, y con noticia que de ello tuvo el cacique Ancanamun, vino a sorprenderlos con doscientos hombres de caballería. El padre Aranda quiso aplacar su furor dándole razon del ingreso a su pais, cuyo motivo era el de la predicacion evanjélica, y que para la satisfaccion de los intereses de sus mujeres se le traian competentes pagas, y lo exhortó con apostólico celo al ardor en que estaba de vivir como católico, pues era cristiano. Todo lo despreció su saña, pues se admira, como dice Aristóteles, con que cólera el hombre airado se arma de furor dentro de sí, y les mandó quitar la vida estando para decir misa. Este dichoso fin tuvieron los padres Horacio Vecchio, Martin de Aranda y el hermano Diego Montalvan, en cuya narracion hemos seguido el manuscrito del castellano don Jorje de Illumbe, y sin excepcionar a los de su misma nacion, quitóla tambien a 40 personas, cuyo hecho fué el dia 14 de diciembre de 1612. Algunas provincias que propendian al dictámen pacífico, siguieron el sentir de Ancanamun y se negaron totalmente a la correspondencia española que se iba estableciendo, y todo se invirtió. Bastantes tropas pagadas habia en el reino, con las que el gobernador pudiera bien actuar su valor; mas se vió, como dice Ugarte, con las manos ligadas por la defensiva, preciso mandato del Rei, y así se aplicó a que se poblase la campaña y fomentó, en cuanto de su parte estuvo, la labranza y crianza, cuyo esmero fué tan fructuoso, que dice el autor citado, que en la Concepcion valia un peso la vaca, dos reales el carnero, real y medio la oveja y la fanega de trigo ocho a nueve reales, y miró siempre el reino con afectos de propia patria, pues tenia ánimo de establecerse en él, finado su gobierno, y no con el desamor de algunos que desean finalizar para terminar aun con su memoria.

No se desacordó el gobernador de atender en justicia y caridad a los indios encomenderos y a los demas que vivian en servicio de los españoles, pues por todo el reino circulaba su cuidado. Suscitáronse contra

el padre Luis muchas calumnias, no solo en Chile, mas tambien fuera de él, y era el objeto de la murmuracion de los críticos, como el que viniendo para alivio del reino, habia sido su ruina, y que el rogar a indignos, como habia ejecutado con los indios, era insolentarlos, vulnerando el decoro de las armas y de la nacion española con indecentes bajezas, y que no obstante habian pasado a ser agresores, lo que habian manifestado, observándose en ellos ántes violenta la quietud. Es dolencia de nuestra naturaleza el ser ríjidos censores de las acciones ajenas, como humanos de las propias, y solo Dios recibe los deseos como que fuesen ejecuciones. Los del padre Valdivia no pudieron ser mejores, y el que no correspondiesen a la espectacion en que se estaba, no tuvo ninguna culpa, y sus acusadores querian que obra tan grande se consumase mui breve como que fuese la trasformacion de Aretusa en un dia, que celebró la antigüedad pagana por singular maravilla. Retiróse a España porque vió el caso sin remedio; pues todas las cosas tienen su tiempo, el de la paz y el de la guerra, como dice el Eclesiástes; y segun el padre Ovalle, rehusó su modestia relijiosa la gratificacion honorífica que el Rei le quiso dar, quien quedó satisfecho de su conducta, y cesaron las persecuciones de su combatida inocencia.

CAPITULO VII.

Prosigue la inaccion de parte de los españoles.— Fortifícase la barrera limitada.—Muere el gobernador.—Elójiase su conducta.—Sucédele el licenciado Hernando Talaverano.—El cacique Lientur ejecuta una irrupcion en el pais español con suceso y termina su gobierno.

El gobernador, arreglado a la órdenes del Rei y disposicion del padre Luis, limitó la barrera hasta el rio de Biobio con el abandono de plazas, como queda dicho, y se entendia con todo fervor en fortificar su ribera desde el mar hasta la cordillera, y con el mismo se aplicó a sosegar los ánimos alterados de los indios, mostrando el empeño de su obediencia, que, como dice Salomon, el varon que lo fuere cantará la victoria; mas su indocilidad y soberbia hacian las solicitudes infructuosas. Hallábase el gobernador bastante aquejado de las heridas que en las batallas y encuentros habia recibido, las que reverdecieron en su ancianidad, o no pudo soportar la fatiga con que vivió, y así terminó el período de sus dias, mas no el de su memoria en Chile, que permanecerá laureada de bendiciones. Dejó dos mil yeguas de vientre para que con la procreacion hubiere suficiente remonta para la caballería, 20,000 ovejas en el apero y 17,000 vacas, y no falta quien las aumente a 20, las que producian aun mas de lo necesario para el abasto de las tropas españolas e indianas que estaban a nuestro sueldo, y la fábrica de paños corriente en Quillota. Fué en consejos abundante y en las ejecuciones pronto, en lo uno y en lo otro manifestándolo estos establecimientos ejecutados en su primer gobierno, cuando halló el reino en terribles convulsiones, y perfeccionados en el segundo.

Su valor y conducta le hizo, si no fácil, ménos difícil de lo que a otros pareció la conquista de Chile, y así le ofreció al Rei el hacerla como dejamos dicho; mas pasóse el mejor tiempo sin ejecutarla en su primero y segundo gobierno, y construyó muchas poblaciones, fortificándolas y guarneciéndolas segun su situacion y urjencia, las cuales fueron: Buena Esperanza, San Rosendo, Nuestra Señora de Ale, donde se junta el rio de la Laja con el Biobio, el de Santa Lucía, el del Nacimiento, San Francisco de Borja en Negrete, el de Gumeraque, Talcamáhuida y el de Curi, y algunas atalayas, como el Rei mandó se pusiesen: mudáronse algunas y mejoráronse otras, lo que ocasionó confusion. La opulencia, como dice Séneca, es frájil y deleznable, no obstante que sea adquirida con buenos medios; constituye alguna beatitud eterna, pues lo mas es ántes dar que recibir, como dice el apóstol. Esta se debió al gobernador haciendo flores de la abundancia de su mujer Doña Ines de Córdoba y Aguilera; tuvo a Don Jorje Loreto de Rivera, del órden de Santiago: murió en la Concepcion sin sucesion en su juvenil edad. Una hija fué casada con el licenciado D. Juan Canseco, que fué presidente de Guadalajara, y la otra monja en la ciudad de Santiago de Chile, adonde se retiró su madre y pasó viuda los muchos años que sobrevivió a su marido, mas con escasez que abundancia; porque el gobernador nada dejó, que fué sumamente desinteresado: gobernó cinco años y murió el de 1617.

Era oidor mas antiguo de la audiencia real de Santiago el licenciado Hernando Talaverano Gallegos, quien le sucedió en el gobierno: fué de gran celo e integridad, no solo para las cosas de justicia, sino aun para las de la guerra. Guió su conducta por el ejemplo de los mejores, porque es la mas cierta guia para no errar el camino de materias dudosas, como dice Ciceron. En la frontera hicieron los enemigos dos irrupciones con poco fruto y salieron escarmentados. Tiempo ántes el cacique Lientur, que habia servido con los demas indios pagados, se rebeló con parte de los de Neculhuense y Santa Fe, que habian militado de la misma suerte, y procurando sublimarse entre los suyos con algun hecho brillante, hizo irrupcion por el territorio de San Bartolomé de Gamboa con suceso, porque con increible celeridad se apoderó de 400 caballos que en diversas partes tenian apotrerados los españoles y algun ganado vacuno, y con la misma se retiró viendo el estampido que su ejecucion habia dado en todo el partido y se internó por la Silla Velluda, senda bien notoria de la cordillera. No fué posible alcanzarle en su regreso, porque la mucha remonta que llevaba ocasionó su mayor celeridad. Tambien aprovechó Lientur los instantes para su seguridad.

Con esta accion y otras de ménos cuenta que precedieron, esforzaron la voz los españoles en el reino y decian que era indecoroso al crédito de las armas el estar en contínua espera de semejantes hostilidades en nuestros paises y el no poder actuar las mismas en los suyos. Otras furtivas correrías de ménos entidad ejecutaron, y aunque se castigaban algunas, era sin escarmiento en todos. Así terminó el gobierno de Her-

nando Talaverano, en que se mantuvo diez meses hasta el año de 1618 por el mes de enero, que vino su sucesor, como dirémos en el capítulo siguiente, y de su secretario Pedro Ugarte de la Hermosa, que fué uno de los mas famosos escritores de su siglo, autor a quien várias veces hemos citado y que escribió un abreviado compendio de la historia de Chile que nos ha ministrado bastantes luces en el laberinto de tanta oscuridad, como de lo pasado habia.

CAPITULO VIII.

Envía el virei por gobernador a don Lope de Ulloa, cuya eleccion confirma el Rei.—Hacen los indios irrupcion en el partido de Chillan.—Sale el correjidor al opósito y quítanle la vida.—Retíranse los españoles con indecoro.—Salen en su alcance algunas tropas de San-Felipe y se vuelven a la plaza sin suceso.

No sirve para desentrañar negocios el que ha tratado pocos, dijo el hijo de Sirac. El príncipe de Esquilache, virei del Perú, como tan ejercitado en los de mayor entidad de la monarquía, nombró por gobernador de Chile a Don Lope de Ulloa y Lémus, cuya eleccion para mayor acierto tuvo algun tiempo embarazado su cuidado, persona de tan distinguido mérito que mereció la real confianza, y así el Rei le confirmó la propiedad movido de la singularidad de su expedicion y desinteres. La Sabiduria llama beato al hombre que tras el oro no se va: en su desprecio lo dió notable, haciéndose agradable la autoridad del poder, pues le ejercia con tan laudable virtud, como al contrario es temeroso el hombre a quien esta pasion predomina. Halló de maestre de campo jeneral a Alvaro Nuñez de Pineda y sarjento mayor a Juan Fernandez Revolledo. Dícelo así su hijo Don Francisco de Pineda en su Cautiverio Feliz: mantúvolos en el comando por ser personas de experiencia y aprobada conducta. Los indios permanecian en contínua ajitacion, asemejados al flujo y reflujo en sus irrupciones en el pais español y presurosos retiros, los que ejecutaban algunos partidarios con mas o ménos tropa para su lijero movimiento.

Lientur, a lo que parece, o fuese otro partidario de fama cuya incertidumbre ha ocasionado el tiempo, vino a la inmediacion de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa con ochenta hombres los mas valerosos de las tropas de su comando, bien armados y con suficiente remonta. El correjidor Osorio, que aquel dia habia sido el de su recepcion al oficio, juntó presuroso cien hombres, y aunque mal montados, salió al opósito en su alcance. Ofrecíanse dos sendas, la una siguiendo sus huellas, la otra la de salir al atajo, donde se discurria podrian estar: esta por mas abreviada haria que la caballería llegase con ménos fatiga y mas lozanía para entrar en funcion; mas Cotite, diosa de la imprudencia, hizo que el correjidor no tomase este partido contra el dictámen de todos, sino el de otro de mas rodeo; de suerte que cuando llegó a batirse, avistándose con los enemigos, habia quedado alguna jente de su tropa con los caba-

llos fatigados por el camino. Los indios se habian formado en sitio ventajoso de la otra parte de un arroyo grueso, cuyo preciso tránsito era el de una senda estrecha y profunda, y para provocar a los españoles a su ingreso les decian algunas palabras de oprobio, dignas de ser desatendidas del comandante; mas prosiguiendo en el desacuerdo con que principió la empresa, se enardeció notablemente al oirles que sabiendo venian en su alcance se habian detenido solo por esto a esperarlos, y que era mengua de su valor el retirarse satisfechos con su vista, y que seria de rebaja a su nacion el temer el tránsito de tan corto arroyo cuando a ellos no los habia retenido los grandes rios de Biobio e Itata. No esperó mas el correjidor, y sin atender a la propuesta que se le habia hecho de que no mui distante habia otro paso mas cómodo, se arrojó a él. Los indios, que tenian algunos en celada entre las malezas de su cauce, lograron la ocasion para acometerlos por su diestra, siniestra y frente.

Quitáronle luego la vida, y a dos jóvenes hijos suyos, que viendo a su padre en el empeño le siguieron; asímismo al alferez real de la ciudad y un rejidor. Dícelo el Rei en real despacho en que se da por entendido de esta pérdida y de tres soldados, y quedaron cuatro heridos. Los indios, recelosos de que la guarnicion de San-Felipe saliese a cortarles el paso, se retiraron a vista de los españoles, quienes ejecutaron lo mismo, llevándose el cuerpo del correjidor, y con fúnebre y militar pompa lo enterraron con sus hijos, a que concurrió todo el pueblo con aspecto triste y abatido. Acierto es la desdicha con consejo, y yerro el acierto con temeridad; y aludiendo a esto pintó la antigüedad pagana a Apolo con cuatro orejas, porque el varon prudente ha de oir a muchos. Juan Fernandez era comandante de la plaza de San-Felipe, y con la noticia que se le dió, sin perder instante destacó doscientos hombres españoles y auxiliares, y se pusieron en celada en la inmediacion del rio de Duqueco, que es el mas caudaloso de la isla de la Laja, para sorprenderlos en su tránsito; mas su dilijencia fué tal que frustró la esperanza, y solo vieron un corto piquete, y evadiéndose tres de las manos de los españoles, dieron la noticia a los suyos, y con precipitosa fuga se arrojaron al Biobio y felizmente ganaron su pais. Así terminaron estas dos ocasiones sucesivas, tan aventajadas de los indios y tan contrarias a los españoles; pues aun hubo la casual desgracia de que un arcabucero matase al que le precedia. Don Francisco Bascuñan, que estaba de guarnicion con su compañía en la plaza de San-Felipe, imputa el desacierto a la mala conducta del comandante, y desadvertido o recatado, ocultó su nombre por motivos que hoi permanecen ocultos a nuestra edad, bien que en la guerra, como dice el marques de Santa Cruz, hai preciosos momentos que pasan como relámpagos, y es menester presencia de espíritu para aprovecharlos. Tan ventajoso suceso enardeció a los indios e hizo audaces a los mas contenidos y declararse a algunos indiferentes; porque los hombres se inclinan adonde la fortuna, como dice Justino.

CAPITULO IX.

Reflexion en órden a los indios.— Dáse noticia de la batalla de las Cangrejeras, adonde quedan enteramente batidas las tropas españolas.

Pondera Lucano que habiendo tocado la mano de César la choza de Amiclas, cuando fué a solicitarle que le pasase a Italia, no tembló estremecido, y prosigue en su admiracion diciendo, que a qué templos o muros pudo haber acontecido esto en el orbe; y notamos que en llegando a tocar las humildes cabañas de estos bárbaros las piedades de Felipe III, hasta solicitarlos con cartas y enviarles una persona tan constituida en dignidad como el padre Luis de Valdivia para que les manifestase su real ánimo, como dejamos dicho, esto no les obliga ni tiemblan estremecidos de abusar de las reales piedades, y pasan con increible insolencia a provocar su real indignacion y justicia, siendo tan reiteradas veces agresores, como hemos visto en sus espantosos arrojos. Doscientos años tardó el mas formidable poder de la tierra, que fué el de los romanos, para sujetar a España, y mas de dos siglos há que se principió la conquista de Chile, y no la han finalizado, ni aun hai próxima esperanza de que termine; y en el sistema presente han quedado con indecoro las armas, cuya incontestable verdad bien la experimentamos en Chile, y en recito tan verdadero entramos con desinteres.

Lientur, jeneral venturoso y acreditado, se resolvió a hacer una sorpresa en el pais de Quinel y los adyacentes y no mui distantes de la plaza de San-Felipe, lo que puede admirar mas su osadía, pues en ella habia una competente guarnicion al comando del sarjento mayor Juan Fernandez Rebolledo, persona de las mas acreditadas del reino; y aunque este bárbaro cauteloso procuró ocultar sus designios, lo supieron los españoles ocho dias ántes de la ejecucion, lo que participó un prisionero que con presurosa evasion llegó a San-Felipe, y al término dicho, que fué el dia 15 de mayo de 1619, llegó la noticia de los robos e incendios que ejecutaban los indios en el territorio mencionado de Quinel, practicando este capitan la máxima mas aplaudida del Marte de las campañas de nuestros tiempos, el príncipe Eujenio, y la de los mas famosos capitanes que celebra la fama: de que el que la ofensiva hace, tiene por recurso el pais propio. Destacó luego el sarjento mayor a dos capitanes de a caballo, Alonso Moran y Rodrigo Aranguren, con su jente, a quienes seguian las de infantería de Don Juan Jacinto Morales, la del sarjento mayor Alonso Tinoco, y Don Francisco Bascuñan, a quien seguirémos en mucha parte de este recito, en su Cautiverio Feliz.

La caballería llegó a un paso profundo y cenegoso que hace un arroyo moderado, algo mas de dos leguas de la plaza, y en su opuesta márjen habia una partida de doscientos hombres, de cinco en que se habian separado los enemigos de igual número, y era esta la primera que habia llegado, segun el órden prescrito por el jeneral Lien-

tur, de incorporarse allí esperándose unas a otras. Los españoles quisieron apoderarse de aquella, los indios se empeñaron en defenderla, y para ejecutarlo con ventaja, se desmontaron algunos y ganaron la montañeta de su cauce: la accion se principió y prosiguió con igual empeño; mas se retiraron los españoles, viendo que se recrecian sus tropas con la union de los destacamentos que tenian dispersos, y que los de la plaza de San-Felipe aun no llegaban. Murió el capitan Rodrigo Aranguren y quince hombres, tres quedaron prisioneros y los demas se formaron en una loma despejada, donde se unió con ellos la infantería, que venia al comando de Don Francisco Bascuñan; y unos y otros eran ciento noventa hombres. Los indios a este tiempo pasaban ya de mil, por haberse aumentado con los que habian desertado del servicio de los españoles.

El jeneral Lientur mandó desmontar alguna caballería, y de ella formó un escuadron de piqueros, y a su diestra y siniestra colocó la caballería, y en forma de medio círculo se vinieron para sus enemigos: ya que estaban inmediatos, se dió órden para que se formasen en escuadron redondo, y fué esto tan a destiempo, que dice Don Francisco Bascuñan, que ántes que se acabase acometieron los indios. Disparóse la arcabucería, y por desmentir los tiros, dejó dicho el citado autor, que unos se aterraban y otros saltaban al aire; mas no retuvo el fuego su furor y procuraron estrecharse. Corria norte, que es aire de tempestades en Chile, y principió una lluvia copiosa; de suerte que inutilizó las armas de fuego e incomodó notablemente a los españoles, porque de rostro les daba. Cercaron la infantería y la acometieron por todas partes, no obstante [que] se esforzaron cuanto pudieron, haciendo una obstinada resistencia. La caballería los abandonó villanamente retirándose, como lo dice el citado autor, quien, gravemente herido en la cabeza y en un brazo, cayó como muerto: de allí todo fué horror y estrago. La tempestad se recrecia, lo que apresuró la noche, cuya anticipacion fué de algun alivio; porque algunos libraron la vida finjiéndose muertos, otros se ocultaron entre los pequeños arbústulos que por aquel campo habia.

Con celeridad increible los despojaron a todos. Lo que recreció el dolor fué los prisioneros víctimas sangrientas de su saña: a los que estaban gravemente heridos, allí de pronto o despues les quitaron la vida, porque les eran gravosos. Murieron sesenta y un españoles y el capitan Don Juan Jacinto de Morales, y aprisionaron treinta y dos hombres, y uno de ellos fué Don Francisco Bascuñan, que habiendo corrido vária fortuna y librado várias veces la vida contra toda humana esperanza, lo sacaron a los siete años de tan dura prision. Damian del Prado, que en su infortunio tuvo igual dicha, dejó una nómina de los prisioneros y muertos que en nuestro poder pára, a quien hemos seguido. En las memorias de aquel tiempo no se expresa el motivo por que el sarjento mayor Juan Fernandez, comandante de la plaza y frontera, no se halló en esta funcion, ni ménos si se le dió algun castigo al capitan Alonso Moran, y el ignorarlo hará que otros lo cometan; y a pesar del tiempo

y del olvido, acuerda Valerio Máximo el que ejecutó el cónsul Calfurnio, que era jeneral de la caballería cuando la guerra de los esclavos en Sicilia, quien pusilánime o afeminado se rindió a esta canalla; mas viendo el cónsul que el dejarle sin castigo traeria consecuencias perniciosas al interes de la república, le hizo degradar de la nobleza y le vistió una ropa andrajosa, y que descalzo y sin pelo marchase a la frente del ejército; a cuyo fin decia Clearco, que mas habian de temer los soldados a sus capitanes jenerales que a sus enemigos. En el caso presente se vé cuan poco lo temió Moran, y mucho a sus enemigos.

CAPITULO X.

Célebre festin que celebran los indios cimentado con sangre española.—Asegúrase la ribera del Biobio y muere el gobernador.—Sucédele el Dr. don Cristóbal de la Cerda, oidor mas antiguo de la audiencia de Chile.—Hacen algunas irrupciones los enemigos en cortas partidas, y termina su gobierno.—Fué acertada su conducta.

Parece que la fortuna se arregló al deseo de estos bárbaros, pues en tan breve tiempo tuvieron dos tan ventajosas acciones, y aunque el obsequio es peligroso, como dice Epitecto, mas no los hizo necios ni imprudentes. Bien rara moderacion! Lientur llegó a su pais con toda felicidad, y parecióle conveniente celebrar un festin para que se regocijasen sus tropas de las fatigas de la campaña; mas lo que ejecutó con toda precavencia para que el extremo del gozo no lo ocupase el pesar. Principióse la celebridad con la sangre de dos españoles prisioneros, segun su inhumana costumbre, que hasta la presente permanece. El gobernador se hallaba circundado de cuidados, pues fuera de los de la guerra y justicia, estaba bastante incómodo de la salud, que, como pondera el poeta cómico, es el grande bien de la vida: no obstante, la desestimó y se puso en marcha para las plazas fronteras, adonde ordenó se tuviese bastante vijilancia en la ribera del Biobio, con lo que se aseguraron los habitantes de la campaña, que corrian sumamente recelosos de ser sorprendidos en sus haciendas. Así prosiguió Don Lope valetudinario, hasta que terminó los dias de su vida por diciembre de 1620. Tuvo un jenio dichoso, buen sentido, propiedad exacta, corazon de integridad y desinteres, y aunque excedia en dignidad, era tan agradable que parece [se] arreglaba a la suerte mas humilde, como ponderó Ciceron de Pompeyo.

En la distribucion del pagamento de los soldados, se mostró mui exacto, quitando anticipados empeños que hacian casi ninguna la percepcion del sueldo anual. En la gratificacion de servicios nada dió al favor y al interes, y con loable ejemplo se mostró mui devoto; y como el ahogo y lo adverso no solo acusan el descuido sino la vijilancia, hubo su imputacion contra él, principalmente en la batalla de Yumbel o de las Cangrejeras, de que despreció la noticia, como lo dice Don Francisco Bascuñan, y el vulgo desenfrenado pasó a sindicar su conducta. Cuenta Valerio que un cordonero improbó a Apeles la impropiedad de

los zapatos y correas de una pintura, oyóle apacible y con laudable modestia; y queriendo montar mas alto y proseguir su censura sobre la pierna, le rogó diciéndole que cada uno solo se mezclase en su oficio. Bien pudiera habérsele dicho al pueblo tan desenfrenado esto, y no con ménos serenidad oyó el gobernador la censura.

Sucedió a Don Lope el doctor Don Cristóbal de la Cerda Sotomayor, oidor mas antiguo de la real audiencia del reino, persona de literatura y prudencia. Renovó las órdenes de su antecesor en que se estuviese con toda vijilancia en la frontera, lo que con exactitud se ejecutó; de suerte que no hubo cosa notable en su interino gobierno; mas no obstante, solian venir a nuestro pais algunas cortísimas partidas ya de cuatro o de seis indios, y por cordilleras tan impenetrables que mas eran despeños que caminos, y volvian con algunos caballos. Pondera Pedro Ugarte que la celebridad de estas acciones eran frecuentes en su pais, no con bárbara política, pues esto servia de recrecerles la audacia, porque el ánimo regocijado hace la edad florida. Por fin terminó el gobierno de Don Cristóbal a los once meses de su ingreso. Dice el autor citado que se valió de buenos consejeros antiguos y soldados, oyéndolos mas taciturno que locuaz. Entre el citado autor Ugarte y Don Francisco Bascuñan halló notable diferencia: el primero dice que Lientur con su jente desertó en este tiempo; y el segundo que ántes, lo que tenemos por mas verosímil, o que hubiese tenido segunda defeccion despues de sumision finjida, lo que es ordinario en esta nacion, y segun el método que llevamos de no impugnar ni controvertir, pudo haber sido lo uno y lo otro.

CAPITULO XI.

Nombra el virei por gobernador a don Pedro Sores de Ulloa del órden de Calatrava, y confírmale el Rei.—Pedro Ugarte imprueba su gobierno.—Construye un fortin en Negrete y muere.—Nombra a don Francisco de Alava, su cuñado, por su sucesor.—El Rei declara esclavos a los indios.

Las revoluciones de la vida cada dia nos manifiestan la instabilidad humana; pues la antigüedad pagana no exceptuó de estas mutaciones a las deidades de su adoracion, finjiendo [que] Amaltéa y Melisa, nutrices de Júpiter, por haber sido las primeras que prepararon la miel, se habian trasformado en ovejas, y otros iguales delirios. Tan frecuentes mutaciones de gobierno como las que acaecieron, fueron fatales a Chile; pues cada uno imbuido de las máximas de sus disposiciones rara vez aprueba las ajenas, lo que retarda los progresos políticos y militares aumentos. El príncipe de Esquilache, virei del Perú, nombró por gobernador de Chile y sucesor de Don Cristóbal a Don Pedro Sores de Ulloa del órden de Calatrava, jeneral del Callao, y llegó al reino por octubre de 1621; y pasadas las celebridades que se hicieron a su ingreso, quiso hallarse a la revista de las tropas que para el pagamento se hizo. Nombró por maestre de campo a Don Francisco de Alava, jentil-

hombre de la compañía de hombres de armas del Perú, quien vino en su compañía. Confirmó el Rei la eleccion que el virei hizo en atencion a los distinguidos méritos y calidad de Don Pedro, que le hacian digno de mayores ascensos. Procuró con todo desvelo cumplir con la confianza que de él se hizo; y aunque tales cuales indios pasaban a nuestro pais, como dejamos dicho, no era cosa que alterase el sosiego, porque procuraban no ser vistos y llevarse algunos caballos de los dispersos o apotrerados en la vasta extension de la cordillera.

En la opuesta ribera de Biobio hai un monte de bastante elevacion con predominio a aquellas campañas, que son despejadas, de donde se descubre grande extension de paises, y próvida naturaleza previno en su cumbre una fuente perenne: no es mui pendiente, y así tiene fácil y no fatigoso ascenso. En su cima mandó el gobernador construir un fortin, adonde anteriormente habia habido otro. No pudiera ser mejor que esta otra atalaya; y así el Rei lo aprobó y ordenó se mantuviese, como consta de real despacho que tenemos visto. Los indios no estaban con ménos recelos y precauciones que los mismos españoles, no obstante la estricta órden que sabian que el Rei tenia dada en órden a la guerra solo defensiva. Todo en ellos era ensayos militares, prevenciones de armas ofensivas y defensivas: si iban al cultivo de los campos las llevaban, y solo las deponian cuando estaban en la actual ocupacion, y ejecutaban lo mismo en sus frecuentes regocijos, pasando las armas por adornos y gala, como lo ejecutó Hernan Cortes en su ingreso en Tlascala y Méjico, segun Solis.

Es el pincel pluma muerta, y la pluma pincel vivo con que a la posteridad se trasmite lo que sin ella quedara en el sepulcro del olvido. Dícenos la de Ugarte que en este gobierno y en el siguiente se mudó todo y quedó trocado. Explícase con estas voces: "que la buena armonía para el abasto del ejército con tan maduro acuerdo establecida, quedó invertida y fué en decadencia, y que jeneralmente se experimentó esto en el reino," y prosigue diciendo que fué por mal gobierno. Dice Aristóteles que la gobernacion u oficio descubre quién es el hombre, y así vemos que a muchos aprobó el pueblo por dignos, y la experiencia reprobó por ineptos. Si esto es cierto, no tenemos que admirar, pues en lo caduco lo que parece perfecto no es sin defecto. Las memorias de aquel tiempo nos ministran las noticias de que se extrajo del reino notable cantidad de ganado menor para Potosí, acaecimiento desde entónces hasta lo presente no sucedido, como el que llegase a valer ocho reales un carnero y cuatro la oveja, cuando de presente estas valen real y medio. El gobernador comenzó a experimentar una salud quebradiza, y recrecióse el accidente de tal suerte que hizo inútiles los remedios y murió por setiembre de 1624, habiendo gobernado cerca de tres. Dice el padre Ovalle que era limosnero, principalmente con los eclesiásticos: otras bellas cualidades adornaban su persona. Dificultad tiene la alabanza, porque se deben bien rejistrar las prendas y las voces para que se enjendre veneracion y no desdoro.

Nombró el gobernador por sucesor a Don Francisco de Alava, actual maestre de campo del reino, su cuñado, segun nos lo dicen las memorias de aquel tiempo. El marques de Guadalcazar, virei del Perú, informó al rei ámpliamente, que ya lo era Felipe IV, del sistema presente y calamitosa positura de Chile; por consiguiente fueron várias relaciones y cartas dignas de toda fe sobre el asunto de que era de necesidad indispensable la guerra ofensiva, y se tuvieron várias consultas que terminaron en que se les hiciese segun y conforme se actuó ántes de la defensiva, y declaró el Rei por esclavos a los prisioneros de uno y otro sexo, como mas latamente se ve en real cédula, fecha por abril de 1625, la que trasunta en su manuscrito histórico Ugarte de la Hermosa, dirijida al marques de Guadalcazar. Así terminó la inaccion o guerra defensiva, que duró cerca de tres años, tiempo mas que suficiente para experimentar lo fructuoso o infructuoso de ella, como en realidad lo fué; pues las impensas llegaron a siete millones, como nos lo asegura el castellano Don Jorje de Ilumbe, en reclutas, pagamento anual de tropas y construcciones de fuertes y atalayas por la ribera del gran Biobio desde la cordillera hasta su ingreso al mar, y todo con poco decoro de las armas; y por fin se emprendió la guerra, no de eleccion sino de precision, la cual, como dice Livio, justamente se puede llamar necesaria; y para la ejecucion de tan importante proyecto nombró por gobernador el virei a Don Luis Fernandez de Córdoba, su sobrino, señor de la Villa del Carpio y 24 de Córdoba, persona de gran mérito y calidad y que correspondió a la confianza que de él se hizo; y en prosecucion de su destino se embarcó y llegó a la Concepcion de Chile el 29 de mayo de 1625.

CAPITULO XII.

Envía el virei a don Luis Fernandez de Córdoba por g bernador.—Dícese del sistema que entónces el reino tenia.—Corrije algunos perjudiciales abusos.—Castiga a los indios que quisieron desertar.—Hácese irrupcion por Arauco en el pais enemigo con suceso.—Procuran los indios sorprender la plaza del Nacimiento, y despues de un fiero combate se retiraron sin conseguir el asedio que se intentó.

Protesta el político Tácito la indiferencia con que escribe sus anales, porque no debe ser ménos temida la pluma que ofende, como agradecida la que alaba; y así no le causó ménos horror a Baltazar una mano jugando la espada, que verla en la pared escribiendo una cifra. Pedro Ugarte en su manuscrito histórico pondera la desacertada conducta de Don Pedro Sores de Ulloa y la de su sucesor Norueña, y dice que el ejército estaba pobre y desapercibido y los soldados desnudos, y todo tan desmantelado que corria el reino riesgo y que es justo que se diga. Con estas palabras se explica, y prosigue que en el opulento hato de vacas que el Rei tenia, no habia sino pocas, que estas se consumieron en el gasto de las tropas y que despues fué preciso el comprarlas, y el apero mui desaviado y por consiguiente mal asistido, y que a esto igual

iba todo; y que al contrario los indios estaban bien armados y con mucha remonta para la caballería. Por lo jeneral los que gobiernan desaprueban la conducta de sus antecesores, y los mas amados son los desatendidos, sin que haya mas demérito para ser despreciados que el haber sido validos. Francisco I, al morir, recomendó a Enrique II, su hijo, que hiciese mucho aprecio del cardenal de Tournon, y que no fiase de otro los públicos intereses, y que al condestable Motmorency no lo trajese a la corte, ni nada fiase a su conducta; mas el Rei practicó lo contrario, como dice Meseray, trayendo a la corte a Motmorency de su retiro del castillo de Echoban, y quitando al de Tournon la intendencia del ministerio en que loablemente entendia; y pues que Ugarte fué tan apreciado en el gobierno de Don Lope, no extrañe el verse despues ofendido: hallábase en aquel tiempo en el reino, y nos parece que su recito fué mas verdadero que calumnioso.

Celebró el reino el ingreso de Don Luis, esperando en su conducta la reparacion de tantas pérdidas; mas es digno de toda atencion que los rumores exajerados, que siempre preceden a la verdad, de la guerra o esclavitud, no hicieron armonía a los indios; y esto, o fué una suma insensatez, o un extremo de valor. Recrece mas el reparo de que el gobernador les hizo saber la resolucion que el Rei habia tomado, y la misma novedad que ántes les habia causado, que fué ninguna, esa les hizo despues. No trajo el gobernador válidos socorros, bien que se le ofrecieron puntuales, ni pudiera sin ellos ejecutar tan árdua empresa, como era la de sujetarlos al dominio español, y principió su gobierno refrenando la codicia con que se procedia en los tablajes, la cual era excesiva, y mandó que no se jugase ropa, de lo que provenia el distraimiento en que los soldados estaban, y dispuso remonta para la caballería, de la que se necesitaba mucho. Promovió luego por maestre campo jeneral a Don Alonso de Córdoba.

Riquezas y honores son bienes de fortuna: el entendido siente la desgracia que puede suceder ántes que suceda: el necio no temiendo merece que suceda lo que no teme; y así dijo Aristóteles, que mas vale ser rejido de un buen varon que de una buena lei. No pudiera nadie serlo mejor que el presente gobernador, y no obstante pretenden desertar algunos indios de distincion, de los que asalariados servian al Rei, llevándose tras sí otros muchos, o con su perseverancia o con su ejemplo. Ugarte no nos dice el tiempo de este ni otros acaecimientos, y así no se extrañe su cómputo. Tuvo el gobernador la noticia por medio de un español y no la desestimó, y comprendiendo las perjudiciales consecuencias que de su ejecucion se seguirian, con celeridad se arrestaron los cómplices, y a cinco se les quitó la vida de los mas culpados, y sin pavor ni espanto, ántes sí con grande entereza fueron al patíbulo. Mui a tiempo fué el castigo, y así dijo Livio, que por omitirlos a tiempo se siguen graves daños. Quedó este remediado, porque a los hombres hacen cautos los ajenos peligros, conteniendo a los atrevidos el terror del escarmiento. El gobernador dió órden al maestre campo de que

principiase por Arauco las operaciones de la guerra ofensiva, a los catorce años de la inaccion en que se habia estado, para cuyo efecto tomó bien precaucionadas medidas para que su designio no se penetrase, lo que deben celar los jenerales; pues, como dice Macrobio, preguntándole Felipe a su padre en presencia de algunos, que cuándo desalojaria del campamento en que estaba el ejército, le respondió airado: eres tan sordo que tú solo temes el no oir las trompetas cuando se haga señal para ello.

Salió el maestre campo para las provincias de Tucapel con cuatrocientos españoles, ciento cincuenta auxiliares, llevando cada uno al respaldo de las sillas su precisa mantencion para cinco dias, y se ejecutó la marcha con tal celeridad y acierto, que solo hubo ejecucion y no amago. Quedó un cuerpo de reserva en el sitio que llevaban destinado, y la demas jente se dividió en diversos pelotones para que talasen el pais de toda la circunferencia sin apartarse del centro en tan notable distancia que no oyesen la señal de recojida que se diese. Aprisionáronse ciento quince personas de ambos sexos, cuatrocientos caballos y algun ganado vacuno: murieron ocho de los enemigos que con temerario empeño tomaron el partido de no darse a prision: tal cual herido hubo de nuestra parte. Este hecho los reafirmó en su dureza y ánimo pertinaz, lo que es produccion de la soberbia, como dice San Gregorio. Fué esta accion de grande celebridad, no solo porque los principios favorables alientan la confianza como los adversos la disminuyen, sino es porque se salia del estado de sola la defensiva, que tan indecorosa pareció al reino o a lo ménos a los mas de él.

Butapichun no abatido con las desgracias, ántes sí feroz e irritado, quiso satisfacerse de ellas bien como salamandra entre llamas, cuyo blason fué el del Rei Francisco I de Francia, con la letra *nutrisco et extinguo;* y así lo puso en ejecucion, y con un destacamento de tropas veteranas vino a sorprender la plaza del Nacimiento, una de las mas principales que coronaban la ribera del Biobio, y en lo presente permanecen solo sus ruinas. Llegó tan de improviso que su vista les informó del designio; mas el comandante sin ofuscacion parece se desentendió del peligro: tal serenidad y presencia de espíritu mostró; y sin perder instante se previno para bien recibirlos. No ménos persuadido Butapichun de que no le convenia retardarlos, desmontó parte de sus tropas y a la frente de ellas se vino a avanzar a la plaza. No los contuvo ni aterró el fuego violento de la arcabucería y de cuatro pedreros que de ella se hizo, pues superando con valor heroico, ganaron el foso y se pusieron a cubierto de él, y advirtiendo que el mucho viento que corria les era favorable para incendiar la plaza, cuyos techos eran pajizos, sobre ser corta la distancia, pasaron a ejecutarlo con suceso sin poderlo remediar la jente de ambos sexos que destinaron para esto. Ardió todo y la iglesia, ménos un baluarte y dos casas donde se recojieron, que por estar a favor del aire impetuoso se salvaron de la voraz llama.

Los indios tenian ya por segura la victoria, pues entre sus tropas y

el fuego mediaban los españoles y su ardor notablemente los incomodaba, y así salieron del foso; mas fueron a tiempo las repetidas descargas que del baluarte les hicieron y por su derecha, que se retiraron con pérdida y confusion sin poderlos retener su jeneral. Murieron los mas esforzados, cuyo número hoi se ignora. La presa de algunos ganados y caballos fué el principal despojo de los indios, y el de doce personas españolas de ambos sexos; y cuando se discurrió que despues de esta accion se retirase Butapichun a su pais con la remonta que tenia y un destacamento de sus tropas, vino a sorprender el nuestro al pago de Quinel, sin que le distrajese de esta ejecucion la inmediacion de la plaza de San-Felipe, donde hizo algun daño, y a su retiro en el partido de San Bartolomé de Gamboa, burlando con celeridad increible la dilijencia que el sarjento mayor hizo en impedirle a su regreso esta accion.

CAPITULO XIII.

El sarjento mayor hostiliza a los indios por la frontera de San-Felipe, y ejecuta lo mismo el maestre-campo por Arauco con mejor suceso, y a su regreso experimenta una espantosa tempestad.—El gobernador consulta sobre las operaciones de la futura campaña.—Resuélvese ejecutarla en las provincias mas pertinaces, y a su regreso experimenta el éxito la rota de Quillin.

La fortuna adversa debemos decirla sin recelo, como la próspera sin lisonja, pues fortuna sin inconstancia solo Dios. La mayor que admira el mundo es la de Alejandro, y esta terminó con la vida en su rozagante edad, como dice Curcio, de la que no solo fué causante Casandro, sino de la de Cleopatra su madre, que exhaló el alma por las heridas que le dió. El gobernador vivia quejoso de la suya, porque le parecia que el hecho de este jeneroso bárbaro la habia empañado, pues se internaba tanto con su irrupcion cual no se habia experimentado en catorce años anteriores, y así discurrió el satisfacer la futura campaña; y el sarjento mayor, que lo era Juan Fernandez Rebolledo, cuya conducta directamente se improbaba, como comandante de la plaza y frontera de San-Felipe, resolvió ejecutar un golpe de sorpresa en las provincias inmediatas a la ribera de Biobio. Ejecutólo con algun suceso, porque como mas expuestas al peligro, los pocos que las habitaban vivian con precaucion y recelo. No obstante, se les quitó algun ganado y caballos, que eran las alas de sus presurosos vuelos.

Ordenó el gobernador al maestre campo Don Alonso de Córdoba, entrase a las provincias rebeldes, y proporcionando sus fuerzas, halló ser competentes al designio, porque lo demas es dejar mui arriesgado el suceso, fiándose mucho del destino, como dice el Petrarca; y con mil doscientos hombres penetró las provincias de Tucapel, que halló deshabitadas, y llegó al rio de Cauten o la Imperial; y habiéndose acampado en terreno ventajoso dejó un cuerpo de reserva, y separado en pelotones, con rápido movimiento se taló el pais de una y otra parte del rio. Sorprendió a los indios notablemente esta accion, porque discurrian

que la distancia, fragosidad de los caminos y un tan caudaloso rio los ponia a cubierto de insulto, y mas cuando la guarnicion de Arauco no tenia memoria de que se hubiese alejado tanto. Incendiáronse sus casinas y cuanto fué capaz de combustion en los campos, y entre el horror del fuego y humo se percibian llantos y suspiros, y todo era un melancólico horror. Recojióse todo el ganado mayor y caballos cuanto fué posible a la celeridad; pues solo de estos fueron setecientos y mas de mil vacas, y quedó el ganado menor, cuyo número era crecido. Aprisionáronse doscientas personas de uno y otro sexo, y murieron como treinta que con obstinacion se pusieron en defensa, y de nuestra parte solo hubo algunos heridos.

Retirábanse los españoles y parece que las nubes se opusieron, pues se levantó una terrible tempestad de truenos, relámpagos, copiosa lluvia y desmedido aire. Los caballos y los hombres se entumecian de tal suerte que no podian tenerse en pié, y todo era una tal confusion que no se oian ni entendian, y aunque a nuestro entender siempre parece el mal presente mayor que el pasado, no obstante, en la memoria de cuantos se hallaron no hubo quien hubiese visto en Chile cosa igual. Los arroyos se volvieron rios, y estos mares, y los caminos intransitables, y no habiendo adonde ponerse a cubierto de esta injuria, se prosiguió en la marcha. El maestre-campo los exhortaba con el ejemplo y la voz, mandando distribuir de su repostería un corto refrijerio a los ancianos y prisioneros, lo que les libró la vida. Veinte horas duró esta crespa borrasca; y a no haber traido tan crecida remonta, no llegan a Arauco. No obstante, se perdió mucho el ganado. Precedió a esta accion un mutuo engaño, y no es fraude el engañar al que engañó. Principiáronle los indios y terminároulo a su favor los españoles: aquellos, viendo la prevencion de tropas en Arauco, discurrieron que aquel rayo haria su efecto en su pais, y discurrieron evadirle, y así enviaron donde el maestre-campo a proponerle que querian someterse al dominio español y saber las condiciones de su admision.

Finjió el maestre campo credulidad y les respondió, noticiaria al gobernador, asegurándoles la intencion con que la fomentaria, y les propuso que teniendo que transitar por sus tierras para la ejecucion de cierto proyecto de la última importancia, les pedia el que fuesen en su compañía algunos caciques, y porque a su vista irian mas contenidas sus tropas, no obstante que sabian estaban despobladas; ademas de que pasando jente de tanta distincion por su pais, no podian dispensarse de observar atenciones sin la nota de impolíticos. Bien vieron que el maestre campo queria llevarlos por rehenes, y viéndose entre dos extremos, tomaron el partido, siendo atentos en medir la necesidad por no hallarse perdidos. Soliman el grande solicitaba la conquista de Rhodas, y al mismo tiempo con apariencias de paces queria adormecer al gran maestre Lisoadan, como dice su historiador Guillet, para que se vea que no es tan bárbara su política como la afecta el desprecio de algunos inconsiderados. Pasada la urjencia que a la propuesta los compulsó, no se

acordaron mas de paces, pues no es perpétuo lo violento, ni durable lo involuntario.

El gobernador, habiendo tenido un gran consejo de los oficiales de la primera plana del ejército y de otros de sobresaliente capacidad y experiencia, se determinó adonde se habian de actuar las operaciones de la futura campaña, que fué en el centro de las provincias mas pertinaces, que eran Maquehuas, Cholchol, Puren y otras. La narracion de este hecho la hallamos suscinta, y así proseguirémos con la escasa luz que nos dejaron los que nos precedieron, sin duda porque la guerra inquieta ánimos, armas y letras. Juntas las tropas españolas y auxiliares, que se componian de mil doscientos hombres, aunque no falta quien diga que fueron mas, principiaron a talar las provincias mencionadas con tal horror que no dejaron cosa que pudiera ser capaz de incendiarse que no redujesen a cenizas, gloriándose cada uno de excederse en estos hechos. La presa de ganados mayores, menores y caballos fué considerable, sin que nos individualicen mas las memorias de aquel tiempo. Los indios desde lugares fragosos observaban a los españoles reprimiendo el ardor de su ira, excitado con la vista del estrago de su patrio suelo, la pérdida de sus bienes y captura de muchas personas de ambos sexos, motivos que los compulsaron a desesperacion, que, como dice San Agustin, es cierta muerte; y habiéndose juntado mas de tres mil hombres, acometieron a los españoles en el campo de Quillin con extraordinario furor, incapaz de retencion. Lo inopinado del caso confundió las órdenes y prevenciones; mas los enemigos, aprovechando las suyas, recuperaron con exceso los caballos que les habian ganado y la mayor parte de los prisioneros y algunos de los del campo español, de suerte que pusieron en desórden y confusion a los españoles. Retiróse con la misma celeridad Butapichun, que era el del comando, con que habia principiado la accion. Ignoramos la pérdida de entrambos campos, y es laudable su constancia, pues halló la ocasion que tanto solicitó.

CAPITULO XIV.

Entrega don Luis Fernandez el gobierno a don Francisco Laso, provisto por el Rei.— Trae una considerable recluta y da a su ingreso singular ejemplo de relijion y piedad.— Junta Butapichun considerables tropas para atacar la plaza de Arauco, cuya noticia pasa el gobernador al maestre de campo, comandante de ella.

Es la esperanza unas veces peligro de la seguridad, y otras seguridad de la desconfianza. Engañáronse los romanos en lo mucho que se prometieron de Galba, y desengañáronse de lo poco que esperaban del emperador Tito. De este error salieron los que no discurrian a Don Luis apto para el militar comando; esto fué a los fines, porque los que aprenden con tenacidad, tarde se desimpresionan. Su actividad, celo y discrecion fué singular, mas escasas las asistencias; porque en la frontera eran muchas las plazas, y distribuida la jente en sus guarniciones, quedaba poca tropa para las operaciones de la campaña, de lo que sus

émulos no se hacian cargo. Por fin, como dice Simónides, que el gobierno trae enemistades por mas que se procure ser amado mas que temido. Fué justo y desinteresado y de singular bondad: entregó el gobierno a su sucesor dia 23 de diciembre de 1629, y pasó despues a ser presidente de Canarias: casóse en el Cuzco con una señora de primera distincion de aquella ciudad.

El Rei Felipe IV, con consulta del consejo, nombró por gobernador a Don Francisco Laso de la Vega, del órden de Santiago y del consejo de guerra en los Estados de Flandes, donde habia servido muchos años, y era comandante actual de Badajoz. Trajo armas y órden expresa del Rei para que el virei le diese cumplida asistencia: éralo actual el conde de Chinchon, con quien solicitaba lo mismo el maestre campo Don Diego Gonzalez Montero, que despues fué gobernador de Chile, enviado por Don Luis Gonzalez por procurador del ejército y reino. El virei, habiendo hecho una séria reflexion del sistema de Chile sobre las representaciones del gobernador, resolvió socorrerlo con dinero y tropas, y en tres navios remitió quinientos hombres, y tan válidas fuerzas eran suficientes para fundar esperanzas.

Los injenios humanos mas con el ejemplo que con la razon se persuaden. Cristo Señor Nuestro dijo a los Apóstoles, que se lo habia dado cuando les lavó los piés, y que como habia hecho con ellos, que así lo ejecutasen. Diólo singular Don Francisco al ingreso de su gobierno, despachando expresos a las ciudades del reino con cartas circulares a los prelados, pidiéndoles encomendasen a Dios el acierto de su gobierno y el buen éxito de la futura campaña, y a las justicias seculares encargó la exacta administracion y el remedio de pecados públicos: accion que será loada de muchos y practicada por pocos, y no sabemos que otro lo haya hecho; y su piadosa memoria es digna de que se trasmita a la posteridad, no ménos que la de haber dado libertad a los indios que de Lima trajo, extraidos de allí por justas causas, colmándolos de dones y beneficios para que atrajesen a los rebeldes a la paz, lo que por medio de ellos solicitó, usando de la jenerosa máxima de Filipo de Macedonia, de hacer de los enemigos amigos. Y con esta demostracion dió satisfaccion al público de su cristiandad y sincera intencion, practicando con oportunidad la clemencia y ferocidad de leon, como dice Baldecebro, fortaleza y humanidad.

Con tan loables principios entró el año de 1630, y el dia 18 de enero se le participó al gobernador por la frontera de San-Felipe, de como Butapichun, desertor del servicio y hacienda de Tomeco, que era de Don Diego de Trujillo, y al presente es del autor, venia con cinco mil hombres para la plaza de Arauco con ánimo de atacarla y hostilizar los paises sujetos, para sustraer del dominio español a sus habitadores. A este bárbaro sus hechos le habian conseguido nombre ilustre de libertador de su patria, como el de ser terror de la nuestra, y por el hecho presente se pueden mensurar los quilates de su valor, pues no le distrajo de tan arrojado intento, el ver la recluta de quinientos hombres que

acababa de venir al reino con un gobernador de quien se hizo tan alta confianza que se juzgó digno de sojuzgarlos, ni ménos la atenta solicitud de envidarles con la paz, ni el beneficio de haber traido al reino a sus compatriotas y consanguíneos y puéstolos en libertad para que se restituyesen a su patria; de suerte que ni beneficios los obligan ni tan belicosos aparatos los alteran: o bien que discurriese que el tiempo y la ocasion igualan al menor, como dice Sértulo, o bien que dijese lo que monsieur de la Nobe, cuando le robó su equipaje a Enrique III, a su ingreso a Francia de Polonia, de que el fuego y la guerra igualaba a todos los hombres, como dice Meseray. Así procedió este Marte chileno, cuya accion es digna de recuerdo.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Batalla del paso de don García indecisa.—Retírase Butapichun con sus tropas a su pais, y los españoles con las suyas a la plaza de Arauco.

Valerosos hace el riesgo forzoso, el cual acobarda en empeño voluntario; mas serlo en el voluntario tanto o mas que en el forzoso, es llegar a lo sumo del valor. No es esto lo que en el caso presente ejecuta Butapichun, emprendiendo esta guerra de eleccion y no de precision. Viriato español no emprendió mayor hazaña contra el poder de Roma, ántes sí compulso de la crueldad romana en los campos de Ayamonte y con armas iguales, las que no tenian ni tienen estos valerosos chilenos; y tomando el hilo de nuestra historia, el gobernador participó la noticia que de Butapichun se le dió, al maestre campo Don Alonso de Córdoba, comandante de la plaza de Arauco, persona de opinion acreditada, de juicio asentado y seguro consejo (quien fué abuelo del autor), y tomó precaucionadas medidas para la ofensa y defensa. Los ganados y caballos se aproximaron al cañon de la plaza y se regló a ella la jente dispersa. Remulta, capitan valeroso, con doscientos hombres se hallaba en Quidico, preciso tránsito, y envió al capitan Juan de Morales con cien indios y algunos españoles para que se retirasen, lo que se ejecutó el dia 21 de enero, y el 24 a la primera luz del dia se tocó a arma en la inmediacion de la plaza, y el maestre de campo ordenó que saliese la recluta de indios hasta cierta distancia de la plaza y que allí le esperasen, que era a distancia de una legua.

Siguiólos el maestre-campo con cuatrocientos españoles y doscientos auxiliares, y vínole noticia de que se peleaba con el piquete de los enemigos. Adelantóse con la caballería y ordenó al capitan Don An-

tonio de Avendaño, que comandaba la infantería, que a paso presuroso le siguiese. Cuando el maestre de campo llegó a incorporarse con la vanguardia, halló que segun su bárbara costumbre cantaban victoria y ensangrentaban sus armas con la de dos enemigos muertos. Lázaro, mestizo desertor, envió a noticiar al gobernador y al maestre-campo que Butapichun venia a acamparse en Millarepu, y que se componian sus tropas de cuatro mil caballos y mil infantes. No desestimó el aviso, no obstante que dice Livio que no se debe dar crédito al que una vez fué desleal, y él lo habia sido dos, al Rei y a su patria, y despues a Don Francisco Lazo, porque quede dicho. El maestre-campo llamó a consejo; pues, como dice Salustio, de ellos nacen los aciertos y de su presta ejecucion. En él se determinó que se prosiguiese la marcha, pues por instantes se esperaba al capitan Juan de Morales, como dejamos dicho, que se juntase con el campo español, o si no, quedaba perdido con la que traia a su comando. Imputaron a Don Alonso de Córdoba esta accion por mas temeraria que prudente, y otros circunspectos la tuvieron por necesaria; pues el retiro era dejarlos en total abandono a los momentos de su arribo.

El jeneral maestre-campo ordenó al capitan Don Antonio Gomez, que con treinta españoles y doscientos auxiliares fuese de vanguardia, que de ninguna suerte transitase del paso de Don García adelante, sino que allí lo esperase. Este expreso mandato le dió, el cual era un desfiladero montañoso y prolongado, que descendiendo de aquellas tierras, cortaba el camino, haciendo preciso el tránsito; mas el teniente Ranquel, que comandaba a los indios, pasó la estrechura que no debiera, y siguióle Antonio Gomez siendo su superior; y a corto espacio se avistó con el enemigo formado en batalla. A este tiempo llegó el maestre-campo al paso y vió la trasgresion de su órden, y no pareciéndole seguro ni prudente el que se retirase una tan corta partida a vista de tan poderosas tropas sin quedar cortadas o abatidas, y mas cuando se ofrecia repasar el paso estrecho y prolongado, ni era de su honor dejarlos en el abandono y que pereciesen a su vista; y así prosiguió su marcha hasta incorporarse con ellos, haciéndose forzoso lo involuntario, como dice Salustio. El maestre-campo hizo desmontar algunos indios y con sus picas los tripuló con la infantería de las compañías de Don Gines de Lillo y Don Alonso Vernal, haciendo notable falta la de Don Antonio Avendaño y Don Francisco Carmona, que no habian llegado; y la caballería la colocó a la derecha, y se componia de las compañías de Don Francisco Rodriguez, Don Juan de Adaro y Don Hernando Muñoz. A este tiempo y mui a propósito llegó el capitan Juan de Morales y Remulta, que sin esta casualidad hubiera perecido.

El jeneral Butapichun con cuatro mil caballos en diversos pelotones y mil infantes con marcha reposada se vino para el campo español, provocándolos con jeneroso denuedo y sereno aspecto: por fin, los acometió con furor incapaz de retencion. No con menor vigor fué recibido, y principióse la batalla tenaz y sangrienta. El maestre-campo, que se ex-

ponia al mayor peligro, fué muerto su caballo y con gran riesgo montó en otro. Duró la accion indecisa mas de media hora, cuando por su izquierda comenzó a ceder la infantería contraria con prisa y confusion. Don Gines de Lillo y Don Alonso Vernal, teniendo la victoria por segura, con ardor inconsiderado fueron tras los enemigos hiriéndolos y matándolos, seguidos solo de la primera fila. Butapichun se apoderó de tan ventajoso movimiento y los cortó; y hallándose por todas partes opresos, murieron todos con heroica firmeza y pagaron la pena de su inobediencia faltando al órden que les dió de mantenerse unidos sin separarse; y para lograr el hecho, este bárbaro guerrero ordenó al mismo tiempo que nuevas tropas cargasen la caballería española, para que no tuviesen tiempo ni lugar de favorecerlos: con vista tan de lince todo lo miraba. Prosiguióse la accion con tenaz empeño redoblado de nuestra parte; mas los indios que estaban en la infantería española, comenzaron a abandonar sus puestos, ya consternados; y aunque el jeneral maestre-campo con la voz y el ejemplo los animaba, no fué posible el retenerlos, ni aun con la muerte que se dió a algunos, por cuyo motivo se reunió la infantería a ménos frente, y mandó que con buen órden se retirasen al paso, por ser el terreno mas ventajoso. Ejecutóse así, no obstante que los indios cargaron con notable fiereza. Principiábalo a pasar nuestra caballería con alguna confusion y en él se encontró con la infantería de Don Antonio de Avendaño, no pudiendo aquella retenerse porque el enemigo la estrechaba, ni la infantería retirarse con prisa, y la desbarató la caballería; y los enemigos tuvieron poco que hacer en matar y aprisionar a muchos, siendo los capitanes Francisco Carmona y dicho Don Antonio.

La jente española y auxiliar que habia quedado, se formó al momento del repaso, y toda la accion se redujo a la estrechura del tránsito y a las inmediaciones de su diestra y siniestra, y en breve se vió aquel terreno cubierto de cuerpos de hombres y caballos; y los indios con tenaz empeño procuraban transitarle, y viendo que no podian conseguirlo por la grande oposicion que hallaron en los españoles, se retiraron a las dos horas que la accion duró, habiendo perdido setecientos hombres, y de los nuestros entre indios y españoles doscientos, y entre ellos el capitan Antonio Morales. El maestre-campo salió con dos heridas y no hubo casi español que no lo estuviese. Retiróse Butapichun a su pais, fulminando amenazas contra el nuestro, y el campo español a Arauco. Así terminó esta accion, dia 24 de enero 1630: duró en el todo de cinco a seis horas.

CAPITULO II.

El gobernador principia las operaciones de la campaña por la provincia de Puren.—Hostiliza aquellos paises y se retira.—Hace Butapichun irrupcion en el nuestro.—Sale don Francisco al opósito y sucede la batalla de los Robles.

Mas son las cosas que nos espantan que las que nos atormentan; y

así es bien respirar indiferencias que no llevarse de los vanos rumores, que preceden a la verdad y suelen oscurecerla. Llegaron a la Concepcion exajeradas con colorido de verdaderas en lo trájico las noticias de la expresada batalla, de que se orijinó consternacion; y el gobernador con credulidad mas pronta que la que su carácter pedia, se resolvió de por luego a salir para Arauco; y puesto ya en marcha, se revolvió del camino cerciorado de un mejor informe que el maestre-campo le hizo: y así dice Séneca, que el arrepentimiento apresura el que se resuelve breve. Y pareciéndole al gobernador que la inaccion era contra el decoro de las armas, salió para Puren, frontera pertinaz y habitacion de Butapichun, bien persuadido a que las bestias fieras se habian de buscar en sus cubiles, pues nunca hubieran los romanos vencido a los cartajineses, si no los hubieran ido a solicitar a Cartago. Componíanse las tropas de setecientos españoles y cuatrocientos auxiliares. Actuáronse en el pais todas las hostilidades de una cruel guerra; mas los indios, viendo que segun lo adelantado de la estacion no podrian subsistir, dejaron al tiempo que los expulsase sin exponerse a un siniestro accidente; y así el gobernador ejecutó su regreso sin haberse hallado oposicion, y el despojo solo fué de algunos prisioneros.

El enemigo sosegaba poco o no sosegaba; y como ha de ser flemática la cólera de la guerra, miró Butapichun con templanza los incendios propios, viviendo con esperanza de que despues podria ver con alegría los ajenos; pues, como dice Ciceron, ninguna cosa permanece en su estado: e hizo una séria reflexion del sistema en que las cosas estaban. Veia al gobernador tolerando una fiebre maligna, los caballos fatigados por el contínuo movimiento de la campaña que habian sufrido, las tropas quietas en cuarteles de invierno y los auxiliares despedidos y en el reposo de sus casas, y principiada ya la ríjida estacion; y así le pareció que la ocasion era oportuna, y con quinientos hombres bien montados y mas de seiscientos de reserva para su mas pronto movimiento, pasó el Bio-bio por la cordillera. Inutilizó la vijilancia del sarjento mayor Juan Fernandez Rebolledo, que aseguró al gobernador que no pasarian enemigos sin que lo supiesen o fuesen sentidos, y con singular presteza llegó a la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa, donde se hizo resentir con muertes, prisiones, incendios y robos, causando en todos sensibilidad mui llena, como caso no esperado. Hallábase el gobernador enfermo en Buena-Esperanza, y despreciando los intereses de su salud por la utilidad pública, salió al opósito con cuatrocientos españoles y cien indios.

Y discurriendo que seria acelerado su retiro aunque embarazoso por los despojos de prisioneros, caballos y ganados, procuró con pronta solicitud el salirle a su regreso al atajo, y ordenó que la caballería llevase algunos infantes mosqueteros a las ancas, siendo el gobernador el primero que ejecutó lo que mandó; y en breve tiempo anduvo ocho leguas, y fué preciso el que pastasen los caballos, que en treinta horas no habian tenido descanso, ni refresco los soldados, y al siguiente dia se

prosiguió la marcha, aunque con desmayo, pues se discurrió no alcanzarle; y se acamparon a la márjen de un arroyo grueso, sitio entre despejado y montuoso, cubierto de crecido herbaje en la inmediacion de la cordillera de la otra parte del rio Itata. Butapichun, por medio de espías de su satisfaccion, se cercioró de todo y se hallaba oculto en aquella cercanía, lo que ignoraron los españoles, de que puede bien inferirse la gran conducta de este bárbaro, y lo que conviene el saber secretos y resoluciones de los enemigos, por el gran dispendio que para ello hizo el Gran Capitan cuando le pidieron cuenta de los gastos de la guerra de Nápoles, evadiendo con lo que fué o debe ser, los alcances que se prometian los envidiosos de su fortuna.

La caballería formada tomó las avenidas y la infantería ponia las armas a la frente, y con los pocos vivanderos, parte de ella disponia las tiendas y las demas cosas acostumbradas en campamentos; entretanto el gobernador se recostó en el verdor de la grama por mitigar o divertir el ardor de la fiebre, cuando salió Butapichun entre las selvas, dividida su jente en tres escuadrones bien montados en jenerosos caballos, y cual rayo sin trueno o golpe sin amago, acometieron la caballería española con furor incapaz de retencion, y se la llevaron por delante desordenada sin poder prevalecer contra su ímpetu violento; y en el campamento, adonde se retiró, desordenó la infantería; de suerte que Butapichun desbarató con su osadía los acuerdos de la prudencia. Don Francisco al instante montó a caballo, y con espada en mano, asistido de alguna jente de distincion y otros que se le agregaron, acometió al enemigo implorando al apóstol Santiago, a cuyo efecto era mui necesario su socorro. El gobernador por todas partes discurria, peleando con valor mas que de hombre: no hubo soldado que reconociese compañía, ni alto ni bajo oficial que conociese soldado: todo era horror, estrago y muerte.

El gobernador alentaba a todos, segun a la vista se le ponian, para darles con la exhortativa y ejemplo mas ardor: todos hacian su deber, hasta los criados hicieron singulares esfuerzos; pues cuando falta la esperanza, el mismo temor toma armas de atrevimiento, como dice Vejecio. Duró la accion mas de una hora con tenaz e igual empeño; y reconociendo Butapichun su pérdida y que la noche se aproximaba, se retiró dejando el campo de batalla con doscientos cincuenta hombres muertos, que era la mitad de su tropa, y él mal herido. Su retiro fué con aire de fiereza, ejecutando la marcha a paso sosegado y lleno de despojos, porque no abandonó ninguno, y llegó a su pais. El gobernador no discurrió en seguirle, tanto por la suma fatiga de los caballos, como por exceptuarse mui pocos de heridas y ciento cincuenta muertos, y ademas de que no era acertado compeler al leon a que volviese el rostro. Esta fué la batalla de los Robles, que se dió el dia catorce de mayo de mil seiscientos treinta, de las mas confusas y mejor reñidas que han tenido estos bárbaros con los españoles en Chile.

CAPITULO III.

El gobernador, habiendo hecho bajo concepto del valor de los indios, muda de dictámen con rubor.—Procura se pueblen las haciendas de campo.—Pasa a la ciudad de Santiago, de donde vuelve presuroso sabiendo que Butapichun con poderosas fuerzas venia sobre la plaza de Arauco, adonde pasa el gobernador con las suyas.

A la pericia de Zeuxis la engañó el pincel de Parrasio. Pintó este un dilatado volante, y discurrió el otro que la cortina ocultaba la pintura que no habia. La pericia militar de Don Francisco desestimó la guerra y el valor decantado de los indios de Chile y oia con impaciencia lo opuesto a su dictámen; mas quedó solo el volante y sin subsistencia la pintura que de ellos habia hecho; y con modesto rubor mudó de dictámen con la experiencia de los Robles y la experimentada batalla del maestre-campo Don Alonso de Córdoba, haciéndose mas apreciable la salud que se debió a la enfermedad, que no la que se gozó sin ella. Santiago de Tesillos omitió el narrar hecho tan notorio, como lo fué este en aquel tiempo: seria porque pensó que era en desdoro de su S.^{or}; y siendo la historia un recito verdadero, útil y divertido, para el desengaño de muchos y enseñanza de todos, no se debe omitir lo conducente a este fin. Mucho de esto vió la edad pasada y tambien lo hemos visto en la presente, y despues indecorosas bajezas; y siempre el soberbio, como dice el maestro Medina, es aborrecible de Dios, abominable a los ánjeles y odioso a los hombres.

Don Francisco, desvelado y cuidadoso en los intereses del reino, dió singular ejemplo en solicitar sus adelantamientos. Procuró que el vecindario repoblase sus haciendas de campo, que habian muchas abandonadas y algunos pensaban desamparar el reino, pues se hallaban en suma inopia, y les ofreció el seguro de sus personas y el satisfacerles en dinero sus frutos para el abasto del ejército, y gratuitamente les hizo dar las primeras semillas y el necesario fomento. Con tan ventajoso partido se resolvieron a establecer labranza y crianza, que ántes tenian y otros muchos nuevamente establecian, y terminó la agonía en que Chile estuvo muchos años; y cuando no hubiese hecho otro beneficio al reino, este bastaba para que su memoria quedase laureada de bendiciones; pues, como dice Séneca, las guerras y beneficios son vínculos del corazon.

Y para ahorrar el dispendio de ocho mil vacas que anualmente se hacia para la mantencion del ejército y tropas auxiliares, pobló a Catentoa, siguiendo el buen ejemplo de Alonso de la Rivera, que fué quien lo estableció, como tenemos dicho; y no obstante que la estacion estaba avanzada y no enteramente recuperado de salud, se puso en marcha para la ciudad de Santiago, dejando de lugar teniente de capitan jeneral y correjidor de la Concepcion a D. Alonso de Córdoba y por maestre-campo en Arauco a Don Fernando de Zea, dejando en la frontera mil y trescientos españoles y seiscientos auxiliares; y así que llegó

hizo levantar dos compañías de infantería y una de caballos para reclutar las plazas fronteras. Así circulaba su desvelo saliendo del centro a la circunferencia, de suerte que el alivio de unos cuidados era el alivio (*sic*) pasando a otros, como pondera Plinio de Trajano. A este tiempo le llegó noticia a Santiago, la que dieron dos prisioneros a quienes libró su buena dicha, de como los enemigos juntaban considerable cuerpo de tropas que llegarian a mas de siete mil hombres, para en batalla decisiva acabar con los españoles, persuadidos que cualquiera oposicion era inferior a su poder; por lo que dijo el Crisóstomo, que la soberbia es la mayor locura de cuantas hai. Por ella echó Dios a Adan del paraíso, y quitó a Saul el reino, y a Nabuco convirtió en bestia, y a Butapichun y Queupuantu [dió] un trájico escarmiento o fatal desengaño.

Esta noticia trajo a D. Francisco con celeridad a la Concepcion, de donde pasó a la plaza de Arauco, que era por donde los enemigos querian principiar las operaciones de la campaña. Ordenó al sarjento mayor Juan Fernandez Revolledo, comandante de la plaza de San Felipe, que con tres compañías de caballería y algunas tropas auxiliares pasase a incorporarse con él sin perder instante, porque el tiempo era estrecho; y con todo procedia el gobernador con premeditado acuerdo, pues las ocasiones pasadas eran maestras de las presentes, y así deben ser examinadas, como dice Plinio. Hízose la revista y se halló el gobernador con ochocientos españoles y quinientos auxiliares, y era capellan mayor frai Juan Laso de la Vega, su sobrino, relijioso trinitario. Llegó a este tiempo Catimala, indio de nuestros confederados, con un prisionero mal herido, el cual era uno de cinco que se habian destacado del campo enemigo con el motivo de investigar noticias del gobernador, y llegaron a media legua de la plaza y queriendo llevarse un caballo de la puerta de la casina de Catimala, fueron sentidos y seguidos, de que resultó su prision.

El bárbaro, aunque en fortuna tan abatida, habló al gobernador con fiereza y dijo, que el ejército quedaba acampado a distancia de seis leguas de la plaza y que todos los españoles del reino no eran bastantes a oponérsele; que se componia de siete a ocho mil hombres arreglados y resueltos, comandados por Butapichun y Queupuantu. Bien reprehendida queda la eleccion que el gobernador tuvo, con el dicho de este audaz chileno y con el hecho de venirle a buscar Butapichun al recinto de la plaza, donde sabia estaba con la jente mas florida del reino, no para furtivas correrías, sino a provocarle a campal batalla. Entretanto se volvieron doscientos españoles e indios, habiéndose avistado con la vanguardia de los enemigos. Algunos eran de dictámen que el gobernador no saliese de la plaza al opósito y que en el recinto se esperase ocasion oportuna para acometerlos. El gobernador no aprobó el dictámen como indecoroso, diciendo, que eso seria darles confianza y no terror, manifestando con tal resolucion flaqueza, y que la suya era esperarlos, elijiendo un campo ventajoso de batalla, aunque no ignoraba

que la condicion de la guerra era inícua; pues lo próspero a todos se imputaba, y lo adverso solo a uno, como dice Tácito.

CAPITULO IV.

Batalla de la Albarrada que consiguieron los españoles, con notable pérdida de los indios.

Tan grave cuidado debió al gobernador la aplicacion y desvelo que se requeria; pues siempre los fines de las cosas son dudosas, como dice Ovidio. Dispuso en el resto del dia sus cosas y negocios domésticos y los de su conciencia, y con tan loable ejemplo ejecutaron los altos y bajos oficiales lo mismo, y jeneralmente todos confesáronse con ocho sacerdotes que en el campo habia. Aquella noche se tocó a arma, porque llegaron con lo tenebroso de ella algunas cortas partidas de enemigos hasta la misma plaza: hecho verdaderamente audaz y arrojado. Salió en persona Don Francisco con algunas tropas, y empeñóse tanto que estuvo mui inmediato a ellos con manifiesto peligro de su persona, y no referimos la ocasion excusándola, ántes sí improbándola de poco atenta y aun temeraria a la importancia de su vida: pues no omitieron el sindicársela a Gustavo y al príncipe de Parma al reconocer a Egra y a Caudebec. De allí a dos horas comenzaron los enemigos a incendiar las casinas del contorno, y con tan horrorosas luces se esclareció la noche, cuya inspeccion era pavorosa. Y un poco ántes del dia ordenó el gobernador saliesen y que se pusiesen en marcha las tropas auxiliares con escarapelas blancas para distinguirlas de las enemigas, y de allí se siguió la caballería española y por consiguiente la infantería española, tan expertos y bien armados como pudieron estar las mejores de Flandes, adonde su jefe habia servido veinte y cinco años; y a breve tiempo de marcha, se encontró nuestra vanguardia con la enemiga. Principióse la accion con ella, donde murieron cuatro de los enemigos y se aprisionaron dos, cuyas advertencias que dieron fueron útiles. De nuestros auxiliares quedaron heridos algunos, y como de comun acuerdo unos y otros se retiraron.

Prosiguió el campo la marcha hasta un terreno que pareció conveniente para el campo de batalla, que era una loma baja y prolongada, naturalmente fortalecida por la izquierda y derecha. Iba el sol por el oriente mostrando sus primeras luces, dia trece de enero de mil seiscientos treinta y dos, cuando los dos campos estaban ya a corta distancia. Ordenó el gobernador que los indios auxiliares se desmontasen y con la infantería se tripulasen, para ponerlos en el empeño de morir o vencer. Comandaba la infantería el sarjento mayor Juan Fernandez Revolledo, y la caballería el maestre-campo Don Fernando de Zea, que estaba a su izquierda, y el comisario jeneral Alfonso de Villanueva en la retaguardia, como cuerpo de reserva o tercera línea, jente escojida y de grado. El capellan mayor echó la absolucion a todos, porque la

quietud de la conciencia quita el horror a los peligros. Veníase el enemigo acercando con marcha reposada: eran dos mil infantes y como seis mil caballos, colocados a su derecha e izquierda, bien formados, con picas de a cuarenta palmos, y tan unidos que parecian bosques movibles, todos con morriones de plumas y al compas de sus bélicos instrumentos, con aspecto tan sereno y tan regocijado como que viniesen a sus festines. Várias veces hablamos en nuestra primera edad con un vecino de la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa de distinguido mérito, que se halló en esta batalla.

Butapichun, para mas enardecerlos, les decia que en su valor consistia la libertad de Chile; que no era mucho acabasen lo que sus padres habian principiado asolando las sietes ciudades y quitando la vida a dos gobernadores; que poco ántes los habian vencido en Chillan, Cangrejeras y Quillin y en otras partes, y que en casi cien años no habian prevalecido contra ellos, y era de su deber el sacarlos de su error de que eran invencibles. Ya a este tiempo estaban casi a tiro de cañon, y Queupuantu a voces decia que se acometiese y Butapichun con cólera mas reposada queria o esperaba el que se les desordenase, e hizo pausa en la marcha para recibirlos mejor formados; y diciendo Don Francisco que se le diese gusto a Queupuantu, ordenó al maestre-campo que principiase la accion con la caballería, y al mismo tiempo al sarjento mayor que hiciese la infantería una justa descarga, y ejecutóse todo con singular ardor. Mas en ellos hallaron igual resistencia; de suerte que no solo no pudieron romperlos, mas ni obligarlos a movimiento desordenado, de suerte que retrocedió la caballería con desairados remolinos, como dice Tesillos, y confusion, casi a espalda vuelta, y llegó de esta suerte hasta la retaguardia o tercera línea, sin poderlos contener los oficiales.

Dios cegó a los indios, que si se aprovechan de tan favorable movimiento, consiguen la victoria sin duda alguna. Entretanto la infantería proseguia sin descontinuar el violento fuego y ganando terreno. El gobernador exhortó a la caballería y parece que le redobló el valor de que estaba decaida, y cargaron por segunda [vez] con fiereza y como con rubor por haber cedido: sostuvieron este feroz encuentro, aunque por breve espacio, y comenzaron a ceder desordenados. El jeneral Butapichun se exponia de los primeros y procuraba retenerlos, en cuyo empeño le hirieron gravemente y mataron el caballo, siendo este el motivo de que se pusiesen en precipitada fuga. Queupuantu ejecutaba lo mismo sin suceso, y la infantería, que hasta allí se habia mantenido con buena continencia no obstante el mucho y violento fuego que hacia la española, ejecutó lo mismo con gran confusion y desórden, lo que quizá no sucede si no la abandona la caballería, pues estaba ya para mezclarse y se hubieran inutilizado las armas de fuego. Muchos, asidos de las colas de los caballos, iban a igual carrera con ellos, espectáculo que admiraron los españoles como ni oido ni visto hasta entónces; y siempre será digno de reparo, lo que denota su actividad, pues compulsos

iban al igual de tan veloz movimiento; ¿mas cuándo la necesidad no fué industriosa?

Siguieron nuestras tropas el alcance de los enemigos dos leguas: unos dicen que en él y en el campo de batalla murieron dos mil indios, otros los disminuyen a mil doscientos; y aprisionaron seiscientos: de los españoles solo dos y cuatro de los auxiliares, y de los unos y otros hubo pocos heridos. El despojo de caballos fué mui grande: reputáronse por tres a cuatro mil. Volvieron las tropas a Arauco juntas a celebrar una solemne misa en accion de gracias, con repetidas salvas de artillería. El gobernador diólas a todos humanísimas, y en espléndida mesa comió con sus oficiales. Así como lo ejecutó Enrique IV cuando la victoria de Giuri y Gustavo en la de Lisboa, ambos héroes de aquel siglo.

CAPITULO V.

En prosecucion de la victoria hacen irrupcion nuestras tropas en sus provincias, y notable desobediencia de ellas.—Propóneles el gobernador la paz, y desprécianla.—Envía procurador al Rei y le informa del sistema de Chile y ofrece en dos años finalizar la conquista.—Construyó algunos edificios públicos y mejoró las plazas de la frontera.

Dice Demóstenes, que ninguna cosa se ha de omitir de las que pertenecen al tiempo de la ocasion. No lo desaprovechó Trajano despues de la victoria y sujecion de la Dacia, pues les quitó las armas y los que las fabricaban, y así el pais se hizo desaguerrido. Desaprovechóla España, pues la experiencia hizo ver que la libertad del rei Francisco con los intereses de su canje, no le trajo utilidad alguna, la que quizá hubieran producido otras mas moderadas condiciones: y bien persuadido el gobernador para no despreciar las caricias de la fortuna, notició al virei de la victoria que habia conseguido, y le remitió sesenta prisioneros de los que mas pudieran obstar al reposo público, y le pidió fomento para finar la guerra con la entera sujecion de la nacion; y entretanto que se practicaban otras operaciones en el resto de la campaña, despachó al maestre-campo para que se acampase con cuatrocientos hombres en Negrete, a orillas del gran Biobio, y cubriese los términos de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, Rere y San-Felipe; y Don Francisco salió con mil doscientos españoles y auxiliares para la provincia de Quilacura, adonde se sabia que con algunas tropas se hallaba Butapichun y en el empeño de recrecerlas con reclutas que de diversas partes esperaba para aumentarse, porque no estaba abatido su valor, ministrándole las adversidades luces y los peligros mayor firmeza. ¿De qué alabanzas no es digna tan heroica constancia como la de este jeneral y la de su nacion?

Siguió el gobernador su destino y destacó al sarjento mayor Juan Fernandez Revolledo con la caballería para que se adelantase, y que le esperaria en el campamento de Coipu para reunirse; y en prosecucion de su marcha y de la órden dada, llegó a la ribera del rio de la

Imperial y dejó allí a su subalterno, y destacó la caballería indiana con alguna española para transitar con ella el rio y talar el pais de la otra banda, o como tambien se dijo, para explorarlo o reconocerlo mejor. Esta resolucion tumultuó a los españoles que se quedaban, y con reverentes voces le dijeron, que por utilizarse en los prisioneros los dejaba, sobre que le predijeron algunos ejemplos de su avaricia, no sabemos el dia de hoi si con verdad o sin ella, a lo ménos Tesillos de tal le imputa; y en confuso desórden pasaron el rio sin que los contuviese el precepto o amenaza, y el jeneral cedió obedeciendo. Lo mismo experimentó Cárlos I, rei de la GranBretaña, aquel siglo en la batalla de su infortunio, como dice Gregoleti, que los escoceses solo fueron inspectores de su desgracia sin querer pelear a vista de su ruina, ni obligarlos los humildes ruegos de su soberano, despreciados de su traicion o soberbia. Talaron e incendiaron el pais y se retiraron. Hizo prisioneros y muchos caballos, y a no haber sido la accion tan confusa y expuesta por el gran desórden, hubiera sido mui opulento el despojo.

Es el mando oficio de causar descontentos, porque no bastan los aciertos para suscitar o callar calumnias. Faltaron los soldados a la estricta obediencia que debian, y aunque a su regreso pudo castigarlos, omitiólo, porque con los intempestivos remedios crecen los delitos, como dice Tácito. Mas el gobernador tomando el caso con seriedad, les hizo causa con la mira de castigarlos segun el rigor de las leyes militares; mas no se efectuó ninguno, porque los delincuentes o fueron poderosos o muchos, lo que dificultó los castigos. Pareció conveniente al gobernador solicitar a los caciques con la paz, teniendo lugar en su espíritu guerrero la buena máxima de que ha de tener precision la guerra, como deseo siempre la paz. Mas fué infructuosa su propuesta, pues aunque pocos la admitieron, solo fué por evadir las talas y molestias de la guerra, cuya reservada intencion el tiempo la manifestó.

Don Francisco, por el informe de los mas expertos y por lo que en la guerra habia observado, conoció que el enemigo no se hallaba cuando se buscaba, sino que parecia cuando le convenia; que no hacia reputacion de huir ni pelear, ni pundonor de faltar o cumplir su palabra; ni que habia cosa sagrada que venerarse, ni ménos relijion que le contuviese; que abandonaba su pais y casinas, y aun ellos mismos las incendiaban sin pesadumbre. Y para hacer un ámplio informe al Rei de todo, como del sistema del reino, nombró a Don Francisco Avendaño, regnícola, y se le asignó del situado lo que pareció competente para el costo de las impensas de su viaje; y en el informe que remitió, ofreció al Rei finalizar la guerra en dos años, haciendo enteramente la conquista del reino, dándole las asistencias necesarias, aunque pareció a algunos empresa que pedia mas tiempo, lo que despues verificó la experiencia. Por fin llegó a la corte el procurador de Chile y a breve tiempo salió de ella cruzado de la órden de Santiago y con el gobierno del Tucuman, y a corto tiempo de su ingreso murió, pagando con su corta vida la ingratitud que tuvo con el total olvido de su patria. Quejóse el reino

de su conducta, y en él quedó oscurecida su fama. Esto hallamos escrito en los fragmentos de aquel tiempo, y por eso debe ser temida la pluma que ofende, como agradecida la que alaba. Cornelio Balbo escribió la historia de Pompeyo, quien habiéndola visto, obtuvo de este conquistador la libertad de su patria Mitilene.

No le faltaron a Don Francisco las asistencias del Perú y no terminó la conquista de Chile, como al Rei le ofreció, en el término de dos años; mas no se le observó descaecimiento en el empeño de la guerra. La misma oferta hicieron Alonso de la Rivera y Alonso García Ramon, quien tuvo tantas tropas cual ántes ni despues se vieron en Chile; mas ¿qué cosas no desvanece cada dia la desconfianza, o burla la rudeza? Dice Cassiodoro, que segun la calidad de los deseos, se conocen los ánimos: es cierto que el desinteres del gobernador fué a toda prueba, y el celo de la justicia: procuró que los soldados estuviesen con decencia militar: fué este cuidado de su antecesor, y que la justicia se administrase con prontitud y equidad. Los mas fortines eran de palizada y techos pajizos: puso gran cuidado en que las murallas fuesen de tapia y las casas de teja: fué de su agrado el de Buena Esperanza y en él solia residir, para cuyo efecto construyó una decente y cómoda habitacion; y porque los gobernadores no tenian en la Concepcion casa de morada, dispuso un suficiente fondo para su costo en las vacantes de encomiendas, y finalizóse con tal acierto que permaneció hasta el año de mil setecientos treinta, con el nombre de palacio, al cual arruinó la lamentable inundacion del mar dicho año acaecida. No habia bóveda en que almacenar la pólvora: fabricó una mui cómoda, la que pocos años há que se deshizo para mejorarla en otro sitio. Todo lo circulaba su desvelo; con frecuencia hacia inspeccion de armas, municiones y demas pertrechos, sin desentenderse su cuidado del vestuario de los soldados, y tal vez le llevó su fervor a las fraguas. Con frecuencia visitaba el hospital real, que está a cargo de los relijiosos de San Juan de Dios: no obstante la caritativa y puntual asistencia de estos, quiso que esto pasase por el exámen de su vista, y su clemencia hizo laudable su memoria, como dice Séneca.

CAPITULO VI.

Dase noticia de algunos disgustos que el gobernador tuvo con los oidores.—El maestre de campo don Fernando de Zea sorprende el pais de Ilicura, y pierde la vida Queupuantu peleando con obstinado valor, igualmente que su sucesor.—Ejecuta el gobernador la campaña con felicidad y retírase, observado de poderosas tropas.

Si las eminencias se destinaron a las primeras luces, por su elevacion estan expuestas a los rayos. Entre el gobernador y los oidores hubo públicas desazones que invirtieron, no sin escándalo, la armonía de su buena correspondencia, pues, como dice Aristóteles, la concordia a la amistad pertenece. Ocasionóla el que Don Francisco quiso castigar a algunos vecinos, que por serlo de feudo, tenian obligacion de ir o enviar escuderos a la guerra, y notábase esta falta. Los interesados ocu-

rrieron a la audiencia, que se opuso al dictámen del gobernador, lo que mortificó no poco su jenio pacífico: el éxito hoi se ignora.

El maestre-campo con cuatrocientos hombres y suficiente remonta, en la erizada estacion, salió para Ilicura de Arauco, frontera pertinaz y patria de Queupuantu: ofrecieron los españoles crecidos intereses para su captura, vivo o muerto, imitando en esto a los romanos, que prometieron dar dos mil yugadas de tierras por la de Viriato: tanto fué su recelo o temor que a tan alto precio quisieron asegurarse. Vivia este jeneroso bárbaro con las precauciones que le sujeria su jenio marcial y umbrajoso: su casina tenia cuatro puertas; colocada en medio de un prado circundado de espesos bosques, y de difícil ingreso, tales eran los retornos de la senda. Siempre estaba armado y con centinelas contínuas; mas todas las operaciones las frustró su desgracia. Llegaron los españoles con buena guia a su inmediacion con tres pelotones: los dos quedaron en celada, cuya oportunidad ofrecian los bosques, y el tercero asaltó su habitacion a la primera luz del dia.

Queupuantu tuvo tiempo de ocultarse con sus armas en la espelunca que en un inmediato bosque o monte habia, y habiéndosele juntado cincuenta hombres, salió del bosque a pelear con los españoles con cruel coraje: volvióse al bosque con pérdida de algunos, habiendo durado la accion cuasi media hora. Mas ya reforzado con mas jente salió por segunda [vez], profiriendo baldones e improperios contra los españoles: circundólo la primera y segunda partida, y se principió un fiero combate: exhortaba a los suyos y a voces decia que él era Queupuantu, quien habia muerto muchos españoles, y que moria con deseo de extinguirlos, y que le pesaba no tener muchas vidas para perderlas en el jeneroso empeño de defender su libertad. Loncomilla, hijo de Catimola, acometió entre otros, y rotas las picas, le dió en la cabeza tal golpe de maza que le derribó cuasi muerto, y exhaló el alma por veinte y tres heridas. Mas irritados sus soldados que acobardados, cuasi todos perdieron la vida sin quererse rendir: de los españoles y auxiliares faltaron algunos; mas a un mayor precio hubieran comprado tan feliz accion. Aprisionáronse diez o doce, y se retiraron a incorporarse con los suyos.

¿De qué elojios no es digna la memoria de Queupuantu? dígalo el período de su vida, o si no, el abreviado recito de su muerte, cuyo prudente juicio hará el lector. Juntáronse los ilicuranos y tucapeles a darle honrosa sepultura, segun la costumbre de la nacion, y a elejir otro digno sucesor que prosiguiese la guerra, renaciendo de esta suerte otra hidra mas venenosa que la de Alcides, desengañándose con este hecho muchos que los juzgaban ya aterrados. Elijieron a Loncomilla, capitan experto y valeroso, a que concurrió la razon política de ser pariente de su predecesor, para que la venganza particular se agregase al empeño de la causa pública. El nuevo jeneral providenció el que en un campamento reservado se juntasen algunas tropas para sorprender a los españoles o a los paises de su confederacion, y ordenó se cortase la correspondencia con las provincias de Arauco para que no se entendiese

este designio. Mas no obstante su precavencia, llegó a noticia del maestre-campo Don Francisco de Zea, y no la desestimó y con celeridad destacó cuatrocientos hombres españoles y auxiliares; y habiendo tolerado una borrasca tempestuosa, lo que adormeció las guardias de Loncomilla, llegaron sin ser sentidos a su campamento. No le aterró tan inopinado accidente: principióse la accion, y con obras y palabras alentaba a sus soldados, hasta que perdió la vida. Consternados con su muerte, se retiraron a las fragosidades, habiendo perdido cincuenta hombres y aprisionádose algunos.

Esta accion venturosa y la antecedente consiguió Don Fernando de Zea en la estacion inverniza, cuya noble projenie, a falta de varones, permanece en hembras en la ciudad de la Concepcion. Butapichun, en el mar alterado de su fortuna o desgracia, sosegaba poco o no sosegaba, pues era violenta su quietud: con su jenio insinuante y el predominio que en la nacion tenia, empezó a juntar tropas para la futura campaña. Quiso el gobernador con esta noticia prevenirla y le salió al opósito a su mismo pais por octubre de mil seiscientos treinta y tres: componíanse sus tropas de mil ochocientos hombres españoles y auxiliares, y de Curalevu despachó al sarjento mayor con ochocientos y suficiente remonta para que se internase por el pais enemigo hasta la provincia de Repocura, y que se retirase por Quillin, donde le esperaba. Los indios se ocultaron por el bosque con sus familias y bienes que consigo pudieron llevar, y entregaron lo demas a la voraz llama, y tenian por menor daño el ser incendiarios que no el que lo fuesen los enemigos: ¡amargo consuelo! Acampóse el gobernador en Quillin y allí se incorporó el sarjento mayor con trescientos prisioneros que trajo, mil doscientos caballos y siete mil cabezas de ganado; y algunos caciques interesados enviaron comisarios suplicándole por el buen tratamiento de los prisioneros y que permitiese el canje: ofrecióselo todo como diesen la paz, en que no convinieron, pues a voluntades determinadas infructuosas son propuestas, como dice Ciceron.

De allí pasó Don Francisco a la Imperial, asolando todo por ver si se humillaba su orgullo; mas estaban en el tenaz empeño de gozar mas ántes peligrosa libertad que no segura servidumbre. Butapichun mas cuerdo, retenido en lugares ventajosos, mantenia algunas tropas observando los movimientos del campo español para aprovecharse con ventaja; mas no le ofreció esta dicha su fortuna, pues no la aprovechó con la que le envidó en la batalla de la Albarrada y Arauco; y como dice Demóstenes, que se arrebate luego que se ofrezca, sin diferirlo. El gobernador, cerciorado de que de la otra parte del rio Cauten o la Imperial se hallaba Butapichun con mil quinientos hombres, destacó al maestre-campo con mil para que lo atacase en su campamento; mas llegando a su noticia el designio, le pareció conveniente el retirarse a las asperezas, con cuya noticia el maestre-campo se volvió, y el gobernador ejecutó su regreso, reglando la marcha con toda precaucion, como que los indios venian observándole y dejándose ver desde puestos ven-

tajosos. Catimola, capitan de nuestros auxiliares, se puso en celada y en un desfiladero acometió a nuestra retaguardia, de lo que estaba advertido el gobernador, y como nuestros españoles se fueron retirando para el campo de los indios, todo tan propiamente se finjió que se persuadieron a que eran de los suyos los que peleaban y de pronto enviaron un destacamento en su socorro, y como unos y otros eran indios en nada disconformes, solo se desengañaron cuando fueron acometidos, y pagaron su inadvertencia con veinte que murieron y once prisioneros: y con regulares campamentos llegaron al rio Biobio, adonde ya eran seis mil indios los que en pos del campo español venian.

CAPITULO VII.

Ejecutan los indios una sorpresa con suceso a distancia de una legua de Arauco.—Prosigue la guerra sin que la obste la erizada estacion.—Entra un destacamento al pais enemigo: atráenlo con una finjida retirada con suceso.—Prosiguen en su solicitud.—Espéranlos los indios formados en terreno ventajoso.—Batalla y retirada que duró un dia.—Notable accion por las circunstancias de ella.

Qué prudente no juzgará que tan continuadas acciones decisivas no habian de causar a los indios cobardía, habiendo sido tan fatales; mas su rudeza ejecutó el dictámen de Ciceron, que aconseja el que con dolor no se haga cosa abatida ni temerosa, que tanto es tenido cuanto mas se hace rostro a los infortunios. Todo lo hacia soportable el asunto excelso de su libertad. ¿De qué alabanzas no son dignos espíritus tan sublimes que por su jenerosa condicion parece que fueron delicias de la naturaleza? y no se extrañe el que se repitan aplausos cuando se recrecen acciones ilustres. Güenucalquin vino de órden de Butapichun con un corto destacamento a hostilizar las inmediaciones de la plaza de Arauco: ejecutólo con suceso, llevándose de Carampangue, que está una corta legua de la plaza, algunos indios prisioneros de nuestros aliados y algunos caballos, y se retiró presuroso. Los interesados pidieron licencia para ir a su alcance: concedióla el comandante agregándoles un destacamento de caballería española. Ejecutóse la marcha con celeridad, mas con mayor fué su regreso, pues se pusieron en salvo los nuestros no obstante su vijilancia, sorprendieron a otros y ejecutaron su retiro dejando cuarenta muertos y trayéndose cincuenta prisioneros.

Proseguíase la guerra sin que los contuviese la erizada estacion, porque ya se habia hecho empeño el teson. Practicábase con cuantas prolijidades pide la mas arreglada providencia, y precauciones caben en la desconfianza: esta era sin cuartel contra el derecho de las jentes. Mírese si con justicia declaró el Rei esta guerra de igual mérito a la de Flandes, España e Italia, como despues dirémos: tenia de ventajas la mas horrible, que era en interpolados tiempos ir quitando la vida a los españoles prisioneros. La guerra no era ya de eleccion sino de precision, como dijo Salustio por la de Catilina, pues despreciaban todas las pro-

puestas de paces, pasando a ser agresores y viviendo sin reposo ni sosiego, sino es en contínuo movimiento. El maestre-campo dispuso se hiciese una irrupcion en la provincia de Ilicura, para cuyo efecto destacó seiscientos españoles y auxiliares en prosecucion de su destino: se encontraron en la marcha con sus guardias avanzadas: trabóse un reencuentro, murieron ocho y los demas se retiraron noticiando el ingreso de los españoles; y juzgando que todos se conmoverian, discurrió ejecutar un disimulado retiro para atraerlos con ventaja.

Puso en celada cuatrocientos hombres y con aire de temor por estar descubierto principió su regreso: el suceso correspondió al deseo; pues creyendo los enemigos lo finjido por verdadero, sin advertir la minoracion de las tropas, se vinieron con ciego furor para los españoles. Principióse la accion, y salieron los de la celada y los atacaron por la retaguardia y frente: lo inopinado los conturbó, y aumentó esto la esperanza y valor de los agresores: terminóse la accion a favor de los españoles, murieron ochenta de los enemigos y se aprisionaron doce. Con la noticia aunque confusa que tenian de que setecientos indios estaban en espera de otros, para incorporados acometer a Arauco, se resolvieron a ir en su busca ántes que se recreciesen: tuvieron los enemigos noticias de este designio, y tomado su acuerdo, se resolvió que elijiesen un campo de batalla cuyo terreno les era ventajoso, y que en él esperasen a los españoles: ejecutáronlo así con celeridad; de suerte que los hallaron bien formados y en caballos de lozanía, y el tiempo lluvioso, que inutilizaba el manejo de las armas de fuego.

Seis dias habia que las tropas españolas andaban en contínuo movimiento, lo que las tenia fatigadas; y viendo que no habia mas salud que esperar que en su fervor y esfuerzo, unos a otros se exhortaban con animosa confianza. Con uniforme deseo unos y otros principiaron la batalla: no consternó a los indios la muerte de su comandante, ántes los irritó a la venganza, pues pareció se habia redoblado su esfuerzo. Hombres y caballos caian, porque la contínua lluvia que habia, hacia el terreno resbaladizo; y a la media hora se retiraron los indios de los españoles a corta distancia, con aspecto de volver al combate, y así lo profirieron al tiempo de su separacion: ejecutáronlo dentro de breve espacio, mas sin el suceso que esperaban, que era de romper a los españoles, porque se mantuvieron bien unidos con constancia, mas que de hombres: por fin se retiraron a mayor distancia y resolvieron los españoles ejecutar su regreso. Los indios se vinieron en pos de ellos, y en los terrenos que les parecian ventajosos renovaban la lid: cinco veces lo ejecutaron en el espacio del dia no obstante que la lluvia no descontinuó. Los españoles estaban en estado de que las armas se les caian de las manos y ya a algunos les faltaba el aliento y la voz, penetrados de frio y la ropa vertiendo agua, igualmente que la de los auxiliares: murieron treinta y seis y despues otros mas de las inclemencias padecidas. Cuántas ilustres acciones se ejecutarian que hoi permanecen en el olvido, y cuasi por milagro el valor del maestre-campo salvó la

tropa: de los enemigos murieron ochenta. Esta accion la hemos visto narrada en certificacion del mismo maestre-campo.

CAPITULO VIII.

Propónesele a Butapichun la paz, y la desprecia.—Un destacamento español entra en su pais y retíranse con suceso; notable hecho de dos indios.—Prosigue la guerra con favorables sucesos.—Sujétanse algunos indios, mas con reservada intencion, por cuyo motivo murió un cacique en prisiones.—Previene el gobernador una irrupcion que en nuestros paises querian los indios ejecutar.

De Anfion, hijo de Júpiter y de Antiope, finjió la antigüedad pagana que con la suavidad de la lira aun las rocas le seguian, y que ellas mismas se ordenaron para por sí construirse los muros de Tebas, como dice Horacio; dando bien a entender el poder de su acorde suavidad, pues no solo atraia a los espíritus mas feroces, sino hasta las insensibles peñas: esta suave y pacífica música no atrajo el terrible e indómito espíritu de Butapichun a oir la sonora música de paz, como en esta ocasion se le propuso, y la despreció: ni vencedor ni vencido mudó de dictámen, y la melodía de la guerra era de su agrado, porque solo ella le parecia que lo aseguraba de servidumbre, pues, como dice Metrodoro, es necesaria mas no gustosa. El maestre-campo, aun en la estacion inverniza, destacó quinientos españoles y con suficiente remonta los envió a las mas inmediatas provincias; y aunque estaban sobre aviso, se volvieron al quinto dia con trescientos caballos, cuarenta prisioneros, y cincuenta que murieron: aun dispersos y sorprendidos, se ponian en defensa. Fué notable el caso y digno de memoria que acaeció con dos indios que, dejando el monte donde estaban con toda seguridad, salieron al prado con sus armas, y con palabras de improperio comenzaron a insultar a una partida de cincuenta de los nuestros que corrian aquel terreno: acometiéronlos y murieron ofendiendo y defendiéndose con cruel desesperacion, que, como dice San Agustin, es homicida del alma. ¿Puede contarse mas temeraria osadía, que trascendiendo la humana posibilidad, emprende lo posible solo por morir, sin que aproveche su muerte a ellos, a los suyos, ni a su patria?

Por la frontera de San-Felipe hizo otra irrupcion el sarjento mayor Juan Fernandez con setecientos hombres, ejecutóla con felicidad y se retiró con algun despojo. Vino el gobernador de la ciudad de Santiago a la de la Concepcion, que así circulaba el distrito de su gobernacion, porque su entendimiento de primer órden igualmente se desvelaba en la administracion de la justicia y guerra, y dispuso el que las operaciones de la campaña principiasen por Puren, y así pasó el gran Biobio por Negrete y destacó al sarjento mayor con la mayor parte de la caballería para que talase el pais hasta Pellahuen: hízolo con suceso, entregando a la voracidad de la llama todo lo combustible, que ajitada del aire con la sedienta estacion, todo era horror y confusion; pero no para

aquellos cuya recordacion del padecer hace glorioso el motivo, tolerando con valor por mui necesario (*sic*), como dice Séneca.

Ofrecieron algunos caciques la paz sujetándose al deber de vasallos; mas todo se discurrió ficto, como la experiencia lo manifestó con el cacique Cauquemilla, que fué uno de ellos, el cual murió en arresto porque se le averiguó que con los rebeldes mantenia oculta y criminosa correspondencia. Retiróse el gobernador despues de haber corrido aquellas provincias en contínuas marchas y contramarchas. Los indios venian observando el campo en varios pelotones que se dejaban ver por la retaguardia, izquierda y derecha, y destacó a Juan Vasquez con cuatrocientos hombres para que quedase en celada: ejecutóse la sorpresa con suceso, saliendo a acometer a algunas de sus partidas: aprisionáronse veinte y cuatro y murieron diez. Proseguian en su regreso nuestras tropas, y ya en la inmediacion del rio Biobio la vanguardia se encontró con Curanteu, bandolero famoso o insigne partidario, distinguido por las hostilidades que habia hecho. Principióse la accion, que en breve terminó a nuestro favor: aprisionáronse con él algunos, y otros mas venturosos se evadieron con la fuga del peligro que les amenazaba. Los de su comando eran pocos, porque sus movimientos fuesen acelerados, mas de recomendable valor: a todos los mandó arcabucear el gobernador, y con afectado o verdadero desprecio recibieron el golpe fatal que les quitó la vida, y su muerte quedó en contínuo recuerdo de los suyos, pues la hacia preclara, como dice Séneca, el morir en la patria y por la patria.

Por los cartajineses fué conocido el valor de los saguntinos, y el de Sanson por los filisteos. Fuera ignorado el belicoso jenio de esta nacion si no hubieran resistido la dominacion española en prosecucion de su jenio o de su empeño. I en atencion a que la guerra trae ciertos incidentes fuera de lo esperado, que mudan el teatro o la perspectiva, resolvió Butapichun dejar el seguro receptáculo de las montañas y juntar algunas tropas para operar con ellas. El gobernador tuvo esta noticia y dispuso el prevenir sus designios, para cuyo efecto destacó seiscientos hombres para que fuesen a sorprenderlos, con tan cabales medidas que los hallaron dispersos, motivo que ocasionó el que la defensa fuese débil: aprisionáronse ochenta, murieron treinta y ocho y se retiraron con trescientos caballos.

Butapichun, sagazmente prevenido, pues los ajenos y propios peligros lo habian hecho cauto, quiso ver si lograba algun descuido para mejorar de fortuna entre las desgracias, pues dice Sócrates que la fortuna es como plaza o teatro, y que acaece a veces que los mas dignos estan en peor lugar. Hallábase este jeneral con cuatro mil caballos, y tan válidas fuerzas le habian resuelto a hacer una irrupcion por la frontera de San-Felipe hasta el recinto de sus murallas y sublevar los indios que estaban en las haciendas de los españoles y los de Marintuco, Talcamávida y Santa-Juana, antiguos confederados, pareciéndole esto posible a su poder y celeridad con que lo podia ejecutar: propusiéronle los

suyos otros proyectos ménos expuestos, y entre ellos ejecutar su ingreso por la ceja de la montaña e invadir el territorio de la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa, pues su senda era mas segura por montuosa: cuyo dictámen desaprobó diciéndoles que era mal consejero el temor, que con tan crecidas tropas no se emprendian sino operaciones de mayor entidad, pues con una accion decisiva podria restablecer sus intereses, y que siempre se hacian indignos de las caricias de la fortuna, cuando se menospreciaban las ocasiones que ofrecia, lo que con dolorosa experiencia habia experimentado cuando la batalla de Arauco: mas todo difirió (*sic*) a su dictámen.

Supo el gobernador la resolucion de Butapichun, y como el prevenido vale por muchos, como dice Salustio, sin perder instante salió para la Laja con las tropas que juntar se pudieron, no obstante el quebranto de salud con que estaba, no queriendo fiar negocio de tanta gravedad de otra inspeccion que la suya, teniendo presente la máxima de César, de ejecutar por sí primero que por otro: bien lo manifestó el caso de Aníbal cuando paseó la Italia. Entendiendo Butapichun que era descubierto su designio y que las tropas españolas lo esperaban, mudó de dictámen, discurriendo con acierto que lo que operase seria con mucho riesgo y sin acierto, porque las mas veces se vé que el derecho del mas fuerte y la razon del mas rico es la mejor. Don Francisco, con loable equidad, ordenó que las personas distinguidas en el militar comando no les quitasen a los indios los prisioneros que en la guerra hiciesen, que por una corta compensacion que les daban se quedaban con ellos y despues los vendian como a esclavos a subido precio; asímismo dispuso el que hubiese moderacion en las tabernas, libre permision y comercio de víveres, para que reinase la abundancia: porque miéntras dura el buen órden y equidad, la república florece, como dijo Orfeo.

CAPITULO IX.

Principia el gobernador las operaciones de la campaña con un extraordinario mandato.—Proponen finjidos tratados de paz para evadir el peligro.—Actúase con todo rigor la guerra.—Sale el maestre-campo a forzar las líneas de su campamento, y viendo lo que opera en su marcha, se disipan los indios.

A los grandes varones les da crédito de famosos el verse engolfados en contínuos afanes, y a este propósito dijo Suetonio de Vespasiano, que los príncipes habian de morir en pié y descendiendo a los de menor esfera, pues tanta fatiga y cuidado incumbe a los de mayor. El gobernador ordenó al maestre-campo el que saliese de Arauco con sus tropas y que por las sierras de Santa-Juana y San-Gerónimo fuese a Puren, adonde se incorporaria con las que llevaba de la plaza de San-Felipe, que habian de llegar a un mismo tiempo segun lo estipulado. Vióse en esta campaña lo que no habia sucedido en ninguna, que fué mandar Don Francisco que se les quitase la vida a todos los indios adultos que se hi-

ciesen prisioneros, sin reserva: dícelo así Santiago de Tesillos, que presente se halló, y lo mismo consta en memorias de aquel tiempo. Tanto efecto sin duda provino de grande causa: déjolo al sábio lector que haga juicio del rescripto, que la historia no es apolojía ni acusacion. El maestre de campo en su marcha encontró algunos enemigos: aprisionaron cincuenta y murieron treinta y cuatro, y en la Casa Vieja se incorporaron los dos campos, y su número fué de mil trescientos.

Algunos solicitaron pasaporte para ver si podian conseguir el rescate, solicitándolo entre sus consaguíneos y compatriotas de ambos sexos, pues la ejecucion de quitar la vida a los adultos habia hecho notable disonancia o armonía en su atencion, y traian asociados (porque podia conducir a su asunto) embajadores que venian a solicitar la paz, quienes, habiendo cumplido con el ceremonial de su carácter, se volvieron con la respuesta de que se les esperaria tres dias con la resolucion de lo que se les propuso. Suspendiéronse entretanto todas las hostilidades; mas viéndose por el efecto desvanecida su propuesta, ordenó Don Francisco que con el último rigor se asolase el pais, que por la mayor parte estaba cultivado; y satisfizo un prisionero a la novedad de haberse excedido en la labranza, diciendo: que se esperaba el que se hiciese un opulento congreso, y que este habia sido el motivo para que no faltase la subsistencia. Súpose que el cacique Chicagüala, uno de los que habian venido a proponer los preliminares de paz, era quien los compulsaba a la guerra, mudando mas formas en sus tratos esta inconstante nacion, que finjió la antigüedad pagana en Proteo.

Los españoles, irritados de la mala fe de los indios, se excedian unos a otros en la saña, furor y venganza; y no hai pluma que pueda narrar adonde llegó su ejecucion y deseo: y así quedó hecho una hoguera aquel fértil pais émulo de las delicias del Eden. Sus habitadores, ocultos entre los ramajes mas breñosos, miraban ni risueños ni llorosos tanto diluvio de males, siguiendo el consejo de Lactancio, que dice que con paciencia se ha de llevar todo lo amargo y gravoso. No pudo sin lágrimas Eneas referir el incendio de Troya, y sin ellas ven y experimentan estos bárbaros el de su patria. Mas si parecieron abatidos de la fortuna, no consternados, y con gran presencia de espíritu dispusieron una gran diversion: que ochocientos hombres acometiesen el territorio de la plaza de Arauco, que la suponian sin la competente guarnicion de tropas por las que el maestre de campo habia sacado; y la ejecucion de este proyecto pareció a todos ventajoso, consistiendo en la prontitud y secreto su acierto. Penetraron los españoles este designio, y sin perder instante destacó el gobernador a Felipe Ranguel para que fuese a incorporarse con la guarnicion de aquella plaza y se mantuvieran en la defensiva.

Ejecutóse la marcha con increible celeridad, y habiendo encontrado algunas cortas partidas, aprisionaron doce y murieron siete, y viéndose los enemigos prevenidos, mudaron de consejo. El gobernador se retiró, dejando fúnebres rastros por donde pasó el furor; y sabiendo que en

Tucapel se mantenian tropas, las que se recrecian con reclutas de várias partes con designio de operar en la estacion inverniza, resolvió el que el maestre-campo jeneral con novecientos hombres las fuese a disipar o forzar en sus líneas, queriendo mas ser agresor en sus tierras ántes que ellos pasasen a hacerlo en las nuestras, siguiendo el consejo de Ajesilao, que decia, que se habia de salir a oponerse a los enemigos con audacia y a los súbditos con benevolencia; y en oportunidad de consejo llegaron las tropas a Tirua, cuyo pais estaba desierto, y pasaron a Calcoimo, adonde se hizo considerable daño, y fué uno de los prisioneros el cacique Curimilla, partidario acreditado; y para obsequiar a nuestros auxiliares de la reduccion de San-Cristóbal, les enviaron los indios de nuestras tropas su cabeza, porque los tenia particularmente ofendidos. Algunos habitantes de Paicaví pidieron la paz y escolta para el seguro retiro de sus familias, para cuyo efecto destacó a Felipe Ranguel con trescientos cincuenta hombres: ejecutóse esto a satisfaccion del gobernador, e interesados en su regreso, se pusieron en desesperada defensa cuarenta hombres, de los que murieron y se aprisionaron veinte y tres: las tropas en cuya solicitud iban, viendo estos progresos tan ventajosos, se disiparon, y con esta noticia ejecutó el maestre-campo su regreso para Arauco.

CAPITULO X.

Hace el gobernador ciertas ordenanzas que el rei aprueba, y ordena el que se haga irrupcion por la provincia de Chiloé en la provincia de Ranco y arruinada ciudad de Osorno: ejecútase con suceso.—Hácese una poblacion de españoles con el nombre de San Francisco de la Vega en Angol, la que tuvo poca subsistencia, y los motivos se expresan.

Demócrito creyó que habia solo dos deidades, que eran el premio y el castigo; y esta será en el último dia de los tiempos el suyo del mejor rei. El gobernador, con su entendimiento sublime, cuya alta comprehension fué de admiracion a Chile, dispuso lo uno para los buenos y lo otro para los malos. Quejosos vivian los indios encomenderos de sus señores, y para reglar lo conveniente a tan debida equidad, hizo varios capítulos de ordenanzas que comprendian a españoles e indios, y parecieron tan justos que el Rei los aprobó; y si en el siglo pasado ellos fueron los quejosos, en el presente los persuadieron a que los españoles lo estan: ¡a tanto llega su insolencia y la consideracion piadosa de algunos jueces, la que no tuvieran si su esplendor y subsistencia consistiese en lidiar con indios, como la mayor parte del vecindario del reino! Y para el castigo de tan rebeldes vasallos y abatir el orgullo de tan belicosa nacion, ordenó se hiciese una poderosa diversiva por la provincia de Chiloé, para cuyo efecto elijió a Pedro de Mejorada, quien con las tropas de aquella provincia y Chile, se internó hasta la arruinada ciudad de Osorno, haciéndoles resentir las hostilidades que se actúan en una sangrienta guerra, como que la provocan siendo agresores, sin ofensa propia.

Los sucesos de la guerra se ejecutan por momentos y se narran por eternidades, como dice Salustio, y así deben ir con injenuidad esclarecida. Tres mil indios en infantería y caballería vinieron al opósito del jeneral español, formados en figura de medio círculo, colocada la caballería a la izquierda y derecha de la infantería. Principióse la accion con un fuego violento, que toleraron como tropas acostumbradas a este ejercicio, y permaneciendo constantes se retiraron con ánimo de rehacerse y dar algun aliento a sus tropas y renovar la accion con mas ardor. Así lo ejecutaron por dos veces infructuosamente, hasta que desengañados del valor español, se pusieron en fuga con precipitoso desórden y pérdida de cien hombres, y mui corta de nuestra parte. Retiráronse las tropas a Chile despues de talado el pais, con honor y utilidad por los prisioneros, ganados y caballos que llevaron.

No consternó a Chicaguala esta accion ni a Butapichun, bien como dice Séneca, ni apeteciendo el peligro como temerarios, ni huyendo como tímidos; y discurriendo que los españoles pasarian la futura campaña a operar en sus provincias, resolvieron el abandonarlas para hacer infructuosos sus designios, como quien retira el brazo para darle mayor impulso. Fué acertada su resolucion, pues el maestre-campo y sarjento mayor hicieron poco daño con sus tropas, y habiéndose incorporado en Lumaco, se retiraron sin mas que andar en marchas. Decia Francisco lo mismo que Themístocles en su embajada a los Andrias, que venia acompañado de dos poderosas deidades, que eran la persuasion y la violencia, y que esto era lo que en Chile se debia actuar válidamente; pues los despreciadores de la benignidad, como los indios eran, debian resentir los rigores de la mas grave severidad; y viendo que ya finalizaba su gobierno, y que la palabra empeñada de su sujecion no tendria airoso desempeño en su cumplimiento, lo que harian resonar mui alto sus émulos, pues siempre la envidia nace al pié de lo que florece, resolvió el poblar a Angol para estrecharlos, incomodando sin intermision sus provincias; y para su perpetuidad se discurrió se acimentasen con vecindad formal, y para ello se destacaron seis compañías de las mejores del ejército, cuatro de infantería y dos de caballería, y para eternizar su memoria (que es uno de los anhelos de nuestra mortalidad) le puso por nombre San Francisco de la Vega. Fué conveniente este proyecto, mas tarda su ejecucion, pues se pudo equivocar su oriente con el ocaso, lo que no hubiera acaecido si lo ejecutara a su ingreso; pues raras veces aprueba el sucesor las operaciones del antecesor, lo que no debemos extrañar, pues es comun dolencia de nuestra naturaleza.

Dice el castellano D. Jorje de Ilumbe en su memorial histórico, que no se les dió fomento, pues los destinados para constituir su vecindario eran soldados, y que sus sueldos aun no eran suficientes para su subsistencia; y sin ayuda de costa, no podrian construir casas, ni adelantar, ni cultivar heredades, pues esto requiere caudal sobresaliente; y así se marchitaron tan verdes esperanzas con su despoblacion.

CAPITULO XI.

Los holandeses hostilizan la costa de Chile y ganan la ciudad de Castro: mal éxito de sus armas.—Reflexion que se hace en órden al gobernador don Francisco Laso y a su gobierno.—Sucédele el marques de Baides con máxima opuesta.—Sale del reino y muere en Lima.—Elójiase su memoria.

No viendo los hombres cosa que pueda apetecer su deseo, pasan sin ofender, y así dijo Séneca, que es miserable la fortuna que carece de enemigos. Las naciones europeas, viendo el mucho oro y plata de las Indias, fuera mucho que no ofendiesen. Los holandeses con esta inspeccion alteraron el reposo de la Meridional América; y segun consta de manuscritos de aquel tiempo, llegó un navio a la isla de la Mocha, inmediata a la costa de Chile y casi en derechura del ingreso del rio de la Imperial al mar. Es de moderada extension y de singular fertilidad. Desembarcóse alguna jente en una lancha artillada. Los naturales, que es jente belicosa, tomaron tan bien sus medidas, que los acometieron, terminándose tan a su ventaja la accion, que todos murieron y se apoderaron del bajel y lo entregaron a su capitan, que lo era Francisco Ortiz; y por no interrumpir la narracion, quede dicho que en virtud de real despacho la despobló Don José Garro, siendo gobernador de Chile, y a los indios que la habitaban los acimentaron en la Mocha, cuatro leguas de la Concepcion, donde permanecen mui atenuados; y por recuerdo de su patria aquel pago conserva el nombre de la isla.

Otro navio tomó puerto en Labapié, y a dos que se desembarcaron, los mataron, y se hizo a la vela. En la isla de Chiloé se apoderaron de la ciudad de Castro, su capital, habiendo muerto a Juan Muñoz de Herrera, su jeneral, que desamparado de sus tropas, solo con un soldado que le siguió, los acometió como un César. Glorioso fin, aunque inconsiderado fué el de este ilustre caballero, cuya descendencia permanece en la Concepcion. Estuvieron apoderados de la ciudad algun tiempo, hasta que el jeneral Francisco del Campo los fué a desalojar con ciento cincuenta españoles, con pérdida de doce y de los holandeses treinta, que viéndose bloqueados desampararon la ciudad y la esperanza de subsistir. Del puerto de Valparaiso se retiraron con pérdida y deshonor. Avistóse otro a la Concepcion, y desembarcáronse en la isla de la Quiriquina: apresaron tres españoles, e informados de lo que deseaban saber, siguieron su destino para el Perú, donde los dejaron. Este fatal éxito tuvo en Chile la escuadra holandesa, marchitándose el verdor con que se equipó, pues cerciorados de que las provincias de la América y principalmente las de Chile son faltas de jente española y con enemigos domésticos en el centro de ellas, se figuraron el establecerse.

Dice Santiago de Tesillos en su historia, que no le vinieron a Don Francisco del Perú suficientes reclutas para terminar la guerra, en lo que consistia el desempeño de su palabra: dicha que gozaron otros con infaustos sucesos; y no obstante, el sentir de desinteresados fué

que si proseguia la guerra, el gobernador terminaria su teson con su fatal ruina, pues dice el castellano Ilumbe que estaban estrechados en la cordillera. Mas la inopinada continjencia de los acasos prósperos y adversos, a cuyo poder rindió cultos la antigüedad pagana, siendo en los cristianos divina providencia esta que parece vária casualidad, que oculta la voluntad de Dios, dispuso el que Don Francisco Laso terminase su gobierno y que en él le sucediese Don Francisco Lopez de Zúñiga, marques de Baides, conde de Pedroso y señor de las nueve villas del estado de Tobar, con máximas mui opuestas a las de su antecesor, que le pareció necesario y preciso el buscar la paz con la guerra, como decia el emperador Conrado. Mas al marques le pareció el buscarla sin ella, no obstante que veinte y ocho años ántes se vió tan despreciado lo que practicó el padre Luis de Valdivia, como dejamos dicho, lo que hace este y otros hechos dignos de reflexion; pues en las acciones sucedidas se aprenden las amenazadas, como dice Séneca.

No es ménos digno de admiracion el que cerca de diez años, que fueron los del gobierno de Don Francisco, duró una sangrienta guerra con los rebeldes chilenos, con tan continuada serie de felicidades que pudiera admirar la misma inconstancia, y no obstante no se sujetan, estimulándole al Rei su empeño con el recuerdo que le hace en varios reales despachos de esta oferta, como tenemos visto. Pause aquí la pluma, no parezca interesada, y quede al juicio del prudente lector el que puede hacer de estos hechos; y proseguirémos con Don Francisco Laso hasta su sepulcro. Atendióle el marques en el desempeño de su residencia, procurando su despacho sin transgresiones de la justicia ni formalidades consuetas: las demandas o quejas fueron casi ningunas, pues su justicia o desinteres fué a toda prueba, y finalizada, dispuso su egreso del reino. Díjose de su persona en Chile lo que del duque de Alba en Flandes, que no habia de haber ido o no lo habian de haber quitado, porque ninguno de los que precedieron ni despues subsiguieron tuvo mas talentos ni actividad para la guerra que los que notaron en su persona: bien lo manifiestan sus hechos, como dejamos en esta historia notados; y con realidad, ya los indios estaban en mucha estrechez, viviendo como fieras en los bosques, incómodos, y por sí descaecida su constancia.

Embarcóse y llegó a la ciudad de los Reyes, capital de la ciudad (*sic*) o América Meridional, adonde le acometió un tal accidente que hizo inútiles los remedios, y así murió con notable sentimiento del virei y de las personas de mayor distincion, de quienes habia sido con aplauso cortejado. Esta desgracia obstó a los intereses del reino, que si llega a la corte se hubiera hecho mucho aprecio de su informe.

CAPITULO XII.

El gobernador hace revista de los soldados milicianos del reino.—Envíanle embajadores los indios y hácenle una fiera propuesta: reflexion que de ella se hace.—Motivos que el marques tendria para solicitar la paz.—Gana a Chiloé una escuadra holandesa: muere allí el jeneral.—Pasa su subalterno a poblar a Valdivia: acaecimientos que le suceden hasta que la abandona.

La paciencia es como el pez: mudo sufre las espinas de los trabajos, y sus escamas son escudos para los golpes de la fortuna: defínela Platon diciendo, que es un sufrimiento de males con honestidad o hábito de sufrirlos hasta el fin. Y en la terquedad de tan repetidas congojas que padecia esta nacion, solo se veia un crepúsculo entre el temor y padecer, que era esperar en su constancia, la que tuvo dichoso fin, como verémos. Próvido el marques mandó se revistasen las tropas pagadas, y se hallaron mil setecientos cuarenta hombres, tan arreglados como los mejores de Flandes, lo que notó por haber allí servido; asímismo ordenó se alistase la jente miliciana del reino con mas exactitud de la que hasta entónces se habia observado, para que ocurriesen a servir a los lugares de su destino. Los indios, cuya barbaridad no pierde de vista la política, unos enviaron embajadores, otros caciques vinieron en persona a congratularle por su feliz ingreso al gobierno, y notóse el que hablaron con aprecio y estimacion de Don Francisco Laso: ¡laudable reportacion o afectada bondad! no hiciera mas la política que lo que ejecuta su rudeza: y de allí pasaron a insinuarle que apetecian la paz, mas que no desaprobaban la guerra para eximirla (*sic*): operacion de la libertad, que fué ofrecerle al marques la paz o la guerra. Ejecutólo así Hortensio en la embajada que del romano senado llevó a Cartago cuando la destruccion de Sagunto, su infeliz aliada: mas el gobernador con reportacion les respondió en tono superior a su propuesta; y obsequiados, segun la costumbre, con algunas bagatelas de su aprecio, se volvieron a su pais.

Haga paréntesis la pluma, pues parece toma el oficio de la fantasía. Esta nacion gozaba de una libertad cadente, y no la aterraron las formidables armas españolas, que mudaron el aspecto o faz del nuevo orbe, cuyo terreno es de mayor extension que el antiguo; mas hai cosas que las hace nuevas el olvido o el silencio. Las razones que compulsaron al marques a solicitar la paz con empeño, permanecen ocultas a nuestra noticia; mas no obstante, procurarémos investigarlas. Hallábase por este tiempo, que fué el año de mil seiscientos cuarenta y uno, congojada la quietud de España con la sublevacion de Cataluña y Portugal, de cuyo vasto dominio solo quedó sujeta al español la plaza de Ceuta; recrecian terribles convulsiones al cuerpo de esta monarquía: la guerra de Alemania y Francia, potencia dominante, y que ponia en práctica el cardenal Mazarino los resortes de su mas fina política para tener la gloria de que en su ministerio decayese la casa de Austria de su poder y esplendor

en España y Alemania, siguiendo en la ejecucion de este designio las máximas del cardenal de Richelieu.

La Holanda, desconocida por estar de fortuna mejorada, pasó a hostilizar las Indias Occidentales, cual otro Aster contra Filipo, padre de Alejandro, que blasonó en la saeta con que le hirió un ojo, que le enviaba aquel tiro mortal, como dice Plutarco: y en realidad hubiera sido, si el ventajoso proyecto de apoderarse de algun puerto en la costa de Chile hubiera tenido efecto; mas como lisonjera empresa de Faeton, cayó, no en el Erídano, sino en el mar Icario. Y en tan crecidas impensas como las que se le ofrecian al real erario, sin duda receló el que le faltarian las asistencias, y a lo que juzgamos, estos y otros serian los motivos: y no pretendemos denigrar su conducta, sino narrar con injenuidad los hechos que constan de instrumentos de aquel tiempo, ántes sí vive mi gratitud reconocida por los beneficios que hizo a mis projenitores, nombrando a mi abuelo segunda vez por maestre-campo del reino, y a Fernando de Mier, mi bisabuelo, por correjidor y teniente de capitan jeneral de la ciudad de la Concepcion.

La nacion mas política no procediera en razon a sus intereses con mas precauciones que los indios; y para penetrar el ánimo del gobernador finjieron desercion algunos, otros solicitando en el canje de prisioneros, en las conferencias proponiendo como casuales algunos preliminares de paz para ver si se admitian; y trasluciéndoseles el designio del marques, se mantuvieron en la inaccion y como de comun acuerdo en suspension de armas. El capitan Miguel de Ibancos era intérprete del idioma indiano, oficio que siempre ha habido y de presente le hai, persona jeneralmente bien amada de ellos y de elocuencia insinuante; y las repetidas conclusiones que con los caciques tuvo, coadyuvaron mucho a la efectuacion de paces a que el marques estaba inclinado, como dejamos dicho: habló con elegancia Carneades al senado romano por su patria Atenas, y Marco Caton les advirtió que no se dejasen llevar de su elocuencia: esta libró a Ricardo de la prision en que le tenia Enrique, emperador: y entretanto que se prosigue en perfeccionar este tratado de paz, pasarémos a narrar otros acaecimientos dignos de la persona.

El año de mil seiscientos cuarenta y dos o cuarenta y tres, segun algunos, salió una escuadra de Pernambuco despachada del príncipe de Orange, su principal Enrique Brun y otros oficiales de tanta confianza, con órden de poblar a Valdivia: ocultóse esto hasta que se abrió pliego en Chiloé, adonde se ordenaba lo referido, asegurándoles el conde de Nassau que luego que se les enviase noticia de su poblacion, vendria en una competente escuadra con cinco mil hombres a sostenerlos. Los tímidos y circunspectos a vista de tanta promesa quedaron enardecidos, y no coadyuvó poco el verse señores de la isla; no obstante, en una sorpresa les hicieron ocho prisioneros, accion que irritó al jeneral holandes: hizo quemar un navio cargado y quitar la vida a algunos insulares, profanó lo sagrado y allí murió, cuyo fatal accidente fué principio de

nuestra desgracia, pues el segundo comandante no tenia los espíritus y actividad que el primero; y recojidos los bastimentos que les fué posible, se vinieron a Valdivia.

Traian un grande aparato de armas y municiones, artillería mucha de fierro y bronce, y bastante copia de oficiales de mecánica, y hasta cal y ladrillo; y la urca de su transporte naufragó. Dióseles órdenes de construir tres fortalezas, para cuya direccion venian dos injenieros de crédito: tan altas miras tenian sus vastos designios, a no haberlos Dios confundido sin el disparo de un fusil: manifestábanle los indios al jeneral vituallas, cuya congratulacion solicitaba con eficacia: principió tal cual a desertar, y esto les hizo abandonar la antigua poblacion de Valdivia y acamparse en la isla de Constantino: recrecia la inopia de bastimentos, y los que conseguian de los indios no eran suficientes; y tomado el comandante su acuerdo, no sin contradicion de algunos oficiales de honor, deliberó abandonarla a los tres meses de su establecimiento. La noticia del arribo de esta escuadra holandesa a la isla de Chiloé, la trajo a la Concepcion un relijioso de la Compañía de Jesus, el padre Domingo Lázaro, que con jenerosa resolucion expuso su vida, principiada la estacion inverniza, y con no ménos peligro pasó para Lima en compañía del maestre-campo Alfonso de Villanueva, con la de estar los holandeses ya en Valdivia.

Un gran poder es arma peligrosa en las manos de quien de él abusa, y agradable cuando se ejerce con equidad y justicia. De esta suerte gobernaba la Meridional América Don Francisco de Toledo y Leiva, marques de Mansera, cuya atencion era de Argos, no como el fabuloso sujeto a las astucias de Mercurio, como creyó la antigüedad pagana, mas no dormido a las holandesas asechanzas; y luego que la noticia tuvo, mandó equipar diez navios y nombró a Don Antonio de Toledo, su primojénito, para irlos a desalojar de la plaza de Valdivia y poblar aquella arruinada colonia de españoles, quitando a los enemigos de la corona de España el objeto de su apetencia; y para cerciorarse de las voces que corrian de su abandono, envió el marques de Baides a Juan de Acevedo con veinte hombres en un barco lijero, quien volvió con la noticia de su despoblacion, la que pasó al virei.

Apresuráronse los preparamentos para la nueva poblacion y habitacion de la escuadra, cuyo fué el de setecientos mil ducados, como dice el castellano D. Jorje de Ilumbe en el citado memorial histórico que al Rei presentó el siglo pasado, o bien fuese su costo de mas de novecientos mil pesos peruanos, como quieren otros, que a eso equivalen. Vinieron en su compañía muchas personas de distinguido mérito y sobresaliente calidad, y con celeridad increible trabajó y dejó aquella colonia con competente guarnicion y en estado de una regular defensa, y se volvió para el Perú, quedando de gobernador el maestre-campo Alfonso de Villanueva, persona de relevante mérito y calidad, y murió a los pocos meses de su gobierno. Permanece su descendencia en la ciudad de la Concepcion, no con las conveniencias de que eran dignos

por tan ilustre projenitor: y este ilustre establecimiento fué año de mil seiscientos cuarenta y cuatro, lo que dicho quede por desembarazarnos de este ramo de historia. Débele al marques de Mansera la América Meridional un beneficio, cuya gratitud debe quedar en la memoria de quienes lo reciben, como dice Marcial.

Platon llamó a la justicia la tutela de las ciudades, la que da maravilloso esmalte al gobierno, dejando al que es amante a ella memoria a la posteridad laureada de bendiciones. Tal la dejó el marques de Baides, dando notable ejemplo y a su imitacion sus subalternos, y por consiguiente en el premio de los beneméritos y en el castigo de los malos, que son los polos de la humana vida, cuya alabanza no negaron los descontentos de su gobierno, en quienes no cupo adulacion: pasó a nombrar por jeneral del reino a Don Alonso de Córdoba por segunda vez, quien lo habia sido todo el gobierno de Don Luis Fernandez de Córdoba, y procedió en la frontera arreglado a las instrucciones que le dió, que todas propendian a efectuar las paces; y con el motivo del canje de algunos prisioneros reclamados por ellos, se repitieron las conferencias, pues el deseo de que se volviesen a su pais era tal que por este motivo reservó su fiereza la vida a tal cual español. Permanecian en inhumana servidumbre muchas personas, las mas del femíneo sexo, en edad adulta unas aprisionadas, y otras en su infancia, cuando el lamentable estrago de las arruinadas ciudades, y de unas y otras bastardas projenies, que el dia de hoi recuerdan con dolor la memoria de su desgracia.

El marques de Baides, con piadoso y caritativo celo que excedió con ventaja a sus predecesores, procuró extraerlas, mostrándose compasivo y liberal en el dispendio de su caudal: iguales acciones tienen de heroico lo que de difícil. Es desaire de la historia no finalizar la narracion que se principia: terminarémos con la de Butapichun diciendo lo que de sus operaciones falta hasta su ocaso. Consiguió su valor y constancia el que quedase su nacion con apariencias de vasallos y realidades de independientes, y podemos decir en honor suyo que, cual sabio piloto, gobernó la nao de su libertad al traves de tan crespa borrasca, como fué una guerra de veinte y ocho años, hasta conducirla a un pacífico y dichoso puerto, superando los obstáculos de la potencia española. Dícese que volvió al lugar de su natalicio, que era Tomeco, hacienda de su antiguo señor Diego de Trujillo, donde fué atendido con decentes urbanidades, y allí terminó el período de sus dias, y permanece un cúmulo de tierra, elevado en un plano, que segun tradicion allí fué su sepulcro. Conocemos su descendencia en las provincias de Bureo y Renaico, mas no heredaron la indocilidad de su abuelo.

CAPITULO XIII.

Acámpase el gobernador en la arruinada ciudad de la Imperial con las tropas españolas y ejecuta algunas acciones de ejemplo y piedad: conclúyese el tratado de paz, poco ventajosa e improbada de muchos.—Accidente notable acaecido.—Termina el marques su gobierno y a su regreso a España muere.—Sucédele don Martin de Mujica.

El emperador Claudio, en el perdon que concedió a Mitridates, mandó expresar de que merecia castigo para el escarmiento, y que le sobraban fuerzas al imperio para ejecutarlo, para que se aprecie lo que se concede a vista de lo que se olvida. Así el marques, ya que no les dió el castigo que merecian, les concedió lo que deseaban; quiso ponerles a la vista su poder, del que no usaba el que podia, para el escarmiento; y con dos mil hombres se acampó en la Imperial a ejecutar la conclusion de la paz, porque los tratados estaban adelantados. Juntáronse al congreso como seis mil indios. La medicina es árbitra entre la vida y la muerte: este aparato se preparaba para aplicárselo a Chile en su dolencia. El no aplaudir nada tiene visos de melancólica envidia, como el sublimarlo todo de humilde necedad; y siguiendo las reglas de una histórica equidad decimos, que fué laudable la accion piadosa del gobernador, pues mandó se celebrase en la arruinada catedral que fué esposa de dos obispos, un solemne aniversario: halláronse presentes algunas personas de ancianidad que en mas lisonjero tiempo constituyeron su libertad, y porque el obsequio de la fortuna es peligroso, respondió a quien le preguntaba Esopo: ¿qué hacia Júpiter en el cielo? y dijo: abate lo ensalzado y sublima lo abatido. Investigóse el lugar del sepulcro del ilustrísimo Don Agustin de Cisneros, su obispo, y trasladáronse a la catedral: hecho piadoso del gobernador, quien quiso informarse de los edificios sacros y profanos que manifestaban sus ruinas, lo que renovaria las lágrimas, pues como dice Demóstenes, no hai de que el hombre tenga mas abundancia que de congojas en el corazon, quejas en la lengua y lágrimas en los ojos.

Hiciéronse los tratados de la paz: refiérelos el maestre-campo Don Francisco Bascuñan, que fueron los siguientes: que no habian de ser encomendados ni tener mas señor que al Rei para servirle de soldados en la guerra, y que en esto solo los habian de ocupar=que no habian de pagar tributo, ni un grano de maiz, ni otra legumbre alguna=que no los habian de reducir a pueblo de ranchería ni estacada=que los indios poblados y que estaban en doctrina usasen, si quisiesen, de su libertad y se pudiesen ir del lugar de su habitacion. Así los refiere el citado autor, que presente se halló y fué uno de los muchos que las improbaron: y consiguieron los indios en sus deserciones las inmunidades que los fieles Thascaltecas, que solo pagan una mazorca de maiz, y que se fuesen al barbarismo los que estaban en cristiandad y vida política establecidos. Ejecutóse esto año de mil seiscientos cuarenta y uno:

notició de ello al Rei y pidió se le remitiesen mil hombres para hacer poblaciones estables; mas la experiencia de ciento diez años que há que se efectuaron, acreditó lo contrario de falible y cuan acertado fué el dictámen de Julio (*sic*) Ciceron, de que si querian la paz, se habia de proseguir la guerra, y que si la omitian nunca la gozarian.

El padre Alonso de Ovalle en su historia hace mencion de una espantosa vision que se tuvo en las ondas de Allipen, a la que precedieron truenos y el derrumbe de un fogoso volcan, y que teniéndolo los indios por preludio fatal, propendió su ánimo a la paz. El caso fué infalible, mas este fenómeno no fué adverso incidente, pues quedaron en tan ventajosa positura. Otros augures con mejor vaticinio predijeron felicidades, porque notaron muchas águilas en la Imperial; una anunció a Júpiter la victoria con los Titanes, y dos sobre el palacio de Filipo al nacer Alejandro, le vaticinaron los dos imperios, y siempre fué asunto grande a las naciones esta jenerosa ave para discurrir felicidades. Dice San Agustin, que la misericordia es afecto piadoso para compadecerse del prójimo y hacerle bien. Desde su ingreso al reino se le notó al marques esta propension, principalmente para extraer las personas españolas de la servidumbre de los indios. Con las paces ejecutó este su piadoso deseo, y así salieron muchas y entre ellas muchas de calidad, de mayor y menor edad, principalmente del femenil sexo, para cuyo efecto dió cantidades de su caudal.

Accion es esta que será admirada de muchos e imitada de pocos: es jeroglífico de la alabanza una llama ajitada de los vientos; estos no la han extinguido en Chile, donde reluce al cabo de un siglo el esplendor de su largueza en el ejercicio de esta y otras acciones de justicia y piedad. Terminó su gobierno, y vino de sucesor el maestre-campo Don Martin de Mujica, del órden de Santiago, persona de reconocido mérito y calidad que le miró con las atenciones dignas de su nacimiento; y finalizada su residencia, salió del reino para la ciudad de los Reyes, de donde pasó a España con su familia, y a vista de Cádiz, la escuadra que llevaba se vió apresada de una inglesa, e incendiado el navio, pereció con la marquesa su esposa, que le trajo el mas ventajoso dote que en aquel tiempo se vió en Indias. Sus hijos pasaron prisioneros a Lóndres, y restituidos a España, el Don José de Zúñiga se entró relijioso de la Compañía con el destino de pasar a Chile, adonde con loable celo se ocupó en el empleo de misionero con apostólico fervor. Fué provincial y murió pocos años há en la ciudad de la Concepcion, lugar de su natalicio, de mui avanzada edad: su inculpable vida dió mérito para que le llamasen el ánjel de la provincia.

¡Oh inconstancia de lo humano! ¿Por qué rodeos va la vida a parar en una desastrada muerte, cual fué la del marques y su consorte? pasó mui adinerado y en el puerto experimentó el peligro; y bien nos lo advierte San Pablo, de que los hai en los rios, en los ladrones, en las ciudades, en el mar, en la soledad y en los simulados hermanos. Año de mil seiscientos cuarenta y seis principió el gobierno de Don Martin:

vinieron los caciques luego a cumplimentarle y explorar su designio, porque los tenia algo desasosegados la fama de su valor y militar experiencia. El gobernador los recibió afable y apacible, lo que lisonjea y cautiva, como dice Salomon; no como otros que faltaron a este oficioso deber, siendo el gasto de ménos costo, pues no basta lo que por sí ofenden las dichas, sin que irriten las soberbias. Don Martin les respondió que se hallaba en ánimo de observar la paz establecida, y les hizo comprender los beneficios que de ella disfrutaban, para que entendiesen que no ignoraba lo que sin ella perdian; y para tratar el asunto con mas extension, se propuso un parlamento o congreso y quedó aplazado.

CAPITULO XIV.

Principia su gobierno don Martin de Mujica.—Prosiguen las paces establecidas.—Arbitrio que propone para gratificar beneméritos.—Muerte acelerada del gobernador, y pasa a sucederle don Alonso de Córdoba y Figueroa.

Son los aduladores hombres de desesperada salud, para cuyo remedio no bastan los vulgares, sino los extraordinarios. Estos investigaban el ánimo del gobernador para aplaudirle el designio, discurriendo todos que fuese el de la guerra, como criado en ella desde su infancia. Mas su naturaleza era como la pondera Eliano de Alcides, de acostumbrarse con facilidad a lo contrario y diverso. Así se acomodó al aspecto de paz en que al reino halló, y habiendo visto las plazas fronteras, paró en la de San-Felipe, adonde se habia de tener el congreso aplazado, para cuyo efecto hubo gran concurrencia de caciques, y finalizado, se retiraron a su pais satisfechos de la sincera intencion de Don Martin; y luego se puso en marcha para la ciudad de Santiago. Entre los arbitrios que al Rei propuso, fué el que se gratificasen algunas personas de calidad y mérito con algunos hábitos militares, como de septenio en septenio, pues era de razon que supiesen los que tan distantes servian, que habia recuerdo para su mérito, y que seria recompensa mui de la satisfaccion de quienes la recibian. Al juicio de prudentes, pareció el arbitrio acertado y no gravoso al erario, mas no tuvo efecto e ignoramos el motivo; y que pues el hacer beneficios es imitar a Dios, a que nuestros reyes fueron propensos, debió de ser desgracia de Chile, pues no tuvo efecto este tan de justicia.

Siempre se manifestó el gobernador en consejos abundante y en ejecuciones pronto para beneficio del reino, haciendo lo que pudo y no lo que quiso, manifestándose bien lo que dijo Aristóteles, que cual uno es, tal piensa, habla y opera; y entendiendo en el cumplimiento de su obligacion, le cortó la muerte acelerada en la Concepcion, año de mil seiscientos cuarenta y nueve por el mes de mayo. Su accidente fué mal explicado de los médicos, que se declaran tarde con los hombres de eminente calidad y representacion: jeneralmente se presumió que se la abreviaron algunas personas de su familia sindicadas de haber hecho ciertas

mercedes en la provincia de Chiloé con supuestos despachos, cuya averiguacion sijilosa protestó el gobernador hacer para el castigo; y para su seguridad ejecutaron su muerte. Estos hechos son de difícil probanza, y la solidez de la verdad suele quedar entre confusiones o conjeturas. No se halló pariente o fiel amigo suyo en el reino que en la averiguacion de este hecho se interesase; mas no es mucho, que en la de Alejandro ejecutada por Casandro, Arideo su hermano ni sus capitanes poco se empeñaron en esta satisfaccion: y si el caso acaecido con el gobernador fué cierto, quedó impune tan enorme delito, y si falso, no debe dárseles castigo a los que no cometieron culpa, como dicen los consultos. Quitáronle la vida al duque de Enghien derribándole un cofre de alto abajo, como dice Mezeray, y pondera que la satisfaccion que de hecho tan enorme la justicia tomara en la muerte de un particular, no la tomó en la de un tan gran príncipe, y que hasta en esto fué su condicion deplorable, por la alta esfera de las personas a quienes se les atribuyó el hecho.

Siempre Don Martin tuvo presente el público desinteres desacordando el propio, en que dió grande ejemplo su espíritu marcial. Estuvo violentamente reprimido con la paz, la que comprendió seria poco estable, como en realidad lo fué. Hizo un alto concepto de Fernando de Mier: nombrólo correjidor de la ciudad de la Concepcion y maestrecampo jeneral del reino, valiéndose de su sobresaliente capacidad para su direccion en lo militar y político, que, como dice Salomon, el consejero ha de ser uno de mil. Corriera algo la pluma en su elojio a no ser su nieto, pues aun siendo lícito pareciera que me excedia interesado. Singulares fueron las máximas de Don Francisco Laso para prever los peligros, ni mayor prudencia se vió que la suya para cuidarlos. Conoció por los acaecimientos pasados las resultas presentes y futuras, y siendo ya los límites de la vida mas cortos, como dice Lano Laglei, informó al Rei sobre que hubiese pliego de providencia en la real audiencia de Chile, para que en caso de morir el actual gobernador del reino, se abriese, y entrase a serlo el nominado y ejerciese los cargos de presidente, gobernador y capitan jeneral de Chile. Pareció al Rei conveniente el arbitrio, y se mandó a los vireyes del Perú, como consta de real despacho, que informados de las personas de mayor mérito, calidad y experiencia, pasasen a nominar futuro sucesor de los que actualmente gobernasen; en cuyo obedecimiento el virei del Perú, que lo era Don Francisco de Toledo, marques de Mansera, precediendo el exacto informe de personas que de real cédula prevenia, nombró a Don Alonso de Córdoba y Figueroa, mi abuelo, quien habia servido al Rei cuarenta y siete años, habiendo ocupado los oficios políticos y militares del ejército y reino: y principió su gobierno por mayo de mil seiscientos cuarenta y nueve años.

CAPITULO XV.

Prosigue el gobierno de don Alonso de Córdoba —Ejecuta várias cosas en órden a la paz, adelantamiento de las plazas y preparamiento de armas, y un jeneral informe que al rei hace.—Viénele de sucesor el maestre-campo don Antonio de Acuña.

Es verdadera sabiduría doblar el ánimo a lo forzoso, como dice Terencio, y prudencia vestir el ajeno semblante; y así dijo sabiamente Homero, que Dios no da a uno todas las cosas y que enriquece a estos de aquellos dones y a aquellos de estos. El gobernador con asenso forzoso, aunque con visos de voluntario, dió a entender a los caciques que venian a cumplimentarle y a hablarle en órden a la prosecucion de la paz establecida, la sincera intencion en que se hallaba de perseguirla, lo que los complació y sacó de recelos: pues no ignoraban que la habia desaprobado al tiempo de su ejecucion. El gobernador respondió a los oidores de la audiencia real de Santiago, todos ministros de conocida probidad, y salió a ver las plazas fronteras, adonde ordenó que se adelantasen las fábricas en unas y en otras que se reparasen. Hízose un congreso en la inmediacion de la plaza de Nacimiento, adonde concurrieron tantos indios, cuantos no se vió igual número años ántes ni despues. Unos hacian resminicencia al gobernador de su antigua correspondencia, otros de haber militado a su comando, y tal cual de la cognacion espiritual de compadres y ahijados; y si esto acaeció en los indios, bien se infiere qué seria en los españoles. Disolvióse el congreso a satisfaccion de ellos, volviéndose a su pais bien congratulados, dándoles con agrado y presteza, lo que hace plausible el don, como dice Salustio.

Es laudable la memoria de los que hallándose en superior jerarquía, no se olvidan de aquellos que en la inferior fueron conocidos, amigos o asociados: aun algunos que ejecutan este villano olvido, lo calumnian. Quién pensará que el copero de Faraon, a quien José predijo su alta dicha, cometiese tal olvido por él mismo improbado? Fué notado el gobernador con este recuerdo: asistió en persona al pagamento y no se dispensó de ver los armeros en sus fraguas. A imitacion de Don Francisco Laso, hizo un informe al Rei del sistema del reino y de las personas de mas distincion que le habian servido, cuyos fragmentos hoi permanecen; pues el mérito no premiado, es palestra de inquietud. Procuró no hubiesen descontentos, porque nunca es agradecido el que queda quejoso. Hizo muchas mercedes de tierras por gratificacion de servicios; mas no a los de su familia, estando escasos de bienes de fortuna. Así jiró el término de su gobierno, que fué un año, y hubiera proseguido a no estar ya provisto el maestre-campo Don Antonio de Acuña y Cabrera, de la órden de Santiago, sobrino de Don Fernando de Fonseca Rui de Contreras, marques de la Pilla, que tanto figuró en la corte de Felipe IV. Mas el Rei aprobó su nombramiento, como hoi se vé por real despacho en el cuaderno de cédulas, en el oficio de la

veeduría jeneral; y despues pasó a nombrarle por presidente de Santa Fe, que le halló muerto en la ciudad de la Concepcion, donde quedó establecida su familia.

Llegó al reino el gobernador por junio del año de mil seiscientos cincuenta, con su esposa Doña Juana de Salazar y Paravicina, y Doña Antonia, Don Juan y Don José, sus hermanos: a este luego nombró por sarjento mayor y al otro por maestre-campo jeneral. A tanto colmo de fortuna o verdor de esperanzas no correspondió igual acierto en empresas, y así dijo Aristóteles, que cuanto mayor es ménos segura: y pasados los regocijos de su recepcion, fué a visitar las plazas fronteras y entregar a sus cuñados el gobierno de ellas, y aunque su calidad los hacia acreedores de los oficios políticos, mas no de los dos militares del ejército, segun se notó entónces y lo manifestó despues a los incrédulos: por eso los romanos llevaban al senado sus hijos aun en tiernos años, como dice Macrovio; pues de la experiencia el tiempo largo es maestro, y sin ella, fiarles tanto gobierno a su ingreso, no podia ser sin riesgo de algun desacierto, y mas cuando todo propendia al interes. No pretendamos improbar su gobierno, pues no somos veneradores de Luco, como dice Senovio, siempre armados contra el honor ajeno, sino que narrarémos los hechos segun que nos los hacen comprender las memorias de aquel tiempo, y esclarecidos con el recito de tal cual que los vió y entendió, de que nos informamos. Notarémos los accidentes de ambas fortunas, agradable alimento de la memoria y deseo, para que a los hombres los hagan cautos los ajenos peligros, pues son dolorosos los propios, como dice Pinciano.

CAPITULO XVI.

El gobernador dispone hacer una poderosa irrupcion en Cuncos: dase noticia de su situacion y de los motivos que a ello lo impulsaron, y los que le opusieron en contra.—Pónese en marcha el ejército: llega al caudaloso Rio-Bueno: hace una puente de balsas para transitarle: procuran disuadirlo, mas en vano.

Es la adulacion la que aprueba los mayores vicios y supone las mayores virtudes. Para obviar este daño dispusieron los sagrados cánones, que se privase del sacerdocio a los aduladores, como dice Graciano. Empezóse a despreciar en este gobierno el dictámen de los que tuvieron la mas prudente y acertada conducta, y solo tenian por acertado el propio, no teniéndose por inexpertos en el político y militar gobierno, teniéndolo ya todo a la primera inspeccion por mui comprendido, lo que la adulacion exajeraba: esto lo manifiesta un real despacho que pára en el despacho de la veeduría jeneral, dirijido al mismo gobernador, en que con palabras de una justa indignacion se da el Rei por mui mal servido; y así dice Salomon, que la vida y la muerte está en manos de la lengua. El deseo de atesorar no era ménos en el maestre-campo y sarjento mayor, porque no habiendo venido a Chile a establecerse, sino a disfrutarle, querian hallarse poderosos a su regreso: mas a los

enfermos de este contajio no hai remedio que los sane, y así San Pablo lo tiene por raiz de todos los males; y discurrió injenioso el interes el siguiente arbitrio, que invirtió a Chile.

Son los indios cuncos los que habitan al extremo del reino al antártico entre Valdivia y Chiloé, en cuyo centro de este espacioso y fecundo terreno estuvo la arruinada ciudad de Osorno, y desde su destruccion habian quedado en total independencia y abstraidos de todo comercio con los españoles: tanta era su indocilidad y aversion. Mas no obstante, en el tiempo de la guerra enviaban algunas tropas para reclutar las de sus compatriotas, o bien que esto fuese por el interes comun, o propension de su belicoso jenio y del lucro, o por todo junto: y así se formó el proyecto de hacer una poderosa irrupcion en sus paises, y que el maestre-campo Don Juan de Salazar fuese con las mas tropas españolas y auxiliares que se pudiesen. Para su ejecucion se previnieron armas y demas equipajes, con sobrada remonta para tan dilatado viaje.

Muchos improbaban esta expedicion, diciendo que la guerra debia mas ser de precision que de eleccion; que no estaba en manos del incendiario el moderar el fuego a su fantasía, ni en el que principia la lítis el terminar a su favor el proceso; que siendo del comun interes de los indios el mantenerse en su libertad, se provocaban los unos con la invasion de los otros, discurriendo que sujetaban a los distantes para ejecutar lo mismo en los inmediatos mas cómodamente; que las tropas que iban, eran las principales del ejército y reino, que no habia otras y no era conveniente el alejarlas en empresa tan distante, quedando en el intermedio una nacion de tan mala fe, dueños de los desfiladeros y tránsito de caudalosos rios, como tenian que pasar a su regreso, lo que estimularia su mal ánimo, gloriándose de ser infractores de su palabra, de que tenian notables ejemplos; y que no parecia conveniente el permutar la seguridad de la paz, tal cual era, por los cuidados de la guerra, y mas no teniendo la seguridad de las extraordinarias asistencias del Perú que entónces se necesitarian, y mas cuando la monarquía se hallaba atenuada con la guerra de Portugal. Estas y otras razones se vociferaban en público y en secreto, y no faltaron quienes se las dijesen al gobernador.

Mas no obstante, permaneció en él la ejecucion del formado proyecto de adelantar las armas, castigando la pasada desercion y la aversion a los españoles, por cuyo motivo tenian cortada su correspondencia con la provincia de Chiloé en perjuicio del público interes, obstando principalmente esto para la subsistencia de Valdivia; y el motivo mas poderoso fué el hacer prisioneros para venderlos fuera y dentro del reino, que siendo esclavos, como queda dicho, se hizo de ellos un comercio opulento, y mucha jente voluntaria venia a servir por el interes de este lucro: y esto fué público en el reino y aun de presente se oye. Principió el maestre-campo Don Juan de Salazar la marcha con nóvecientos españoles, otros los llegan a mil, y mas de mil y quinientos indios auxiliares con sus caciques, cuyas tropas fueron de los que parecieron

mas afectos a la nacion española; y sin que hubiese accidente digno de nota, llegaron a acamparse a la márjen del Rio-Bueno, que bien estará como ciento treinta leguas de la ciudad de la Concepcion y es uno de los caudalosos del reino. Allí se cercioró de como los indios lo esperaban en la opuesta ribera con resolucion de defenderse, y que habian traspuesto sus bienes en lugares de seguridad y talado su pais para que en él no hallasen subsistencia sus enemigos.

A este tiempo se dejaron ver mil quinientos hombres de caballería en varios pelotones no distantes del rio, e igual número de infantería, aunque esta estaba entrecubierta de un crecido herbaje, y tenian a vista sus mujeres y familias, habiendo sabido en esto tomar consejo y resolucion; pues la defensa de la vida y libertad con la de las caras prendas ha obrado las mayores hazañas. La necesidad no es ménos industriosa que atrevida, como dice Salustio: o que hubiese tambien sido el motivo de exponerlas a la vista, incitar el deseo de los españoles, que bien sabian del de aprisionarlos por reportar el útil de venderlos, y que esto seria atractivo para ejecutar el tránsito del rio, adonde podrian lograr una accion ventajosa, pues en el arte de la guerra no hai mas que saber que no perderlas; o que todo lo fuese, pues bien manifiesta la historia que esta belicosa nacion es tan valiente como discursiva. El rio es caudaloso y sin vado, por cuyo motivo ordenó el maestre-campo se construyese una puente en similitud de balsas, como dice Don Francisco Bascuñan, de la una a la otra ribera, y aunque se procuró consolidarlas con sogas, trabes y bejucos, no obstante quedó con poca o ninguna seguridad para el tránsito de tanta tropa y equipajes en que estaba el maestre-campo empeñado.

CAPITULO XVII.

El maestre-campo don José de Salazar mandó pasar las tropas por el puente que hizo construir: representándole el peligro a que iban expuestas, despréciálo, y quedan las que transitan batidas, y retírase.—Ejecútase segunda campaña, no obstante los avisos que se le dieron al gobernador para que se omitiese despreciarlos, y sublévanse los indios.

Irritado contra el cielo el soberbio Cayo Calígula porque habia truenos, relámpagos y rayos que causaban pavor en los representantes y auditores, dijo a Júpiter, desafiándole, aquel célebre verso de Homero: *aut tolleme aut ego te*—o quítame a mí o yo a tí; y aspirando al imperio del orbe celeste, le quitó la vida una mano alevosa, y muchas concurrieron a privarle de ella a César, a quien la desmedida adulacion de Virjilio dividió el imperio dándole el del dia, y el de la noche a Júpiter: y si en los primeros monarcas de la tierra así se vé abatida la soberbia, ¿qué tienen que esperar otras menores elaciones? El gobernador, Don Juan y Don José de Salazar, sus cuñados, despreciaron la guerra y valor de los indios y aun a los opuestos a su dictámen; y en víspera del desengaño no mudó de dictamen el maestre-campo, no obstante que le

representaron las personas mas distinguidas de que la puente era estrecha y nada segura, y que la demora del tránsito seria mucha, y que si acometian a alguna corta partida, no podrian prevalecer contra su muchedumbre, ni ménos socorrerlos por mas presura que la que pedia su estrechez y penoso tránsito, y aun este se haria confuso y conturbado con el estrépito de la accion, y que de esta parte no los podrian favorecer con la arcabucería por la distancia de mas de tiro de fusil, y que cuando se pudiese, estando mezclados o pospuestos, era preciso descontinuar el fuego, y que era mui factible que con el repetido tránsito de las tropas la puente se fracasase o cortase, y que en tal caso era irremediable la pérdida: no obstante estas y otras razones, llevó el maestre-campo a rostro firme la ejecucion con insoportable desprecio de los indios.

Habiendo los españoles cumplido con el deber de católicos, se principió el tránsito a vista de las tropas enemigas, que estaban formadas ya en la opuesta orilla de la ribera. Como ciento sesenta españoles e indios vinieron a acometerlos, la infantería en el centro y a su izquierda y derecha la caballería en figura de semicírculo, con furor incapaz de retencion. Los españoles estaban al extremo del puente y no con menor valor los esperaban con una justa descarga, la que no los contuvo; y los oprimió de suerte su muchedumbre, aunque ejecutaron acciones de singular braveza, que quedaron enteramente abatidos. La puente, o gravada con mayor peso o dislocada su trabazon, se rompió: dice Don Francisco Bascuñan que murieron cien españoles y treinta indios ,y que los heridos se echaron al rio, donde perecieron, ménos tal cual que ganaron una isleta, y para mayor calamidad la puente faltó por el medio, y llevada de la corriente a la contrapuesta ribera, a algunos que iban a ella asidos, del alto en bajo a picazos les quitaban la vida. El maestre-campo, conturbado, estaba de inspector de la trajedia que tanto solicitó su imprudencia, no mostrándose jigante Ageon, como dice Ovidio, segun se figuró en su soberbia. Retiróse y sin novedad llegó a la frontera. Sucedió este accidente año de mil seiscientos cincuenta y cuatro.

Como el maestre-campo tenia la poderosa intercesion de su hermana, mujer del gobernador, en quien tenia predominio, todo se subsanó; y viendo que disculpaba la accion, pasaron los aduladores aun a aplaudirla: y el gobernador asintió a esta prueba o deseo de los cuñados, que era repetir la misma campaña por el honor y crédito de las armas. Parece que la naturaleza o la fortuna a aquel siglo le concedió a Cromwell la projenitura de sus gracias para sacar bien del mal, como dice su historiador Leti. Mas esto se negó al maestre-campo, y el verdor de sus esperanzas pasó a la marchitez de fatales desgracias. Publicóse la futura campaña y al mismo tiempo se difundió una voz de que si se ejecutaba, se sublevarian los indios, aunque mal explicado, como que se oponia al dictámen del gobernador. Diósele órden a Don Francisco Bascuñan, comandante de la plaza de Boroa y la mas avanzada, de que dejase en

ella la precisa guarnicion, y que con la demas jente española e indios de su jurisdiccion, saliese a incorporarse con el maestre-campo: y dice en el discurso tercero de su Cautiverio Feliz, que mas de catorce caciques de nuestra confederacion vinieron a pedirle con instancia que escribiese al gobernador y le noticiase de que si se ejecutaba la campaña, indefectiblemente habria una jeneral sublevacion, y que ellos no le habian de seguir por las razones que dedujeron, las que omite el autor decir; que serian, que no estaba en su arbitrio el contener a los que tumultuaban, y que con su ausencia quedarian sus bienes y familias expuestas al furor de su primera invasion.

Dicho Don Francisco se lo participó al gobernador, con dos propios sucesivos que para ello dice en su historia que hizo, y que no apreciaron sus cartas y propuesta. Deposicion tan auténtica bien confirma lo que tenemos dicho del desprecio que el gobernador y sus cuñados hacian de los indios, de la guerra y de las personas que disentian de este su dictámen, pues juzgaron que tales cartas no eran dignas de respuesta; mas despues de ellas, o la voz difundida, causaron tal eco en su atencion, que por su órden se hicieron ciertas informaciones en razon al caso, que no produjeron distraccion en la ejecucion del proyecto: tambien se dijo que al gobernador lo ejecutaban algunas cartas. El maestre-campo se puso en marcha con las tropas, que constaban de mas de dos mil quinientos hombres españoles y auxiliares. Don Francisco Bascuñan salió con las suyas de la plaza de Boroa a incorporarse con ellos, y a los tres dias de su egreso, como él mismo lo dice, se sublevaron los indios, dia catorce de febrero de mil seiscientos cincuenta y cinco, hallándose el maestre-campo en el fortin de la Mariquina, situado en la inmediacion de Valdivia, y seis leguas de allí dicho Don Francisco; cuya noticia dice que se la llevó el comandante del reducto de Tolten, construido para facilitar el pasaje de aquel caudaloso rio: individualiza que llegó sin espada ni sombrero, y en un caballo sin silla, diciendo que habian incendiado el fortin y aprisionado la guarnicion, y pidióle al maestre-campo algunas tropas de escolta, porque el cacique de aquella jurisdiccion le habia participado con sijilo que le habian enviado órden para que lo retuviese y estorbase su incorporacion, la que con felicidad se ejecutó.

CAPITULO XVIII.

Dase noticia de la variedad de dictámenes en órden al regreso de las tropas españolas: delibérase el que sea por mar: degüéllase la remonta del ejército.—Sublévanse doscientas leguas de pais.—Notables pérdidas que experimentaron los españoles.

Fué la noche hija del caos y tinieblas, divinidad del paganismo, como dice Merovi. Estas predominaron en una gran parte del ameno pensil de Chile, con diluvios de males ocasionados por los indios, objetos del desprecio de los que entónces tenian el comando. Hiciéronse várias

consultas sobre si se volverian por tierra o por mar las tropas españolas, pues la inmediacion del puerto de Valdivia ofrecia oportunidad para su embarque, diciendo los que este dictámen apoyaban, que era ejecucion peligrosa penetrar cerca de cien leguas de pais sublevado, en cuyos tránsitos habia caudalosos rios, y que irian observados para lograr oportunidades, las que no despreciaria su militar pericia, y que en la guerra no eran ciertas las cuentas sobre descuidos, y que se debia anteponer la seguridad al peligro.

La mayor parte de los oficiales fué del dictámen contrario y decian que la retirada por mar tenia apariencias de timidez y realidad de una indecorosa fuga, la que era contra el honor de las armas y de la nacion española; que son ménos reparables los extremos en la prudencia militar, que no en la política, siendo muchas veces lo eficaz del remedio lo árduo del peligro, como necesario aventurar la parte para conseguir el todo; que la plaza de Boroa era una cómoda escala para su regreso y se lograba lo preciso de su socorro, pues se sabia que los indios la tenian ya sitiada; y que si su egreso era por mar, se veian en el congojoso y preciso trance de degollar los caballos de su remonta y bestias de sus equipajes porque no fuesen presa de sus enemigos; que podian recrecer sus tropas sacando alguna infantería de Valdivia; que la estacion era la mas sedienta del año por la minoracion de los rios, lo que los hacia mas transitables, y que esta briosa accion de su retiro aterraria a los enemigos y contendria a los amigos; que la frontera quedaba desguarnecida, y que solo la voz de su retiro haria el que se contuviesen en sus irrupciones. Este dictámen habia sido el mejor, como lo acredita la experiencia; mas el maestre-campo no lo aprobó. Dice Bascuñan que él y otros, de palabra y por escrito, le protestaron el que se retirase por tierra, mas que no asintió: bien pudo parecer al maestre-campo interesada la propuesta de Don Francisco, pues en la plaza tenia a su hijo primojénito Don Fernando Bascuñan y sus bienes; mas no la del crecido número de personas distinguidas por su grado que para ello se interesaron.

Antes de retirarse Don Juan de Salazar del campamento de Mariquina, hizo degollar todos los caballos y demas bestias de albarda, cuyo número era el de seis mil, mas o ménos, y de allí pasaron a Valdivia llevándose consigo algunos caciques: los demas con los auxiliares desertaban o pedian afectado permiso para su regreso. Este fué el fin de tan estrepitosa campaña y el principio de un diluvio de males, para cuya expresiva nos faltan adecuadas voces: y si estas se prolongaron, sírvanos de disculpa el que en las sagradas letras se ven mas difusas las aflicciones de Job, que no las prosperidades de Salomon: y es cosa portentosa de que en un improviso se sublevasen doscientas leguas de pais en lonjitud y latitud de mar a cordillera, que es la del reino, tomando las armas cuantos indios la habitaban, todos voluntarios y raros compulsos. Consumió la voraz llama cuantas haciendas de campo tenian los españoles desde la ribera del Biobio hasta la de Maule y aun mas allá, con

cuanto fué combustible, que bien tendria sesenta leguas de extension, y habria mas de dos mil, con pérdida de muebles, ganados, caballos, yeguas y mulas, cuyo increible número excede a la ponderacion con peligro de la credulidad, por lo que omito individualizarlo; pues los mas solo tienen por cierto lo que fué exámen de sus ojos, mas nó de los ajenos. Abandonáronse las plazas de Arauco, San-Pedro, Colcura, Buena-Esperanza, Nacimiento, Talcamávida, Boroa, y despues la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa, con tan terrible consternacion que a la credulidad excede: y no fué mayor la que padecieron en diversos tiempos en la Europa, ocasionada de las invasiones de los cimbros, godos, lombardos y normandos, pues en la barbaridad exceden a los indios estas naciones, que fueron el asombro del orbe y ruina del romano imperio, que parecia contendia duraciones con los siglos. Las pérdidas fueron inestimables y pudieran apreciarse a millones, y mayores las de las vidas, honra y libertad, pues aprisionaron muchas personas de uno y otro sexo y algunas de ilustre nacimiento que pudiéramos mencionar; mas no es razon el violar con el recuerdo el pudor de su sexo: baste el que ha de ser de esta desgracia la bastarda projenie que hoi subsiste. Hallábase el gobernador en la plaza de Buena-Esperanza al tiempo de este acaecimiento, que fué como impetuosa inundacion cuyas aguas sin término todo lo comprenden, o como voraz llama cuya actividad liquida los metales y reduce a cenizas las piedras. Dejóse ver en las eminencias que circundan a dicha plaza una corta partida de indios con designio de provocar a los españoles a que saliesen y retirarse a su vista con apariencias de temor, para que trescientos hombres que tenian en celada lograsen el acometerlos con ventaja, miéntras mas se alejasen. Los españoles, impacientes de que viniesen a insultarlos, salió la caballería que era en cierto (*sic*) número, con mas fogosidad que advertencia, o bien con tácito o expreso consentimiento del gobernador que lo habia negado, y quedó la infantería formada en una plazuela de la puertas de una ciudadela. Los indios, viendo que se les aproximaba, se retiraron, y los españoles los siguieron con cólera apasionada, la que nunca es buena guia, como dice Salustio. Mas los enemigos, aprovechándose de tan favorable movimiento y de la superioridad de sus tropas, los acometieron y de alto en bajo los hicieron retirar con precipitosa fuga y desórden: disparóseles algunos tiros de la artillería, lo que los contuvo, o el verse a tiro de mosquete de la plaza: murió Don Juan de Sambuesa, persona de distincion por su calidad y mérito, cuya projenie hoi permanece en la Concepcion, y otros cinco o seis mas: retiráronse a robar las haciendas, adonde esperaban mas logro. Habíanse recojido muchas familias de españoles, y entre ellas algunas de distincion gozado de este beneficio por la inmediacion de sus haciendas, y se resolvió el gobernador a abandonar la plaza, no obstante que estaba bien concluida, pues fué el esmero de Don Francisco Laso, y tenian allí los jesuitas un colejio perfectamente acabado, de donde con apostólico celo acudian a las misiones o territorio que se les habia asignado.

Protestáronle al gobernador lo conveniente que seria mantener la plaza, o a lo ménos hasta el retiro de la del Nacimiento, pues podia servirle de escala, seguridad y de aliento a su regreso, y que la jente de una y otra podrian hacerlo con seguridad: fueron los mas de este dictámen: llevando a rostro firme su resolucion, se determinó al abandono. Lastimoso espectáculo fué el ver marchar a pié a las mujeres y niños, ancianos y enfermos en la estacion mas ardiente por falta de remonta, dejando mucha parte de los bienes y muebles por no haber bestias de albarda para conducirlos. Oíanse contínuos llantos de tiernos infantes y lamentos de preñadas; bien se puede asemejar al que cuenta Curcio que acaeció en Damasco, cuando la ocupó Parmenion con las tropas de su comando. El gobernador los dejó en marcha y se adelantó a la Concepcion. Despoblóse la ciudad a su ingreso, que fué lastimoso espectáculo, provocando a tierna devocion el ver las imájenes que traian. Permaneció la plaza muchos dias sin incendiarla.

CAPITULO XIX.

Abandona la plaza del Nacimiento don José Salazar y retírase por el rio con la guarnicion, y su fatal éxito: ejecuta lo mismo la de Talcamávida con igual desgracia.— Despuéblase la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, y van por mar a retirar la guarnicion de Arauco, y ejecútase con suceso.

Injustas peticiones no deben escucharse: vió mal Jesucristo la que el Cebedeo le hizo de las dos superiores sillas para sus primos. Y ya el gobernador desengañado deseara no haber oido bien la que le hicieron sus hermanos de los dos preminentes oficios del reino, mas la pública adulacion fomenta los deseos de quien manda: túvolos Alejandro de querer ser hijo de Júpiter sin advertir que hacia adúltera a su madre, ridículo a su padre y a sí mismo espurio, pagando a gran precio la adulacion con que le recibieron los sacerdotes de Júpiter Anmon, y quitó la vida a Clito.

Bien se sufrieran trabajos si tras unos no viniesen otros, como dice Quintiliano. Siguiéronse los de Don José Salazar y el de las tropas de su comando en la plaza del Nacimiento, cuya situacion era en un elevado plano adonde se junta el rio de Vergara con el gran Biobio, fortalecido por la naturaleza y arte. Vinieron várias tropas a atacar la plaza, mas sin suceso por la vigorosa defensa que hallaron, y discurriendo el vencer a ménos riesgo, la bloquearon, pues viendo imposible su socorro, era preciso descaeciese la constancia de sus defensores: arbitrio bastante prudente para conseguir el triunfo sin costo. Mas apresurólo la imprudencia del sarjento mayor, quien discurrió en abandonarla en un ponton plano y de bastante buque, un barco y balsas, y venirse por el rio Biobio a la Concepcion. Los mas se opusieron a este dictámen y le representaron que el tiempo era el de mayor minoracion de las aguas por ser el estio, que los barcos encallarian, principalmente adonde fuese mayor su latitud, y que se difiriese hasta que con lluvias se recreciesen.

No aprobó Don José de Salazar este dictámen, porque cuando han de acaecer las desgracias, solo se acierta lo que conduce a la ejecucion de ellas. Muchos indios e indias del servicio de los españoles habian desertado, y la plaza no estaba tan sin bastimento que no pudiese subsistir algun tiempo; escasa sí de cuerda y mecha para el manejo de la arcabucería, lo que se suplió con hacer torzales de lienzo, porque la necesidad siempre es industriosa. Era el sarjento mayor de espíritu resuelto, valeroso y magnánimo: hizo embarcar toda la jente en los barcos y balsas, a cuyo abrigo venian, y con lo apacible de las corrientes navegaban rio abajo. Seguíanlos por entrambas riberas mas de cuatro mil indios arreglando su marcha a su compas: solicitaban las canales mas profundas para su navegacion. En lo mas anchuroso del rio comenzó a escasear el fondo, y en la enderechura del fortin de San Rosendo, despoblado, supo del retiro y abandono de la plaza de Buena-Esperanza, y con esto se frustró el designio de desembarcarse y venir escuadronado a incorporarse con el gobernador. El sarjento mayor, oyendo que le era preciso seguir su derrota por cauce mas espacioso, se resolvió a alijerar las barcas y echar a la orilla algunas mujeres y niños. Fué acerba la eleccion, terrible la ejecucion y lacrimosa su inspeccion; y pues que nos falta expresion enérjica para su narracion, dirémos lo que Eneas en hecho de igual ternura: ¿quién refiriendo esto podrá reprimir las lágrimas? Quedaron los indios árbitros de honor, vida y libertad: oimos este caso a uno de estos infelices venturoso, a quien expulsaron con su madre.

Prosiguieron su destino entre tropiezos de encallarse hasta Santa-Juana, adonde, viéndolos inmobles, se vinieron los indios al abordaje a caballo, por su izquierda y derecha: defendíanse los españoles, y para recrecer su conturbacion, se pegó fuego una botija de pólvora: por fin, de muertos y prisioneros no se exceptuó ninguno de doscientos cuarenta hombres que venian. El sarjento mayor, mal herido, se echó al rio, adonde se ahogó con el capellan. Díjose que Don José de Salazar distribuyó porcion de dinero entre varios soldados para que lo trajesen, y que esto estorbó la ofensa y defensa por estar gravados de su peso. Turba el temor y pinta nocivo lo provechoso: en Talcamávida habia un fortin con veinte hombres y un barco para el pasaje del Biobio, y poco ántes que acaeciese esta desgracia, lo desamparó el comandante interino, discurriendo que este seria el remedio para evadir el peligro, sin pensar que era mas conveniente esperar al sarjento mayor en aquel preciso tránsito e incorporarse con él, lo que hubiera ejecutado el propietario Nicolas Fernandez Quiñez, persona de calidad y mérito. Ejecutóse el embarque con tal presura, que se quedó un centinela, y las indias le quitaron la vida, y a corta distancia de la plaza encalló el barco, y de muertos y prisioneros no se exceptuó ninguno. Habiendo entrado el invierno, un cacique de Nonguen con otros indios de su pueblo, que su situacion es inmediata a la Concepcion, cojieron un barco a tiempo que estaban en las celebridades de un festin, y la aumentacion

de las aguas y corrientes los condujo a una caleta de seguridad, viéndose bien que el tiempo y la ocasion igualan al mayor con el menor, como dice Tertuliano: fué recompensada su fidelidad y valor.

Iba experimentando Chile estas funestas trajedias, y el gobernador presajios que eclipsaban su fortuna: la próspera suele ser sombra que oscurece, la adversa luz que ilumina. Oíanse por las calles palabras punzantes contra su honra y conducta: mirábanle todos con el tedio y horror que se concibe contra el causante de propia ruina: este se recrecia al igual que se oian las funestas noticias. Vino de Arauco la de quedar sitiada o bloqueada aquella plaza, y al arbitrio de sus armas todo el pais, y la captura del padre Gerónimo de la Barra, jesuita y apostólico misionero, a quien llevaron a la cumbre del Colocolo que predomina la plaza, y esforzando la voz, proferia lo que le ordenaban, que todo era un artificioso engaño; y se hizo de tal suerte respetar su ejemplar virtud, que no se descomidieron contra su persona y por fin le pusieron en libertad. Vino de la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa la de haber intentado su sorpresa, entrando por una calle al primer albor del dia; y hallando sobre las armas a la guarnicion en los reductos que habian construido en la plazuela de San-Francisco, dispararon algunas flechas a nuestra Señora, que estaba patente para su culto como tutelar de aquel aflijido pueblo, y porque quede dicho y desembarazarnos de este ramo de la historia, deliberaron el abandonarla, no obstante la repugnancia de algunos vecinos, y para que el trabajo fuese mayor, estaba en la ocasion algo infesta de peste: ejecutóse luego, yéndose a la otra parte del rio de Maule. Queda a juicio del lector el espectáculo de tan compasiva trasmigracion: llevaron las imájenes, y así en el mundo se vé triunfar la impiedad por los secretos de la divina Providencia, incomprensibles a nuestra cortedad: llegaba por instantes a la Concepcion mucha jente de ambos sexos a pié y con mil fatigas, contando su afortunado retiro de las haciendas de campo.

Hallábase de comandante de la plaza de Arauco Don Pedro Volea, y el bloqueo habia llegado a formal sitio, y la desprevencion de vituallas con que la cojió, pudiera reducirla al último exterminio, y así se determinó el que fuese un navio a retirar su guarnicion y demas vecindario. Fueron cien hombres, y de comandante Don Juan Buitron. La plaza está algo distante de la orilla, y pudieran lograr alguna oportunidad en el desembarque u ocupar el intervalo con sus numerosas tropas entre la plaza y el mar, a lo ménos con la infantería por no estar expuesta al cañon; mas Buitron, hombre de valor y conducta, tomó cabales medidas para el acierto: asignó a cada soldado la fila de su formacion, poniéndoles nombres para obviar en el desembarque confusion, que fué bien prevenido acuerdo; y habiendo dado fondo en su bahía, observaron de su bordo las tropas de los indios numerosas y su resolucion de estorbar el desembarque o union. Serian como cuatro mil hombres de caballería los que a la vista tenian, bien formados en diversos pelotones. Principióse el desembarque sin confusion, y salió un destacamento

de ella por un juncal que hacia los rebalsos o lagunas vadeables del rio Carampangue con las represas del mar; mas hízoseles tan justa descarga con la arcabucería y artillería menuda que traian, que dejando las aguas teñidas con su sangre, se retiraron consternados; y viniéronse para la plaza, de donde no se descontinuaba el fuego hasta que llegaron. Recíproco fué el regocijo: principióse a transportar a bordo del navio lo que se pudo llevar, y abandonándose lo demas, se ejecutó el embarque, habiéndolo defendido con igual valor y conducta Don Pedro Bolea. Causó a todos, principalmente a los patricios, gran pesar el abandono del nativo suelo: por lo que dijo Séneca, que era intolerable la carencia de la patria; siendo mas dolorosa su impresion al ver el incendio de lo sacro y profano, que tal fué el destino de sus afanes y la miseria de verlo, como dijo Eneas a Dido. Al desembarque en la Concepcion, se renovó el dolor de las repetidas desgracias.

CAPITULO XX.

La insolencia de los indios se recrece y las penalidades del vecindario: el obispado de la Concepcion y ejemplar caridad de su pastor.—Acaece una jeneral emocion, y deponen al gobernador, y admite violento el comando Francisco de la Fuente Villalobos.—Llega la jente española de Valdivia: sale un destacamento de la Concepcion, y retíranse con suceso.—Notable precaucion de los indios.

Los trabajos toman alientos para ser mayores, pues no hai desdicha que suceda que no deje emplazada otra, como dice Marco Aurelio; y así debemos vivir persuadidos a que la heredad de los hombres en esta vida es una mezcla de bienes y males. Recrece el ánimo de los enemigos cuando ven que los temen, como dice Famiano Estrada: esta timidez habia preocupado a los españoles e insolentado a los indios, de suerte que un partidario con un destacamento entró a la primera luz por una de las calles de la ciudad de la Concepcion a espaldas del convento de Santo-Domingo, distante dos cuadras de la plaza; y en lo que hoi es bodega, que llaman de Benitez, aprisionaron una muchacha en la primavera de su edad, que estuvo algunos meses en tan acerba servidumbre y no há muchos años que murió: su padre, por una rendija o tronera de la puerta, le dió un balazo al comandante, que cayó con un muslo quebrado. Al molino de los padres jesuitas quisieron sorprenderlo, que está en la traza de la ciudad, y el molinero mató de un balazo al agresor mas intrépido. En la casa y solar de los herederos de Andres Rubio hicieron otra tal sorpresa, y de dia aprisionaron a un sacristan de la catedral y várias lavanderas. Hemos querido individualizar estos hechos porque jeneralidades no satisfacen; y era tal la consternacion, que se redujo todo el vecindario a vivir en la plaza y casas de su inmediacion, donde construyeron sus chozas, desamparando las distantes, no obstante que habia varios reductos. Tan jeneral fué esta calamidad, que no hubo persona, casa ni familia que no la padeciese, y bastante padeció la mia.

Era obispo de la Concepcion Don frai Dionisio Cimbron de Bruna, monje benito, que de abad de una ilustre abadía, vino a serlo, y digno de purpúrea fortuna, y llegó a tal extremo la real confianza que le hizo gobernador del reino, como verémos, y cual piadoso padre socorria la indijencia de sus hijos y como buen pastor recojia su disperso rebaño, por quien se pudo decir lo que del César del Oriente Manuel Comneno, abismo de misericordia y mar de magnificencia, siendo lo mas notable que así se portase un prelado de tan corta renta, y con inimitable ejemplo se deshizo de las alhajas de su decencia para dar limosna. Los ánimos estaban ya tan alterados contra el gobernador, que se recelaba no acaeciese algun siniestro accidente: a voces le zaherian con el desprecio que de los indios habia hecho. La accion de Buena-Esperanza y su precipitoso retiro o fuga, era lo que mas le arrojaban. Dios permite las adversidades para despertar el conocimiento de sus beneficios. El sarjento mayor del presidio Don José Zerdan notició al padre guardian de San Francisco del recelo con que estaba de que hubiese alguna conmocion, para que se lo participase al gobernador, quien tenia una compañía de guardia en su palacio; cuando, como de comun acuerdo, se levantó una confusa y disonante voz, solo conforme en el proferir de viva el Rei y muera el mal gobernador, y con espada en mano se vinieron para palacio mil quinientos hombres, seguidos de una gran multitud de pueblo, complaciéndose en aquella grande accion, y con temerario despecho entraron por los salones esforzando la misma voz.

Don Miguel de Cárcamo Lastra, de la órden de Santiago, oficial real y persona de la primera distincion, los quiso contener; mas solo los retuvo el saber que el gobernador se habia retraido en la compañía de Jesus, entre cuya clausura y el palacio solo mediaba una pared: la vociferacion fué entónces mayor y con ira desesperada herian algunos las puertas y paredes, y de esta resulta pasaron a elejir por superior comandante al veedor jeneral Don Francisco de la Fuente Villalobos, cuyo mérito y bondad era de todos conocida. Sacáronle de su casa, aunque valetudinario, y le proclamaron por tal, de cuya violencia protestó, y el mismo gobernador le pidió que aceptase, contra quien se prorrumpian blasfemias; pues el odio y la venganza colocada en el corazon mucho mas daña que una víbora, como dice San Juan Crisóstomo. Vino real provision de la audiencia en órden a la averiguacion del hecho y reponer al gobernador, de cuya resulta, con leve o con ningun motivo, pasó a Lima Don Francisco Gaete, actual correjidor que en la Concepcion era, y don Juan Barba, rejidor, quienes salieron libres de la sindicacion que se les hizo, como asímismo al sarjento mayor Zerdan, cuyos autos y su defensario hemos visto y narran el hecho como va expresado: informaron las personas de mayor distincion militar y política al virei y a la audiencia, cuya resulta despues dirémos.

Llegó por mar con el maestre-campo la jente española que estaba en Valdivia, y algunos caciques que retuvieron; y así que estuvieron en

libertad, se volvieron a su pais y tomaron las armas con los demas rebeldes, porque el respeto es medroso y el menosprecio atrevido, como dice Plinio, y por lo narrado se vé adonde llegó su audacia: muchos de estos hechos acaecieron a un mismo tiempo, y es preciso anteponer su recito. La ciudad de la Concepcion se hallaba, si no formalmente sitiada, extremamente bloqueada, viéndose en ella el fuego de los incendios de sus campamentos, aunque no eran estables; y se deliberó que Don Francisco Bascuñan saliese con doscientos hombres a desalojarlos de sus inmediaciones, y se retiró con diez y seis prisioneros, y diez que quedaron muertos. Mil seiscientos indios de los yanaconas, que así se llaman los que a los españoles sirven, tomaron cuarteles de invierno en la isla de la Laja, porque los mas desconfiaban de su buena fe, y delibereraron esta separacion para experimentarlos, Salian algunos destacamentos a recojer vituallas y ganados por las haciendas del que por casualidad habia exceptuado su primer furor; y satisfechos de su desconfianza, se reunieron todos. ¡Notable advertencia! no de su barbaridad, sino de jente mui versada en la política.

CAPITULO XXI.

Viene de gobernador don Pedro Porter Casanate y llega con válido socorro al reino.—Dase noticia de los progresos del sitio de Boroa hasta su socorro.—Notables astucias que usaron los indios.—Abandónase la plaza y retírase la tropa a su guarnicion.

Poco sabe quien ha padecido poco, dice Salomon, pues suele ser la mayor infelicidad el no haberla tenido. El gobernador habia experimentado siempre una brillante fortuna, y solo en Chile borrascosa para ruina suya y del reino, lo que decimos sin recelo, como la próspera sin lisonja. El virei, bien informado de las calamidades de Chile, nombró por gobernador al almirante Don Pedro Porter y Casanate, de la órden de Santiago, caballero aragones, quien llenó con el acierto la comun expectacion. Principió el llanto en su gobierno a tener consuelo y a enjugarse tantas vertidas lágrimas. Apresuróse su embarque, y en dos navios se hizo a la vela con quinientos hombres, muchas municiones y vituallas, porque estaba la Concepcion en extrema inopia. Las relijiosas de los monasterios de la ciudad de los Reyes socorrieron con ropa blanca y algun dinero a los soldados de Chile; y debe quedar indeleble tan singular expresion de su caridad, que, como dice San Agustin, es el cumplimiento de la lei de Dios y del prójimo: algunas personas ilustres de aquella ciudad ejecutaron lo mismo.

Llegó el gobernador al puerto de la Concepcion con felicidad por enero de mil seiscientos cincuenta y seis. A su desembarque, vino a recibirle Don Antonio de Acuña de la Compañía de Jesus, adonde se habia mantenido: dióle Don Pedro el baston y despues lo recibió de su mano; tratólo con las atenciones debidas a su carácter, manifestando complacencia en que cumpliesen otros con este deber, lo que contuvo a

muchos ; y no obstante la autoridad que le protejia, toleró algunos insultos ; y arreglado a la órden que trajo, lo despachó a Lima con Don Juan de Salazar, su cuñado. El amigo lisonjero tambien es enemigo ; y todos se volvieron contra el gobernador, pues como solo seguian a su fortuna, le desampararon a su desgracia, manifestando el tiempo que es, como dice San Bernando, un solícito descubridor de cuantas cosas se ocultan. Ayudó a recrecer el odio contra Don Antonio la desmedida elacion de su esposa : la solicitud o favor que en la corte tuvo fué tal, que habia venido cédula para que se restituyese al gobierno, hasta que el Rei, mejor informado, la revocó, y tenemos vista la una y la otra, y en que con cláusula de aseveracion manifiesta su real indignacion, haciendo causante de la sublevacion de los indios y calamidades del reino ; y por mayor solo sabemos su desdichado fin. No se aleja del acierto quien con sincera intencion le solicita, y así resolvió Don Pedro elejir doce personas de mérito, calidad y experiencia para, con su dictámen, reglar las operaciones de la guerra, y nombró a Gerónimo de Molina por maestre-campo, cuya projenie hoi subsiste en la Concepcion, y la de Don Ignacio de la Carrera, de la órden de Calatrava, en Santiago, a quien hizo sarjento mayor, y en quienes la crítica o adulacion no halló reparo. La accion de mas urjencia era la del socorro de Boroa, que trece meses habia que estaba sitiada, y situada en el centro de las mas pertinaces provincias de este delicioso clima. Destacáronse setecientos hombres de las tropas veteranas y modernas, para que en infantería siguiesen su destino al comando de los mencionados jefes.

El caso era árduo, pues tenian que penetrar sesenta leguas de pais enemigo sembrado de caudalosos rios, bien que era la estacion mas ardiente, y habian de pasar por desfiladeros peligrosos, y sus numerosas tropas concurrian a impedir la marcha, pues no tenian otra parte donde operar por entónces ; y entretanto que el socorro se prepara, dirémos algo del sitio. Este duró trece meses, sin prevencion para sostenerle, lo que hizo mas gloriosa su carrera y defensa ; pues vinieron repentinamente sobre la plaza de cuatro a cinco mil hombres, los que nunca faltaron de ella, como el Rei lo expresa en real despacho, su data 1.º de octubre de mil seiscientos sesenta y dos, y el que en la plaza habia cien soldados y cien bocas inútiles. Los indios discurrieron que la palizada que servia de muro, no era capaz de prevalecer a su valor y numerosas tropas, y seis escuadrones se vinieron a avanzarla. El fuego de la plaza no los retuvo, y llegando al foso, procuraron el pasarle ; y aunque lo consiguieron algunos de los mas audaces, pero no el intento de voltear, cortar o incendiar la estacada, para cuyo efecto iban prevenidos de hachas, cuerdas y fuego : por fin se retiraron con pérdida y confusion. Las mujeres durante la accion dieron grande ejemplo, excediendo el valor de su sexo, pues se veian amenazadas de una horrorosa servidumbre y de mil indignidades que esperaban de tan insolentes como inhumanos enemigos.

Discurrieron los indios que la constancia les daria dichoso fin, y esto

llegó a tal exceso, que la citada real cédula dice que los asaltos continuaron por un año, los mas dias y noches, cuya incontestable autenticacion de tan extraña constancia es digna de reflexion; ¿y de qué encomios no lo era el comandante Don Manuel Aguiar y su corta guarnicion, cuyo marcial valor o extraordinario coraje nunca será bastantemente alabado? Pusieron los españoles en los extremos de la estacada algunas cabezas de los indios que murieron, o por trofeo de sus victorias o por consternacion de su audacia a vista del escarmiento, las que permanecieron hasta que llegó el socorro. Mostráronse los enemigos tenaces y empeñados, sin que los desbandase los rigores de la ríjida estacion; y en las noches mas terribles, cuando aun a la fiereza de las bestias las contuviera en sus cubiles, salian de sus chozas, aun las que no servian de abrigo, a avanzar la plaza, y discurriendo que la lluvia inutilizaba las armas de fuego, o que el rigor de la tempestad adormeceria el cuidado. Dignos son estos hechos de que los contemple nuestra atencion. El comandante estrechó dos veces el recinto para su mas cómoda defensa, lo que ejecutó con celeridad y acierto; y en tan terrible cáos de tribulacion se encomendaron fervorosos a una devota imájen de María Santísima que tenian, y hoi se venera en la plaza de Puren con el nombre de nuestra Señora de Boroa; y experimentaron lo que nos dice en su cántico: "la salud de nuestros enemigos" etc. Un indio de ellos se destinó a favorecerlos, siendo él solo el causante de la salud de aquel pueblo. A todas vistas solicitó despreciando peligros hablar a los españoles, de que resultó enviarle a Valdivia por pólvora y balas que necesitaban: diéronle cartas para ello y logró con felicidad su retorno, trayendo lo que pudo ser posible a la simulacion, y segun el acuerdo tomado, tuvo la buena dicha de introducirlo a la plaza por la parte ménos expuesta; y este socorro la salvó. En siglos remotos los ánsares con sus graznidos libraron al capitolio del asalto de los galos, segun dice Livio. No se dió por satisfecha su constancia en este jénero de socorros, sino es que en lo mas silencioso de la noche, o entre las tentativas de finjidos o verdaderos asaltos que se daban a la plaza, él y sus hijos en pequeñas talegas venian a dejar harina y otras cosas que podian servir a su manutencion. Faltaron las balas, y la necesidad industriosa las hizo de plata, con pródigo desprecio de los anhelos con que se atesora, mas necesario por entónces: y no será digresion del asunto el narrar lo que en su Cautiverio Feliz dice el maestre-campo Don Francisco Bascuñan, que echaron mano de su plata labrada y sellada que allí tenia y de la ropa, de que se aprovecharon, y que el expediente que se dió, fué el que la cobrase de los soldados: ¡mas cuándo la serenidad no desacordó las congojas de la tormenta! Los padres de la Compañía ocurrieron al Rei y le representaron de como habian dado las alhajas de plata del servicio de la iglesia para balas y socorro en tal indijencia. El padre Diego Rosales se halló allí con su compañero: apostólicos varones y a quienes se debió en mucha parte el triunfo de tan maravillosa constancia; y su majestad les mandó dar por reintegro o

recompensa seis mil pesos, como tenemos visto en real despacho que en la veeduría jeneral pára, en el que se expresa lo referido.

Don Francisco por desvalido no logró la satisfaccion de su dinero, ni la recompensa de su mérito, como hubiese acaecido si a los oidos del Rei llega la voz de su justicia, que, como dice Marco-Aurelio, no se ha de negar a quien la pide, ni la misericordia a quien la merece, ni ménos dejar mal sin castigo, ni bien sin galardon: y será conveniente volvamos la vista al socorro. Salió de la Concepcion: habian dado a los soldados zapatos, tabaco y papel, don gratuito, y en la opuesta ribera de la Laja los esperaron cuatro mil indios, y al salir del rio, con feroz ímpetu los acometió por la derecha un destacamento de caballería, e hizo la infantería su descarga con suceso. Murieron algunos, y sus tropas escarmentadas iban solo observando las españolas. En el rio de los Sauces intentaron el acometerlas, mas sin suceso; y habiendo alojado a distancia competente de la plaza, hicieron su salva y fué correspondida con recíproca alegría. Por fin, llegó el dia deseado de que los indios abandonasen el sitio y entrase el socorro, a los trece meses de su asedio. Toleró seis jenerales asaltos y las demas calamidades dichas: no hubo artificio ni engaño que no practicase su malicia para que se entregasen, ya con ofertas y promesas, ya finjiendo recados del señor obispo y gobernador, manifestando su credulidad una efijie de Jesucristo Señor Nuestro, portándose como leones y raposas. Desamparóse la plaza, y sin novedad digna de nota ejecutaron su regreso, solo con venir observados; y aunque en Minchegue intentaron acometerlos y se pusieron formadas sus tropas algo extraviadas del camino, no se atrevieron a acometer a los españoles, y por fin llegaron a la Concepcion.

CAPITULO XXII.

Desercion de un soldado llamado Alejo, que causó grandes daños.—El gobernador procura adelantar las armas y puebla el fuerte de Andalien.—Queda enteramente [batido] un destacamento español con muerte del comandante, y caso notable que le sucede.—Puebla el gobernador a Conuco.

Gozábase en Chile de un gobierno justo y templado, ya que no pudo ser tranquilo, pues su antecesor no supo tomar consejo ni resolucion, lo que lo invirtió: y así Don Pedro no solo hacia oficio de Marte en las campañas, sino el de Corbona en los pueblos, cuya intendencia era, segun la superticion pagana, el cuidar de los huérfanos y descarriados, como dice Rocino; cuyo crecido número ocupó lo bastante la piadosa atencion del gobernador, sin que lo distrajesen nuevos incidentes de mayor cuidado. Fuélo el que se ocasionó con la desercion de un soldado nombrado Alejo, que quejoso porque no le hicieron alférez de la caballería, o porque le negaron al tiempo del pagamento lo que pidió de ropa, o bien fuese lo uno o lo otro, lo vilipendiaron, tratándolo de indio, lo que le causó sensibilidad tan llena, que profirió várias veces que se iria

a los indios si lo era; y aunque quien profiere su queja, tiene deseo de que se la satisfagan, como dice Ovidio, nadie salió a hacerlo, y con ánimo alterado se pasó a los enemigos, con notable perjuicio del interes del reino; y sobre el asunto de su captura o muerte vino real cédula de recomendacion. Los indios tuvieron tal satisfaccion de su conducta, que en todo deferian a su dictámen, el que siempre fué fructuoso, como la historia nos lo hará ver.

El gobernador Don Pedro hallábase con floridas tropas en la Concepcion, y con premeditado acuerdo determinó adelantar las armas, para lo cual destacó cuatrocientos hombres, y se acamparon de la otra [parte] del rio Andalien, en Chepe e inmediato al rio de Biobio: fortificáronse con una fuerte palizada, con sus baluartes; y sus viviendas eran pajizas. Llegó a esta plaza la noticia de que un destacamento de indios habia entrado al valle de Palomares, y salió con otro el capitan Don Juan de Zúñiga, que lo era actual de caballos y algunos indios amigos, y yendo en su alcance se avistaron en Budeuco, jurisdiccion del corregimiento de Puchacai.

Los enemigos, dejando el camino real que llevaban, por una loma despejada bajaron a un corto valle y subieron un recuesto, y en su altura los esperaron formados, con resolucion de lograr las ventajas del terreno, pues para ir a ellos era necesario la fatiga y riesgo de ascender. El tránsfuga Alejo, que los comandaba, les hizo una exhortativa tan fervorosa, que a los tímidos infundió y a los valerosos recreció el valor; de suerte que impacientes de que se retardase la accion, provocaban a los españoles con palabras y algunas acciones de desprecio, que igualmente deben ser desatendidas, y con el toque mas fervoroso de sus pífanos y cornetas y de dos clarines que llevaban por trofeo de sus victorias. Resolviéronse los españoles a acometerlos, pues no era crédito de las armas el retirarse, satisfechos con su vista o temerosos de la accion, y aunque con algun rodeo pudieran haber obviado el recuesto, no se hizo, porque a la desgracia se va por la senda que a ella conduce.

Principióse a subir el repecho, y estando en su promediacion, descendieron los indios con ánimo feroz, y con tan violento choque se llevaron a los españoles, sin que pudiesen prevalecer los esfuerzos que hicieron, ni ménos reunirse despues de cortados, no obstante que Don Juan de Zúñiga los alentaba con el ejemplo y la voz; y puestos en confusion y desórden, todo era matar mas ántes que aprisionar, accion connatural a su fiereza; excediéndose en esto el tránsfuga Alejo, que fué uno de los mas expertos arcabuceros que habia en las tropas de Chile, cuya arma siempre usó con acertada mira. No los apiadaba el ruego ni el interes del premio que ofrecian los rendidos, siendo tan propensos a él: tan inhumana se portó esta jeneracion de víboras. Unos se ocuparon en el despojo de muertos y otros en el alcance de las tropas batidas; y retirándose con presura el teniente del capitan comandante, lo encontró en un paso despejado a corta distancia del campo de batalla, desmontado, porque su caballo herido sobre fatigado habia allí muerto, y rogóle

con la eficacia que pedia el conflicto, lo llevase a ancas, pues lo permitia la lozanía del bruto en que iba, para que en otro lugar ménos expuesto y algo montuoso que cerca estaba, se pudiese ocultar, pues le privaba de andar una herida que tenia: negóselo zahiriéndole con lo desobligado y quejoso que le tenia, y con cólera reposada pasó a individualizarle ofensas. No faltó un yanacona españolizado que oyese esta contienda, viéndose bien lo que dice Salomon, que la ira reposa en el corazon del necio: accion indigna de las obligaciones de quien la hizo, cuyo nombre ocultamos por no denigrar su fama y causar horror a su familia. Llegaron los indios en prosecucion del alcance y allí hicieron pedazos a Don Juan de Zúñiga. Era de la primera nobleza de la ciudad de Santiago y recien casado con Doña Petronila de Mier, que pocos años há que murió de mui avanzada edad. De cerca de doscientos hombres que llevó a su comando, murieron setenta, como dice Don Francisco Bascuñan, quien se hallaba en la Concepcion. Los indios eran mas de trescientos: fué esta victoria mui cumplida, pues tuvieron poca pérdida.

El gobernador, en prosecucion del proyecto que habia formado de adelantar las armas, ordenó se construyese una plaza de armas en Conuco, distante diez leguas de la Concepcion al oriente. El terreno es algo montuoso y ríjido, cuya situacion pareció conveniente: allí se acamparon mas de mil hombres y despues subieron a mayor número. Don Pedro con singular precavencia hizo juntar una mas que suficiente caballada, la cual mandó poner en las Cañas, lugar adecuado y ménos expuesto, a la márjen del caudaloso Maule, cincuenta leguas de la Concepcion, para cuya custodia se destinó una mas que competente guarnicion; y es mui de notar que a ménos distancia no se halló seguridad, para que se contemple cuan extenso pais tenian al arbitrio de sus armas.

CAPITULO XXIII.

Reflexion que se hace sobre que los indios aprovecharon los momentos que la guerra ofrece.--Construye el gobernador várias plazas para adelantar las armas, y menciónanse otras que despues se fabricaron, y el costo de reclutas.--Las tropas españolas que comandaba don Pedro Gallegos, quedan enteramente batidas.—Notable hecho de un soldado que precedió a la accion.

¿Quién no admirará el que estos bárbaros chilenos se aprovechen de aquellos instantes preciosos que la guerra ofrece y que pasan como relámpagos, volviéndose la fortuna contra quienes los desprecian? Este siniestro accidente experimentaron las armas españolas el siglo pasado en Rocroy, por no haber defendido el jeneral Don Francisco de Melo el pasaje de un desfiladero con conocidas ventajas, de Luis II de Borbon, príncipe de Condé, de que se siguió una victoria tan cumplida como la que obtuvo: y en el presente se atribuyó la pérdida de la batalla de Hochstett a la inadvertencia del mariscal de Tollard en haber dejado transitar por segunda [vez] las tropas inglesas del comando de

Marlborough el arroyo lagunoso que a su frente tenia, como dice Limier: yerros son estos sin enmienda. Accidentes de tan altas consecuencias, que unos venian y otros se esperaban, tenian desvelada la atencion del gobernador; mas no vivia sin la esperanza de sujetar y castigar tan rebeldes vasallos, pues las remesas de armas, municiones, dinero y jente eran contínuas, efecto de la recomendacion del Rei, quien se dió por bien servido de ciento ochenta mil pesos que se remitieron fuera de la anual asignacion, como tenemos visto en real cédula, sin que obstase la distancia para las asistencias: tan eficaces fueron las órdenes del Rei, porque es atributo de lo soberano lo veloz; y así finjieron los mitólogos que Júpiter se servia de la ajilidad de la águila y de la prontitud del rayo.

Construyóse el fuerte de Pino, el de San Pedro en la opuesta ribera del Biobio con la inspeccion de adelantar las armas por la costa, y el de Buena-Esperanza y Talcamávida, lo que quede dicho. Traian estas fábricas y otras que despues se hicieron, como Colcura, Arauco, Tucapel, Yumbel, Marintuco, Nacimiento, Santa-Juana, Puren, Tolpan, Repocura y San-Cristóbal, que con el tiempo se fueron construyendo, excesivo dispendio, cuyo recito hemos querido hacer para que se forme cumplido juicio de esta guerra. Las reclutas eran costosas, principalmente las que venian de Quito, que dista mil leguas de Chile; y cada soldado hasta Lima le tenia al Rei de costo doscientos cincuenta pesos mas o ménos, como dice Ugarte de la Hermosa en su manuscrito histórico, mas probaron tan bien en Chile que llevaron el peso de la guerra, fuera de las que venian de España y de Méjico trescientos.

El desertor Alejo se mostraba acérrimo enemigo de los españoles, elevando a grandes deseos su imajinacion, como que de su cuenta corriesen los acasos de la fortuna. Habíase ya elevado a desmedida autoridad, y para recrecerla aun mas, destacó mil hombres de las tropas mas expertas, las que distribuyó en compañías, nombrando capitanes, tenientes y corneteros, porque sabe mandar el que supo obedecer; bien así como Sertorio, que en su desercion practicó en España las modales políticas y militares de Roma, su patria: y puesto en marcha Alejo, aprisionó dos centinelas que desadvertidas de su obligacion, reposaban a la sombra de un árbol, del que las hizo ahorcar previniéndoles que aquella era condigna pena de su delito. De ellas supo que venia un destacamento de españoles al fuerte del Pino, y quiso prevenirlos y con celeridad les salió al opósito ántes que llegasen a la plaza, haciendo una bien fundada reflexion de que los sorprenderia con lo inopinado de su encuentro, y que no siendo muchos, quedarian batidos: tan bien fundadas conjeturas no tuvieron falencia. Era capitan y comandante del destacamento español Don Pedro Gallegos, caballero principal de la provincia de Chiloé, cuyo número ignoramos y nos persuadimos que serian doscientos hombres, que recien pagados, los hicieron salir de la Concepcion con presura; mas el órden no fué tan exactamente cumplido que no se quedasen muchos, y tomaban la marcha unos en pos de otros y

por este motivo le persuadieron al comandante que esperase en el molino del Ciego, adonde habia un fortin, a que llegasen todos para proseguir su marcha.

Mas no tomó este arbitrio que los hubiera evadido del peligro, ni ménos, dicen, apreció la noticia confusa de enemigos que se le dió, y la tuvo por voz vaga y prosiguió su destino, no obstante la certeza que aun tuvo. Algunos fueron de dictámen que se volviese, pues la distancia al fortin del Ciego no era notable; mas el comandante insistió en llegar al Pino, de donde no distaban mucho: y pasado un corto intervalo, se dejaron ver los enemigos y percibir dos clarines españoles que traia Alejo, el que a todos antecedia con su arcabuz, que, como dicho queda, manejaba con singular destreza. Don Pedro dispuso con celeridad su jente en una loma a la derecha del camino que llevaba, a la cual por los dos lados la circulaban dos quebradas poco profundas; y todos desmontados, se formaron a la frente de la una a la otra arcabuceros y piqueros, y en el centro colocaron la caballada y equipaje, y pusieron alguna jente en la retaguardia a la ceja del monte; y para la defensa, el comandante con valor y serenidad esforzaba a los suyos; y ofreciósele el que seria conveniente noticiar a los españoles que a la deshilada venian para su retorno, y al gobernador, de la funcion en que esperaban entrar. Ofrecióse para ello Juan Fernandez Astudillo, a quien conocimos y no há muchos años que murió, y diósele el caballo de su teniente que pidió. La empresa era de la última arduidad y peligro, pues los enemigos estaban en dos gruesos escuadrones, a la izquierda y derecha de los españoles y a distancia de algo mas de una cuadra, por cuyo intermedio habia de ser su tránsito.

Haga aquí breve pausa la admiracion: al corazon mas osado pudiera aterrar este hecho: júzguelo el prudente lector. En fin, con su pica pasó por medio de mas de mil hombres montados en jenerosos caballos: siguiéronle dos leguas y se salvó, habiendo solo perdido el sombrero, y llegó con increible lijereza a la Concepcion: verdad que parece soñada o ficcion de la fantasía, y mas a vista del ningun premio, pues le vimos morir en suma inopia; siendo esta una de las raras veces que la carrera se puede contar por vuelo: digno hecho de que se exponga a la vista de los siglos y que sirva de rubor a los del Olimpo, que tanto celebró la antigüedad pagana. Alejo con perspicacia mandó desmontar alguna jente, y que esta se internase por el monte y alanceasen los caballos y las demas bestias de albarda, para que desaforados causasen confusion y desórden en el fondo, y que al mismo tiempo los atacasen por la frente. El arbitrio fué acertado y la ejecucion pronta, pues no hallando notable obstáculo que los embarazase, los herian, y con la vociferacion recrecieron su espanto; de suerte que furiosamente, remolineando con ímpetu violento, querian romper o atropellar a los españoles; y aprovechándose los enemigos de tan favorable movimiento, los atacaron, no obstante el fuego que sobre ellos se hizo, que fué violento: mantuviéronse los españoles en buena continencia; mas fué preciso hacer dos

frentes, poniéndose espalda con espalda, porque los de la retaguardia se venian ácia ellos, trayéndose por delante hiriendo los caballos, sobre que los enemigos redoblaron su esfuerzo por el frente, y por una y otra parte los rompieron con notable confusion y desórden. Por todas partes se hallaron circundados de implacables enemigos, y tomando el mas jeneroso partido, morian peleando.

El despojo de que se aprovecharon, fué considerable, porque todos venian socorridos, y su prolijidad fué tan flemática, que deshaciendo los colchones y dejando la lana, se llevaban la tela. El comandante con bastantes heridas libró de entre los muertos, aunque despues murió de ellas; mas fué digno de nota que el capitan Francisco Guirao sobreviviese muchos años con treinta y seis heridas que sacó. El despojo de armas y algunos caballos fué el que mas apetecieron los indios: al dia siguiente vino la jente de la plaza del Pino a sepultar los muertos y a llevar los pocos heridos ya moribundos. Imputóse esta pérdida a la mala conducta del comandante, pues sin esclarecer la presencia de enemigos se puso en marcha, y aun cerciorado, la prosiguió sin la reunion de su tropa. Estuvo preso algun tiempo por este motivo y se mantuvo valetudinario hasta que murió, viéndose mui bien que los yerros de la guerra son sin enmienda. No la tuvo el del gran Pompeyo en no haber enteramente deshecho las tropas de César, viéndolas retirar con desórden a su campamento, y así experimentó en Farsalia en la segunda accion lo que omitió hacer en la primera.

CAPITULO XXIV.

Caso singular que precedió al terremoto e inundacion acaecida en la ciudad de la Concepcion, del que se da noticia.—Desgraciada batalla que tuvieron los españoles con los indios, en la que murió el comandante.—Acaecimiento sucedido a un eclesiástico con un indio.—Hacen irrupcion los enemigos por nuestra frontera: sale al opósito el sarjento mayor.—Preceden algunos avisos ántes de avistarse con los indios: no obstante, marchan en su solicitud.

Las mas veces los trabajos toman alientos para ser mayores; y así no nos admire, pues todo lo que se padece está sujeto a nuestra mortalidad. Dice Job, que la vida es breve y llena de muchas miserias; por eso dijo Pausanias, que hasta la fortuna era una de las Parcas. El gobernador manifestaba heroica firmeza, como que viviese exento de la jurisdiccion de la fortuna, teniendo por alivio el pasar de unos cuidados a otros, sin perder de vista la piedad, que es, como dice Casiodoro, prevenir el socorro, considerada la fatiga, sin el rubor del ruego. Tuvo mas en que actuarla en el terremoto e inundacion acaecida en la ciudad de la Concepcion, dia catorce de marzo de mil seiscientos cincuenta y siete, a las ocho de la noche. Mas ántes de narrar este hecho o suceso fatal, dirémos lo que precedió a Manuel Brantes, muchacho de catorce años, hijo de un portugues, vecino honrado de la ciudad. Lo envió su padre por un hacecillo de leña a la montañeta que principia donde termina lo

poblado, y en ella se encontró con un personaje de venerable y sereno aspecto, vestido de morado con túnica ceñida, y con apacible imperio le mandó se volviese a la ciudad y avisase que habria un gran terremoto e inundacion de mar.

Ejecutólo así diciéndolo a todos y a su padre, quien irritado de los muchos que venian a preguntárselo, y de las personas de mayor dignidad que se lo enviaban a pedir para cerciorarse de novedad tan extraña, pasó a castigarlo, tratándolo de visionario y novelero, y aun de revoltoso; y en el instante del castigo principió el temblor. El caso es sin duda, y fuera de la notoriedad, se lo hemos oido a sus parientes y a una persona con quien profesó intimidad y le hospedó en la plaza de Arauco, adonde asistió muchos años; y aunque era digno de reflexion, omitimos el hacerla por no multiplicarlas; y a la hora ya dicha empezó el terremoto espantoso, que las personas no podian mantenerse en pié, tan extraño fué el movimiento y estruendo que consigo trajo, haciéndolo mas pavoroso su repercusion entre las quiebras de las profundas montañas. El mar se alteró notablemente, y siéndole estrechos sus límites, salió de ellos con desapiadado furor. Causó mas ruina del rio para el oriente en la ciudad, porque hubieron ménos edificios que sirviesen de dique a su flujo, y así fué mas extensa la inundacion, y quedó un barco en el fondo de las casas que hoi son de Don Miguel Barriga. Las iglesias cayeron, experimentando mayor estrago la de San-Francisco: casi no hubo casa que de este se exceptuase, principalmente las inmediatas al mar, el que llegó a bañar hasta la mitad de la plaza. El ilustrísimo señor Don frai Dionisio Cimbron, viendo mui cerca de sí este formidable y alterado elemento, no huyó y permaneció sí conjurándole y exhortando a penitencia a su pueblo. Murió un soldado ahogado en una garita y Doña María Gatica con otras dos personas, a quienes oprimieron los edificios. El eco es difícil de pintarse, como dice Ausonio. Siendo la pluma pincel vivo, no admiren mis conterráneos si a los ochenta y seis años de este acaecimiento no le he sabido expresar, pues solo en Sinaí se oyeron voces.

Los indios, que no sosegaban ni por vencedores entónces, ni despues por vencidos, vinieron en un destacamento con designio de sorprender nuestras plazas fronteras. Era el comandante Alejo y otros insignes partidarios como Mizque, Colichai, Regüecau, Huentecura, Ignacillo y otros muchos, siendo los peores los que ántes eran del servicio de los españoles, porque los mas obligados son los ménos reconocidos. Mas Ignacillo, tomando un medio entre estos extremos, condujo a su señor Don Francisco Riquelme, presbítero, hasta la inmediacion de la Concepcion con sus efectos, y se despidió diciéndole, que aquella accion era incidente del reconocimiento en que le vivia por haberlo criado y educado, mas que necesitaba para su decencia la plata labrada y alguna ropa, y que iba a solicitar el comun interes de su nacion. Entre dos males, el menor se tiene por bien, como fué el que dejase algo pudiendo llevarlo todo: parécenos será disculpable esta disgresion. Noticiado

el gobernador de la proximidad de las tropas enemigas, mandó que el capitan Bartolomé Villagran saliese con doscientos cincuenta españoles y algunos indios al opósito, y en el asiento de Perales se avistaron con igual resolucion de pelear. El comandante Villagran formó su jente toda de caballería, y el tránsfuga Alejo, a la frente de los indios, los exhortaba a cumplir con el deber que voluntario solicitaba con empeño su valor. Principióse la accion con un feroz reencuentro de caballería de igual jenerosidad y lozanía: breve fué el espacio de la indecision.

Cedieron los indios quedando enteramente batidos, y se retiraban con grande confusion, la que se recrecia cargándolos la española. Mas preocupados en la codicia, principiaron a desbandarse por cojer los caballos con sillas o sin ellas, ya por despojar muertos o hacer prisioneros, sin que los oficiales los pudiesen contener. Advirtiéndolo los indios, quienes con facilidad se desordenan y forman, segun su costumbre, reuniéronse y con notable celeridad cargaron a los españoles dispersos, en cuyo vencimiento hubo poco que hacer. Viniéronlos siguiendo grande espacio: murió el comandante y otros muchos, y a no haberse levantado una voz bien a propósito de que venia jente de refresco a incorporarse con ellos, lo que los contuvo, hubiera sido mayor la pérdida. Estas mutaciones se representan en el teatro de la guerra cuando no se usa de la victoria con las precauciones que pide la prudencia. Igual caso sucedió aquel siglo en tiempo de Mahometo III, que vencida su vanguardia por el archiduque, el renegado Sicala, hijo del infeliz vizconde Cip.ⁿ venció a los cristianos desordenados, como dice Berdier.

No obstante estos infortunios, se adelantaban las armas y se pobló la plaza de Buena-Esperanza y Talcamávida, quedando los paises que entre ellas mediaban a cubierto de sorpresas. Túvose noticia en la de Conuco de como se prevenian tropas escojidas y suficiente remonta con designio de invadir nuestras fronteras; y para el opósito ordenó el gobernador saliese de dicha plaza el sarjento mayor del reino Bartolomé Gomez Bravo con doscientos ochenta españoles y algunos indios de San Cristóbal, que sirven a sueldo hasta lo presente; y estándose refrescándose hombres y caballos al medio dia por lo excesivo del calor, tocaron al arma los centinelas por haberse avistado una corta partida de enemigos: separóse advertidamente uno de ellos y un indio de San Cristóbal nombrado Bernabé hizo otro tanto, y mediando entre los dos un barranco, le dijo Huentecura, cacique de la encomienda de Don Juan de Montecinos, que dijese al sarjento mayor se retirase porque eran mas de mil hombres, valientes y bien montados, los que traia Alejo a su comando con otros capitanes de fama, y que venian mas de trescientos yanaconas, y que la jente española era poca para salir con aire de aquel empeño. Zahirióle Bernabé con su desercion, a que satisfizo diciendo, que habiéndole aprisionado a su mujer, le habia sido inexcusable seguirla, mas no le era imposible su vuelta separándose. Y habiéndole oido el sarjento mayor, ordenó se previniesen todos y marchasen en solicitud de los enemigos, no obstante que hubo algunos que le representaron

varios motivos para obviar el encuentro, a quienes les respondió que daria ántes gustoso mil pasos para la muerte que no uno para la vida, y que siendo él el primero, los empeñaria de suerte que entendiesen todos que no habia mengua en su valor. Esto fué no sé por qué dicterios que anteriormente le habian dicho algunos inconsiderados o envidiosos de su fortuna, pues es miserable la que de enemigos carece, como dice Séneca: y apresurando la marcha se fué para los enemigos con despecho de hombre que busca la ocasion a cualquier precio, por despique o venganza de la murmuracion; pues contra Moises la hubo, cuyos portentos testificaron la privanza que con Dios tuvo, no solo de los levitas sino de sus hermanos Aaron y (1).

LIBRO SESTO.

CAPITULO I.

Dase noticia de la batalla que con los indios tuvo el sarjento mayor Bartolomé Gomez Bravo, en que perdió la vida: al fin de un dudoso Marte se retiraron los enemigos.—Envían unas cortas partidas para damnificar a los españoles en los caminos inmediatos a la Concepcion: hecho valeroso de Luis de Lara.—Puéblase la plaza de Lota.—El jeneral Misque con floridas tropas intenta una accion memorable.

Las calidades que pidió Ciceron para un buen ministerio, fueron prudencia para consejos, presteza para ejecuciones, industria para negocios y expediente para despachos. Tuvo Don Pedro estas eminentes calidadades, realzadas con su ejemplar vida y calidad de cristiano, sirviendo para los venideros de idea de buenos gobernadores; y pues que no corrian de su cuenta los acasos de la fortuna, proseguirémos en decir los que tuvieron nuestras tropas en el sitio de Lonquen. El sarjento mayor ordenó se formasen en una loma despejada y nada pendiente, en caballería, y en el respaldo de su frente habia un barranco moderado que cubria en alguna manera su fondo. Los indios, como a dos tiros de fusil de los nuestros, se dividieron en dos tropas: traian clarineros españoles, pífanos y clarines, segun costumbre de la nacion. Allí Alejo se dejaba ver con singular entereza y valor exhortando a los indios. A este tiempo cuatro o cinco españoles ejecutaron la bajeza de desbandarse, y visto por el sarjento mayor, los mandó seguir y arcabucear, mas lo uno y lo otro sin efecto. Echóles la absolucion el capellan, que se conturbó de tal suerte que el jeneral le alentó a proseguirla, y sacándole al baston el

(1) Aquí está interrumpido el discurso, sin que se haga a este respecto advertencia alguna en el MS.

casquillo de oro, lo arrojó diciendo que ya no servia. Los indios acometieron a los españoles con tan feroz reencuentro, que pensaron atropellarlos, y los estrecharon de tal suerte en figura de medio círculo, que ijadeaban los caballos de oprimidos, y los españoles tan estrechos que unos a otros se embarazaron.

Los indios, al contrario, manejaban sus picas con denuedo y presteza: a este tiempo levantó la voz un soldado diciendo, que el sarjento mayor era muerto; mas el teniente Don Gerónimo de Campos desmintiéndole le tiró un golpe de espada que le hirió gravemente, y por segunda [vez] nadie repitió esta voz. Viendo los indios cuan unidos se defendian los españoles y el daño notable que experimentaban, de comun acuerdo se retiraron a poco mas de tiro de fusil, para rehacerse y volver a repetir la accion despues de haber tomado algun aliento, pues era el tiempo y la hora mas ardiente del año y del dia. Ofrecióseles un arbitrio, de que se conoce cuan discursivos los pone su belicoso jenio, que fué de incendiar el campo de batalla donde habia crecido el herbaje, y tomando el viento a su favor, venirse encubiertos del fuego y humo, enemigos tan poderosos que les darian a la tropa española poco ménos que vencida. Ejecutáronlo así, y viéndose cuasi batidos, se encomendaron a Dios y a la Vírjen Santísima con gran fervor: y sin duda su superior influjo pausó el aire y contuvo el fuego o llama en materia tan combustible; y frustrada su esperanza, acometieron por segunda [vez] con el esfuerzo primero: duró la accion indecisa mas de una hora, y se retiraron por segunda [vez] con el ánimo de volver a renovar la batalla con mas válido aliento. Hallábase el campo español consternado: muchos soldados tenian las picas quebradas, y para que los enemigos no advirtiesen la disconformidad, los pusieron en el centro, haciendo que las levantasen otros: habian perdido sus arcabuces y carabinas y solo se hallaban con espadas. Huentecura y otros los disuadieron, oponiéndoles la mucha jente que tenian perdida y la mayor parte herida, y la victoria si la conseguian, lo que dudaba, que les seria fatal y costosa: segun la continencia con que estaban los españoles y el aire esforzado con que los veian, moririan todos en el empeño, y que sus caballos estaban fatigados. Por fin, cedió Alejo, y se retiraron al son de sus clarines y cornetas: murió el capellan, que un dia ántes de salir de la plaza habia celebrado su primera misa, y los capitanes Juan de la Cruz, portugues, y Juan de Medina y el cirujano con cuarenta y ocho españoles que quedaron en el campo de batalla. Así hemos oido esta accion, y principalmente a Nicolas Gonzalez de Albarrán, que en ella se halló.

El sarjento mayor perdió la vida al principio de la accion y su cuerpo quedó tan hollado, que apénas quedó conocido: era casado con Doña Gregoria Fontalba, de las principales familias de la Concepcion, de quien no subsiste projenie. A su heredada nobleza acreció prendas adquiridas, las que con violento atractivo le hacian amable: fué gran latino, y túvose por cierto que a la hora de su muerte se le apareció al

padre Diego Rosales, su amigo íntimo y ejemplar relijioso de la Compañía de Jesus.

Por este y los antecedentes hechos, vemos practicada la máxima de la mas acertada política, que es alejar la guerra del propio pais y hacerla en el ajeno, para en caso adverso tener por receptáculo el propio, como dice el marques de Santa Cruz y el proverbio aleman, de que es bueno atar los caballos a los árboles de los enemigos. Pasó a mas, que fué a despachar partidarios con corta comitiva, para que puestos en la inmediacion de la ciudad, en tránsitos estrechos y montuosos, aprisionasen o matasen los pocos viandantes que encontrasen, o los que de las plazas fronteras fuesen a la Concepcion o retornasen, porque no dejó corta rima (*sic*) su malicia por donde no entrasen a damnificar a los españoles.

Y para obviar este embarazo con el castigo de los agresores, destacó el gobernador a Don Alonso Gomez Hidalgo con suficiente tropa; y habiéndola distribuido en patrullas, empezaron a talar e incendiar los bosques de mayor espesura, buscando a los hombres como si fueran fieras: fructuosa fué la solicitud, pues el capitan de caballos e intérprete jeneral Don Tomas de Soto, persona que sirvió muchos años al Rei, aprisionó cinco que pagaron su delito y tal cual otros; mas los indios, complaciéndose en sus sanguinarias indignaciones, quitaron la vida a tres españoles por via de satisfaccion de estos castigos. Es digno de nota el atrevimiento de esta nacion, pues en el intermedio de la ciudad y tantas plazas fronteras, léjos de su pais y tan sin humano socorro, se expongan a contender y provocar a los españoles: mírese este arrojo a la luz de un juicio desinteresado para hacerlo de su valor, pues no fuera mucho el ejecutar esto de rebato, como lo es el hacerlo de asiento. Los acaecimientos sucedidos en várias haciendas y menores combates, los hemos omitido, porque la nimia prolijidad en su recito fuera importuna y pasara a ser dilatado volúmen. En la hacienda de la Magdalena de los jesuitas se fortificaron y se pusieron en estado de la defensiva, tambien en Bularco, en Uñigüe y en el partido de Maule; y aun viendo que por allí pasaba un destacamento a hostilizar la costa de Chanco, salió Domingo de Mieres a acometerlos sin suceso, porque los indios al primer reencuentro los hicieron ceder y se retiraron con precipitacion y alguna pérdida, y esta la compensaron con quitarle la vida a un prisionero, y de resulta, pasado Maule, se volvieron los enemigos por la cordillera, donde la naturaleza quiso formar un puente entre dos peñas, trayéndose gran despojo de caballos y otras especies.

La vijilancia y cuidado que pedian los caballos, era grande y hacíase mayor al ver la solicitud que los indios ponian en llevárselos. Luis de Lara, natural de la ciudad de Santiago, era hombre de consumado valor, y de comun soldado que lo fué en sus principios, [se hizo] distinguir por haberse fiado a su cuidado su custodia.

Los enemigos, tomando oportunas medidas, vinieron a sorprenderle y con tal suceso que se retiraban ya con gran presa. El comandante juntó hasta treinta españoles y con feroz ímpetu los acometió, desordenó y

consternó, que no obstante que eran mas de cien los enemigos, se los quitó, mató algunos y otros hizo prisioneros, cuya accion lo colocó en alta estimacion, como verémos; y lo es ya de que a la vista pongamos la muerte del traidor Alejo. En todo se procuró conjeniar con los indios, imitando sus modales, lo que no era contra su jenio, dándose a la embriaguez y poligamia, que en lo uno y lo otro procuró excederse. Solicitó otra mujer mas de las que tenia, porque en estos excesos los hombres se digustan fácilmente de lo que poseen sin pena, y hallando en la reciente mas atractivos que en las otras, ella era quien solo disfrutaba su cariño. Mas sobre celosas, resentidas y quejosas del mal trato que experimentaban, aunáronse dos y resolvieron el matarle y con celeridad retirarse al pais español. Tanto finjen los semblantes, tanto ocultan corazones: aunque la ejecucion se retardó, el tiempo no las desimpresionó, porque no hai ira mayor que la de la mujer, como dice Salomon; y un dia que le vieron recargado de una fuerte embriaguez, con un *topo*, que es un fornido alfiler en el un extremo puntiagudo y en el otro chapeado, adorno de que usan, le mataron y con dichosa fuga llegaron al pais español: la una de ellas habia sido prisionera. Diéronles por recompensa durante su vida racion y sueldo de soldado.

Las armas se adelantaban, y con la mira de dominar la costa, se pasó de Andalien la tropa que allí estaba acampada, al sitio de Lota, de la otra parte del caudaloso Biobio, en la orilla del mar y una legua del cerro de Villagran, ensenada abundante, divertida y segura. Su guarnicion constaba de ocho compañías de infantería y caballería. Los indios, viendo que los favorables sucesos que habian experimentado, no eran estorbo para que los españoles adelantasen sus progresos, y que los iban estrechando, resolvieron el hacer un poderoso esfuerzo que mas fructuoso les fuese, y que mejor seria caer de sus esperanzas, como dice Séneca, que no vivir suspensos: y dispuso Misque, yanacona que se habia levantado entre ellos a una desmedida autoridad, venirse para el pais español con mil quinientos hombres los mas selectos de sus tropas, escojidos a su satisfaccion. El verdor de esperanzas con que venian, excede a toda credulidad: discurrian que aun la ciudad de la Concepcion no estaba segura; mas lo que no admite duda es el que venian prevenidos de sogas para llevar de seguro prisioneros.

CAPITULO II.

Sorprenden los españoles las tropas enemigas, que ménos se discurrió, y quedan enteramente batidas.—Singular modo con que fué aprisionado su jeneral Misque, a quien se le quitó la vida.—Dan la paz algunas provincias de la costa.—Muere el gobernador Don Pedro Porter Casanate: hácese un debido elojio a su memoria.—Sucédele el maestre-campo Don Diego Gonzalez Montero.

Es metáfora mui propia pintar al tiempo con alas, por quien dijo San Gregorio, que era un movimiento de contínua perpetuidad. Llegábasele al gobernador el de su ocaso, pues el morir es pena impuesta a

nuestra naturaleza, o es cumplir con el decreto del humano vasallaje. Mas en la melancólica positura en que se hallaba, no desacordó los intereses del reino y ordenó al maestre-campo Gerónimo de Molina, que habia tiempo que lo era, persona de la distincion que tenemos dicha, que con seiscientos españoles y los indios que a sueldo servian, fuese a las Quechereguas, provincia pertinaz de su belicoso clima; cuyo proyecto se ejecutó sin noticia de la expedicion que tenia dispuesta Misque, ni ménos de las tropas nuestras, las que habiendo transitado el rio de la Laja, resolvió el sarjento mayor Don Martin Erizar, comandante, con el comisario Luis de Lara, que en prosecucion de su destino fuesen para el vado de Negrete y que por allí se transitase el Biobio; cuando advirtió la vanguardia que habia rastro de reciente huella, que iba para el salto de la Laja o Curanilagüe, dos vados poco distantes que ofrecia el rio, y aunque anocheció se prosiguió el camino o marcha, cuando un indio de San Cristóbal llamado Tanamilla, que servia en nuestras tropas, se separó un poco de ellas, y no pudiendo incorporarse por la oscuridad, pasó el rio por el salto o despeño, discurriendo que lo hubiesen ejecutado ya los españoles, y se halló en el campamento enemigo, el cual estaba en la opuesta ribera, teniendo a su derecha un arroyo cenagoso: reconociéronlo, y preguntado, respondió sin conturbarse, que andaba en solicitud de su caballo que se le habia soltado. Satisfizo tan repentina y natural respuesta, y con no menor fortuna que destreza supo evadir el peligro, coadyuvando el lenguaje uniforme a la simulacion: repasó el rio y notició a los españoles del acaecimiento, hallándolos con no menor dicha que la que pareció desgracia cuando se perdió, porque era preciso se ejecutase en la tierra lo que estaba determinado en el cielo. Tuvieron muchos la noticia por fabulosa, no persuadiéndose a que persona tan práctica se hubiese perdido; mas la eficacia con que lo persuadió y el castigo a que se ofreció, satisfizo la duda. Transitó el sarjento mayor el rio, y el grande estrépito que hace el despeño de las aguas, impidió se oyese el ruido que en él hacian los caballos, y justamente a la primera luz los acometió, Don Martin por el fondo y el comisario por el frente, quien pasó el rio por Curanilagüe: eran diez compañías, cinco de caballería y otras cinco de infantería montada. Los primeros los atropellaron hallándolos en profundo letargo, consecutivos los otros los siguieron: era prolongado el campamento, y en él estaban con sus caballos: la costumbre de estos bárbaros es dormir sin ropa ninguna interior, y muchos en carnes tomaban las armas para defenderse, atendiendo mas a ellas que a cubrir su desnudez: algunos cortos pelotones se ponian en defensa, mas luego los disipaban. Echábanse al rio, y la rapidez de su corriente a los mas los precipitó en el despeño; otros montando en los caballos sin sillas huian errantes a ganar la cordillera.

En el campo de batalla quedaron muertos seiscientos indios y se aprisionaron mas de doscientos, fuera de los que murieron ahogados y de las heridas en el regreso a su pais: halláronseles las sogas para asegu-

rar prisioneros, como dejamos dicho: mil trescientos caballos se cojieron, muchas espadas, cotas y otras armas ofensivas: para que la victoria fuese complida faltaba la captura de Misque, el cual con una partida corta se habia ido a alojar tres leguas del campamento ácia nuestro pais, para cuyo efecto se destacó la jente española que pareció competente, la que se vistió con el ropaje indiano, y montada en la caballería de su uso, se asemejaban con gran propiedad; estos se adelantaron escaramuceando, mas en similitud de diversion que de formacion de tropas arregladas; y habiéndolos observado desde una eminencia que predomina aquellas espaciosas campañas, en la cual se habia acampado, que por memoria de este hecho hasta hoi retiene su nombre, con impaciencia les envió a decir, que se acordasen que no estaban en sus tierras, y que aquella no era forma de marcha de soldados: los dos emisarios solo reconocieron a los españoles cuando se vieron prisioneros, y como que obedecian a sus órdenes, se vinieron formados, y era tal la similitud que Misque ni treinta y seis, sus asociados, lo advirtieron sino al tiempo de su arresto, y solo dos se exceptuaron, a quienes libró la velocidad de sus caballos o la corta distancia que fueron seguidos.

Juan García, persona de calidad y de reconocido mérito, que se halló de capitan en esta accion, le cortó una oreja a Misque por ciertos dicterios, o que fuese produccion colérica y no premeditada, porque la ira quita a la accion lo espontáneo: con el estrépito de las armas estas acciones pasan por indiferentes. Este jeneroso bárbaro, viéndose mutilado, pidió el que le quitasen la vida, pena condigna a sus delitos: recibió el golpe fatal con valor y entereza, dejando a todos edificados la resignacion y cristiandad que manifestó. Esta ejecucion fué en Buena-Esperanza. Tuvo dos hijos en una señora casada que aprisionó: tratóla con estimacion y decencia, y recibióla despues de su extraccion el marido, adoptándolos por propios. Consternó notablemente a los indios esta accion, pues perdieron mas de cien personas todas distinguidas de su pais en estimacion, valor y consejo.

El gobernador adolecia de una tal hidropesía, que llegó a términos de irremediable: fué tan vehemente su pasion que hizo pesar las aguas del contorno de la Concepcion. Dispuso su testamento, en el cual se admira la pobreza con que murió, su piedad y devocion. Dejó por albacea y heredero al maestre-campo Alonso Barriga, persona de toda distincion que siempre le acompañó, cuya familia se quedó en la Concepcion establecida; y dispuso que una imájen de bulto que lo mas de su vida le habia acompañado, la remitiese a la puebla de los Anjeles, la que se la habia dado el ilustrísimo señor Don Juan de Palafox con este cargo. En su persona halló la justicia oido para la queja, y brazo para el castigo y vista para el merecimiento, como dice la Sabiduría. Su constancia y valor fué a toda prueba: dígalo la América Setentrional en la California y Sinaloa, y Chile, que a su ingreso lo halló en positura melancólica, cual ántes ni despues estuvo. Tuvo la consolacion de que la mayor parte de la costa solicitase con sumision la paz, y la sorpresa de

la Laja tan decisiva, con cuyos hechos se disiparon desgracias y principiaron los crepúsculos de serenidad, y la poblacion de Yumbel.

Es cosa singular que se hallase en aquel siglo un hombre con los constitutivos para la admiracion de los venideros en Chile, y no le es inmoderada ninguna alabanza. Othon Venio pintó la clava de Hércules en la superior esfera elevada y resplandeciente, y debajo una corona de laurel deshecha con una letra que decia: la virtud es su mismo premio. Esta lo fué de Don Pedro, pues en cerca de siete años que gobernó a Chile de interino, no se le confirió la propiedad pidiéndolo su mérito y el comun deseo del reino, y lo que ocasionó su prosecucion fué la muerte de dos o tres provistos. Sucedióle en el gobierno Don Diego Gonzalez Montero, y quedó de presidente de la audiencia real del reino el oidor decano. Era Don Diego el maestre-campo mas antiguo y una de las personas de mayor mérito que en el ejército habia, cuya ilustre prosapia está dispersa en el reino del Perú y en la ciudad de Santiago. Gobernó a Chile tres meses o algo mas, y como persona tan práctica en el manejo militar y político, mantuvo las armas y fronteras con toda reputacion y dispuso el que se adelantasen las fábricas, hasta que llegó su sucesor al reino el año de mil seiscientos sesenta y dos.

CAPITULO III.

Viene de gobernador D. Anjel de Pereda, de la órden de Santiago.—Batalla que tuvieron los españoles con los indios en el monte de Villagran, que termina a favor de los españoles.—Puéblase la ciudad de San Bartolomé de Gamboa.—Nombra el Rei por gobernador interino al Iltmo. obispo de la Concepcion, y le halla muerto.—Los servicios de Chile hace el Rei de igual mérito a los de Flandes, España e Italia.—Manda el gobernador se pueblen las ciudades.

Deidad venerada de la antigüedad pagana fué Corbona, cuya intendencia era cuidar de los huérfanos: tenia altar en Roma junto al templo de los dioses lares, como dice Rosino. Este númen le fué a Chile propicio, adonde se veia tanta horfandad y descarriadas familias, en el nombramiento que de gobernador hizo el virei del Perú en Don Anjel de Pereda, de la órden de Santiago, de tan reconocida piedad y ejemplar vida, que diariamente tenia siete horas de oracion mental y vocal, sin que desacordase las obligaciones de su cargo. Siguiendo el método de su antecesor, conservó el número de consejeros para dirijir las operaciones militares, lo que mas bien confirmó el alto juicio que se tenia de su persona; y así dice Salomon, que el sabio oye consejo. Los indios de la costa volvieron a sublevarse, dando a su jenio o inconstancia lo que tan connatural les es. El gobernador y los de su consejo discurrieron el que se les diese pronto castigo para el escarmiento propio y ajeno; y a este efecto pasaron las mas tropas que se pudieron a la plaza de Lota, a que se agregaron algunas personas de distincion voluntarias y otras de menor esfera.

Los indios, bien advertidos del bélico aparato que se prevenia para su

castigo y entera sujecion, se acamparon en la cima del monte de Villagran, nombrado en su idioma Marigüeno, y el que ha sido várias veces palestra de Marte, como tenemos dicho; fortificaron su campamento con trincheras y foso. El maestre-campo Don Ignacio de la Carrera, de la órden de Calatrava, se hallaba en la plaza de Lota con el comando de las tropas que habian de ir a desalojar a los enemigos, y para que esta expedicion tuviese el acierto que se esperaba, ordenó el gobernador al sarjento mayor Juan de las Ruelas Millan, persona mui acreditada en el servicio del Rei, que enviase un destacamento de españoles e indios, y que para el dia aplazado se hallasen en Chivilingo, cuya situacion es al respaldo de dicho monte, y por consiguiente quedasen los enemigos entre unas y otras tropas. Parecen que habian tomado cabales medidas para fundar esperanzas, en cuya prosecucion salió el maestre-campo de Lota con la caballería española y algunos auxiliares, y al pié del monte llegó al romper el alba, saludándola con clarines y cajas, que hasta allí habia sido marcha silenciosa la que habian traido.

Principióse a subir el prolongado repecho del monte, no por la senda que hoi se trajina, sino por la inmediata al mar, que se ha abandonado. Los indios con solicitud industriosa, por un lado y otro del camino, habian puesto tercios de frutas y otras especies comestibles y apetitosas para que provocados se desordenasen; y se admira que ni las triviales industrias omiten cuando les pueden ser fructuosas. En caballería e infantería esperaban a los españoles, y eran mas de dos mil, y la superioridad del terreno alentaba su confianza. Principióse la accion con igual coraje, y con feroz ímpetu un destacamento de caballería cortó un trozo de la vanguardia española por la derecha, sin poderlos retener ni con el fuego ni picas, lo que causó confusion y amenazaba mayor desórden o la total pérdida de la batalla. Entónces el maestre-campo ordenó a Don Alonso de Córdoba, capitan de caballos, que con su compañía que estaba de retencion, acometiese a los indios: efectuólo con tal ardor que en breve tiempo cedieron desordenados y con su precipitado retiro se llevaron por delante un destacamento que venia a sostenerlos: entónces los españoles divisos y consternados se reunieron. Un indio se llevaba a uno de los cabellos, y un soldado llamado Clasin le disparó con tal acierto, que mató al indio y libró al prisionero.

La accion de Don Alonso, que fué mi padre, dió la victoria de este dia y las consecuencias favorables que se siguieron: así consta de informacion hecha ante Don Alonso de Sotomayor, correjidor de la Concepcion, que en mi poder pára, y los declarantes se hallaron en esta funcion. Y en prosecucion del desórden en que los indios estaban, los atacaron con vigor, y se retiraron con confusion a su campamento fortificado, y siguiéndolos sin darles tiempo a que se reuniesen, pasaron el foso, siendo el primero que lo ejecutó un soldado valeroso nombrado Farfan, y entraron en su campamento matando o hiriendo a cuantos por delante encontraban. Mas como la cima del monte era montañosa y su falda que cae a Arauco, se salvaron muchos, y habiendo transitado

el rio de Chivilingo, se retiraron por lo de Arauco, unos a pié y otros a caballo, y no pocos quedaban heridos y otros muertos: llegó a este tiempo Juan Muñoz con la jente de Yumbel, y se le imputó a descuido o pusilanimidad el no haber acometido a los enemigos que iban con tal desórden y desgreño, como tenemos dicho, adonde solo restaba el aprisionar o matar; mas hemos hecho una informacion, vista a su defensa, en que consta que no tuvo tal órden y que el rio de Chivilingo con la plena marea estaba crecido, que solo a nado y con gran riesgo era transitable. La pérdida de los indios fué considerable y se reputó por la de quinientos: la de los españoles fué casi ninguna, lo que hizo mas plausible esta victoria y abatió de tal suerte su orgullo, que sumisos solicitaron la paz, de que se siguió el que se poblase la plaza de Arauco.

El gobernador siempre prefirió el ser amado a ser temido, a imitacion de la Suma Bondad, que lo manifestó cuando el castigo de Pentápolis, que por el mérito de pocos se puede perdonar a muchos. A las armas o a la guerra se le imputa la subversion de las leyes, el desprecio de la justicia y el dominio de la impiedad: procuró Don Anjel correjir y enmendar lo que se pudo, y se atrajo las voluntades con los beneficios que hizo, pues no siempre es cierto que quien al comun sirve a nadie obliga. Los vecinos de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa se hallaban dispersos con el abandono de ciudad, como tenemos dicho: procuró reunirlos y fomentarlos para que se repoblase, pues no solo cedia en el beneficio del vecindario, sino en mayor seguridad del reino, para cuyo efecto destinó al comisario Don Miguel de Saldias, a quien por sus méritos despues se le confirió este grado no ménos que por su calidad, que en dicha ciudad se acimentó y hoi permanece su familia, que con doscientos hombres y algunos indios agregados, previniesen el maderámen necesario y lo demas conveniente para la construccion, y que quedase en estado de regular defensa: ejecutólo todo con acierto y sumo trabajo, en cuyo empeño perecieron dos hombres. Por fin, principióse la reedificacion año de mil seiscientos sesenta y cuatro, y por recuerdo de este beneficio se saca el real estandarte anualmente el dia del Anjel Custodio, para que la posteridad no ignore el nombre de tan ilustre benefactor: no hubo mutacion de lugar, pues aquel ameno pais no envidia delicia alguna a célebres pensiles del orbe, y ser su terreno mui fructuoso.

Este año, recreciendo honores el Rei a los que en Chile le servian, declaró que la guerra era de igual mérito a la de Flandes, España e Italia, y asímismo pasó ántes a nombrar por gobernador del reino al ilustrísimo Don frai Dionisio Cimbron de Bruna, obispo de la Concepcion, miéntras llegaba el maestre-campo Don Gerónimo de Balboa y Mogrovejo, gobernador de Alcántara, y que se formase un consejo para que en él se resolviesen las operaciones de la guerra; mas la muerte, que como dice Aristóteles, es lo mas espantoso de lo terrible, quitó la vída a los dos provistos, y solo hace al mundo hermoso el olvido de ella, como dice Séneca. El gobernador, viendo ya mas asegurado el pais con

la reedificacion de la nueva ciudad, pasó a ejercitar sus bondades y ordenó que se poblasen las haciendas de campo, que nueve años habia que estaban abandonadas, y para estimularlas mas dispuso el que a las personas mas necesitadas se les diese algun ganado menor, para cuyo efecto halló su prudencia arbitrios, sin que su conmiseracion la actuase con caudales ajenos; y así dice Salomon, que es bienaventurado el que abrió su mano al necesitado y extendió sus palmas al pobre: y porque aun fuese mayor el incentivo de unos y el recelo de la pérdida de su conveniencia en otros, publicó una órden circular para que los dueños de las tierras las poblasen dentro de un competente término, y en caso de no hacerlo por culpable omision, se reputasen por vacantes para darlas a otros que lo hiciesen. En tan loables ejercicios se hallaba entendiendo el gobernador, cuando llegó al reino su sucesor por Buenos-Aires, con una recluta.

CAPITULO IV.

Viene de gobernador D. Francisco Meneses.—Desazones que tuvo con su antecesor: debido elojio a su persona.—Puéblase la plaza de Puren, de donde se hacen frecuentes irrupciones, y el fuerte de Birgüen: matan con asechanzas su guarnicion y se apoderan de él.

La lonjitud del tiempo consume y acaba todo lo que produjo y ejecutó él mismo, y así le define Aristóteles diciendo, que es sucesion instantánea que consiste en el principio de porvenir y en fin de lo pasado. Terminando el de Don Anjel, principió el de Don Francisco de Meneses, que vino con el grado de jeneral de la artillería, persona digna de mejor fortuna y de mas elevado premio por lo mucho que al Rei sirvió con gran distincion y principalmente en la defensa de Valencianas; y aunque con escasa luz de los disturbios que hicieron azarosa su fortuna en Chile, dirémos algo de lo que ha podido descubrir nuestro desvelo: ni tampoco convendria tocar asunto tan delicado sino es con lijera pluma. Pasó luego el gobernador a la frontera y manifestó a los soldados singular agrado y afeccion, acariciándolos segun sus grados, calidad y mérito, tanto que no faltó adulador que se lo improbase, mas sin efecto, a imitacion de Trajano, como dice Plutarco, que habiéndole censurado un lisonjero la llaneza con que se dejaba tratar, respondió, que queria ser emperador para otros como habia deseado el que lo fuesen para sí; pues es mui cierto que debe amar el que quiere ser amado, como dice Séneca: lo que bien se manifestó, pues los soldados al gobernador le profesaron siempre una cordial voluntad. Principióse a alterar la buena correspondencia que debe haber entre sucesores y antecesores, y retirándose Don Anjel para la ciudad de Santiago, envió el gobernador al preboste jeneral a que le prendiese, y aunque el comisionado ejecutó la dilijencia con solicitud, fué sin efecto, porque Don Anjel lo llegó a entender a su ingreso por la Cañada, calle prolongada de la ciudad de Santiago, y a paso presuroso, por venir los ministros en

su alcance, ganó la clausura del convento de San-Francisco y por ella se dejó caer, de que resultó el quebrarse una pierna.

Esta accion causó bastante escándalo, porque estaba Don Anjel bien amado; mas despues se embarcó para Lima y fué provisto para el gobierno de Tucuman, en cuyo ejercicio murió, dejando su memoria laureada de bendiciones, de que fué merecedora su inculpable vida y singulares talentos. A los siete años de su muerte, se halló su cuerpo incorrupto, y accion tan sobrenatural indica la pureza de costumbres que siempre se le notó.

Al gobernador le pareció que sin indecoro no podia estar mas tiempo en la innaccion, y así resolvió penetrar con poderosas tropas el pais enemigo, y para que mas resintiesen las operaciones de la guerra, dispuso el que se poblase la plaza de Puren y quedase en brida aquella belicosa provincia y las adyacentes. Fué jeneralmente aprobado este dictámen, y prevenido lo conducente a tan glorioso asunto, se puso en marcha con mil y seiscientos españoles e indios: otros dicen que fueron mas. Siguióse el destino sin novedad alguna, sino de actuar los rigores de la guerra, de incendios, talas, robos y prisioneros, en que reportaron bastante utilidad los soldados. Puesto el gobernador en el campo de Puren en alojamiento cómodo y fortalecido, despachó algunos destacamentos para talar el pais, y todo se ejecutó con suceso; y sin perder tiempo pasó a delinear y construir la plaza en el mismo lugar de donde se despobló el año de mil setecientos veinte y cuatro. Dió el gobernador grande ejemplo, pues era el primero que ponia la mano en el transporte de materiales y lo demas conducente a su adelantamiento; y puesta en estado de regular defensa, nombró por comandante de ella al comisario Luis de Lara, persona de mérito y de valor a toda prueba, como dejamos dicho. No pareció a muchas personas de las distinguidas del ejército que era adecuado para el comando, porque decian que su espíritu era mui fogoso, y que sus arrojos, que algunos reputaban por inconsiderados, podrian causar alguna ruina que trajese funesta consecuencia; que los gobernadores de plazas tan distantes del recurso, como aquella era, debian ser reportados. Mas haciéndose el cargo el gobernador de todo, resolvió que quedase el electo, y que las operaciones de la guerra se habian de determinar por un consejo de doce personas que nombró a pluralidad de votos, diciendo que en ellas dejaba rendajes para contener su ardentía: oímoselo así a persona que se halló presente; y quedando trescientos hombres de guarnicion y la precisa remonta solo, por no exponerla, se retiró el gobernador a la Concepcion bien observado. Esta nueva colonia causó a los indios sensibilidad mui llena, y procuraron estrechar e incomodar a los españoles, valiéndose de la fuerza y del engaño, el que, segun San Crisóstomo, siempre tiene color de bien. De los fuertes combates que se tuvieron con los indios, fuera prolija e impertinente su narracion: mas habiendo el comandante Luis de Lara acometido a los indios en la laguna de Vutanleuvu, donde se habian fortalecido en sus islotes, lodazales y montañetas, que todo concurre a

hacerla impenetrable, terminó la accion mui a favor de los indios, librando el comisario la vida mui mal herido, porque empeñó la persona en demasía, y a su ejemplo los soldados: la pérdida de jente fué mucha, no solo en esta, sino en várias acciones, lo que se imputa al comandante. Mas los indios, compulsos de tan tenaz empeño, se fueron sometiendo. Los jenerosos pensamientos del gobernador terminaban en la total sujecion de esta nacion, por cuyo motivo se construyó un fortin en la provincia de Birgüen, situada en la ceja de la cordillera, donde principia lo montañoso de ella. Anhuilipe, cacique jeneral, con afectada sumision dió la paz y solicitaba con cautela la ruina de los españoles, acabando con ellos o expulsándolos de su pais: logró sus alevosos deseos, y así dice Vejecio, que mas ofende un finjimiento o traicion que las armas. Llegó un dia presuroso a la plaza y con aspecto conturbado y entre balbucientes voces dijo al comandante Paredes, que por parcial de los españoles habian venido a sorprenderle los enemigos rebeldes, y que actualmente talaban su territorio y a sus vasallos con sus familias los llevaban prisioneros, en cuya infeliz suerte discurria ya comprendida su familia, y que por gran fortuna suya habia librado y venia a pedir socorro, suplicándole cumpliese la palabra que le habia dado de protejerle: vinieron otros sucesivamente reagravando la noticia, sobre cuyo asunto de irlos o no a socorrer hubo su acuerdo. Los mas fueron de sentir que no debian moverse de la plaza hasta mejor cerciorarse, y que no habia que dar crédito con lijereza a jente alevosa y de tan experimentada mala fe; mas el comandante, poco advertido o temerariamente confiado, resolvió el irlos a socorrer llevando la mayor jente de la guarnicion, y experimentó lo que dice Séneca, de que se apresura el peligro que se menosprecia; pues a corta distancia de la plaza fueron circundados por las tropas enemigas que allí estaban apostadas, y aunque se defendieron con valor, cedieron a la muchedumbre y perdieron todos jeneralmente la vida, no obstante que el alférez, teniendo por respaldo un peñasco desmedido, la disputó mucho tiempo con increible valor, aunque infructuoso. Los enemigos sin perder instante se vinieron a la plaza: el residuo de la guarnicion se defendió en un baluarte, donde perecieron, exceptuando a mui pocos su furor, a quienes llevaron con sus mujeres, dejando la plaza sepultada en sus cenizas, pudiendo bien medir los vencedores su gloria con el valor de los vencidos, que fueron ochenta españoles, y reputar por mayor su número, segun su obstinada resistencia contra mil quinientos indios.

CAPITULO V.

Llega el sarjento mayor al fuerte de Anguelipe despues de su pérdida y retírase a la plaza de Tolpan: procuran los indios sorprenderla sin suceso.—Acaece una notable inundacion, y puéblase Yumbel.—Prision y castigo de Anhuilipe.—Cásase el gobernador: tiene notables desazones con el veedor: solicita este quitarle la vida, de que se orijina su prision y muerte.—Disturbios entre el presidente y obispo de Santiago.

Siempre se juzga superior el que acomete, por no sé qué aire pavoroso que trae en su ejecucion lo inopinado: fué esta máxima de Ciro el menor, como dice Jenofonte. Ejecutó lo mismo el sarjento mayor del reino Don Alonso de Córdoba, padre del autor, saliendo con trescientos hombres de la plaza de Tolpan, y al cuarto dia llegó a ver el estrago que ejecutó el bárbaro furor, y aunque esperaban invasion y por eso se habian internado en las montañas, pero no tan anticipada. Talóse la provincia de Birgüen, cuyos habitadores fueron los traidores, aunque con poco fruto por lo que tenemos experimentado; y el sarjento mayor ántes de ejecutar su regreso hizo sepultar los cuerpos. Dejó piadoso ejemplo Jermánico, hijo de Druso, con restablecer el ara que su padre erijió, y juntar la osamenta dispersa de los que murieron con Quintilio Varo. Llegó a la plaza de Tolpan, la que se habia construido tiempo ántes al ingreso de este rio con el caudaloso Vergara, por cuyo motivo así la mencionaron: toleró la guarnicion penalidades excesivas, como fué la carencia de pan por el tiempo de tres meses, lo que parecerá bien extraño, mas a los europeos que a americanos.

Permaneció la plaza en su benigna situacion año y medio, teniendo en brida muchas belicosas provincias, o reclusos a sus habitadores en los bosques, por cuyo motivo se ofreció el cacique Aillimamil a sorprenderla, para cuyo efecto tomó precaucionadas medidas, y con dos mil hombres de caballería llegó a la primera luz a la inmediacion de ella; mas fueron reconocidos, y observó que estaban mui sobre aviso: incendiaron una fragua, y aunque estaban algo distantes, disparó un soldado nombrado Vilches con tal acierto que mató a un indio, y dejaron el yunque que intentaban llevar; y viendo Aillamamil mucha infantería bien distribuida por el recinto, que era de palizada, se retiró con un corto despojo de caballos, cuya accion ejecutó por segunda [vez], lo que bien manifiesta su espíritu ardiente y resuelto; y así dijo Plutarco, que era difícil de conseguir lo apetecido y hermoso, mas digno de alabanza el emprender.

Resolvióse el abandonar la plaza, no obstante que de ella se hacian frecuentes irrupciones las mas fructuosas, en que parece hubo divino influjo, pues a poco tiempo de este retiro acaeció tan copiosa lluvia, que inundaron los dos rios de Vergara y Tolpan toda la campaña de su situacion, con tan espantoso estrago que fué admiracion: todo lo referido consta de auténtica informacion de personas que presentes se hallaron, que en nuestro poder pára.

Las mismas tropas pasaron con su comandante a poblar a Yumbel con el nombre de San-Cárlos de Austria, habiendo tenido en tres que anterior a esta se hicieron el de San-Felipe de la Almudena, cuyas frecuentes despoblaciones ha orijinado alguna confusion. El gobernador dispuso el que se solicitase la captúra de Anhuilipe, pues el castigo y el premio son los dos ejes de la vida humana, y en el juicio final esta será la ejecucion del mejor rei. Consiguióse con felicidad su prision y la de otros, y pagaron los mas culpados con la vida la pena de su delito, y primero fué atenaceado. El gobernador procuró que se internasen mas las armas, lo que así se ejecutó. Construyóse un fortin en la provincia de Repocura a distancia de catorce leguas de la plaza de Puren, cuya noticia le llevaron a la ciudad de Santiago, donde se hallaba; y como los hechos públicos son asunto de locuciones, pues de la jurisdiccion de la lengua no vive exenta la soberanía ni a su remedio alcanza el poder, profirió Don Juan Gallardo, persona de la primera distincion, que la dudaba, y la adulacion o lisonja se lo hizo saber al gobernador con coloridos que provocaron su indignacion.

Ordenó, pues, que se cojiese donde se hallase y le llevasen a Repocura para que no dudase de su poblacion: el dicho era digno de desprecio y no de tan severa demostracion como la de hacerle ejecutar una marcha de trescientas cincuenta leguas hasta su regreso; y bien experimentaria el gobernador, si no entónces, despues, lo que Séneca dice, que el arrepentimiento apresura el que presto juzga; y aunque este caso mas era digno de conversacion que del teatro de una historia, pero su resulta lo es, por cuyo motivo no lo omitimos.

Don Francisco Meneses bien cerciorado estaba de la lei que le prohibia casarse sin licencia del Rei en la jurisdiccion de su gobierno; no obstante, lo ejecutó con Doña Catalina de Saravia, hija de Don Francisco Saravia, marques de la Pica y persona de las mas distinguidas del reino, y si fué yerro el no pedirla, fué disculpable, pues, como dice Séneca, el amar y saber apénas a los dioses se concede, pues nada tiene de entendimiento una pasion; y así no se ve en ella gloria sin pena, ni felicidad sin queja.

En este tiempo parece se abrieron las puertas del Averno y salieron las Gorgonas o discordia, como finjió la antigüedad pagana, por las que se le ofrecieron al gobernador. Era veedor del ejército Don Manuel Pacheco, persona de mucho celo y desinteres, tenaz y exacto en lo que aprendia que era del cumplimiento de su obligacion, mas sin prudencia, que, como dice Plutarco, de los negocios humanos es guia, o segun San Agustin, es ciencia de lo que se ha de seguir o evitar: y sobre la distribucion del situado, impensas y otras distribuciones, tuvo con el gobernador desazones, desconviniendo en propuestas, lo que haria recrecer la adulacion y malevolencia; y tanto creció esto que determinóse a quitarle la vida al presidente, para cuyo efecto dispuso el ir a la ciudad de Santiago, donde se hallaba: o bien que lo supiesen algunas personas bien intencionadas, o lo sospechasen, procuraron disuadirlo,

principalmente el maestre-campo Fernando de Mier, mi abuelo, en cuyo poder dejó algunos bienes, mas sin efecto; y habiendo tomado sus medidas, asechó al gobernador en la plazuela o portería del convento hospital de San Juan de Dios y disparóle un trabucazo, cuya falencia le libró la vida. El gobernador, sin conturbarse, echó mano a la espada y su ayudante Juan Francisco del Fierro: ejecutó lo mismo el veedor con el suyo: a este mataron y al otro de la iglesia le sacaron y pusieron en arresto con suficiente custodia, no sin estrépito contencioso.

El hecho del veedor fué temerario a todas vistas. Don Francisco Meneses, tomado su acuerdo, de resulta de la causa, le hizo pasear por las calles vestido de coles, rapadas cejas, cabellos y barba, o como otros dicen que a media rasura, tratándole como a loco; y vuelto al arresto, de la noche a la mañana le hallaron muerto, y a lo que se dijo, sin signo de exterior violencia, de suerte que pudo juzgarse por natural. No obstante, se la imputaron al gobernador, como que quiso evadirse con su muerte de un enemigo fiero, tenaz y empeñado en su ruina, y que si de actual presidente habia ejecutado tal hecho, ¿qué no podria esperar en su residencia despues de no serlo? y que pájaros de esta esfera, las mas veces no se enjaulaban para soltarlos: estas y otras cosas proferian sus émulos y los mal intencionados, pues que el odio de muchos lo oculta el ósculo de paz, como dice Séneca, y con la indiferencia que observamos, narramos con igualdad los hechos. Entre el ilustrísimo Don frai Diego de Humansor, obispo de Santiago, y el gobernador, nunca hubo buena correspondencia, y principiaron las desazones al ingreso de Don Francisco al reino, y que asímismo vino de España a esta silla, porque Don Francisco discurrió que se le faltaba a lo debido en materia de prerogativas y otros hechos de los que resonaban mútuas quejas; mas las del prelado fueron fatales al presente (1).

CAPITULO VI.

Desazones que se ofrecen entre D. Ignacio de la Carrera y el gobernador, aquel caballero de Calatrava, hasta su evasion del reino.—Dase noticia de quién fué Matías de la Serpa hasta su muerte.—Envía el virei conde de Lemus, por juez y gobernador a Chile, al marques de Navamorquende.—Sale presuroso el gobernador de la ciudad de Santiago para la de la Concepcion, y tráenlo preso, de donde lo pasan a Mendoza, a Trujillo y Lima.—Su causa se sentenció a su favor en el consejo y murió en el Perú.

Dice Séneca, que la discordia invierte todas las cosas. Cuando el feliz natalicio de nuestro Salvador cantaron los ánjeles con igual armonía: gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra al hombre de buena voluntad, segun San Lúcas; y no satisfecha la divina piedad de que nos lo anunciasen los ánjeles, nos dijo por San Juan, que nos dejaba paz y nos la daba para que hiciesen el debido aprecio de ella: y aunque las

(1) Parece que debiera leerse *presidente*.

desazones del gobernador fueron interpoladas, se narran sucesivas por desembarazarnos de este ramo de historia.

Túvolas desmedidas con el maestre-campo Don Ignacio de Carrera, de la órden de Calatrava, persona de notoria calidad y alto oficial de ejército, cuya ilustre projenie permanece en el reino. Dícese que el motivo fué leve, y cual pequeña centella, despreciada quizá del presidente, levantó grande incendio, como expresa Curcio, que empañó su crédito, destruyó su caudal y atrasó su fortuna. Permite el Altísimo los contratiempos para que las felicidades no nos saquen del centro de la modestia y se humillen nuestras elaciones, y que sin duda tuvo algunas desmedidas, como fué lo que ejecutó estando acampado en Puren, con varios memoriales que le presentaron, dándoles un destino indecente y ridículo, de que quedaban quejosos los interesados y escandalizados los indiferentes: lo que sabemos por hecho notorio y de personas que presentes se hallaron.

Envió el gobernador órden para que se le quitase la vida a Don Ignacio, el cual estaba preso en la plaza de San-Pedro; y viendo las esperanzas de la vida en los brazos de la muerte, con apacible y laudable reposo, imitando a Juan Federico de Sajonia, pidió tiempo para disponer su conciencia y domésticos negocios, y entre tan piadoso expediente, tuvo dichosa evasion coadyuvado del cura, a lo que se dijo, y de otros de índole compasiva; y engolfándose, si no en mayor, igual peligro, transitó el caudaloso Biobio por su desemboque al mar en una balsa, asociado de un jeneroso jóven, sin que lo aterrase el embate de las ondas, que allí las hacen formidables, ni su desmedida latitud, y llegó dichosamente a la opuesta ribera. Tiénese por cierto que de allí pasó a ver al gobernador: dicen otros que lo ejecutó desde el refujio de San-Francisco; mas le recibió apacible diciéndole, que se retirase y que para un caballero el susto bastaba, y despues de una parla no mui larga se refujió al dicho convento; de cuyos hechos séanos permitida una leve reflexion. Divinidad del paganismo fué Pertuoste: invocábanla los romanos, como dice Rudigino, para evadirse de los daños y peligros que los amenazaban. Sin duda hubieran discurrido que este númen le fué propicio a Don Ignacio, pues habia tenido feliz éxito en los dos a que se habia expuesto, y aunque no convenia entregarse, le hizo árbitro de la vida o de su muerte: le habló con entereza y no con la bajeza que lo hizo Perseo, rei de Macedonia, con Paulo Emilio, echándosele a sus piés, como dice Plutarco. Valor verdaderamente digno de toda alabanza, y por consiguiente lo es la moderacion de Don Francisco, pues omitió el ejecutar la sentencia que dió, dejándolo en libertad.

Desamparando el asilo de la iglesia, se retiró a Santiago con ánimo de pasar a la ciudad de los Reyes del Perú, y previendo el presidente que su egreso del reino podia ser fatal a su persona, procuró con su captura obviarlo; mas fué infructuosa la solicitud, de suerte que se condujo felizmente al Callao y se presentó al virei, que lo era el conde de

Lemus, con algunas cartas e instrumentos que de Chile llevó. Hallábase allí por entónces Matías de la Serpa, de estatura jigantesca, y por él pudo decirse lo que la escritura de Saul, que de los hombros arriba excedia al pueblo: en la guerra de Chile se habia distinguido en várias funciones; el cual hizo una jurídica declaracion contra el presidente, suponiéndole enormes hechos, y así dice San Juan Crisóstomo, que la venganza y el ódio colocados en el corazon dañan mas que una ponzoñosa víbora; y pues al fin de su vida publicó la falsedad del caso, será bien el narrarlo, pues prepondera a todo cónmodo el honor, como dicen los consultores, en que se halla interesado el de Don Francisco. Fué de elocuencia insinuante, satírico y en todo de feroces circunstancias. En la ciudad de Santiago, su patria, le quitó la vida a un su adversario, y cortada la mano, la clavó en el portal de la real audiencia con una inscripcion que decia: "yo Matías de la Serpa, porque me agravió." Otros dicen que lo ejecutó en el rollo una mañana y en altas voces se jactó del hecho, y queriendo arrestarlo, se evadió de los que lo solicitaban en un jeneroso caballo en que venia montado. El hecho fué cierto, aunque se note variacion en las circunstancias: igual audacia no se ha visto en este reino, donde tuvo afortunada evasion de los que solicitaban su captura. De órden del presidente fué a la ciudad de los Reyes requisitoria para que allí se ejecutase y se remitiese a Chile, la que tuvo el efecto deseado, y trayéndole embarcado, quiso dar barreno al navio; y llegado a Valparaiso con prisiones, le pusieron en la ciudadela: emprendió y consiguió salir de ella y refujiarse en la iglesia, hecho que admira, viéndose lo que dice Libio, que el atrevimiento promete esperanzas de salud. Y como el tiempo trae remedio para lo incurable, como dice Erasmo, hallólo en el trascurso y en la proteccion de valedores: casóse con la mujer por quien hizo el homicidio y acimentóse en la Concepcion; y viendo que se le aproximaba el término fatal de la vida, hizo una declaracion ante Juan de Velarde, escribano de cabildo, desdiciéndose de lo que habia depuesto contra el presidente y su conducta. Don José Garro, que gobernaba este reino, quiso se ejecutase alguna demostracion de castigo en su cadáver; mas se interpusieron personas piadosas para que no se ejecutase, no obstante que mira por los buenos el que castiga a los malos, como dice Lactancio.

El virei, despues de haber estado algun tiempo irresoluto, deliberó enviar a Chile de juez a Don José Antonio Munibe, ministro íntegro y de los distinguidos en calidad y letras de la audiencia de los Reyes, consorcio de Don Diego de Abila, Coello y Pacheco, marques de Navamorquende y señor del noble estado de Montalto, que hallándose viudo en España, se vino al Perú con la condesa de Lemus, cuyo inmediato pariente era, el cual habia de quedar de gobernador del reino; y dícese que expresamente ordenó, que en caso de oposicion o cosa que indicase tumulto, que nada se actuase y se retirasen: mudanzas de grandes cosas, cual era esta, y aun de gran momento, no se deben hacer sin gran necesidad: o en realidad la hubo o le pareció al virei que la debia haber,

pues nunca son útiles las tormentas. Por fin, llegaron a Valparaiso por marzo de mil seiscientos sesenta y siete, y no hubo ningun notable embarazo, y el gobernador, por motivos que para ello tenia, dispuso el retirarse a la frontera y ciudad de la Concepcion, lo que puso en ejecucion; mas fué con prontitud prevenido su designio. Don Juan Gallardo, que vivia quejoso del gobernador por lo que con él ejecutó, como dejamos dicho, o bien que se ofreciese a ir en su alcance o que para ello le solicitasen, la ejecucion se fió a su conducta, y a corta distancia de la ciudad de Santiago le alcanzó y le volvió para ella. Fatigóse el caballo, y quitándoselo a uno de los de la comitiva, en su despreciable silla le hicieron montar, y así entró por la Cañada, principal calle de la ciudad,y como eran las horas mas ardientes del dia, pidió agua para refrijerarse.

Preguntóle Alejandro a Poro, su prisionero, qué tratamiento debia hacerle, y respondióle sin desacatamiento: el que te aconseje el dia de hoi, que te hará ver cuan frájil es la felicidad de los hombres, como dice Curcio. Bien aquel dia hizo ver esta frajilidad en la persona de mas alta esfera y dignidad de Chile, para que los hombres sean cautos con ajenos desengaños, pues son dolorosos los propios; y no fué ménos digno del reparo público el que el gobernador despachase involuntario a Don Juan a la frontera, y que él mismo lo trajese para que voluntario a ella no fuese, lo que queria. Debió de llegar el caso de ser medido con la misma mensura, como nuestro Redentor nos dijo por San Márcos, y sin la luz evanjélica dice Séneca, que lo que con algunos hacemos, de otros esperemos.

Diéronle por prision a Don Francisco la casa del ayuntamiento, donde se le puso competente custodia: embargáronle sus bienes y pasáronle a Mendoza, que es la capital de la provincia de Cuyo de la otra parte de la cordillera, de donde le volvieron a la ciudad de Santiago; y en el actual regreso se encontró con Don Anjel de Pereda, que iba provisto al gobierno de Tucuman, y como es tenaz la memoria de injurias y frájil la de beneficios, segun Séneca, harian recuerdo de las mutuas; y dícese que Don Francisco durante su tránsito se desvió del camino, que sin duda harian melancólica disonancia en sus oidos los clarines y el lucido cortejo y equipaje que llevaba; mas con paciencia estoica, que lo uno y lo otro en su adversa fortuna mostró, sacaria fruto de contratiempo.

De Chile, procesado pasó a la ciudad de los Reyes, y despues a la de Trujillo, y su causa al consejo, donde por fin obtuvo sentencia a su favor, en que se manda sea restituido al gobierno de Chile para que terminase el tiempo que le faltaba, segun se le asignó en la merced que se le hizo y consueto en sus antecesores, y que se le restituyesen sus bienes y honores; lo que le halló muerto. Viendo de emperador a Adriano un su mayor opuesto, se vino pavoroso y trémulo, y díjole: perecerias si contendiésemos de igual a igual, mas viéndome superior, ostento mi poder en haceros beneficios, como dice Lipsio: y en caso de

su ingreso lo mismo hubiera ejecutado Don Francisco, a quien las adversidades le habian hecho mas sabio y su larga prision misericordioso, pues sin esta práctica lo actuó [con] Don Ignacio de la Carrera y con otros muchos, pues el amigo que la prosperidad goza desconoce, y el que la adversidad padece es desconocido, como dice Séneca. Fué hombre feliz en la guerra y bien amado de los soldados, y si llega a la frontera, hubiera hallado muchos altos y bajos oficiales que le hubieran sido amigos hasta las aras, y entre ellos mi padre Don Alonso de Córdoba, a quien hizo sarjento mayor del reino. Su esposa le sobrevivió muchos años y poco há que murió en la ciudad de los Reyes de mui avanzada edad.

CAPITULO VII.

Hace una campaña el marques de Navamorquende con suceso.—Puebla la plaza de Tucapel para poner en brida algunos habitadores de la costa.—Retírase a Lima, y queda con el gobierno D. Diego Gonzalez Montero.—Estórbale un accidente su venida a la frontera, y llega el sucesor.

Es la soberbia presuncion propia con desprecio de otros, y segun San Agustin, solo el soberbio es indigno de la misericordia de Dios; y si el hombre mira cuán ninguna causa hai para su elacion, hallará, como pondera el padre Estela, culpa en su concepcion, miseria en su vida y angustia en su fin. Aristenes, rei de Scitas, fué herido por un atrevido en el rostro, y mandóse pintar cicatrizado, suscrito el nombre del que le hizo, como dice Elio: singular moderacion, cuando la arrogancia y presuncion se hallan en la soberanía y en el comando. Durante tuvo el del reino Don Diego, laudable fué el ejemplo que dió en esto: desde su ingreso se mostró mui desvelado en el beneficio comun de Chile, procurando satisfacer a la confianza que de su persona se hizo, para cuyo efecto vínose a la Concepcion, adonde se adelantaron las operaciones de la guerra, y dispuso salir en persona a la próxima campaña, y superados los embarazos que se ofrecieron, se puso en marcha para la plaza de Puren con dos mil hombres españoles y algunos auxiliares, de donde se actuaron las sorpresas o furtivas talas en várias provincias rebeldes, para cuyo efecto se destacaron algunas tropas de caballería con suficiente remonta, sin equipajes; y al respaldo de la silla, cada uno llevaba su precisa mantencion, segun se acostumbra en iguales casos en este reino; y las tropas indianas, sea corta o distantemente la marcha que emprenden, así lo practican y no extrañan estas modales, pues, como dice Plutarco, cualquier modo de vida que se elija, la costumbre la vuelve agradable y lijera.

Terminóse la campaña con algun logro de caballos, vacas y prisioneros de ambos sexos: poco ablandaban la dureza de los indios tan repetidos golpes; mas supieron ceder para ver si despues podian ganar, como arco que se dobla para mas violento influjo, o porque la esperanza está colocada o tiene su asiento entre el temor y la seguridad, como dice San Agustin. Deseábase que en la jurisdiccion de Tucapel se conclu-

yese una ciudadela a la moda del pais, por ser grande su extension, que se compone de las provincias de Lleulleu, Calcoimo, Ilicura, Ranquigüe, Paicabí y otras mui pobladas, aunque sus habitadores y demas costeños son reputados por los ménos guerreros de este belicoso clima, comparándolos con los que habitan en el centro de la latitud del reino, y los alpinos y cordilleranos y pehuenches. El gobernador con loable celo puso en ejecucion este designio: construyóse la poblacion, a la que se le dió el nombre de San Diego de Tucapel por ilustre recuerdo de su nombre, la que subsistió en el terreno de su situacion hasta el año de mil setecientos veinte y tres, que se abandonó por el motivo de la sublevacion acaecida.

Preguntáronle al gran Constantino, que por qué no ponia inscripciones en los suntuosos edificios sacros y profanos que hacia construir, a imitacion de sus predecesores, para que la posteridad mas remota supiese hasta dónde habia llegado su magnificencia y piedad y la de la emperatriz su madre, y respondió, que aquellas eran yerbas de pared, y bien se vió, pues a Bizancio no le puso su nombre, aunque de presente lo tenga, sino el de Nueva Roma: singular y nunca bastante alabada moderacion. Los indios con la nueva colonia quedaron en brida, y cooperó esto mucho para que despues se sometiesen al deber de vasallos. Súpose en Chile que el Rei enviaba por gobernador a Don Juan Enriquez, de la órden de Santiago, y resolvió su regreso para la ciudad de los Reyes, dejando de órden del virei a Don Diego Gonzalez Montero por presidente, gobernador y capitan jeneral del reino, cuyo comando tuvo el marques cerca de dos años hasta el de mil seiscientos sesenta y nueve: su memoria quedó laureada de bendiciones, que como dice Mejia, es arca y depósito de lo que sabemos, entendemos y vemos; y sin volver a España terminó en la Meridional América sin dejar sucesion, a cuyo asunto dice Séneca, que mejor es tenerla que buscarla, lo que es de grave displacer a poderosos.

Don Diego Gonzalez era persona de las mas distinguidas del reino en calidad y mérito y avecindado en la ciudad de Santiago: todas estas circunstancias hicieron plausible su eleccion: disponíase para venir a la ciudad de la Concepcion, como centro de la frontera, y desde ella mejor arreglar las operaciones de la campaña futura; mas a su avanzada edad se recreció el accidente de una caida, que embarazó su regreso. Otra tal dió Alejandro al desembarcarse en Asia y dijo placentero y pronto: "la tierra es a mí."

El gobernador despachó a su hijo primojénito de maestre-campo jeneral, bien instruido de lo que debia ejecutar; y pues que no hai mejor consejo que el que para sí tomara quien lo da, sin duda esto practicaria Don Diego. Bien se notó lo arreglado de sus operaciones, obrando en todo mui circunspecto, midiendo el vuelo con la distancia, que por la aproximacion del provisto por el Rei al reino, bien corto habia de ser, como en realidad solo fué de seis meses escasos, quedando la memoria del gobernador en recomendacion al deseo. Fué el único regní-

cola que lo ha sido en doscientos cuatro años, que han corrido desde el ingreso a Chile de Pedro de Valdivia hasta el presente. Permanece su familia establecida dentro y fuera del reino, y fué rama de tan jeneroso tronco el ilustrísimo señor doctor Don Diego Montero, obispo que fué de la Concepcion y promovido a la de Trujillo. Fué el primero que fundó el monasterio de trinitarias en la Concepcion, donde dejó este monumento de su piedad, la que dice Ciceron, aun sin el conocimiento de la lei de gracia, ques gratísima a Dios.

CAPITULO VIII.

Felipe de Leon tiene tres acciones con los indios, y el interes atrae al servicio a voluntarios.—Vino de gobernador Don Juan Enriquez, persona de distincion que trajo máximas singulares y observó: grandes medras que tuvo é intereses.—Procura finalizar la guerra.—Contínua ajitacion y mala fe de los indios.—Elije para ello a Don Alonso de Córdoba.

Cantó con elegancia Tibulo diciendo, que los logros habian abierto los mares penetrables solo a los vientos, guiando fijas estrellas naves inconstantes: dogma cierto a todo viso; y con lluvia de oro solo se rindió Danae a la voluntad del supremo Júpiter, como dice Ovidio. Halló rendija el interes por donde entró, y coadyuvó no poco a sujetar la impenetrable terquedad de los indios. Tenemos dicho como el Rei dió a estos rebeldes por esclavos gloriados en su crímen, pues sin cuartel, con la guerra que hacian contra el derecho de las jentes, provocaban mas la justa indignacion del soberano y vasallos. Reportábase crecido interes de las personas que de ambos sexos se aprisionaban en la guerra, y con la fe de su captura o certificacion por guia que los comandantes daban, se ejecutaban las ventas o permutas; y como el lucro se envidiaba, se recrecian los voluntarios que iban a servir con sus armas y caballos, y el que no los tenia adecuados, los tomaba en arriendo, interesando a los que los daban entre mitad o tercio de la presa, segun su convencion; y aun de cuenta de la devota hermandad de nuestra Señora de Boroa, que hoi como entónces subsiste en la plaza de Puren, se mantenian jenerosos para este efecto, y la fe o la piedad los preferia a otros. No nos ha parecido negar a la curiosidad o deseo estas cortas noticias.

El sarjento mayor Felipe de Leon era persona a quien su mérito habia colocado en los primeros oficios de honor del ejército y comandaba las plazas de Repocura y Puren, de donde se actuaban golpes de sorpresa y furtivas correrías, sin que muchas veces lo estorbase la erizada estacion; de suerte que unos y otros sosegaban poco o no sosegaban. Ofrecióse una accion de estas, la que el sarjento mayor no quiso fiar de ajena conducta sino de la propia, porque algunos de paz se habian vuelto a sublevar: lijereza o pertinacia heredada de sus mayores, pues de padres infieles se ven hijos desleales, como dice el libro de los Reyes. Los indios tuvieron esta noticia y se previnieron al opósito, y en varios pelotones se ocultaron en las selvas, cuya disposicion no llegó a la noticia

de los españoles; y así dice Vejecio, que no hai mejor consejo que el que el enemigo ignora hasta su ejecucion. Ya dispuestas las tropas, se puso en marcha el comandante hasta Chedgüenco, lugar adecuado para dejar allí el cuerpo de reserva, que se componia de la infantería y alguna caballería, y la demas, distribuida en cuadrillas, salió a talar el pais de la circunferencia con órden de no alejarse mucho del centro.

Los indios, que solo esperaban la separacion, salieron con furor incapaz de retencion, y por la derecha e izquierda acometieron a la infantería española, formada de arcabuces y picas, y la desordenaron y asímismo a la caballería. El sarjento mayor procuró rehacerlos, pero no fué posible, y todo era confusion y estrago: las tropas destacadas, oido el estruendo, volvieron con el sarjento mayor, que las solicitaba, y con no menor furor acometieron a los indios dueños del campo de batalla: trabóse una accion sangrienta y dudosa: Juan Catalan, capitan de caballos, se distinguió con valor mas que de hombre. Matías de la Serpa rompió con otros por lo breñoso de un bosque por anticiparse a la funcion, y a las dos horas de tan dudoso Marte, cedieron los indios, retirándose mas con aire de vencedores que con terror de vencidos: setecientos se dice que fueron los muertos, cerca de trecientos los españoles y auxiliares y el capellan, relijioso mercenario, y los demas de los rebeldes. Así hemos oido narrar esta batalla a persona de notable ancianidad que en ella se halló. Este oficial durante la comandancia de las referidas plazas, en treinta horas tuvo dos fieros reencuentros de caballería con los rebeldes: ambos terminaron a nuestro favor; en el uno perdieron doscientos cincuenta hombres y en el otro sesenta, lo que consta en instrumento autorizado de aquel tiempo que tenemos visto.

Fué Don Juan Enriquez, de la órden de Santiago, hijo de un ministro de la audiencia de los Reyes: pasó a España con su familia, y Don Juan a servir al Rei a la frontera de Portugal, donde fué capitan de caballos, y despues consiguió el gobierno de Chile, y fué su ingreso el año mil seiscientos setenta por mayo. Trajo en su compañía a su hermano Don Blas, a Don Antonio de Córdoba, conde de Vornos, que pocos años há que murió en Madrid, y de extraños a Don Tomas de Poveda, de la órden de Santiago, que despues fué presidente de Chile, y al sarjento mayor Jorje Lorenzo de Olivar, que fué veedor jeneral del ejército, persona de toda distincion, cuya prosapia hoi permanece en la Concepcion, no con el adelantamiento debido al alto mérito de projenitor tan ilustre, y otras personas de calidad, que se establecieron en el reino. Era el gobernador de consumada prudencia y de singulares máximas de política, que alguna de ellas hizo el tiempo, como el mejor maestro, sabio de lo futuro. Miraba con aprecio y distincion a las personas eclesiásticas y seculares, que le pareció podian servirle para el desempeño de su residencia. Fué el gobernador que mas rico ha salido del reino: muchos reputaron su caudal por el de un millon de pesos: algunos, poniéndose en lo promediado, lo extendian a setecientos mil pesos, segun lo que tenemos visto y oido a personas dignas de creduli-

dad, sin que sea exceso, segun las entradas que dirémos al fin de su gobierno.

Y siendo el interes distante del servicio del Rei y utilidad pública, este caballero parece que supo unir lo disconforme, pues dejó a Chile en paz, distribuyó en el vecindario indios y aun en las relijiones y adelantó tanto su caudal, como dejamos dicho; y bien advertido de que las dichas ofenden y las soberbias irritan, su fina política siguió el consejo que dió Mecenas a Augusto, de que se mostrase en el tribunal severo y en su casa afable. El gobernador, bien instruido en las cosas del reino, formó el proyecto de terminar la guerra, que la miraba como indecorosa al honor de las armas y al crédito de la nacion española; y despues de un maduro acuerdo, nombró por teniente jeneral de la caballería y comandante de las dos plazas de Repocura y Puren a Don Alonso de Córdoba, padre del autor, con absoluta disposicion para que actuase segun conviniese las operaciones de la guerra; pues se ofrecen preciosos momentos que no aprovechándolos, tarde o nunca vuelven.

Es de tanta excelencia la paz, que está acompañada con la gloria que se le da a Dios, a cuyo asunto dice San Lúcas: gloria a Dios en las alturas etc. Observábase en los indios recientemente sumisos violenta la quietud, y advertian la que no es durable: portábanse en pasos (*sic*), y si veian algun español solo, o tal vez acompañado, les quitaban la vida y siempre procuraban el sijilo de estos hechos: mantenian correspondencia con los rebeldes: otros afectaban el que los hostilizaban y llevaban sus bienes o familias compulsándolos a tomar su partido; y con estos y aun sin ningunos motivos, se sublevaban, sin que hubiese juramento, fe ni palabra que pudiese asegurar a los españoles de estas infracciones tan frecuentes, las que despues fueron mas tardas o en algun modo reprimidas con ejemplares castigos. El gobernador ordenó a Don Alonso de Córdoba, que procurase sujetar a los rebeldes al deber de vasallos, para cuyo efecto se le dieron todas las providencias conducentes a este fin y se le ofreció el continuarlas. Habia en las dos plazas de Repocura y Puren seiscientos españoles de las mejores tropas del ejército, y podian salir hasta cuatrocientos dejando la suficiente guarnicion en ellas, fuera de voluntarios e indios sumisos.

CAPITULO IX.

Hácense várias acusaciones al gobernador: algunas se volvieron en elojios; y ejecútanse dos irrupciones con suceso.—Especifícase el número de las que en cinco años se ejecutaron en el pais enemigo.—Redúcelos D. Alonso de Córdoba a una necesidad extrema: dase noticia con individualidad de ellas, las que fueron suavizando su fiereza.

No hai cosa tan santa ni tan fuerte que no la acometa alguna vez la osadía, como dice Ciceron. Fué el oro..... venerado en la antigüedad: eran ciento y diez mil libras y cinco millones de libras de plata (*sic*),

como dice Estrabon: estaban en el templo de Apolo, y habiendo ganado la ciudad Quinto Cepio, cónsul romano, una noche lo extrajo de él. Compráronse con el tesoro tierras para distribuirlas al pueblo romano. Corrió con esta intendencia Apulio Saturnio, tribuno: por desacatada, poco relijiosa e inhumana tuvieron muchos la accion del cónsul, mas estos mismos, cuando percibieron heredades y campos, la tuvieron por justa y bien acordada. ¡Tan poderoso es el interes, que hace a los hombres ser contradictorios de sí mismos, anteponiéndolo a la justicia y razon! Notáronle al gobernador en el trascurso de su gobierno de riguroso e injusto, imputándole el que se actuaban de su órden sorpresas en provincias ya sumisas, y que con lijera o poca causa se habia desterrado a algunos del reino, y otras imputaciones mal fundadas; mas habiendo a muchas personas de estas como de otras asignádoles gratuitamente indios aprisionados, se siguió el que fueron elojiadores del hecho que ántes improbaron: mas que mucho, cuando al mismo Júpiter obligan los dones, como dijo Belcio.

Los indios rebeldes habitaban entre las cordilleras y bosques, y en algunos cortos prados que habia, mantenian su ganado mayor y menor e iban en deterioracion, y en ellos mismos sembraban lo que era capaz de fructificar en aquella rijidez; y de algunas provincias pacíficas de mas benévolo clima, les ministraban para su subsistencia; de suerte que era de su interes el que las hubiese: y para que no faltasen desvelados inspectores que observasen sus operaciones, puso en algunas provincias el teniente jeneral capitanes de amigos, que así los denominan en Chile, que son ciertos españoles prácticos en sus costumbres y con ellos conjeniados, y les administran justicia, lo que los conturbó mucho o los aterró en el todo; porque el proyecto que el teniente jeneral habia formado para subyugarlos, era el reducirlos a una necesidad extremosa, y con sorpresas contínuas los solicitaron en lo mas recóndito y fragoso de sus retiros, lo que solo le pareció que podria dar prosperado fin, haciendo fructuoso su empeño, como la experiencia hizo ver.

Dispuso el teniente jeneral se hiciese una rápida irrupcion a las provincias de Lamuco y Calbuco, y recomendada al capitan Laureano Ripete y a Fabian de la Vega; y con quinientos cincuenta españoles e indios, con bien fundadas esperanzas de que seria con suceso, se pusieron en marcha: llevaban gran remonta, y solo el comandante, mui práctico de los paises, sabia el destino. A la sorpresa no precedió noticia, y con increible celeridad, dejando un cuerpo de reserva, se dividieron en pelotones y corrieron el pais: incendiaron casinas y sementeras, aprisionaron y mataron a los que se defendian con actividad de rayos y estímulos de interes; y pareciéndole al comandante que era ya tiempo de reunirse, se hizo la llamada acordada, y a paso ménos presuroso se retiró con sus tropas, haciendo que se ejecutasen sobre marcha las hostilidades que se podian: por fin llegaron con felicidad a la plaza al sesto dia de su egreso, con doscientas ochenta personas prisioneras de ambos sexos, doscientos caballos y cien vacas, y a todos los que de uno

y otro se fatigaban, se les quitaba la vida, cuya práctica se observaba para que no sirviesen a los enemigos.

A los veinte dias de este acaecimiento dispuso el teniente jeneral que el comisario de nacion Fabian de la Vega con el capitan Don Juan de Ansótegui saliesen para la provincia de Moquegua, que tendrá mas de treinta leguas de extension, mui poblada y montuosa y de las mas rebeldes de este reino, lo que en aquel y este tiempo se experimenta. Como las sendas son montuosas, por la mayor parte habian cortado árboles corpulentos para estorbar o hacer difícil el tránsito: bien premeditado acuerdo; mas el comandante tenia prácticos de las reservadas veredas que tenian para su correspondencia. Por fin, salieron de la plaza quinientos cincuenta hombres en plena luna, y con celeridad increible llegaron al lugar de su destino. Los peritos, siéndolo el comandante mucho, los condujeron a unos cortos valles rodeados de montes, donde se habian retirado muchas familias, y aunque fueron sentidas en los bosques, los rastreaban los perros y con el ladrido avisaban a sus señores.

El comandante no permitió que se alejasen mucho, y habiéndose hecho el daño que se pudo en personas, bienes y en sus cortas sementeras, se retiraron con doscientas personas y muchachos de ambos sexos, porque los adultos se internaron mas o a tiempo se pusieron en cobro, y cien caballos y algunas vacas, con solo pérdida de cuatro hombres.

Ejecutó otra tal marcha lijera el capitan Pedro Basilio de Luna con ménos tropas y a corta distancia de la plaza con suceso. A los indios, cuya desesperacion era declaradamente ciega, no les ablandó su dureza, ántes sí discurrian que su constancia haria feliz su deseo, y que los ardores de aquellos principios terminarian en resfrio, pues que la experiencia hacia ver que lo violento no era perpétuo. Al teniente jeneral no aterraron dificultades, pues raras son las invencibles, y no se puede llamar valeroso al que con ellas el ánimo no le recrece con perseverancia, como dice Séneca: y prosiguiendo en la ejecucion del proyecto formado, se procuraban estorbar las cortas sementeras que entre las montañas hacian, y despues se procuraba talarlas en su verdor y al tiempo de su cosecha incendiarlas; de suerte que con ninguna operacion se cerraba la campaña, siendo solo la diferencia el que en la estacion inverniza se hacian, ménos irrupciones, con cortos destacamentos y a corta distancia: esto se ejecutaba en los intervalos de bonanza; mas siempre eran fructuosas, ejecutando su regreso con mas o ménos prisioneros, caballos, vacas, armas y ropa de su vestuario.

En cinco años de este jénero de guerra lijera, que duró hasta que dieron la paz, se harian treinta entradas, que individualizarlas con prolija narracion fuera importuna molestia, y solo nos deberá atencion para lo histórico lo notable. Comenzaron los rebeldes a experimentar penuria de bastimentos y caballos; por asegurarlos, los internaron en la cordillera, donde la nieve hizo perecer muchos: no hacian en ellos menor daño los leones, pues en paises tan montuosos son contínuas las nieblas, que son mui apropiadas para cazarlos. La rijidez de los bosques

les aniquiló y mató el ganado menor, y las vacas se les hicieron montaraces, sin poderlas reducir a pastoreo, lo que se experimenta con frecuencia en Chile. Los frutos de la tierra que se libraban de talas, eran en corto número, y ménos los que les podian ministrar las provincias pacíficas, porque los capitanes que tenemos dicho, observaban sus operaciones con prolija atencion, y porque a los desdichados la fortuna oprime, como dice Ovidio. Se les ofreció otra penalidad interna causada por los de su nacion, habitadores o dueños de aquellos paises, pues los mas intrépidos o audaces de ellos les cojian sus bienes diciéndoles, que aquello era por paga o compensacion de su terreno, o del herbaje de sus caballos y ganados; y pasaban a solicitarles sus hijas para mujeres y se las llevaban sin la compensacion competente de pagar, segun su costumbre, lo que les era por su suma codicia mui sensible; pues el autor experimentó, siendo sarjento mayor del reino, el intentar suscitar estas demandas entre descendientes, a setenta y mas años de lo dicho: y así se veian por todas partes conquistados.

CAPITULO X.

Dase noticia de la persona y talentos del cacique Huaillacuriche, su simulacion y designios, y en una accion quedan sus tropas batidas: compulso, da la paz.—Solicítase el que vea al gobernador, de que se siguió su prision y muerte.—Extráese de su pais crecido número de jente, y lo mismo de la provincia de Huambati, los que se acimentan en un pueblo.—Suma necesidad a que llegaron.—Hácense fuertes algunas parcialidades en un inaccesible y natural castillo: van a sitiarlo, y se rinden.—Sublevacion del cacique Rapiman causada por un español, y sus progresos y feliz evasion de ella.

Es jeroglífico de la sujecion un freno con la letra de que rije y corrije. Parece que esta se la aproximaba a los indios, porque el mas dilatado tiempo tiene fin, que segun Aristóteles, es sucesion instantánea que consiste en fin de lo pasado y principio de lo porvenir. El cacique Huaillacuriche de la provincia de Viluco, era el jeneral que sostenia los intereses de su nacion o su tenaz rebeldía, y pues que el Rei los dió por esclavos, mui justificado fué su delito. La propension de su jenio era marcial. En medio de un espeso bosque tenia su casina con cuatro puertas, para que si lo sorprendian, tener evasion pronta: tanto en paz como en guerra andaba armado, y siempre acostumbró el salir a la primera luz a reconocer las veredas o ingresos de su habitacion, donde tenia armas y jente. Era jenízaro, hijo de indio y de mulata, lo que manifestaba en el pelo y color: su aspecto era feroz sobre corpulento, y taciturno sin afectacion, y valeroso sin jactancia. Para bárbaro fueron singulares las máximas de su política: siete veces dió la paz para obviar la ruina que le amenazaba, nunca con ánimo de observarla, y otras tantas se sublevó o hizo que otras provincias ejecutasen lo mismo; y así dice Platon, que ninguno nació solo para sí, porque parte de su nacimiento y nuestro (*sic*) para sí aplica la patria, y parte los

parientes y amigos, y este valeroso cacique todo lo dió a la patria y por fin murió por ella.

He corrido algo la pluma por describir el carácter de su persona, y porque en Chile vive el recuerdo de su memoria: y de mil doscientas personas que de sus vasallos se extrajeron, se distribuyeron muchas en los vecinos del reino, y puede ser que este beneficio la haya conservado a su heroica constancia; y es digno su valor de igual alabanza al de Horacio contra Porsenna, que contendió en el Tiber y despues le pasó con sus armas a nado, como dice Livio. Procuró Haillacuriche sorprender al teniente jeneral y que no librase de muerto o prisionero, y discurrió ejecutarlo en el intermedio de las dos plazas de Repocura y Puren, pues igualmente asistió por entónces en una y otra, y estas mutaciones se hacian con corto destacamento que iba en resguardo de su persona: no obstante que estaban de paz las provincias intermedias, aceptaron los caciques gustosos la propuesta, fundando con su ejecucion esperanzas de mejorar de fortuna.

Bien advertido el teniente jeneral del jenio de la nacion, se mostró tan reservado y sijiloso, que la ejecucion solo hacia saber de su marcha, y eso en las horas silenciosas y por sendas extraordinarias, y nunca vino por donde fué. Viendo frustrados los caciques sus deseos, se resolvieron a preguntárselo con el pretexto de obsequiarlo, pues transitaba por sus paises, y de sus respuestas solo inferian incertidumbres. El teniente jeneral salió a ejecutar una de las acostumbradas irrupciones, principalmente a la provincia de Viluco y otras, y con seiscientos españoles e indios actuó todas las hostilidades que fueron posibles en aquella campaña, informándose con exactitud de los cubiles que entre los bosques tenian estos acosados leones, que como decia Antonio de Leiba, en ellos se habian de buscar a las bestias feroces. Retirábanse los españoles satisfechos de lo bien que les habia ido, y en un paso estrecho y algo prolongado discurrió Haillacuriche sorprenderlos, y de una y otra parte apostó sus tropas, que se componian de mil hombres. Ejecutaron las nuestras el tránsito, y cuando llegaron los enemigos, las hallaron de la otra parte formadas. Principióse la accion con desmayo de los indios, y a breve espacio cedieron con pérdida notable y de los españoles mui corta. Fué el despojo de cuatrocientos caballos, algun ganado vacuno y doscientas veinte personas; y para desembarazarnos de este ramo de historia, finalizarémos con Haillacuriche. No pudiendo ya soportar la guerra dió la paz, y el gobernador recomendó al teniente jeneral que a cualquier precio solicitase el traerle a la Concepcion, donde lo aguardaba.

Sus repetidas sublevaciones, como dejamos dicho, daban motivo a una notable desconfianza. Tanta solicitud puso Don Alonso de Córdoba y tanto se lo persuadieron, que en consorcio de otros caciques, cuya voluntad se granjeó, se resolvió a venir a cumplimentar al gobernador en su compañía, donde se le ofrecian que reportaria crecidos intereses a su retorno. Habiendo llegado a una hacienda del teniente jeneral,

entre las celebridades de una opulenta mesa, le dijo: sé que voi para no volver, mas gustoso cumpliré esta mi palabra: oímoselo a persona que se halló presente. Iba bien observado, y el gobernador le recibió benigno, mas hízole luego poner en arresto, y concluida su causa, se le quitó la vida con otros cinco. Murieron todos como cristianos y con signos de predestinacion, y hoi reposan sus cenizas al pié de la cruz que estaba en la plazuela de San-Francisco de la Concepcion. Extrajéronse mil doscientas personas de la provincia de Viluco, de donde era cacique, y mucha parte de ellas se distribuyeron en la forma que tenemos ya expresada. Permanece su descendencia, la que no es tan indócil como lo fué su heroico ascendiente, y se observó que con su muerte tomaron las cosas semblante mas pacífico. Extrajo asímismo el teniente jeneral de la provincia de Huambati doscientas ochenta familias, que serian como mil trescientas personas, y de órden del gobernador se acimentaron en la inmediacion de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa: jeneracion no ménos rebelde y proterva que la de Viluco: de presente permanecen mui atenuados, conservando el lugar y el nombre de su antigua patria.

Hallábanse los indios en suma inopia de todo lo que podia servirles a su mantencion, y llegó a tal exceso que se comian los brotes de las culius y achupallas, especies de yerbas y tronco conocido en el reino; y esto fué en tal aumento que muchas personas ancianas de ambos sexos y con ellas algunas de menor edad, se venian a entregar a los españoles por no perecer. Las provincias mas rebeldes se iban sometiendo. Hai en la cordillera un castillo o roca por naturaleza innaccesible, y solo tenia una senda estrecha: en su cima, que es mui elevada, tiene un plano de competente extension con agua: en todo ventajoso o a lo ménos émulo de los sogdianos que expugnó Alejandro, como dice Curcio: llámase Rucachoroi, y Rucañaquin el cacique que en él estaba como en ciudad inexpugnable. Tenian galgas prevenidas para su defensa; y pareciéndole al teniente jeneral que el dejar a estos rebeldes en su asilo, era caso de perniciosas consecuencias para el interes público, destacó al comisario Fabian de la Vega con otros oficiales de honor y alguna parte española y crecido número de indios, para que solicitase su rendicion con ataque, sitio o persuasiva: por fin, llegaron al pié de aquel innaccesible peñasco. Comenzaron a hablar unos y otros, y el cacique Rucañaquin, aterrado y confuso, descendió de arriba con jenerosa confianza y le dió a Vega su ropa y este la suya, y despues de tan animosa y amistosa permuta y larga discusion que tuvieron, se sometió al deber y desamparó la fortaleza, y quedó todo tranquilo a satisfaccion de los españoles.

Era el padre Bernardo de la Barra, relijioso jesuita y de la primera distincion de la Compañía, de apostólico celo y fundador de la mision de Puren, donde se hallaba: asistíale un español nombrado Garrido, en un inmediato cortijo asignado a la mision; y cual otro Antenor, traidor a su patria Troya, dispuso el sublevarse con los indios, para lo cual tuvo tal

cavilacion con el cacique de Puren, Rapiman, que fué el principal por cuya solicitud se ejecutó y que lo atrajo, viendo ya español puesto en sus intereses, por la ilícita amistad que, segun sus modales, tenia con una india, de cuya inconstancia y mala fe hemos ya hablado. Fué la ejecucion tan sijilosa y rápida, que no llegó a noticia de los españoles, y así en ménos de treinta horas mataron cuarenta de ambas plazas, y andaban dispersos unos y en varios misterios otros. Hallábase el teniente jeneral en Repocura con dicho padre Bernardo, y siendo de la última importancia el ganar a Puren, al primer aviso que se le dió, dispuso el ejecutarlo con doscientos españoles, que solo podian salir de la plaza. Iba tomando tanto cuerpo la rebelion, que se hallaban ya los sublevados con mas de tres mil hombres, y como dos mil apostados en el preciso tránsito del camino que el teniente jeneral llevaba, que era en la opuesta ribera de un arroyo grueso de cauce montañoso; y viendo los indios que el buen éxito de su empresa consistia en estorbar la venida de los españoles a Puren y lograr la ocasion de oprimirlos, pues eran pocos, con su jefe, que era lo que mas deseaban, se enardecian unos a otros para hacer bien su deber. El teniente jeneral, resuelto a no retroceder y aun en el empeño perder jenerosamente la vida, con gran presencia de espíritu dispuso su tropa, y con breves palabras les hizo una exhortacion fervorosa, y el dicho padre les echó la absolucion, y se prosiguió la marcha.

En este aspecto se hallaba el uno y otro campo, cuando al del enemigo llegó un indio jóven en un jeneroso caballo, con su lanza y plumas en la celada, y esforzando la voz les dijo: "estais esperando a los españoles con quienes tendréis un feroz reencuentro, pues veis la confianza o desprecio con que vienen a atropellaros: el logro que sacaréis, serán muertes, heridas y por fin un estrago; y entre tanto la jente de Boroa, Virguen, Quechereguas y otros vienen a llevarse la vacada de Puren, la caballada y potrerillo y la remonta que de Yumbel esperan, de suerte que ellos tendrán el logro y quedarán ricos, y vosotros ninguno, pues cuando vais, si mas os deteneis, ya se lo habrán llevado: vamos a la presa, que con ella mas bien montados y ricos, los solicitarémos gustosos, pues que nos han dejado pobres." Oido esto, se levantó una comun voz de que fuesen luego, sin mas consulta ni averiguacion, y abandonaron el puesto, y tan pronta fué su ejecucion, que cuando llegó la jente española, hallaron los fuegos encendidos y alguna de la carne que tenian preparada, y por fin entró felizmente el teniente jeneral en Puren. Oimos este caso al capitan Pedro Basilio de Luna y a Don José Alvarez, quienes venian allí, y la autenticacion de este y los demas hechos que van narrados, consta en instrumentos que tenemos. Solicitóse despues en el tiempo tranquilo quién fuese el indio que les vino a hacer la propuesta o persuasiva, y nunca se pudo saber, no obstante la exquisita dilijencia que se hizo: no hubo persona que le conociese, y en caso tan confuso solo quedan inferencias.

CAPITULO XI.

Los indios, temerosos del castigo, entregan al español desertor, a quien se le quita la vida con el caciqne Rapiman.—Varios castigos ocultos que se dijo se ejecutaron.—Reflexiónase sobre este hecho y el de Rapiman.—Ejecutan los indios un célebre congreso, segun su costumbre, para restablecer y perpetuar la paz: noticiase de una de sus principales ceremonias.

Fué símbolo de la libertad el rio Nilo, pues la inundacion que en otros es estrago, en él fertilidad, no dejando que hacer al cielo, sino que descanse en contínua serenidad. No nos admire que este español conspirase contra el Rei, ni que Rapiman, beneficiado del teniente jeneral, ejecutase lo mismo: el lucro que tuvieron fué corto y el arrepentimiento grande del precipitado abandono que hicieron del ventajoso puesto en que estaban; y siguióse mayor confusion cuando supieron se prevenian las tropas para su castigo, y que se esperaban otras con que recrecerlas; y viendo que la indignacion es rayo con poder, trataron con anticipacion de su rendimiento por medio de emisarios, que fueron los mas aceptos a los españoles, e interponiéndose los caciques leales, el teniente jeneral los recibió con aspecto severo, y fulminante pidió le entregasen al español tránsfuga: ejecutáronlo luego, y pagó con su vida su enorme delito, como asímismo el cacique Rapiman, que errante y temeroso, se habia ocultado: castigaron algunos otros de los culpados, en que mas se actuó la piedad que el rigor, el que dice Erasmo, que es mui justo para los que de su voluntad dañan y ofenden. Asímismo entregaron a algunas personas de ambos sexos, que reservó su crueldad para actuarla en tiempo mas oportuno, siendo mas que tigres, no ablandándolos servicios, comunicaciones ni interes.

Fué notorio en aquel tiempo y algo se oye en el presente, que a tal cual cacique de distincion de los mas rebeldes se les dió veneno, y que se les hacia causa secreta para probarles los delitos que juzgo que a tal pena correspondian, que sin duda serian concitaciones para reiteradamente sublevarse. Si esto se ejecutó clandestinamente, sin duda fué porque habria inconvenientes en su captura y mayores en omitir su castigo, y este solo el modo en que podria actuarse, y aunque son permitidas sobre los hechos reflexiones, mas no decisiones. Antes de finalizar, haga pausa la atencion sobre el hecho de Rapiman. Era cacique de la provincia de Puren, donde estaba situada la plaza, circundada de un foso con muralla y una fortaleza o casa fuerte que dicho teniente jeneral habia construido, y alguna artillería menuda: su guarnicion se componia de las mejores tropas del ejército, bien atendidas y por sí ricas con los despojos y prisioneros, como dejamos dicho, y a promediada distancia la otra plaza de Repocura para mutuamente sostenerse. Todo esto no aterró a Rapiman, ni la libertad perdida en que veia a su nacion, ni la de perder su patria, donde gozaba la primera distincion, y por fin la de hijos, mujer y su vida, que todo lo perdió.

Pues que desvariado asunto fué el emprender un hecho tal que a la temeridad excedió, es digno de admiracion y de reposada reflexion que tanto rayo fulminante, como queda dicho, no aterrase su valor, o quiso preciarse de emprender imposibles. Despues de este acaecimiento se ejecutó un congreso o festin, que en idioma del pais llaman cahuinbogue, para cuyo efecto se congregaron los cuatro Butalmapus, que así los denominan los indios, que es la serie o separacion de los habitadores de su extenso pais, costa, llanos, cordillera y pehuenches, y fué tan copiosa su muchedumbre que en setenta años que han mediado de entónces acá, no se ha visto otro igual; y como es feroz el jenio de esta nacion, mezcla en lo festivo la efusion de sangre, para cuyo efecto ofrecen a los españoles que presentes se hallan, del mayor grado y distincion, unos animales cuadrúpedos que llaman chilihueques, para que los maten con esforzado golpe, y aun todavía entre vivos les sacan el corazon, y palpitante van gustando de su sangre entre festivas aclamaciones.

CAPITULO XII.

Prosiguen las penalidades que padecian.—Incéndiase la plaza de Arauco, y con motivo de su construccion, es provisto maestre de campo Gerónimo de Quiroga.—Quedan los indios enteramente subyugados.—Cargo que se le hace al gobernador por no haberlos reducido a pueblos.—Motivos que para no hacerlo se dice que tuvo.—Finaliza su gobiern · y da su residencia, en que se empeña la jerarquía eclesiástica del reino.—Su política y conducta.—Va a España mui adinerado.

El mas dilatado tiempo tiene fin, y que esta suerte comprende a todo, nos lo persuade el misterioso ánjel del Apocalipsis. Llegósele a esta belicosa nacion el de su sujecion a los diez y nueve años de guerra sin intermision. Los indios a vista de los españoles parecian complacientes y agradables, mas en las sombras de su retiro lamentaban su sujecion, porque en realidad los capitanes que tenian, si no eran arreglados, pasaban a ser despóticos: bien sabido se tenian esto los españoles por lo acaecido en el transcurso de tantos años, y así dice Séneca, que en las acciones sucedidas, se aprenden las amenazadas. Durante el gobierno de Don Juan Enriquez hubo algunos piratas en el pacífico mar del Sur que causaron alguna zozobra en la costa de Chile. Sharps, uno de ellos, ganó la ciudad de la Serena, donde no habia jente pagada de guarnicion ni ménos ciudadela, y así entró en ella, habiendo hecho mui leve o ninguna oposicion por estar el vecindario sin armas e inexpertos; mas la abandonó luego actuando alguna ruina. Armáronse dos navios de guerra al comando de Don Antonio de Córdoba, sobrino del gobernador, y fué a las islas de Juan Fernandez en solicitud de los corsarios, y un navio que de ellos allí halló, dichosamente se evadió de los dos nuestros, sin que se ejecutase en aquella campaña otra operacion de marina. Don Juan Enriquez procuró con desvelada atencion fortalecer los puertos de Chile; y no siendo ya mas necesario para los indios

Don Alonso de Córdoba, lo hizo gobernador de Valparaiso ampliándole la jurisdiccion que habian tenido sus antecesores.

Incendióse la plaza de Arauco, porque sus techos eran pajizos: hallábase de maestre de campo Don Juan de Espejo y comandante jeneral de la caballería Don Tomas de Poveda, quien con grado de teniente jeneral pasó a España. Angustió al gobernador esta noticia; mas Gerónimo de Quiroga, que habia venido de la ciudad de Santiago en solicitud de un grado militar, se ofreció a construirla con mas extension, de tapia y teja en dos años, como le nombrase maestre de campo jeneral, en lo que convino el gobernador, y pasó a ejecutarlo. Finalizada con crecido dispendio del erario, mas sin cimientos, y así fué de pocos años su permanencia, hecho notorio que muchos de los presentes vimos.

Hagamos una reflexion séria sobre la imputacion que en aquel tiempo se le hizo al gobernador, y aun algo se oye a los eruditos en el presente. Notáronle de que habiendo cojido el fruto que desearon sus predecesores en la total sujecion de los indios, no los redujo a pueblos, lo que pudo haber ejecutado en tan favorable sistema, y que en caso de tanta importancia, no supo tomar consejo ni resolucion, y que en vida cristiana y política se hubieran mantenido arreglados y observadas sus operaciones, y el trato y mutua correspondencia con los españoles, los hubiera hecho ménos aguerridos, haciéndose preciso el despojarlos de las armas, lo que no solo ejecutó Trajano con los de Dacia, sino que les quitó a todos los que las hacian; y pues que quedaban con ellas y en la dispersion en que siempre habian vivido, volverian a sublevarse, quedando el reino en la misma zozobra y la real hacienda en la impensa anterior y presente, lo que hacia que la paz no fuese íris que anunciase serenidad. Hemos visto una consulta hecha al gobernador en órden al asunto, bien reflexionada, en la cual otro Marcio en Roma que predijo la pérdida de Cannas, como expresa Livio, y el autor lo que despues acaeció en Chile; y Don Juan Enriquez pudo haber visto, que en las acciones sucedidas se aprenden las amenazadas, y segun el sentir de juiciosos y desinteresados, en este hecho se desaprobó su conducta.

El motivo que para ello tuvo, no permanece oculto a nuestra edad, que sin duda fué de piedad, a influjo de algunas personas eclesiásticas y laicas que le representaron que el reducirlos a pueblos seria su exterminio, pues de los que habia en la grande extension que media entre la Concepcion y Coquimbo, subsistian mui pocos, habiendo habido ántes muchos, de que seria responsable en el tribunal divino, y otras razones. Mas pause la pluma y la objecion que pudiera hacerse, pues es feliz el olvido de lo irreparable. Terminó Don Juan Enriquez su gobierno año de mil seiscientos ochenta y dos, y a los doce de su ingreso: ántes ni despues ninguno salió tan acaudalado, como dejamos dicho; y siendo tan distante la utilidad pública del interes particular, supo unir lo disconforme: tan fina fué su política como ardiente el interes, pues este no obstó para que con toda eficacia solicitase el dichoso fin que en su tiempo tuvo materia tan árdua como la de la guerra; y aunque le im-

putaron que el reporte de utilidad fué mui crecido en seiscientas u ochocientas personas que de su cuenta se vendieron, nada ménos de doscientos pesos, ni a nada mas de trescientos pesos cada una, no obstante, muchos de sus antecesores no omitieron este lucro, que halló Don Juan establecido, aunque sí, en su gobierno, a favor de su interes mejor administrado, pues se vendian al vecindario, y la satisfaccion era en trigo a corto precio, y al Rei se le daba a dos pesos para el abasto de las tropas; y anualmente percibia de este y otros ingresos de cuarenta a cincuenta mil pesos del situado, fuera de otros injeniosos arbitrios que omitimos referir por no hacer mas extensa la narracion.

En su residencia se interesó, si no la mayor parte de la jerarquía eclesiástica, al ménos alguna con los dos obispos que en el reino hai, y aunque apreciado de ambos, el de la Concepcion lo denominaba con el título cordial de hijo: y no será digresion el referir el que por el empeño de pastor y padre, concurrió con tan eficaces y poderosas asistencias para la construccion de la catedral, que en dicha ciudad no la habia, que en su tiempo quedó perfectamente acabada. Era este celoso prelado el ilustrísimo Don frai Francisco de Loyola, agustiniano; y protejido Don Juan de tan alto patrocinio y con caudal, que como dice el Eclesiastes, todo lo avasalla y humilla, tuvo feliz éxito: y pues que la paciencia tiene por oficio el sufrir todo lo adverso de la vida, túvola tal el gobernador, que habiendo ido en solicitud de un escribano a su casa, lo halló reposando y no permitió lo incomodasen, sino que esperó a su recuerdo, y así dijo San Agustin, que la paciencia es compañera de la sabiduría. Por fin, se retiró a España, dejando entregado el gobierno a Don José Garro, quien del de Buenos-Aires pasó a Chile y practicó con su antecesor las atenciones debidas a su carácter; y en prosecucion de su destino llegó a la corte y despues de algun tiempo pasó al consejo de Indias. Su hermano Don Blas se quedó con notable cantidad de su caudal, y poco le lució lo mucho que llevó.

CAPITULO XIII.

Hecho singular del gobernador a su ingreso.—Parlamenta a los indios.—Extrae del barbarismo a algunas personas españolas de ambos sexos.—Despuebla la isla de la Mocha.—Quiere castigar a su secretario, de que se libra con su evasion.—Finaliza su gobierno y persona.—Retírase a España.—Sucédele Don Tomas de Poveda, de la órden de Santiago.—Festiva y singular recepcion que se le hizo y a su esposa.—Parlamenta a los indios.—Hace maestre de campo a Don Alonso de Córdoba.—Provocaciones que le hace el reformado, de que se orijinan disturbios, y con el proveedor del ejército, tesorero de la real hacienda y veedor, el que muere con desgracia.

Ni mas felices que Augusto, ni mejores que Trajano deseaban los romanos que fuesen los emperadores que a estos príncipes sucedieron, porque en el uno y otro llegó la felicidad y bondad a lo sumo, y ya que aquella no está en manos de los hombres, lo está esta, y debiéramos ser

imitadores de la divina bondad, que como dice San Pedro Crisólogo, prefiere el ser amada a ser temida. Procuró serlo el maestre de campo Don José Garro, de la órden de Santiago, con gobierno templado, prudente y tranquilo, que con su desinteres fué plausible y feliz. Hizo pasear por la plaza de la ciudad de Santiago cincuenta mil pesos que traia, que en los gobiernos del Tucuman y Buenos-Aires que habia obtenido, habia de sus sueldos reservado su economía, pues con ella los pobres son ricos y sin ella los ricos son pobres: lo que el gobernador ejecutó con bien acordada reflexion para que supiesen que no venia a pedir ni a quitar, a vender ni comerciar, porque el vicio puede estar sin juez, pero no sin fiscal; pues mas se sosiega el corazon con no apetecer nada que no conseguir mucho, y mas siendo el deseo esfera inmensa. El gobernador, anhelando por acertar, expidió un auto circular en que prevenia, que si ordenase o dispusiese alguna cosa contra la costumbre o lei municipal, se suspendiese la ejecucion y se le diese parte: tan arreglado en todo procedia.

Vino el gobernador a la frontera y dispuso se hiciese una campaña con accidentes de paz y verdadero aparato de guerra, y que nuestras tropas, que se componian de dos mil españoles, se acampasen en la ciudad de la Imperial, cuyas ruinas recuerdan su memoria, y que allí se parlamentase a los indios con honor y respeto de las armas. Fué el congreso mui opulento, y quedaron tan satisfechos de la equidad y bondad del presidente, que hasta el dia de hoi la tienen presente, la que practicó todo el tiempo de su gobierno, y puedo testificar que en tres iguales congresos en que me he hallado, les he oido renovar su memoria y gratitud, transmitida de padres a hijos, no obstante el trascurso de sesenta años. Repitió otras entradas en el discurso de su gobierno y sacó algunas personas españolas de ambos sexos, hijos o nietos de aquellos que experimentaron fortuna tan borrascosa con la pérdida de la ciudad, como dejamos dicho; y el gobernador se hizo cargo del estado de ellas y de su subsistencia, porque la humanidad y clemencia son compañeras de la libertad, como dice Valerio.

Mandó el Rei que se despoblase la isla de la Mocha, que está situada entre treinta y ocho a treinta y nueve grados en derechura del desemboque del rio de la Imperial y a moderada distancia de tierra firme, porque estando cultivada y habitada pudiera cualquiera nacion de Europa, émula de la española y deseosa de disfrutar intereses en Indias, acimentarse en ella: extrajéronse ochocientas personas de ambos sexos y se establecieron cuatro leguas de la Concepcion, mision que hoi permanece a cargo de los padres de la Compañía de Jesus, cómoda y decente, bien asistidos de su fervoroso celo los pocos que permanecen; y el gobierno se manifestó con ellos caritativo y liberal, y por recordacion suya se le puso San José de la Mocha. Sus bondades circulaban por el reino con realces de desinteres: buen comprobante de esta verdad fué lo que le acaeció con su secretario Don Domingo Dominguez, a quien habia criado desde su primera edad, que despues se cruzó y

murió de presidente de Charcas; fieramente indignado contra su persona, le quiso prender, mas tuvo tan a tiempo noticia o vivia tan precaucionado, pues la misma conciencia acusa, que felizmente se evadió de su solicitud y del reino, y con la misma libró su opulento caudal, cuyo embargo habia solicitado el gobernador.

Tanto efecto fué procedido de una gran causa, sobre cuyo asunto se habló con variedad; mas sin duda fué faltar al deber de una confianza por demasiada codicia. Por fin, terminó Don José su gobierno año de mil seiscientos noventa y uno, y quedó su memoria laureada de bendiciones en Chile. Asistióle y miróle su sucesor Don Tomas de Poveda, de la órden de Santiago, con todas las atenciones debidas al carácter de su persona, porque su jenerosidad y desinteres a toda prueba le captó mas; pues le dejó un situado y otro próximo, cuyo monto fué de quinientos ochenta mil pesos en plata, para que los distribuyese, habiéndose abstenido de ejecutarlo así que supo de su aproximacion al reino: laudable moderacion digna de alto encomio. Llegó felizmente a España y diéronle el gobierno de Jibraltar, de donde pasó a ser capitan jeneral de Cantabria, su patria, en cuyo ejercicio murió, mas no su memoria, pues a algunas personas desinteresadas y bien instruidas les hemos oido decir "el Santo de Garro," quienes por su ancianidad y grado le trataron de cerca. Hizo plausible el ingreso del nuevo gobernador el haber servido en el ejército, como dejamos dicho, y el pleno conocimiento del reino. Trajo doscientos hombres de recluta y una familia mui lustrosa, que la mas se estableció en Chile. Su equipaje y tren fué magnífico y cual ninguno le ha igualado. No se mostró desconocido, aunque de fortuna mejorado, pues como dice Casiodoro, que las nuevas dignidades hacen mudar y enfrian las antiguas amistades: singular accion pocas veces practicada de la humana elacion. Dispúsosele en la Concepcion un tan magnífico recebimiento, que su ejecucion excedió al deseo. Tan lucido fué como costoso, y se transfirió para la celebridad del desposorio con Doña Juana Urdanegui, hija del marques de Villafuerte, familia de las mas distinguidas de la ciudad de los Reyes, el festejo destinado para aquel dia. Constaba el obsequio de catorce comedias, y la del Hércules chileno, obra de dos regnícolas, toros y cañas, cuyas demostraciones, ántes ni despues vistas, bien dan a entender la aceptacion y aplauso que causó su ingreso. Húbolo tambien entre los indios, y asistieron todos a cumplimentarle y se volvieron mui satisfechos de su liberalidad y agrado, y quedó aplazado un congreso para la plaza de Yumbel, donde concurrieron los indios de la mayor distincion, y finalizado acto tan sério, se confirió el empleo de maestre de campo jeneral a Don Alonso de Córdoba, mi padre, a cuyo comando habia servido de capitan de caballos en las plazas de Repocura y Puren, frontera pertinaz de esta belicosa nacion. Siendo teniente jeneral de la caballería y gobernador de entrambas Gerónimo de Quiroga, que lo habia sido diez y seis años contra la comun práctica, no pudo acomodar su jenio al reposo de la vida privada; aunque valetudinario quiso desahogar el

bochorno de su queja con várias sátiras punzantes contra el gobernador y provistos en la esfera militar y política y otras operaciones de gracia y justicia; mas el gobernador mostró heroico desprecio a las murmuraciones. Mas no satisfecho, las dirijió al virei del Perú, por tan buen conducto que hallaron grata acojida, como lo hemos visto por carta del conde de la Monclova, que entónces lo era, y aun pasa a insinuarle al gobernador que lo nombre por maestre de campo. No tuvieron este éxito las letras que a Madrid escribió, procurando desacreditar la conducta que en Chile habia tenido: y porque este fué el oríjen de otros acaecimientos, no lo hemos omitido.

Pasaron los hechos del maestre de campo Quiroga a mayor provocacion, como lo fué el hacer un informe en consorcio de algunos que atrajo su cavilacion, no la queja, porque eran beneficiados del gobernador, de cuya resulta se refujiaron y en prolongada carcelería los mantuvo su recelo, pregonando su semblante lo que disimulaban las voces. Francisco García de Sobarzo era de los vecinos mas distinguidos y ricos de la Concepcion; y la intendencia que por muchos años tuvo, de dar ocho mil y mas fanegas de harina para el ejército a dos pesos, le habia enriquecido, fuera de hallarse bien fincado. Hízose nueva postura segun lo consueto, y empeñóse en proseguir con el acierto, lo que procuró contra el dictámen de amigos. Mas la avaricia de los hombres y deseo de riquezas procede en infinito, como dice Aristóteles. A este tiempo se esterilizaron los campos de Lima y hasta lo presente no han vuelto a producir el trigo que ántes, no obstante el trascurso de cincuenta años. Valió en la Concepcion a seis pesos fanega, y urjiendo la mantencion de las tropas, se vió el gobernador precisado a que en defecto de harina diese seis pesos en plata por fanega, cuya cantidad se extrajo de su caudal y de sus fiadores, y en algunas familias hasta lo presente se lamenta el gasto, como hemos oídoles; y si los interesados se mostraron ofendidos o quejosos, el hecho da a entender que fueron injustos, segun el sentir de indiferentes.

Dice Plutarco que el mayor mal que tiene el mal, es que el fin de unos es principio de otros; y por terminar con su serie proseguirémos en la narracion de lo que ocurrió. Ofreciéronse árduos desórdenes entre el gobernador y oidores de la real audiencia de Chile, y con Don Mateo de Solar, de la órden de Santiago, tesorero de la hacienda real de la Concepcion; y en la ciudad de Santiago se mantuvo algunos años arrestado en su casa, y su causa terminó a su favor en el subsecuente gobierno. Su capacidad sobresaliente y bondad hizo amable su persona, y de presente permanece mui lustrosa su familia. Al veedor del ejército Don Francisco Jiron le suscitó un su inmediato pariente una acusacion o árduo denuncio, y otras incidencias que se agregaron, y para vindicarse iba a Santiago y en Teno se ahogó, dejando a su mujer y una hija en deplorable desamparo, y aquella, que le sobrevivió muchos años, murió en suma indijencia, pues con la muerte de su esposo, terminó su empleo honorífico y bien rentado. Calumniósele de ingrata correspon den-

cia para con el gobernador, quien le suplió dinero y coadyuvó a su consecucion, y se le oyó várias veces decir que le habia sido desagradecido. Ejecutó el presidente un singular hecho de caridad y nobleza: hallábase en la ciudad de la Concepcion la familia de Don Jorje de Avellan y Aro en suma inopia y terrible desamparo con la horfandad de sus padres; y con el conocimiento de su nobleza se hizo cargo del remedio de Doña Ana, su hija, con Don Alonso Enriquez, persona mui de su igual. La gobernadora fué la madrina, obsequiándola con un espléndido ajuar, y a sus hermanos los agregó a su familia.

CAPITULO XIV.

La desacreditada conducta del comisario D. Antonio Pedreros ocasiona la sublevacion de algunas provincias.—Sale con tropas al castigo y termina fatalmente su vida.—Solicitud y empeño que el maestre de campo Don Alonso de Córdoba pone en su castigo o sujecion, la que se consigue.—Ejecútase en Puren un jeneral congreso de la nacion indiana.—Muestra el gobernador ardiente celo en la propagacion de la lei evanjélica.—Termina su gobierno, y sucédele el sarjento jeneral de batalla D. Francisco Ibañez, de la órden de San Juan.—Desazones que causó a su antecesor, quien muere repentino.—Debidamente se elojia su persona y conducta.—El gobernador manifiesta notable ardor en sus intereses, lo que manifiestan sus palabras y obras.

Es el tiempo un movimiento de continuada perpetuidad, segun el gran Gregorio, y los hombres para prevenirse contra sus irregulares mutaciones, deben saber que la sabiduría habita en el consejo, como dice Salomon. Contra el de muchos se fió el gobernador del comisario de naciones Don Antonio Pedreros: túvole por el hombre de mas consumado valor del reino, mas desaforado e intrépido en sumo grado. Los indios viven tenazmente impresionados de que los brujos les quitan la vida, valiéndose de ellos las personas de su ofensa o displicencia, y con indicios o sin ellos ejecutan por vengarse atroces hechos. El comandante fué extrayendo de sus paises várias familias de ellos y estableció algunas en la reduccion de San Cristóbal, de suerte que mas fueron los quejosos que los obligados, en cuya ejecucion habia violencias, no sin algun interes de los ejecutores, de cuya resulta los de la provincia de Birguen le quitaron la vida a Miguel de Quiroga, su capitan, y pasaron a conspirarse algunos. El comisario con dos mil indios y una compañía de cincuenta españoles, cuyo capitan era Don Alonso Molina, salió en solicitud de los rebeldes, que estaban acampados en la opuesta ribera de Quepe, sumamente rápido y de estrecho ingreso: avistáronse un dia lluvioso en que totalmente se inutilizaron las armas de fuego. Los enemigos a voces le provocaban y le improbaban de cobarde, pues no se atrevia a transitar el corto caudal de un moderado rio.

El comandante entónces, con ferocidad inaudita y que excede a la credulidad, se entró al rio, y llegando a la opuesta ribera donde la muchedumbre de enemigos se embarazaba, mató a tres, mas dándole un bote de lanza por un vacio, se inclinó desfallecido, y volvió el caballo

adonde habia salido, con su señor ya muerto, sin caer ni largar la espada: dos indios belicosos le siguieron, y el uno murió peleando, y no con menor intrepidez: retiráronse las tropas a Puren, y en melancólico aspecto quedaron las cosas en estado de una jeneral sublevacion. El caso de la muerte del comandante manifiesta el carácter que dejamos dicho de su persona. Díjose que se le halló una carta del presidente, en que con severidad le reprende y manda que le ponga el pais en la paz y sosiego en que le halló cuando lo nombró comisario. El maestre de campo Don Alonso de Córdoba se hallaba en la plaza de Arauco, y sin perder instante salió para la de Tucapel, y de esta, así que oscureció, para la de Puren, con cuarenta hombres, por una senda extraviada y no del comun trajin, lo que hizo mui penosa la marcha; mas fué tal la dilijencia que al alba estuvo en esta, dejando confusos a los indios y aterrados a los de Tucapel por haber transitado sus paises sin haberle nadie visto.

El maestre de campo ordenó el que aprontasen algunas tropas de las leales y españolas, al sarjento mayor Don Alonso Covarrubias: se acampó con seiscientos españoles en Negrete, ribera del Biobio, y Don Alonso hizo intimar a los alterados que le entregasen los perturbadores del reposo público para castigarlos, y que de no, iria a ejecutarlo en persona en sus provincias y a actuar todo el rigor de la guerra: esta fiera amenaza abatió totalmente su orgullo y Millapal con otros se refujiaron en Repocura; y vinieron sus emisarios pidiendo perdon y ofreciendo toda satisfaccion, los que pasaron a la Concepcion, donde el gobernador se hallaba; y de su órden tuvo un parlamento el maestre de campo mui opulento, y con seguro que se les dió, comparecieron los refujiados y quedó todo tranquilo.

Puso el gobernador singular esmero en que se propagase la lei evanjélica, y tan allá llegó su celo, que ni ántes ni despues ninguno le excedió. Los misioneros jesuitas estuvieron bien atendidos, y se actuó mui a propósito su fervor. Don José Moncada, cura de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, hizo abdicacion de su beneficio y con loable celo se internó entre los indios, donde estuvo algunos años bien atendido del gobernador y fundó una mision, de donde salió para canónigo de la iglesia de Santiago, exaltacion debida a su protector.

Así terminó su gobierno, año de mil seiscientos noventa y nueve: fué de los gobernadores que mas han atendido al mérito y nobleza del reino, adquirida y heredada, para los políticos y militares de la plana mayor oficios, sin inspeccion de intereses; y porque jeneralidades no satisfacen, pasarémos a mencionar a algunos de los que colocó en los empleos militares de la plana mayor del ejército: Don Juan Verdugo, Don Fernando Bascuñan, Don Alonso Covarrubias, Don Antonio Otarola, Don Alvaro de Cereceda, Don José Paravecino, etc. Diga la mas ríjida censura si halló algo que motejar en los electos, y guardada proporcion, ejecutó lo mismo en la esfera política y bajos oficiales de tropa.

Fué el gobernador afable y liberal, saliendo de la mano el don ántes que al oido llegase el ruego. Bien pudiéramos mencionar a muchos en el obispado de la Concepcion y fuera de él, a quienes benefició con su dinero, y quedó mal pagado y correspondido. Fué de sobresaliente capacidad y singular penetracion y de otras buenas habitudes, y no se vió desconocido aunque se halló sublimado, siendo de los gobernadores adinerados que han venido a Chile. Trajo cincuenta mil pesos de Buenos-Aires, fuera de la opulenta dote que llevó su esposa, y las donas que el ilustrísimo arzobispo de Charcas, su tio, le envió, y los situados que en el reino distribuyó, como dejamos dicho; y es de notar que despues de su repentino fallecimiento, mui poco se le halló: vino a Chile con el grado de consejero de guerra. Causóle muchos displaceres su sucesor, que le compulsaron a sacar inhibitoria del virei del Perú, y aun a despecho del olvido, hoi lo publica la fama, que es de mas edad que la vida. Terminó en este tiempo la de su querida esposa, y entre tan tenebrosos desconsuelos, no obstante el estrépito de las armas, el Rei le tituló en el campo de Luzara, dándole el despacho a Don Bartolomé, su hermano, que iba en la real familia, el cumple-años de su dia: favor bastante distinguido; y no omitimos decir, ántes de llegar al infalible afan de morir, que dejó dotada en la Concepcion la fiesta de San Vicente Ferrer.

Por fin llegó al momento fatal de una muerte presurosa, en Santiago, aunque bien premeditada de su ejemplar vida, que era edificacion de lo eclesiástico y laical. Fué de Fijola, en el reino de Granada, y de su mejor nobleza. Pasó a Indias con el motivo de ser inquisidor de la ciudad de los Reyes su tio, de donde fué provisto a la presidencia de Charcas y a su arzobispado. De presente se ha establecido en el reino el marques de Cañada Hermosa, hijo mayor del gobernador.

Hállase de canónigo en Lima Don Juan José, y tres hermanas inuptas se han ofrecido a Dios, viéndose bien lo que el profeta real nos dice, que la jeneracion de los justos será bendecida. Y pues que, segun Erasmo, la amistad debe ser inmortal y el odio mortal, no debe terminar en mí la que el gobernador profesó con mi padre, y mas cuando en la horfandad de nuestra puericia le debimos expresiones de voluntad, y cuanto así debe correr mi pluma difusa por agradecida.

El sarjento jeneral de batalla Don Francisco Ibañez, de la órden de Santiago, fué el que le sucedió, y trajo dos sobrinas, la una casada con el marques de Corpa, caballero de singulares méritos y de profunda erudicion: bien lo manifiesta la obra que dió a luz, y Doña Tadea, que casó con el hermano del marques. El gobernador solicitó, por medio de algunas personas de su confianza, el que le prestasen dinero, y segun la voz comun, fué considerable el empréstito, pues de la Concepcion solo le llevaron diez y siete mil pesos. Oíasele una inaudita y escandalosa locucion, como era el decir: "mi situado, mis indios:" esto sin embozo. Lo demas queda al juicio del prudente lector.

CAPITULO XV.

El gobernador procedió poco arreglado en las mercedes de indios.—Desazones con el veedor y sus resultas.—Tumultúan los soldados: el fin que estos hechos tuvieron.—Expúlsale del reino con su familia su sucesor Don Juan Andres Ustariz, de la órden de Santiago, y el fin que tuvo.—Intentan sublevarse los indios yanaconas, y su castigo.—Lo mismo ejecutan en Chiloé, e imputacion que se le hace.—Apresan a su esposa, que venia a Chile.—Viénele de sucesor el oidor D. José Santiago Concha: residéncialo, y dase noticia de su éxito, y muere en el reino.—Varios proyectos que el gobernador forma.—Viene una escuadra de España al comando de monsieur Martinet, y su sucesor por Buenos-Aires, y retírase a Lima.

La gobernacion y oficio, dice Aristóteles que descubre quien es el hombre, cuyo propio gobierno le tuvieron por árduo los filósofos; y si a Job le pareció pesado llevar su propia condicion, ántes mas será llevar y rejir las ajenas. El gobernador hacia mercedes de indios a quienes se las gratificaban, o confirmaba las hechas, sobre cuyo asunto pudiéramos producir muchos de estos hechos, mas será ménos ofensivo el propio. Doce familias de las que estaban acimentadas en una hacienda heredada de nuestros padres, las dió por un crecido interes a un vecino de la Concepcion, y porque se ocultaron y no quisieron extraerse del lugar de su acimentacion e irse con el comprador, desterró a Andres de Meneces, administrador de ella, imputándole la culpa de su desgano. Lo mismo practicó en los oficios políticos y militares, con mas o ménos retencion. En su tiempo principiaron a venir los oidores a ser correjidores de la ciudad de la Concepcion, alternándose trienalmente, y cuatro fueron sucesivos, y el Rei revocó esta facultad que se les habia concedido. Con el motivo de la guerra de la grande alianza contra las dos coronas de España y Francia, que ocasionó el ingreso de Felipe V a la corona, primer príncipe de la ínclita casa de Borbon, se dió permiso a los franceses para poder traficar en el mar del Sur, cuya apetecida escala fué la Concepcion y los demas puertos del reino, y esto cesó con la paz de Utrech.

A la pobreza poco basta, a la avaricia nada. Los soldados se persuadieron a que el gobernador se queria interesar mucho en un situado que en dinero habia venido de Potosí, y que habia extraido una considerable cantidad en la ciudad de Santiago. Los créditos que tenian no podian ser peores, y así hallaba los ánimos dispuestos a la credulidad para persuadirse a todo, aunque en realidad así no fuese. Tuvo sus desazones con el veedor Don Juan Fermin Montero de Espinosa, y estas llegaron a extremo que le envió a prender; mas se evadió de los ministros que le seguian, con un par de pistolas, cuyo temor los contuvo, o lo bien visto que estaba hizo fácil su fuga; y sin duda siempre miró por los intereses del Rei y de los soldados, y fué mui cierto que en órden a esto se le ofrecieron digustos (*sic*). Era Don Fermin sumamente desinteresado, afable y obsequioso, aunque de jenio fogoso, y por no interrumpir la narracion de su persona, proseguirémosla. Pasó a Lima suspenso,

donde se mantuvo muchos años, aunque gozando de todo el sueldo de órden del Rei, y el príncipe de Santo Bono le hizo volver a Chile a servir su plaza, y murió suspenso por causa que se le hizo gobernando el reino el excelentísimo señor Don Gabriel Cano y siendo auditor el licenciado Don Martin de Recabarren, oidor de la real audiencia, y su intrepidez causó su ruina.

El gobernador hizo desterrar a Don Alonso de Soto, de conocida calidad y mérito. Volvióle, y arrestó a otros. Los soldados de las plazas de Arauco, Yumbel y Puren se convocaron para el dia apiazado juntarse en la Concepcion. La prision intentada del veedor apresuró la venida de los de Yumbel, y ya en la inmediacion de la Concepcion, lo supo el gobernador: ellos se retuvieron, y bastante costó el hacerlos volver. Fueron los motores Juan de Contreras y José Marin: a este le quitaron la vida, y el otro de allí a años se indultó. Los de Arauco quisieron hacer su movimiento, mas se contuvieron: los de Puren llegaron a acamparse a tres leguas de Yumbel, de donde ejecutaron su regreso. Pareciéndole al gobernador que era crédito y honor de las armas el ir con tropas para Yumbel, lo ejecutó. Habian salido como cien hombres de la plaza, de la cual compulsaron al sarjento mayor Don Pedro Molina a que la abandonase, y ganó a San Cristóbal. Apostáronse en un sitio ventajoso, y ya a la vista unos de otros, el padre Jorje Virger, misionero jesuita, con santo celo procuró no hubiese rompimiento, y al fin de várias solicitudes, bajo del seguro de la real palabra, a lo que se dijo, se volvieron a la plaza, habiendo ántes hablado tres al gobernador.

Su retirada fué con prisa y confusion: los mas o cuasi todos ganaron el refujio de la iglesia, que les pareció seria inviolable; mas fueron extraidos y en el cuerpo de guardia quitaron a tres la vida, no obstante las dilijencias que actuó el cura Don Francisco Flores de excomuniones y multas hasta consumir el S.^{on} (*sic*). Era auditor del gobernador el licenciado Don Alvaro Bernardo de Quiros, oidor de la audiencia real del reino: no obstante, vino declarado de que les valia y multado el gobernador y el auditor; y finalizado todo lo concerniente a este fin, se retiró a la ciudad de Santiago, donde le vino sucesor el año de mil setecientos siete, que lo fué Don Juan Andres Ustariz, de la órden de Santiago, persona de conocida calidad y natural de Sevilla, y en la carrera de Indias uno de los cargadores, y en Vigo perdió crecidos intereses. Fué hombre injénuo y de una inalterable palabra. En todo el tiempo de su gobierno, no se le hizo ningun pagamento a las tropas, de suerte que dejaron el servicio, y en las plazas habia mas apariencias que realidades de la militar formalidad, permaneciendo solo los que se habian avecindado por su nacimiento o dilatada habitacion; mas no se dejó de dar providencia a los altos y bajos oficios.

El reino florecia con la labor y descubrimiento de ricas minas, las mas de oro, y con el tráfico y comercio de sus trigos y el ingreso de los de las provincias de Tucuman, Paraguai y Buenos-Aires. Esta apaci-

ble calma de la paz se hubo de alterar en Chile por los indios yanaconas (que son los que sirven y estan acimentados entre españoles), queriéndose sublevar, cuyo manejo se trató con el último secreto para que se ejecutase el dia de Ceniza, y para avisarse, fué el signo hacer ahumadas de dia y fuegos de noche en los montes mas elevados, y fué tan rápida su corrida de flecha, segun el lenguaje del pais, que su curso llegó a doscientas cincuenta leguas; mas con casualidad venturosa se llegó a entender, y se arrestaron en diversas partes ochenta personas. Era correjidor de la Concepcion y maestre de campo jeneral Don Fermin Ustariz, hijo del gobernador, quien en caso tan árduo se mostró con mucho juicio, actividad y prudencia: quitáronles la vida a cuatro, y otros salieron desterrados del reino, y quedó todo tranquilo; mas no el presidente, que se vió combatido de fuertes infortunios. Envió a España por su mujer y familia; y transportábanse en los navios de rejistro de Buenos-Aires, y las apresó una escuadra holandesa, no obstante el pasaporte de la reina Ana de Inglaterra que traian. Pasaron con la presa a Portugal, y el presidente volvió a España, donde murió.

Y pues que dejamos en Chile al gobernador Don Francisco Ibañez, terminarémos la última escena de la trajedia de su vida. Hallábase en Madrid el marques de Corpa, y cuando entró el emperador Cárlos VI en aquella imperial villa, reconocióle por Rei y a su egreso salió con otros muchos: puede ser que este fuese mas compulso que voluntario, y el Rei despues le reintegró sus honores y bienes. El presidente Don Juan Andres con presura mandó embarcarle con la marquesa y su hermano para la ciudad de los Reyes, mirándolos como infidentes, en caso de venir escuadra inglesa al mar Pacífico, como se recelaba, sin figura de juicio que precediese, ni motivos que hubiesen dado para desconfianza. Mantúvose con esta mortificacion de pundonor, poco atendido hasta de los suyos e indijente, y por fin terminó el período de su vida con la sotana de la Compañía, para donde esta caritativa y atenta relijion le hizo funeral competente a su carácter, viéndose bien que el hombre es jeroglífico de la inconstancia en sus edades diversas y singulares mutaciones.

Antes de finalizar su gobierno tuvo el displacer de que se sublevase la mayor parte de la provincia de Chiloé, separada del continente de Chile, y que se le imputase esta culpa a Don Alejandro Guiron, su criado, a quien habia hecho capitan de Calbuco, que desobedeciendo al jeneral, se vino a la Concepcion con su compañía, y se dijo que se aprovecharon los indios de este retiro.

Hubo sus muertes, escándalos y castigos algo inhumanos, segun el comun sentir; y fué restituido Don José Marin, depuesto, a que siguiese su empleo, y quedó todo tranquilo. Gobernaba el Perú el príncipe Santo Bono, a quien el Rei dirijió una cédula en que con alguna formalidad se da por entendido de los excesos cometidos por el gobernador, y le manda los averigüe y lo deponga en caso de ser ciertos,

cuyos capítulos mas son para vistos en su proceso, que para relatarlos en historia. El virei deliberó enviar a Chile al Dr. Don José de Santiago Concha, de la órden de Santiago, oidor de la audiencia real de los Reyes y ministro de los mas acreditados de aquel senado. Llegó el año de mil setecientos diez y seis, y entregado del gobierno, le tomó la residencia y fué alcanzado. A cincuenta y cuatro mil pesos, no inclusas costas, llegó la exhibicion que le hizo hacer y multas en que le gravó, lo que le pareció al gobernador y a sus abogados injusticia demasiada. El pesar le quitó la vida, aunque no inmediatamente. Despues de ella vino a Chile real despacho indultando al gobernador y su familia: Don Fermin de Ustariz, su hijo mayor, persona de singulares prendas y sobresaliente capacidad, murió sin estado en la ciudad de Santiago, donde estuvo acimentado y dos hermanos suyos. Mucha parte de su opulento caudal dejó consignado para obras pias.

El gobernador puso mucho cuidado en que no se retardasen y se diese breve expediente al despacho de litijios, y en realidad se terminaron muchos antiguados. Vínose para la Concepcion, y viendo que los doscientos noventa y dos mil pesos de asignacion anual era crecida exhibicion, lo que imposibilitaba su satisfaccion, pues se veia el erario sumamente gravado, y que bastarian cien mil pesos para en tiempo de paz, informó al Rei sobre reducirlos a este número, y en él ha quedado hasta la presente, mas han sido indefectibles. En órden a las providencias militares, se mostró justo y piadoso. Nombró por maestre de campo a Don Fernando de Mieres, persona en quien concurrian calidad y méritos y otros talentos que le constituian acreedor a los primeros empleos políticos y militares del reino. Discurrió varios arbitrios tocante a la conversion de los indios para reducirlos a vida política; mas el corto tiempo que se mantuvo en su interino gobierno, no dió lugar a que se actuase alguno, para cuyo efecto se le oyó decir que concurriria con parte de su caudal. En su tiempo llegó la escuadra española al comando de monsieur Martinet para estorbar el comercio del mar del Sur a los franceses, cuyo permiso cesó con la paz de Utrech, y mostró el gobernador mucho celo y vijilancia en que la noticia no pasase al Perú, en cuya costa se hallaban algunos navios comerciantes. Tomáronse tan cabales medidas que se logró una feliz presa, y el intendente Don Gabriel de Lacunsa dió en la ciudad de los Reyes ventajoso dispendio a la ropa, hallándose ya el gobernador con el sucesor en la jurisdiccion de Chile. Se embarcó en la ciudad de la Concepcion para el Perú.—HASTA AQUI ES DEL AUTOR—despues de haber fundado con título de ciudad la villa que es hoi de San Martin de la Concha, por los motivos que hallarán en los libros de su cabildo: y la adelantó hasta la perfeccion que hoi se ve, en tiempo de su gobierno para Chile tan benéfico, digno de eterna memoria y de mas glorioso fin, el excelentísimo señor Don José Manso de Velasco, conde de Superunda, sin atender a que era obra de su antecesor, ni a que como poblador del reino, que lo halló poco ménos que desierto, lo estaba poblando, como lo hizo,

para que viviesen en política y sociedad cristiana los habitantes de sus vastas provincias, con la villa de la Laja o de los Anjeles, las de San Agustin de Talca, San José de Buena-Vista y las Mercedes de Manso en la de Maule, San Fernando el Real en la de Colchagua, Santa Cruz de Ariana(*sic*) en la de Rancagua, Logrono de San José en la de Melipilla, San Felipe el Real en la de Aconcagua y la de San Francisco de las Selvas en la de Copiapó, con la reedificacion, que mereció el eficaz empeño de su celo, de la ciudad del Dulce Nombre de María y Valdivia, que tambien redujo a su jurisdiccion, que estaba como lunar segregada desde su edificacion, y no consiguió ninguno de sus predecesores, aunque lo solicitó su deseo.

FIN DEL TOMO II.

INDICE.

PAJ.

Breve noticia del autor III

HISTORIA DE CHILE

POR EL MAESTRE DE CAMPO DON PEDRO DE CORDOBA Y FIGUEROA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I. Extension de la América, y lo que los antiguos discurrieron de ella.—Su descubrimiento por Cristóbal Colon, y el del mar del Sur por Vasco Nuñez 1

CAPITULO II. Descubrimiento del Mar del Sur por Vasco Nuñez y su trájico fin; y el del Perú por Francisco Pizarro y Diego de Almagro.—Prision de Atahualpa y su fin desgraciado 3

CAPITULO III. Hace merced el Emperador a don Diego de Almagro del descubrimiento del Nuevo Toledo, emprendiendo la conquista de Chile.—Extremosa libertad suya.—Trae a Pullu-Inca, y acaecimientos de su viaje 5

CAPITULO IV. Prosigue el adelantado su empresa y líbrase de un grave peligro.—Llega a la cordillera y principia su tránsito en la ríjida estacion: padece notables penalidades y considerable pérdida de tropa 7

CAPITULO V. Llega don Diego a Copiapó, y despues Rodrigo Ordoñez.—Singular acto de justicia del adelantado.—Real magnificencia del Inca y liberalidad extremosa de don Diego para con los españoles 8

CAPITULO VI. Retírase el adelantado de Chile. Discordias que hubo con don Francisco Pizarro.—Batalla de las Salinas: quedan batidas sus tropas y él prisionero.—Quítanle la vida, a que le sentenció Hernan o Pizarro 10

CAPITULO VII. Elojios del adelantado don Diego de Almagro.—Su vária fortuna hasta su muerte 12

CAPITULO VIII. Pedro de Valdivia pide a don Francisco Pizarro la conquista de Chile, a cuya empresa va.—Acaecimientos hasta su ingreso al reino 14

CAPITULO IX. ituacion del reino de Chile.—Su extension y descripcion de su famosa cordillera 15

CAPITULO X. Apacibilidad del cielo de Chile y sus benévolos influjos.—Descripcion de sus rios y despeños de aguas 17

CAPITULO XI. De los lagos que hai en Chile y de su templado clima.—De los frutos de cultivo que los indios tenian y frutas que producia el pais, y de los ganados y animales que en él habian 19

PAJ.

CAPITULO XII. Fertilidad de Chile y sus frutos que produce.—La abundancia de sus ganados y jenerosidad de sus caballos, y reflexion que hace en órden a su conquista 21

CAPITULO XIII. De las aves terrestres, marítimas y palustres.—Dase noticia de los árboles mas especiales que produce el pais, y de la abundancia de su costa, y de singulares simples que en él hai 23

CAPITULO XIV. De los primeros habitadores de Chile, del númen de su adoracion, y lo que creian de la inmortalidad del alma.—La dispersion en que vivian, sin leyes ni sujecion alguna.—De su apetencia a la embriaguez.—Disposiciones que precedian para la paz y la guerra, y de sus hechicerías, etc..... 26

CAPITULO XV. Dase noticia del jenio y costumbres de los indios y su singular valor.—Reflexion que [en] órden a esto se hace, y de sus juegos, que son belicosos ensayes 28

CAPITULO XVI. De las conquistas que hicieron los monarcas del Perú en Chile.—Los años de su duracion.—La abundancia de minas y riquezas que hai en dicho reino 30

CAPITULO XVII. El gobernador Pedro de Valdivia funda la ciudad de Santiago en el valle de Mapuche, cuya descripcion se hace, y de dicha ciudad.—Dase noticia de sus edificios sacros 33

CAPITULO XVIII. De los conventos de monjas y parroquias que hai en dicha ciudad de Santiago; y de sus edificios profanos, tribunales de justicia y gobierno político, de su vecindario y comercio 36

CAPITULO XIX. Sublévanse los indios contra los españoles y avánzanlos en su fortin.—Hecho de doña Ines Suarez, y quedan vencidos en campal batalla, y extremosa necesidad que padecieron 38

CAPITULO XX. Dase noticia de una sublevacion tramada contra la persona del gobernador.—Princípiase a trabajar las minas de Quillota.—Despacha el gobernador al capitan Monroy y a otros españoles al Perú, y notables acaecimientos de este viaje 40

CAPITULO XXI. Los indios sorprenden a los españoles del fuerte de Quillota.—Sale el gobernador a su castigo.—Da algunas encomiendas.—Envía a descubrir la costa del sur, y funda la ciudad de la Serena en el valle de Coquimbo.—Hácese su descubrimiento, y el estado presente en que dicha ciudad se halla 42

CAPITULO XXII. Baja al Perú por socorro el jeneral Pastene y vuélvese sin él.—Determina el gobernador irse a ver con el Presidente Gasca y llega a tiempo de hallarse en batalla de Saquizagriana.—Hácele nueva merced, y viniéndose para Chile, envía al jeneral Hinojosa por él: ya satisfecho de su inocencia, vuelve al reino 44

CAPITULO XXIII. Dase noticia de la sublevacion tramada por Pedro Sanchez y se termina su muerte.—Quitan la vida los mozos a los vecinos de Coquimbo: incendian la ciudad: quedan castigados y puéblase 46

CAPITULO XXIV. Sale el gobernador Pedro de Valdivia de la ciudad de Santiago, con sus tropas españolas y auxilios, en prosecucion de sus conquistas.—Pasa el rio de Maule y llega al valle de Penco: hácese su descripcion y la de su puerto 48

CAPITULO XXV. Dase noticia de una batalla peligrosa en que estuvo el gobernador y sus españoles en manifiesto riesgo de perderse.—Funda la ciudad de la Concepcion: nombra las primeras justicias y oficios concejiles de ella: menciónanse sus primeros vecinos.—Asígnase el gobernador solar y campos en su distrito, y otras individualidades que se ofrecieron 50

CAPITULO XXVI. Dispone el gobernador se hagan posadas o tambos.—Envía a descubrir el estado de Arauco.—Pone toda solicitud en buscar minas y princípiase su labor 53

LIBRO SEGUNDO.

PAJ.

CAPITULO I. Viene un poderoso ejército contra los españoles.—Sale el gobernador Pedro de Valdivia al opósito.—El apóstol Santiago visiblemente los favorece y quedan los indios vencidos.—Ofrecen hacer una hermita en recuerdo de este milagro 55

CAPITULO II. Prosigue el gobernador sus conquistas: funda la ciudad de la Imperial.—Descripcion de su ameno valle.—Dase noticia de los muchos indios que le habitaban y de sus primeros pobladores y acimentacion que despues tuvo 57

CAPITULO III. Prosigue de Valdivia sus conquistas.—Funda la ciudad de Valdivia: descríbese el terreno de su fundacion, vecindario y aumento.—Envía a Gerónimo de Alderete a que funde la ciudad de Rica: hácese la descripcion de su sitio y pais: dase noticia de su aumentacion y comercio 60

CAPITULO IV. Fabrica el gobernador tres fortines en Puren, Tucapel y Arauco: hácese la descripcion de esta provincia.—Va el gobernador a la ciudad de Santiago y de allí despacha a Gerónimo de Alderete a España, y con qué designio, y envía a hacer la conquista de Cuyo 63

CAPITULO V. Socorro que trajo a Chile don Martin de Avendaño.—Fundó el Gobernador la ciudad de los Confines.—Hácese la descripcion del valle donde la situó.—Dase noticia de su vecindario y aumentacion 66

CAPITULO VI. Envía Pedro de Valdivia a reconocer el estrecho de Magallanes, y con qué designio.—Aplican muchos indios a la labor de las minas y exaccion de tributos, de que procedió su primera sublevacion 68

CAPITULO VII. Disponen los indios sublevarse: ejecútanlo con acuerdo.—Acometen a la fortaleza de Arauco, mas sin suceso.—Ejecutan lo mesmo en Tucapel, y despues de varios avances, abandonan la plaza los españoles y se retiran a Puren 70

CAPITULO VIII. El gobernador, con la noticia de la sublevacion, sale de la Concepcion para Quilacoya.—Envía a socorrer la plaza de Tucapel.—Singular retirada de Diego de Maldonado.—Viene el gobernador a Arauco: sale al castigo de los indios, aunque se lo disuaden: llega a Tucapel con pérdida 72

CAPITULO IX. Batalla de Tucapel.—Queda vencido y muerto Pedro de Valdivia.—Famosa retirada de Juan Gomez de Almagro.—Abandónanse las plazas de Puren y Arauco 75

CAPITULO X. Elojio de Pedro de Valdivia.—Su vária fortuna y riquezas, y singulares talentos de su persona 78

CAPITULO XI. Llega a la Concepcion la noticia de la muerte del gobernador.—En el pliego de providencia es nombrado en tercer lugar Francisco de Villagra; no obstante, es electo por gobernador interino.—Sale al castigo de los rebeldes.—Notable batalla que tuvo, y retírase con considerable pérdida. 81

CAPITULO XII. El gobernador despues de su retiro resuelve despoblar la Concepcion: opónense a esto sus vecinos; no obstante, se ejecuta: vanse a la Imperial y el gobernador a Santiago.—Diferencia que se ofrece con Francisco de Aguirre.—Vuelve al socorro de la Imperial y Valdivia sitiadas: ejecutólo con felicidad.—Sujeta a los indios de la Imperial 84

CAPITULO XIII. Dase noticia de una notable peste que hubo en Chile.—Retírase Francisco de Villagra para Santiago.—Anula la audiencia de los Reyes su nombramiento y confiérelo a los alcaldes de las ciudades.—Puéblase la Concepcion.—Lautaro con tropas araucanas viene a desalojarlos: hubo un avance pertinaz: por fin retíranse los españoles a Santiago vencidos 87

CAPITULO XIV. La audiencia de los Reyes nombra por correjidor y justicia del reino a Francisco de Villagra.—Lautaro sale de la Concepcion con algunas

PAJ.

tropas con ánimo de invadir la ciudad de Santiago. —Sale al opósito Juan Godinez, mas sin suceso.—Hostiliza Lautaro los paises de los que permanecian en la obediencia española, y mejoras del alojamiento..... 90

CAPITULO XV. El gobernador acomete las trincheras de Lautaro: fuérzalas, y pierde la vida con otros muchos.—Vuelve el gobernador al socorro de las ciudades y retírase.—Llega al rei la noticia de la muerte de Valdivia.—Nombra por gobernador a Gerónimo de Alderete.—Accidente fatal que le acaeció y muerte en Taboga..... 93

CAPITULO XVI. El virei del Perú despacha a don García de Mendoza, su hijo, con poderosas tropas por mar, y por tierra la caballería.—Llega con felicidad a la Concepcion.—Construye una fortificacion.—Procuran los indios ganarla, sobre cuya invasion hubo una accion sangrienta.—Notable hecho de Tucapel.—Retíranse los indios con pérdida y mayor esfuerzo se oponen a los españoles..... 96

CAPITULO XVII. Dase noticia de la entrada de don García a Arauco, habiendo transitado con felicidad el rio de Biobio, y de las batallas que tuvo consecutivas con los indios, en las que quedaron vencidos..... 98

CAPITULO XVIII. Funda don García la ciudad de Cañete en Tucapel: descríbese el pais de su situacion.—Acometen los indios a los españoles en su recinto, mas sin suceso, y pretenden impedir el socorro que llevan a la ciudad.—Batalla dudosa que se tuvo..... 100

CAPITULO XIX. Procura don García remediar algunos desórdenes.—Manda poblar la Concepcion, de que se da suscinta noticia.—Fortifican los indios un sitio ventajoso: va don García a desalojarlos y, no obstante su muchedumbre y defensa, quedan vencidos..... 103

CAPITULO XX. Dase noticia de la sorpresa que Caupolican intentó hacer de la ciudad de Cañete, mas sin suceso, y retiróse con notable pérdida a una aspereza donde le prendieron, y sentenciado a muerte, pidió el ser cristiano y le quitaron la vida: elójiase su persona..... 105

CAPITULO XXI. Dan algunas provincias la paz, sujetándose al dominio español.—Reedifica el gobernador la plaza de Arauco —Construye un fortin en los Confines, de donde se hostilizan los rebeldes, que por fin se rinden.—Conquista la provincia de Cuyo y funda la ciudad de Mendoza.—Puéblase la de Osorno: descripcion de su terreno y de lo que fué..... 107

CAPITULO XXII. Llega la noticia que viene de gobernador Francisco de Villagra.—Retírase don García: hácese un digno elojio de su gobierno.—Queda de interino Rodrigo de Quiroga.—Llega al reino Villagra.—Sublévanse algunas provincias: notable propuesta que le hacen, y sobre ella se reflexiona... 110

CAPITULO XXIII. Hostilízanse las provincias rebeldes.—Bloquean los indios la ciudad de Cañete.—Va a su socorro el maestre de campo Altamirano, de donde pasó a desalojarlos a Lincoya.—Batalla que con ellos se tuvo, en que quedaron vencidos.—Procuran sorprender a Pedro Fernandez de Córdoba.—Hecho de Pedro Cortes.—Notable valor de un cacique.—Afectan la paz y vuelven a la guerra.—Batalla que con ellos tuvo Arias Pardo, en que quedaron vencidos..... 112

CAPITULO XXIV. El gobernador visita las ciudades del reino y embárcase en Valdivia, y hácenle los vientos arribar a Chiloé. Nota las particularidades de la isla y viene a Arauco. Hace jeneral a su hijo Pedro de Villagra, quien prosigue las operaciones de la guerra en algunas provincias. Notable accion que al maestre de campo Altamirano acaece con un indio.—Descripcion del monte de Mariguenu.—Acometen a los indios en su campamento.—Muere el jeneral y retíranse los españoles con grave pérdida..... 115

CAPITULO XXV. Prosigue la batalla de la cuesta de Villagra.—Hecho memorable de Pedro Cortes y de catorce españoles, de los cuales libra don Gon-

PAJ.

zalo Salazar con la vida.—Prosigue la guerra en Puren y manda el gobernador despoblar la ciudad de Cañete 118

CAPITULO XXVI. Accion acaecida a los españoles en la Mocha con deshonor de las armas.—Retírase el gobernador a la Concepcion, donde murió.—Elójiase su persona.—Por su nombramiento sucédele Pedro de Villagra.—Los sitian en Arauco.—Fortifícanse en Leuquetal y quedan batidos.—Vienen a sitiar a la Concepcion, mas sin suceso, y sorpresa por ellos intentada..... .. 120

CAPITULO XXVII. Prosigue el sitio de Arauco.—Accion inhumana del comandante ejecutada con los auxiliares, y abandona la plaza.—Accion poco ventajosa que tuvo con los indios Diego Perez de Zurita.—Juan Moran sorprende en su campamento a los indios con suceso.—Fortifícanse entre los rios de Vergara y Biobio.—Hecho notable de Pedro Cortes.—Mudan de alojamiento.—Forza sus líneas Lorenzo Bernal.—Hecho singular suyo, y consigue una cumplida victoria 123

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I. Los indios de la ribera de Itata y Coyunchos se sublevan.—Mal éxito de las armas en su castigo.—Sujeta el gobernador a los que habian tumultuado el reino.—Viénele por sucesor Rodrigo de Quiroga y llevan preso a Lima a Pedro Villagra.—Puéblase a Quiapo.—Dos batallas que el gobernador con los indios tuvo, y sujétanse algunos 127

CAPITULO II. Envía el gobernador Rodrigo de Quiroga de la Concepcion a la isla de Chiloé al mariscal Martin Ruiz de Gamboa.—Ejecútalo con suceso y funda la ciudad de Castro.—El gobernador reedifica a Arauco.—Establece el tribunal de la audiencia en Chile y termina su gobierno 130

CAPITULO III. Fúndase la real audiencia de Chile.—Entra el real sello en la Concepcion.—Notable dicho y hecho de un indio.—Asaltan los españoles unas trincheras de unas tropas acampadas.—Tálase el pais de los sublevados.—Trabájanse las minas en los paises pacíficos, y procuran reducir los encomenderos a pueblos sus indios 131

CAPITULO IV. Los indios se acampan en un ventajoso terreno.—Va el presidente Melchor Bravo a desalojarlos, lo que se ejecuta sin suceso.—Notable accion de un soldado español.—Despuéblase Arauco, y quedan vencidos los indios en Cayucupil, y siguen las tropas españolas su destino hasta la ciudad de Cañete 133

CAPITULO V. Dase noticia de dos batallas que tuvo el mariscal Martin Ruiz de Gamboa con los indios, lo que abatió su valor.—Resuelven algunos a dar la paz, otros por no sujetarse se destierran de su patria con sus familias... 135

CAPITULO VI. El presidente envía a solicitar, socorra el virei del Perú a Chile.—Nombra el Rei por primer obispo de la Imperial a don frai Antonio de San Miguel y Avendaño.—Notable terremoto e inundacion en que se arruina la Concepcion.—Va por visitador a las ciudades de ácia el polo el licenciado Hegas Venegas.—Singular reglamento que hizo 137

CAPITULO VII. Laudable aplicacion de los oidores en la administracion de justicia.—Comiénzanse los indios a reducir a pueblos.—Enardece el obispo con su celo a los conquistadores en la visita que hace.—Para esta ejecucion administra el sacramento de la confirmacion a innumerable jentío.—Sublévanse los indios de Lebuquetal y se castigan.—Pondérase su audacia.—Acaece lo mesmo en la Villa-Rica 139

CAPITULO VIII. El licenciado Calderon viene de visitador a Chile y suprime la real audiencia.—Viene de gobernador Rodrigo de Quiroga.—Ejecuta una fructuosa campaña en las provincias rebeldes.—Auméntase mucho el reino.—Singular aplicacion de los vecinos para la cristiandad y vida política de los in-

PAJ.
dios.—Propónese un arbitrio para que se extraiga el oro del reino 141
CAPITULO IX. Funda el gobernador la ciudad de San Bartolomé de Gamboa.—Hácese su descripcion, y muerte en su gobierno.—Elójiase su conducta y persona..... 142
CAPITULO X. Sucede en el gobierno Martin Ruiz de Gamboa: visita las ciudades del reino.—Refrena a los rebeldes de Tucapel.—Viene de España por gobernador don Alonso de Soto, de la órden de Santiago: extraña providencia que envía para el gobierno.—Remite a socorrer las ciudades de Valdivia y Rica: accion ventajosa que se tuvo con los enemigos..... 144
CAPITULO XI. Atacan los españoles a los indios en un ventajoso campamento.—Tiburcio de Heredia y Don Antonio Galleguillos tienen dos reencuentros con ellos.—Principia el gobernador las operaciones de la campaña.—Favorable suceso de Alonso García Ramon.—Acometen los indios al gobernador: quedan batidos, y aprisiónase al rebelde Alonso Diaz y quítasele la vida..... 146
CAPITULO XII. Reedifícase la plaza de Arauco, la que redujo a cenizas un incendio.—Procuran sorprender los indios la plaza.—Singular disimulacion de un tránsfuga: avánzanla.— Tenaz combate y dudoso en que estuvieron los españoles perdidos: por fin terminó a su favor..... 149
CAPITULO XIII. Constrúyense dos fuertes en las opuestas riberas de Biobio.—Tala el gobernador el pais de los sublevados.—Acometen los indios a una partida de españoles: terminóse la accion a su ventaja.—Sitian seis mil indios con tenaz empeño a Arauco y estréchanlo.—El maestre de campo Alonso García Ramon con resolucion y despecho ataca sus líneas.—Batalla cruel y sangrienta, y quedan enteramente batidos con gran gloria y reputacion de las armas..... 151
CAPITULO XIV. Envía el virei del Perú dos socorros a Chile.—Dan algunas provincias la paz.—Construye el gobernador varios fuertes y el de Puren.—Incomoda bastante aquella provincia Cadeguala.—Sorprende a la ciudad de los Confines, la que estuvo en estado de perderse: lo que sucede si el gobernador no se halla en ella.—Retíranse los indios consternados.—Cadeguala los exhorta y prosigue la guerra 154
CAPITULO XV. Sitia Cadeguala a Puren: intenta el gobernador socorrerla y no lo consigue.—Prosiguen con mas empeño.—Desafía al comandante Alonso García Ramon a campal batalla de persona a persona: muere en el combate Cadeguala: abandonan el sitio.—Vienen algunos navios extranjeros a hostilizar el mar del Sur: mal éxito de Tomas Candish.—Los indios pretenden sorprender a los españoles.—Notable hazaña que ejecutan en su defensa..... 156
CAPITULO XVI. Constrúyese una ciudadela.—Muere con imprudencia el comandante.—Notable hecho de los españoles.—Consigue una victoria D. Luis de Soto con prision del jeneral, que hace una oferta jenerosa en cuyo empeño pierde la vida.—Sale el gobernador a desalojar a los enemigos: batalla decisiva y cumplida victoria que obtuvo quitando la vida a su jeneral.—Despacha a los Reyes a Alonso García Ramon, y mal éxito de una correría..... 159
CAPITULO XVII. Aflije al reino el contajio de viruelas.—Vuelve con corto socorro Alonso García Ramon.—Resuelve el gobernador pasar a la ciudad de los Reyes, preparando con prontitud su regreso con toda providencia.—Viene provisto Martin García de Loyola, de la órden de Calatrava: llega a Chile con los primeros padres de la compañía.—Funda la ciudad de Santa Cruz de Loyola.—Intentan sorprender el fuerte de Jesus: vigorosa defensa que hace el comandante y notable hecho de Loncotegua: retíranse..... 162
CAPITULO XVIII. El gobernador funda una ciudad en Arauco: hácese la descripcion de aquel pais.—Principia las operaciones de la campaña por Puren y Catirai y termínalas en Tucapel.—Las ciudades y su comercio se recrecen.—Funda el gobernador la ciudad de San Luis de Loyola.—Viene el socorro del

PÁJ.

Perú.—Intenta el gobernador subyugar a Puren.—Jeneroso empeño de Paillamacu y no lo consigue; y construye en aquella provincia una ciudadela..... 165

CAPITULO XIX. El gobernador despuebla la fortaleza de Lumaco: hace una irrupcion en Puren y los indios ganan los bosques.—Retírase a la Imperial, y viniendo para la ciudad de los Confines, le quita la vida Quelantaru.—Elójiase su conducta y dáse noticia del destino de su familia..... 168

CAPITULO XX. Queda de gobernador Pedro de Vizcarra.—Notable sublevacion de los indios: vienen aproximándose a la campaña y quedan batidos.—Sale el gobernador a campaña.—Despuéblase la ciudad de los Confines y la de Santa-Cruz despues de un bloqueo.—Viene provisto por el virei Don Francisco de Quiñones.—Consigue una notable victoria: se ejecuta espantoso castigo en los prisioneros.—Envía al socorro de Arauco.—Forzan las trincheras de los indios.—Despuéblase la ciudad..... 170

CAPITULO XXI. Dase noticia del número de cristianos que habia en las ciudades, y el estrago que hicieron en lo sacro, y su desercion que hicieron de la relijion, y reflexion que de esto se hace.—Va el gobernador a socorrer la Imperial: ejecútalo con suceso, mas no pudo penetrar mas adelante.—Notable batalla que tuvo en que quedan vencidos.—Ejecuta singulares castigos en los prisioneros de mayor distincion.—Prosigue el sitio de la Imperial y favorece Santa María de Nieves con un milagro a los sitiados..... 173

CAPITULO XXII. Prosiguen los milagros de María Santísima de las Nieves en la ciudad de la Imperial.—Estrechan los indios su asedio: mueren muchos españoles y aprisionan otros.—Varonil hecho de Doña Ines de Córdoba y Aguilera.—Va socorro a la ciudad: abandónanla y retíranse los pocos que quedaban y traen la imájen a la Concepcion..... 176

CAPITULO XXIII. Estrechan los indios el sitio de la ciudad Rica y apodéranse de ella.—Enormes sacrilejios y crueldades que ejecutan con españoles, y destrúyenla.—Ponen asedio a la ciudad de Osorno. Sorpréndenla una noche, distráense al saqueo y expúlsanlos de ella los españoles.—Resuélvense a abandonarla y ejecútanlo con suceso, y retíranse a la isla de Chiloé..... 179

CAPITULO XXIV. Ejecutan los españoles en Valdivia dos sorpresas con suceso, lo que los hizo omisos en su custodia, con cuya noticia ganaron la ciudad.—Notable estrago que los indios hicieron en ella. Vienen dos navios de socorro y hállanla perdida.—Rescátanse algunos prisioneros de ambos sexos.—Abandonan la ciudad con notable displacer de los que se iban y quedaban con los bárbaros..... 181

CAPITULO XXV. Hácese una prudente reflexion de las crecidas impensas que el rei ha hecho en Chile, y de la notable pérdida que hubo.—Calamidades que pasaron los prisioneros de ambos sexos, y la culpable omision que hubo en su rescate.—Notable celo que manifestó en esto el marques de Baides.—Termina el gobierno de don Francisco Quiñones y el de su sucesor Alonso García Ramon.—Viene socorro de jente..... 184

CAPITULO XXVI. Llega al reino de gobernador Alonso de la Rivera.—Procura adelantar las armas y construye dos ciudadelas.—Principia la campaña hostilizando las provincias de Arauco y Tucapel.—Hace una poblacion en Levo y ofrece al Rei finalizar la guerra y conquista del reino con la aumentacion de tropas y dinero para su pagamento, y providencióse todo..... 186

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I. El gobernador pone en práctica algunas providencias de ropa, ganados y caballos para el abasto de las tropas: procura estorbar la evasion de los enemigos: de las ciudades perdidas hace algunas poblaciones: cásase sin licencia en el reino y depónele el virei del gobierno, y pasa al Tucuman.... 188

PAJ.

CAPITULO II. Viene provisto por gobernador Alonso García Ramon: prosigue la economía de su antecesor y la guerra: hace dos poblaciones.—Sujétanse algunos indios con sus familias, y recíbelos con capitulaciones de poco decoro.—Fúndase la real audiencia de la ciudad Santiago.—Batalla en que enteramente quedan vencidos los españoles.—Sitian la plaza de Boroa.—Defiéndela con gran valor el comandante hasta que es socorrida..... 190

CAPITULO III. El Rei declara por esclavos a los indios sublevados de Chile.—Muere el gobernador Alonso García Ramon.—Elójiase su persona.—Sucédele el doctor Luis Merlo de la Fuente..... 193

CAPITULO IV. Queda de gobernador de Chile el Dr. Luis Merlo de la Fuente.—Dase noticia de los sucesos de su abreviado gobierno.—Sucédele Juan Jara Quemada, provisto por el virei del Perú..... 194

CAPITULO V. Propónesele al Rei el proyecto de que se corte la guerra de Chile por algunos años.—Manda el que se la haga solo a la defensiva.—Impugnan en el reino los mas cuerdos la inaccion.—Viene de visitador el padre Luis de Valdivia y como asociado a Alonso de la Rivera, nombrado por gobernador.—Hacen los indios un jeneral congreso.—Hállase en él el padre Luis, en cuya buena fe no ponian duda, sino en la de los jefes militares, y procura satisfacer su desconfianza..... 196

CAPITULO VI. Piden los indios se despueblen las plazas de Levo y San Gerónimo.—Niéganse a entregar las mujeres.—Establécense misiones.—Quita la vida el cacique Ancanamun a tres jesuitas.—Varios dicterios que de esto resultan.—Retírase el padre Luis de Valdivia a España.—Queda el Rei satisfecho de su conducta..... 199

CAPITULO VII. Prosigue la inaccion de parte de los españoles.—Fortifícase la barrera limitada.—Muere el gobernador.—Elójiase su conducta.—Sucédele el licenciado Hernando Talaverano.—El cacique Lientur ejecuta una irrupcion en el pais español con suceso y termina su gobierno..... 201

CAPITULO VIII. Envía el virei por gobernador a don Lope de Ulloa, cuya eleccion confirma el Rei.—Hacen los indios irrupcion en el partido de Chilian.—Sale el correjidor al opósito y quítanle la vida.—Retíranse los españoles con indecoro.—Salen en su alcance algunas tropas de San-Felipe y se vuelven a la plaza sin suceso..... 203

CAPITULO IX. Reflexion en órden a los indios.—Dáse noticia de la batalla de las Cangrejeras, adonde quedan enteramente batidas las tropas españolas..... 205

CAPITULO X. Célebre festin que celebran los indios cimentado con sangre española.—Asegúrase la ribera del Biobio y muere el gobernador.—Sucédele el Dr. don Cristóbal de la Cerda, oidor mas antiguo de la audiencia de Chile.—Hacen algunas irrupciones los enemigos en cortas partidas, y termina su gobierno.—Fué acertada su conducta..... 207

CAPITULO XI. Nombra el virei por gobernador a don Pedro Sores de Ulloa del órden de Calatrava, y confírmale el Rei.—Pedro Ugarte imprueba su gobierno.—Construye un fortin en Negrete y muere.—Nombra a don Francisco de Alava, su cuñado, por su sucesor.—El Rei declara esclavos a los indios..... 208

CAPITULO XII. Envía el virei a don Luis Fernandez de Córdoba por gobernador.—Dícese del sistema que entónces el reino tenia.—Corrije algunos perjudiciales abusos.—Castiga a los indios que quisieron desertar.—Hácese irrupcion por Arauco en el pais enemigo con suceso.—Procuran los indios sorprender la plaza del Nacimiento, y despues de un fiero combate se retiraron sin conseguir el asedio que se intentó..... 210

CAPITULO XIII. El sarjento mayor hostiliza a los indios por la frontera de San-Felipe, y ejecuta lo mismo el maestre-campo por Arauco con mejor suceso, y a su regreso experimenta una espantosa tempestad.—El gobernador consulta sobre las operaciones de la futura campaña.—Resuélvese ejecutarla en

PAJ.

las provincias mas pertinaces, y a su regreso experimenta el éxito la rota de Quillin 213

CAPITULO XIV. Entrega don Luis Fernandez el gobierno a don Francisco Laso, provisto por el Rei.—Trae una considerable recluta y da a su ingreso singular ejemplo de relijion y piedad.—Junta Butapichun considerables tropas para atacar la plaza de Arauco, cuya noticia pasa el gobernador al maestre de campo, comandante de ella..... 215

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I. Batalla del paso de don García indecisa.—Retírase Butapichun con sus tropas a su pais, y los españoles con las suyas a la plaza de Arauco... 217

CAPITULO II. El gobernador principia las operaciones de la campaña por la provincia de Puren.—Hostiliza aquellos paises y se retira.—Hace Butapichun irrupcion en el nuestro.—Sale don Francisco al opósito y sucede la batalla de los Robles..... 219

CAPITULO III. El gobernador, habiendo hecho bajo concepto del valor de los indios, muda de dictámen con rubor.—Procura se pueblen las haciendas de campo.—Pasa a la ciudad de Santiago, de donde vuelve presuroso sabiendo que Butapichun con poderosas fuerzas venia sobre la plaza de Arauco, adonde pasa el gobernador con las suyas..... 222

CAPITULO IV. Batalla de la Albarrada que consiguieron los españoles, con notable pérdida de los indios. 224

CAPITULO V. En prosecucion de la victoria hacen irrupcion nuestras tropas en sus provincias, y notable desobediencia de ellas.—Propóneles el gobernador la paz, y desprécianla.—Envía procurador al Rei y le informa del sistema de Chile y ofrece en dos años finalizar la conquista.—Construyó algunos edificios públicos y mejoró las plazas de la frontera 226

CAPITULO VI. Dase noticia de algunos disgustos que el gobernador tuvo con los oidores.—El maestre de campo don Fernando de Zea sorprende el pais de Ilicura, y pierde la vida Queupuantu peleando con obstinado valor, igualmente que su sucesor.—Ejecuta el gobernador la campaña con felicidad y retírase, observado de poderosas tropas..... 228

CAPITULO VII. Ejecutan los indios una sorpresa con suceso a distancia de una legua de Arauco.—Prosigue la guerra sin que la obste la erizada estacion.—Entra un destacamento al pais enemigo: atráenlo con una finjida retirada con suceso.—Prosiguen en su solicitud.—Espéranlos los indios formados en terreno ventajoso.—Batalla y retirada que duró un dia.—Notable accion por las circunstancias de ella..... 231

CAPITULO VIII. Propónesele a Butapichun la paz, y la desprecia.—Un destacamento español entra en su pais y retiranse con suceso; notable hecho de dos indios.—Prosigue la guerra con favorables sucesos —Sujétanse algunos indios, mas con reservada intencion, por cuyo motivo murió un cacique en prisiones.—Previene el gobernador una irrupcion que en nuestros paises querian los indios ejecutar..... 233

CAPITULO IX. Principia el gobernador las operaciones de la campaña con un extraordinario mandato.—Proponen finjidos tratados de paz para evadir el peligro.—Actúase con todo rigor la guerra.—Sale el maestre-campo a forzar las líneas de su campamento, y viendo lo que opera en su marcha, se disipan los indios..... 235

CAPITULO X. Hace el gobernador ciertas ordenanzas que el rei aprueba, y ordena el que se haga irrupcion por la provincia de Chiloé en la provincia de Ranco y arruinada ciudad de Osorno: ejecútase con suceso.—Hácese una poblacion de españoles con el nombre de San Francisco de la Vega en Angol,

PAJ.
la que tuvo poca subsistencia, y los motivos se expresan 237
CAPITULO XI. Los holandeses hostilizan la costa de Chile y ganan la ciudad de Castro: mal éxito de sus armas.—Reflexion que se hace en órden al gobernador don Francisco Laso y a su gobierno.—Sucédele el marques de Baides con máxima opuesta.—Sale del reino y muere en Lima.—Elójiase su memoria. 239
CAPITULO XII. El gobernador hace revista de los soldados milicianos del reino.—Envíanle embajadores los indios y hácenle una fiera propuesta: reflexion que de ella se hace.—Motivos que el marques tendria para solicitar la paz.—Gana a Chiloé una escuadra holandesa: muere allí el jeneral.—Pasa su subalterno a poblar a Valdivia: acaecimientos que le suceden hasta que la abandona 241
CAPITULO XIII. Acámpase el gobernador en la arruinada ciudad de la Imperial con las tropas españolas y ejecuta algunas acciones de ejemplo y piedad: conclúyese el tratado de paz, poco ventajosa e improbada de muchos.—Accidente notable acaecido.—Termina el marques su gobierno y a su regreso a España muere.—Sucédele don Martin de Mujica 245
CAPITULO XIV. Principia su gobierno don Martin de Mujica.—Prosiguen las paces establecidas.—Arbitrio que propone para gratificar beneméritos.—Muerte acelerada del gobernador, y pasa a sucederle don Alonso de Córdoba y Figueroa 247
CAPITULO XV. Prosigue el gobierno de don Alonso de Córdoba.—Ejecuta várias cosas en órden a la paz, adelantamiento de las plazas y preparamiento de armas, y un jeneral informe que al rei hace.—Viénele de sucesor el maestre-campo don Antonio de Acuña 249
CAPITULO XVI. El gobernador dispone hacer una poderosa irrupcion en Cuncos: dase noticia de su situacion y de los motivos que a ello lo impulsaron, y los que le opusieron en contra.—Pónese en marcha el ejército: llega al caudaloso Rio-Bueno: hace una puente de balsas para transitarle: procuran disuadirlo, mas en vano 250
CAPITULO XVII. El maestre-campo don José de Salazar mandó pasar las tropas por el puente que hizo construir: representándole el peligro a que iban expuestas, despréciálo, y quedan las que transitan batidas, y retírase.—Ejecútase segunda campaña, no obstante los avisos que se le dieron al gobernador para que se omitiese despreciarlos, y sublévanse los indios 252
CAPITULO XVIII. Dase noticia de la variedad de dictámenes en órden al regreso de las tropas españolas: delibérase el que sea por mar: degüéllase la remonta del ejército.—Sublévanse doscientas leguas de pais.—Notables pérdidas que experimentaron los españoles 254
CAPITULO XIX. Abandona la plaza del Nacimiento don José Salazar y retírase por el rio con la guarnicion, y su fatal éxito: ejecuta lo mismo la de Talcamávida con igual desgracia.—Despuéblase la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, y van por mar a retirar la guarnicion de Arauco, y ejecútase con suceso 257
CAPITULO XX. La insolencia de los indios se recrece y las penalidades del vecindario: el obispado de la Concepcion y ejemplar caridad de su pastor.—Acaece una jeneral emocion, y deponen al gobernador, y admite violento el comando Francisco de la Fuente Villalobos.—Llega la jente española de Valdivia: sale un destacamento de la Concepcion, y retíranse con suceso.—Notable precaucion de los indios 260
CAPITULO XXI. Viene de gobernador don Pedro Porter Casanate y llega con válido socorro al reino.—Dase noticia de los progresos del sitio de Boroa hasta su socorro.—Notables astucias que usaron los indios.—Abandónase la plaza y retírase la tropa a su guarnicion 262
CAPITULO XXII. Desercion de un soldado llamado Alejo, que causó grandes

PAJ.

daños.—El gobernador procura adelantar las armas y puebla el fuerte de Andálien.—Queda enteramente [batido] un destacamento español con muerte del comandante, y caso notable que le sucede.—Puebla el gobernador a Conuco 265

CAPITULO XXIII. Reflexion que se hace sobre que los indios aprovecharon los momentos que la guerra ofrece.—Construye el gobernador várias plazas para adelantar las armas, y menciónanse otras que despues se fabricaron, y el costo de reclutas.—Las tropas españolas que comandaba don Pedro Gallegos, quedan enteramente batidas.—Notable hecho de un soldado que precedió a la accion 267

CAPITULO XXIV. Caso singular que precedió al terremoto e inundacion acaecida en la ciudad de la Concepcion, del que se da noticia.—Desgraciada batalla que tuvieron los españoles con los indios, en la que murió el comandante.—Acaecimiento sucedido a un eclesiástico con un indio.—Hacen irrupcion los enemigos por nuestra frontera: sale al opósito el sarjento mayor.—Preceden algunos avisos ántes de avistarse con los indios: no obstante, marchan en su solicitud 270

LIBRO SESTO.

CAPITULO I. Dase noticia de la batalla que con los indios tuvo el sarjento mayor Bartolomé Gomez Bravo, en que perdió la vida: al fin de un dudoso Marte se retiraron los enemigos.—Envían unas cortas partidas para damnificar a los españoles en los caminos inmediatos a la Concepcion: hecho valeroso de Luis de Lara.—Puéblase la plaza de Lota.—El jeneral Misque con floridas tropas intenta una accion memorable 273

CAPITULO II. Sorprenden los españoles las tropas enemigas, que ménos se discurrió, y quedan enteramente batidas.—Singular modo con que fué aprisionado su jeneral Misque, a quien se le quitó la vida.—Dan la paz algunas provincias de la costa.—Muere el gobernador Don Pedro Porter Casanate: hácese un debido elojio a su memoria.—Sucédele el maestre-campo Don Diego Gonzalez Montero 276

CAPITULO III. Viene de gobernador D. Anjel de Pereda, de la órden de Santiago.—Batalla que tuvieron los españoles con los indios en el monte de Villagran, que termina a favor de los españoles.—Puéblase la ciudad de San Bartolomé de Gamboa.—Nombra el Rei por gobernador interino al Iltmo. obispo de la Concepcion, y le halla muerto.—Los servicios de Chile hace el Rei de igual mérito a los de Flandes, España e Italia.—Manda el gobernador se pueblen las ciudades 279

CAPITULO IV. Viene de gobernador D. Francisco Meneses.—Desazones que tuvo con su antecesor: debido elojio a su persona.—Puéblase la plaza de Puren, de donde se hacen frecuentes irrupciones, y el fuerte de Birgüen: matan con asechanzas su guarnicion y se apoderan de él 282

CAPITULO V. Llega el sarjento mayor al fuerte de Anguelipe despues de su pérdida y retírase a la plaza de Tolpan: procuran los indios sorprenderla sin suceso.—Acaece una notable inundacion, y puéblase Yumbel.—Prision y cástigo de Anhuilipe.—Cásase el gobernador: tiene notables desazones con el veedor: solicita éste quitarle la vida, de que se orijina su prision y muerte.—Disturbios entre el presidente y obispo de Santiago 285

CAPITULO VI. Desazones que se ofrecen entre D. Ignacio de la Carrera y el gobernador, aquel caballero de Calatrava, hasta su evasion del reino.—Dase noticia de quién fué Matías de la Serpa hasta su muerte.—Envía el virei conde de Lemus, por juez y gobernador a Chile, al marques de Navamorquende.—Sale presuroso el gobernador de la ciudad de Santiago para la de la Con-

PAJ.

cepcion, y tráenlo preso, de donde lo pasan a Mendoza, a Trujillo y Lima.—Su causa se sentenció a su favor en el consejo y murió en el Perú..... 287

CAPITULO VII. Hace una campaña el marques de Navamorquende con suceso.—Puebla la plaza de Tucapel para poner en brida algunos habitadores de la costa.—Retírase a Lima, y queda con el gobierno D. Diego Gonzalez Montero.—Estórbale un accidente su venida a la frontera, y llega el sucesor..... 291

CAPITULO VIII. Felipe de Leon tiene tres acciones con los indios, y el interes atrae al servicio a voluntarios.—Vino de gobernador Don Juan Enriquez, persona de distincion que trajo máximas singulares y observó: grandes medras que tuvo e intereses.—Procura finalizar la guerra.—Contínua ajitacion y mala fe de los indios.—Elije para ello a Don Alonso de Córdoba..... 293

CAPITULO IX. Hácense varias acusaciones al gobernador: algunas se volvieron en elojios; y ejecútanse dos irrupciones con suceso.—Especifícase el número de las que en cinco años se ejecutaron en el pais enemigo.—Redúcelos D. Alonso de Córdoba a una necesidad extrema: dase noticia con individualidad de ellas, las que fueron suavizando su fiereza..... 295

CAPITULO X. Dase noticia de la persona y talentos del cacique Huaillácuriche, su simulacion y designios, y en una accion quedan sus tropas batidas: compulso, da la paz.—Solicítase el que vea al gobernador, de que se siguió su prision y muerte.—Extráese de su pais crecido número de jente, y lo mismo de la provincia de Huambati, los que se acimentan en un pueblo.—Suma necesidad a que llegaron.—Hácense fuertes algunas parcialidades en un inaccesible y natural castillo: van a sitiarlo, y se rinden.—Sublevacion del cacique Rapiman causada por un español, y sus progresos y feliz evasion de ella..... 298

CAPITULO XI. Los indios, temerosos del castigo, entregan al español desertor, a quien se le quita la vida con el caciqne Rapiman.—Varios castigos ocultos que se dijo se ejecutaron.—Reflexiónase sobre este hecho y el de Rapiman.—Ejecutan los indios un célebre congreso, segun su costumbre, para restablecer y perpetuar la paz: notíciase de una de sus principales ceremonias..... 302

CAPITULO XII. Prosiguen las penalidades que padecian.—Incéndiase la plaza de Arauco, y con motivo de su construccion, es provisto maestre de campo Gerónimo de Quiroga.—Quedan los indios enteramente subyugados.—Cargo que se le hace al gobernador por no haberlos reducido a pueblos.—Motivos que para no hacerlo se dice que tuvo.—Finaliza su gobierno y da su residencia, en que se empeña la jerarquía eclesiástica del reino.—Su política y conducta.—Va a España mui adinerado..... 303

CAPITULO XIII. Hecho singular del gobernador a su ingreso.—Parlamenta a los indios.—Extrae del barbarismo a algunas personas españolas de ámbos sexos.—Despuebla la isla de la Mocha.—Quiere castigar a su secretario, de que se libra con su evasion.—Finaliza su gobierno y persona.—Retírase a España.—Sucédele Don Tomas de Poveda, de la órden de Santiago.—Festiva y singular recepcion que se le hizo y a su esposa.—Parlamenta a los indios.—Hace maestre de campo a Don Alonso de Córdoba.—Provocaciones que le hace el reformado, de que se orijinan disturbios, y con el proveedor del ejército, tesorero de la real hacienda y veedor, el que muere con desgracia..... 305

CAPITULO XIV. La desacreditada conducta del comisario D. Antonio Pedreros ocasiona la sublevacion de algunas provincias.—Sale con tropas al castigo y termina fatalmente su vida.—Solicitud y empeño que el maestre de campo Don Alonso de Córdoba pone en su castigo o sujecion, la que se consigue.—Ejecútase en Puren un jeneral congreso de la nacion indiana.—Muestra el gobernador ardiente celo en la propagacion de la lei evanjélica.—Termina su gobierno, y sucédele el sarjento jeneral de batalla D. Francisco Ibañez, de la órden de San Juan.—Desazones que causó a su antecesor, quien muere repentino.—Debidamente se elojia su persona y conducta.—El gobernador mani-

PAJ.
fiesta notable ardor en sus intereses, lo que manifiestan sus palabras y obras... 309
CAPITULO XV. El gobernador procedió poco arreglado en las mercedes de indios.—Desazones con el veedor y sus resultas.—Tumultúan los soldados : el fin que estos hechos tuvieron.—Expúlsale del reino con su familia su sucesor Don Juan Andres Ustariz, de la órden de Santiago, y el fin que tuvo.—Intentan sublevarse los indios yanaconas, y su castigo.—Lo mismo ejecutan en Chiloé, e imputacion que se le hace.—Apresan a su esposa, que venia a Chile.—Viénele de sucesor el oidor D. José Santiago Concha: residéncialo, y dase noticia de su éxito, y muere en el reino.—Varios proyectos que el gobernador forma.—Viene una escuadra de España al comando de monsieur Martinet, y su sucesor por Buenos-Aires, y retírase a Lima..... 312

FIN DEL ÍNDICE.